LA AUTOPISTA LINCOLN

AMOR TOWLES

narrativa
salamandra

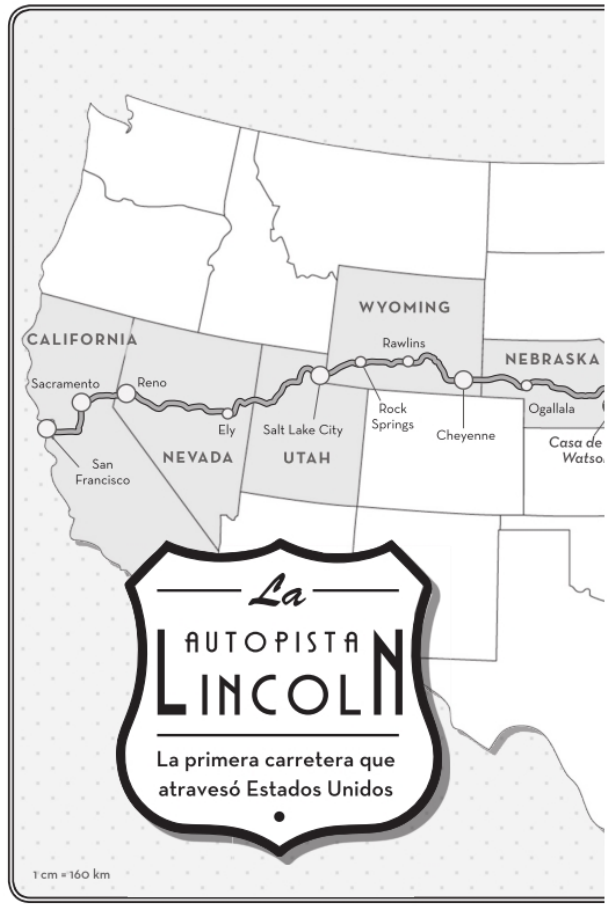
Amor Towles

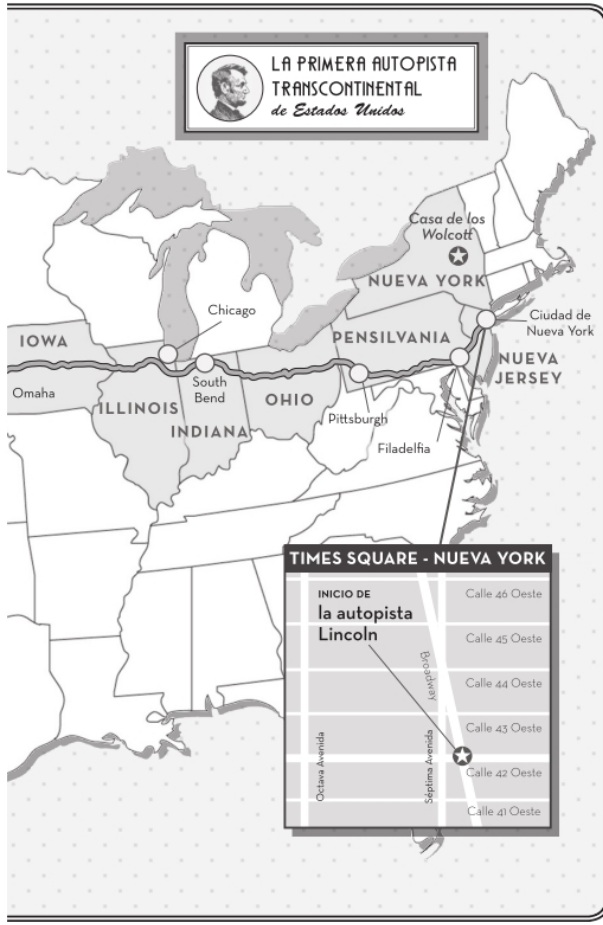
LA AUTOPISTA LINCOLN

Traducción del inglés de
Gemma Rovira Ortega

narrativa
salamandra

A
mi hermano Stokley
y mi hermana Kimbrough


WYOMING
CALIFORNIA
NEBRASKA
Rawlins
Sacramento
Reno
Ely
Salt Lake City
Rock Springs
Cheyenne
Ogallala
Casa de Watso
San Francisco
NEVADA
UTAH
La
AUTOPISTA
LINCOLN
La primera carretera que atravesó Estados Unidos
1 cm = 160 km


LA PRIMERA AUTOPISTA TRANSCONTINENTAL
de Estados Unidos
Casa de los Wolcott
NUEVA YORK
Ciudad de Nueva York
Chicago
IOWA
PENSILVANIA
NUEVA JERSEY
Omaha
South Bend
ILLINOIS
INDIANA
OHIO
Pittsburgh
Filadelfia
TIMES SQUARE - NUEVA YORK
INICIO DE
la autopista Lincoln
Broadway
Calle 46 Oeste
Calle 45 Oeste
Calle 44 Oeste
Calle 43 Oeste
Calle 42 Oeste
Calle 41 Oeste
Octava Avenida
Séptima Avenida

La noche y la llanura,
fértil y sombría y siempre silenciosa;
kilómetros de tierra recién arada,
pesada y negra, llena de fuerza y dureza;
el trigo que crece, las malas hierbas,
los caballos esforzados, los hombres cansados;
las largas carreteras desiertas,
tristes llamaradas del ocaso, desvaneciéndose,
el cielo eterno, inmutable.
Frente a todo ello, Juventud...

WILLA CATHER, *Pioneros*

DIEZ

Emmett

12 de junio de 1954

El trayecto desde Salina hasta Morgen había durado tres horas y Emmett no había dicho una palabra en todo el camino. Durante los cien primeros kilómetros, el alcaide Williams se había esforzado por mantener una conversación cordial. Le había contado unas cuantas historias de su infancia en el este y le había hecho algunas preguntas sobre la suya en la finca. Pero era la última vez que iban a estar juntos y Emmett ya no le veía mucho sentido a todo aquello. Por eso, cuando cruzaron la frontera y pasaron de Kansas a Nebraska y el alcaide encendió la radio, se puso a mirar la pradera por la ventanilla y se guardó sus pensamientos para sí.

A unos ocho kilómetros al sur de la ciudad, Emmett señaló hacia el parabrisas.

—Tuerza por la siguiente a la derecha. Es la casa blanca que hay seis kilómetros más allá.

El alcaide redujo la marcha y tomó el desvío. Pasaron por delante de la casa de los McKusker y de la casa de los Andersen, con sus idénticos graneros rojos y enormes. Al cabo de unos minutos vieron la de Emmett, junto a un bosquecillo de robles, a unos treinta metros de la carretera.

A Emmett todas las casas de aquella parte del país le parecían como caídas del cielo. La de los Watson era la que peor había aterrizado. Tenía la línea del tejado hundida a ambos lados de la chimenea y los marcos lo bastante torcidos para que la mitad de las ventanas no pudieran abrirse del todo

y la otra mitad no cerrase bien. En un momento ya podrían ver que la pintura se había desprendido de los listones de madera de la fachada. Pero a pocos metros del camino de acceso el alcaide detuvo el coche en el arcén.

—Emmett, antes de entrar quiero decirte una cosa —dijo con las manos sobre el volante.

No le sorprendió demasiado que el alcaide Williams tuviese algo que decirle. Cuando Emmett llegó a Salina, dirigía el centro un alcaide de Indiana llamado Ackerly, un tipo poco inclinado a expresar con palabras ningún consejo que pudiese dar de forma eficaz con un bastón. Pero el alcaide Williams era un hombre moderno, con estudios universitarios, buenas intenciones y una fotografía enmarcada de Franklin D. Roosevelt detrás del escritorio. Sus ideas se habían forjado con libros y experiencias y disponía de muchas palabras para enunciar sus consejos.

—La serie de acontecimientos que trae a algunos jóvenes a Salina no es más que el comienzo de un largo viaje por una vida sembrada de problemas. Son chicos a los que nadie enseñó el sentido del bien y del mal de pequeños y que ya no tienen ningún interés por aprenderlo. En cuanto dejemos de vigilarlos, lo más probable es que desechen los valores y ambiciones que intentamos inculcarles. Por desgracia, tarde o temprano esos chicos acabarán en el correccional de Topeka o en algún sitio peor.

El alcaide miró a Emmett.

—Lo que quiero decirte, Emmett, es que tú no eres uno de ellos. No hace mucho que nos conocemos, pero por el tiempo que llevamos juntos sé que la muerte de ese chico supone una pesada carga en tu conciencia. Nadie piensa que lo que sucedió aquella noche sea el reflejo de una maldad intrínseca o una expresión de tu personalidad. No fue más que un horrible producto del azar. Aun así, como sociedad civilizada, exigimos

que incluso aquellos que han participado de manera involuntaria en el infortunio de otros paguen algún tipo de castigo. Como es lógico, el cumplimiento del castigo sirve, en parte, para satisfacer a quienes han sufrido el embate del infortunio, como es el caso de la familia de ese chico. Pero también exigimos que se cumpla por el bien del joven que fue agente del infortunio. Porque, al tener la oportunidad de saldar su deuda, él también puede hallar consuelo, cierta sensación de redención, y así iniciar el proceso de renovación. ¿Me comprendes, Emmett?

—Sí, señor.

—Me alegro. Sé que ahora debes cuidar de tu hermano y que quizá el futuro inmediato te parezca abrumador, pero eres un joven muy inteligente y tienes toda la vida por delante. Ahora que ya has saldado tu deuda, espero que le saques un buen partido a tu libertad.

—Eso es lo que me propongo hacer, alcaide.

En ese momento lo dijo de corazón, ya que estaba de acuerdo con casi todo lo que había dicho el alcaide. Era plenamente consciente de que tenía toda la vida por delante y sabía que debía encargarse de su hermano. También sabía que había sido el agente de aquel infortunio y no su autor. Sin embargo, no estaba de acuerdo en que su deuda estuviese saldada. Por mucho que hubiese intervenido el azar, cuando has puesto fin con tus propias manos al tiempo que otro hombre tenía asignado en esta tierra, demostrarle al Todopoderoso que mereces su misericordia no debería llevarte ni un solo día menos que el resto de tu vida.

El alcaide volvió a arrancar y entró en el camino de casa de los Watson. Delante del porche había dos vehículos: un sedán y una ranchera. Aparcó al lado de la ranchera. Cuando Emmett y él bajaron del coche, un hombre alto que llevaba un sombrero vaquero en la mano salió por la puerta principal.

—Hola, Emmett.

—Hola, señor Ransom.

El alcaide le tendió la mano al ganadero.

—Soy el alcaide Williams. Le agradezco que se haya tomado la molestia de venir.

—No ha sido ninguna molestia, alcaide.

—Tengo entendido que conoce a Emmett desde hace mucho tiempo.

—Desde el día de su nacimiento.

El alcaide apoyó una mano en el hombro de Emmett.

—Entonces no hará falta que le explique lo buen chico que es. En el coche venía diciéndole que, ahora que ya ha saldado su deuda con la sociedad, tiene toda la vida por delante.

—Así es —coincidió el señor Ransom.

Se quedaron callados los tres.

Hacía menos de un año que el alcaide vivía en el Medio Oeste, pero había estado en el porche de otras fincas y sabía que, llegados a ese punto de la conversación, lo más habitual era que te invitaran a entrar y te ofrecieran un refresco, y que si recibías esa invitación debías aceptarla, porque rechazarla se habría considerado de mala educación, aunque todavía te quedaran tres horas al volante. No obstante, ni Emmett ni el señor Ransom hicieron amago de invitar a entrar al alcaide.

—Bueno, creo que será mejor que me ponga en marcha —dijo al cabo de un momento.

Emmett y el señor Ransom volvieron a darle las gracias, le estrecharon la mano y lo vieron meterse en el coche y arrancar el motor. El alcaide ya se había alejado unos cuatrocientos metros por la carretera cuando Emmett señaló el sedán con la barbilla.

—¿Es el de Obermeyer?

—Te está esperando en la cocina.

—¿Y Billy?

—Le he pedido a Sally que lo traiga en un rato, para que Tom y tú podáis resolver tranquilamente vuestras cosas.

Emmett asintió con la cabeza.

—¿Estás preparado para entrar? —preguntó el señor Ransom.

—Cuanto antes mejor —respondió Emmett.

Encontraron a Tom Obermeyer sentado a la mesita de la cocina. Llevaba una camisa blanca de manga corta y una corbata. Si llevaba también una americana, debía de haberla dejado en el coche, porque no estaba colgada en el respaldo de la silla.

Cuando Emmett y el señor Ransom entraron por la puerta, dio la impresión de que pillaban desprevenido al banquero, porque éste arrastró bruscamente la silla, se levantó y tendió la mano, todo en un solo movimiento.

—¡Vaya! Hola, Emmett. Me alegro de verte.

Emmett le estrechó la mano y no dijo nada.

Miró a su alrededor y vio que el suelo estaba barrido, la encimera limpia, el fregadero vacío, los armarios cerrados. No recordaba haber visto la cocina tan limpia jamás.

—Bueno. ¿Y si nos sentamos? —dijo el señor Obermeyer, y señaló la mesa.

Emmett ocupó la silla que estaba enfrente del banquero. El señor Ransom permaneció de pie, con un hombro apoyado en el marco de la puerta. Encima de la mesa había una carpeta marrón llena de documentos. Quedaba justo fuera del alcance de la mano del banquero, como si otra persona la hubiese dejado allí. El señor Obermeyer carraspeó.

—En primer lugar, Emmett, permíteme que te diga cuánto siento lo de tu padre. Era un buen hombre y demasiado joven para que se lo haya llevado la enfermedad.

—Gracias.

—Tengo entendido que, cuando viniste al funeral, Walter Eberstadt tuvo ocasión de hablar contigo sobre la finca de tu padre.

—Así es —dijo Emmett.

El banquero hizo un gesto afirmativo en señal de solidaridad y comprensión.

—En ese caso, supongo que Walter te explicó que hace tres años tu padre pidió un nuevo préstamo sobre la antigua hipoteca. En su momento dijo que lo necesitaba para renovar el material. En realidad, sospecho que una gran parte de ese préstamo lo destinó a saldar viejas deudas, puesto que el único material agrícola nuevo que hemos encontrado en la propiedad es el John Deere que hay en el granero. Aunque supongo que eso no viene al caso.

Emmett y el señor Ransom debieron de coincidir en que aquello no venía al caso, porque ninguno de los dos se esforzó por responder. El banquero volvió a aclararse la garganta.

—A donde quiero llegar es a que estos últimos años las cosechas no fueron como tu padre esperaba. Y este año, con la muerte de tu padre, no habrá cosecha ninguna. Así que no hemos tenido más remedio que reclamar la devolución del préstamo. Ya sé que es un asunto desagradable, Emmett, pero quiero que entiendas que para el banco no ha sido fácil tomar esta decisión.

—Pues cualquiera diría que no es una decisión tan difícil, a juzgar por la frecuencia con que la toma —intervino el señor Ransom.

El banquero miró al ganadero.

—No es justo que digas eso, Ed. Sabes que ningún banco concede un préstamo con la esperanza de ejecutarlo.

El banquero volvió a mirar a Emmett.

—La contratación de un préstamo implica el reembolso

puntual del capital y los intereses. Aun así, cuando un cliente solvente se retrasa, intentamos hacerle concesiones. Ampliamos los plazos y retrasamos los cobros. Tu padre es un buen ejemplo. Cuando empezó a atrasarse en los pagos, le dimos más tiempo. Y cuando enfermó, le dimos un poco más. Pero en ocasiones la mala suerte de un hombre es tan grande que no hay forma de vencerla por mucho tiempo que le des.

El banquero estiró un brazo y posó una mano sobre la carpeta marrón, admitiendo por fin que era suya.

—Habríamos podido vaciar la propiedad y haberla puesto a la venta hace un mes, Emmett. Estábamos autorizados a hacerlo. Pero no lo hicimos. Esperamos para que pudieses cumplir tu condena en Salina, volver a casa y dormir en tu cama. Queríamos darte la oportunidad de recorrer la casa con tu hermano sin prisas, para que organizarais vuestros efectos personales. Demonios, si hasta hicimos que la compañía eléctrica pusiera el gas y la electricidad a nuestro cargo.

—Se lo agradezco mucho —dijo Emmett.

El señor Ransom gruñó por lo bajo. El banquero continuó:

—Pero ahora que estás aquí, creemos que lo mejor para todos los implicados sería zanjar este proceso. Como albacea de la herencia de tu padre, necesitaremos que firmes unos documentos. Y siento tener que decirlo, pero en unas semanas tu hermano y tú tendréis que marcharos de la casa.

—Si tengo que firmar algo, démelo y lo firmaré.

El señor Obermeyer sacó unos documentos de la carpeta. Les dio la vuelta para colocárselos delante a Emmett y, volviendo las hojas cuando era necesario, fue explicándole las secciones y subsecciones, traduciéndole la terminología, señalando dónde tenía que firmar y dónde poner las iniciales.

—¿Tiene un bolígrafo?

El señor Obermeyer le ofreció su bolígrafo a Emmett; sin darle más vueltas, el chico firmó, puso sus iniciales en los

documentos y luego se los devolvió haciéndolos resbalar por la mesa.

—¿Ya está?

—Hay una cosa más. —El banquero guardó los papeles en la carpeta y continuó—: El coche que hay en el granero. Cuando hicimos el inventario de rutina de la casa, no encontramos los papeles ni las llaves.

—¿Para qué los necesita?

—El segundo préstamo que pidió tu padre no especificaba que estuviese destinado a la compra de maquinaria agrícola. Podía emplearse para la adquisición de cualquier clase de bienes de equipo necesarios para la finca, y me temo que eso incluye los vehículos personales.

—Pero no ese coche.

—Verás, Emmett...

—No lo incluye porque ese bien de equipo no es de mi padre. Es mío.

El señor Obermeyer miró a Emmett con una mezcla de escepticismo y compasión, dos emociones que, en opinión del chico, no encajaban en la misma cara al mismo tiempo. Emmett se sacó la cartera del bolsillo, extrajo los documentos del coche y los puso encima de la mesa.

El banquero los cogió y los examinó.

—Ya veo que el coche está a tu nombre, Emmett, pero me temo que si tu padre lo compró para ti...

—No lo compró mi padre.

El banquero miró al señor Ransom pidiéndole ayuda. Como no la encontró, miró otra vez a Emmett.

—Trabajé dos veranos para el señor Schulte para comprarme ese coche. Levanté estructuras de madera. Cambié tejas de tejados. Reparé porches. De hecho, hasta ayudé a instalar los armarios nuevos de su cocina. Si no me cree, puede preguntárselo al señor Schulte. Pero, sea como sea, olvídese de

tocar ese coche —explicó el chico.

El señor Obermeyer frunció el ceño. Emmett le tendió la mano para que le devolviera los papeles, y el banquero se los dio sin protestar. Y cuando se marchó con su carpeta marrón, no le sorprendió excesivamente que ni Emmett ni el señor Ransom se molestaran en acompañarlo a la puerta.

Cuando el banquero se hubo ido, el señor Ransom salió a esperar a Sally y a Billy y dejó que el chico se paseara solo por la casa.

Emmett encontró el salón más ordenado que de costumbre, igual que la cocina, con los almohadones recogidos en ambos extremos del sofá, las revistas pulcramente amontonadas en la mesita y la tapa del escritorio de su padre bajada. Arriba, en la habitación de Billy, la cama estaba hecha, las colecciones de chapas de botella y de plumas de pájaro lucían ordenadas en los estantes, y había una ventana abierta para que entrara el aire. También debía de haber una ventana abierta al otro lado del pasillo, porque la corriente movía los aviones de combate colgados sobre la cama de Billy: réplicas de un Spitfire, un Warhawk y un Thunderbolt.

Emmett sonrió al verlos.

Había construido esos aviones cuando tenía más o menos la edad de Billy. Su madre le había regalado las maquetas en 1943, cuando Emmett y sus amigos no hablaban de otra cosa que no fueran las batallas que se estaban librando en Europa y el Pacífico: sobre Patton al frente del Séptimo Ejército atacando las playas de Sicilia, y sobre el escuadrón de los Ovejas Negras de Pappy Boyington burlándose del enemigo en el mar de Salomón. Emmett había montado los aeromodelos en la mesa de la cocina con la precisión de un ingeniero. Había pintado las insignias y los números de serie en los fuselajes con cuatro

botellitas de esmalte y un pincel fino. Cuando los terminó, los alineó en su escritorio formando una línea diagonal, tal como habrían estado en la cubierta de un portaaviones.

Billy los había admirado desde que tenía cuatro años. A veces Emmett, al volver del colegio, se encontraba a su hermano subido a una silla junto al escritorio, hablando solo en el lenguaje de los pilotos de caza. Así que cuando Billy cumplió seis años, Emmett y su padre colgaron los aviones del techo de su cama como sorpresa de cumpleaños.

Emmett continuó por el pasillo hasta la habitación de su padre, donde todo estaba igual de ordenado: la cama hecha, las fotografías de encima del escritorio sin polvo, las cortinas recogidas y atadas con un lazo. Se acercó a una ventana y contempló las tierras de su padre. Después de veinte años de siembras y labranzas, había bastado con desatender los campos solamente una temporada para poder apreciar el avance infatigable de la naturaleza: la artemisa, la hierba cana y la vernonia ya se habían impuesto entre la hierba de la pradera. Si las dejaban unos años más a su aire, nadie sabría que en su día las habían cultivado.

Emmett negó con la cabeza.

Mala suerte...

Así lo había llamado el señor Obermeyer. Una mala suerte tan grande que no hay forma de vencerla. Y hasta cierto punto el banquero tenía razón. El padre de Emmett siempre había tenido mala suerte para dar y vender. Pero él sabía que no se trataba sólo de eso. Porque Charlie Watson también tenía mal criterio para dar y vender.

El padre de Emmett había llegado a Nebraska procedente de Boston en 1933 con su flamante esposa y el sueño de trabajar la tierra. Durante dos décadas había intentado cultivar trigo, maíz, soja e incluso alfalfa, y se había visto frustrado en todo. Si escogía un cultivo que necesitaba mucha agua, había dos

años de sequía. Si cambiaba a otro que necesitaba sol en abundancia, aparecían nubes de tormenta al oeste. La naturaleza es implacable, se podía argumentar. Es indiferente e imprevisible. Pero un agricultor que cambia de cultivo cada dos o tres años... Pese a ser sólo un niño, Emmett sabía que eso era señal de que aquel hombre no sabía lo que hacía.

Detrás del granero había una máquina para cosechar sorgo importada de Alemania. En su momento se la consideró esencial, pero al poco ya era innecesaria y no servía para nada, porque su padre no tuvo el buen juicio de revenderla en cuanto dejó de cultivar sorgo. La había aparcado a la intemperie detrás del granero, expuesta a la lluvia y la nieve. Cuando Emmett tenía la edad de Billy, sus amigos de las granjas vecinas iban a su casa a jugar —niños que, en plena guerra, nunca perdían la ocasión de subirse a cualquier máquina y fingir que era un tanque—, pero nunca tocaban aquella cosechadora, como si intuyeran que era de mal agüero, como si aquel armatoste oxidado fuese una herencia de fracaso de la que debías alejarte ya fuera por educación o instinto de supervivencia.

Así que una tarde, cuando tenía quince años y el curso escolar estaba a punto de terminar, Emmett se fue en bicicleta a la ciudad, se presentó en casa del señor Schulte y le pidió trabajo. Al señor Schulte le sorprendió tanto la petición de Emmett que lo hizo sentarse a la mesa del comedor y mandó que le llevaran un trozo de tarta. Entonces le preguntó por qué demonios un chico que se había criado en una finca agrícola quería pasarse el verano clavando clavos.

No lo hizo porque supiera que el señor Schulte era un tipo agradable, ni porque viviera en una de las casas más bonitas de la ciudad. Emmett fue a ver al señor Schulte porque pensó que, pasara lo que pasase, un carpintero siempre tendría trabajo. Por muy bien construidas que estén, las casas siempre se deterioran. Los goznes se aflojan, los tablones del suelo se

desgastan, las juntas del tejado se separan. Sólo tenías que darte una vuelta por casa de los Watson para apreciar las infinitas maneras que tenía el tiempo de pasarle factura a una vivienda.

En los meses de verano había noches dominadas por los truenos o el silbido de un viento árido en las que Emmett oía moverse a su padre en la habitación de al lado, incapaz de pegar ojo; motivos no le faltaban, porque un agricultor con una hipoteca era como un hombre que caminara por el pretil de un puente con los brazos extendidos y los ojos cerrados. Aquél era un modo de vida en el que la diferencia entre la abundancia y la miseria podía medirse con unos pocos centímetros cúbicos de lluvia o unas pocas noches de helada.

Un carpintero, en cambio, no se pasaba las noches en vela preocupado por la meteorología. De hecho, agradecía las inclemencias de la naturaleza. Agradecía las ventiscas, los aguaceros y los tornados. Agradecía la aparición de moho y los embates de los insectos. Ésas eran las fuerzas naturales que lenta pero inevitablemente iban minando la integridad de las casas, debilitando sus cimientos, pudriendo sus vigas y deshaciendo su enlucido.

Emmett no dijo nada de eso cuando el señor Schulte le hizo aquella pregunta. Dejó el tenedor y se limitó a contestar:

—Tal como yo lo veo, señor Schulte, era Job quien tenía el buey y Noé el que tenía el martillo.

El señor Schulte rió y contrató a Emmett al instante.

La mayoría de los campesinos del país, si su hijo mayor hubiese llegado a casa una noche y hubiese anunciado que iba a trabajar para un carpintero, le habrían pegado una bronca que al chico le habría costado olvidar. Luego, por si acaso, le habrían hecho una visita al carpintero y le habrían dicho un par de cosas: un par de cosas que debería recordar la próxima vez que sintiera la tentación de entrometerse en la crianza del

hijo de su vecino.

Sin embargo, la noche en que Emmett llegó a casa y le dijo a su padre que el señor Schulte le había dado trabajo, su padre no se enfadó. Lo escuchó con atención. Tras reflexionar un momento, dijo que el señor Schulte era buena persona y la carpintería un oficio útil. Y el primer día de verano le preparó a Emmett un desayuno copioso y una fiambrera con la comida, y le dio su bendición para que fuese a aprender otro oficio que no era el suyo.

Y quizá aquél fuese otro ejemplo más de su mal criterio.

Cuando bajó, Emmett encontró al señor Ransom sentado en los escalones del porche, con los antebrazos sobre las rodillas y el sombrero todavía en la mano. Se sentó a su lado y ambos contemplaron los campos sin cultivar. Menos de un kilómetro más allá se distinguía la valla que marcaba la linde del rancho del señor Ransom. Según los últimos cálculos de Emmett, el viejo tenía más de novecientas cabezas de ganado y ocho empleados.

—Quiero darle las gracias por acoger a Billy —dijo Emmett.

—Acoger a Billy era lo mínimo que podíamos hacer. Además, ya te puedes imaginar lo que le ha gustado a Sally. Está harta de ocuparse de la casa para mí, pero ocuparse de tu hermano es otro cantar. Desde que llegó Billy, todos hemos comido mucho mejor.

Emmett sonrió.

—Bueno, aun así, gracias. Para Billy fue muy importante, y para mí era un consuelo saber que estaba en su casa.

El señor Ransom aceptó la gratitud del joven con un gesto afirmativo.

—El alcaide Williams parece buena persona —dijo a continuación.

—Es buena persona.

—No parece de Kansas...

—No. Creció en Filadelfia.

El señor Ransom le dio vueltas al sombrero entre las manos y Emmett se dio cuenta de que su vecino tenía algo en mente. Estaba buscando la forma de decirlo, o decidiendo si iba a decirlo o no. O tal vez sólo estuviera tratando de elegir el momento adecuado. Pero a veces el momento te elige a ti, como cuando se vio una nube de polvo en la carretera, a poco más de un kilómetro, que indicaba que se acercaba su hija.

—Emmett, el alcaide Williams tenía razón cuando ha dicho que has saldado tu deuda ante la sociedad. Pero ésta es una ciudad pequeña, mucho más pequeña que Filadelfia, y en Morgen no todo el mundo va a opinar igual que el alcaide.

—Se refiere a los Snyder, ¿no?

—Me refiero a los Snyder, Emmett, pero no sólo a ellos. Tienen primos en este condado. Tienen vecinos y viejos amigos de la familia. Tienen gente con la que hacen negocios y miembros de su congregación. Todos sabemos que Jimmy Snyder casi siempre estaba metido en líos que se había buscado él mismo. A los diecisiete años ya había convertido su vida en una sucesión de montones de estiércol, aunque para sus hermanos eso no tiene la más mínima importancia. Sobre todo después de haber perdido a Joe Jr. en la guerra. No quedaron muy contentos cuando supieron que sólo pasarías dieciocho meses en Salina, pero se pusieron furiosos al enterarse de que iban a soltarte unos meses antes porque tu padre había fallecido. Es muy probable que quieran hacértelo pagar y cuantas más veces mejor. Así que, mientras tengas toda la vida por delante, o mejor dicho, porque tienes toda la vida por delante, quizá debas plantearte empezar de nuevo en otro sitio que no sea éste.

—No se preocupe por eso. En cuarenta y ocho horas Billy y

yo ya no estaremos en Nebraska —dijo Emmett.

El señor Ransom asintió.

—Como tu padre no os dejó gran cosa, me gustaría daros una pequeña ayuda para empezar.

—No podría aceptar su dinero, señor Ransom. Usted ya ha hecho mucho por nosotros.

—Entonces considéralo un préstamo. Puedes devolvérmelo cuando te hayas establecido.

—Creo que los Watson ya han pedido suficientes préstamos —replicó Emmett.

El señor Ransom sonrió y asintió con la cabeza. Acto seguido se levantó y se caló el sombrero mientras la vieja ranchera que ellos llamaban *Betty* entraba rugiendo por el camino a la casa con Sally al volante y Billy en el asiento del pasajero. Antes de que la ranchera se hubiese detenido y petardeara el tubo de escape, Billy ya estaba abriendo la portezuela y saltando al suelo. Llevaba una mochila de lona de los hombros hasta los fondillos del pantalón; pasó corriendo al lado del señor Ransom y abrazó a su hermano mayor por la cintura.

Emmett se puso en cuclillas para poder devolverle el abrazo.

Sally se acercó a ellos con un vestido sin mangas de colores llamativos, una bandeja de hornear en las manos y una sonrisa en la cara.

El señor Ransom miró aquel vestido y aquella sonrisa con resignación.

—Vaya, vaya, mira quién ha venido. No aprietes tanto, que lo vas a asfixiar, Billy Watson —dijo ella.

Emmett se incorporó y le puso una mano en la cabeza a su hermano.

—Hola, Sally.

Sally fue al grano, como solía hacer cuando estaba nerviosa.

—La casa está barrida de arriba abajo, todas las camas están hechas y hay jabón nuevo en el cuarto de baño, y mantequilla,

leche y huevos en el refrigerador.

—Gracias —dijo Emmett.

—Le he propuesto a Billy que vinierais los dos a cenar a casa, aunque él ha insistido en que quiere hacer la primera comida contigo en la vuestra. Pero, como acabas de llegar, os he preparado un guiso.

—No hacía falta que te tomaras tantas molestias, Sally.

—Con molestias o sin ellas, aquí tienes el guiso. Lo único que tienes que hacer es meterlo en el horno a ciento ochenta grados durante cuarenta y cinco minutos.

Mientras Emmett cogía la cazuela, Sally negó con la cabeza.

—No sé por qué no te lo he dejado escrito.

—Me parece que Emmett será capaz de recordar las instrucciones. Y si no, Billy se acordará —intervino el señor Ransom.

—Lo metes en el horno a ciento ochenta grados durante cuarenta y cinco minutos —dijo Billy.

El señor Ransom miró a su hija.

—Estoy seguro de que estos chicos están deseando ponerse al día, y nosotros tenemos cosas que hacer en casa.

—Solamente quiero entrar un minuto para asegurarme de que todo...

—Sally —dijo el señor Ransom en un tono que no admitía réplica.

La chica señaló a Billy y sonrió.

—Pórtate bien, pequeñajo.

Emmett y Billy vieron cómo los Ransom se metían en sus respectivos vehículos y se alejaban por la carretera. Entonces Billy se volvió hacia su hermano y lo abrazó de nuevo.

—Me alegro de que ya estés en casa, Emmett.

—Y yo me alegro de estar en casa, Billy.

—Esta vez no tendrás que volver a Salina, ¿verdad?

—No. Ya no tendré que volver nunca más. Vamos.

Billy soltó a Emmett y los dos hermanos entraron en la casa. En la cocina, Emmett abrió el refrigerador y guardó la cazuela del guiso en una de las baldas inferiores. En la balda superior estaban la leche, los huevos y la mantequilla prometidos. También había un tarro de compota de manzana casera y otro de melocotones en almíbar.

—¿Te apetece comer algo?

—No, gracias, Emmett. Sally me ha preparado un sándwich de crema de cacahuete justo antes de venir.

—¿Y un poco de leche?

—Vale.

Mientras Emmett llevaba los vasos de leche a la mesa, Billy se descolgó la mochila y la dejó en una silla. Abrió el bolsillo superior y, con cuidado, sacó y desenvolvió un paquetito de papel de aluminio. Era un montoncito de ocho galletas. Puso dos encima de la mesa, una para Emmett y otra para él. Luego envolvió de nuevo el paquete, se lo guardó en la mochila, abrochó la hebilla y se sentó otra vez en su silla.

—Llevas una mochila muy grande —observó Emmett.

—Es una mochila del ejército de Estados Unidos auténtica. Aunque se llama mochila de excedente militar porque en realidad nunca llegó a ir a la guerra. La compré en la tienda del señor Gunderson. También compré una linterna de excedente militar y una brújula de excedente militar y este reloj de excedente militar. —Billy estiró el brazo para enseñarle el reloj que llevaba en la muñeca, que le iba muy grande—. Hasta tiene segundero.

Tras expresar su admiración por el reloj, Emmett mordió su galleta.

—Muy buena. ¿Pepitas de chocolate?

—Sí. Las hizo Sally.

—¿Y tú la ayudaste?

—Yo rebañé el cuenco.

—Ya me lo imagino.

—En realidad, Sally nos hizo toda una bandeja, pero el señor Ransom le dijo que era una exageración. Así que Sally le dijo que sólo nos daría cuatro, pero sin que él se enterara nos ha dado ocho.

—Hemos tenido suerte.

—Sí, hemos tenido suerte porque no nos ha dado sólo cuatro, pero habríamos tenido más suerte si nos hubiese dado toda la bandeja.

Emmett sonrió y tomó un sorbo de leche mientras observaba a su hermano por encima del borde del vaso. Había crecido unos dos dedos y llevaba el pelo más corto, más acorde con el estilo de los Ransom; pero, por lo demás, tanto su físico como su carácter parecían los de siempre. Para Emmett, separarse de Billy había sido lo más duro de su estancia en Salina, y por eso ahora se alegraba de ver lo poco que había cambiado. Se alegraba de estar sentado con él a la vieja mesa de la cocina. Y sabía que Billy se alegraba tanto como él.

—Ya has terminado el curso, ¿verdad? —preguntó Emmett, y dejó el vaso encima de la mesa.

Billy asintió.

—Sí, y saqué un ciento cinco por ciento en el examen de geografía.

—¡Un ciento cinco por ciento!

—Normalmente no existe el ciento cinco por ciento. Normalmente, la nota máxima que puedes sacar es cien por cien —explicó Billy.

—Entonces, ¿cómo conseguiste que la señora Cooper te pusiera otro cinco por ciento?

—Había una pregunta extra.

—¿Y qué pregunta era?

Billy la citó de memoria:

—*Cuál es el edificio más alto del mundo*.

—¿Y tú sabías la respuesta correcta?

—Sí.

...

—¿Y no me la piensas decir?

Billy negó con la cabeza.

—Porque eso sería hacer trampa. Tienes que descubrirlo por ti mismo.

—Tienes razón.

Tras unos instantes de silencio, Emmett se dio cuenta de que estaba absorto mirando su vaso de leche. Ahora era él quien tenía algo en mente. Era él quien trataba de decidir cómo decírselo, o cuándo, o si debía decirlo.

—Billy, no sé qué te ha contado el señor Ransom, pero no vamos a poder seguir viviendo aquí.

—Ya lo sé. Porque el banco ha ejecutado nuestra hipoteca.

—Así es. ¿Entiendes lo que eso significa?

—Significa que ahora el banco es el propietario de nuestra casa.

—Así es. Aunque ellos se queden con la casa, nosotros podríamos quedarnos en Morgen. Podríamos vivir una temporada en casa de los Ransom, yo podría volver a trabajar para el señor Schulte, cuando llegara el otoño tú podrías volver a la escuela y al final podríamos pagar nuestra propia casa. Pero he estado pensando que éste también podría ser un buen momento para que tú y yo probemos algo nuevo...

Emmett había reflexionado mucho sobre cómo exponerle aquello a su hermano, porque le preocupaba que a Billy lo desconcertara la idea de marcharse de Morgen, sobre todo siendo tan reciente la muerte de su padre. Pero Billy no estaba en absoluto desconcertado.

—Yo he pensado lo mismo, Emmett.

—¿Ah, sí?

Billy asintió con una pizca de entusiasmo.

—Ahora que no está papá y nuestra casa pertenece al banco, no tenemos ninguna necesidad de quedarnos en Morgen. Podemos recoger nuestras cosas y marcharnos a California.

—Ya veo que estamos de acuerdo. —Emmett sonrió—. La única diferencia es que yo creo que deberíamos ir a Texas.

—Ah, no, no podemos ir a Texas —dijo Billy negando con la cabeza.

—¿Por qué no?

—Porque tenemos que ir a California.

Emmett iba a decir algo, pero Billy ya se había levantado de la silla para coger su mochila. Esta vez abrió el bolsillo delantero, sacó un sobrecito de papel manila y se sentó de nuevo. Mientras desenrollaba con cuidado el hilo rojo que cerraba la solapa del sobre, empezó a explicarse:

—Después del funeral de papá, cuando tú volviste a Salina, el señor Ransom nos envió a Sally y a mí a casa a buscar documentos importantes. En el último cajón del escritorio de papá encontramos una caja metálica. No estaba cerrada con llave, aunque era de esas cajas que puedes cerrar con llave si quieres. Dentro había documentos importantes, tal como el señor Ransom nos había dicho, como nuestro certificado de nacimiento y el certificado de matrimonio de mamá y papá. Pero en el fondo de la caja, debajo de todo, encontré esto.

Billy inclinó el sobre encima de la mesa y salieron nueve postales.

Por el estado de aquellas postales, Emmett se dio cuenta de que no eran ni muy viejas ni muy nuevas. Algunas eran fotografías y otras ilustraciones, pero todas eran en color. La primera del montón era una fotografía del Welsh Motor Court de Ogallala, en Nebraska: un motel moderno con bungalós blancos, aceras ajardinadas y un mástil con la bandera de Estados Unidos.

—Son postales. Para ti y para mí. De mamá —dijo Billy.

Emmett se quedó atónito. Habían transcurrido casi ocho años desde que su madre los había arropado a los dos en la cama, les había dado un beso de buenas noches y había salido por la puerta, y desde entonces no habían vuelto a saber nada de ella. Ni llamadas de teléfono, ni cartas, ni paquetes cuidadosamente envueltos que llegasen justo a tiempo para la Navidad. Ni siquiera algún rumor de alguien que hubiese oído algo de un tercero. Al menos eso era lo que siempre había creído Emmett, hasta ese momento.

Emmett cogió la postal del Welsh Motor Court y le dio la vuelta. Tal como le había dicho Billy, iba dirigida a los dos hermanos, con la elegante caligrafía de su madre. Como es propio de las postales, el texto se limitaba a unas pocas líneas. Aquellas breves frases expresaban lo mucho que su madre los echaba de menos pese a llevar fuera sólo un día. Emmett cogió otra postal del montón. En la esquina superior izquierda había un vaquero montado a caballo. El lazo que hacía girar se extendía hacia el primer plano de la ilustración y formaba las palabras: *Saludos desde Rawlins, Wyoming, la metrópoli de las praderas*. Le dio la vuelta a la postal. En seis frases, incluida una que llegaba hasta la esquina inferior derecha, su madre les contaba que aún no había visto a ningún vaquero con lazo en Rawlins pero sí muchas vacas. Terminaba expresando una vez más lo mucho que los quería y añoraba a los dos.

Emmett examinó las otras postales que había encima de la mesa y se fijó en los nombres de las diferentes ciudades, los moteles y los restaurantes, los paisajes y los monumentos; y se dio cuenta de que todas las imágenes excepto una prometían un cielo azul y despejado.

Consciente de que su hermano lo estaba observando, Emmett mantuvo un gesto impasible, a pesar del aguijón de resentimiento que sentía; resentimiento hacia su padre. Él debía de haber interceptado y ocultado aquellas postales. Por

muy enfadado que estuviera con su mujer, no tenía derecho a esconderles aquellas postales a sus hijos, o como mínimo a Emmett, que entonces ya era lo bastante mayor para leerlas por sí mismo. Pero el resentimiento duró apenas un instante. Emmett sabía que su padre había hecho lo más sensato. Al fin y al cabo, ¿de qué iban a servir unas pocas frases escritas en el dorso de una postal de tamaño estándar por una mujer que había abandonado voluntariamente a sus propios hijos?

Dejó la postal de Rawlins en la mesa.

—¿Te acuerdas de que mamá nos dejó el 5 de julio? —le preguntó Billy.

—Sí, me acuerdo.

—Pues nos escribió una postal todos los días durante los siguientes nueve días.

Emmett volvió a coger la postal de Ogallala y miró justo encima del sitio donde su madre había escrito: *Queridos Emmett y Billy*, pero no había ninguna fecha.

—Mamá no escribió las fechas, pero se pueden ver en el matasellos —dijo Billy.

Cogió la postal de Ogallala que Emmett tenía en la mano, les dio la vuelta a todas las demás, las repartió por la mesa y fue señalándolas una a una:

—5 de julio. 6 de julio. Del 7 de julio no hay ninguna, aunque hay dos del 8 de julio. Eso es porque, en 1946, el 7 de julio cayó en domingo y las oficinas de correos están cerradas el domingo, y por eso tuvo que enviar las dos postales el lunes. Pero mira esto.

Billy volvió a abrir el bolsillo frontal de su mochila y sacó algo que parecía un panfleto. Cuando lo desdobló sobre la mesa, Emmett vio que era un mapa de Estados Unidos de una guía Phillips 66. A lo largo del centro del mapa se extendía una carretera que Billy había marcado con tinta negra. En la mitad occidental del país, los nombres de nueve ciudades por las que

pasaba aquella ruta estaban encerrados en un círculo.

—Esto es la autopista Lincoln. La inventaron en 1912 y le pusieron el nombre de Abraham Lincoln y fue la primera carretera que iba de un extremo a otro de Estados Unidos —explicó Billy, señalando aquella larga línea negra.

Tomando como punto de partida el litoral atlántico, Billy empezó a recorrer el trazado de la autopista con la yema del dedo.

—Empieza en Times Square, en Nueva York, y termina cinco mil cuatrocientos cincuenta y cinco kilómetros más allá, en Lincoln Park, San Francisco. Y pasa por Central City, que está a sólo cuarenta kilómetros de nuestra casa.

Billy hizo una pausa para desplazar el dedo de Central City a la estrellita negra que había dibujado en el mapa para representar su casa.

—El 5 de julio, el día que nos abandonó, mamá siguió esta ruta...

Cogió todas las postales, les dio la vuelta y empezó a repartirlas por la parte inferior del mapa de este a oeste, colocando cada postal bajo la ciudad correspondiente.

Ogallala.

Cheyenne.

Rawlins.

Rock Springs.

Salt Lake City.

Ely.

Reno.

Sacramento.

Hasta la última postal, donde aparecía un gran edificio clásico más allá de una fuente de un parque de San Francisco.

Billy dio un suspiro de satisfacción al ver todas las postales dispuestas en orden sobre la mesa. Sin embargo, a Emmett le produjo desasosiego aquella colección, como si los dos

hermanos estuviesen contemplando la correspondencia privada de otra persona, algo que ellos no tuviesen derecho a ver.

—Billy, no estoy seguro de que debamos ir a California...

—Sí que tenemos que ir a California, Emmett. ¿No lo ves? Por eso nos envió las postales. Para que pudiésemos seguirla.

—Pero no ha enviado una sola postal en ocho años.

—Porque el 13 de julio fue el día que paró de moverse. Lo único que tenemos que hacer es ir por la autopista Lincoln hasta San Francisco, y allí la encontraremos.

El primer impulso de Emmett fue decirle algo sensato y disuasorio a su hermano. Decirle, por ejemplo, que su madre no tenía por qué haberse detenido a la fuerza en San Francisco, podía haber continuado, y seguramente lo había hecho, y si bien parecía haberse acordado de sus hijos aquellas nueve primeras noches todo indicaba que no había vuelto a pensar en ellos desde entonces. Al final decidió limitarse a señalar que, aunque ella estuviese en San Francisco, sería casi imposible encontrarla.

Billy asintió; su expresión daba a entender que ya había reflexionado sobre aquel dilema.

—¿Te acuerdas de que me contaste que a mamá le gustaban tanto los fuegos artificiales que un Cuatro de Julio nos llevó a Seward sólo para que pudiésemos ver el gran espectáculo?

Emmett no recordaba haberle contado eso a su hermano; de hecho, ni siquiera recordaba que se le hubiese ocurrido contárselo. No obstante, no podía negar que fuese cierto.

Billy cogió la última postal, la del edificio clásico y la fuente. Le dio la vuelta y siguió la caligrafía de su madre con el dedo.

—*¡Éste es el Palacio de la Legión de Honor de Lincoln Park, en San Francisco, y todos los años, el Cuatro de Julio, aquí se celebra uno de los espectáculos de fuegos artificiales más importantes de toda California*!

Billy miró a su hermano.

—Estará allí, Emmett. En el espectáculo de fuegos artificiales del Palacio de la Legión de Honor, el Cuatro de Julio.

—Billy... —empezó a decir Emmett.

Pero el chico, que ya había detectado el escepticismo en la voz de su hermano, negó enérgicamente con la cabeza. Volvió a mirar el mapa abierto sobre la mesa y deslizó el dedo por la ruta que había seguido su madre.

—De Ogallala a Cheyenne, de Cheyenne a Rawlins, de Rawlins a Rock Springs, de Rock Springs a Salt Lake City, de Salt Lake City a Ely, de Ely a Reno, de Reno a Sacramento y de Sacramento a San Francisco. Eso es lo que vamos a hacer.

Emmett se recostó en la silla y reflexionó.

Él no había elegido Texas al azar. Había valorado a fondo la cuestión de adónde podían ir su hermano y él. Se había pasado horas en la pequeña biblioteca de Salina hojeando el almanaque y los volúmenes de la enciclopedia hasta que tuvo completamente clara la respuesta. Sin embargo, Billy lo había valorado tan a fondo como él y tenía otra respuesta igual de clara a la misma pregunta.

—Bueno, Billy, te propongo una cosa. ¿Por qué no guardas esas postales en el sobre y me das un poco de tiempo para pensar en lo que me has contado?

El chico asintió con la cabeza.

—Me parece buena idea, Emmett. Sí, es una buena idea.

Recogió las postales ordenándolas de este a oeste, las metió en el sobre, enroscó el hilo rojo hasta que estuvieron seguras y guardó el sobre en su mochila.

—Tómate un poco de tiempo para pensarlo, Emmett. Ya verás.

En la planta de arriba, mientras Billy se entretenía en su habitación, Emmett se dio una larga ducha caliente. Cuando

terminó, recogió su ropa del suelo —la que llevaba puesta el día de su entrada en Salina y con la que había salido de allí—, rescató el paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa y tiró todo el montón a la basura. Al cabo de un momento tiró también los cigarrillos y se aseguró de esconderlos bien bajo la ropa.

Ya en su dormitorio, se puso una camisa vaquera, unos vaqueros limpios y su cinturón y botas favoritos. Abrió el cajón superior de la cómoda y sacó unos calcetines hechos una bola. La deshizo, luego sacudió uno de los calcetines y de su interior cayeron las llaves de su coche. Acto seguido cruzó el pasillo y se asomó a la habitación de su hermano.

Billy estaba sentado en el suelo junto a su mochila. Tenía en el regazo la vieja lata azul de tabaco con el retrato de George Washington en la tapa, y en la alfombra estaban todas sus monedas de dólar de plata ordenadas en columnas e hileras.

—Veo que has encontrado unas cuantas más durante mi ausencia —dijo Emmett.

—Tres —contestó Billy mientras colocaba, con mucho cuidado, uno de los dólares en su sitio.

—¿Cuántas te faltan?

Billy señaló con el dedo índice los espacios vacíos de la cuadrícula.

—1881. 1894. 1895. 1899. 1903.

—Ya casi lo tienes.

Billy asintió en señal de aprobación.

—Pero me costará mucho encontrar 1894 y 1895. Tuve mucha suerte cuando encontré 1893. —Miró a su hermano—. ¿Has estado pensando en lo de California, Emmett?

—Sí, he estado pensándolo, pero necesito pensarlo un poco más.

—Muy bien.

Billy volvió a concentrarse en sus dólares de plata y Emmett

paseó la mirada por la habitación de su hermano por segunda vez ese día, y de nuevo se fijó en las colecciones pulcramente ordenadas en los estantes y en los aviones que colgaban sobre su cama.

—Billy...

El chico volvió a alzar la vista.

—Tanto si decidimos ir a Texas como si acabamos yendo a California, creo que lo mejor será que viajemos ligero. Lo digo porque se trata de empezar de cero.

—Yo estaba pensando lo mismo, Emmett.

—¿Ah, sí?

—El profesor Abernathe dice que el viajero intrépido suele partir con lo poco que le cabe en un morral. Por eso me compré la mochila en la tienda del señor Gunderson: para estar listo para partir en cuanto volvieras a casa. Dentro ya está todo lo que necesito.

—¿Todo?

—Todo.

Emmett sonrió.

—Voy al granero a ver el coche. ¿Quieres venir?

Billy puso cara de sorpresa.

—¿Ahora? ¡Espera! ¡Un momento! ¡No vayas sin mí!

Después de haber colocado los dólares de plata en orden cronológico con sumo cuidado, ahora Billy los recogió de una barrida y los devolvió a la lata de tabaco tan aprisa como pudo. Cerró la tapa, guardó la lata en su mochila y se colgó la mochila a la espalda antes de abrir camino escaleras abajo hacia la puerta.

Mientras cruzaban el patio, Billy volvió la cabeza para explicarle a Emmett que el señor Obermeyer había cerrado las puertas del granero con candado, pero que Sally lo había roto con la palanca que siempre llevaba en la caja de su ranchera. Y cuando llegaron ante la puerta del granero vieron el

portacandados, con el candado todavía cerrado, colgando de los tornillos. Dentro se respiraba una atmósfera familiar y cálida, y olía a ganado a pesar de que en la finca no había habido ganado desde que Emmett era muy pequeño.

Se detuvo para que su vista se acostumbrara a la oscuridad. Ante él estaba el John Deere nuevo y detrás una cosechadora vieja y maltrecha. Emmett continuó hacia el fondo del granero y se detuvo frente a un gran objeto de líneas redondeadas cubierto con una lona.

—El señor Obermeyer le quitó la funda, pero Sally y yo se la volvimos a poner —dijo Billy.

Emmett cogió la lona por una esquina y tiró de ella con las dos manos hasta dejarla amontonada en el suelo a sus pies. Allí, esperándolo justo en el sitio donde lo había dejado quince meses atrás, estaba el automóvil de cuatro puertas y techo rígido de color azul claro: su Studebaker Land Cruiser de 1948.

Después de pasar la palma de la mano por la superficie del capó, Emmett abrió la puerta del conductor y se metió dentro. Se quedó unos segundos con las manos sobre el volante. Cuando lo compró, el coche ya tenía ciento treinta mil kilómetros en el cuentakilómetros, abolladuras en el capó y quemaduras de cigarrillo en la tapicería de los asientos, pero funcionaba bien. Introdujo y giró la llave y pulsó el estárter, preparado para oír el tranquilizador murmullo del motor, pero no se oyó nada.

Billy, que se había mantenido a cierta distancia, se acercó titubeante.

—¿Está roto?

—No, Billy. Es que debe de haberse agotado la batería. Suele pasar cuando dejas un coche parado demasiado tiempo. Pero tiene fácil arreglo.

Aliviado, el chico se sentó en una bala de paja y se descolgó la mochila.

—¿Quieres otra galleta, Emmett?

—No, gracias. Pero tú cómetela.

Mientras Billy abría su mochila, Emmett salió del coche, fue hasta la parte trasera y abrió el maletero. Se alegró de que la tapa levantada impidiese a su hermano ver lo que estaba haciendo; retiró el fieltro que cubría el hueco donde iba la rueda de recambio y deslizó una mano alrededor del contorno. En la parte superior, justo donde su padre le había dicho que estaría, encontró un sobre dirigido a su nombre. Dentro había una nota que su padre había escrito de su puño y letra. Otra carta manuscrita de otro fantasma, pensó Emmett.

Querido hijo:

Supongo que cuando leas esto la finca estará en manos del banco. Quizá estés enfadado conmigo o te sientas decepcionado, y no puedo reprochártelo.

Te sorprendería saber cuánto me dejó mi padre al morir, cuánto le dejó mi abuelo a mi padre y cuánto le dejó mi bisabuelo a mi abuelo. No sólo acciones y bonos, sino casas y cuadros. Muebles y vajillas. Pertenencia a clubes y sociedades. Los tres se entregaron a la puritana tradición de ganar se el favor del Señor dejándoles a sus hijos más de lo que les habían dejado a ellos.

En este sobre encontrarás todo lo que yo puedo dejarte a ti: dos herencias, una grande y una pequeña, cada una un sacrilegio a su manera.

Escribo esto un tanto avergonzado por haber roto el virtuoso ciclo de ahorro que iniciaron mis antepasados. Pero al mismo tiempo me llena de orgullo tener la certeza de que tú conseguirás mucho más con este pequeño recuerdo de lo que yo fui capaz de conseguir con una fortuna.

Con amor y admiración,

Tu padre, Charles William Watson

Unido a la carta con un clip sujetapapeles estaba el primero de los dos legados: una página arrancada de un libro viejo.

El padre de Emmett no era de esos padres que montaban en cólera y arremetían contra sus hijos, ni siquiera cuando se lo

merecían. De hecho, la única vez que Emmett recordaba que su padre hubiera descargado su ira contra él fue el día que lo habían mandado a casa por pintarrajear un libro de texto en la escuela. Como le dejó bien claro aquella noche, pintarrajear las páginas de un libro era comportarse como un bárbaro. Significaba insultar el logro más noble y sagrado del ser humano: la capacidad de dejar por escrito sus mejores ideas y sentimientos para que pudiesen compartirse en el futuro.

Para su padre, arrancar una hoja de un libro era un sacrilegio. Pero aún más sorprendente era que hubiese arrancado aquella hoja de los *Ensayos* de Ralph Waldo Emerson, el libro al que su padre tenía más estima que ningún otro. Cerca del final de la página, su padre había subrayado cuidadosamente dos frases con tinta roja:

> En la educación de todo hombre hay un momento en que se llega a la convicción de que la envidia es ignorancia, y la imitación un suicidio; de que debe aceptar, para bien o para mal, lo que le corresponde, y de que, a pesar de que el universo esté repleto de bondad, no recibirá ni un solo grano de maíz si no es con el duro esfuerzo realizado en la parcela de tierra que le haya tocado cultivar. El poder que reside en él es nuevo en la naturaleza, y nadie más que él sabe de lo que es capaz, ni siquiera él hasta que no lo intenta.

Emmett comprendió enseguida que ese pasaje de Emerson representaba dos cosas a la vez. En primer lugar era una excusa. Era una explicación de por qué, en contra de todo buen juicio, su padre había abandonado las casas y los cuadros y la pertenencia a clubes y a sociedades para ir a Nebraska a cultivar la tierra. El padre de Emmett ofrecía aquella página del libro de Emerson como prueba de que no había tenido alternativa, como si se tratara de un decreto divino.

Pero así como, por una parte, era una excusa, por la otra era una exhortación: exhortaba a su hijo a no vacilar, a no sentir

culpa ni remordimientos al darles la espalda a las ciento veinte hectáreas a las que él había dedicado media vida, siempre que las abandonara para perseguir sin envidia ni ansias de imitación la parte que le correspondía y que, al hacerlo, descubriera eso de lo que únicamente él era capaz.

Detrás de la página del libro de Emerson, metido en un sobre, estaba el segundo legado: un fajo de billetes nuevos de veinte dólares. Emmett pasó la yema del pulgar por los bordes limpios y rectos de los billetes y calculó que debía de haber unos ciento cincuenta, lo que significaba un total de unos tres mil dólares.

Podía entender que su padre considerase una especie de sacrilegio aquella hoja arrancada de un libro; sin embargo, no estaba de acuerdo en que los billetes lo fuesen. Su padre, presuntamente, calificaba el dinero de sacrílego porque se lo estaba dando a su hijo a espaldas de sus acreedores. Al hacerlo, había ido en contra de sus obligaciones legales y de su propio sentido del bien y del mal. Pero después de pagar intereses de hipoteca durante veinte años, el padre de Emmett había pagado la finca dos veces. Había vuelto a pagar por ella con mucho trabajo y grandes decepciones, con su matrimonio y, por último, con su vida. Así que no: para Emmett no era ningún sacrilegio que hubiese apartado aquellos tres mil dólares. En su opinión, su padre se merecía cada penique.

Cogió un billete y se lo guardó en el bolsillo antes de volver a poner el sobre en su sitio, encima de la rueda de recambio, y recolocar el fieltro.

—Emmett... —dijo Billy.

Emmett cerró el maletero y miró a su hermano, pero Billy no lo miraba a él, sino a las dos figuras que habían aparecido en la puerta del granero. Emmett no las reconoció porque estaban a contraluz, hasta que la de la izquierda, la más delgada, abrió los brazos y gritó:

—¡Tachán!

Duchess

Tendríais que haber visto la cara que puso Emmett cuando se dio cuenta de quiénes estaban en la puerta. Parecía que hubiésemos aparecido por arte de magia.

En los años cuarenta había un escapista llamado Kazantikis. Algunos graciosos del mundillo lo llamaban el Houdini tonto de Hackensack, aunque eso no era del todo justo. La primera mitad de su actuación era un poco floja, pero el final era canela fina. Delante de los espectadores, lo ataban con cadenas, lo encerraban en un baúl y lo sumergían en un gran tanque de cristal. Una rubia atractiva sacaba un reloj gigantesco mientras el maestro de ceremonias le recordaba al público que los seres humanos sólo podían aguantar la respiración un promedio de dos minutos y que, al faltarles el oxígeno, la mayoría se mareaba a los cuatro y perdía el conocimiento a los seis. Dos miembros de la agencia de detectives Pinkerton se aseguraban de que el candado del baúl estaba bien cerrado, y había un sacerdote de la Iglesia ortodoxa griega, con su sotana negra y su larga barba blanca, por si hacía falta administrar los últimos sacramentos. Metían el baúl en el agua y la rubia ponía en marcha el reloj. Al cabo de dos minutos se oían silbidos y abucheos entre el público. Pasados cinco minutos, se oían gritos de admiración. A los ocho minutos, los dos agentes de Pinkerton se miraban con gesto de preocupación. Pasados diez, el sacerdote se santiguaba y recitaba una oración indescifrable. Transcurridos doce minutos, la rubia rompía a llorar y dos tramoyistas salían corriendo de detrás del telón para ayudar a los detectives a sacar el baúl del tanque. Lo tiraban al suelo del

escenario con un golpazo y el agua vertida caía sobre las candilejas y se colaba en el foso de la orquesta. Uno de los detectives intentaba abrir el candado con la llave, pero el otro lo apartaba, sacaba una pistola y disparaba contra el candado. Al abrir la tapa del baúl e inclinarlo, se descubría... que estaba vacío. En ese momento el sacerdote ortodoxo se arrancaba la barba y revelaba que no era otro sino Kazantikis, que aún tenía el pelo mojado, y todos los miembros del público sin excepción se quedaban mirándolo maravillados. Así miraba Emmett Watson al darse cuenta de quiénes estaban en la puerta. Las últimas personas a las que esperaba encontrar allí éramos nosotros.

—¿Duchess?

—En carne y hueso. Y también Woolly.

Emmett seguía perplejo.

—Pero... ¿cómo?

Me reí.

—De eso se trata, ¿no?

Me protegí un lado de la boca con una mano y bajé la voz.

—Nos ha traído el alcaide sin saberlo. Nos hemos colado en el maletero de su coche mientras él firmaba tus papeles de salida.

—No puede ser.

—Ya lo sé. No es lo que yo llamaría viajar en primera clase. Ahí dentro debíamos de estar a cuarenta grados, y Woolly se quejaba cada diez minutos porque tenía que ir al baño. Y cuando hemos entrado en ¿Nebraska?, creía que me iba a dar una conmoción de los baches que había en la carretera. ¡Alguien tendría que escribirle una carta al gobernador!

—Hola, Emmett —dijo Woolly como si acabara de llegar.

Woolly es así. Siempre asoma unos cinco minutos tarde; aparece en el andén equivocado con la maleta equivocada justo en el momento en que la charla sale de la estación. Habrá a

quien ese rasgo le resulte un poco exasperante, pero yo prefiero mil veces a uno que llega cinco minutos tarde que a otro que llega con cinco minutos de antelación.

Yo observaba con el rabillo del ojo a un niño sentado en una bala de paja que luego empezó a venir hacia nosotros. Cuando lo señalé, se paró en seco como una ardilla en la hierba.

—Billy, ¿no? Dice tu hermano que sabes más que los ratones colorados. ¿Es verdad?

El niño sonrió y se acercó un poco más, hasta quedar al lado de Emmett. Miró a su hermano.

—¿Son tus amigos, Emmett?

—¡Pues claro que somos sus amigos!

—Son de Salina —aclaró Emmett.

Me disponía a desarrollar aquel dato cuando vi el coche. Hasta ese momento había estado tan concentrado en la magia del reencuentro que no lo había visto, escondido entre aquellas máquinas tan grandes.

—¿Ése es el Studebaker, Emmett? ¿Cómo se llama ese color? ¿Azul celeste?

Si he de ser sincero, parecía el coche con el que la mujer de tu dentista iría al bingo, pero de todas formas di un silbido. Entonces miré a Billy.

—En Salina había chicos que colgaban una foto de su chica en la parte de abajo de la litera de arriba para poder mirarla antes de que apagasen las luces. Otros tenían una foto de Elizabeth Taylor o de Marilyn Monroe. Pero tu hermano tenía colgado un anuncio que había arrancado de una revista vieja en el que aparecía una foto a todo color de su coche. Te diré la verdad, Billy: nos burlábamos mucho de tu hermano por eso. ¡Estar prendado así de un automóvil! Aunque ahora que lo veo de cerca...

Sacudí la cabeza en señal de admiración.

—Oye, ¿podemos ir a dar una vuelta? —dije entonces

volviéndome hacia Emmett.

Él no me contestó porque estaba mirando a Woolly, que a su vez contemplaba una telaraña en la que no había ninguna araña.

—¿Cómo estás, Woolly? —le preguntó.

Woolly se volvió hacia él y caviló un momento.

—Estoy bien, Emmett.

—¿Cuánto tiempo lleváis sin comer nada?

—Ah, no lo sé. Supongo que desde antes de meternos en el coche del alcaide. ¿No, Duchess?

Emmett le dijo a su hermano:

—Billy, ¿te acuerdas de lo que ha dicho Sally sobre la cena?

—Ha dicho que teníamos que meterla en el horno a ciento ochenta grados durante cuarenta y cinco minutos.

—¿Por qué no llevas a Woolly a casa, metes la cazuela en el horno y pones la mesa? Quiero enseñarle una cosa a Duchess, pero iremos enseguida.

—Vale, Emmett.

Mientras veíamos a Billy y Woolly caminar hacia la casa, me pregunté qué sería eso que Emmett quería enseñarme. Pero cuando se dio la vuelta y me miró, no parecía el de siempre. De hecho, parecía un poco indispuesto. Supongo que hay quien reacciona así cuando le dan una sorpresa. A mí me chiflan las sorpresas. Me encanta cuando la vida saca un conejo de la chistera. Como cuando el plato especial del día es pavo relleno en pleno mes de mayo. Pero hay gente a la que no le gusta que la pillen desprevenida, aunque sean buenas noticias.

—¿Qué hacéis aquí, Duchess?

Ahora era yo el que estaba sorprendido.

—¿Que qué hacemos aquí? Pues hemos venido a verte, Emmett. Y a ver la finca. Ya sabes lo que pasa. Un amigo te cuenta tantas historias sobre la vida en su pueblo que al final quieres verlo con tus propios ojos.

Para ilustrar mis palabras, señalé con un ademán el tractor y la bala de paja y la gran pradera americana que esperaba detrás de la puerta como si tratara de convencernos de que, en realidad, la tierra era plana.

Emmett miró hacia donde yo señalaba y luego volvió a mirarme a mí.

—Vamos a hacer una cosa. Comemos algo, os doy un paseo a Woolly y a ti, os quedáis a dormir y por la mañana os llevo a Salina —dijo.

Barrí el aire con la mano.

—No hace falta que nos lleves a Salina, Emmett. Acabas de llegar a casa. Además, me parece que no queremos volver. Al menos no todavía.

Emmett cerró los ojos un momento.

—¿Cuántos meses os quedan todavía? ¿Cinco o seis? Estáis los dos a punto de salir.

—Tienes razón. Tienes toda la razón. Pero cuando el alcaide Williams relevó a Ackerly, despidió a la enfermera de Nueva Orleans. Esa que ayudaba a Woolly a conseguir su medicina. Ahora sólo le quedan unas cuantas botellas, y ya sabes lo tristón que se pone cuando no tiene su medicina.

—No es una medicina.

Asentí con ganas.

—Lo que para uno es un tóxico para otro es un tónico, ¿no?

—Duchess, tú lo sabes mejor que yo y no debería hacer falta explicártelo, pero cuanto más tiempo estéis los dos fugados y cuanto más os alejéis de Salina, peores van a ser las consecuencias. Y los dos cumplisteis dieciocho años el invierno pasado. Si os encuentran al otro lado de la frontera del estado, tal vez no os devuelvan a Salina. Tal vez os lleven a Topeka.

Seamos sinceros: la mayoría de la gente necesita una escalerilla y un telescopio para entender que uno y uno son dos. Por eso muchas veces no vale la pena tomarse la molestia

de explicar las cosas. Pero ése no es el caso de Emmett Watson. Él es la clase de persona que lo capta todo a la primera: el cuadro general y los pequeños detalles. Levanté ambas manos en señal de rendición.

—Estoy contigo al cien por cien, Emmett. De hecho, intenté explicarle a Woolly exactamente lo mismo con las mismas palabras. Pero no quiso escucharme. Estaba empeñadísimo en saltar la valla. Lo tenía todo planeado. Iba a darse el piro un sábado por la noche, iría pitando hasta la ciudad y robaría un coche. Hasta había afanado un cuchillo un día que le tocó el turno de cocina. Y no era un cuchillo de mondar, Emmett. Estoy hablando de un cuchillo de carnicero. Tú y yo sabemos que Woolly no le haría daño a una mosca, pero los polis no lo saben. Ellos ven a un desconocido un poco nervioso con la mirada huidiza y un cuchillo de carnicero en la mano y no lo dudan: le disparan como a un perro. Así que le dije que dejara el cuchillo donde lo había encontrado y que yo lo ayudaría a salir de Salina sano y salvo. Woolly devolvió el cuchillo, nos metimos en el maletero y ¡abracadabra!, aquí estamos.

Y era todo verdad.

Menos lo del cuchillo.

Lo del cuchillo era lo que podríamos llamar un embellecimiento: una pequeña e inofensiva exageración en aras del énfasis. Algo así como el reloj gigantesco del espectáculo de Kazantikis, o como cuando los de Pinkerton disparaban al candado. Esos detalles que aparentemente son innecesarios, pero que de alguna manera consiguen que una actuación te salga bordada.

—Mira, Emmett, tú ya me conoces. Yo habría podido cumplir mi condena y luego la de Woolly. Cinco meses o cinco años, ¿qué más da? Pero Woolly... Tal como está, dudo mucho que hubiese aguantado ni cinco días.

Emmett miró hacia donde estaba Woolly.

Ambos sabíamos que su problema era cosa de ricos. Se había criado en uno de esos edificios con portero del Upper East Side, tenía una casa en el campo, un chófer en el coche y un cocinero en la cocina. Su abuelo era amigo de Teddy y Franklin Roosevelt, y su padre un héroe de la Segunda Guerra Mundial. Pero a veces tanta buena suerte se puede volver contra ti. Hay personas con una sensibilidad especial que sienten una inquietud amenazadora ante tanta abundancia, como si todas aquellas casas y coches y Roosevelts fueran a caérseles encima. Sólo de pensarlo pierden el apetito y se les alteran los nervios. Les cuesta concentrarse, y eso afecta su lectura, su escritura y su aritmética. Les piden que se vayan de un internado y los envían a otro. Y luego incluso a otro más. Al final esas personas necesitan algo para mantener el mundo a raya. ¿Y cómo íbamos a reprochárselo a Woolly? Yo sería el primero en afirmar que los ricos no merecen ni dos minutos de nuestra compasión. Pero ¿un buenazo como Woolly? Eso es otra historia y no tiene nada que ver.

Por su cara supe que Emmett estaba haciendo unos cálculos parecidos a los míos, pensando en el carácter sensible de Woolly y preguntándose si deberíamos devolverlo a Salina o ayudarlo a salir de allí sano y salvo. Era una disyuntiva bastante difícil de resolver. Pero supongo que por eso las llaman *disyuntivas*.

Le puse una mano en el hombro a Emmett.

—Ha sido un día muy largo. ¿Qué te parece si vamos a tu casa y comemos algo? Con el estómago lleno todos estaremos en mejores condiciones para sopesar los pros y los contras.

La gastronomía rural...

En el este se habla mucho de ella. Es una de esas cosas que la gente venera aunque jamás haya tenido ninguna experiencia de

primera mano con ella. Como la justicia, o como Jesús. Pero la gastronomía rural merece esa admiración, a diferencia de muchas cosas que la gente admira desde la distancia. Es el doble de sabrosa que cualquier plato que puedas encontrar en Delmonico's, y sin toda la parafernalia. A lo mejor es porque elaboran recetas que sus tatarabuelas perfeccionaron en las rutas de las caravanas. O quizá por todas las horas que han pasado en compañía de cerdos y patatas. Sea cual sea la razón, yo no solté mi plato hasta haberme servido tres veces.

—Estaba de muerte.

Miré al niño, cuya cabeza apenas asomaba por encima del borde de la mesa.

—¿Cómo se llama esa morenita tan guapa, Billy? La del vestido de flores y las botas de faena a la que hemos de agradecerle este plato delicioso.

—Sally Ransom. Esto es un guiso de pollo. Sally lo hizo con uno de sus pollos.

—¡Con uno de sus pollos! Oye, Emmett, ¿cómo era ese dicho popular? Ése sobre el camino más rápido para llegar al corazón de un hombre.

—Es la vecina —dijo Emmett.

—De acuerdo. Pero yo he tenido infinidad de vecinas y ninguna me ha traído jamás un guiso a casa. ¿Y a ti, Woolly?

Woolly estaba dibujando una espiral en la salsa de su plato con los dientes del tenedor.

—¿Cómo dices?

—¿Alguna vez te ha llevado un guiso a casa una vecina? —le pregunté subiendo un poco la voz.

Él reflexionó unos segundos.

—Yo nunca había comido un guiso.

Sonreí, miré al niño y arqueé las cejas. Él también sonrió y arqueó las cejas.

Guiso o no guiso, de pronto Woolly levantó la cabeza como si

hubiese tenido una idea muy oportuna.

—Oye, Duchess, ¿ya has hablado con Emmett de lo de la expedición?

—¿La expedición? —preguntó Billy estirando un poco el cuello para ver por encima de la mesa.

—Ésa es la otra razón por la que hemos venido aquí, Billy. Vamos a emprender una pequeña expedición y confiábamos en que tu hermano viniera con nosotros.

—Una expedición... —dijo Emmett.

—La llamamos así a falta de una palabra mejor. Pero en realidad se trata de hacer una buena obra. Una especie de *mitzvah*. En realidad, queremos cumplir el último deseo de un moribundo —aclaré.

Me lancé a explicárselo, mirando alternativamente a Emmett y a Billy porque los dos parecían igual de intrigados.

—Cuando el abuelo de Woolly murió, le dejó un dinero en una cosa que se llama *fideicomiso*, ¿verdad que sí, Woolly?

Woolly dijo que sí con la cabeza.

—Pues bien, un fideicomiso es una cuenta de ahorro especial que se abre en beneficio de un menor, y donde hay un administrador que toma todas las decisiones hasta que el menor alcanza la mayoría de edad, momento en que ya puede hacer con el dinero lo que se le antoje. Pero cuando Woolly cumplió dieciocho años, gracias a ciertas artimañas jurídicas, el administrador, que resulta que es el cuñado de Woolly, hizo que declararan a Woolly psicológicamente incapacitado. Lo llamaron así, ¿verdad, Woolly?

—Psicológicamente incapacitado —confirmó él con una sonrisa de disculpa.

—Y al hacerlo, su cuñado prolongó su autoridad sobre el fideicomiso hasta que Woolly mejore su temperamento, o a perpetuidad, lo que llegue primero. —Negué con la cabeza y añadí—: Como para que te fíes de tu cuñado...

—Eso es asunto de Woolly, Duchess. ¿Qué tiene que ver contigo?

—Con nosotros, Emmett. Qué tiene que ver con nosotros.

Acerqué un poco más la silla a la mesa.

—Woolly y su familia tienen una casa al norte del estado de Nueva York...

—Un refugio —dijo Woolly.

—Eso —rectifiqué—, un refugio donde la familia se reúne de vez en cuando. Pues bien, durante la Depresión, cuando los bancos empezaron a quebrar, el tatarabuelo de Woolly se dio cuenta de que ya nunca podría volver a confiar en el sistema bancario norteamericano. Así que, por si acaso, guardó ciento cincuenta mil dólares en efectivo en una caja fuerte empotrada en una pared del refugio. Pero lo más interesante del asunto, por no decir providencial, es que el valor actual del fideicomiso de Woolly asciende casi exactamente a ciento cincuenta mil dólares.

Hice una pausa para que los demás asimilaran esa información. Luego miré a los ojos a Emmett.

—Y como Woolly es una persona con un gran corazón y necesidades modestas, me ha dicho que si lo acompañamos a las Adirondack y lo ayudamos a recuperar lo que por derecho le pertenece dividirá sus ganancias en tres partes iguales.

—Ciento cincuenta mil dólares entre tres son cincuenta mil dólares —dijo Billy.

—Exactamente —confirmé.

—Todos para uno y uno para todos —dijo Woolly.

Me recosté en la silla y Emmett se quedó mirándome un momento. Acto seguido miró a Woolly.

—¿Ha sido idea tuya esto?

—Sí, ha sido idea mía —confirmó Woolly.

—¿Y no vas a volver a Salina?

Woolly puso las manos en el regazo y dijo que no con la

cabeza.

—No, Emmett, no voy a volver a Salina.

Emmett escudriñó el rostro de Woolly como si quisiera formular otra pregunta. Pero Woolly, a quien no le gustaba responder preguntas y era todo un experto en evitarlas, empezó a recoger los platos.

Un tanto dubitativo, Emmett se frotó los labios con una mano. Yo me incliné sobre la mesa.

—El único problema es que el refugio siempre se abre el último fin de semana de junio, lo que no nos deja mucho margen de tiempo. Yo tengo que hacer una paradita en Nueva York para ver a mi viejo, pero de ahí iremos directamente a las Adirondack. Podríamos traerte de vuelta a Morgen el viernes, quizá un poco más cansado, pero con cincuenta de los grandes en el bolsillo. Piénsalo un segundo, Emmett... ¿Qué podrías hacer con cincuenta de los grandes? ¿Qué harías con cincuenta de los grandes?

No hay nada más enigmático que la voluntad humana, o al menos eso te hacen creer los loqueros. Según ellos, las motivaciones de un hombre son un castillo sin llave. Forman un laberinto de diversas capas del que a menudo salen acciones individuales sin causa ni razón fácilmente discernibles. Pero en realidad no es tan complicado. Si quieres comprender las motivaciones de un hombre, sólo tienes que preguntarle: ¿*Tú qué harías con cincuenta mil dólares*?

Cuando les hacen esta pregunta, la mayoría de la gente necesita unos minutos para pensar, para valorar las posibilidades y calibrar sus opciones. Y eso te da toda la información que necesitas saber sobre esa persona. Pero cuando le planteas la pregunta a un hombre de enjundia, un hombre que merece tu consideración, éste te la contestará al instante y con todo lujo de detalles. Porque él ya ha pensado lo que haría con cincuenta de los grandes. Lo ha pensado mientras

cavaba zanjas, hacía trabajos administrativos o servía comidas en un restaurante. Lo ha pensado mientras escuchaba a su mujer, o acostaba a los niños, o miraba fijamente el techo en plena noche. Podríamos decir que lleva toda la vida pensándolo.

Cuando le hice la pregunta a Emmett, él no contestó, pero no porque no tuviera una respuesta. La expresión de su cara indicaba que sabía muy bien lo que haría con cincuenta mil dólares, níquel a níquel y centavo a centavo.

Mientras permanecíamos sentados en silencio, Billy me miró primero a mí y luego a su hermano, y luego otra vez a mí; pero Emmett no me quitaba ojo, como si de pronto él y yo estuviésemos solos en la habitación.

—A lo mejor esto ha sido idea de Woolly y a lo mejor no, Duchess. Sea como sea, no quiero participar. No quiero pasar por Nueva York, ni hacer el viaje a las Adirondack, ni los cincuenta mil dólares. Mañana tengo que ir al pueblo a ocuparme de unos asuntos. Pero el lunes por la mañana a primera hora Billy y yo os llevaremos a ti y a Woolly a la estación Greyhound de Omaha. Allí podéis coger un autobús para ir a Manhattan o a las Adirondack o a donde queráis. Y después de eso Billy y yo volveremos con el Studebaker y seguiremos con lo nuestro.

Emmett estaba muy serio mientras daba su pequeño discurso. Es más, creo que jamás había visto a nadie ponerse tan serio. No levantó la voz y no me apartó la mirada ni una sola vez; ni siquiera la desvió un instante hacia Billy, que escuchaba cada una de sus palabras con los ojos como platos.

Y entonces lo comprendí: había metido la pata al revelar todos los detalles delante del pequeño.

Como ya he dicho, Emmett Watson entiende las cosas mejor que la mayoría. Entiende que un hombre puede tener paciencia, pero que ésta se puede agotar y por eso en ocasiones

uno se ve en la necesidad de poner palos en las ruedas de los demás para conseguir los regalos que Dios le ha reservado. Pero Billy... A sus ocho años, lo más probable era que nunca hubiese salido del estado de Nebraska, de modo que no podías pretender que comprendiera todas las complejidades de la vida moderna, todas las sutilezas de lo que era y no era justo. De hecho, no querías que lo comprendiera. Y como hermano mayor del niño, como su tutor y único protector, Emmett tenía la obligación de ahorrarle a Billy aquellas vicisitudes tanto tiempo como fuera posible.

Me recosté en la silla y asentí con una cabezada.

—No hace falta que digas nada más, Emmett. Te recibo alto y claro.

Después de la cena, Emmett anunció que se iba a casa de los Ransom para ver si su vecino podía ayudarlo a arrancar el coche. Como la casa estaba a más de un kilómetro, me ofrecí a acompañarlo, pero él creyó que era mejor que Woolly y yo no nos dejáramos ver. Así que me quedé sentado a la mesa de la cocina charlando con Billy mientras Woolly lavaba los platos.

A raíz de lo que ya os he contado sobre Woolly, seguramente pensaréis que no era el más indicado para lavar los platos, que se quedaría con la mirada perdida y se despistaría, y acabaría la faena de forma chapucera. Pero Woolly lavaba los platos como si le fuera la vida en ello. Con la cabeza inclinada en un ángulo de cuarenta y cinco grados y la punta de la lengua asomando entre los dientes, describía círculos con la esponja sobre la superficie de los platos con una determinación incansable, eliminando restos que llevaban allí años y otros que ni siquiera existían.

Daba gusto observarlo. Pero, como ya he dicho, me chiflan las sorpresas.

Cuando volví a mirar a Billy, el niño estaba desenvolviendo un paquetito de papel de aluminio que había sacado de su morral. De dentro del papel de aluminio sacó cuatro galletas y las puso encima de la mesa, una galleta delante de cada silla.

—Vaya, vaya. ¿Qué tenemos aquí? —dije.

—Galletas con pepitas de chocolate. Las ha hecho Sally.

Mientras masticábamos en silencio, me fijé en que Billy miraba con timidez el tablero de la mesa, como si quisiera preguntar algo.

—¿En qué piensas, Billy?

—Todos para uno y uno para todos. Eso es de *Los tres mosqueteros*, ¿verdad? —dijo con vacilación.

—Exactamente, *mon ami*.

Quizá penséis que el niño se había quedado más contento que unas pascuas tras haber identificado la fuente de la cita, pero lo cierto es que parecía abatido. Muy abatido. Y eso que en general la mención de *Los tres mosqueteros* ya dibuja una sonrisa en cualquier chico de su edad. Así que el descontento de Billy me dejó intrigado. Pero sólo hasta que fui a darle otro bocado a la galleta y caí en la cuenta del cuidado con que las había repartido por la mesa.

Dejé mi galleta.

—¿Has visto *Los tres mosqueteros*, Billy?

—No —respondió él con el mismo abatimiento—. Pero he leído el libro.

—Entonces debes de saber mejor que nadie lo engañoso que puede ser un título.

Billy alzó la vista.

—¿Por qué, Duchess?

—Porque, en realidad, *Los tres mosqueteros* es una historia sobre cuatro mosqueteros. Sí, empieza con la alegre camaradería de Orthos, Pathos y Artemis.

—¿Athos, Porthos y Aramis?

—Eso es. Pero el tema central de la historia es cómo el joven aventurero...

—D'Artagnan.

—... cómo D'Artagnan se une a las filas del intrépido trío. Y ni más ni menos que para salvar el honor de la reina.

—Es verdad. En realidad es una historia sobre cuatro mosqueteros. —Billy se enderezó en la silla.

Para celebrar el trabajo bien hecho, me metí el resto de la galleta en la boca y me sacudí las migas de los dedos. Pero Billy me miraba fijamente y con renovado interés.

—Me da la impresión de que te ronda algo más por la cabeza, joven William.

Se inclinó hacia delante cuanto se lo permitió la mesa y, bajando la voz, dijo:

—¿Quieres saber qué haría yo con cincuenta mil dólares?

Yo también me incliné hacia delante y bajé la voz.

—No me lo perdería por nada del mundo.

—Construiría una casa en San Francisco, California. Sería una casa blanca igual que ésta, con un pequeño porche, una cocina y un salón. Y en la planta de arriba habría tres dormitorios. Sólo que en lugar de un granero para el tractor habría un garaje para el coche de Emmett.

—Me encanta, Billy. Pero ¿por qué en San Francisco?

—Porque allí está nuestra madre.

Eché el cuerpo hacia atrás.

—Caramba.

En Salina, cuando Emmett aludía a su madre, lo que no sucedía a menudo, desde luego, siempre lo hacía en pasado. Pero no lo utilizaba como sugiriendo que su madre se había ido a California. Lo utilizaba dando a entender que se había ido al más allá.

—Nos marcharemos en cuanto os hayamos llevado a ti y a Woolly a la estación de autobuses —añadió Billy.

—Así, tal cual: vais a recoger toda la casa y os vais a ir a vivir a California.

—No, no vamos a recoger toda la casa, Duchess. Sólo nos vamos a llevar lo que cabe en un macuto.

—¿Y por qué?

—Porque Emmett y el profesor Abernathe están de acuerdo en que ésa es la mejor forma de empezar de cero. Iremos a San Francisco por la autopista Lincoln y, cuando lleguemos allí, encontraremos a nuestra madre y construiremos nuestra casa.

No tuve valor para decirle al crío que si su madre no había querido vivir en una casita blanca de Nebraska tampoco querría vivir en una casita blanca de California. Pero, caprichos de la maternidad aparte, calculé que al sueño de Billy le faltaban unos cuarenta mil dólares.

—Me encanta tu plan, Billy. Tiene el tipo de precisión que merece un plan en el que uno cree sinceramente. Aunque ¿no te parece que os quedáis cortos soñando? Porque con cincuenta mil dólares podríais llegar mucho más lejos. Podríais tener una piscina y un mayordomo. Podríais tener un garaje para cuatro coches.

Billy negó con la cabeza con gesto muy serio.

—No. No creo que necesitemos ni la piscina ni el mayordomo, Duchess.

Me disponía a insinuarle al chico que no debía tomar decisiones precipitadas y explicarle que las piscinas y los mayordomos no eran tan fáciles de conseguir, cuando de pronto Woolly se acercó a la mesa con un plato en una mano y una esponja en la otra.

—Nadie necesita una piscina ni un mayordomo, Billy.

Nunca sabes qué le va a llamar la atención a Woolly. Puede ser un pájaro que se pose en una rama. O la forma de una huella en la nieve. O algo que alguien dijo el día anterior por la tarde. Pero, sea lo que sea lo que haga pensar a Woolly,

siempre vale la pena esperar. Así que, cuando se sentó al lado de Billy, fui veloz hasta el fregadero, cerré el grifo y volví a mi asiento, todo oídos.

—Nadie necesita un garaje para cuatro coches. Pero creo que sí necesitaréis unos cuantos dormitorios más —continuó.

—¿Por qué, Woolly?

—Para que vuestros amigos y familiares puedan ir de visita cuando tengan vacaciones.

Billy asintió en señal de aprobación ante el buen criterio de Woolly, de modo que Woolly siguió haciendo sugerencias, y a medida que avanzaba, el tema iba interesándole más.

—La casa ha de tener un porche con el techo en voladizo bajo el que podáis sentaros en las tardes de lluvia, o sobre el que podáis tumbaros en las calurosas noches de verano. Y abajo debería haber un estudio, y un gran salón con una chimenea lo bastante grande para que todos podáis reuniros a su alrededor cuando nieve. También tendría que haber un escondite secreto debajo de la escalera y un rincón reservado para el árbol de Navidad.

Ya no había forma de parar a Woolly. Pidió papel y lápiz, acercó su silla a la de Billy y empezó a dibujar un plano con todo detalle. Y no me refiero a un boceto hecho de cualquier manera en una servilleta. Resultó que dibujaba planos del mismo modo que lavaba los platos. Las habitaciones estaban representadas a escala, con las paredes paralelas y los rincones formando ángulos rectos perfectos. Daba gusto verlo.

Si exceptuamos las ventajas de un porche cubierto comparado con un garaje para cuatro coches, había que admitir que Woolly sabía soñar. La casa que había imaginado para Billy era tres veces más grande que la que el niño había imaginado él solo, y debió de tocarle la fibra sensible. Porque, cuando Woolly terminó de dibujar, Billy le pidió que añadiera una flecha que señalara al norte y una gran estrella roja que

marcara el sitio donde debía ir el árbol de Navidad. Y una vez que Woolly terminó de hacer todo eso, el niño dobló el plano cuidadosamente y se lo guardó en la mochila.

Woolly también parecía satisfecho. Sin embargo, cuando Billy hubo atado bien las correas de la mochila y vuelto a su silla, Woolly lo miró con aquella sonrisa suya tan triste.

—Me gustaría no saber dónde está mi madre —dijo.

—¿Por qué, Woolly?

—Porque así podría ir a buscarla, como vosotros.

Cuando los platos estuvieron limpios y Billy se llevó a Woolly a la planta de arriba para enseñarle dónde podía ducharse, aproveché para fisgar un poco.

Que el padre de Emmett se había arruinado no era ningún secreto. Sin embargo, bastaba con echarle un vistazo a la casa para saber que no había sido por culpa del alcohol. Cuando el hombre de la casa es un borracho, se nota. Se nota por el estado de los muebles y el estado del jardín. Se nota por las caras de los niños. Pero, aunque el padre de Emmett fuese abstemio, pensé que debía de haber algo para beber en algún sitio, quizá una botella de calvados o de pipermín guardada para ocasiones especiales. En aquella región del país casi siempre la había.

Empecé por los armarios de la cocina. En el primero encontré los platos y los cuencos. En el segundo, los vasos y las tazas. En el tercero había el clásico surtido de alimentos, pero ni rastro de botellas, ni siquiera escondidas detrás de un tarro de melaza guardado hacía más de diez años.

Tampoco encontré licores en el aparador, pero en el compartimento inferior había un surtido de piezas de porcelana recubiertas de una fina película de polvo. Me explico: no había sólo platos, sino soperas, ensaladeras, platos de postre y torres

inclinadas de tazas de café. En total conté veinte servicios de mesa, y en aquella casa no había mesa de comedor.

Me pareció recordar que Emmett me había explicado que sus padres eran originarios de Boston. Bueno, pues si habían crecido en Boston, debía de haber sido en lo alto de Beacon Hill. Aquella vajilla era como las que les daban a las novias de las familias de clase alta con la esperanza de que siguiera pasando de generación en generación. Sin embargo, aquella colección de piezas apenas cabía en el aparador, de modo que era imposible que cupiera en un macuto. Y eso daba que pensar...

En el salón, el único sitio donde habría podido guardarse una botella era el gran escritorio de roble del rincón. Me senté en la silla y levanté la tapa corredera. En el tablero para escribir encontré los típicos accesorios —unas tijeras, un abrecartas, un bloc y un lápiz—, pero los cajones estaban rebosantes de cosas que no pintaban nada allí, como un viejo despertador, media baraja de naipes y unas cuantas monedas de cinco y diez centavos.

Después de recoger la calderilla (quien guarda siempre halla), abrí el cajón inferior y crucé los dedos, consciente de que era un escondite habitual. Pero allí no habría cabido ni una botella porque el cajón estaba lleno hasta arriba de sobres.

No hacía falta ser muy inteligente para saber qué eran todas aquellas cartas: facturas sin pagar. Facturas de la compañía eléctrica y de la compañía telefónica, y de cualquiera que hubiese sido lo bastante imprudente como para fiarle al señor Watson. En el fondo debían de estar los avisos originales, luego los recordatorios, y por último, encima de todo, las cancelaciones y las amenazas de emprender acciones legales. Algunos de aquellos sobres ni siquiera los habían abierto.

No pude reprimir una sonrisa.

Me pareció enternecedor que el señor Watson hubiese

guardado todo aquel arsenal en el último cajón de su escritorio, a un palmo escaso de la papelera. Le había costado más o menos lo mismo meter todas aquellas facturas en el cajón que relegarlas al olvido. Quizá no se hubiese sentido capaz de admitir que nunca iba a pagarlas.

Mi viejo no se habría tomado tantas molestias, desde luego. Para él, lo mejor que uno podía hacer con una notificación de impago era tirarla directamente a la basura. De hecho, era tan alérgico al papel en el que se imprimían las facturas que hacía lo indecible para asegurarse de que no llegaban hasta él. Por eso el incomparable Harrison Hewett, un auténtico tiquismiquis con lo relativo a la lengua inglesa, a veces escribía mal su propia dirección.

Pero librar una guerra contra el servicio de correos de Estados Unidos no es moco de pavo. Tienen a su disposición flotas enteras de camiones y un ejército de soldados de infantería cuyo único propósito en la vida es asegurarse de que un sobre con tu nombre escrito llegue hasta tus manos. Eso explica que a veces los Hewett entrasen por el salón y saliesen por la escalera de incendios, por norma a las cinco de la mañana.

¡*Ah! ¡El alba de dedos rosados! Considérate afortunado por haberla conocido, hijo mío. ¡Hay reyes que jamás llegaron a verla*!, decía mi padre, deteniéndose entre la cuarta y la tercera planta y señalando hacia el este.

Oí los neumáticos de la ranchera del señor Ransom por el camino de la casa de los Watson. Los faros iluminaron brevemente la habitación de derecha a izquierda cuando el vehículo pasó por delante de la fachada rumbo al granero. Cerré el último cajón del escritorio para que aquel montón de notificaciones siguiera a buen recaudo hasta el día del cómputo final.

Subí a la planta de arriba y me asomé a la habitación de Billy, donde Woolly ya se había tumbado en la cama. Murmuraba débilmente y contemplaba los aviones que colgaban del techo. Debía de estar imaginándose a su padre en la cabina de su caza, a diez mil pies de altura. Allí era donde Woolly siempre se imaginaría a su padre: en algún lugar entre la cubierta de vuelo de su portaaviones y el fondo del mar de China.

Encontré a Billy en la habitación de su padre, sentado con las piernas cruzadas sobre la colcha, con el morral a su lado y un gran libro rojo en el regazo.

—Hola, pistolero. ¿Qué estás leyendo?

—El *Compendio de héroes, aventureros y otros viajeros intrépidos del profesor Abacus Abernathe*.

Di un silbido.

—¡Caray! ¿Y es bueno?

—Sí, me lo he leído veinticuatro veces.

—Entonces, *bueno* quizá no sea la palabra adecuada.

Entré en la habitación y la recorrí de un extremo a otro mientras el niño pasaba la página. Encima del escritorio había dos fotografías enmarcadas. En la primera aparecían un marido y una esposa, él de pie y ella sentada, ambos con ropa de finales de siglo. Los Watson de Beacon Hill, sin duda alguna. La otra era de Emmett y Billy y se había tomado hacía pocos años. Estaban sentados en el mismo porche en el que Emmett y su vecino se habían sentado ese mismo día. No había ninguna fotografía de la madre de Billy y Emmett.

—Oye, Billy, ¿puedo preguntarte una cosa? —Dejé la fotografía de los dos hermanos encima de la mesa.

—Sí, Duchess.

—¿Cuándo se marchó vuestra madre a California exactamente?

—El 5 de julio de 1946.

—Eso es muy exacto, desde luego. Así que cogió y se marchó,

¿no? Y no volvisteis a saber nada de ella.

—No. Sí que volvimos a saber de ella. Nos envió nueve postales. Por eso sabemos que vive en San Francisco. —Billy pasó otra página.

Por primera vez desde que yo había entrado en su habitación, Billy levantó la vista del libro.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Duchess?

—Sí, claro, Billy.

—¿Por qué te llaman así?

—Porque nací en el condado de Dutchess.

—¿Dónde está el condado de Dutchess?

—A unos ochenta kilómetros al norte de Nueva York.

Billy se enderezó.

—¿De la ciudad de Nueva York?

—La misma.

—¿Has estado alguna vez en la ciudad de Nueva York?

—He estado en cientos de ciudades, Billy, pero la ciudad de Nueva York es en la que he estado más veces.

—Allí es donde vive el profesor Abernathe. Mira.

Retrocedió hasta una de las primeras páginas y me enseñó el libro.

—La letra pequeña me da dolor de cabeza, Billy. ¿Por qué no me haces el favor?

Agachó la cabeza y empezó a leer siguiendo las líneas con el dedo.

—*Querido lector: te escribo desde mi modesto despacho de la planta cincuenta y cinco del Empire State, en el cruce de la calle 34 y la Quinta Avenida de la isla de Manhattan, ciudad de Nueva York, en el extremo noreste de nuestra gran nación, Estados Unidos de América.*

Billy levantó la cabeza con gesto expectante y yo le devolví una mirada interrogante.

—¿Conoces al profesor Abernathe? —me preguntó.

Yo le sonreí.

—He conocido a muchos habitantes de nuestra nación y a muchos de la isla de Manhattan, pero, si no me equivoco, no tengo el placer de conocer a tu profesor.

—Ah —dijo Billy.

Se quedó callado un momento; entonces arrugó la frente.

—¿Algo más? —le pregunté.

—¿Por qué has estado en cientos de ciudades, Duchess?

—Mi padre era histrión. Aunque en teoría vivíamos en Nueva York, pasábamos gran parte del año viajando de ciudad en ciudad. Íbamos a Búfalo y nos quedábamos una semana, y a la semana siguiente íbamos a Pittsburgh. Y luego a Cleveland, o a Kansas City. Curiosamente, hasta pasé una temporada en Nebraska. Cuando tenía más o menos tu edad, viví un tiempo en las afueras de una pequeña ciudad que se llamaba Lewis.

—Conozco Lewis. Está en la autopista Lincoln. A mitad de camino entre aquí y Omaha —dijo Billy.

—¡No me digas!

Billy apartó el libro y cogió su morral.

—Tengo un mapa. ¿Quieres verlo?

—Me fío de ti.

Billy soltó el morral. Entonces volvió a fruncir el entrecejo.

—Cuando ibas de ciudad en ciudad, ¿cómo ibas a la escuela?

—No todo lo que vale la pena saber se encuentra entre las cubiertas de los compendios, amigo mío. Digamos que mi academia fue la carretera; mi abecedario, la experiencia, y mi instructor, el veleidoso dedo del destino.

Billy se detuvo a considerarlo unos segundos, aparentemente indeciso sobre si debía aceptar aquel principio como un artículo de fe. Acto seguido, después de asentir un par de veces, levantó la cabeza un tanto turbado.

—¿Puedo preguntarte otra cosa, Duchess?

—Dispara.

—¿Qué es un histrión?

Me reí.

—Un histrión es un actor, Billy.

Estiré un brazo, miré a lo lejos y recité:

> Debería haber muerto más tarde: habría habido entonces
> un tiempo para tal palabra como ésa.
> Mañana, y mañana, y mañana, avanza
> escurriéndose a pasitos día a día, hasta
> la sílaba final del tiempo computado,
> y todos nuestros ayeres han alumbrado, necios,
> el camino a la polvorienta muerte.

Mi actuación no estuvo nada mal, modestia aparte. Cierto: la pose era un poco trillada, pero les puse una gran carga de fatiga a los *mañanas* y adorné lo del *camino de la muerte* con un énfasis amenazador. Billy me miró con aquellos ojos como platos.

—De la obra escocesa de William Shakespeare. Acto quinto, escena cinco —dije.

—¿Era actor shakesperiano tu padre?

—Sí, muy shakesperiano.

—¿Era famoso?

—Ya lo creo, lo conocían en todos los salones desde Petaluma hasta Poughkeepsie.

Billy parecía impresionado, pero entonces volvió a fruncir el ceño.

—Yo sé algo sobre William Shakespeare. El profesor Abernathe lo llama el mayor aventurero que jamás surcó los mares. Pero nunca menciona la obra escocesa... —dijo.

—Es lógico. Verás, la obra escocesa es como la gente del teatro se refiere a *Macbeth*. Hace siglos se determinó que la obra estaba maldita y que referirse a ella por su nombre sólo podía acarrearles desgracias a quienes se atreviesen a

interpretarla.

—¿Qué tipo de desgracias?

—De las peores. La primera vez que se representó la obra, en el siglo XVII, el joven actor que interpretaba a lady Macbeth murió justo antes de salir a escena. Hace cosa de cien años, los dos mejores actores shakesperianos del mundo eran un estadounidense llamado Forrest y un británico llamado Macready. Como es lógico, el público estadounidense prefería el talento del señor Forrest. Y cuando Macready interpretó el papel de Macbeth en la Astor Place Opera House, en la isla de Manhattan, hubo unos disturbios que enfrentaron a diez mil personas y ocasionaron numerosas víctimas.

Huelga decir que Billy estaba embelesado.

—Pero ¿por qué está maldita?

—¡¿Que por qué está maldita?! Pero ¿es que nunca has oído la historia de Macbeth? ¿El perverso *thane* de Glamis? ¿Cómo? ¿No? ¡Pues, amigo mío, hazme sitio y te introduciré en la hermandad!

Nos olvidamos del *Compendio* del profesor Applenathe. Billy se metió debajo de las sábanas y yo apagué la luz, como hacía mi padre cuando se disponía a contarme un cuento misterioso y estremecedor.

Evidentemente, empecé en el pantano, con las tres brujas alrededor del caldero. Le expliqué al crío que Macbeth, espoleado por las ambiciones de su mujer, recibió a su rey atravesándole el corazón con una daga, y que aquel asesinato a sangre fría engendró otro, que a su vez engendró un tercero. Le conté que a Macbeth lo atormentaban visiones fantasmagóricas, y que su esposa empezó a pasearse sonámbula por los salones de Cawdor mientras se limpiaba la sangre espectral de las manos. ¡Vaya si tensé el valor hasta su límite!

Una vez que los árboles del bosque de Birnam treparon la montaña de Dunsinane y de que Macduff, ese hombre no

nacido de mujer, dejara al regicida muerto sobre los campos, arropé a Billy y le deseé felices sueños. Y cuando salí al pasillo hice una reverencia y una pequeña floritura, al ver que el joven Billy se había levantado de la cama para volver a encender la luz.

Me senté en el borde de la cama de Emmett y lo que me llamó inmediatamente la atención de su dormitorio fue todo lo que faltaba en él. Vi la marca que un clavo había dejado en el yeso de la pared, pero no había colgados ni cuadros ni pósteres ni banderines. Tampoco había radio ni tocadiscos. Y aunque sobre la ventana había una barra de cortina, no había cortinas. Si hubiese habido una cruz en la pared, aquel cuarto habría podido ser la celda de un monje.

Supongo que debía de haberlo vaciado justo antes de entrar en Salina. Tirar a la basura todos sus tebeos y sus cromos de béisbol debió de ser una forma de dejar atrás su infancia. Es posible. Sin embargo, sospeché que ésa era la habitación de alguien que se había estado preparando para salir de aquella casa con sólo un macuto desde hacía mucho, mucho tiempo.

Los faros del señor Ransom volvieron a iluminar la pared, esta vez de izquierda a derecha, según la ranchera pasaba por delante de la casa camino de la calzada. Oí que se cerraba la puerta mosquitera, y después oí que Emmett apagaba las luces de la cocina y luego las luces del salón. Cuando subió la escalera, yo lo esperaba en el pasillo.

—¿Todo en orden? —le pregunté.

—Sí, por suerte.

Parecía sinceramente aliviado, pero también algo cansado.

—Siento muchísimo echarte de tu habitación. ¿Por qué no duermes tú en tu cama y yo duermo abajo, en el sofá? Tal vez me quede un poco corto, pero seguro que será más cómodo que

los colchones de Salina.

Cuando lo dije, no esperaba que Emmett aceptara mi ofrecimiento. No habría sido propio de él. Con todo, me di cuenta de que agradecía el gesto. Esbozó una sonrisa e incluso me puso una mano en el hombro.

—No te preocupes, Duchess. Quédate aquí y yo dormiré con Billy. Creo que todos necesitamos unas buenas horas de sueño.

Dio unos pasos, pero entonces se detuvo y se dio la vuelta.

—Woolly y tú deberíais cambiaros de ropa. Él puede buscar algo en el armario de mi padre. Tenían más o menos la misma estatura. Yo ya he recogido mi ropa y la de Billy, así que puedes coger lo que quieras de mi armario. También hay un par de bolsones viejos que podéis utilizar.

—Gracias, Emmett.

Siguió andando por el pasillo y yo me metí otra vez en su habitación. A través de la puerta lo oí lavarse e ir al cuarto de su hermano.

Me tumbé en su cama y me quedé mirando al techo. Sobre mi cabeza no había maquetas de aviones, sino sólo una grieta en el yeso que dibujaba una curva perezosa alrededor de la lámpara. Pero después de un día largo y difícil a lo mejor una grieta en el yeso es lo único que necesitas para poner en movimiento ideas fantasiosas. Porque aquella pequeña imperfección rodeaba la lámpara de una forma que de pronto me recordó mucho a la curva que describe el río Platte alrededor de Omaha.

¡Ay, Omaha, me acuerdo tanto de ti!

Era agosto de 1944 y sólo hacía seis meses que había cumplido ocho años.

Aquel verano mi padre actuaba en un teatro de variedades itinerante que presuntamente recaudaba dinero para el esfuerzo de guerra. Aunque el espectáculo se titulaba *Las grandezas del vodevil*, habría podido llamarse *La cabalgata de las*

viejas glorias. Abría con un malabarista drogadicto al que le empezaba el tembleque hacia la segunda mitad de la actuación, seguido de un cómico de ochenta años que nunca recordaba qué chistes había contado ya. La aportación de mi padre consistía en recitar un batiburrillo de los grandes monólogos de Shakespeare, o, como decía él: *la sabiduría de toda una vida resumida en veintidós minutos*. Con barba de bolchevique y una daga al cinto, apartaba lentamente la mirada de las candilejas, la alzaba en busca del reino de las ideas sublimes, localizado en algún lugar del rincón superior derecho del palco, y principiaba: *Pero, ¡oh!, ¿qué luz asoma a esa ventana*?, y ¡*Otra vez a la brecha, queridos amigos*…, y ¡*Oh, la necesidad razón no atiende*!

De Romeo a Enrique; de Enrique a Lear. Una progresión hecha a medida: del joven locamente enamorado al héroe en ciernes y al anciano senil.

Recuerdo que aquella gira empezó en el teatro Majestic de la sofisticada Trenton, Nueva Jersey. De allí nos dirigimos al oeste, parando en todas las ciudades importantes del interior, desde Pittsburgh hasta Peoria.

La última parada fue un contrato de una semana en el Odeon de Omaha. El teatro estaba medio escondido entre la estación de ferrocarril y el barrio chino, y era un grandioso edificio *art déco* que no había tomado la sabia decisión de convertirse en un cine cuando aún podía. La mayoría de las veces, mientras estábamos de gira, nos alojábamos con los otros actores en hoteles adecuados para la gente de nuestra clase, los frecuentados por fugitivos y vendedores de biblias. Sin embargo, cuando llegábamos a la última parada de una gira, esa donde ya no podíamos dejar recado de una dirección de destino, mi padre nos llevaba al hotel más lujoso de la ciudad. Ostentando el bastón de Winston Churchill y la voz de John Barrymore, se dirigía con paso tranquilo hasta el mostrador de

recepción y pedía que le enseñaran su habitación. Al enterarse de que el hotel estaba lleno y de que no había ninguna reserva a su nombre, exhibía la indignación apropiada para un hombre de su estatus. ¡*Pero cómo! ¿Que no hay ninguna reserva? ¡Pero si fue nada más y nada menos que Lionel Pendergast, el director general del Waldorf Astoria (y gran amigo mío), quien, tras asegurarme que no había ningún otro establecimiento en Omaha donde pasar la noche, llamó a sus oficinas para reservarme habitación!* Cuando la dirección acababa admitiendo que la suite presidencial estaba disponible, papá admitía que, aunque él era un hombre muy frugal, le parecía bien alojarse en la suite presidencial, muchas gracias.

Una vez instalado, ese hombre tan frugal se aprovechaba cuanto podía de las comodidades que ofrecía el hotel. Mandábamos la ropa a la lavandería. Masajistas y manicuras acudían a nuestras habitaciones. Los botones salían a buscar flores. Y todas las noches, a las seis, en el bar del vestíbulo había bebidas para todos.

Un domingo del mes de agosto, la mañana después de su última actuación, mi padre nos propuso una excursión. Lo habían contratado para actuar en el Palladium de Denver y se le ocurrió celebrarlo con un pícnic a la orilla de un río serpenteante.

Mientras bajábamos nuestro equipaje por la escalera de servicio del hotel, mi padre se preguntó si no sería buena idea ampliar la fiesta invitando a una representante del bello sexo. Concretamente a la señorita Maples, la encantadora joven a la que Mephisto, el mago bizco, cortaba por la mitad noche tras noche en el segundo acto. ¿Y a quién nos encontramos plantada en el callejón con la maleta en la mano sino a la rubia pechugona de la que acabábamos de hablar?

—¡Al ataque! —exclamó mi padre.

¡Ay, qué bien lo pasamos aquel día!

Me senté en el transportín y le cedí el asiento delantero a la señorita Maples, y nos dirigimos a un gran parque municipal, en la ribera del río Platte, donde la hierba era abundante, los árboles altos y los rayos de sol hacían espejear la superficie del agua. La noche anterior mi padre había encargado un pícnic a base de pollo frito y mazorcas de maíz asadas. Hasta había robado un mantel de debajo de nuestros platos de desayuno (¡a ver si te atreves, Mephisto!).

La señorita Maples, que no podía tener más de veinticinco años, parecía disfrutar con la compañía de mi viejo. Le reía todas las gracias y le expresaba su gratitud afectuosamente cada vez que él le llenaba la copa de vino. Incluso se sonrojó con alguno de los cumplidos que mi padre le había robado al Bardo.

La joven había llevado un tocadiscos portátil, y yo fui el encargado de escoger los discos y guiar la aguja mientras ellos dos bailaban con timidez en la hierba.

Está comprobado que lo que reconforta el estómago aturde los sentidos. Y, desde luego, en aquella ocasión se cumplió la norma. Porque después de tirar las botellas de vino al río, guardar el fonógrafo en el maletero y arrancar el coche, cuando mi padre mencionó que teníamos que hacer una paradita en una ciudad cercana, yo no le di ninguna importancia. Cuando detuvo el coche frente a un viejo edificio de piedra en lo alto de una colina y me pidió que esperara con una joven monja en una habitación mientras él hablaba con una monja más mayor en otra, seguí sin sospechar nada. De hecho, hasta que no miré por la ventana por casualidad y vi a mi padre al volante, alejándose por el camino con la cabeza de la señorita Maples apoyada en su hombro, no comprendí que me la habían jugado.

NUEVE

Emmett

A Emmett lo despertó el olor a beicon friéndose en una sartén. No recordaba la última vez que lo había despertado el olor a beicon. Durante más de un año lo habían despertado el lamento de una corneta y los movimientos de cuarenta chicos a las seis y cuarto de la mañana. Lloviera o tronase, tenían cuarenta minutos para ducharse, vestirse, hacerse la cama, desayunar y formar la fila del pase de lista. Despertarse en un colchón de verdad bajo sábanas limpias de algodón y oler a beicon se había convertido en algo tan inusual, tan imprevisto, que tardó unos instantes en preguntarse de dónde habría salido aquel beicon y quién lo estaría cocinando.

Se dio la vuelta y vio que Billy no estaba y que el reloj de la mesilla de noche marcaba las diez menos cuarto. Renegando un poco, se levantó de la cama y se vistió. Había contado con entrar y salir de la ciudad antes de que la gente saliera de la iglesia.

En la cocina encontró a Billy y a Duchess sentados frente a frente y a Sally delante de los fogones. Los chicos tenían ante sí sendos platos de huevos con beicon y, en el centro de la mesa, un cesto de galletas y un tarro de confitura de fresas.

—Te espera una delicia, amigo mío —dijo Duchess cuando vio a Emmett.

Éste acercó una silla y miró a Sally, que en ese instante cogía la cafetera.

—No hacía falta que nos prepararas el desayuno, Sally.

Por toda respuesta, ella le puso delante una taza.

—Aquí tienes tu café. Los huevos estarán listos en un minuto.

Dicho esto le dio la espalda y volvió a ocuparse de los fogones.

Duchess, que acababa de darle un segundo mordisco a una galleta, asintió con ganas en señal de aprobación.

—He viajado por todo Estados Unidos, Sally, pero jamás había comido nada comparable a estas galletas. ¿Cuál es tu ingrediente secreto?

—Mi receta no tiene nada de secreto, Duchess.

—Pues debería tenerlo. Y me ha dicho Billy que la jalea también la has hecho tú.

—Eso es conserva, no jalea. Pero sí, la hago todos los años, en julio.

—Tarda un día entero. Tendrías que ver su cocina. Hay cestos de bayas por todas partes y una bolsa de más de dos kilos de azúcar y cuatro cazos diferentes hirviendo a fuego lento en los fogones —aportó Billy.

Duchess silbó y volvió a negar con la cabeza.

—Quizá sea una tarea anticuada, pero te aseguro que, en mi opinión, vale la pena el esfuerzo.

Sally se volvió y le dio las gracias a Duchess con ademán ceremonioso. Luego miró a Emmett.

—¿Ya estás?

Sin esperar a que él contestara, le llevó el plato.

—De verdad, no tenías por qué tomarte tantas molestias. Habríamos podido prepararnos el desayuno nosotros solos, y en el armario había mucha mermelada —insistió Emmett.

—No te preocupes, lo tendré presente —dijo Sally, y le puso el plato delante.

Acto seguido fue al fregadero y empezó a lavar la sartén.

Emmett estaba mirándole la espalda cuando Billy le dijo:

—¿Fuiste alguna vez al Imperial, Emmett?

El chico se volvió hacia su hermano.

—¿Qué es el Imperial, Billy?

—El cine de Salina.

Emmett frunció el ceño y miró a Duchess, que se apresuró a aclarar las cosas.

—Tu hermano no fue nunca al Imperial, Billy. Sólo fui yo con algunos chicos más.

Billy asintió como si reflexionara sobre algo.

—¿Necesitabas algún permiso especial para ir al cine?

—No, más que permiso necesitabas... iniciativa.

—Pero ¿cómo salíais?

—¡Ah! Una pregunta razonable, dadas las circunstancias. Salina no era exactamente una cárcel, Billy, con torres de vigilancia y focos. Se parecía más a un campo de entrenamiento militar: un complejo lejos de todo, con unos cuantos barracones y una cantina, donde unos chicos mayores con uniforme te gritaban por ir demasiado deprisa cuando no te gritaban por ir demasiado despacio. Pero los chicos con uniforme (nuestros sargentos, por así decirlo) no dormían con nosotros. Ellos tenían sus propios barracones con mesa de billar, radio y una nevera llena de cerveza. Y el sábado, cuando ya nos habían apagado las luces, mientras ellos bebían y jugaban al billar, unos cuantos saltábamos por la ventana del cuarto de baño y nos íbamos a la ciudad.

—¿Estaba lejos?

—No mucho. Si atravesabas los campos de patatas corriendo, al cabo de unos veinte minutos llegabas a un río. La mayoría de las veces el agua sólo tenía unos palmos de profundidad, y podías cruzarlo en calzoncillos y llegar al centro a tiempo para la sesión de las diez. Podías comprarte una bolsa de palomitas y una botella de gaseosa, ver la película desde el palco y estar otra vez en la cama a la una de la madrugada sin que nadie se hubiese enterado de nada.

—Sin que nadie se hubiese enterado de nada —repitió Billy con un deje de admiración—. Pero ¿cómo pagabais el cine?

—¿Por qué no cambiamos de tema? —propuso Emmett.

—¡Claro! —dijo Duchess.

Sally, que estaba secando la sartén, la puso sobre los fogones de un golpazo.

—Voy a hacer las camas —anunció.

—No tienes por qué hacer las camas —le dijo Emmett.

—Ellas solas no se van a hacer.

Sally salió de la cocina y la oyeron subir la escalera.

Duchess miró a Billy y arqueó las cejas.

—Disculpadme —dijo Emmett, y apartó la silla de la mesa.

Mientras subía por la escalera, oyó que Duchess y su hermano se enzarzaban en una conversación sobre el conde de Montecristo y su milagrosa fuga de una isla cárcel. El prometido cambio de tema.

Cuando Emmett llegó a la habitación de su padre, Sally ya había empezado a hacer la cama con movimientos rápidos y precisos.

—No comentaste nada de que ibas a tener compañía —dijo sin levantar la vista.

—Porque no sabía que iba a tener compañía.

Sally ahuecó las almohadas golpeándolas por ambos lados y las apoyó contra el cabecero de la cama.

—Perdón. —Pasó al lado de Emmett al salir por la puerta, cruzó el pasillo y entró en su habitación.

Emmett la siguió y la encontró plantada mirando fijamente la cama, porque Duchess ya la había hecho. Emmett se quedó bastante impresionado por el esfuerzo de Duchess, pero Sally no: retiró la colcha y la sábana y comenzó a remeterlas con unos movimientos igual de precisos que antes. Mientras ella golpeaba las almohadas, Emmett echó un vistazo al reloj de la mesilla de noche. Eran casi las diez y cuarto. No sabía muy

bien qué estaba haciendo allí, pero, fuera lo que fuese, no tenía tiempo para aquello.

—Si tienes algo en mente, Sally...

Ella se detuvo en seco y lo miró a los ojos por primera vez esa mañana.

—¿Qué voy a tener en mente?

—Te aseguro que no lo sé.

—Ya me lo imagino.

Se alisó el vestido y fue hacia la puerta, pero él le cerraba el paso.

—Perdóname si te he parecido un desagradecido en la cocina. Lo único que intentaba decir era que...

—Ya sé lo que intentabas decir, porque lo has dicho. Que no hacía falta que me tomara la molestia de no ir a la iglesia para poder prepararos el desayuno esta mañana; igual que anoche, cuando no hacía falta que me tomara la molestia de prepararos la cena. Y me parece estupendo. Pero, para que lo sepas, decirle a alguien que no hacía falta que se tomara la molestia de hacer algo no es lo mismo que mostrarle gratitud. Ni de lejos. Por mucha mermelada de la tienda que tengas en el armario.

—¿Es por eso? ¿Por la mermelada del armario? Sally, no era mi intención despreciar tus conservas. Por supuesto que son mejores que la mermelada del armario. Pero sé cuánto trabajo te cuesta prepararlas, y no quería que te sintieras obligada a malgastar un tarro con nosotros. En realidad, ésta no es ninguna ocasión especial.

—Quizá te interese saber, Emmett Watson, que no me importa que mis amigos y mi familia se coman mis conservas aunque no haya nada especial que celebrar. Pero a lo mejor, no lo sé, a lo mejor pensé que a Billy y a ti quizá os gustaría comeros un último tarro antes de recoger vuestras cosas y largaros a California sin despediros.

Emmett cerró los ojos.

—Ahora que lo pienso, supongo que es una suerte que tu amigo Duchess haya tenido el detalle de informarme de tus intenciones. Porque, si no, quizá habría venido mañana por la mañana y me habría puesto a preparar tortitas y salchichas y no habría habido nadie para comérselas —continuó ella.

—Siento no haber tenido ocasión de comentártelo, Sally. Pero tampoco pretendía ocultártelo. Ayer por la tarde estuve hablándolo con tu padre. De hecho, fue él quien sacó el tema: dijo que tal vez lo mejor sería que Billy y yo nos marchásemos y empezáramos de cero en otro sitio.

Sally miró a Emmett.

—¿Mi padre te dijo eso? ¿Que sería mejor que os marcharais y empezarais de cero en otro sitio?

—Sí, con esas mismas palabras.

—Vaya, qué interesante.

Apartó a Emmett y se fue a la habitación de Billy, donde Woolly, tumbado boca arriba en la cama, soplaba hacia el techo tratando de mover los aviones.

Sally puso los brazos en jarras.

—¿Y tú quién eres?

Woolly dio un respingo y levantó la cabeza.

—Me llamo Woolly.

—¿Eres católico, Woolly?

—No, soy episcopaliano.

—Entonces, ¿qué haces todavía en la cama?

—No estoy seguro —admitió Woolly.

—Son más de las diez de la mañana y tengo mucho trabajo. Así que voy a contar hasta cinco y luego voy a hacer la cama, tanto si tú estás tumbado en ella como si no.

Woolly salió de debajo de las sábanas en calzoncillos y se quedó mirando perplejo a Sally mientras ella hacía la cama. Estaba rascándose la coronilla cuando apareció Emmett en el

umbral.

—¡Hola, Emmett!

—Hola, Woolly.

Woolly miró a Emmett con los ojos entornados y de pronto su rostro se iluminó.

—¿Es beicon eso?

—¡Ja! —exclamó Sally.

Y Emmett... bajó la escalera y salió por la puerta.

Para Emmett fue un alivio encontrarse solo al volante del Studebaker.

Desde que se había marchado de Salina, apenas había tenido un momento para estar a solas. Primero había hecho aquel trayecto en coche con el alcaide; luego había hablado con el señor Obermeyer en la cocina y con el señor Ransom en el porche; después con Duchess y con Woolly, y ahora con Sally. Lo único que quería, lo único que necesitaba, era un rato para poner en orden sus ideas; de ese modo, cuando Billy y él decidiesen partir, tanto si se dirigían a Texas como a California o a algún otro lugar, podría emprender el viaje con el estado de ánimo adecuado. Pero nada más incorporarse a la ruta 14, se dio cuenta de que no estaba pensando en adónde podían ir Billy y él, sino en su conversación con Sally.

Te aseguro que no lo sé.

Así le había contestado cuando ella le había preguntado qué podía tener en mente. Y, estrictamente hablando, él no lo sabía.

Pero podría haberlo deducido.

Comprendía bastante bien qué era eso que Sally esperaba. En su día, puede que él mismo le hubiera dado motivos para esperarlo. Es lo que hacen los jóvenes: avivar las llamas de las expectativas del otro, hasta que las necesidades de la vida empiezan a revelarse. Pero Emmett no le había dado muchos

motivos para esperar nada desde que se había ido a Salina. Cuando ella le envió aquellos paquetes con galletas caseras y noticias del pueblo, él ni siquiera llegó a darle las gracias. Ni por teléfono ni por carta. Y, antes de regresar a casa, tampoco le había escrito para anunciarle su vuelta ni le había pedido que limpiara la casa. No le había pedido que barriera, ni que hiciese las camas, ni que pusiera jabón en el cuarto de baño, ni huevos en la nevera. No le había pedido que hiciera nada.

¿Estaba agradecido al descubrir que Sally había decidido hacer todas aquellas cosas por ellos dos? Claro que sí. Pero estar agradecido era una cosa, y estar en deuda era otra bien distinta.

Emmett siguió conduciendo y vio que se acercaba al cruce con la carretera 7. Sabía que si torcía a la derecha y daba la vuelta por la 22-D, podía llegar al pueblo sin pasar por delante del recinto de la feria. Pero ¿qué sentido tenía hacer eso? La feria estaría allí tanto si él pasaba por delante como si no. Estaría allí tanto si él se marchaba a Texas como a California o a cualquier otro sitio.

No, dar aquel rodeo no cambiaría nada. Como mucho, le permitiría imaginar por un instante que nunca había pasado lo que ya había pasado. Así que Emmett no sólo continuó recto y atravesó el cruce, sino que redujo la velocidad a treinta kilómetros por hora al acercarse a la feria, y detuvo el coche en el arcén opuesto, donde no tenía más remedio que verla.

Durante cincuenta y una semanas al año, el recinto de la feria ofrecía exactamente el mismo aspecto que en ese momento: menos de dos hectáreas de terreno vacías y cubiertas de paja para evitar que se levantase el polvo. Pero la primera semana de octubre se transformaban por completo. Se llenaban de música, de gente y de luces. Había un carrusel y autos de choque y casetas pintadas de llamativos colores donde podías probar tu puntería con el rifle o lanzando con la mano. Había

una gran carpa a rayas donde, con la debida ceremonia, unos jueces se reunían, deliberaban y concedían lazos azules para premiar la calabaza más grande y la tarta de merengue de limón más sabrosa. Y había un corral con un graderío donde se celebraba el concurso de arrastre de tractores y el de atar terneros, y donde otros jueces premiaban con otros lazos. Y allí detrás, justo después de los tenderetes de comida, había un escenario iluminado con focos para el concurso de violín.

Fue precisamente al lado del puesto de algodón de azúcar donde Jimmy Snyder decidió buscar pelea la última noche de la feria.

Cuando Jimmy lanzó su primer comentario, Emmett creyó que debía de estar hablando con otro, porque él apenas lo conocía. Emmett era un año más joven, no había coincidido con Jimmy en ninguna de sus clases y tampoco jugaba en ninguno de sus equipos, de modo que tenía pocas razones para relacionarse con él.

Pero Jimmy Snyder no necesitaba conocerte. Le gustaba burlarse de la gente tanto si la conocía como si no. Y podía meterse contigo por cualquier motivo; podía ser por la ropa que llevabas, por lo que te estabas comiendo o por cómo tu hermana cruzaba la calle. Sí, señor, podía ser por cualquier cosa, mientras fuese algo que te molestara.

Estilísticamente hablando, Jimmy formulaba sus insultos como interrogaciones. Lanzaba la primera pregunta con un tono curioso y moderado, sin dirigírsela a nadie en particular. Y si con ella no metía el dedo en la llaga, la respondía él mismo, y luego hacía otra pregunta y seguía insistiendo.

¿*No os parece tierno*?, fue la pregunta que hizo cuando vio a Emmett llevando de la mano a su hermano Billy. ¿*No es la cosa más tierna que habéis visto en vuestra vida*?

Cuando Emmett se dio cuenta de que Jimmy se refería a él, no le dio importancia. ¿Qué más le daba que lo vieran dándole

la mano a su hermano pequeño en la feria del condado? ¿Quién no le habría dado la mano a un niño de seis años en medio de una multitud a las ocho de la noche?

Así que Jimmy lo intentó otra vez. Cambió de marcha, por así decirlo, y se preguntó en voz alta si el padre de Emmett no había luchado en la guerra porque pertenecía a la categoría 3-C, la que permitía a los granjeros solicitar una prórroga militar. A Emmett le pareció que era una pulla un tanto extraña dada la cantidad de hombres de Nebraska a los que habían incluido en la categoría 3-C. Le pareció tan extraña que no pudo evitar detenerse y darse la vuelta, y ése fue su primer error.

Ahora que Jimmy ya tenía la atención de Emmett, se contestó él mismo la pregunta.

No, dijo, *Charlie Watson no podría ser un 3-C. Porque no habría sido capaz de hacer crecer la hierba ni en el jardín del Edén. Seguro que era un 4-F*.

Entonces Jimmy se llevó el índice a la sien y lo hizo girar para insinuar que Charlie Watson no estaba en sus cabales.

Eran burlas muy infantiles, desde luego, pero consiguieron que Emmett empezase a apretar la mandíbula. Notó aquel calor que de pronto se extendía por su piel, pero también notó que Billy le estaba tirando de la mano, quizá por la sencilla razón de que el concurso de violín estaba a punto de empezar; o quizá porque, pese a tener sólo seis años, Billy ya entendía que no podía salir nada bueno de enfrentarse con alguien como Jimmy Snyder. Pero antes de que Billy pudiese arrastrar a Emmett y alejarlo de allí, Jimmy volvió a la carga con otro comentario.

No, no puede ser un 4-F. Es demasiado tonto para estar loco. Supongo que si no estuvo en el frente debió de ser porque era un 4-E. Eso que llaman objetor de…

Antes de que Jimmy pudiese pronunciar la palabra *conciencia*, Emmett ya lo había golpeado. Lo había golpeado sin

soltar siquiera la mano de su hermano, lanzando el puño desde el hombro con un golpe limpio que le rompió la nariz.

La nariz rota no fue lo que lo mató, por supuesto. Fue la caída. Jimmy estaba tan acostumbrado a hablar con impunidad que el puñetazo lo pilló desprevenido. Se tambaleó hacia atrás agitando los brazos, tropezó con una trenza de cables, cayó de espaldas y se golpeó la cabeza contra un bloque de hormigón que sujetaba la estaca de una carpa.

Según el médico forense, Jimmy cayó con tanta fuerza que la esquina del bloque de hormigón le hizo un agujero triangular de dos centímetros y medio de profundidad en la base del cráneo. Entró en un coma que, a pesar de dejarlo respirar por sí mismo, fue debilitando poco a poco sus fuerzas hasta que, transcurridos sesenta y dos días, le consumió por fin la poca vida que le quedaba mientras su familia lo velaba en vano.

Como había dicho el alcaide: *Un horrible producto del azar*.

El sheriff Petersen fue a casa de los Watson a comunicarles la noticia del fallecimiento de Jimmy. Había postergado la presentación de cargos a la espera de la evolución del chico. Entretanto, Emmett había guardado silencio, pues no le parecía honrado seguir hablando de lo sucedido mientras Jimmy se debatía entre la vida y la muerte.

Los colegas de Jimmy, en cambio, no guardaron silencio. Hablaron largo y tendido de la pelea. Hablaron en la escuela, en el dispensador de gaseosas y en el salón de los Snyder. Explicaron que los cuatro se dirigían al puesto de algodón de azúcar cuando Jimmy tropezó sin querer con Emmett; y que, antes de que Jimmy hubiese tenido tiempo de pedir disculpas, Emmett le había arreado un puñetazo en la cara.

El señor Streeter, el abogado de Emmett, lo instó a subir al estrado y contar su versión de los hechos. Pero Jimmy Snyder seguiría muerto y enterrado al margen de la versión que prevaleciese. Por eso Emmett le dijo al señor Streeter que no

quería someterse al juicio. Y el 1 de marzo de 1953, en una audiencia ante el juez Schomer celebrada en el juzgado comarcal, tras admitir libremente su culpabilidad, Emmett fue condenado a dieciocho meses en el correccional de menores de una finca de Salina, Kansas.

En diez semanas el recinto de la feria ya no estaría vacío, pensó Emmett. Se levantaría la carpa, se construiría de nuevo el escenario y la gente volvería a reunirse para disfrutar de los concursos, la comida y la música. Metió una marcha, arrancó el Studebaker y no le sirvió de mucho consuelo pensar que Billy y él ya estarían a más de mil kilómetros de allí cuando empezaran las celebraciones.

Aparcó junto al césped, al lado del juzgado. Como era domingo, había pocas tiendas abiertas. Sin entretenerse, entró en Gunderson's y en el bazar, donde se gastó los veinte dólares del sobre de su padre en artículos diversos que necesitaría para hacer el viaje al oeste. Acto seguido dejó las bolsas en el coche y subió por Jefferson hasta la biblioteca pública.

En la entrada de la sala principal había una bibliotecaria de mediana edad sentada a un mostrador en forma de V. Cuando Emmett le preguntó dónde estaban los almanaques y las enciclopedias, ella lo guió hasta la sala de consulta y señaló varios volúmenes. Conforme lo hacía, Emmett se dio cuenta de que la mujer lo escudriñaba a través de sus gafas, observándolo con curiosidad, como si lo hubiese reconocido. Emmett no había vuelto a pisar la biblioteca desde que era un crío, pero ella podía haberlo reconocido por varios motivos, entre ellos que su fotografía había aparecido más de una vez en la primera plana del periódico local. Al principio fue su retrato escolar junto al de Jimmy. Luego una fotografía en la que llevaban a Emmett Watson a la comisaría para acusarlo formalmente, y

otra de Emmett Watson bajando la escalera del juzgado unos minutos después de la vista. La dependienta de la tienda del señor Gunderson lo había mirado de forma parecida.

—¿Puedo ayudarte a buscar algo en particular? —le preguntó la bibliotecaria al cabo de un momento.

—No, señora. No hace falta.

Cuando ella volvió a su mostrador, Emmett encontró los volúmenes que necesitaba; se los llevó a una mesa y se sentó.

El padre de Emmett se había pasado casi todo 1952 lidiando con una enfermedad detrás de otra. Pero fue una gripe de la que no acababa de recuperarse, en la primavera del 53, lo que motivó al doctor Winslow a enviarlo a Omaha para que le hiciesen unos análisis. En la carta que el padre de Emmett le envió a Salina unos meses más tarde, le aseguraba que se encontraba *mucho mejor* y que ya estaba *prácticamente recuperado*. Sin embargo, había accedido a ir otra vez a Omaha para que los especialistas pudiesen hacerle algunas pruebas más, *como suelen hacer los especialistas*.

Cuando leyó la carta, Emmett no se dejó engañar por las tranquilizadoras afirmaciones de su padre ni por el irónico comentario sobre las costumbres de los profesionales de la medicina. Su padre utilizaba palabras tranquilizadoras desde que Emmett tenía uso de razón. Palabras tranquilizadoras para describir cómo había ido la siembra, qué tal había sido la cosecha o por qué de repente no había ni rastro de su madre. Además, Emmett era lo bastante mayor para saber que el camino hacia la recuperación raramente iba acompañado de constantes visitas a los especialistas.

Todas las dudas respecto al pronóstico del señor Watson quedaron descartadas una mañana de agosto cuando se levantó de la mesa del desayuno y se desmayó delante de Billy, lo que dio pie a un tercer viaje a Omaha, esta vez en ambulancia.

Aquella noche, después de recibir la llamada del doctor

Winslow en el despacho del alcaide, Emmett empezó a darle forma a un plan. O para ser más exactos: el plan con el que llevaba meses fantaseando en secreto ahora había pasado a un primer plano y se presentaba con una serie de variaciones, que sólo diferían en cuanto al tiempo y el alcance, pero casi siempre tenían lugar en otro sitio que no era Nebraska. Aquel otoño, a medida que la salud de su padre iba deteriorándose, el plan iba definiéndose cada vez más; y en abril, cuando Charlie Watson falleció, todo estaba más claro que el agua, como si el padre de Emmett hubiese renunciado a su propia vitalidad para garantizar la vitalidad de las intenciones de su hijo.

El plan era muy sencillo.

En cuanto Emmett saliera de Salina, Billy y él recogerían sus cosas y se dirigirían a alguna zona metropolitana, a un lugar sin silos, sin cosechadoras y sin ferias, donde podrían utilizar lo poco que les quedaba de la herencia de su padre para comprarse una casa.

No tenía por qué ser una casa lujosa. Podía ser una casa de tres o cuatro dormitorios, con uno o dos baños. Podía ser colonial o victoriana, de listones de madera o con tejas de pizarra. El único requisito era que estuviese en mal estado.

Porque no comprarían la casa para llenarla de muebles, vajilla y obras de arte, ni siquiera de recuerdos. Comprarían la casa para arreglarla y venderla. Para mantenerse, Emmett buscaría trabajo con algún constructor, pero, por las noches, mientras Billy hiciese los deberes de la escuela, restauraría la casa poco a poco. Primero haría los arreglos que hiciera falta en el tejado y las ventanas para asegurarse de que la casa resistiera a las inclemencias del tiempo. A continuación se dedicaría a reparar las paredes, las puertas y los suelos. Después las molduras, las barandillas y los armarios. En cuanto la casa quedara en perfecto estado, en cuanto las ventanas abrieran y cerraran y la escalera no crujiese y los radiadores no

repiquetearan; en cuanto hasta el último rincón estuviese perfectamente acabado, entonces y sólo entonces venderían la casa.

Si jugaba bien sus cartas, si escogía la casa adecuada en el barrio adecuado y hacía todo el trabajo necesario, Emmett calculaba que podría doblar su capital con la primera venta, lo que le permitiría invertir las ganancias en otras dos casas en ruinas y empezar de nuevo el proceso. Sólo que esta vez, cuando hubiese terminado las dos casas, vendería una y alquilaría la otra. Si continuaba en esa línea, al cabo de pocos años calculaba tener suficiente dinero para dejar su empleo y contratar a un par de operarios. Para entonces ya estaría renovando dos casas y cobrando el alquiler de cuatro. Pero en ningún momento, bajo ninguna circunstancia, pediría prestado ni un céntimo.

Emmett creía que, aparte de trabajar duro, sólo había otro factor esencial para su éxito, y era llevar a cabo su plan en una zona metropolitana grande y todavía en desarrollo. Con esa idea en mente, Emmett había visitado la pequeña biblioteca de Salina, y con el volumen número 18 de la Enciclopedia Británica abierto encima de la mesa, había anotado lo siguiente:

Población de Texas	
1920	4.700.000
1930	5.800.000
1940	6.400.000
1950	7.800.000
1960E	9.600.000

Tenía la entrada sobre Texas delante, pero ni siquiera se había molestado en leer los párrafos iniciales que resumían la historia, el comercio, la cultura y el clima de aquel estado. Cuando vio que entre 1920 y 1960 la población se habría

duplicado, o incluso más, pensó que ya tenía toda la información que necesitaba.

Pero, siguiendo esa misma lógica, tenía que estar abierto a considerar el crecimiento de cualquier otro gran estado de la Unión.

Sentado en la biblioteca de Morgen, sacó el trozo de papel de su cartera y lo puso encima de la mesa. Luego abrió el tercer volumen de la enciclopedia y añadió una segunda columna.

Población de Texas	*Población de California*		
1920	4.700.000	1920	3.400.000
1930	5.800.000	1.930	5.700.000
1940	6.400.000	1.940	6.900.000
1950	7.800.000	1950	10.600.000
1960E	9.600.000	1960E	15.700.000

Le sorprendió tanto el crecimiento de California que esta vez sí leyó los párrafos iniciales, y así descubrió que la economía de aquel estado estaba expandiéndose en diversos frentes. La guerra había convertido el estado de California, que siempre había sido un gigante agrícola, en pionero en la construcción de barcos y aviones; Hollywood se había convertido en el gran fabricante de sueños del mundo, y los puertos de San Diego, Los Ángeles y San Francisco constituían en conjunto la mayor puerta de entrada del comercio de Estados Unidos de América. Sólo en la década de 1950, estaba previsto que la población de California aumentara en más de cinco millones de habitantes, a un ritmo de casi el cincuenta por ciento.

Teniendo en cuenta el crecimiento de la población del estado, la idea de que Emmett y su hermano consiguieran encontrar a su madre parecía tan descabellada como el día anterior o incluso más. Sin embargo, si la intención de Emmett era restaurar y vender casas, California se postulaba como una

candidata inmejorable.

Se guardó el trozo de papel en la cartera y devolvió la enciclopedia a su estantería; tras deslizar el tercer volumen en su sitio, cogió el duodécimo. Sin sentarse, buscó la entrada de Nebraska y leyó la página por encima. Con satisfacción velada de tristeza, Emmett averiguó que entre 1920 y 1950 su población habría rondado el millón trescientos mil habitantes y que a lo largo de esa década no se esperaba que aumentara ni un solo habitante.

Dejó el volumen en su sitio y se dirigió a la puerta.

—¿Has encontrado lo que buscabas?

Emmett, que ya había dejado atrás el mostrador de consulta, se dio la vuelta y miró a la bibliotecaria. La mujer se había colocado las gafas sobre la cabeza, y él se dio cuenta de que había calculado mal su edad. No aparentaba más de treinta y cinco años.

—Sí. Gracias —respondió.

—Eres el hermano de Billy, ¿verdad?

—Sí —dijo él con cierta sorpresa.

Ella asintió y sonrió.

—Me llamo Ellie Matthiessen. Lo he deducido porque te pareces mucho a él.

—¿Conoce a mi hermano?

—Sí, claro. Ha pasado muchas horas aquí. Bueno, mientras tú has estado fuera. A tu hermano le gustan mucho las historias.

—Es verdad —coincidió Emmett con una sonrisa.

Aunque al cruzar la puerta no pudo evitar pensar: por suerte o por desgracia.

A la salida de la biblioteca, Emmett vio a tres tipos de pie junto al Studebaker. No reconoció al de la derecha, alto y con

sombrero vaquero, pero el de la izquierda era Eddie, el hermano mayor de Jenny Andersen, y el del medio, Jacob Snyder. Por la forma en que Eddie pateaba el suelo, Emmett comprendió que habría preferido no estar allí. Cuando lo vieron, el más alto, el desconocido, le dio un codazo a Jake en el costado. Jake levantó la cabeza y Emmett se dio cuenta de que él tampoco quería estar allí.

Se detuvo a unos pasos del coche con las llaves en la mano y saludó a los dos con un movimiento de la cabeza.

—Jake. Eddie.

Ninguno de los dos respondió.

Emmett se planteó pedirle perdón a Jake, pero Jake no estaba allí para escuchar disculpas. Es más, Emmett ya había pedido perdón a Jake y al resto de los Snyder. Se había disculpado horas después de la pelea, luego en la comisaría y por último en la entrada del juzgado. A los Snyder no les habían servido de nada sus palabras, ni les iban a servir ahora.

—No quiero problemas, Jake. Sólo quiero meterme en mi coche e irme a casa.

—No puedo dejar que lo hagas —dijo Jake.

Y seguramente tenía razón. Aunque Emmett y Jake apenas llevaban un minuto hablando, ya había empezado a formarse un corro de gente a su alrededor: unos cuantos peones, las viudas Westerly y dos niños que pasaban el rato en el jardín del juzgado. Si salían los feligreses de la iglesia pentecostal o de la congregacionalista, el corro de curiosos no tardaría en crecer. Cualquier cosa que pasara a continuación llegaría a oídos del señor Snyder, y eso significaba que para Jake aquel encuentro sólo podía acabar de una forma.

Emmett se guardó las llaves en el bolsillo y dejó caer los brazos.

El desconocido fue el primero en hablar. Se apoyó en la portezuela del Studebaker, se echó el sombrero hacia atrás y

sonrió.

—Parece ser que Jake tiene una cuenta pendiente contigo, Watson.

Emmett miró a los ojos al desconocido y luego volvió a mirar a Jake.

—Si tenemos alguna cuenta pendiente, vamos a liquidarla.

Daba la impresión de que Jake no sabía cómo empezar; de que la rabia que había esperado sentir —que se suponía que debía sentir— después de tantos meses de pronto lo eludía. Siguiendo el ejemplo de su hermano, empezó formulando una pregunta.

—Te crees todo un luchador, ¿verdad, Watson?

Emmett no le contestó.

—Y quizá no seas del todo malo cuando se trata de pegar a alguien sin venir a cuento.

—No fue sin venir a cuento, Jake.

Jake avanzó medio paso; ya empezaba a sentir la rabia.

—¿Insinúas que Jimmy intentó pegarte primero?

—No, no intentó pegarme.

Jake asintió con la mandíbula encajada y dio otro medio paso adelante.

—Ya que tanto te gusta dar el primer puñetazo, ¿por qué no me pegas a mí?

—No voy a pegarte, Jake.

El chico miró a Emmett un momento y luego apartó la vista. No miró a sus dos amigos. No miró a los vecinos que se habían congregado detrás de él. Desvió la mirada, sin fijarla en nada en particular. Y al volverse golpeó a Emmett con un derechazo.

Como Jake no estaba mirando a su objetivo cuando se puso en movimiento, el puño le rozó el pómulo en lugar de darle de lleno en la mandíbula, pero fue suficiente para que Emmett se tambalease hacia la derecha.

Entonces sí: todos dieron un paso adelante. Eddie y el

desconocido, los curiosos e incluso la mujer con el cochecito de bebé que acababa de unirse al grupo. Es decir, todos excepto Jake. Él se quedó plantado observando a Emmett.

Emmett volvió a colocarse donde estaba hacía un momento, con los brazos otra vez a los costados.

Jake se había puesto colorado por una mezcla de esfuerzo físico y rabia, y quizá también una pizca de bochorno.

—Levanta los puños —dijo.

Emmett no se movió.

—¡Levanta los malditos puños!

Emmett levantó los puños lo suficiente para colocarse en la posición de boxeo, aunque no como para defenderse de forma eficaz.

Esta vez Jake lo golpeó en la boca. Tambaleándose, Emmett retrocedió tres pasos al tiempo que notaba el sabor de la sangre en los labios. Tras recuperar el equilibrio, avanzó los tres pasos hasta colocarse de nuevo al alcance de Jake. Mientras oía al desconocido alentando a Jake, Emmett alzó un poco los puños y Jake le arreó un puñetazo que lo tiró al suelo.

De repente todo estaba descentrado, como si el suelo se inclinara en un ángulo de treinta grados. Para arrodillarse, Emmett tuvo que apoyar ambas manos en el suelo. Al impulsarse hacia arriba notó que el calor acumulado durante el día ascendía del cemento a través de sus palmas.

Ya a cuatro patas, Emmett esperó a que se le despejara la cabeza antes de empezar a levantarse.

Jake avanzó un paso.

—No vuelvas a levantarte. No vuelvas a levantarte, Emmett Watson —dijo con una voz cargada de emoción.

Aun así lo hizo y trató de alzar los puños, pero resultó que todavía no estaba listo para mantenerse en pie. El suelo se inclinaba y oscilaba y acabó cayendo otra vez con un gruñido.

—¡Ya basta! ¡Ya basta, Jake! —gritó alguien.

Era el sheriff Petersen, que se abría paso entre los curiosos.

El sheriff ordenó a uno de sus ayudantes que apartara a Jake, y al otro, que dispersara a la multitud. Se puso en cuclillas para evaluar el estado de Emmett. Hasta le cogió la cabeza y se la inclinó para verle mejor el lado izquierdo de la cara.

—No parece que tengas nada roto. ¿Estás bien, Emmett?

—Sí, estoy bien.

El sheriff Petersen continuó a su altura.

—¿Vas a presentar denuncia?

—¿Qué denuncia?

El sheriff le hizo una seña a su ayudante para que dejara marchar a Jake, y luego se volvió hacia Emmett, que se había sentado en la acera y estaba limpiándose la sangre del labio.

—¿Cuánto hace que has vuelto?

—Llegué ayer.

—Jake no ha tardado en encontrarte.

—No, señor.

—Bueno, no voy a decir que me sorprenda.

El sheriff guardó silencio un momento.

—¿Dónde estás? ¿En tu casa?

—Sí, señor.

—Muy bien, pues vamos a limpiarte un poco antes de llevarte de vuelta.

Le tendió una mano para ayudarlo a levantarse y aprovechó la ocasión para mirarle los nudillos.

• • •

El sheriffy Emmett circulaban sin prisa por la ciudad en el Studebaker; Emmett iba en el asiento del pasajero y el sheriffal volante. El chico iba revisándose los dientes con la punta de la lengua cuando Petersen, que silbaba una canción de Hank Williams, se interrumpió.

—No es mal coche. ¿Qué velocidad alcanza?

—Ciento treinta y ni se nota.

—¿En serio?

Aun así el sheriff siguió conduciendo despacio, tomando las curvas perezosamente y silbando su canción. Cuando pasó sin detenerse por delante del desvío que llevaba a la comisaría y no se detuvo, Emmett lo miró extrañado.

—He pensado que sería mejor que pasaras por mi casa. Me gustaría que Mary te echara un vistazo —le explicó el sheriff.

No puso objeciones. Había agradecido la oportunidad de lavarse antes de regresar a su casa, pero en realidad no le hacía ninguna gracia volver a ver la comisaría.

Se detuvieron en el camino de la casa de los Petersen. Emmett fue a abrir la portezuela del lado del pasajero, pero advirtió que el sheriff no se había movido. Seguía sentado con las manos al volante, igual que el alcaide el día anterior.

Mientras esperaba a que el sheriff dijese lo que tuviera que decir, miró por el parabrisas y vio el columpio hecho con un neumático que colgaba de la rama de un roble del jardín. Emmett no conocía a los hijos del sheriff, pero sabía que eran mayores, y se preguntó si aquel columpio era un vestigio de su juventud, o si lo habría colgado para que lo disfrutaran sus nietos. Quién sabe, pensó; a lo mejor ya estaba allí colgado antes de que los Petersen compraran la casa.

—Yo sólo he visto el final de vuestra pequeña escaramuza —dijo el sheriff—, pero por el aspecto de tu mano y el de la cara de Jake, deduzco que no te has defendido mucho.

Emmett permaneció callado.

—Bueno, quizá pensaste que lo tenías merecido. O tal vez, después de haber pasado por lo que has pasado, has decidido que ya no quieres defenderte —continuó el sheriff con tono reflexivo.

Miró a Emmett como si esperara que el chico dijera algo,

pero éste siguió callado, con la vista clavada en el columpio.

—¿Te molesta que fume en tu coche? Mary ya no me deja fumar dentro de casa —preguntó el sheriff al cabo de un momento.

—No, no me molesta.

El sheriff Petersen sacó un paquete del bolsillo, extrajo dos cigarrillos y le ofreció uno. Emmett lo aceptó y el sheriff encendió los dos cigarrillos con su mechero. Luego, por respeto al coche de Emmett, bajó la ventanilla.

Después de dar una calada y expulsar el humo, dijo:

—La guerra terminó hace casi diez años. Pero algunos de los chicos que volvieron siguen comportándose como si continuaran en el frente. Danny Hoagland, por ejemplo. No pasa un mes sin que reciba una llamada que tenga algo que ver con él. Un día provoca una pelea en el restaurante de la carretera; unas semanas más tarde abofetea a su preciosa mujercita en el pasillo del supermercado.

El sheriff negó con la cabeza como si no entendiese qué habría visto aquella chica tan guapa en Danny Hoagland.

—El martes pasado me sacaron de la cama a las dos de la madrugada porque Danny estaba plantado delante de la casa de los Iverson con una pistola en la mano y gritando algo sobre no sé qué vieja rencilla. Los Iverson no sabían de qué les hablaba, porque resultó que la rencilla de Danny no era con los Iverson, sino con los Barker. Se había equivocado de casa. Ahora que lo pienso, se había equivocado de manzana.

Emmett no pudo evitar sonreír.

El sheriff, apuntando con el cigarrillo a un público invisible, continuó:

—Y en el otro extremo del espectro están los chicos que volvieron de la guerra jurando que jamás volverían a ponerles la mano encima a sus semejantes. Y respeto mucho su postura. No cabe duda de que se han ganado el derecho a tenerla. Lo

que pasa es que, cuando se trata de beber whisky, esos chicos hacen que Danny Hoagland a su lado parezca el diácono de la iglesia. Por ellos nunca tengo que levantarme de la cama. Porque ellos no están plantados delante de la casa de los Iverson ni de los Barker ni de nadie más a las dos de la madrugada. A esa hora están sentados en su salón, a oscuras, bebiéndose una botella hasta la última gota. Lo que quiero decir, Emmett, es que no creo que ninguno de esos dos enfoques dé buen resultado. No puedes seguir librando batallas como si todavía estuvieras en la guerra, pero tampoco puedes abandonar tu hombría. Sí, claro, puedes dejar que te den una paliza un par de veces. Estás en tu derecho. Pero al final tendrás que defenderte, como hacías antes.

El sheriff lo miró de frente.

—¿Me has entendido, Emmett?

—Sí, señor.

—Ed Ransom dice que tienes intención de marcharte de la ciudad...

—Nos vamos mañana.

—Muy bien. Cuando te hayas lavado, iré a casa de los Snyder y me aseguraré de que no vuelvan a acercarse a ti hasta que te marches. Y ya que estamos, ¿hay alguien más que te haya dado problemas?

Emmett bajó la ventanilla y tiró el cigarrillo.

—Más que nada, la gente se ha dedicado a darme consejos.

Duchess

Cuando llego a un pueblo o ciudad donde no he estado nunca, primero intento orientarme. Me gusta comprender el trazado de las calles y la distribución de la gente. En algunas ciudades puedes tardar días en conseguirlo. En Boston puedes tardar semanas. En Nueva York, años. Lo fabuloso de Morgen, Nebraska, es que sólo me llevó unos minutos.

El pueblo se extendía formando una cuadrícula geométrica, con el juzgado en el centro. Según el mecánico que me había traído en su grúa, en la década de 1880 los ancianos del pueblo se habían pasado una semana entera deliberando sobre cuál sería la mejor forma de nombrar las calles, y al final habían decidido —con la mirada puesta en el futuro— que las calles que iban de este a oeste llevarían el nombre de presidentes, y las que iban de norte a sur, de árboles. La verdad es que habrían podido ponerles nombres de estaciones y palos de la baraja, porque setenta y cinco años más tarde el pueblo seguía teniendo sólo cuatro manzanas de largo y cuatro de ancho.

—Buenas —les dije a dos mujeres que caminaban hacia mí, y ninguna de las dos me devolvió el saludo.

A ver, no me malinterpretéis. Los pueblos como éste tienen cierto encanto. Y hay cierta clase de personas que no se plantean vivir en ningún otro sitio, incluso en el siglo XX. Como la gente que quiere entender el mundo. Si vives en una gran ciudad y vas todo el día corriendo en medio del ruido y el bullicio, los sucesos de la vida empiezan a parecer aleatorios. Pero en un pueblo de este tamaño, cuando se cae un piano por una ventana y le aplasta la cabeza a alguien que pasaba por

debajo, hay muchas posibilidades de que sepas por qué esa persona lo tenía merecido.

Al fin y al cabo, Morgen era esa clase de pueblo donde la multitud se agolpa a la mínima que sucede algo fuera de lo común. Y en efecto, nada más doblar la esquina del juzgado me topé con un corrillo de ciudadanos dispuesto a darme la razón. A unos quince metros ya me di cuenta de que eran una muestra representativa del electorado local. Había palurdos con sombrero, viudas con su bolso de mano y chicos con pantalón de peto. Hasta vi acercarse a toda prisa a una madre que empujaba un cochecito de bebé y arrastraba a un crío a su lado.

Tiré el resto de mi cucurucho de helado en una papelera y me acerqué a ver qué pasaba. ¿Y quién era el protagonista de la escena? Pues ni más ni menos que Emmett Watson. Otro chico, alimentado a base de maíz y con un agravio también alimentado a base de maíz, estaba burlándose de él.

La gente que se había parado a mirar parecía entusiasmada, aunque fuera al estilo del Medio Oeste. No gritaban ni sonreían, pero se alegraban de haber llegado en el momento justo. Lo que allí sucediera sería algo de lo que podrían hablar en la barbería o en la peluquería durante semanas.

Emmett, por su parte, estaba sensacional. Estaba de pie, con los ojos abiertos y los brazos a los lados; no parecía encantado de estar allí ni que tuviera mucha prisa por marcharse. El chico que lo estaba provocando era el que parecía nervioso: no paraba de balancearse adelante y atrás y el sudor le traspasaba la camisa, y eso que se había llevado a dos compinches de refuerzo.

—No quiero problemas, Jake. Sólo quiero meterme en mi coche e irme a casa —dijo Emmett.

—No puedo dejar que te vayas —replicó Jake, aunque daba la impresión de que eso era exactamente lo que quería que

hiciese Emmett.

Entonces intervino uno de los compinches, el alto del sombrero vaquero:

—Parece ser que Jake tiene una cuenta pendiente contigo, Watson.

Era la primera vez que veía a aquel vaquero, pero la inclinación de su sombrero y la sonrisa de sus labios me revelaron de qué pie calzaba. Era uno de esos tipos que han empezado mil peleas sin pegar jamás un puñetazo.

¿Y qué hizo Emmett? ¿Se enojó? ¿Le dijo al vaquero que cerrara el pico y no se metiera donde nadie lo llamaba? No. Ni siquiera se molestó en contestarle. Miró a Jake y dijo:

—Si tenemos alguna cuenta pendiente, vamos a liquidarla.

¡Pam!

Si tenemos alguna cuenta pendiente, vamos a liquidarla.

Podrías esperar toda una vida para soltar una frase como ésa y llegado el momento no tener la entereza necesaria para pronunciarla. Esa clase de templanza no es producto de la educación ni de la práctica. O naces con ella o ya puedes olvidarte. Y la mayoría de la gente no nace con ella.

Pero ahora viene lo mejor.

Resulta que ese tal Jake era el hermano del Snyder al que Emmett mandó al otro barrio en 1952. Lo supe porque empezó a decir tonterías de que a Jimmy lo habían golpeado por sorpresa, como si Emmett Watson fuese de los que se rebajan a pegar a un contrincante que ha bajado la guardia.

Como las pullas no surtían efecto, el señor Juego Limpio se quedó mirando a lo lejos, como ensimismado, y sin previo aviso, golpeó a Emmett en la cara. Emmett se tambaleó hacia la derecha, se recuperó del golpe, se enderezó y empezó a andar hacia Jake.

Allá vamos, pensaron todos los presentes. Porque era obvio que Emmett podía hacer papilla a ese tipo, aunque fuera un

palmo más bajo y pesase cuatro o cinco kilos menos. Sin embargo, para sorpresa de los espectadores, Emmett no siguió caminando. Se quedó justo donde estaba antes de recibir el golpe.

Eso enfureció a Jake. Se puso colorado como la ropa interior de una sola pieza que llevaba y empezó a gritarle que levantara los puños. Así que Emmett los levantó, más o menos, y Jake le arreó otro puñetazo. Esta vez le dio de lleno en los morros. Emmett volvió a tambalearse, pero no se cayó al suelo. Con el labio ensangrentado, recuperó el equilibrio y volvió a por más.

Mientras tanto, el vaquero, que seguía apoyado como si tal cosa en la portezuela del coche de Emmett, gritó: ¡*Enséñale, Jake*!; como si Jake fuese a darle una lección a Emmett. Pero el vaquero se equivocaba del todo: era Emmett quien estaba dando una lección.

Alan Ladd en *Raíces profundas*.

Frank Sinatra en *De aquí a la eternidad*.

Lee Marvin en *Salvaje*.

¿Sabéis qué tienen esos tres en común? A los tres les daban una paliza. Y no me refiero a un puñetazo en la nariz ni a quedarse sin respiración por un golpe en el estómago. Me refiero a una paliza, de esas que te dejan con un pitido en los oídos, los ojos llorosos y sangre en la boca. A Ladd se la daban los chicos de Ryker en el Grafton's Saloon. A Sinatra, el sargento Fatso en la prisión militar. Y Marvin la recibía de manos de Marlon Brando en la calle de un pequeño pueblo de Estados Unidos como aquél, con otro grupo de honrados ciudadanos que habían formado un corro para mirar.

La disposición para recibir una paliza: así es como sabes que estás ante un hombre de provecho. Un hombre así no se queda al margen echando gasolina al fuego de otro; tampoco vuelve a su casa ileso. Un hombre así da la cara sin inmutarse, dispuesto a mantenerse firme mientras lo sostengan las piernas.

Sí, el que estaba dando una lección era Emmett. Y no se la estaba dando sólo a Jake. Se la estaba dando a todo el maldito pueblo.

Pero los vecinos no entendían lo que estaban viendo. Se notaba por la expresión de sus caras que no estaban aprovechando aquella enseñanza.

Jake, que había comenzado a temblar, debía de pensar que no iba a poder seguir mucho rato. De modo que esta vez se propuso liquidar el asunto. Cuando por fin consiguió alinear su cólera con su objetivo, le asestó un golpe que lo derribó.

Los curiosos dieron gritos de asombro, Jake soltó un suspiro de alivio y el vaquero dejó escapar una risita de satisfacción, como si el puñetazo lo hubiera lanzado él. Entonces Emmett empezó a levantarse de nuevo.

En serio, ojalá hubiese tenido una cámara. Habría podido hacerle una foto y enviarla a la revista *Life*. La habrían puesto en la portada.

Era una preciosidad, os lo aseguro. Pero era demasiado para Jake, que parecía al borde de las lágrimas. Se acercó a Emmett y le gritó que no se levantara. Que no se levantara, por el amor de Dios.

No sé si Emmett llegó a oírlo, porque a esas alturas debía de tener los sentidos afectados. Pero no importaba mucho que hubiese oído a Jake o no; él iba a hacer lo mismo en ambos casos. Dio unos pasos vacilantes, volvió a colocarse ante su oponente, se irguió cuan alto era y alzó los puños. Entonces la sangre debió de bajarle de golpe de la cabeza, porque se tambaleó y se cayó al suelo.

Ver a Emmett de rodillas no era una imagen agradable, pero tampoco me preocupé. Sólo necesitaba un momento para recobrarse antes de levantarse y volver al mismo sitio de antes. Porque estaba más claro que el agua que se disponía a hacer eso. Pero entonces llegó el sheriff y se cargó el espectáculo.

—¡Ya basta! —dijo mientras se abría paso entre los curiosos —. ¡Ya basta!

Obedeciendo las órdenes del sheriff, un ayudante empezó a dispersar a la multitud agitando los brazos y diciéndoles a todos que ya podían marcharse. Pero no hizo falta que el ayudante dispersara al vaquero. Porque el vaquero se había dispersado él solo. En cuanto aparecieron las autoridades, se caló el sombrero y echó a caminar sin prisa alrededor del juzgado, como si se dirigiese a la ferretería a comprar una lata de pintura.

Yo salí caminando sin prisa detrás de él.

Cuando el vaquero llegó a la otra fachada del edificio, cruzó uno de los presidentes y siguió por un árbol. Estaba tan impaciente por poner cierta distancia entre su obra y él que pasó al lado de una anciana con bastón que intentaba meter una bolsa de la compra en el asiento trasero de un antiguo Ford T y no le hizo ni caso.

—Déjeme ayudarla, señora —dije yo.

—Muchas gracias, joven.

Para cuando la abuelita se sentó detrás del volante, el vaquero iba media manzana por delante de mí. Torció a la derecha por el callejón de detrás del cine y tuve que correr para alcanzarlo, pese a que correr es algo que suelo evitar a toda costa.

Antes de contaros lo que sucedió a continuación, creo que debería daros un poco de contexto trasladándoos a cuando yo tenía nueve años y vivía en Lewis.

En la época en que mi viejo me dejó en el Hogar para Niños St. Nicholas, la monja que lo dirigía era una mujer de ideas claras y edad incierta llamada hermana Agnes. Parece lógico que una mujer inteligente que se dedica a una labor

evangelizadora y que tiene ante sí a un público cautivo aproveche cualquier ocasión para compartir su punto de vista. Pero la hermana Agnes no hacía eso. Ella sabía elegir sus momentos, como los actores experimentados. Sabía hacer una entrada discreta, quedarse al fondo del escenario, esperar a que todos hubiesen recitado su texto y, entonces, robar el espectáculo con sólo cinco minutos bajo la luz de los focos.

Su hora favorita para inculcarnos su sabiduría era antes de acostarnos. Entraba en el dormitorio y observaba en silencio a las otras hermanas yendo de aquí para allá con sus hábitos mientras decían a un niño que doblara su ropa, a otro que se lavara la cara y a todos que rezaran sus oraciones. Luego, cuando ya estábamos todos debajo de las mantas, la hermana Agnes se sentaba en una silla y daba su lección. Como podréis imaginar, la hermana Agnes era propensa a la gramática bíblica, pero hablaba con una entonación tan agradable que sus palabras acallaban las charlas intermitentes y se demoraban en nuestros oídos hasta mucho después de que se hubieran apagado las luces.

Una de sus lecciones favoritas trataba sobre algo que ella llamaba las Cadenas de la Maldad. *Niños*, empezaba con tono maternal, *a lo largo de la vida, habrá veces en que seréis malos con otros y veces en que otros serán malos con vosotros. Y esas maldades opuestas se convertirán en vuestras cadenas. El daño que les inflijáis a otros se atará a vosotros en forma de culpa, y el daño que los otros os hayan infligido lo hará en forma de ira. Las enseñanzas de Jesucristo nuestro Salvador sirven para liberaros de ambas. Para liberaros de vuestra culpa mediante la expiación y de vuestra ira mediante el perdón. Sólo cuando os hayáis liberado de estas dos cadenas podréis empezar a vivir la vida con amor en el corazón y serenidad en los pasos*.

Por entonces yo no entendía de qué estaba hablando. No entendía que tus movimientos pudiesen verse obstaculizados

por pequeñas maldades, porque, según mi experiencia, los más proclives a cometer maldades siempre eran los primeros en salir corriendo. No entendía por qué, cuando alguien te había hecho daño, eras tú quien tenía que sobrellevar una carga, y no el otro. Y desde luego no entendía qué significaba aquello de la serenidad en los pasos. Pero como a la hermana Agnes también le gustaba decir: *La sabiduría que el Señor no cree oportuno darnos en la hora de nuestro nacimiento nos la proporciona mediante el regalo de la experiencia*. Y en efecto, cuando me hice mayor, la experiencia empezó a darle sentido al sermón de la hermana Agnes.

Como por ejemplo cuando llegué a Salina.

Era el mes de agosto, hacía calor y los días eran largos, y había que arrancar de la tierra la primera cosecha de patatas. Antiguo Testamento Ackerly nos hacía trabajar de sol a sol, de modo que después de cenar lo único que queríamos era acostarnos y dormir. Con todo, cuando se apagaban las luces, a menudo me ponía a pensar en cómo había ido a parar a Salina y repasaba cada amargo detalle hasta que cantaba el gallo. Otras noches imaginaba que me hacían ir al despacho del alcaide, donde éste me comunicaría en tono solemne la noticia de un accidente de tráfico o un incendio en un hotel donde mi viejo había perdido la vida. Y si bien al principio esas visiones me apaciguaban, luego me atormentaban el resto de la noche y me provocaban remordimientos. Allí estaban: la indignación y la culpa. Dos fuerzas contradictorias y tan desconcertantes que me resigné a no volver a dormir jamás a pierna suelta.

Pero cuando el alcaide Williams sustituyó a Ackerly e inició su etapa de reformas, instauró un programa de clases vespertinas con el objetivo de prepararnos para vivir como ciudadanos honrados. Con ese fin, hizo venir a un maestro de educación cívica a hablarnos de las tres ramas del gobierno. También invitó a un concejal para instruirnos sobre el azote del

comunismo y la importancia del voto de cada individuo. Al poco tiempo todos estábamos deseando regresar a los campos de patatas.

Luego, hacía unos meses, le había pedido a un asesor financiero que nos explicara los fundamentos de las finanzas privadas. Tras describir la relación entre activos y pasivos, el asesor se acercó a la pizarra y, con cuatro garabatos, nos explicó cómo hacer un balance de cuentas. Y en aquel instante, sentado en la última fila de un aula pequeña y caldeada, comprendí por fin a qué se refería la hermana Agnes en sus sermones.

A lo largo de la vida, decía, habría veces en que seríamos malos con otros y veces en que otros serían malos con nosotros, y así se crean las ya mencionadas cadenas. Pero otra forma de expresar la misma idea era que mediante nuestras fechorías quedamos en deuda con los otros, del mismo modo que los otros mediante sus fechorías quedan en deuda con nosotros. Y como son esas deudas —las que hemos contraído y las que se nos deben— lo que nos preocupa y no nos deja descansar por las noches, la única forma de dormir tranquilo es hacer un balance de cuentas.

Emmett no prestaba mucha más atención que yo en clase, pero él no necesitaba que le explicaran esta lección en particular, porque la había aprendido mucho antes de ir a Salina. La había aprendido de primera mano al crecer bajo la sombra del fracaso de su padre. Por eso firmó los documentos de ejecución de la hipoteca sin pensárselo dos veces. Por eso no quiso aceptar el préstamo del señor Ransom ni la vajilla del fondo del armario. Y por eso no le importó lo más mínimo que le dieran aquella paliza.

Como había dicho el vaquero, Jake y Emmett tenían una cuenta pendiente. Más allá de quién hubiese provocado a quién, cuando Emmett pegó al hijo de los Snyder en la feria

adquirió una deuda, igual que su padre al hipotecar la finca familiar. Y a partir de ese día, la deuda colgaba sobre la cabeza de Emmett y le impedía dormir por las noches, hasta que la saldó poniéndose en manos de su acreedor ante la mirada de sus semejantes.

Pero si bien Emmett estaba en deuda con Jake Snyder, no le debía absolutamente nada al vaquero. Ni un siclo, ni una dracma, ni un centavo.

—¡Eh, Texas! —le grité mientras corría tras él—. ¡Espera!

El vaquero se dio la vuelta y me miró de arriba abajo.

—¿Te conozco de algo?

—No, me temo que no nos han presentado.

—Entonces, ¿qué quieres?

Levanté una mano e hice una pausa para recobrar el aliento antes de contestar:

—Antes, en el juzgado, has insinuado que tu amigo Jake tenía una cuenta pendiente con mi amigo Emmett. Pero lo cierto es que yo podría afirmar con la misma tranquilidad que era Emmett quien tenía asuntos pendientes con Jake. En fin, sea como sea, tanto si Jake tenía el asunto con Emmett como si Emmett tenía el asunto con Jake, creo que estaremos de acuerdo en que eso no era asunto tuyo.

—Chico, no sé de qué me estás hablando.

Intenté ser más claro.

—Lo que digo es que, aunque Jake pudiese tener buenas razones para darle una paliza a Emmett, y aunque Emmett pudiese tener buenas razones para recibirla, tú no tenías motivos para incitar a tu amigo ni para regodearte de esa forma. Sospecho que con el tiempo acabarás lamentando el papel que has jugado en lo ocurrido hoy y que, para tu propia tranquilidad, desearás reparar el daño. Pero como Emmett se marcha mañana, para entonces será demasiado tarde.

—Pues ¿sabes qué sospecho yo? —dijo el vaquero—.

Sospecho que puedes irte a la mierda.

Entonces se dio la vuelta y echó a andar. Tan tranquilo. Sin ni siquiera decir adiós.

Reconozco que me desanimé un poco. Yo estaba intentando ayudar a un desconocido a entender una deuda que él mismo había contraído y él me había dado la espalda. Era la clase de actitud que podía hacerte desistir de realizar buenas obras para siempre. Pero otra de las lecciones de la hermana Agnes era que uno debe tener paciencia cuando sigue las enseñanzas del Señor. Pues, del mismo modo que la conducta honrada sufre reveses en pos de la justicia, el Señor se encargará de que ésta acabe imponiéndose.

Y he aquí que de pronto apareciose ante mí el cubo de basura del cine lleno a rebosar de los desperdicios de la noche anterior. Y entre las botellas de Coca-Cola y las cajas de palomitas sobresalía un tablón de madera de medio metro.

—¡Eh! —grité una vez más mientras corría por el callejón—. ¡Espera un momento!

El vaquero se dio la vuelta y, a juzgar por su expresión, comprendí que tenía algo muy valioso que decirme, algo que sin duda haría sonreír a todos los chicos en el bar. Pero supongo que nunca lo sabremos porque lo golpeé antes de que pudiese hablar.

Fue un buen estacazo en el lado izquierdo de la cabeza. El sombrero salió volando y dio una voltereta antes de caer al otro lado del callejón. El vaquero se desplomó allí mismo, como una marioneta a la que le han cortado las cuerdas.

Veréis, yo no había pegado a nadie en mi vida. Y, si he de ser sincero, debo decir que lo que más me sorprendió fue lo mucho que dolía. Me pasé el tablón a la mano izquierda y me miré la palma de la derecha, donde los bordes de la madera me habían dejado dos marcas de un rojo intenso. Tiré el tablón al suelo y me froté las manos para aliviar el dolor. Acto seguido me

incliné sobre el vaquero para echarle un vistazo. Tenía las piernas dobladas debajo del cuerpo y un tajo en medio de la oreja, pero seguía consciente. O mínimamente consciente.

—¿Me oyes, Texas? —le pregunté.

Subí un poco la voz para asegurarme de que podía oírme.

—Considera saldada tu deuda.

Se quedó mirándome y parpadeó un momento. Luego esbozó una sonrisa y, por cómo se le cerraron los párpados, comprendí que iba a dormir como un angelito.

Mientras salía del callejón, no sólo noté una creciente sensación de satisfacción moral, sino también que mis pasos eran un poco más ligeros y mis andares un poco más garbosos.

¡Mira tú por dónde!, me dije sonriente. ¡Tengo serenidad en los pasos!

Y debía de notarse. Porque fuera del callejón saludé a dos ancianos que pasaban y los dos me devolvieron el saludo. Y si a la ida habían pasado diez coches antes de que aquel mecánico se ofreciera a acercarme, de vuelta a casa de los Watson el primer coche que pasó se detuvo para llevarme.

Woolly

Lo gracioso de las historias, pensó Woolly —mientras Emmett estaba en el pueblo, Duchess había salido a dar un paseo y Billy leía en voz alta su gran libro rojo—, lo gracioso de las historias es que se pueden contar tan largas o cortas como uno quiera.

La primera vez que Woolly oyó *El conde de Montecristo* debía de ser más pequeño que Billy. Su familia estaba pasando el verano en el refugio de las Adirondack y todas las noches su hermana Sarah le leía un capítulo antes de acostarse. Pero lo que le leía su hermana era el libro original de Alejandro Dumas, que tenía mil páginas.

Lo que pasa cuando escuchas una historia como la versión de mil páginas de *El conde de Montecristo* es que, cada vez que intuyes que se acerca una parte interesante, tienes que esperar y esperar y esperar hasta que llega realmente. De hecho, a veces tienes que esperar tanto que te olvidas por completo de que se acerca y te quedas dormido. Pero en el gran libro rojo de Billy, el profesor Abernathe había decidido contar toda la historia en ocho páginas. De modo que, en su versión, cuando intuías que se acercaba una parte emocionante ésta llegaba rapidísimo.

Como la parte que Billy estaba leyendo en ese momento: la parte en que se llevan a Edmond Dantès, acusado de un crimen que no ha cometido, al castillo de If para que pase allí el resto de su vida. Desde el momento en que entra encadenado por la imponente puerta de la cárcel sabes que Dantès acabará escapando. Pero en la versión de Dumas, antes de que el personaje obtenga la libertad, tienes que escuchar tantas frases

escritas en tantos capítulos ¡que acabas creyendo que eres tú el cautivo en el castillo de If! No sucedía lo mismo en la versión del profesor Abernathe. En su relato, la llegada del héroe a la prisión, sus ocho años de soledad, su amistad con el abate Faria y su milagrosa huida suceden en la misma página.

Woolly señaló la nube solitaria que pasaba por el cielo.

—Así es como yo me imagino que debía de ser el castillo de If.

Tras poner el dedo con cuidado sobre la frase por donde iba, Billy miró hacia donde señalaba Woolly y coincidió con él.

—Con sus muros de roca rectos.

—Y la torre de vigilancia en el centro.

Woolly y Billy sonrieron al verla, pero entonces Billy adoptó una expresión mucho más seria.

—¿Puedo preguntarte una cosa, Woolly?

—Claro, claro.

—¿Era duro estar en Salina?

Mientras Woolly meditaba bien su respuesta, en el cielo el castillo se transformó en un transatlántico con una chimenea gigantesca en el sitio donde antes estaba la torre de vigilancia.

—No —contestó Woolly—, no era muy duro, Billy. Desde luego, mucho menos que el castillo de If para Edmond Dantès. Lo que pasa es que... Lo que pasa es que en Salina todos los días eran días cotidianos.

—¿Qué es un día cotidiano, Woolly?

—Cuando estábamos en Salina, todos los días nos levantábamos a la misma hora y nos poníamos la misma ropa. Todos los días desayunábamos en la misma mesa con las mismas personas. Y todos los días hacíamos el mismo trabajo en los mismos campos antes de acostarnos a la misma hora en la misma cama.

Aunque Billy sólo era un crío, o quizá porque sólo era un crío, pareció que comprendía que, si bien no hay nada malo de

por sí en despertarse ni en vestirse ni en desayunar, sí hay algo realmente desconcertante en hacer todas esas cosas de manera idéntica un día tras otro, sobre todo en la versión de mil páginas de la propia vida.

Billy asintió, buscó dónde había interrumpido la lectura y empezó a leer otra vez.

Lo que Woolly no tuvo valor para explicarle a Billy era que, aunque aquélla era sin duda la forma de vida de Salina, también era la forma de vida de muchos otros lugares. Era la forma de vida, por ejemplo, del internado. Y no sólo de St. George, el último en el que Woolly había estado matriculado. En los tres internados donde había vivido, todos los días se levantaba a la misma hora, se ponía la misma ropa y desayunaba en la misma mesa con las mismas personas antes de dirigirse a las mismas aulas para asistir a las mismas clases.

Había cavilado a menudo sobre aquello. ¿Por qué los directores de los internados decidían que todos los días fuesen días cotidianos? Tras reflexionar sobre ello, acabó sospechando que lo hacían porque eso les facilitaba las cosas. Al convertir todos los días en un día cotidiano, la cocinera siempre sabía cuándo tenía que preparar el desayuno, el profesor de historia cuándo tenía que impartir su clase de historia y el vigilante de pasillos cuándo vigilar los pasillos.

Pero entonces Woolly tuvo una revelación.

Sucedió el primer semestre de su segundo penúltimo año de instituto (el que pasó en St. Mark). Había salido de clase de física y se dirigía al gimnasio cuando vio al decano apearse de un taxi delante del colegio. Nada más ver el taxi, a Woolly se le ocurrió que sería una agradable sorpresa hacerle una visita a su hermana, quien acababa de comprarse una casa blanca en Hastings-on-Hudson. Así que se metió en el asiento trasero del vehículo y le dio la dirección al taxista.

¿*Te refieres a Nueva York*?, le preguntó el taxista sorprendido.

¡*Me refiero a Nueva York*!, le confirmó Woolly, y allá que fueron.

Cuando llegó, unas horas más tarde, Woolly encontró a su hermana en la cocina a punto de pelar una patata.

¡*Hola, hermanita*!

Si Woolly hubiese visitado por sorpresa a cualquier otro miembro de su familia, seguramente lo habrían recibido con un montón de qués, cómos y porqués (sobre todo porque necesitaba ciento cincuenta dólares para pagar el taxi, que estaba esperando afuera). Sin embargo, después de pagar al taxista, Sarah se limitó a poner un hervidor al fuego y unas galletas en un plato, y los dos pasaron un rato estupendo sentados a la mesa y charlando de cualquier cosa que se les ocurriera.

Pero al cabo de aproximadamente una hora, el cuñado de Woolly, «Dennis», entró por la puerta de la cocina. La hermana de Woolly era siete años mayor que Woolly, y «Dennis» era siete años mayor que Sarah, de modo que, matemáticamente hablando, «Dennis» tenía entonces treinta y dos años. Pero «Dennis» también era siete años mayor que él mismo, por lo que tenía una mentalidad de casi cuarenta. Por eso, sin duda, ya era el vicepresidente de J.P. Morgan & Sons & Co.

Cuando «Dennis» vio a Woolly sentado a la mesa de la cocina, se enfadó un poco porque se suponía que Woolly debía estar en otro sitio. Pero todavía se enfadó más cuando descubrió la patata a medio pelar en la encimera.

¿*Cuándo estará lista la cena*?, le preguntó a Sarah.

Me temo que todavía no he empezado a prepararla.

Pero si son las siete y media.

Ay, Dennis, por amor de Dios.

«Dennis» miró un momento a Sarah con gesto de incredulidad, luego miró a Woolly y preguntó si podía hablar en privado con Sarah.

Según la experiencia de Woolly, cuando alguien pregunta si puede hablar con alguien en privado, tú te quedas ahí sin saber qué hacer. Para empezar, no te dicen cuánto rato piensan estar hablando, de modo que es difícil saber si puedes concentrarte en alguna otra tarea. ¿Debes aprovechar la ocasión para ir al cuarto de baño? ¿O puedes empezar un puzle de una regata de cincuenta veleros con su *spinnaker*? ¿Y cuánto tienes que alejarte? Es obvio que debes alejarte lo suficiente para no oírlos hablar; si no, no te habrían pedido que te marcharas. Pero la mayoría de las veces da la impresión de que quieren que vuelvas al cabo de un rato, así que necesitas estar lo bastante cerca para oírlos cuando te llamen.

En un intento de nadar y guardar la sopa, Woolly entró en el salón, donde encontró un piano que nadie tocaba, unos cuantos libros que nadie leía y un reloj de pie al que nadie daba cuerda (el reloj de su abuelo, nada menos). Aun así, dada la gravedad del enfado de «Dennis», el salón no estaba lo bastante lejos, porque Woolly oía todo lo que decían.

Fuiste tú la que quiso irse a vivir fuera de la ciudad, pero yo soy el que tiene que levantarse al amanecer para coger el tren de las 6.42 h y llegar al banco a tiempo para la reunión del comité de inversiones de las ocho. Durante casi diez horas, mientras tú estás aquí haciendo Dios sabe qué, yo trabajo como un esclavo. Luego, si corro hasta Grand Central y tengo la suerte de coger el tren de las 18.14 h, quizá consiga llegar a casa antes de las siete y media. Después de un día así, ¿te parece demasiado pedir que tengas la cena esperando en la mesa?, iba diciendo «Dennis».

Ése fue el momento de la revelación. Allí plantado delante del reloj de pie de su abuelo escuchando a su cuñado, a Woolly se le ocurrió que, a lo mejor, sólo a lo mejor, los internados de St. George, St. Mark y St. Paul no habían decidido que todos los días fuesen cotidianos porque eso facilitara las cosas, sino porque era la mejor forma de preparar a aquellos jóvenes de

bien que estaban a su cuidado para que siempre pudieran coger el tren de las 6.42 h y llegar puntuales a sus reuniones de las ocho.

Justo cuando Woolly terminó de recordar su epifanía, Billy llegó al momento de la historia en que Edmond Dantès, tras haberse fugado con éxito de la prisión, se encuentra en la cueva secreta de la isla de Montecristo ante una espectacular montaña de diamantes, perlas, rubíes y oro.

—¿Sabes qué sería espectacular, Billy? ¿Sabes qué sería absumamente espectacular?

Billy marcó la frase con el dedo y levantó la vista.

—¿Qué, Woolly? ¿Qué sería absumamente espectacular?

—Un día sin igual.

Sally

En el oficio del domingo de la semana pasada, el reverendo Pike leyó una parábola de los Evangelios en la que una mujer invita a Jesús y sus discípulos, que acaban de llegar a un pueblo, a entrar en su casa. Tras acomodarlos, esa mujer, Marta, se retira a la cocina para prepararles algo de comer. Y mientras ella cocina y se ocupa de satisfacerlos a todos llenándoles las copas vacías y sirviéndoles segundas raciones, su hermana María permanece sentada a los pies de Jesús.

Al final Marta se harta y expresa sus sentimientos. *Señor, ¿no ves que la holgazana de mi hermana ha dejado que haga yo todo el trabajo? ¿Por qué no le ordenas que me ayude*?, dice. O algo por el estilo. Y Jesús le responde: *Marta, te preocupas por demasiadas cosas cuando sólo hay una realmente necesaria. Y María es la que ha escogido el mejor camino*.

Lo siento mucho, pero si alguien necesitaba una prueba de que la Biblia la escribió un hombre ahí la tiene.

Soy una buena cristiana. Creo en un solo Dios, Padre Todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Creo que Jesucristo, su único Hijo, nació de la Virgen María y padeció bajo Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado, y al tercer día resucitó. Creo que subió a los cielos y que de nuevo vendrá para juzgar a vivos y muertos. Creo que Noé construyó un arca en la que metió una pareja de todos los seres vivos de la tierra antes de que lloviera durante cuarenta días y cuarenta noches. Hasta estoy dispuesta a creer que Moisés oyó hablar a una zarza ardiente. Pero no estoy dispuesta a creer que Jesucristo nuestro Salvador, capaz de curar a un leproso o

devolverle la vista a un ciego en un santiamén, le diera la espalda a una mujer que se estaba ocupando de la casa.

Así que no lo culpo a Él.

A quienes culpo son a Mateo, Marcos, Lucas y Juan, y a todos los hombres que después de ellos han sido sacerdotes o predicadores.

Desde el punto de vista de un hombre, lo único necesario es que te sientes a sus pies y escuches lo que tenga que decir, sin importar cuánto tarde en decirlo ni cuántas veces lo haya dicho anteriormente. Según él, tienes tiempo de sobra para sentarte y escuchar porque una comida es algo que se hace solo. El maná cae del cielo, y basta con chascar los dedos para que el agua se convierta en vino. Cualquier mujer que se haya tomado la molestia de preparar una tarta de manzana os confirmará que así es como los hombres ven el mundo.

Para preparar una tarta de manzana, primero tienes que hacer la masa. Tienes que cortar la mantequilla y añadirla a la harina, ligarla con un huevo batido y unas cucharadas de agua fría y dejarla reposar toda la noche. Al día siguiente tienes que pelar las manzanas, quitarles el corazón, cortarlas en cuñas y mezclarlas con azúcar y canela. Tienes que extender la masa y montar la tarta. Entonces la horneas a 220 grados durante quince minutos y a 180 grados otros cuarenta y cinco. Por último, cuando ya se ha terminado la cena, sirves un trozo en un plato con cuidado y lo pones en la mesa, donde, sin dejar de hablar, un hombre lo partirá por la mitad con el tenedor, se meterá una mitad en la boca y se la tragará sin masticar, para seguir diciendo lo que estaba diciendo sin dar pie a que nadie lo interrumpa.

¿Y las conservas de fresas? ¡No me hagáis hablar de las conservas de fresas!

Como el pequeño Billy observó tan sabiamente, preparar conservas es una tarea muy laboriosa. Sólo recoger la fruta ya te lleva medio día. Luego tienes que lavarla y cortarle el cabillo. Tienes que esterilizar los tarros y las tapas. Después de mezclar los ingredientes, tienes que ponerlos a hervir a fuego lento y vigilarlos como un halcón: no puedes apartarte mucho de la olla para que el preparado no se cueza demasiado. Cuando la conserva está lista, llenas los tarros, los cierras y los guardas en la despensa poniendo una bandeja encima de otra. Entonces puedes empezar a limpiar, lo que en sí ya es otra tarea.

Y sí, como señaló Duchess, hacer conservas es una tarea un poco anticuada que te traslada a la época de las fresqueras y las caravanas de carretas. Supongo que hasta la palabra *conserva* está pasada de moda si la comparamos con la precisión y la contundencia de la palabra *mermelada*.

Y, como señaló Emmett, por encima de todo es una tarea innecesaria. Gracias al señor Smucker, en el colmado hay quince variedades de mermelada que cuestan diecinueve céntimos el tarro, temporada tras temporada. De hecho, la mermelada se ha convertido en un producto tan asequible que podrías comprarla en la ferretería.

De modo que sí, hacer conservas de fresas es una tarea laboriosa, anticuada e innecesaria.

Entonces, por qué me molesto en hacerlas, os preguntaréis.

Me molesto en hacerlas precisamente porque es laborioso.

¿Quién ha dicho que algo que valga la pena no debería llevar tiempo? Los primeros colonos tardaron meses en desembarcar en Plymouth Rock. George Washington tardó años en ganar la guerra de independencia. Y los pioneros tardaron décadas en conquistar el Oeste.

El tiempo es eso que Dios emplea para separar a los holgazanes de los trabajadores. Porque el tiempo es una montaña y los holgazanes, al ver su empinada ladera, se tumban entre los lirios del campo confiando en que pase alguien con una jarra de limonada. El logro de los trabajadores requiere planificación, esfuerzo, atención y disposición para limpiar.

Me molesto en hacerlas precisamente porque es anticuado.

Que algo sea nuevo no significa que sea mejor; y muchas veces significa que es peor.

Decir *por favor* y *gracias* es bastante anticuado. Casarse y tener hijos es anticuado. Las tradiciones, los medios por los que sabemos quiénes somos, también son anticuadas.

Hago conservas tal como me enseñó a hacerlas mi madre, que en paz descanse. Ella hacía conservas como le había enseñado su madre, y mi abuela hacía conservas como su madre le había enseñado a ella. Y así sucesivamente, hasta llegar a los tiempos de Eva. O como mínimo a los tiempos de Marta.

Y me molesto en hacerlas precisamente porque es innecesario.

Porque ¿qué es la bondad sino hacer cosas que son beneficiosas para otros sin que te lo hayan pedido? Pagar una factura no es ser bueno. Despertarse al amanecer para baldear la pocilga no es ser bueno, ni ordeñar las vacas, ni recoger los huevos del gallinero. Ya que estamos, preparar la cena no es ser bueno, ni limpiar la cocina cuando tu padre se levanta de la mesa y sube a su cuarto sin apenas darte las gracias.

Cerrar las puertas y apagar las luces no es ser bueno, ni recoger la ropa del suelo del cuarto de baño para ponerla en el

cesto de la ropa sucia. Ocuparse de una casa porque tu única hermana tuvo el buen juicio de casarse e irse a vivir a Pensacola no es ser bueno.

No, me dije mientras me metía en la cama y apagaba la luz: ser bueno no es nada de eso.

Porque la bondad empieza donde la necesidad acaba.

Duchess

Había subido a la planta de arriba después de cenar y estaba a punto de dejarme caer en la cama de Emmett cuando vi lo lisa que estaba la colcha; me quedé inmóvil un momento, antes de inclinarme sobre ella para apreciarla mejor.

No cabía ninguna duda: Sally había pasado por allí.

Yo creía que había hecho un trabajo bastante digno, francamente. Pero ella lo había hecho mejor. No había ni una sola arruga en toda la superficie de la cama. Y el embozo de la sábana era un rectángulo blanco de diez centímetros que se extendía de un borde al otro del colchón como si lo hubiesen medido con una regla. Por otra parte, a los pies había remetido y tensado tanto la colcha que se apreciaban las esquinas del colchón bajo la tela, de forma parecida a como aprecias a Jane Russell debajo de su jersey.

Era una imagen tan bella que no quise alterarla hasta estar completamente preparado para acostarme. De modo que me senté en el suelo, me apoyé en la pared y me puse a pensar en los hermanos Watson mientras esperaba a que todos se quedaran dormidos.

Unas horas antes, al volver a la casa, Woolly y Billy todavía estaban tumbados en la hierba.

—¿Cómo ha ido tu paseo? —me preguntó Woolly.

—Ha sido rejuvenecedor —le contesté—. Y vosotros, ¿qué habéis hecho?

—Billy me ha estado leyendo historias del libro del profesor

Abernathe.

—Qué lástima habérmelas perdido. ¿Qué historias?

Billy estaba recitando la lista cuando Emmett llegó al camino de la casa.

Hablando de historias..., pensé.

En cuestión de segundos Emmett iba a salir de su coche, un poco magullado. Tendría el labio hinchado y algunos cardenales, eso seguro; es posible que incluso empezara a tener un ojo amoratado. Y la pregunta era: ¿cómo iba a explicárselo a ellos? ¿Diría que había tropezado con una grieta de la acera? ¿Que se había caído por una escalera?

Según mi experiencia, las mejores explicaciones recurren a lo inesperado. Por ejemplo: *Iba caminando por el jardín del juzgado, admirando un chotacabras que estaba posado en la rama de un árbol, cuando me he llevado un balonazo en la cara*. Con una explicación así, tu interlocutor está tan concentrado en el chotacabras posado en la rama del árbol que no ve venir el balón.

Pero cuando Emmett se acercó y Billy, con los ojos como platos, le preguntó qué había pasado, su hermano le contestó que se había encontrado con Jake Snyder en el pueblo y que Jake le había pegado. Tal cual.

Miré a Billy creyendo que pondría cara de sorpresa o quizá de indignación, pero el crío asintió con aire pensativo.

—¿Y tú le has pegado? —preguntó al cabo de un momento.

—No. He contado hasta diez —respondió Emmett.

Entonces Billy le sonrió y Emmett le devolvió la sonrisa.

Hay más cosas en el cielo y la tierra, Horacio, que todas las que pueda soñar tu filosofía.

Poco después de medianoche, me asomé a la habitación de Woolly. El sonido de su respiración me indicó que estaba

sumido en sus sueños. Crucé los dedos deseando que no hubiera tomado demasiada medicina antes de acostarse, porque al poco rato iba a tener que hacerle salir a toda prisa de allí.

Los hermanos Watson también dormían a pierna suelta, Emmett boca arriba y Billy acurrucado a su lado. La luz de la luna me permitió ver el libro del niño a los pies de la cama. Si Billy estiraba las piernas, quizá lo tirara al suelo, así que lo cogí y lo dejé en el escritorio, donde debería estar la fotografía de su madre.

Encontré los pantalones de Emmett colgados en el respaldo de una silla y comprobé que todos los bolsillos estaban vacíos. Rodeé la cama de puntillas y me acuclillé junto a la mesilla de noche. El cajón estaba a menos de un palmo de la cara de Emmett, así que tuve que abrirlo muy despacio, pero las llaves tampoco estaban allí.

—Mmm —me dije.

Antes de subir ya las había buscado en el coche y la cocina. ¿Dónde demonios podía haberlas puesto?

Mientras trataba de responder esa pregunta, el haz de luz de los faros de un coche atravesó la habitación; un vehículo entró en el camino de los Watson y frenó allí.

Sin hacer ruido, recorrí el pasillo y me detuve en lo alto de la escalera. Oí abrirse la portezuela del vehículo. Al cabo de un momento, oí unos pasos que subían y bajaban del porche; luego la portezuela se cerró de nuevo y el vehículo se marchó.

Después de asegurarme de que nadie se había despertado, bajé a la cocina, abrí la mosquitera y salí al porche. Vi los faros del vehículo que se alejaba por la carretera. Me llevó unos segundos darme cuenta de que había una caja de zapatos en el suelo. Tenía escritas unas grandes letras negras.

Quizá no sea un erudito, pero sé reconocer mi nombre cuando lo veo escrito, incluso bajo la luz de la luna. Me puse en cuclillas y levanté la tapa con cuidado, mientras me preguntaba

qué demonios podía haber dentro.

—Caramba.

OCHO

Emmett

A la mañana siguiente, cuando salieron por el camino de la casa a las cinco y media, Emmett estaba de buen humor. La noche anterior había trazado un itinerario con ayuda del mapa de Billy. La ruta de Morgen a San Francisco tenía poco más de dos mil cuatrocientos kilómetros. Si conducían a una velocidad media de sesenta y cinco kilómetros por hora durante diez horas al día, dejando tiempo suficiente para comer y dormir, podían llegar en cuatro días.

Evidentemente, había muchas cosas para ver entre Morgen y San Francisco. Como atestiguaban las postales de su madre, había moteles y monumentos, rodeos y parques. Si no te importaba desviarte un poco de la ruta, podías visitar el monte Rushmore, el géiser Old Faithful y el Gran Cañón. Pero Emmett no quería derrochar ni tiempo ni dinero en su viaje al oeste. Cuanto antes llegaran a California, antes podría ponerse a trabajar; y cuanto más dinero llevasen encima cuando llegaran allí, mejor sería la casa que podrían comprar. Si empezaban a malgastar su escaso capital por el camino, tendrían que conformarse con comprar una casa ligeramente peor en un barrio ligeramente peor, lo que, cuando llegara la hora de venderla, se traduciría en un beneficio ligeramente peor. Desde su punto de vista, cuanto más rápido cruzaran el país, mucho mejor.

La principal preocupación de Emmett al acostarse la noche anterior había sido no poder despertar a los otros y malgastar las primeras horas de luz haciéndoles levantarse de la cama y salir por la puerta. Pero no había de qué preocuparse. A las

cinco, cuando se levantó, Duchess ya estaba en la ducha y se oía tararear a Woolly al final del pasillo. Billy se había acostado con la ropa puesta para no tener que vestirse por la mañana. Cuando Emmett se sentó al volante y cogió las llaves de la visera, Duchess ya se había sentado en el asiento del pasajero y Billy al lado de Woolly, en la parte de atrás, con el mapa en el regazo. Poco antes del amanecer, salieron por el camino y ninguno de ellos miró atrás.

Quizá todos tenían alguna razón para querer salir temprano, pensó Emmett. Quizá todos estuvieran deseando llegar a otro sitio.

Como Duchess iba sentado delante, Billy le preguntó si quería hacerse cargo del mapa, pero éste declinó la invitación alegando que se mareaba si leía en el coche. Emmett sintió cierto alivio porque Duchess no siempre prestaba atención a los detalles y en cambio Billy era un copiloto excelente. No sólo tenía preparados su brújula y sus lápices, sino también una regla para calcular el kilometraje según la escala del mapa. Sin embargo, al poner el intermitente para torcer a la derecha e incorporarse a la ruta 34, Emmett lamentó que Duchess no hubiese aceptado aquel trabajo.

—No tienes que poner el intermitente todavía. Hay que seguir recto un poco más —dijo Billy.

—Voy a coger la 34, porque es la forma más rápida de llegar a Omaha —le explicó Emmett.

—Pero si la autopista Lincoln pasa por Omaha.

Emmett paró en el arcén y giró la cabeza para hablar con su hermano.

—Sí, Billy. Pero nos obliga a desviarnos un poco.

—¿A desviarnos un poco de dónde? —preguntó Duchess con una sonrisa.

—A desviarnos un poco del sitio adonde vamos —contestó Emmett.

Duchess también se volvió hacia el asiento trasero.

—¿A qué distancia estamos de la autopista Lincoln, Billy?

El chico, que ya había colocado la regla sobre el mapa, dijo que faltaban veintiocho kilómetros.

Woolly, que iba mirando el paisaje en silencio, se volvió hacia Billy con repentina curiosidad.

—¿Qué es la autopista Lincoln, Billy? ¿Es una carretera especial?

—Fue la primera carretera que atravesó Estados Unidos.

—La primera carretera que atravesó Estados Unidos —repitió Woolly con admiración.

—Venga, Emmett. ¿Qué son veintiocho kilómetros? —lo espoleó Duchess.

Son veintiocho kilómetros, le habría gustado contestar a Emmett, además de los doscientos diez que ya nos estamos desviando para llevaros a Omaha. Pero al mismo tiempo sabía que Duchess tenía razón. Aquellos kilómetros de más no eran gran cosa, sobre todo teniendo en cuenta el disgusto que se llevaría Billy si él se empeñaba en tomar la 34.

—De acuerdo. Iremos por la autopista Lincoln —cedió.

Se incorporó de nuevo a la calzada y casi pudo oír a su hermano asintiendo con la cabeza para recalcar que le parecía muy buena idea.

Durante los veintiocho kilómetros siguientes nadie dijo ni una palabra. Hasta que Emmett torció a la derecha en Central City y Billy, que iba mirando el mapa, levantó la cabeza muy emocionado.

—Es esto. Esto es la autopista Lincoln —dijo.

Billy se inclinaba hacia delante para ver lo que se avecinaba, y luego miraba por encima del hombro para ver lo que acababan de pasar. Central City tal vez sólo fuese un poblacho,

pero Billy, que llevaba meses soñando con el viaje a California, estaba encantado con aquel puñado de restaurantes y moteles parecidos a los que había visto en las postales de su madre. Que estuviesen circulando en la dirección contraria no parecía importarle demasiado.

Woolly compartía el entusiasmo de Billy y observaba los establecimientos de carretera con interés.

—Entonces, ¿esta carretera va de costa a costa?

—Va casi de costa a costa. De Nueva York a San Francisco —lo corrigió Billy.

—Eso es ir de costa a costa, ¿no? —dijo Duchess.

—Sí, pero la autopista Lincoln no empieza ni termina en el agua. Parte de Times Square y acaba en el Palacio de la Legión de Honor.

—¿Y se llama así por Abraham Lincoln? —preguntó Woolly.

—Sí. Y a lo largo de toda la carretera hay estatuas suyas —dijo Billy.

—¿A lo largo de toda la carretera?

—Los *boy scouts* recaudaron dinero para encargarlas.

—En el escritorio de mi bisabuelo hay un busto de Abraham Lincoln. Mi bisabuelo era un gran admirador del presidente Lincoln —dijo Woolly sonriente.

—¿Desde cuándo existe esta autopista? —preguntó Duchess.

—La inventó el señor Carl G. Fisher en 1912.

—¿La inventó?

—Sí, la inventó. Creía que los estadounidenses debían poder ir en coche de extremo a extremo del país. Construyó los primeros tramos en 1913 con ayuda de donaciones —dijo Billy.

—¿La gente le dio dinero para construirla? —preguntó Duchess extrañado.

Billy asintió con énfasis.

—Incluso Thomas Edison y Teddy Roosevelt.

—¡Teddy Roosevelt! —exclamó Duchess.

—Caray —dijo Woolly.

Mientras viajaban hacia el este —con Billy nombrando diligentemente todos los pueblos por los que pasaban—, Emmett se alegró de que al menos estuviesen circulando deprisa.

Es cierto, pasar por Omaha los obligaba a desviarse de su ruta, pero, como habían salido temprano, creía que podrían dejar a Duchess y Woolly en la estación de autobuses, dar media vuelta y llegar a Ogallala sin problemas antes de que oscureciera. Quizá incluso llegaran a Cheyenne. Al fin y al cabo, a esas alturas de junio tenían dieciocho horas de luz. De hecho, pensó Emmett, si estaban dispuestos a conducir doce horas diarias a una velocidad media de ochenta kilómetros por hora, podrían cubrir todo el trayecto en menos de tres días.

Pero entonces Billy señaló a lo lejos un depósito de agua con un nombre escrito: LEWIS.

—Mira, Duchess. Es Lewis. ¿No es ésa la ciudad donde vivías?

—¿Vivías en Nebraska? —preguntó Emmett a Duchess.

—Sí, un par de años, de pequeño —confirmó Duchess.

Se retrepó un poco en el asiento y miró a su alrededor con renovado interés.

—Oye, ¿podemos dar una vuelta? Me gustaría echarle un ojo a la casa. Ya sabes, para recordar los viejos tiempos —dijo al cabo de un rato.

—Duchess...

—¡Venga, por favor! Ya sé que has dicho que querías estar en Omaha antes de las ocho, pero vamos muy bien de tiempo.

—Vamos doce minutos adelantados —dijo Billy después de consultar su reloj de excedente militar.

—¿Lo ves?

—Vale, daremos una vuelta, pero sólo para echar un vistazo —cedió Emmett.

—Es lo único que pido.

Cuando entraron en la ciudad, Duchess empezó a dar indicaciones, asintiendo con la cabeza al pasar por delante de los lugares de referencia.

—Sí. Sí. Sí. ¡Aquí! Al llegar al parque de bomberos, a la izquierda.

Emmett torció a la izquierda y entraron en un barrio residencial de bonitas casas con jardines bien cuidados. Al cabo de varios kilómetros pasaron frente a una iglesia con un campanario muy alto y un parque.

—Toma la siguiente a la derecha —dijo Duchess.

Emmett giró a la derecha y llegaron a una calle ancha y curvada flanqueada por árboles.

—Para aquí.

Emmett detuvo el coche.

Se hallaban a los pies de una colina de hierba en cuya cima había un gran edificio de piedra. Tenía tres plantas y una torre en cada esquina y parecía una mansión.

—¿Era ésta tu casa? —preguntó Billy.

—No, es una especie de colegio —dijo Duchess.

—¿Un internado? —preguntó Woolly.

—Más o menos.

Durante unos instantes, todos admiraron su grandeza, y entonces Duchess se volvió hacia Emmett:

—¿Puedo entrar?

—¿Para qué?

—Para saludar.

—Son las seis y media de la mañana, Duchess.

—Si no hay nadie levantado, dejaré una nota. Les hará mucha ilusión.

—¿Una nota para tus profesores? —preguntó Billy.

—Exactamente. Una nota para mis profesores. ¿Qué me dices, Emmett? Sólo serán unos minutos. Cinco minutos como máximo.

Emmett miró el reloj del salpicadero.

—De acuerdo. Cinco minutos —cedió.

Duchess cogió el bolsón que tenía a los pies, salió del coche y corrió colina arriba hacia el edificio.

En el asiento trasero, Billy empezó a explicarle a Woolly por qué Emmett y él necesitaban estar en San Francisco para el Cuatro de Julio.

Emmett apagó el motor y se quedó mirando por el parabrisas y lamentando no tener un cigarrillo.

Los cinco minutos de Duchess llegaron y pasaron.

Y luego otros cinco.

Emmett negó con la cabeza y se arrepintió de haberle dejado ir al edificio. Nadie entra en ningún sitio y se queda cinco minutos, no importa la hora del día que sea. Y sobre todo nadie a quien le guste tanto hablar como a Duchess.

Salió del coche y lo rodeó hasta el lado del pasajero. Se apoyó en la puerta y miró el colegio, y se fijó en que estaba construido con la misma piedra caliza roja que el juzgado de Morgen. Seguramente la piedra provenía de las canteras de Cass County. A finales del siglo XIX la habían utilizado para construir ayuntamientos, bibliotecas y juzgados en todas las ciudades de trescientos kilómetros a la redonda. Algunos de aquellos edificios se parecían tanto que, cuando ibas de una ciudad a otra, tenías la impresión de no haberte movido del sitio.

Sin embargo, aquel edificio tenía algo raro. Emmett tardó unos minutos en identificar de qué se trataba: la entrada no era prominente. Tanto si en primera instancia había sido una mansión o una escuela, un edificio tan espectacular como aquél habría tenido una entrada a la altura. Habría tenido un camino

bordeado de árboles hasta una puerta principal imponente.

De pronto se le ocurrió que debían de haber aparcado en la parte trasera del edificio. Pero ¿por qué Duchess no le había dado las indicaciones para llegar hasta la fachada principal?

¿Y por qué había cogido el bolsón?

—Ahora vuelvo —les dijo a Billy y a Woolly.

—Vale —dijeron ellos sin levantar la vista del mapa de Billy.

Emmett subió la cuesta y se dirigió hacia una puerta en el centro del edificio. Mientras andaba, estaba cada vez más molesto, casi impaciente por darle un rapapolvo a Duchess en cuanto lo encontrara. Por decirle, sin andarse por las ramas, que no tenían tiempo para esa clase de tonterías. Que su inesperada aparición ya era abuso suficiente y que el desvío para pasar por Omaha iba a costarles dos horas y media. Cinco horas si contabas la ida y la vuelta. Pero todos esos pensamientos se esfumaron de su mente en cuanto vio que el panel de cristal que quedaba más cerca del picaporte estaba roto. Abrió la puerta y entró mientras los trozos de cristal crujían bajo las suelas de sus botas.

Se encontró en una gran cocina con dos fregaderos metálicos, una encimera con diez fogones y una cámara de frío. Como la mayoría de las cocinas de establecimientos institucionales, la habían ordenado la noche anterior: las encimeras estaban limpias, los armarios cerrados y todos los cazos colgados de sus ganchos.

La única señal de desorden, aparte del cristal roto, estaba en la despensa que había al fondo de la cocina, donde habían abierto varios cajones y tirado al suelo varias cucharas.

Emmett pasó por una puerta de vaivén y entró en un comedor con las paredes forradas de madera y seis mesas largas como las que esperarías encontrar en un monasterio. Contribuía a crear un ambiente religioso una gran vidriera que proyectaba manchas de luz amarilla, roja y azul en la pared

opuesta. En ella se representaba el momento en que Jesús, resucitado de entre los muertos, muestra las llagas de las manos, sólo que en esta escena los maravillados discípulos estaban acompañados por varios niños.

Emmett salió por la puerta del comedor y llegó a un vestíbulo grandioso. A su izquierda estaba la imponente puerta principal que antes le había sorprendido no encontrar, y a su derecha había una escalera hecha de la misma madera de roble pulida. En otras circunstancias, le habría gustado entretenerse para examinar los relieves de los paneles de la puerta y los balaustres de la escalera, pero apenas se había fijado en la calidad de aquellos trabajos de artesanía cuando oyó ruidos de conmoción en la planta de arriba.

Subió los peldaños de dos en dos y esquivó más cucharas tiradas por el suelo. En el rellano de la segunda planta el pasillo se abría a un lado y a otro, y por la derecha llegaba el sonido inconfundible de unos niños alborotados. Así que se dirigió hacia allí.

La primera puerta que encontró daba a un dormitorio. Las camas estaban dispuestas en dos hileras perfectas, pero estaban vacías y las sábanas revueltas. La siguiente puerta daba a otro dormitorio con otras dos hileras de camas y más sábanas revueltas. Pero en esta habitación había sesenta niños con pijama azul arracimados en seis ruidosos grupos, cada uno en torno a un tarro de conserva de fresa.

En alguno de los grupos, los niños observaban su turno obedientemente, mientras que en otros se peleaban con sus compañeros para acceder al tarro, meter la cuchara dentro y llevarse el contenido a la boca tan rápido como fuera posible para poder darle otro tiento antes de que el tarro quedase vacío.

Al contemplar la escena, a Emmett se le ocurrió pensar por primera vez que aquello no era un internado. Era un orfanato.

Mientras observaba aquel desbarajuste, un niño de unos diez años con gafas que se había fijado en él tiró de la manga a otro niño de más edad. El mayor miró a Emmett y le hizo una seña a otro chico. Sin decir nada, los dos mayores avanzaron hombro con hombro para colocarse entre él y el resto de los niños.

Emmett levantó ambas manos en señal de paz.

—No he venido a molestaros. Sólo busco a mi amigo. El que ha traído la mermelada.

Los dos chicos se limitaron a mirarlo en silencio, pero el de las gafas apuntó hacia el pasillo.

—Se ha marchado por ahí.

Emmett salió de la habitación y volvió sobre sus pasos. Se disponía a bajar la escalera cuando del pasillo opuesto le llegó el sonido amortiguado de una mujer que gritaba, seguido de unos golpes contra algo de madera. Emmett se detuvo; luego continuó caminando por el otro pasillo, donde encontró dos puertas atrancadas con sendas sillas. Los gritos y golpes provenían de detrás de la primera.

—¡Abre la puerta inmediatamente!

Cuando Emmett retiró la silla y abrió, una mujer de unos cuarenta años ataviada con un largo camisón blanco estuvo a punto de irse de bruces al suelo. Detrás de ella, otra mujer lloraba sentada en una cama.

—¡¿Cómo te atreves?! —gritó la que había estado aporreando la puerta en cuanto recobró el equilibrio.

Emmett no le hizo caso y retiró la silla que atrancaba la otra puerta. En esa otra habitación había una tercera mujer que rezaba arrodillada junto a su cama y otra de más edad que fumaba un cigarrillo sentada tranquilamente en una butaca.

—¡Ay! Qué bien que hayas abierto la puerta. Pasa, pasa —dijo al ver a Emmett.

Él dio un paso vacilante mientras la mujer mayor apagaba el

cigarrillo en el cenicero que tenía en el regazo. Pero entonces la hermana de la primera habitación se le acercó por detrás.

—¡Cómo te atreves! —volvió a gritarle.

—Hermana Berenice, ¿por qué le grita a este joven? ¿No se da cuenta de que es nuestro liberador?

Entonces entró la hermana que estaba llorando, y la mayor se dirigió a la que estaba arrodillada:

—La compasión antes que las oraciones, hermana Ellen.

—Sí, hermana Agnes.

La hermana Ellen se levantó, abrazó a la hermana llorosa y le susurró: *chist, chist, chist*. La hermana Agnes centró de nuevo su atención en Emmett.

—¿Cómo se llama, joven?

—Emmett Watson.

—Muy bien, Emmett Watson. Quizá usted pueda iluminarnos respecto a lo que ha sucedido aquí, en St. Nicholas, esta mañana.

Emmett tuvo la tentación de girar sobre sus talones y salir por la puerta, pero fue aún mayor la tentación de contestar a la hermana Agnes.

—Iba a llevar a un amigo a la estación de autobuses de Omaha, pero él me ha pedido que parara. Me ha dicho que vivía aquí...

Ahora las cuatro hermanas miraban a Emmett con mucho interés: la hermana llorona ya no lloraba y la que había intentado tranquilizarla había dejado de hacerlo. La hermana que gritaba ya no gritaba, pero dio un paso hacia Emmett con gesto amenazador.

—¿Quién vivía aquí?

—Se llama Duchess...

—¡Ja! ¿No le dije que todavía no lo habíamos perdido de vista? ¿No dije que algún día volvería para perpetrar alguna diablura? —le espetó a la hermana Agnes.

Ignorando a la hermana Berenice, la hermana Agnes miró a Emmett con gesto de serena curiosidad.

—Pero dime, Emmett —lo tuteó ahora—, ¿por qué nos ha encerrado Daniel en nuestras habitaciones? ¿Con qué objetivo?

Emmett titubeó.

—¿Y bien? —insistió la hermana Berenice.

El joven negó con la cabeza y señaló hacia los dormitorios.

—Si no me equivoco, me ha hecho parar aquí para llevarles a los niños unos tarros de mermelada de fresa.

La hermana Agnes dio un suspiro de satisfacción.

—¿Lo ve, hermana Berenice? Resulta que nuestro pequeño Daniel ha regresado para perpetrar una obra de caridad.

Fuera lo que fuese lo que Duchess estuviera perpetrando, pensó Emmett, aquel pequeño desvío ya los había retrasado treinta minutos, y tenía la impresión de que, si vacilaba ahora, tal vez quedarían atrapados allí durante horas.

—Bueno, pues si no hay nada más... —dijo mientras retrocedía hacia la puerta.

—No, espera —le dijo la hermana Agnes, y le tendió una mano.

Ya en el pasillo, Emmett se apresuró hacia el rellano de la escalera mientras se elevaban a su espalda las voces de las hermanas. Bajó a toda prisa, recorrió el comedor y salió por la puerta de la cocina con una gran sensación de alivio.

Cuando bajaba por la cuesta, vio a Billy sentado en la hierba con la mochila a su lado y el gran libro rojo en el regazo; de Duchess, Woolly y el Studebaker no había ni rastro.

—¿Dónde está el coche? —preguntó Emmett sin aliento al llegar junto a su hermano.

Billy levantó la cabeza.

—Duchess y Woolly lo han tomado prestado. Pero lo van a devolver.

—¿Cuándo lo van a devolver?

—Después de ir a Nueva York.

Emmett se quedó mirando fijamente a su hermano a la vez perplejo y colérico.

Billy notó que algo no iba bien y quiso tranquilizarlo.

—No te preocupes. Duchess me ha prometido que volverán antes del 18 de junio, así que aún nos sobrará tiempo para llegar a San Francisco antes del Cuatro de Julio.

Antes de que Emmett pudiera replicar, Billy señaló detrás de él y dijo:

—Mira.

Emmett volvió la cabeza y vio que la hermana Agnes descendía la cuesta; el bajo de su hábito negro ondeaba tras ella y parecía que flotara en el aire.

—¿Te refieres al Studebaker?

Emmett estaba de pie, solo, en el despacho de la hermana Agnes hablando por teléfono con Sally.

—Sí. El Studebaker.

—¿Y se lo ha llevado Duchess?

—Sí.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—No lo entiendo. ¿Adónde se lo ha llevado? —preguntó Sally.

—A Nueva York.

—¿A Nueva York, Nueva York?

—Sí, a Nueva York, Nueva York.

…

—Y tú estás en Lewis.

—Casi.

—Creía que ibais a California. ¿Cómo es que estás casi en Lewis? ¿Y por qué se ha ido Duchess a Nueva York?

Emmett empezaba a arrepentirse de haber llamado a Sally.

Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Mira, Sally, ahora nada de eso importa. Lo que importa es que necesito recuperar mi coche. He llamado a la estación de Lewis y por lo visto hoy hay un tren que va hacia el este. Si lo cojo, podré llegar a Nueva York antes que Duchess, recuperar el coche y regresar a Nebraska antes del viernes. Te he llamado porque necesito que alguien se ocupe de Billy mientras tanto.

—¿Y por qué no lo decías antes?

Después de darle las indicaciones a Sally y colgar el teléfono de la hermana Agnes, Emmett miró por la ventana y se acordó del día que el juez dictó sentencia.

Antes de ir al juzgado con su padre, Emmett le explicó a su hermano en privado que había renunciado a su derecho a un juicio. Le explicó que, aunque él no había querido hacerle daño a Jimmy, se había dejado llevar por la ira, y que estaba dispuesto a aceptar las consecuencias de sus actos.

Mientras Emmett se lo explicaba, Billy no negó con la cabeza para expresar su desacuerdo ni intentó convencer a su hermano de que cometería un error. Pareció comprender que Emmett estaba haciendo lo correcto. Pero si Emmett iba a declararse culpable y no se iba a celebrar la vista, entonces Billy quería que su hermano le hiciera una promesa.

—¿De qué se trata, Billy?

—Prométeme que la próxima vez que estés muy enfadado y quieras pegarle a alguien primero contarás hasta diez.

Y Emmett no sólo se lo prometió, sino que se estrecharon la mano para cerrar el trato. Con todo, sospechaba que, de haber tenido a Duchess allí delante en ese momento, contar hasta diez no habría sido suficiente.

Cuando Emmett entró en el comedor, lo recibió el bullicio de sesenta niños hablando todos a una. Cualquier comedor lleno

de niños habría sido un lugar ruidoso, pero Emmett pensó que ese día debía de ser más ruidoso de lo normal porque los niños estaban comentando los sucesos de aquella mañana: la repentina aparición de un cómplice misterioso que les había repartido tarros de mermelada después de encerrar a las hermanas en sus habitaciones. Por su experiencia en Salina, Emmett sabía que la emoción no era lo único que los hacía revivir aquellos sucesos: los revivían para convertirlos en parte de su acervo, para grabar en su memoria todos los detalles claves de una historia que sin duda se contaría en las habitaciones del orfanato durante décadas.

Emmett encontró a Billy y a la hermana Agnes sentados uno al lado del otro en medio de una de aquellas largas mesas monásticas. Habían apartado un plato con una tostada francesa a medio comer para hacerle sitio al gran libro rojo de Billy.

La hermana Agnes puso un dedo en la página que estaban leyendo y dijo:

—Me sorprende que tu profesor Abernathe no haya incluido a Jesús en lugar de a Jasón. Porque no cabe duda de que Él fue uno de los viajeros más intrépidos de la historia. ¿Estás de acuerdo, William? ¡Ah! ¡Aquí llega tu hermano!

Emmett se sentó delante de la hermana Agnes, porque en la silla de enfrente de Billy estaba su mochila.

—¿Te apetecen unas tostadas francesas, Emmett? ¿O un café y unos huevos?

—No, gracias, hermana.

Ella señaló la mochila.

—Creo que todavía no has tenido ocasión de explicarme adónde os dirigíais los dos cuando el azar os trajo hasta nuestra compañía.

El azar os trajo hasta nuestra compañía, pensó Emmett, y frunció el ceño.

—Íbamos a llevar a Duchess, o Daniel, y a otro amigo a la

estación de autobuses de Omaha.

—Ah, sí. Creo que antes lo has mencionado —dijo la hermana Agnes.

—Pero lo de ir a la estación era un desvío. En realidad, nosotros vamos a California —aclaró Billy.

—¡A California! ¡Qué emocionante! ¿Y cómo es que vais a California? —preguntó la hermana Agnes mirando a Billy.

Así que Billy le explicó a la hermana Agnes que su madre se había marchado de casa cuando ellos eran pequeños, que su padre había muerto de cáncer y lo de las postales de la caja del escritorio, esas que su madre les había enviado desde nueve puntos diferentes de la autopista Lincoln a lo largo de su viaje hasta San Francisco.

—Y allí es donde vamos a encontrarla —concluyó.

—Vaya, suena a toda una aventura. —La hermana Agnes sonrió.

—No sé si será una aventura. Sólo sé que el banco ejecutó la hipoteca de la finca. Tenemos que empezar de cero y lo más sensato parece hacerlo en un sitio donde yo pueda encontrar trabajo —dijo Emmett.

—Sí, claro —dijo la hermana Agnes con tono más comedido.

Miró un momento a Emmett y luego a Billy.

—¿Ya has acabado de desayunar, Billy? ¿Por qué no recoges tus cosas? Allí tienes la cocina.

La hermana Agnes y Emmett vieron cómo Billy ponía su vaso y sus cubiertos en el plato y se lo llevaba todo con mucho cuidado. Entonces ella se dirigió de nuevo a Emmett.

—¿Hay algún problema?

A él le sorprendió un poco la pregunta.

—¿A qué se refiere?

—Hace un segundo me ha parecido que te molestabas cuando me he hecho eco del entusiasmo de tu hermano por vuestro viaje al oeste.

—Supongo que habría preferido que usted no lo animase.

—Y eso ¿por qué?

—Hace ocho años que no tenemos noticias de nuestra madre y no tenemos ni idea de dónde está. Como supongo que ya habrá notado, mi hermano tiene mucha imaginación. Por eso siempre intento ayudarlo a protegerse de los desengaños en lugar de contribuir a ellos.

Mientras la hermana Agnes lo observaba, Emmett se removía en la silla.

Nunca le había gustado el clero. La mitad de las veces parecía que los predicadores intentaran venderte algo que no necesitabas, y la otra mitad te vendían algo que ya tenías. Sin embargo, tratándose de hábitos, la hermana Agnes lo ponía más nervioso que la mayoría.

—¿Por casualidad te has fijado en esa vidriera que tengo a mi espalda? —preguntó ella por fin.

—Sí.

La hermana Agnes asintió antes de cerrar con gesto delicado el libro de Billy.

—Cuando llegué a St. Nicholas en 1942, esa vidriera tuvo un efecto muy misterioso sobre mí. Tenía algo que me llamaba la atención, pero no alcanzaba a saber de qué se trataba. Algunas tardes, cuando todo estaba tranquilo, me sentaba con una taza de café, más o menos donde tú estás sentado ahora, y la miraba fijamente, la observaba sin más. Y un buen día comprendí qué era eso que me afectaba tanto. Era la diferencia entre la expresión de la cara de los discípulos y la de los niños.

La hermana Agnes se volvió un poco en la silla y miró hacia la vidriera. Emmett la imitó casi a regañadientes.

—Si miras la cara de los discípulos, te darás cuenta de que son un poco escépticos respecto a lo que acaban de ver. *Seguro que esto es algún tipo de engaño o ilusión, porque lo vimos morir en la cruz con nuestros propios ojos, y con nuestras propias manos*

llevamos su cuerpo al sepulcro, piensan. Pero si miras las caras de los niños, no verás en ellas ni una pizca de escepticismo. Ellos contemplan el milagro maravillados e impresionados, sí, pero sin incredulidad.

Emmett sabía que la hermana Agnes tenía buenas intenciones. Además era una mujer de sesenta y tantos que había dedicado su vida no sólo al servicio de la Iglesia, sino al servicio de los huérfanos, por eso cuando comenzó a relatar su historia el chico comprendió que merecía toda su atención. Aun así, mientras ella hablaba no pudo evitar fijarse en que los reflejos amarillos, rojos y azules de aquella vidriera que estaba describiendo habían pasado de la pared a la superficie de la mesa, señalando el desplazamiento del sol y la pérdida de una hora más.

—¡... y entonces ha subido la cuesta con el bolsón de Emmett y ha roto el cristal de la puerta de la cocina!

Como si fuese uno de los niños del orfanato, Billy, muy emocionado, le estaba relatando lo sucedido aquella mañana a Sally mientras ella conducía por las calles al volante de *Betty*.

—¿Ha roto la puerta?

—¡Sí, porque estaba cerrada con llave! Y entonces ha entrado en la cocina, ha cogido un montón de cucharillas y las ha llevado arriba, a los dormitorios.

—¿Y para qué quería tantas cucharillas?

—¡Quería las cucharillas porque les estaba llevando a los niños tus conservas de fresas!

Sally miró a Billy con asombro.

—¿Les ha llevado un tarro de mi conserva de fresas?

—No, les ha llevado seis. ¿No es eso lo que me has dicho, Emmett? —dijo Billy.

Billy y Sally se volvieron hacia Emmett, que iba mirando por

la ventanilla del asiento del pasajero.

—Creo que sí —contestó él sin mirarlos.

—No lo entiendo —dijo Sally como si hablara sola. Se inclinó sobre el volante y aceleró para adelantar a un sedán—. Sólo le di seis tarros. Habrían podido durarle hasta Navidad. ¿Por qué se los ha llevado todos a esos niños que no conoce de nada?

—Porque son huérfanos —explicó Billy.

Sally se detuvo a pensarlo.

—Sí, claro, Billy. Tienes toda la razón. Porque son huérfanos.

Mientras ella asentía con la cabeza en señal de que aprobaba el razonamiento de Billy y el acto de caridad de Duchess, Emmett no pudo evitar pensar que se había mostrado más indignada por el destino de su mermelada que por el del Studebaker.

—Es ahí. —Señaló la estación.

Al girar, Sally le cortó el paso a un Chevy. Detuvo la ranchera con un frenazo y los tres se apearon de la cabina. Mientras Emmett observaba la entrada de la estación, Billy fue a la trasera de la ranchera, cogió su mochila y empezó a colgársela a la espalda.

Al principio Sally se mostró sorprendida al verlo; luego miró a Emmett con los ojos entornados, como si fuese a regañarlo.

—¿No se lo has dicho? ¡No esperarás que lo haga yo! —le dijo por lo bajo.

Emmett se llevó a su hermano a un lado.

—Billy, aún no hace falta que te cuelgues la mochila.

—No pasa nada. Puedo quitármela una vez que estemos en el tren —dijo Billy, ajustándose las correas.

Emmett se puso en cuclillas.

—Es que tú no vas a subir al tren, Billy.

—¿Qué quieres decir, Emmett? ¿Por qué no voy a subir al tren?

—Es más sensato que tú te quedes con Sally mientras yo voy

a buscar el coche. En cuanto lo recupere, volveré corriendo a recogerte a Morgen. Sólo me llevará unos días.

Mientras Emmett se lo explicaba, Billy decía que no con la cabeza.

—No. No, no puedo volver con Sally, Emmett. Ya nos hemos ido de Morgen y vamos camino de San Francisco.

—Tienes razón, Billy. Vamos camino de San Francisco. Pero ahora mismo el coche va camino de Nueva York...

En cuanto Emmett dijo esto, Billy abrió mucho los ojos, como si hubiese tenido una revelación.

—En Nueva York es donde empieza la autopista Lincoln. Cuando nos bajemos del tren y encontremos el Studebaker, podemos ir a Times Square y empezar el viaje desde allí.

Emmett miró a Sally pidiéndole ayuda.

Ella dio un paso adelante y le puso una mano en el hombro a Billy.

—Tienes toda la razón, Billy —dijo con su sensatez habitual.

Emmett cerró los ojos.

Esta vez fue a Sally a la que se llevó a un lado.

—Sally... —empezó, pero ella lo interrumpió.

—Emmett, ya sabes que nada me gustaría más que quedarme a Billy otros tres días. Pongo a Dios por testigo que de buen grado me lo quedaría tres años. Pero tu hermano se ha pasado quince meses esperando a que regresaras de Salina. Y mientras tanto perdió a su padre y su casa. Llegados a este punto, donde tiene que estar Billy es a tu lado, y él lo sabe. Y me imagino que piensa que a estas alturas tú también deberías saberlo.

Lo que sabía Emmett era que necesitaba llegar a Nueva York y encontrar a Duchess cuanto antes, y que llevarse a Billy no iba a facilitarle la tarea.

Pero Billy tenía razón respecto a un detalle muy importante: ya se habían marchado de Morgen. Habían enterrado a su padre, recogido sus cosas y dejado atrás esa parte de su vida.

Saber que, pasara lo que pasase de ahora en adelante, no tendrían que regresar era un consuelo para ambos.

Miró a su hermano.

—De acuerdo, Billy. Iremos juntos a Nueva York.

Billy asintió para darle a entender que su decisión era la más sensata.

Tras esperar a que Billy volviera a ajustarse las correas de la mochila, Sally lo abrazó y le recordó que se portara bien e hiciese caso a su hermano. Luego, sin darle un abrazo a Emmett, subió a la ranchera. Una vez que hubo encendido el motor le hizo señas a Emmett para que se acercara a la ventanilla.

—Una cosa más —dijo.

—¿Qué?

—Si quieres ir a Nueva York a buscar tu coche, es asunto tuyo. Pero yo no estoy dispuesta a pasar las próximas semanas despertándome de madrugada preocupada por vuestro paradero. Así que llámame por teléfono dentro de unos días para que sepa que estáis bien.

Emmett empezó a explicarle a Sally la inviabilidad de su petición: que en Nueva York tendrían que concentrarse en buscar el coche; que no sabía dónde se hospedarían ni si tendría acceso a un teléfono...

—Hoy no has tenido ningún problema para encontrar la forma de llamarme a las siete de la mañana y pedirme que dejase lo que estuviera haciendo, cogiera la ranchera y viniera hasta Lewis. Estoy segura de que, en una ciudad tan grande como Nueva York, te las apañarás para encontrar otro teléfono y el tiempo para utilizarlo.

—Vale, te llamaré —dijo Emmett.

—Muy bien. ¿Cuándo? —preguntó Sally.

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo me llamarás?

—Sally, ni siquiera...

—Pues el viernes. Puedes llamarme el viernes a las dos y media.

Sin darle tiempo a replicar, Sally metió una marcha y se dirigió a la salida de la estación, donde se detuvo a la espera de un hueco en el tráfico.

Esa mañana temprano, cuando estaban preparándose para marcharse del orfanato, la hermana Agnes le había regalado a Billy una cadena con un colgante y le había dicho que era la medalla de san Cristóbal, el patrono de los viajeros. Cuando la hermana se volvió hacia Emmett, éste temió que también fuese a regalarle una medalla a él. Sin embargo, la hermana le dijo que quería preguntarle una cosa, pero que antes de hacerlo tenía otra historia que contarle: la historia de cómo Duchess había ido a parar a su institución.

Una tarde del verano de 1944, dijo, un hombre en la cincuentena se había presentado en la puerta del orfanato con un crío escuálido de ocho años. Cuando el hombre se quedó a solas con la hermana Agnes en su despacho, le explicó que su hermano y su cuñada habían muerto en un accidente de tráfico y que él era el único pariente vivo que le quedaba al niño. Como era lógico, nada habría deseado más en el mundo que hacerse cargo de su sobrino, especialmente a una edad tan delicada, pero era oficial del ejército y debía embarcarse rumbo a Francia a finales de aquella semana, y no sabía cuándo regresaría de la guerra, si es que regresaba...

—Pues bien, no me creí ni una sola palabra de lo que me dijo aquel hombre. Y no porque llevase el pelo largo, que por supuesto no encajaba con su afirmación de que era oficial del ejército, ni por el detalle de que hubiese una joven muy atractiva esperándolo en el asiento del pasajero de su

descapotable. Saltaba a la vista que era el padre del niño. Aun así, mi misión no consiste en preocuparme por la falsedad de los hombres sin escrúpulos. Mi misión consiste en preocuparme por el bienestar de los niños abandonados. Y no tengas ninguna duda, Emmett, de que al joven Daniel lo abandonaron. Sí, su padre reapareció dos años más tarde para reclamarlo, cuando a él le convino, pero Daniel ni lo esperaba ni supo encajar su aparición. La mayoría de los niños de los que nos hacemos cargo son verdaderos huérfanos. Sus padres murieron juntos de la gripe o en un incendio, sus madres murieron en el parto o sus padres en Normandía. Y para esos niños es muy duro crecer sin el amor de sus padres. Pero imagínate qué debe de sentir un niño que no se convierte en huérfano a raíz de una desgracia, sino por la decisión de su padre, convencido de que te has convertido en un inconveniente para él.

La hermana Agnes dejó que Emmett asimilara aquella información antes de proseguir:

—Comprendo perfectamente que estés enfadado con Daniel por haberse tomado la libertad de llevarse tu coche. Pero tú y yo sabemos que Daniel es bueno, que dentro de él siempre ha habido bondad, aunque ésta nunca haya tenido la oportunidad de florecer del todo. En este momento tan crítico de su vida, lo que necesita es a un amigo en quien pueda confiar; un amigo capaz de alejarlo de los problemas y de ayudarlo a encontrar el camino para realizar su propósito cristiano.

—Me ha dicho que quería preguntarme una cosa, hermana. No me ha dicho que iba a pedirme una cosa.

La monja observó a Emmett un instante y sonrió.

—Tienes toda la razón, Emmett. No te lo estoy preguntando. Te lo estoy pidiendo.

—Yo ya tengo alguien a quien cuidar. Alguien que lleva mi sangre y es un huérfano de verdad.

La hermana miró a Billy con una tierna sonrisa, y acto

seguido volvió a mirar a Emmett con la misma determinación.

—¿Te consideras cristiano, Emmett?

—No voy mucho por la iglesia.

—Pero ¿te consideras cristiano?

—Me educaron en el cristianismo.

—Entonces supongo que conoces la parábola del buen samaritano.

—Sí, hermana, conozco esa parábola. Y sé que los buenos cristianos ayudan a sus semejantes cuando están en apuros.

—Así es, Emmett. Los buenos cristianos muestran compasión hacia quienes padecen dificultades. Y ésa es una parte importante del significado de la parábola. Pero otro punto importante que Jesús nos enseña es que no siempre podemos escoger a quién le mostramos nuestra caridad.

Ese mismo día, poco antes del amanecer, Emmett había salido del camino de su casa y enfilado la carretera convencido de que Billy y él estaban libres de cargas: iban a empezar su nueva vida sin deudas ni obligaciones. Y ahora, apenas dos horas después y a sólo cien kilómetros de su casa en la dirección contraria a la prevista, ya había hecho dos promesas.

Por fin dejaron de pasar coches y Sally giró a la izquierda para salir de la estación. Emmett pensó que ella volvería la cabeza y le diría adiós con la mano. Pero Sally se inclinó sobre el volante y pisó el acelerador: *Betty* petardeó y las dos pusieron rumbo al oeste sin molestarse en mirarlo por última vez.

Hasta que no se perdieron de vista a toda velocidad, Emmett no se dio cuenta de que no tenía dinero.

Duchess

¡Qué día, qué día, qué día! El coche de Emmett quizá no fuese el más veloz de la carretera, pero lucía el sol, el cielo estaba azul y todos aquellos con los que nos cruzábamos tenían una sonrisa en la cara.

Después de dejar Lewis, durante los primeros doscientos cincuenta kilómetros, habíamos visto más silos que seres humanos. Y casi todos los pueblos por los que habíamos pasado parecían limitarse a tener una cosa de cada por decreto local: un cine y un restaurante; un cementerio y una caja de ahorros; con toda probabilidad, un sentido del bien y del mal.

Sin embargo, a la mayoría de la gente no le importa dónde vive. Cuando se levanta por la mañana, no pretende cambiar el mundo. Quiere tomarse una taza de café y una tostada, trabajar ocho horas y acabar el día con una botella de cerveza delante del televisor. Haría más o menos lo mismo si viviera en Atlanta, Georgia, o en Nome, Alaska. Y si a la mayoría de la gente no le importa dónde vive, menos le importa adónde va.

Eso era lo que le daba tanto encanto a la autopista Lincoln.

Cuando ves la carretera en un mapa, te da la impresión de que ese tal Fisher del que hablaba Billy había cogido una regla y trazado una línea recta a través del país sin tener en cuenta las montañas ni los ríos. Al hacerlo, debió de imaginar que la carretera proporcionaría un oportuno conducto para transportar artículos e ideas de un reluciente mar a otro, en firme cumplimiento de su destino manifiesto. Pero todos con los que nos cruzábamos parecían satisfechos con su carencia de objetivos. *Deja que el camino salga a tu encuentro*, dicen los

irlandeses, y eso era lo que les sucedía a los viajeros intrépidos en la autopista Lincoln. El camino salía al encuentro de todos y cada uno de ellos, tanto si iban hacia el este, hacia el oeste o en círculos.

—Ha sido todo un detalle que Emmett nos prestara su coche —dijo Woolly.

—Ya lo creo.

Woolly sonrió un momento, y luego frunció el ceño, igual que Billy.

—¿Crees que habrán tenido algún problema para llegar a su casa?

—No. Estoy seguro de que Sally ha ido corriendo con su ranchera y ya están los tres en su cocina comiendo galletas y gelatina —dije.

—Querrás decir galletas y confitura.

—Exactamente.

La verdad es que lamentaba que Emmett hubiese tenido que irse a Lewis y volver a Morgen. Si llego a saber que guardaba las llaves en la visera, le habría ahorrado el viaje.

Lo paradójico es que yo no tenía intención de tomar prestado su coche cuando salimos de casa de Emmett. Por entonces estaba dispuesto a subirme a un Greyhound. ¿Y por qué no? En el autobús puedes reclinar el asiento y relajarte. Puedes echar una siesta o charlar un poco con el vendedor de cuero para zapatos sentado al otro lado del pasillo. Pero justo cuando estábamos a punto de coger la salida hacia Omaha, Billy hizo un comentario sobre la autopista Lincoln, y de repente estábamos en las afueras de Lewis. Y más tarde, al salir de St. Nick, vi el Studebaker estacionado junto al bordillo con la llave en el contacto y el asiento del conductor vacío. Era como si Emmett y Billy lo hubiesen planeado todo. O Dios todopoderoso. Sea como sea, el destino parecía anunciarse ante mí con voz fuerte y clara, aunque eso implicara que Emmett

tuviese que volver a Morgen.

—La buena noticia es que, si seguimos a este ritmo, llegaremos a Nueva York el miércoles por la mañana. Podemos ver a mi viejo, acercarnos al refugio y volver con la parte de Emmett antes de que nos eche de menos. Y viendo el tamaño de la casa que Billy y tú os habéis imaginado, creo que Emmett se alegrará de tener un poco de pasta extra cuando llegue a San Francisco.

Woolly sonrió cuando mencioné la casa de Billy.

—Y hablando de nuestro ritmo, ¿cuánto nos queda para llegar a Chicago? —pregunté.

La sonrisa se borró de la cara de Woolly.

A falta de Billy, le había encargado que se ocupara de orientarnos. Como Billy no había querido prestarnos su mapa, tuvimos que conseguir otro (en un Phillips 66, por supuesto). Igual que Billy, Woolly había marcado cuidadosamente nuestra ruta con una línea negra que seguía el trazado de la autopista Lincoln hasta Nueva York. Sin embargo, en cuanto nos pusimos en camino, guardó ese mapa en la guantera y no dio señales de interesarse lo más mínimo por él.

—¿Quieres que calcule la distancia? —me preguntó con patente aprensión.

—Mira, Woolly: ¿por qué no te olvidas de Chicago y nos buscas alguna cosita que escuchar en la radio?

Y Woolly volvió a sonreír de inmediato.

Se suponía que el dial marcaba la emisora favorita de Emmett, pero habíamos perdido esa señal en algún punto de Nebraska, así que cuando Woolly encendió la radio, lo único que se oyó por el altavoz fueron interferencias.

Durante unos segundos, Woolly le prestó toda su atención a aquel sonido, como si quisiera identificar de qué clase de interferencias se trataba. Pero en cuanto empezó a girar el sintonizador, comprendí que aquél era otro de los talentos

ocultos de Woolly, como los platos y el plano de la casa. Porque Woolly no se limitaba a tocar el sintonizador y confiar en la buena fortuna. Lo giraba como si fuese un ladrón de cajas fuertes. Con los ojos entornados y la lengua entre los dientes, movía la pequeña aguja naranja lentamente por todo el espectro hasta que oía una señal debilísima. Entonces, más lentamente todavía, dejaba que aquel leve indicio adquiriera fuerza y claridad hasta que, de pronto, daba con la recepción perfecta y se detenía.

La primera señal que encontró Woolly era una emisora de música country. Sonaba una canción sobre un vaquero de Kansas que había perdido a su mujer o su caballo. Antes de que yo hubiese averiguado a cuál de los dos, Woolly ya había movido el dial. A continuación nos llegó, en directo, el informe de cosechas desde Iowa City; luego el exaltado sermón de un predicador baptista, y unos compases de Beethoven con todos los matices rebajados. Al ver que no se detenía ni siquiera ante el *Sh-boom, sh-boom (Life Could Be a Dream)*, empecé a preguntarme si encontraría algo que le pareciese lo bastante bueno en la radio. Pero entonces sintonizó la frecuencia 1540, donde estaban emitiendo un anuncio de cereales para el desayuno. Woolly soltó el dial, se quedó mirando la radio y le dedicó al anuncio la clase de atención que por lo general uno reservaría para un médico o una pitonisa. Y así fue como empezó.

¡Cómo le gustaban los anuncios a ese chico! Durante los ciento cincuenta kilómetros siguientes debimos de escuchar unos cincuenta. Y podían ser de cualquier cosa, desde un Coupe DeVille hasta el último modelo de sujetador Playtex. No parecía importarle. Porque Woolly no pretendía comprar nada. Lo que le cautivaba era la interpretación.

Al comienzo de un anuncio, Woolly escuchaba atentamente mientras el actor o la actriz de turno exponía un problema en

particular. Como el escaso sabor de sus cigarrillos mentolados o las manchas de hierba de los pantalones de sus hijos. A juzgar por la expresión de Woolly, te dabas cuenta de que no sólo compartía la zozobra de los actores, sino que también lo acechaba la sospecha de que todas las búsquedas de la felicidad estaban condenadas al fracaso. Pero en cuanto aquellas almas atribuladas decidían probar la nueva marca de esto o de aquello, el rostro de Woolly se iluminaba, y cuando descubrían que el producto en cuestión no sólo había eliminado los grumos de su puré de patata, sino los grumos de su vida, Woolly sonreía, como si hubiese ganado tranquilidad y ánimo.

A escasos kilómetros de Ames, Iowa, Woolly encontró un anuncio de una madre que acababa de descubrir, para su absoluta consternación, que sus tres hijos se habían presentado a la hora de cenar acompañados cada uno de un invitado. Ante la revelación de ese contratiempo, Woolly soltó un grito ahogado. Pero al oír el tintineo de una varita mágica supimos que acababa de aparecer el Chef Boyardee con su gran gorro blanco de cocinero y su pomposo acento. Agitó otra vez la varita y aparecieron seis latas de su salsa con carne para espaguetis alineadas en la encimera y dispuestas a sacar a la mujer de aquel aprieto.

—Tiene que estar delicioso, ¿que no? —suspiró Woolly mientras los chicos de la radio atacaban su cena.

—¿Delicioso? ¡Pero si sale de una lata, Woolly! —exclamé horrorizado.

—Ya lo sé. ¿Verdad que es increíble?

—No sé si es increíble o no, pero eso no es una cena italiana.

Woolly me miró con genuina curiosidad.

—¿Y qué es una cena italiana, Duchess?

¡Uf! ¿Por dónde empezar?

—¿Has oído hablar de Leonello's? ¿En East Harlem? —le pregunté.

—Me parece que no.

—Pues ponte cómodo, que te lo cuento.

Woolly puso toda su buena fe.

—Leonello's es un pequeño restaurante italiano con diez reservados, diez mesas y una barra —empecé—. Los reservados tienen bancos de cuero rojo, en las mesas hay un mantel de cuadros rojos y blancos, y en la máquina de discos suena música de Sinatra, como debe ser. El único inconveniente es que si entraras y pidieras una mesa un jueves por la noche no te dejarían sentarte a cenar aunque el restaurante estuviese vacío.

La emoción se reflejó en el rostro de Woolly, gran amante de los enigmas.

—¿Por qué no me dejarían sentarme a cenar, Duchess?

—La razón por la que no te dejarían sentarte a cenar, Woolly, es que todas las mesas estarían reservadas.

—Pero si acabas de decir que el restaurante estaba vacío.

—Así es.

—¿Y quién las habría reservado?

—Ah, amigo mío, he ahí el problema. Verás, Leonello's funciona así: todas las mesas del restaurante están reservadas a perpetuidad. Si eres cliente de Leonello's, puedes ocupar la mesa para cuatro que hay al lado de la máquina de discos los sábados a las ocho. Y pagas por esa mesa todos los sábados por la noche, tanto si apareces como si no, de modo que nadie más puede utilizarla.

Miré a Woolly.

—¿Me sigues?

—Te sigo —me contestó.

Y me di cuenta de que era cierto.

—Supongamos que no eres cliente de Leonello's, pero tienes la suerte de tener un amigo que sí lo es, y ese amigo te ha cedido el uso de su mesa siempre que él esté fuera de la ciudad.

Cuando llega el sábado por la noche, te pones tus mejores galas y te diriges a Harlem con tus tres mejores amigos.

—Como tú, Billy y Emmett.

—Exactamente. Como yo, Billy y Emmett. Pero una vez que estemos sentados a la mesa y hayamos encargado la bebida, no te molestes en pedir la carta.

—¿Por qué?

—Porque en Leonello's no hay carta.

Ya tenía a Woolly en el saco. Soltó un grito aún mayor que el de antes, durante el anuncio del Chef Boyardee.

—¿Cómo puedes pedir la cena si no hay carta, Duchess?

—En Leonello's, cuando te sientas y encargas la bebida, el camarero acerca una silla a tu mesa, le da la vuelta y se sienta en ella apoyando los brazos en el respaldo para poder recitarte con exactitud los platos que sirven esa noche. *Bienvenidos a Leonello's*, dice. *Esta noche, de entrantes tenemos alcachofas rellenas, mejillones a la marinera, almejas oreganata y calamares fritos. De primero tenemos linguine con almejas, espaguetis carbonara y penne a la boloñesa. Y de segundo, pollo a la cacciatore, scallopini de ternera, ternera a la milanesa y osobuco*.

Le eché una ojeada a mi copiloto.

—Veo por tu cara que estás un poco intimidado con tanta variedad, Woolly, pero no temas. Porque el único plato que debes pedir en Leonello's es precisamente el que el camarero no ha mencionado: los *Fettuccine Mio Amore*, el plato estrella de la casa. Una pasta fresca salteada con salsa de tomate, beicon, cebolla caramelizada y escamas de guindilla.

—Pero si es el plato estrella de la casa, ¿por qué el camarero no lo menciona?

—No lo menciona precisamente porque es el plato estrella de la casa. Así funcionan las cosas en Leonello's: o lo conoces lo suficiente para pedir los *Fettuccine Mio Amore* o no mereces comerlos.

La sonrisa de Woolly indicaba que estaba disfrutando de lo lindo con su velada en el restaurante italiano.

—¿Tu padre tenía una mesa en Leonello's? —preguntó.

Me reí.

—No, Woolly. Mi viejo no tenía mesa en ningún sitio. Pero durante seis meses de gloria fue el maître del local, y a mí me dejaban estar en la cocina con la condición de que no estorbara.

Me disponía a hablarle sobre Lou, el chef, cuando un camionero nos adelantó a toda velocidad y agitó un puño al pasar a nuestro lado.

Normalmente habría reaccionado mordiéndome el pulgar, pero al levantar la cabeza para hacer ese gesto tan de Montescos y Capuletos me di cuenta de que, enfrascado en mi relato, había reducido la velocidad a cincuenta kilómetros por hora. No era de extrañar que el camionero estuviese hecho un basilisco.

Sin embargo, en cuanto pisé el acelerador, la agujita naranja del velocímetro cayó de cuarenta a treinta. Pisé el pedal a fondo y bajamos hasta veinte, y cuando me aparté hacia el arcén el coche se detuvo del todo.

Giré la llave de contacto varias veces, conté hasta tres y pulsé el estárter, pero sin éxito.

Maldito Studebaker, seguro que es otra vez la batería, mascullé para mí. Pero aún pensaba en eso cuando reparé en que la radio seguía encendida, de modo que no podía ser la batería. Quizá tuviese algo que ver con las bujías...

—¿Nos hemos quedado sin gasolina? —preguntó entonces Woolly.

Miré a Woolly un segundo y luego el indicador de combustible. Éste también tenía una delgada aguja naranja que, en efecto, señalaba la última rayita.

—Eso parece, Woolly. Eso parece.

Por suerte, todavía estábamos dentro de los límites de la ciudad de Ames, y no mucho más allá, en la carretera, distinguí el caballo alado rojo de una gasolinera Mobil. Hundí las manos en los bolsillos y saqué las monedas que me quedaban del cajón del escritorio del señor Watson. Después de pagar la hamburguesa y el cucurucho de helado en Morgen, me había quedado con siete centavos.

—Tú no llevarás algo de dinero encima, ¿verdad, Woolly?

—¿Dinero?

¿Por qué será, me pregunté, que los que nacen con dinero siempre pronuncian esa palabra como si perteneciese a un idioma extranjero?

Salí del coche y miré hacia uno y otro lado de la carretera. En la acera de enfrente había un restaurante donde estaban empezando a servir las comidas. Al lado, una lavandería con dos coches en el aparcamiento, y un poco más allá una tienda de licores que no parecía haber abierto aún.

En Nueva York, a ningún propietario de una licorería que se preciara se le ocurriría dejar el dinero en la caja del local toda la noche. Pero no estábamos en Nueva York. Estábamos en el Medio Oeste, donde la mayoría de la gente que leía la frase *En Dios confiamos* de los dólares se la tomaba al pie de la letra. De todos modos, pensé que, en el supuesto de que no hubiese dinero en la caja, podría coger unas cuantas botellas de whisky y ofrecérselas al empleado de la gasolinera a cambio de que me llenara el depósito.

El único problema era cómo entrar en la tienda.

—Pásame las llaves, ¿quieres?

Woolly se inclinó, quitó las llaves del contacto y me las dio por la ventanilla.

—Gracias —le dije, y fui hacia el maletero.

—Duchess...

—¿Sí?

—¿Crees que puedo...? ¿Te parece bien que...?

En general, no me gusta meterme con las costumbres de los demás. Si alguien quiere levantarse temprano e ir a misa, que se levante temprano y vaya a misa; y si quiere dormir hasta mediodía con la ropa que llevaba puesta por la noche, que duerma hasta mediodía con la ropa que llevaba puesta por la noche. Pero a Woolly le quedaban muy pocas botellas de medicina y yo necesitaba ayuda con el mapa, así que le había pedido que se privara de la dosis de media mañana.

Le eché otro vistazo a la tienda de licores. No tenía ni idea de cuánto iba a tardar en entrar y salir. Así que seguramente no importaba que entretanto Woolly estuviese absorto en sus pensamientos.

—De acuerdo. Pero será mejor que tomes sólo un par de gotas —le dije.

En cuanto fui hacia la parte trasera del coche, él abrió la guantera.

Abrí el maletero y no pude evitar sonreír. Cuando Billy había dicho que Emmett y él iban a viajar a California con lo que cupiera en un macuto, yo me había imaginado que hablaba en sentido figurado. Pero sus palabras no tenían nada de figurado. Lo que había allí dentro era un macuto. Lo aparté y retiré el fieltro que tapaba la rueda de recambio. Junto a la rueda encontré el gato y la manivela. La manivela tenía el grosor de un bastón de caramelo, pero si era lo bastante fuerte para levantar un Studebaker, supuse que sería lo bastante fuerte para abrir la puerta de una tienda de pueblo.

Cogí la manivela con la mano izquierda y fui a colocar el fieltro en su sitio con la derecha. Y entonces la vi: una esquina de papel blanca como el ala de un ángel asomaba por detrás del neumático negro.

Emmett

Emmett tardó media hora en encontrar la forma de llegar a la entrada de la estación de mercancías. Si bien la estación de la línea de pasajeros y la de mercancías eran adyacentes, se daban la espalda la una a la otra, de modo que, aunque sus respectivas terminales estuviesen a tan sólo unos metros de distancia, para ir de una a otra entrada tenías que dar un rodeo de más de un kilómetro. Primero pasó por una calle agradable con muchas tiendas, pero luego cruzó las vías por un puente y llegó a una zona de fundiciones, desguaces y garajes.

Cuando caminaba junto a la alambrada que bordeaba la estación de mercancías, Emmett empezó a notar el peso de la enorme tarea que tenía por delante. Mientras que la terminal de pasajeros era lo bastante grande para acomodar a los escasos cientos de viajeros que llegaban y partían a diario de aquella ciudad mediana, la estación de mercancías era inmensa. Ocupaba más de dos hectáreas y comprendía un patio de recepción, un patio de maniobras, cabinas de mando, oficinas, zonas de mantenimiento y, sobre todo, furgones. Cientos de furgones. Rectilíneos y de color herrumbre, estaban colocados en filas, uno detrás de otro, casi hasta donde alcanzaba la vista. Y tanto si estaba programado que partieran hacia el este o hacia el oeste, hacia el norte o hacia el sur, cargados o vacíos, eran exactamente como el sentido común debería haberle advertido que serían: anónimos e intercambiables.

La entrada de la estación se hallaba en una calle ancha bordeada de almacenes. Cuando Emmett se dirigía hacia allí, a

la única persona que vio fue a un hombre de mediana edad sentado en una silla de ruedas cerca de la verja. Ya de lejos distinguió que aquel hombre tenía las piernas amputadas por las rodillas, y se dijo que con toda seguridad se trataba de un veterano de guerra. Si la intención de aquel veterano era aprovecharse de la bondad de los desconocidos, pensó Emmett, debería haberse colocado delante de la terminal de pasajeros.

Con objeto de valorar la situación, Emmett se quedó en el portal de un edificio con los postigos cerrados de la acera de enfrente. Detrás de la verja, no muy lejos, vio un edificio de ladrillo de dos plantas en relativamente buenas condiciones. Allí debía de estar el centro de mando: la habitación con los horarios y los manifiestos. Ingenuamente, Emmett había imaginado que podría colarse sin ser visto y buscar la información que necesitaba en algún horario colgado en la pared. Pero justo detrás de la verja había un pequeño edificio con aspecto de caseta de vigilancia.

Y en efecto, mientras Emmett estaba observándolo, un camión se detuvo en la entrada y un hombre uniformado salió de allí con una carpeta sujetapapeles y procedió a autorizar el acceso del camión. Emmett pensó que ya podía olvidarse de pasar sin que lo vieran y de encontrar la información en la pared. Tendría que esperar a que la información fuese a buscarlo a él.

Miró la hora en la esfera del reloj de excedente militar que Billy le había prestado. Eran las once y cuarto. Creyó que cuando llegara la hora de comer quizá se le presentaría una oportunidad, así que se apoyó en la pared del portal oscuro y se dispuso a esperar mientras volvía a pensar en su hermano.

Cuando Emmett y Billy habían entrado en la terminal de pasajeros, Billy había contemplado boquiabierto los altos

techos, las taquillas, la cafetería, el limpiabotas y el quiosco.

—Nunca había estado en ninguna estación de tren —dijo.

—¿Es distinta de como te la imaginabas?

—Es justo como me la imaginaba.

—Ven, vamos a sentarnos ahí. —Emmett sonrió.

Guió a su hermano por la sala de espera principal hasta un rincón tranquilo donde había un banco vacío.

Billy se descolgó la mochila, se sentó y se apartó para dejarle sitio a Emmett, pero éste no se sentó.

—Tengo que ir a enterarme de qué trenes van a Nueva York, Billy, y puede que tarde un poco. Quiero que me prometas que te quedarás aquí hasta que yo vuelva.

—Vale, Emmett.

—Y no te olvides de que esto no es Morgen. Verás pasar a mucha gente, y todos serán desconocidos. Creo que lo mejor será que no hables con nadie.

—Entendido.

—Bien.

—Pero si quieres enterarte de qué trenes van a Nueva York, ¿por qué no lo preguntas en la ventanilla de información? Está allí, debajo del reloj.

Cuando Billy la señaló, Emmett miró hacia la ventanilla de información; luego se sentó con su hermano en el banco.

—No vamos a coger ningún tren de pasajeros, Billy.

—¿Por qué no, Emmett?

—Porque todo nuestro dinero está en el Studebaker.

Billy caviló un momento y cogió su mochila.

—Podemos pagar con mis dólares de plata.

Emmett, sonriente, le cogió la mano.

—No podemos hacer eso. Llevas años coleccionándolas. Y ya te faltan muy pocas, ¿no?

—Entonces, ¿qué vamos a hacer, Emmett?

—Vamos a viajar gratis en un tren de mercancías.

Emmett suponía que, para la mayoría de la gente, las normas eran un mal necesario. Eran el inconveniente que había que tolerar por tener el privilegio de vivir en un mundo civilizado. Y por eso a la mayoría de la gente le gusta desobedecer las normas cuando se la deja a su libre albedrío. Superar el límite de velocidad en una carretera vacía o agenciarse una manzana de un huerto que nadie vigila. Sin embargo, en lo relativo a las normas, Billy no sólo las soportaba, sino que las cumplía a rajatabla. Se hacía la cama y se lavaba los dientes sin necesidad de que nadie se lo recordara. Se empeñaba en llegar a la escuela un cuarto de hora antes de que sonara el primer timbre, y en el aula siempre levantaba la mano antes de hablar. Por eso Emmett había reflexionado mucho sobre cómo iba a decirle aquello, y al final se había decidido por la expresión *viajar gratis* con la esperanza de reducir los escrúpulos que sin ninguna duda tendría su hermano. Y, al ver la cara que ponía Billy, se dio cuenta de que había elegido bien.

—Como los polizones —dijo Billy con cierto asombro.

—Eso es. Como los polizones.

Emmett le dio unas palmaditas en la rodilla, se levantó del banco y se dio la vuelta.

—Como Duchess y Woolly en el coche del alcaide.

Emmett se detuvo y se dio la vuelta.

—¿Cómo sabes eso, Billy?

—Me lo contó Duchess. Ayer, después de desayunar. Estábamos hablando del conde de Montecristo y de que Edmond Dantès, encarcelado injustamente, se fugó del castillo de If escondiéndose en el saco destinado a transportar el cadáver del abate Faria, para que los guardias lo sacaran por la puerta de la cárcel sin enterarse. Duchess me explicó que Woolly y él habían hecho casi lo mismo. Que, encarcelados injustamente, se habían escondido en el maletero del coche del alcaide y que el alcaide, sin saberlo, los había sacado por la

puerta de Salina. Sólo que a Duchess y a Woolly no los arrojaron al mar.

Mientras relataba aquello, Billy hablaba con el mismo entusiasmo que había mostrado al describirle a Sally el incidente del orfanato, con la ventana rota y el montón de cucharillas.

Emmett volvió a sentarse.

—Veo que Duchess te ha caído muy bien, Billy.

Billy miró a su hermano con perplejidad.

—¿A ti no te cae bien, Emmett?

—Sí. Pero que una persona me caiga bien no significa que me guste todo lo que hace.

—¿Como cuando regaló las conservas de Sally?

Emmett soltó una carcajada.

—No. Eso me pareció bien. Me refiero a otras cosas.

Como Billy seguía mirándolo sin parpadear, Emmett buscó un ejemplo adecuado.

—¿Te acuerdas de lo que te contó Duchess sobre lo que hacía para ir al cine?

—¿Que se escapaba por la ventana del cuarto de baño y se iba corriendo por los campos de patatas?

—Eso es. Pues bien, Duchess no te lo contó todo. Él no era un participante más en aquellas escapadas a la ciudad; él era el instigador. Es a él a quien se le ocurrió la idea y quien enredaba a los demás cada vez que quería ir a ver una película. Y la mayoría de las veces pasaba lo que él te contó. Si salían un sábado por la noche sobre las nueve, podían regresar a la una de la madrugada sin que nadie se hubiera enterado de nada. Pero una noche Duchess quiso ir a ver una peli del Oeste con John Wayne de protagonista. Como había llovido toda la semana y parecía que iba a seguir lloviendo, sólo logró convencer a mi compañero de litera, Townhouse. Cuando estaban en medio del patatal, empezó a llover a mares.

Siguieron adelante a pesar de que se estaban calando de pies a cabeza y las botas se les quedaban atrapadas en el barro. Sin embargo, cuando por fin llegaron al río, que bajaba muy crecido por culpa del aguacero, Duchess se sentó y renunció a continuar. Dijo que tenía demasiado frío y que estaba demasiado mojado y cansado para seguir adelante. Townhouse, en cambio, pensó que, ya que habían llegado hasta allí, no quería dar media vuelta, así que cruzó el río a nado y dejó atrás a Duchess.

Billy escuchaba atentamente a Emmett, con el ceño fruncido y asintiendo con la cabeza.

—Si todo hubiese acabado ahí, no habría pasado nada, pero cuando Townhouse se marchó, Duchess decidió que tenía demasiado frío y que estaba demasiado mojado y cansado para regresar a pie a los barracones, así que se acercó a la primera carretera que vio, le hizo señas a una ranchera que pasaba y le preguntó al conductor si podía llevarlo hasta un restaurante que había más allá. El único problema fue que el conductor de la ranchera era un policía fuera de servicio. En lugar de llevar a Duchess al restaurante, lo llevó al despacho del alcaide. Y cuando Townhouse volvió, a la una de la madrugada, los guardias lo estaban esperando.

—¿Y castigaron a Townhouse?

—Sí, Billy. Y fueron bastante duros con él.

Lo que Emmett no le contó a su hermano fue que el alcaide Ackerly tenía dos sencillas reglas en relación con las *infracciones intencionadas*. La primera regla era que podías pagar en semanas o en golpes. Si te metías en una pelea en el comedor, eran tres semanas que se añadían a tu sentencia o tres golpes de vara en la espalda. La segunda regla rezaba que, como los chicos negros tardaban en aprender el doble que los blancos, sus lecciones tenían que ser el doble de largas. Así que se añadieron cuatro semanas a la sentencia de Duchess y a

Townhouse le dieron ocho golpes de vara en medio del comedor, con todos en fila para verlo.

—La cuestión, Billy, es que Duchess rebosa energía y entusiasmo y también buenas intenciones. Pero a veces su energía y su entusiasmo se interponen en el camino de sus buenas intenciones, y cuando eso sucede las consecuencias suelen recaer en otra persona.

Emmett le había contado aquella anécdota a su hermano pensando que sería aleccionadora para él, y a juzgar por la expresión de Billy, le pareció que no se había equivocado.

—Es una historia muy triste —dijo el pequeño.

—Sí que lo es.

—Ahora me da pena Duchess.

Emmett lo miró sorprendido.

—¿Por qué Duchess, Billy? Por su culpa castigaron a Townhouse.

—Pero eso fue porque Duchess no quiso cruzar el río, que bajaba muy crecido.

—Es verdad. Pero ¿por qué te da pena?

—Porque no debe de saber nadar, Emmett. Y le daba vergüenza admitirlo.

• • •

Tal como Emmett había previsto, poco después de mediodía algunos empleados de la estación empezaron a salir para ir a comer. Mientras los observaba, se dio cuenta de que se había equivocado por completo respecto al sitio donde el veterano había decidido colocarse. Casi todos los que salían por la verja tenían algo para él: un níquel, diez centavos o una palabra amable.

Comprendió que los empleados que salían del centro de mando debían de ser quienes tenían la información que él

necesitaba. Ellos eran los responsables de programar y despachar, y por tanto debían de saber qué furgones había que enganchar a qué trenes, a qué horas y con qué destino. Aun así no se acercó a ellos, sino que esperó a los otros, a los guardafrenos, los cargadores y los mecánicos, que eran los que trabajaban con las manos y a los que se pagaba por horas. Emmett intuyó que ellos serían los más propensos a verlo como una versión de sí mismos y, aunque no les despertara una simpatía desbordante, al menos no les importaría demasiado si la compañía cobraba un billete más o menos. Sin embargo, si bien el instinto le decía que era a aquellos hombres a quienes debía acercarse, la razón le decía que debía esperar hasta ver a algún rezagado, porque un trabajador podía estar abierto a infringir las normas en beneficio de un desconocido, pero era menos probable que lo hiciese en presencia de sus compañeros.

Tuvo que esperar casi media hora hasta que llegó su primera oportunidad: un empleado solitario en vaqueros y camiseta negra y que no aparentaba más de veinticinco años. Cuando el joven se detuvo para encender un cigarrillo, Emmett cruzó la calle.

—Perdona —le dijo.

El joven apagó la cerilla y le echó un vistazo, pero no contestó. Emmett siguió adelante y le contó la historia que se había inventado, explicándole que tenía un tío maquinista de Kansas City que tenía previsto parar en Lewis aquella tarde en un tren de mercancías con destino a Nueva York, pero que no recordaba qué tren era ni a qué hora llegaba.

Nada más ver a ese empleado, Emmett había pensado que la escasa diferencia de edad entre ambos jugaría a su favor. Pero en cuanto empezó a hablar se dio cuenta de que en eso también se había equivocado. La expresión del joven era tan desdeñosa como sólo puede serlo la expresión de un joven.

—No me digas. Un tío de Kansas City. Ya —dijo con una

sonrisa burlona antes de dar una calada y lanzar el cigarrillo que no se había terminado a la calle—. ¿Por qué no eres bueno y vuelves a tu casa, niño? Tu mamá se estará preguntando dónde te has metido.

El joven echó a andar con paso tranquilo y Emmett se miró con el mendigo, que había presenciado toda la conversación. Luego se volvió hacia la caseta para ver si el vigilante también lo había visto, pero éste estaba repantigado en su silla leyendo un periódico.

Entonces entró por la verja un hombre mayor con mono de trabajo y se detuvo a charlar amistosamente con el mendigo. El tipo llevaba una gorra tan ladeada hacia atrás que costaba entender su función. Cuando se separó del mendigo, Emmett se le acercó.

Ya que la escasa diferencia de edad había resultado un lastre en el primer intento, Emmett decidió sacarle todo el partido posible a la amplia diferencia de edad con el segundo.

—Disculpe, señor —dijo con respeto.

El hombre se dio la vuelta y miró a Emmett con una amable sonrisa.

—Hola, hijo. ¿Te puedo ayudar en algo?

Mientras Emmett repetía la historia de su tío, el hombre del mono lo escuchó con interés e incluso se inclinó un poco hacia delante, como si no quisiera perderse ni una sola palabra. Pero, al terminar Emmett, negó con la cabeza.

—Me encantaría ayudarte, chaval, pero yo sólo los arreglo. Nunca preguntó adónde van.

El mecánico siguió andando y Emmett empezó a admitir que necesitaba un nuevo plan de acción.

—¡Eh! —dijo alguien.

Emmett se dio la vuelta y vio que había hablado el mendigo.

—Lo siento. No llevo nada encima —dijo Emmett, y le enseñó los bolsillos de los pantalones.

—No te líes, amigo. Soy yo quien tiene algo para ti.

Al ver que Emmett vacilaba, el mendigo se le acercó con la silla de ruedas.

—Quieres ir a Nueva York en un mercancías, ¿no es eso?

Emmett puso cara de sorpresa.

—¡He perdido las piernas, no las orejas! Mira: si quieres colarte en un tren, no vas por buen camino. Jackson no se mojaría aunque viera que te estabas ahogando. Y como dice Arnie, él sólo los arregla. Y no es moco de pavo, a ver si me explico, pero tiene que ver con cómo funciona un tren, y no con adónde va. Así que no ibas a sacar nada hablando con Jackson ni con Arnie. ¡No, señor! Si quieres montarte en un tren para ir a Nueva York, yo soy tu hombre.

El semblante de Emmett debía de revelar su incredulidad, porque el mendigo sonrió y se señaló el pecho con el pulgar.

—Trabajé veinticinco años para los ferrocarriles. Quince como guardafrenos y diez en el patio de maniobras, aquí, en Lewis. ¿Cómo crees que perdí las piernas?

Se señaló el regazo y volvió a sonreír antes de echarle un buen repaso a Emmett, aunque de un modo más amable que el joven empleado.

—¿Cuántos años tienes? ¿Dieciocho?

—Eso es —contestó Emmett.

—Lo creas o no, yo empecé a trabajar en los ferrocarriles cuando era unos cuantos años más joven que tú. En aquella época te aceptaban a partir de los dieciséis, incluso de los quince si eras un poco alto para tu edad.

El mendigo negó con la cabeza con una sonrisa nostálgica y se echó hacia atrás para ponerse cómodo, como haría un anciano en el sillón favorito de su salón.

—Empecé en las líneas de la Union Pacific y estuve siete años trabajando en el corredor sudoeste. Luego estuve ocho años más trabajando para los ferrocarriles de Pensilvania, los

más importantes del país. Por entonces pasaba más tiempo en marcha que quieto en un sitio. Imagínate cómo sería que, cuando estaba en casa, al levantarme de la cama por la mañana siempre tenía la sensación de que el suelo se movía bajo mis pies. Tenía que sujetarme a los muebles para llegar al cuarto de baño.

El mendigo rió y volvió a negar con la cabeza.

—Sí. Los ferrocarriles de Pensilvania. El *Burlington*. La *Union Pacific* y la *Great Northern*. Me conozco todas las líneas.

Se quedó callado.

—Antes ha dicho algo del tren de Nueva York —le recordó Emmett con cautela.

—Sí, claro. ¡La Gran Manzana! Pero ¿estás seguro de que quieres ir a Nueva York? Lo bueno de una estación de mercancías es que puedes ir a muchos sitios en los que has pensado y a muchos otros en los que no has pensado. Florida. Texas. California. ¿Qué me dices de Santa Fe? ¿Has estado allí? Una ciudad fabulosa. En esta época del año es templada de día y fresca de noche, y allí conocerías a unas *señoritas* muy simpáticas.

El hombre se echó a reír y Emmett temió que volviese a perder el hilo de la conversación.

—Me encantaría ir a Santa Fe en algún momento, pero antes necesito ir a Nueva York —dijo.

El mendigo atajó las risas y adoptó una expresión más seria.

—Bueno, en pocas palabras, la vida es eso, ¿no? Querer ir a un sitio y tener que ir a otro.

Miró a derecha e izquierda e hizo girar las ruedas de su silla para acercarse un poco más a Emmett.

—He oído que le preguntabas a Jackson si por la tarde salía algún tren con destino a Nueva York. Pues bien, tienes el *Empire Special*, que sale a la una y cincuenta y cinco, y es una preciosidad. Circula a ciento cincuenta kilómetros por hora;

sólo hace seis paradas y te lleva a la ciudad en menos de veinte horas. Pero si lo que quieres es ir a Nueva York, no te recomiendo que te montes en el *Empire Special*. Porque cuando llega a Chicago, lo llenan de bonos al portador que van directos a Wall Street. En ese tren nunca viajan menos de cuatro vigilantes armados, y si deciden echarte de un furgón no esperan a llegar al andén.

El mendigo miró al cielo.

—Luego está el *West Coast Perishables*, que pasa por Lewis a las seis en punto. Y no está nada mal. Pero en esta época del año va cargado hasta arriba, y tendrías que subirte a plena luz del día, así que ése tampoco te conviene. Lo que tú necesitas es el *Sunset East*, que pasa por Lewis poco después de la medianoche. Y yo puedo decirte el sitio exacto donde tienes que cogerlo, pero antes tendrás que contestarme una pregunta.

—¿Qué pregunta? —dijo Emmett.

El mendigo sonrió.

—¿Qué diferencia hay entre una tonelada de harina y una tonelada de galletas?

Cuando Emmett regresó a la terminal de pasajeros, se alegró de encontrar a Billy en el mismo sitio donde lo había dejado: sentado en el banco con la mochila a su lado y su gran libro rojo en el regazo.

Al verlo, Billy sonrió entusiasmado.

—¿Ya has averiguado en qué tren vamos a viajar gratis, Emmett?

—Sí, pero no sale hasta un poco después de medianoche.

Billy asintió en señal de aprobación como si un poco después de medianoche le pareciese la hora más apropiada.

—Toma —dijo Emmett, y se quitó el reloj de su hermano de la muñeca.

—No, llévalo tú de momento. Tú tienes que controlar el tiempo —le dijo Billy.

Mientras volvía a abrocharse la correa del reloj, Emmett vio que eran casi las dos.

—Me muero de hambre. Voy a echar un vistazo por ahí, a ver si encuentro algo que podamos comer.

—No hace falta que eches ningún vistazo por ahí, Emmett. Yo tengo comida para los dos.

Billy metió una mano en su mochila y sacó su cantimplora, dos servilletas de papel y dos sándwiches muy bien envueltos con papel de cera, con los dobleces bien marcados y las esquinas muy rectas. Emmett sonrió y pensó que Sally envolvía los sándwiches con el mismo esmero que hacía las camas.

—Hay uno de rosbif y otro de jamón —dijo el niño—. Como no me acordaba de si te gustaba más el rosbif que el jamón, o el jamón más que el rosbif, decidimos que uno de cada. Los dos llevan queso, pero sólo el de rosbif mayonesa.

—Me quedo el de rosbif.

Los dos hermanos desenvolvieron los sándwiches y les dieron un buen bocado.

—Sally es una joya.

Billy alzó la cabeza y miró a su hermano: estaba de acuerdo con él, pero al parecer no acababa de entender a qué venía aquel comentario. A modo de explicación, Emmett levantó su sándwich.

—Ah, no —dijo Billy—. No los ha preparado Sally.

—Ah, ¿no?

—No. Son cosa de la señora Simpson.

Emmett se quedó un momento inmóvil con el sándwich en el aire mientras Billy daba otro bocado.

—¿Quién es la señora Simpson, Billy?

—Esa mujer tan amable que se ha sentado a mi lado.

—¿Que se ha sentado a tu lado? ¿Aquí?

Emmett señaló el lado del banco donde estaba sentado.

—No, se ha sentado aquí —dijo Billy, y señaló el espacio libre que tenía a su derecha.

—¿Y ella ha preparado estos sándwiches?

—No, los ha comprado en la cafetería y luego los ha traído porque yo le he dicho que no podía moverme de aquí.

Emmett bajó la mano.

—No deberías aceptar sándwiches de desconocidos, Billy.

—Es que no he aceptado los sándwiches cuando éramos desconocidos. Los he aceptado cuando ya éramos amigos.

Emmett cerró los ojos un momento.

—Billy, no puedes hacerte amigo de alguien simplemente hablando con esa persona en una estación de trenes. Aunque pasarais una hora sentados en el mismo banco, apenas os conoceríais el uno al otro —dijo con toda la calma de que fue capaz.

—Sé muchas cosas sobre la señora Simpson —lo corrigió Billy—. Sé que creció en las afueras de Ottumwa, Iowa, en una finca como la nuestra, aunque ellos sólo cultivaban maíz y nunca ejecutaron la hipoteca. Y tiene dos hijas, una que vive en San Luis y otra que vive en Chicago. Y la que vive en Chicago, que se llama Mary, está a punto de tener un bebé. El primero. Y por eso la señora Simpson estaba en la estación. Para coger el *Empire Special* e ir a Chicago a ayudar a Mary cuando nazca el bebé. El señor Simpson no podía ir porque es el presidente del Lions Club y el jueves por la noche tiene que presidir una cena —explicó Billy.

Emmett levantó las manos.

—De acuerdo, Billy. Ya veo que has descubierto muchas cosas de la señora Simpson, así que no sois exactamente unos desconocidos. Digamos que habéis empezado a conoceros. Pero eso no os convierte en amigos. No te haces amigo de alguien en un par de horas. Eso lleva algo más de tiempo, ¿vale?

—Vale.

Emmett cogió su sándwich y le dio otro mordisco.

—¿Cuánto? —preguntó Billy.

Su hermano tragó el bocado.

—Cuánto ¿qué?

—¿Cuánto tiempo tienes que estar hablando con un desconocido hasta que se convierte en tu amigo?

Emmett se preparó para adentrarse en las complejidades de las relaciones humanas y explicarle a su hermano que éstas evolucionan a lo largo del tiempo, pero se lo pensó mejor y dijo:

—Diez días.

Billy reflexionó un momento y negó con la cabeza.

—Me parece que tener que esperar diez días para que alguien se convierta en tu amigo es demasiado.

—¿Seis días? —propuso Emmett.

Billy le dio un bocado al sándwich mientras cavilaba; luego asintió satisfecho con la cabeza.

—Tres días —dijo.

—Vale. Acordemos que se tarda como mínimo tres días en que alguien se convierta en tu amigo. Y que antes de que haya transcurrido ese tiempo lo consideraremos un extraño —dijo Emmett.

—O un conocido —dijo Billy.

—O un conocido.

Los dos hermanos siguieron comiendo.

Emmett señaló con la barbilla el gran libro rojo que Billy había dejado en el sitio donde antes se había sentado la señora Simpson.

—¿Qué es ese libro que estás leyendo?

—El *Compendio de héroes, aventureros y otros viajeros intrépidos del profesor Abacus Abernathe*.

—Suena apasionante. ¿Me dejas echar un vistazo?

Billy, con gesto de preocupación, miró el libro, le miró las manos a su hermano y volvió a mirar el libro.

Emmett dejó el sándwich en el banco y, con cuidado, se limpió las manos con la servilleta. Entonces Billy le tendió el libro.

Como conocía muy bien a su hermano, Emmett no se limitó a abrir el libro por una página al azar. Empezó por el principio, por el principio de verdad: por las guardas. E hizo bien, porque, aunque la cubierta del libro era de color rojo intenso con el título en letras doradas, las guardas estaban ilustradas con un detallado mapa del mundo surcado por una serie de líneas de puntos. Cada una de aquellas líneas estaba marcada con una letra del alfabeto y presuntamente indicaba la ruta de los diferentes aventureros.

Billy, que también había dejado su sándwich y se había limpiado las manos con su servilleta, se acercó un poco más a Emmett para poder examinarlo juntos, como hacía cuando era más pequeño y Emmett le leía los libros ilustrados en voz alta. E, igual que antaño, Emmett miró a Billy para ver si ya estaba listo para continuar. Cuando Billy asintió, él pasó a la portadilla del libro, donde le sorprendió encontrar una dedicatoria:

Al intrépido Billy Watson:
Ojalá hagas muchos viajes y vivas muchas aventuras, *Ellie Matthiessen*

Aunque aquel nombre le resultaba vagamente familiar, Emmett no lograba recordar quién era Ellie Matthiessen. Billy debió de percatarse de la curiosidad de su hermano, porque señaló la firma y dijo:

—La bibliotecaria.

Claro, pensó Emmett. La bibliotecaria de las gafas que había

hablado con tanto cariño de Billy.

Pasó la página y llegó al índice.

Aquiles
Boone
César
Dantès
Edison
Fogg
Galileo
Hércules
Ismael
Jasón
Lincoln
Magallanes
Napoleón
Orfeo
Polo
Quijote
Rey Arturo
Robin Hood
Simbad
Teseo
Ulises Da
Vinci
Washington
Xenos
Yo
El **Z**orro

—Están por orden alfabético —dijo Billy.

Tras una pausa, Emmett volvió a las guardas para identificar la línea de puntos correspondiente a cada héroe. Sí, pensó, allí estaba Magallanes zarpando de España hacia las Indias Orientales, y Napoleón desfilando hacia Rusia, y Daniel Boone explorando las ignotas tierras de Kentucky.

Después de echarle un breve vistazo a la introducción, ojeó los veintiséis capítulos del libro, cada uno de ocho páginas. Aunque todos ofrecían un breve resumen de la infancia del héroe, el foco principal estaba puesto en sus hazañas, sus logros y su legado. Emmett entendió que su hermano pudiese releer aquel libro una y otra vez, porque cada capítulo contaba con una serie de mapas e ilustraciones fascinantes, como el plano de la máquina voladora de Da Vinci y el mapa del laberinto en el que Teseo se había enfrentado al minotauro.

Cuando ya estaba casi al final del libro, Emmett se detuvo en dos páginas en blanco.

—Parece que aquí se olvidaron de imprimir un capítulo.

—Te has saltado una.

Inclinándose hacia delante, Billy retrocedió a la doble previa. Las páginas volvían a estar en blanco, salvo que arriba a la izquierda estaba escrito el título del capítulo: *Yo*.

Billy tocó el papel con cierta solemnidad.

—Aquí es donde el profesor Abernathe te invita a poner por escrito la historia de tu propia aventura.

—Ya, y me imagino que tú todavía no has vivido la tuya. —Emmett esbozó una sonrisa.

—Creo que la estamos viviendo ahora —dijo Billy.

—A lo mejor puedes empezar a ponerla por escrito mientras esperamos a que llegue el tren.

Billy negó con la cabeza. Luego retrocedió hasta el primer capítulo y leyó la primera frase:

—*Lo más apropiado es que comencemos nuestras aventuras con la historia de Aquiles, el de los pies ligeros, cuyas proezas inmortalizó Homero en su poema épico* Ilíada.

Alzó la vista del libro para explicarse:

—Las causas de la guerra de Troya empezaron con el juicio de Paris. La diosa de la discordia, enojada porque no la habían invitado a un banquete celebrado en el monte Olimpo, lanzó

una manzana dorada con la inscripción *Para la más bella* sobre la mesa. Atenea, Hera y Afrodita reclamaron la manzana, y Zeus las envió a la tierra, donde escogieron a Paris, un príncipe troyano, para que resolviera la disputa.

Billy señaló una ilustración de tres mujeres con poca ropa reunidas alrededor de un joven sentado bajo un árbol.

—Para influir sobre Paris, Atenea le ofreció la sabiduría, Hera le ofreció el poder y Afrodita le ofreció a la mujer más hermosa del mundo, Helena de Esparta, la esposa del rey Menelao. Cuando Paris eligió a Afrodita, ella lo ayudó a raptar a Helena, lo que provocó la ira de Menelao, que declaró la guerra. Pero Homero no empezó su historia por el principio.

Deslizó el dedo hasta el tercer párrafo y señaló una frase con tres palabras en latín.

—Homero empezó su historia *in medias res*, que significa *en medio de la acción*. Empezó en el noveno año de la guerra, cuando el héroe, Aquiles, está en su tienda alimentando su cólera. Y desde entonces, muchos de los más grandes relatos de aventuras se han contado así.

Billy miró a su hermano.

—Estoy casi seguro de que estamos viviendo nuestra aventura, Emmett. Pero no puedo empezar a ponerla por escrito hasta saber dónde está la mitad.

Duchess

Woolly y yo estábamos tumbados cada uno en su cama en un HoJo's, a unos ochenta kilómetros al oeste de Chicago. Al pasar por delante del primero, justo después de cruzar el Misisipi y entrar en Illinois, Woolly había admirado el tejado naranja y la torre azul característicos de la cadena de moteles. Al pasar por delante del segundo, se quedó mirándolo fijamente, como si creyera estar viendo visiones, o que yo me había desorientado.

—No te preocupes. Es un Howard Johnson's —le dije.

—¿Un Howard qué?

—Es una cadena de moteles y restaurantes, Woolly. Los hay en todas partes, y son todos iguales.

—¿Todos?

—Todos.

A los dieciséis años, Woolly ya había viajado a Europa como mínimo cinco veces. Había visitado Londres, París y Viena, se había paseado por sus museos, había ido a la ópera y subido hasta lo más alto de la torre Eiffel. Sin embargo, en su país natal Woolly había pasado la mayor parte del tiempo yendo y viniendo entre un piso de Park Avenue, la casa de las Adirondack y los campus de tres colegios privados de Nueva Inglaterra. Con lo que Woolly no sabía de Estados Unidos habría podido llenarse el Gran Cañón.

Miró por encima del hombro mientras pasábamos por delante de la entrada del restaurante.

—Helados de veintiocho sabores diferentes —leyó algo asombrado.

Y cuando se hizo tarde y ya nos notamos cansados y

hambrientos y Woolly vio una torre pintada de azul que destacaba en el horizonte, no hubo escapatoria.

Woolly había dormido muchas noches en hoteles, pero nunca en ninguno parecido a un Howard Johnson's. Cuando entramos en la habitación, la examinó como si fuese un detective privado de otro planeta. Abrió los armarios y le sorprendió encontrar una tabla de planchar y una plancha. Abrió el cajón de la mesilla de noche y le sorprendió encontrar una Biblia. Y cuando entró en el cuarto de baño, salió al instante con una pastilla de jabón en cada mano.

—¡Están envueltas individualmente!

Una vez instalados, Woolly encendió el televisor. Cuando llegó la señal, apareció el Llanero Solitario con un sombrero aún más grande y más blanco que el de Chef Boyardee. Estaba hablando con un joven pistolero, soltándole un sermón sobre la sinceridad, la justicia y el estilo de vida americano. Se notaba que al pistolero se le estaba agotando la paciencia, aunque justo cuando iba a desenfundar su revólver, Woolly cambió de canal.

Entonces apareció el sargento Joe Friday, con traje y sombrero de fieltro, soltándole un sermón idéntico a un delincuente que arreglaba su motocicleta. Al delincuente también se le estaba agotando la paciencia. Pero justo cuando parecía que iba a arrearle en la cabeza con el trinquete que tenía en la mano, Woolly cambió de canal.

Allá vamos otra vez, pensé.

Y en efecto, Woolly siguió cambiando de canal hasta que encontró un anuncio. Entonces quitó el volumen del televisor, colocó bien las almohadas y se puso cómodo.

¡Típico de Woolly! En el coche estaba fascinado con el sonido de los anuncios sin las imágenes. Ahora quería ver las imágenes

de los anuncios pero sin el sonido. Cuando terminó la pausa de los anuncios, Woolly apagó su lámpara y se deslizó un poco hacia abajo para tumbarse con las manos detrás de la cabeza y contemplar el techo.

Se había tomado unas gotas de medicina después de la cena y yo había calculado que éstas harían su magia justo en ese momento. Por eso me sorprendió un poco cuando me habló.

—Oye, Duchess —dijo sin dejar de mirar al techo.

—Dime, Woolly.

—El sábado por la noche a las ocho, cuando Emmett, Billy, tú y yo estemos sentados a la mesa junto a la máquina de discos, ¿quién más habrá?

Me tumbé y yo también miré al techo.

—¿En Leonello's? Vamos a ver. Los sábados por la noche siempre hay unos cuantos mandamases del ayuntamiento. Un boxeador, algunos mafiosos. A lo mejor, si por casualidad están en la ciudad, Joe DiMaggio y Marilyn Monroe.

—¿Estarán todos en Leonello's la misma noche?

—Así es como funciona, Woolly. Abres un local donde no puede entrar nadie y todo el mundo quiere ir.

Woolly reflexionó sobre aquello durante un minuto.

—¿Y dónde se sientan?

Señalé un punto del techo.

—Los mafiosos están en un reservado junto al del alcalde. El boxeador está en la barra comiendo ostras con alguna cantante. Y los DiMaggio están en la mesa que hay al lado de la nuestra. Pero ahora viene lo más importante, Woolly: en el reservado que está más cerca de la puerta de la cocina hay un tipo bajito y calvo, con traje de raya diplomática, sentado allí solo.

—Ya lo veo. ¿Quién es? —dijo Woolly.

—Leonello Brandolini.

...

—¿Te refieres al propietario?

—El mismo.

—¿Y se sienta solo?

—Exacto. Al menos la primera parte de la noche. Normalmente se sienta sobre las seis, cuando todavía no hay ningún cliente en el restaurante. Come un poco y se bebe una copa de Chianti. Repasa los libros de contabilidad y a lo mejor recibe una llamada en uno de esos teléfonos con un cordón tan largo que te lo pueden llevar a la mesa. Pero luego, sobre las ocho, cuando empieza a haber más bullicio, se toma un expreso doble y se pasea de mesa en mesa. *¿Cómo va todo? Me alegro de volver a verlos. ¿Tienen hambre? Espero que sí. Porque les vamos a traer mucha comida*, dice mientras le da unas palmadas en el hombro a un cliente. Después de dedicarles unos cumplidos a las damas, le hace una seña al barman: ¡*Rocko! Otra ronda para mis amigos*. Luego pasa a la siguiente mesa, donde se repiten las palmadas en el hombro, los cumplidos para las damas y otra ronda de bebidas. O quizá esta vez sea un plato de calamares o un tiramisú. Sea lo que sea, invita la casa. Y cuando Leonello ha terminado su ronda por las mesas, todos los presentes, y me refiero a todos, incluidos el alcalde y Marilyn Monroe, tienen la sensación de que esa noche es especial.

Woolly permaneció callado, como merecía el momento. Entonces le dije algo que nunca le había dicho a nadie.

—Eso es lo que yo haría, Woolly. Eso es lo que yo haría si tuviese cincuenta de los grandes.

Lo oí ponerse de costado para poder mirarme.

—¿Te comprarías una mesa en Leonello's?

Me reí.

—No, Woolly. Abriría mi propio Leonello's. Un pequeño restaurante italiano con reservados con asientos de cuero rojo y música de Sinatra en la máquina de discos. Un sitio donde no habría carta y donde todas las mesas estarían ocupadas. Me sentaría a la mesa más cercana a la cocina, cenaría algo y

contestaría algunas llamadas. Luego, alrededor de las ocho, después de tomarme un expreso doble, iría de mesa en mesa saludando a los clientes y diciéndole al barman que les sirviera otra ronda de bebidas a cargo de la casa.

Me di cuenta de que a Woolly le gustaba mi idea casi tanto como la de Billy, porque después volvió a tumbarse boca arriba y se quedó mirando el techo con una sonrisa, imaginándose aquella escena casi con la misma claridad con que la veía yo. Quizá incluso más.

Mañana le pediré que me dibuje un plano, pensé.

—¿Y dónde estaría? —me preguntó al cabo de un momento.

—Aún no lo sé. Pero cuando lo haya decidido, serás el primero en saberlo.

Y cuando dije eso también sonrió.

Al cabo de unos minutos, Woolly dormía como un bendito. Me di cuenta porque le resbaló un brazo fuera de la cama y lo dejó colgando con los dedos rozando la moqueta.

Me levanté, le coloqué bien el brazo y lo tapé con la manta que había a los pies de la cama. Luego llené un vaso de agua y lo puse en su mesilla de noche. Aunque su medicina hacía que siempre se despertara sediento por la mañana, Woolly nunca se acordaba de dejarse un vaso de agua al alcance de la mano antes de dormirse.

Después de apagar el televisor, desvestirme y meterme en la cama, volvió a asaltarme aquella pregunta: ¿dónde estaría?

Desde el principio siempre me había imaginado que cuando abriera mi propio negocio sería en Nueva York, quizá en Greenwich Village, MacDougal o Sullivan Street, en uno de aquellos pequeños locales, muy cerca de los clubes de jazz y las cafeterías. Pero tal vez anduviese equivocado. Tal vez debería abrirlo en un estado donde todavía no existiese ningún Leonello's. Un estado como... California.

Claro, pensé. California.

Sólo se trataba de recoger el dinero de Woolly y regresar a Nebraska, nosotros ni siquiera tendríamos que bajarnos del coche. Y volveríamos a estar como esa mañana, con Woolly y Billy en el asiento de atrás y Emmett y yo delante, sólo que ahora la aguja de la brújula de Billy apuntaría hacia el oeste.

El problema era que no estaba seguro de querer ir a San Francisco.

No me malinterpretéis. San Francisco es una ciudad con mucha personalidad: la niebla se arrastra por el muelle, los borrachos se arrastran por Tenderloin y los dragones de papel se arrastran por las calles de Chinatown. Por eso en las películas allí siempre asesinan a alguien. Sin embargo, a pesar de sobrarle personalidad, San Francisco no parecía merecer un local como Leonello's. Le faltaba estilo.

¿Y Los Ángeles?

La ciudad de Los Ángeles tiene tanto estilo que podrían embotellarlo y venderlo por todo el mundo. Allí han vivido las estrellas de cine desde que hay estrellas de cine. Últimamente se estaban instalando los boxeadores y los mafiosos. Incluso Sinatra se había ido a vivir a Los Ángeles. Y si Ojos Azules podía cambiar la Gran Manzana por Hollywood, nosotros también.

Los Ángeles, pensé, donde es verano todo el invierno, todas las camareras son estrellas en ciernes y los nombres de las calles hace ya mucho que se quedaron sin árboles y presidentes.

¡A eso lo llamo yo empezar de cero!

Pero Emmett tenía razón respecto al macuto. Empezar de cero no consiste simplemente en tener una nueva dirección en una nueva ciudad. No consiste en tener un nuevo empleo, ni un nuevo número de teléfono, ni siquiera un nuevo nombre. Para empezar de cero es necesario hacer borrón y cuenta nueva. Y eso significa pagar todo lo que debes y cobrar lo que te deben.

Él ya había saldado sus deudas al renunciar a la finca y dejarse pegar en la plaza pública. Si teníamos que ir juntos al Oeste, quizá había llegado el momento de que yo también saldara las mías.

No me costó hacer los cálculos. En mi litera de Salina me había pasado muchas noches pensando en mis deudas pendientes, así que las más grandes enseguida salieron a la superficie. En total había tres: una que tendría que pagar y dos que tendría que cobrarme.

Emmett

Emmett y Billy avanzaban a paso ligero hacia el oeste entre los matorrales que crecían al pie del terraplén. Habría sido más fácil andar por encima de las vías, pero a Emmett le había parecido demasiado arriesgado a pesar de la luna. Se detuvo y miró a Billy, que se esforzaba para no quedarse rezagado.

—¿Estás seguro de que no quieres que te lleve la mochila?

—No, de verdad, Emmett.

Mientras retomaba la marcha, miró el reloj de Billy y vio que eran las doce menos cuarto. Habían salido de la estación a las once y cuarto. La caminata estaba resultando más dura de lo que Emmett había imaginado, según sus previsiones ya deberían haber llegado al bosquecillo, así que suspiró aliviado cuando por fin distinguió las siluetas puntiagudas de los pinos. Una vez allí los dos hermanos se adentraron un poco bajo la sombra de los árboles y esperaron en silencio, escuchando a los búhos en lo alto y oliendo el aroma de agujas de pino del suelo.

Emmett volvió a mirar la hora y vio que ya eran las doce menos cinco.

—Espera aquí —dijo.

Trepó por el terraplén y miró hacia el final de las vías. A lo lejos divisó el puntito de luz que brillaba en la parte frontal de la locomotora. A punto de reunirse con su hermano bajo la sombra de los pinos, se alegró de no haber ido andando por las vías. A pesar de que a Emmett le había parecido que la locomotora se encontraba a más de un kilómetro de distancia, al llegar junto a su hermano la larga cadena de furgones ya había empezado a pasarles por delante.

Billy le agarró la mano, quién sabe si de la emoción o de los nervios.

Emmett contó cincuenta furgones circulando a toda velocidad antes de que el tren comenzase a reducir la marcha. Cuando por fin se detuvo, los diez últimos furgones quedaron justo a la altura de Emmett y Billy, tal como el mendigo había dicho que sucedería.

De momento todo iba tal como él les había vaticinado.

¿Qué diferencia hay entre una tonelada de harina y una tonelada de galletas?, le había preguntado el mendigo a Emmett en la estación. Acto seguido le había guiñado un ojo y contestado él mismo el acertijo: *Unos tres metros cúbicos*.

Entonces, con su simpatía característica, procedió a explicarle que a una compañía que tiene trenes de mercancías circulando en ambas direcciones por la misma ruta le resulta más rentable disponer de su propio espacio de carga para no exponerse a las fluctuaciones de precios. Como la fábrica de Nabisco de Manhattan recibía cada semana cargamentos de harina provenientes del Medio Oeste y enviaba cada semana cargamentos de productos elaborados a esa región, lo más sensato para su negocio era tener sus propios furgones. Sólo que hay pocas cosas más densas que un saco de harina, y pocas cosas menos densas que una caja de galletas. Por eso, todos los furgones de la empresa estaban llenos al partir hacia el oeste, y cuando regresaban a Nueva York siempre había cinco o seis vacíos que nadie se molestaba en vigilar.

Desde el punto de vista de los que viajan gratis, señaló el mendigo, era una gran suerte que los furgones vacíos estuviesen enganchados al final del tren, porque el furgón de cola todavía se encontraba a más de un kilómetro de la estación cuando la locomotora del *Sunset East* llegaba a Lewis

unos minutos después de las doce.

En cuanto el tren se detuvo, Emmett se apresuró a trepar por el terraplén e intentó abrir las puertas de los furgones más cercanos; descubrió que el tercero estaba abierto. Le hizo señas a Billy y lo empujó hacia arriba, luego subió él y arrastró la puerta hasta cerrarla con un fuerte ruido metálico, con lo que el furgón quedó completamente a oscuras.

El mendigo les había dicho que podían dejar la trampilla del techo abierta para que les entrara luz y aire, pero que tenían que acordarse de cerrarla cuando estuviesen acercándose a Chicago, donde una trampilla abierta no pasaría desapercibida. Pero Emmett no había pensado en abrir la trampilla antes de cerrar la puerta del furgón; de hecho, ni siquiera se había fijado en dónde estaba. Estiró los brazos y buscó a tientas el pestillo para abrir la puerta de nuevo, pero el tren dio una sacudida hacia delante y él se tambaleó hacia atrás hasta chocar con la pared opuesta.

Oyó moverse a su hermano en la oscuridad.

—Quédate quieto mientras busco la trampilla, Billy —le advirtió.

Pero de pronto lo iluminó un haz de luz.

—¿Necesitas mi linterna?

Emmett sonrió.

—Sí, Billy, gracias. O mejor aún, ¿por qué no enfocas con la linterna esa escalerilla del rincón?

Emmett subió por la escalerilla y abrió la trampilla, por la que entraron la luz de la luna y una agradable ráfaga de aire. Dentro del furgón, que llevaba todo el día al sol, debían de estar casi a treinta grados.

—¿Por qué no nos tumbamos aquí? —dijo Emmett, y llevó a Billy al fondo del furgón, donde no sería tan fácil que los vieran

si alguien se asomaba por la trampilla.

Billy sacó dos camisas de su mochila, le dio una a Emmett y le explicó que si las doblaban bien podían utilizarlas de almohada, como hacían los soldados. Luego abrochó las correas, se tumbó con la cabeza apoyada en su camisa doblada y no tardó en quedarse profundamente dormido.

Aunque Emmett estaba casi tan agotado como su hermano, sabía que no podría conciliar el sueño tan deprisa. Estaba demasiado nervioso por todo lo sucedido aquel día. Lo que de verdad le apetecía era un cigarrillo, pero tendría que conformarse con un trago de agua.

Cogió la mochila de Billy sin hacer ruido, la puso justo debajo de la trampilla, donde se estaba un poco más fresco, y se sentó con la espalda apoyada en la pared. Desabrochó las correas de la mochila, sacó la cantimplora de Billy, desenroscó el tapón y dio un trago de agua. Tenía tanta sed que habría podido vaciar la cantimplora, pero tal vez no tuviesen otra ocasión de conseguir agua hasta llegar a Nueva York, así que dio un segundo trago, guardó la cantimplora y abrochó bien las correas, como habría hecho su hermano. Iba a dejar la mochila en el suelo cuando se fijó en el bolsillo exterior. Echó una ojeada a Billy, levantó la solapa y sacó el sobre de papel manila.

Al principio Emmett se quedó sentado con el sobre en las manos como si tratara de calcular su peso, pero al cabo volvió a mirar a su hermano, desenroscó el hilo rojo y sacó las postales de su madre, que cayeron en su regazo.

De niño, Emmett nunca habría dicho que su madre era una mujer infeliz. Ni la veía así ni se la habría descrito así a nadie. Pero llegó un momento en que, de manera intuitiva, supo que lo era. No lo supo por sus llantos o lamentos explícitos, sino por el rastro de tareas inacabadas que encontraba por las tardes. A lo mejor bajaba a la cocina y veía una docena de

zanahorias en la tabla de cortar junto al cuchillo, seis estaban cortadas y otras seis enteras. O volvía del granero y se encontraba la mitad de la colada colgada en el tendedero y la otra mitad mojada en un cesto. A menudo iba a buscar a su madre y se la encontraba sentada en los escalones del porche con los codos apoyados en las rodillas. Cuando Emmett le decía en voz baja, con timidez, ¿*Mamá*?, ella levantaba la cabeza como si se sintiera gratamente sorprendida. Le hacía sitio en el escalón y le rodeaba los hombros con el brazo o le alborotaba el pelo, y luego seguía mirando lo que fuese que estuviera mirando antes de aparecer él: algo que estaba en algún lugar entre los escalones del porche y el horizonte.

Como los niños pequeños desconocen el modo de hacer las cosas, se imaginan que las costumbres de su casa son las costumbres de todas las casas. Si un niño crece en una familia que se insulta durante la cena, deducirá que todas las familias se insultan en la mesa de la cocina; mientras que si un niño crece en una familia que no habla durante la cena, deducirá que todas las familias comen en silencio. Sin embargo, pese a la prevalencia de esta realidad, el pequeño Emmett intuía que aquellas tareas inacabadas que encontraba por las tardes eran una señal de que algo no funcionaba, del mismo modo que años más tarde supo que cambiar de cultivo una temporada tras otra era señal de que el agricultor no sabía qué hacer.

Emmett levantó las postales para acercarlas a la luz de la luna y volvió a examinarlas una a una y de este a oeste —Ogallala, Cheyenne, Rawlins, Rock Springs, Salt Lake City, Ely, Reno, Sacramento, San Francisco—, escudriñando las imágenes minuciosamente y leyendo los escritos palabra a palabra, como si fuese un oficial de inteligencia en busca de un mensaje en clave de un agente sobre el terreno. Pero si bien esa noche examinó las postales con más atención que en la mesa de la cocina, no observó ninguna tan minuciosamente como la

última.

Éste es el Palacio de la Legión de Honor de Lincoln Park, en San Francisco, y todos los años, el Cuatro de Julio, aquí se celebra uno de los espectáculos de fuegos artificiales más importantes de toda California.

Emmett no recordaba haberle contado a Billy que a su madre le encantaban los fuegos artificiales, pero era absolutamente cierto. Su madre, que había crecido en Boston, pasaba los veranos en un pueblecito de Cape Cod. Aunque nunca había hablado mucho de las temporadas que había pasado allí, sí les había contado con nostalgia y emoción que el Cuatro de Julio los bomberos voluntarios patrocinaban una exhibición de fuegos artificiales en el puerto. Cuando era niña, los veía desde el final de su embarcadero con toda la familia. Pero al hacerse mayor la dejaban irse remando entre los veleros que se mecían en sus amarres para que pudiese ver el espectáculo pirotécnico sola, tumbada en el fondo de su barca.

Cuando Emmett tenía ocho años, su madre se enteró por el señor Cartwright, el dueño de la ferretería, de que en Seward, un pueblo a poco más de una hora de Morgen, celebraban el Cuatro de Julio por todo lo alto, con un desfile por la tarde y fuegos artificiales después de anochecer. A su madre no le interesaba el desfile, así que Emmett y sus padres cenaron temprano y luego se metieron en la ranchera rumbo a Seward.

Es cierto que el señor Cartwright había dicho que en Seward celebraban el Cuatro de Julio *por todo lo alto*, pero la madre de Emmett se había imaginado la clásica fiesta de cualquier pueblo pequeño, con banderines hechos por los niños en la escuela y tentempiés vendidos por las mujeres de la parroquia en unos puestos hechos con mesitas plegables. Sin embargo, cuando llegaron se quedó anonadada al descubrir que el Cuatro de Julio de Seward superaba con creces cualquier otro que ella hubiese visto jamás. Era una celebración para la que los

vecinos se preparaban durante todo el año y a la que acudía gente desde tan lejos como Des Moines. Cuando llegaron los Watson, el único aparcamiento libre que quedaba estaba a más de un kilómetro del centro del pueblo, y cuando por fin se adentraron en Plum Creek Park, donde tenía lugar el espectáculo de fuegos artificiales, hasta el último centímetro cuadrado de hierba estaba ocupado por familias que cenaban sentadas en sus mantas de pícnic.

Al año siguiente, su madre no estaba dispuesta a cometer el mismo error. El día 4, a la hora del desayuno, anunció que saldrían hacia Seward justo después de comer. Cuando ya había preparado la cena que se llevarían y había abierto el cajón de los cubiertos para coger tenedores y cuchillos, su madre se quedó inmóvil mirando al vacío. Luego se dio la vuelta, salió de la cocina y subió la escalera. Emmett la siguió. Arrastró una silla de su dormitorio, se subió encima y estiró un brazo para alcanzar un trocito de cuerda que colgaba del techo. Cuando tiró de la cuerda, se abrió una trampilla de la que descendía una escalerilla plegable que daba acceso al desván.

Emmett, perplejo, pensó que su madre le ordenaría que esperara allí abajo, pero estaba tan concentrada en su objetivo que subió por la escalerilla y no se detuvo a hacerle esa advertencia. Y cuando el niño subió por aquellos estrechos peldaños detrás de su madre, ella estaba tan absorta moviendo cajas que ni se molestó en ordenarle que bajara.

Mientras su madre seguía buscando, Emmett hizo el inventario de aquel extraño lugar: una vieja radio casi tan alta como él, una mecedora rota, una máquina de escribir negra y dos grandes baúles cubiertos de adhesivos de colores.

—Aquí está —dijo su madre.

Sonrió a Emmett y levantó lo que parecía una pequeña maleta, sólo que no era de cuero, sino de mimbre.

Una vez en la cocina, puso la maleta encima de la mesa.

Emmett vio que su madre sudaba por el calor que había pasado en el desván, y se fijó en que al pasarse el dorso de la mano por la frente se había dejado un rastro de polvo en la piel. Abrió los cierres de la maleta, volvió a sonreír a su hijo y levantó la tapa.

Emmett sabía que una maleta guardada en un desván probablemente estaría vacía, así que se llevó una sorpresa al ver que aquélla no sólo estaba llena, sino organizada al milímetro. En su interior, distribuido con pulcritud, había todo lo que uno podía necesitar para hacer un pícnic. Bajo una correa había seis platos rojos, y bajo otra, seis tazas rojas. En unos compartimentos largos y estrechos iban los tenedores, los cuchillos y las cucharas, y en otro más corto el sacacorchos. Incluso había dos hendiduras para alojar un salero y un pimentero. Y en el hueco de la tapa había un mantel a cuadros rojos y blancos sujeto con dos largas correas de cuero.

Emmett jamás había visto nada tan ingeniosamente organizado: no faltaba nada, no sobraba nada y todo estaba en su sitio. Y no volvería a ver nada parecido hasta los quince años, cuando descubrió el banco de trabajo de la caseta del señor Schulte, con su despliegue de ranuras, ganchos y clavijas para guardar sus herramientas.

—¡Córcholis! —había exclamado Emmett, y su madre se había reído.

—Era de tu tía abuela Edna. —Negó con la cabeza—. Creo que no la abría desde el día de nuestra boda. ¡Pero esta noche la vamos a utilizar!

Aquel año se plantaron en Seward a las dos de la tarde y pudieron extender su mantel a cuadros justo en el centro del parque. El padre de Emmett, que se había mostrado un poco reacio a salir tan pronto, no se impacientó cuando llegaron. Al contrario, sacó por sorpresa una botella de vino de su bolsa y, mientras se la bebían, se dedicó a contar historias sobre su tía

Sadie, que era muy tacaña, y sobre su tío Dave, que era muy despistado, y sobre el resto de sus chiflados parientes del Este, y la madre de Emmett se reía como no solía reírse.

Pasaban las horas y el parque se fue llenando de más mantas y cestas, de más risas y buen humor. Cuando por fin se hizo de noche y los Watson se tumbaron en su mantel a cuadros, con Emmett en el medio, y silbaron y estallaron los primeros fuegos artificiales, su madre dijo: *No me habría perdido esto por nada del mundo*. Y esa noche, de vuelta a casa, Emmett pensó que los tres irían a celebrar el Cuatro de Julio a Seward todos los años durante el resto de su vida.

Pero en febrero del siguiente año, en las semanas que siguieron al nacimiento de Billy, su madre comenzó a estar rara. Había días en que estaba tan cansada que ni siquiera podía empezar las tareas que antes dejaba inacabadas. Otros días no se levantaba de la cama.

Cuando Billy tenía tres semanas se decidió que la señora Ebbers, cuyos hijos ya tenían sus propios hijos, iría todos los días a ayudar con las tareas domésticas y a cuidar a Billy mientras la madre de Emmett intentaba recobrar las fuerzas. En abril la señora Ebbers sólo iba por las mañanas y en junio dejó de ir. Pero el 1 de julio, durante la cena, cuando el padre de Emmett preguntó con cierto entusiasmo a qué hora saldrían hacia Seward, la madre dijo que no estaba segura de querer ir.

Emmett, sentado al otro lado de la mesa, pensó que jamás había visto a su padre tan afligido. Pero, como solía hacer, su padre perseveró, alentado por una seguridad en sí mismo que lo había vuelto reacio a aprender de los errores. La mañana del Cuatro de Julio, el padre de Emmett preparó el pícnic. Abrió la trampilla, subió por la escalera y bajó la cesta del desván. Puso a Billy en el moisés, fue a buscar la ranchera y la aparcó delante de la puerta principal. A la una en punto, entró en la casa y gritó: ¡*Venga, vámonos! ¡Que nos van a quitar nuestro sitio*

favorito! Y la madre de Emmett accedió a ir.

O mejor dicho, se resignó a ir.

Subió a la ranchera y no dijo ni una palabra.

Nadie dijo ni una palabra.

Sin embargo, cuando llegaron a Seward y se dirigieron al centro del parque y su padre desplegó el mantel a cuadros y empezó a sacar los cuchillos y tenedores de sus compartimentos, la madre de Emmett dijo:

—Dame, deja que te ayude.

Y en ese momento fue como si todos se hubieran quitado un gran peso de encima.

Después de sacar las tazas de plástico rojas, la madre de Emmett repartió los sándwiches que había preparado su marido. Le dio a Billy la compota de manzana que su marido se había acordado de meter en la cesta y meció el moisés de Billy hasta que el pequeño se quedó dormido. Mientras se bebían el vino que su marido se había acordado de llevar, le pidió que les contara alguna de aquellas historias sobre sus tíos y tías chiflados. Y poco después del anochecer, cuando estalló la primera salva sobre el parque y se produjo una gran rociada de chispas de colores, la madre de Emmett estiró un brazo, le apretó la mano a su marido y le sonrió con ternura mientras las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Y cuando Emmett y su padre vieron sus lágrimas, le devolvieron la sonrisa, porque comprendieron que eran lágrimas de gratitud: estaba agradecida porque su marido, en lugar de rendirse ante su inicial falta de entusiasmo, había insistido para que esa cálida noche de verano los cuatro disfrutasen juntos de aquel magnífico espectáculo.

Cuando los Watson llegaron a casa, mientras el padre de Emmett entraba el moisés y la cesta de pícnic, la madre de Emmett lo llevó arriba de la mano, lo arropó en la cama y le dio un beso en la frente, y luego recorrió el pasillo para hacer

lo mismo con Billy.

Aquella noche Emmett durmió más profundamente que ninguna otra noche de su vida. Al despertar por la mañana, su madre se había marchado.

Emmett le echó un último vistazo al Palacio de la Legión de Honor y guardó las postales en el sobre. Enroscó el fino hilo rojo para cerrarlo y volvió a meterlo en la mochila de Billy, asegurándose de abrochar bien las correas.

Mientras se sentaba al lado de su hermano, recordó que aquel primer año había sido muy difícil para Charlie Watson. Las adversidades climatológicas seguían poniéndolo a prueba. Las dificultades económicas lo amenazaban. Y los vecinos del pueblo cotilleaban sin reparo sobre la repentina marcha de la señora Watson. Pero lo que más le dolía a su padre —lo que más les dolía a los dos— era comprender que ese apretón en la mano que la madre de Emmett le había dado a su marido al comenzar el espectáculo de fuegos artificiales no había sido un gesto de gratitud por su perseverancia, lealtad y apoyo, sino de gratitud porque, al haber insistido con delicadeza y sacarla de su malestar para que fuese a ver aquella mágica exhibición, le había recordado lo feliz que podía llegar a ser si se atrevía a dejar atrás su vida actual.

SIETE

Duchess

—¡Es un mapa! —exclamó Woolly sorprendido.

—Así es.

Estábamos sentados a una mesa en el HoJo's, esperando a que nos sirvieran el desayuno. Cada uno tenía delante un mantel individual de papel que a la vez era una suerte de mapa del estado de Illinois, con las carreteras y ciudades principales y algunas ilustraciones de monumentos regionales fuera de escala. Además había dieciséis Howard Johnson's, cada uno con su tejadito naranja y su torrecita azul.

—Nosotros estamos aquí —dijo Woolly señalando uno de ellos.

—Si tú lo dices, seguro que sí.

—Y esto es la autopista Lincoln. ¡Y mira esto!

Antes de poder acercarme para ver qué estaba señalando Woolly, nuestra camarera, que no tenía más de diecisiete años, nos plantó un plato encima de cada mantel.

Woolly frunció el ceño. Esperó a que la camarera se marchara y apartó su plato hacia la derecha para seguir estudiando el mapa mientras fingía comer.

Era paradójico ver la escasa atención que Woolly le dedicaba a su desayuno, dado el interés que había mostrado a la hora de pedirlo. Cuando nuestra camarera le había entregado la carta, a él le había abrumado un poco su extensión. Inspiró hondo y se puso a leer la descripción de cada plato en voz alta. Luego, para asegurarse de que no se había saltado ninguno, los leyó todos otra vez desde el principio. Cuando volvió la camarera para tomarnos nota, él le comunicó con seguridad que tomaría

los *waffles*, pero entonces cambió de idea y pidió los huevos revueltos, sólo que finalmente, cuando la chica ya se había dado la vuelta, se decidió por las tortitas. Aun así, cuando llegaron sus tortitas, y tras haberlas decorado con una elaborada espiral de sirope, Woolly las ignoró y prefirió el beicon. En cambio yo, que apenas le había echado una ojeada a la carta, me zampé en un periquete los huevos fritos con carne picada.

Después de rebañar mi plato, me recosté y miré a mi alrededor, pensando que si Woolly quería saber cómo iba a ser mi restaurante, sólo tenía que fijarse en un Howard Johnson's. Porque iba a ser todo lo contrario en todos los aspectos.

Desde el punto de vista de la decoración, los directivos de Howard Johnson's habían decidido trasladar los colores de sus famosos tejados al restaurante, forrando los reservados de color naranja intenso y vistiendo a las camareras de azul, pese a que la combinación de naranja y azul jamás le ha abierto el apetito a nadie. El elemento arquitectónico más destacado del local era una serie de ventanales que ofrecía a los clientes una vista sin trabas del aparcamiento. La cocina parecía una versión emperifollada de la que encontrarías en cualquier cafetería, y la característica que definía a la clientela era que, de un solo vistazo, sabías más sobre ella de lo que querrías saber.

El tipo de rostro colorado de la mesa contigua que rebañaba la yema de huevo de su plato con la esquina de una tostada de pan integral, por ejemplo. Saltaba a la vista que era un viajante (no hacía falta haber visto a muchos para saberlo). En el árbol genealógico de los hombres de mediana edad poco dignos de ser recordados, los viajantes son los primos hermanos de las viejas glorias del teatro. Visitan las mismas ciudades con los mismos coches y se alojan en los mismos hoteles. De hecho, sólo se los distingue porque los viajantes van mejor calzados.

Por si me faltaba alguna prueba, después de observar su

dominio de los porcentajes para calcular la propina de la camarera, le vi anotar algo en el recibo, doblarlo por la mitad y guardárselo en la cartera para poder entregárselo más tarde a los chicos de contabilidad.

Cuando el viajante se levantó para irse, miré la hora en el reloj de la pared: ya eran las siete y media.

—Woolly, lo bueno de madrugar es que te permite salir pronto. ¿Por qué no te comes las tortitas mientras yo voy al servicio? Así luego podremos pagar la cuenta y ponernos en marcha —dije.

—Sí, claro —dijo Woolly, y apartó el plato un poco más hacia la derecha.

De camino al servicio de caballeros, le pedí cambio a la cajera y me metí en una cabina telefónica. Sabía que Ackerly se había ido a vivir a Indiana, pero no sabía adónde, así que le pedí a la operadora que buscara el número de Salina y me lo marcara. Por la hora que era, el teléfono sonó ocho veces antes de que por fin contestara alguien. Creo que fue Lucinda, la morena de las gafas rosa que montaba guardia junto a la puerta del despacho del alcaide. Siguiendo el ejemplo de mi padre, recurrí al bueno del rey Lear. Eso hacía él cuando necesitaba la ayuda de alguien al otro lado de la línea. Como es lógico, implicaba un acento británico, pero con un toque de desconcierto.

Me presenté a Lucinda como el tío de Ackerly de Inglaterra y le expliqué que quería enviarle al alcaide una tarjeta de felicitación el Día de la Independencia para mostrarle que no le guardaba rencor, pero que por lo visto había perdido mi agenda de direcciones. ¿Se le ocurría alguna forma, si era tan amable, de ayudar a un pobre desmemoriado? Al cabo de un minuto ella me dio la respuesta: Rhododendron Road, 132, South Bend.

Me fui silbando de la cabina telefónica al servicio de

caballeros y ¿a quién me encontré de pie frente a los urinarios? Al tipo de rostro colorado de la mesa contigua. Cuando terminé de hacer lo mío y me volví hacia los lavamanos, le sonreí por el espejo y dije:

—Si no me equivoco, es usted viajante, señor.

Un tanto impresionado, él me miró por el espejo.

—Sí, me dedico a las ventas.

Asentí con la cabeza.

—Tiene usted ese aire de afable hombre de mundo.

—Vaya, gracias.

—¿Puerta a puerta?

—No, soy director comercial —respondió él un tanto ofendido.

—Pues claro que sí. ¿Y qué productos vende, si no le importa que se lo pregunte?

—Electrodomésticos.

—¿Como neveras y lavavajillas?

Él hizo una leve mueca, como si yo hubiese metido el dedo en la llaga.

—Estamos especializados en el pequeño electrodoméstico. Como batidoras y licuadoras.

—Pequeños pero esenciales —comenté.

—Ah, sí, ya lo creo.

—Dígame, ¿cómo lo hace? Cuando habla con un cliente, no sé, ¿cómo enfoca la venta? De una batidora, por ejemplo.

—Nuestras batidoras se venden solas.

Por cómo lo dijo, me di cuenta de que había recitado aquella frase infinidad de veces.

—Es usted demasiado modesto, ya me lo imagino, pero, en serio, cuando habla de su batidora y la compara con las de sus competidores, ¿cómo la... diferencia?

Al oír la palabra *diferencia*, el hombre se puso serio y adquirió un tono confidencial. Parecía haber olvidado que

hablaba con un chico de dieciocho años en los lavabos de un Howard Johnson's. Se estaba preparando para lanzar y ya no había nada que pudiese detenerlo.

—Cuando he dicho que nuestras batidoras se venden solas estaba bromeando. Verás, hasta no hace mucho todas las batidoras de las mejores marcas venían con tres ajustes: bajo, intermedio y elevado. Nuestra empresa fue la primera en diferenciar los botones de una batidora según la función: mezclar, remover y batir —me explicó.

—Muy ingeniosos. Ahora deben de tener todo el mercado para ustedes solos.

—Durante un tiempo sí. Pero pronto nuestros competidores nos imitaron —dijo.

—De modo que siempre tienen que ir un paso por delante.

—Así es. Por eso este año, y es un orgullo para mí decirlo, nos hemos convertido en los primeros fabricantes de batidoras de Estados Unidos que han introducido una cuarta función.

—¿Una cuarta función? ¿Además de mezclar, remover y batir?

El suspense me estaba matando.

—Sí: puré.

—¡Bravo! —dije.

Y en cierto modo lo decía en serio.

Volví a mirarlo de arriba abajo, esta vez con admiración. Entonces le pregunté si había luchado en el frente.

—No, no tuve ese honor —dijo, también por enésima vez.

Negué con la cabeza en un gesto compasivo.

—Menudo alboroto cuando los chicos volvieron a casa. Desfiles y fuegos artificiales. Alcaldes colgando medallas en las solapas. Y todas esas damas guapísimas haciendo cola para besar a cualquier memo que vistiera uniforme. Pero ¿sabe qué creo yo? Creo que el pueblo estadounidense debería rendir homenaje a los viajantes.

El hombre no sabía si me estaba burlando de él. Así que le añadí un poco más de emoción a mi voz.

—Mi padre era viajante. ¡Quién sabe cuántos kilómetros recorrió! ¡A cuántas puertas llamó! ¡Cuántas noches pasó lejos de las comodidades del hogar! Le aseguro que los viajantes no son meros trabajadores, ¡son los soldados de infantería del capitalismo!

Creo que al oír eso hasta se ruborizó. Aunque, dado el color de su cutis, era difícil decirlo.

—Ha sido un honor conocerlo, señor —dije, y le tendí la mano a pesar de que todavía no se me había secado.

• • •

Cuando salí de los lavabos, vi a nuestra camarera y le hice una seña para que se detuviera.

—¿Necesitas algo más? —me preguntó.

—Sólo la cuenta. Tenemos sitios adonde ir y personas a las que ver —dije.

Al oír *sitios adonde ir*, la chica se puso un poco melancólica. Estoy convencido de que si le hubiese dicho que nos dirigíamos a Nueva York y le hubiese propuesto que nos acompañara, se habría metido en el asiento trasero del coche sin molestarse siquiera en cambiarse el uniforme, aunque sólo fuese para ver qué pasa cuando te alejas un poco del borde del mantelito individual.

—Ahora mismo te la llevo —replicó.

Mientras me dirigía a nuestra mesa, me arrepentí de haberme burlado de nuestro vecino por prestarles tanta atención a sus recibos. Porque de pronto se me ocurrió que nosotros deberíamos estar haciendo algo semejante. Como estábamos utilizando el dinero del sobre de Emmett para pagar nuestros gastos, él tenía todo el derecho del mundo a esperar que le

presentáramos las cuentas a nuestro regreso. Así, cuando nos repartiéramos el fideicomiso, podríamos devolverle el dinero.

La noche anterior, yo había dejado que Woolly pagara la cena mientras me acercaba a la recepción del hotel a pedir una habitación. Me disponía a preguntarle a cuánto había ascendido la cuenta, pero al llegar a nuestra mesa Woolly no estaba.

¿Dónde se había metido?, me dije, mirando al techo con exasperación. No podía estar en los lavabos, porque yo venía de allí. Como sabía que le gustaba contemplar cosas brillantes y de colores llamativos, lo busqué en el mostrador de los helados, pero allí sólo había dos críos con la nariz pegada al cristal y lamentando que fuese tan temprano. Cada vez con más aprensión, me volví hacia los ventanales.

Escudriñé el aparcamiento paseando la mirada por aquel mar reluciente de cristal y cromados hasta llegar al sitio donde había aparcado el Studebaker y donde el Studebaker ya no estaba. Di un paso hacia la derecha para esquivar un par de cabezas cardadas y miré hacia la entrada del aparcamiento justo cuando el coche de Emmett torcía hacia la derecha y enfilaba la autopista Lincoln.

—Me cago en su putísima estampa.

Nuestra camarera, que acababa de llegar con la cuenta en ese preciso momento, palideció de golpe.

—Disculpa mi lenguaje —le dije.

Miré el recibo y le entregué un billete de veinte que saqué del sobre.

Ella se fue a buscar el cambio y yo me dejé caer en el asiento. Me quedé mirando fijamente al frente, donde debería haber estado Woolly. De su plato, que volvía a estar donde al principio, habían desaparecido el beicon y una delgada cuña de tortitas.

Mientras admiraba la precisión con que Woolly había

retirado una porción tan fina del montón, me di cuenta de que debajo del plato de porcelana blanca estaba la superficie de formica de la mesa. Es decir, que el mantel individual había desaparecido.

Aparté mi plato y cogí mi mantelito. Como ya he dicho, era un mapa de Illinois con las carreteras y las ciudades principales. Pero en la esquina inferior derecha había un recuadro con un plano de la ciudad donde estábamos, en cuyo centro había un pequeño rectángulo verde, y en medio de ese rectángulo verde se alzaba una estatua ni más ni menos que de Abraham Lincoln.

Woolly

Dum, du-dum, du-dum, tarareó Woolly mientras le echaba otra ojeada al mapa que llevaba en el regazo. *Performance is sweeter, nothing can beat her, life is completer… Dum, du-dum, du-dum*.

—¡Apártate! —le gritó otro conductor que adelantó al Studebaker tocando tres veces la bocina.

—¡Disculpas, disculpas, disculpas! —replicó Woolly, también por triplicado, e hizo un ademán amistoso.

De vuelta a su carril tuvo que reconocer que, seguramente, conducir con un mapa en el regazo no era lo más aconsejable, con tanto mirar arriba y abajo. De modo que sujetó el volante con la mano izquierda y levantó el mapa con la derecha. Así podía mirar el mapa con un ojo y la carretera con el otro.

El día anterior, cuando Duchess se había agenciado el mapa de carreteras de Estados Unidos de Phillips 66 en la gasolinera de Phillips 66, se lo había dado a Woolly y le había dicho que, como a él le tocaba conducir, Woolly tendría que darle las indicaciones. Él había aceptado esa responsabilidad con cierta inquietud. Cuando te entregan un mapa de gasolinera, éste tiene casi el tamaño perfecto, como un programa de teatro. Sin embargo, para leerlo tienes que desdoblarlo y desdoblarlo y desdoblarlo hasta que el océano Pacífico toca el cambio de marchas y el océano Atlántico acaricia la puerta del lado del pasajero.

Una vez que has desplegado por completo un mapa de gasolinera, te puedes marear sólo de verlo, porque está atravesado de rabo a cabo por autopistas y carreteras y miles de carreteras secundarias, cada una señalizada con un

nombrecito o un numerito. A Woolly aquel mapa le recordaba a un libro de biología con el que había estudiado en St. Paul. ¿O había sido en St. Mark? En fin, no importa: hacia el principio de aquel libro, en una página izquierda, había un dibujo de un esqueleto humano. Tras observar minuciosamente aquel esqueleto con todos los huesos en su sitio correspondiente, pasabas la página convencido de que el esqueleto desaparecería, pero éste seguía allí, ¡porque la página siguiente era de papel transparente! Era de papel transparente para que pudieses examinar el sistema nervioso superpuesto al esqueleto. Y cuando pasabas la página siguiente, podías estudiar el esqueleto, el sistema nervioso y el sistema circulatorio con todas sus finas líneas azules y rojas.

Woolly sabía que la intención de aquella ilustración multicapa era que todo estuviera muy claro, pero él la encontraba muy desconcertante. Por ejemplo: ¿representaba a un hombre o a una mujer? ¿A una persona joven o vieja? ¿Blanca o negra? ¿Y cómo sabían todas las células sanguíneas y los impulsos nerviosos que viajaban por aquellas complicadas redes adónde tenían que ir? Y cuando llegaban allí, ¿cómo encontraban el camino de regreso? Lo mismo pasaba con el mapa de carreteras Phillips 66: era una ilustración con centenares de arterias, venas y capilares que se bifurcaban y se bifurcaban hasta tal punto que nadie que viajara por ellas podía saber adónde se dirigía.

¡En cambio aquello no pasaba con el mantel individual del Howard Johnson's! No había que desplegarlo ni estaba cubierto de un sinfín de complejas carreteras y caminos vecinales. Contenía la cantidad perfecta de carreteras, y las que tenían nombre lo llevaban claramente marcado. Si no podías verlo es que no lo llevaban, y punto.

La otra característica encomiable del mapa del Howard Johnson's eran las ilustraciones. La mayoría de los dibujantes

de mapas son especialistas en encoger las cosas. Los estados, las ciudades, los ríos, las carreteras: todo está reducido a una dimensión más pequeña. Pero en el mantel individual del Howard Johnson's, después de encoger las ciudades, los ríos y las carreteras, el dibujante del mapa había añadido unas cuantas ilustraciones de proporciones exageradamente grandes. Como el espantapájaros de la esquina inferior izquierda, que te mostraba dónde estaban los campos de maíz. O el tigre enorme de la esquina superior derecha, que te mostraba el zoo de Lincoln Park.

Los piratas también dibujaban sus mapas del tesoro así. Encogían el océano y las islas hasta que todo era muy pequeño y sencillo, pero entonces añadían un gran velero junto a la costa, y una gran palmera en la playa, y en lo alto de un monte, un gran peñasco con forma de calavera que estaba exactamente a quince pasos de la X que marcaba el lugar.

En el recuadro de la esquina inferior derecha del mantel individual había un mapa dentro del mapa que mostraba el centro de la ciudad. Según ese mapa, si torcías a la derecha en Second Street y continuabas tres centímetros y medio, llegabas a Liberty Park, en cuyo centro había una espectacular estatua de Abraham Lincoln.

De pronto, con el ojo izquierdo Woolly vio el letrero de Second Street. Justo a tiempo, giró bruscamente a la derecha y oyó otros bocinazos.

—¡Disculpas! —gritó.

Se inclinó hacia delante para acercarse más al parabrisas y divisó un poco de vegetación.

—Allá vamos —dijo—. Allá vamos.

Al cabo de un minuto había llegado.

Paró junto al bordillo, abrió la portezuela y un sedán que pasaba estuvo a punto de arrancársela.

—¡Ups!

Woolly cerró la portezuela, se deslizó por el asiento, salió por la puerta del pasajero, esperó a que no pasaran coches y cruzó la calle corriendo.

En el parque hacía un día soleado y luminoso. Los árboles tenían hojas, los arbustos habían florecido y las margaritas brotaban a ambos lados del sendero.

—Allá vamos —dijo otra vez mientras corría a toda mecha.

Pero, un poco más adelante, el sendero bordeado de margaritas se cruzaba con otro sendero, y a Woolly se le presentaron tres opciones: seguir por la izquierda, seguir por la derecha o continuar recto. Lamentó no haber cogido el mantelito y miró hacia cada una de aquellas direcciones. A su izquierda había árboles y matorrales y bancos de color verde oscuro. A su derecha había más árboles, matorrales y bancos, así como un hombre con un traje holgado y un sombrero de ala ancha que le resultaba vagamente familiar. Pero si miraba en línea recta y entornaba los ojos, Woolly distinguía la silueta de una fuente.

—¡Ajá! —exclamó.

Porque, según la experiencia de Woolly, era habitual que las estatuas estuvieran cerca de una fuente. Como la estatua de Garibaldi, que estaba cerca de la fuente de Washington Square Park, o la estatua del ángel que había en lo alto de la gran fuente de Central Park.

Con renovada confianza, Woolly corrió hasta el borde de la fuente y se detuvo bajo su refrescante rociada para orientarse. Tras un rápido análisis descubrió que la fuente era el epicentro del que surgían ocho senderos (incluido ese por el que él acababa de llegar corriendo). Woolly sorteó el desaliento y, poco a poco, empezó a andar en el sentido de las agujas del reloj alrededor de la circunferencia de la fuente al tiempo que escudriñaba cada uno de aquellos senderos haciendo visera con la mano como si fuese un capitán de barco. Y allí, al final del

sexto sendero, estaba Abe el Honesto.

En lugar de correr a toda mecha por ese sendero, por deferencia a la estatua Woolly caminó a grandes zancadas lincolnianas y se detuvo a sólo unos pasos de ella.

Qué retrato tan maravilloso, pensó Woolly. No sólo captaba toda la estatura del presidente, sino que parecía transmitir su coraje moral. Si bien Lincoln estaba representado casi en su totalidad tal como cabía esperar, con su sotabarba y su largo abrigo negro, el escultor se había permitido un detalle inusual: con la mano derecha y con delicadeza, el presidente sujetaba su sombrero por el ala, como si acabara de cruzarse con un conocido por la calle.

Woolly se sentó en un banco enfrente de la estatua y rememoró el día anterior, cuando Billy, en el asiento trasero del coche de Emmett, le había contado la historia de la autopista Lincoln. Billy había mencionado que mientras la estaban construyendo (en mil novecientos algo) sus partidarios pintaban rayas rojas, blancas y azules en los graneros y los postes a lo largo de toda la ruta. Woolly se lo podía imaginar muy bien, porque le recordaba que cada año, el Cuatro de Julio, su familia colgaba cintas rojas, blancas y azules de las vigas del gran salón y las barandillas del porche.

¡Cómo le gustaban a su bisabuelo las celebraciones del Cuatro de Julio!

Los días de Acción de Gracias, Navidad y Pascua, al bisabuelo de Woolly no le importaba si sus hijos iban a celebrar la fiesta con él o en otro sitio. Pero el Día de la Independencia no toleraba los absentismos. Había dejado perfectamente claro que todos sus hijos, nietos y bisnietos tenían que ir a las Adirondack sin importar lo lejos que se encontraran ni la distancia que tuvieran que recorrer.

¡Y vaya si se reunían!

El 1 de julio los miembros de la familia empezaban a aparcar

en el camino de acceso a la casa, o llegaban a la estación de ferrocarril, o aterrizaban en el pequeño aeródromo que había a treinta kilómetros. El segundo día por la tarde, todos los sitios de la casa donde se podía dormir ya estaban ocupados: los abuelos y los tíos ocupaban los dormitorios; los primos más pequeños, la galería cubierta, y todos los primos con la suerte de tener más de doce años, las tiendas de campaña entre los pinos.

Cuando llegaba el Cuatro de Julio se hacía un pícnic en el jardín a la hora de comer, y a continuación había carreras de canoa, carreras de natación, concursos de tiro con rifle y de tiro al arco y un multitudinario juego del pañuelo. A las seis en punto clavadas se servían cócteles en el porche. A las siete y media sonaba la campana y todos entraban para cenar pollo frito, mazorcas de maíz y los famosos bollitos de arándanos de Dorothy. Luego, a las diez, tío Bob y tío Randy remaban hasta la balsa que había en medio del lago y lanzaban los fuegos artificiales que habían comprado en Pensilvania.

¡Cómo le habría gustado a Billy!, pensó Woolly con una sonrisa. Le habrían encantado las cintas en la barandilla del porche y las tiendas de campaña entre los árboles y los cestos de bollitos de arándanos. Pero sobre todo le habrían encantado los fuegos artificiales, que siempre empezaban con silbidos y detonaciones, pero que cada vez se hacían más y más grandes hasta que parecía que llenaran el cielo por completo.

Sin embargo, al poco de tener aquel recuerdo maravilloso, el rostro de Woolly se ensombreció, pues casi había olvidado lo que su madre llamaba *La razón por la que estamos todos aquí*: las recitaciones. Todos los años, el Cuatro de Julio, después de que se hubiese servido toda la comida, en lugar de bendecir la mesa, el menor de los mayores de dieciséis años se colocaba en la cabecera y recitaba la Declaración de Independencia.

Cuando en el curso de los acontecimientos humanos, y

Sostenemos como evidentes estas verdades, y etcétera, etcétera.

Pero como al bisabuelo de Woolly le gustaba señalar, si bien los señores Washington, Jefferson y Adams habían tenido la lucidez de fundar la República, fue el señor Lincoln quien tuvo el valor de perfeccionarla. Así que, cuando el primo que había recitado la Declaración regresaba a su asiento, el menor de los mayores de diez años ocupaba su lugar en la cabecera de la mesa y recitaba el Discurso de Gettysburg de principio a fin.

A continuación el orador inclinaba la cabeza y todos los presentes le dedicaban una ovación casi tan ruidosa como la que ofrecían al finalizar los fuegos artificiales. Entonces las bandejas y los cestitos circulaban a toda velocidad alrededor de la mesa en medio de risas y buen humor. Era un momento que Woolly siempre esperaba con ilusión.

Es decir, lo esperó con ilusión hasta el 16 de marzo de 1944, el día que cumplió diez años.

En cuanto su madre y sus hermanas terminaron de cantarle *Cumpleaños feliz*, su hermana mayor, Kaitlin, consideró oportuno comentar que ese año, durante las celebraciones del Cuatro de Julio, le tocaría a Woolly ponerse de pie a la cabecera de la mesa. A Woolly lo alteró tanto esa noticia que casi no pudo acabarse su trozo de pastel de chocolate. Porque si algo sabía Woolly a los diez años era que no se le daba nada bien la rememorización.

Al percibir la inquietud de Woolly, su hermana Sarah, que siete años atrás había protagonizado una recitación impecable, se ofreció para ser su instructora.

—Estás perfectamente capacitado para memorizar el discurso. Al fin y al cabo, sólo son diez frases —le dijo a Woolly con una sonrisa.

Al principio, a Woolly lo animaron las palabras tranquilizadoras de su hermana. Pero cuando Sarah le enseñó el texto del discurso, Woolly descubrió que, si bien a primera

vista podría parecer que sólo eran diez frases, la última, en realidad, eran tres frases diferentes disfrazadas de una sola.

—A todos los afectos —como solía decir Woolly—, no hay diez frases, sino doce.

—Aun así —replicó Sarah.

Pero, por si acaso, le propuso comenzar a prepararse con tiempo. La primera semana de abril, Woolly aprendería a recitar la primera frase palabra por palabra. Luego, la segunda semana de abril, aprendería la primera y la segunda. Luego, la tercera semana, las tres primeras frases, y así sucesivamente. De ese modo, doce semanas más tarde, cuando el mes de junio estuviese llegando a su fin, Woolly sería capaz de recitar el discurso entero sin el menor problema.

Y así fue exactamente como se prepararon. Semana a semana, Woolly aprendió una frase tras otra hasta que pudo recitar el discurso completo. De hecho, el 1 de julio ya lo había recitado de principio a fin no sólo delante de Sarah, sino también él solo delante del espejo, en la cocina mientras ayudaba a Dorothy a lavar los platos y una vez en una canoa en mitad del lago. Así que, cuando llegó el día fatídico, Woolly estaba preparado.

Cuando su primo Edward terminó de recitar la Declaración de Independencia y recibió un caluroso aplauso, Woolly ocupó el lugar de honor.

Pero, justo antes de empezar, descubrió el primer fallo del plan de su hermana: el público. Porque, pese a que había recitado el discurso muchas veces delante de su hermana y también él solo, nunca lo había recitado delante de nadie más. Y aquél no era un público cualquiera: eran treinta de sus parientes más cercanos, sentados a ambos lados de una mesa formando dos filas de rostros atentos; y en el extremo opuesto estaba sentado nada más y nada menos que su bisabuelo.

Woolly le echó una ojeada a Sarah y recibió una cabezada de

ánimo, lo que reforzó su confianza en sí mismo. Pero, justo antes de empezar, descubrió el segundo fallo del plan de su hermana: el atuendo. Porque, pese a que en anteriores ocasiones había recitado el discurso en pantalón de pana, en pijama y en bañador, ni una sola vez lo había recitado con una americana azul que le producía picor y una corbata roja y blanca que le apretaba el cuello.

Mientras Woolly se tiraba del cuello de la camisa con el dedo, algunos de sus primos más pequeños empezaron a reírse por lo bajo.

—Chist —dijo su abuela.

Woolly volvió a mirar a Sarah, que lo animó con otra cariñosa cabezada.

—Adelante —dijo su hermana.

Tal como ella le había enseñado a hacer, Woolly se irguió, respiró hondo dos veces y empezó:

—*Hace ochenta y siete años... Hace ochenta y siete años...*

Los primos pequeños volvieron a reírse, y su abuela volvió a hacerlos callar.

Woolly recordó que Sarah le había dicho que, si se ponía nervioso, tenía que mirar por encima de las cabezas de los comensales, así que alzó la mirada hacia la cabeza de alce en la pared. Sin embargo, como la mirada del alce le pareció poco comprensiva, decidió mirarse los zapatos.

—*Hace ochenta y siete años...* —volvió a empezar.

—*Nuestros padres hicieron nacer...* —dijo Sarah en voz baja.

—*Nuestros padres hicieron nacer...* —dijo Woolly mirando a su hermana—. *Nuestros padres hicieron nacer en este contingente...*

—*En este continente...*

—*En este continente una nueva nación. Una nueva nación...*

—*... concebida en libertad* —dijo una voz amable.

Y no era la voz de Sarah. Era la voz de su primo James, que se había graduado en Princeton hacía sólo unas semanas. Esta

vez, cuando Woolly reemprendió su recitación, se le unieron Sarah y James.

—*Concebida en libertad y consagrada al principio de que todas las personas son creadas iguales* —dijeron los tres a la vez.

Los otros parientes que en su día ya habían recitado el Discurso del señor Lincoln añadieron sus voces. Entonces se añadieron al coro otros miembros de la familia a los que nunca les habían pedido que recitaran el Discurso, pero que lo habían oído tantas veces que también se lo sabían de memoria. Al poco rato todos los comensales, incluido el bisabuelo, estaban recitando, y cuando todos a la vez pronunciaron aquellas palabras grandiosas y esperanzadoras de que *el gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo no desaparecerá de la faz de la tierra*, la familia lanzó una ovación como jamás se había oído en aquella sala.

No cabe duda de que era así como Abraham Lincoln había querido que se recitara su discurso. No con un niño de pie junto a la cabecera de una mesa, solo y con una americana que le picaba, sino con cuatro generaciones de una familia declamando al unísono.

Qué pena que su padre no hubiese podido estar allí aquel día, pensó Woolly, y se enjugó una lágrima con la palma de la mano. Qué pena que su padre no pudiera estar con él ahora.

Cuando Woolly terminó de combatir su melancolía y presentarle sus respetos al presidente, volvió por donde había llegado. Esta vez, cuando llegó a la fuente, puso cuidado en rodearla en sentido contrario a las agujas del reloj hasta que llegó al sexto camino.

Ningún sendero es idéntico en ambas direcciones, y a medida que avanzaba Woolly empezó a preguntarse si se habría equivocado. Quizá hubiese contado mal el número de senderos

cuando había rodeado la fuente en sentido contrario a las agujas del reloj. Justo cuando estaba planteándose volver sobre sus pasos, vio al hombre del sombrero de ala ancha.

Woolly le sonrió para darle a entender que lo había reconocido, y el hombre le devolvió la sonrisa. Aun así, cuando lo saludó con la mano, el hombre no le devolvió el saludo, sino que metió las manos en los holgados bolsillos de su holgada chaqueta y acto seguido formó un círculo con los brazos a la altura del pecho poniendo el puño de la mano derecha sobre su hombro izquierdo y el puño de la mano izquierda sobre su hombro derecho. Intrigado, Woolly vio que el hombre empezaba a deslizar las manos a lo largo del brazo opuesto, hacia las muñecas, dejando por el camino, a intervalos de unos dos centímetros, unos pequeños objetos blancos.

—Son palomitas de maíz —dijo Woolly con asombro.

Tras repartir las palomitas de maíz desde los hombros hasta las muñecas, muy lentamente el hombre empezó a abrir los brazos hasta que quedaron extendidos hacia los lados, como un... como un...

¡Como un espantapájaros!, comprendió Woolly. Por eso el hombre del sombrero de ala ancha le había resultado tan familiar: porque era exactamente igual que el espantapájaros de la esquina inferior izquierda del mapa del mantel individual.

Sin embargo, aquel hombre no era ningún espantapájaros. Era lo contrario de un espantapájaros. Porque, en cuanto hubo extendido los brazos por completo, todos los gorrioncillos que rondaban por allí empezaron a revolotear y a quedarse suspendidos cerca de sus brazos.

Mientras los gorriones picoteaban las palomitas de maíz, dos ardillas escondidas debajo de un banco corretearon hacia los pies del caballero. Woolly, con los ojos como platos, creyó por un momento que iban a trepar por él como si fuera un árbol. Pero las ardillas, que sabían lo que hacían, esperaron a que los

gorriones dejaran caer de vez en cuando una palomita de maíz al suelo.

Tengo que acordarme de contarle todo esto a Duchess, pensó mientras se alejaba de allí.

Porque el pajarero de Liberty Park parecía uno de aquellos artistas de vodevil de los que tanto hablaba Duchess.

Pero, en cuanto Woolly salió a la calle, la gozosa imagen del pajarero plantado con los brazos extendidos se vio remplazada por la imagen mucho menos gozosa de un agente de policía plantado detrás del coche de Emmett llevando un taco de multas en la mano.

Emmett

Emmett se despertó con la vaga percepción de que el tren no se movía. Miró la hora en el reloj de Billy y vio que eran poco más de las ocho. Ya debían de haber llegado a Cedar Rapids.

Se levantó sin hacer ruido para no despertar a su hermano, trepó por la escalerilla y sacó la cabeza por la trampilla del techo. Miró hacia atrás y comprobó que el tren estaba en un apartadero y que le habían añadido como mínimo veinte furgones.

De pie en la escalerilla, con la cara expuesta al frío aire matutino, a Emmett ya no lo soliviantaban los recuerdos. Ahora lo soliviantaba el hambre. Lo único que había comido desde que había salido de Morgen era el sándwich que su hermano le había dado en la estación. Por lo menos Billy había tenido el buen juicio de desayunar en el orfanato cuando se lo habían ofrecido. Según los cálculos de Emmett, todavía faltaban treinta horas para llegar a Nueva York, y lo único que llevaban en la mochila de Billy era una cantimplora de agua y las últimas galletas de Sally.

Pero el mendigo no sólo le había explicado a Emmett que pararían unas horas en un apartadero privado de las afueras de Cedar Rapids, también había añadido que era probable que General Mills, la fábrica de cereales para el desayuno, enganchara unos cuantos furgones a la cola del tren, furgones llenos hasta arriba de cajas de cereales.

Emmett bajó la escalerilla y despertó a su hermano con suavidad.

—El tren va a parar un rato aquí, Billy. Voy a ver si

encuentro algo para comer.

—Vale, Emmett.

Billy siguió durmiendo. Su hermano trepó por la escalerilla y salió por la trampilla. Al no ver señales de vida en ningún sentido de las vías, comenzó a dirigirse hacia la parte trasera del tren. Sabía que los furgones de General Mills debían de estar cerrados con llave si iban cargados. Su única esperanza era que se les hubiera olvidado cerrar alguna trampilla. Imaginó que tenía menos de una hora hasta que el tren volviera a ponerse en marcha, así que avanzó tan rápido como pudo, saltando del techo de un furgón al otro.

Sin embargo, cuando llegó al último furgón vacío de Nabisco se detuvo. A lo lejos veía los techos planos de los furgones de General Mills, pero el techo de los dos que tenía ahora por delante era curvado como en los vagones de pasajeros.

Tras vacilar un momento, Emmett se dejó caer en la estrecha plataforma del primero de esos dos vagones y se asomó a la ventanita de la puerta. Las cortinas corridas al otro lado del cristal oscurecían casi todo el interior, pero lo poco que se veía era prometedor: aquello parecía el salón de un coche privado muy bien equipado tras una noche de celebraciones. Detrás de un par de butacas con el respaldo orientado hacia él, asomaba una mesita repleta de vasos vacíos, una botella de champán boca abajo dentro de una cubitera de hielo y un pequeño bufet con restos de comida. Los pasajeros debían de estar en las cabinas del coche cama contiguo.

Abrió la puerta y entró sin hacer ruido. Mientras se situaba, vio que los de la fiesta habían dejado el vagón hecho un desastre. Esparcidos por el suelo había plumas de una almohada reventada, panecillos y uvas, como si los hubieran usado de munición en una pelea. Había un reloj de pie sin manecillas y con el cristal de la esfera abierto. Y profundamente dormido en un diván junto al bufet, había un

hombre de veintitantos años con un esmoquin sucio y rayas rojas de apache en las mejillas.

Emmett se planteó salir del vagón y seguir avanzando por el techo, pero no se le iba a presentar otra ocasión mejor que aquélla. Sin quitarle los ojos de encima al durmiente, pasó con cautela entre las dos butacas. En el bufet había un cuenco de fruta, hogazas de pan, trozos de queso y un jamón empezado. También había un tarro de kétchup volcado que sin duda había servido como pintura de guerra. Encontró en el suelo la funda de la almohada reventada, se apresuró a llenarla con comida suficiente para dos días y la hizo girar sujetándola por un extremo para asegurarla. Luego le echó un último vistazo al pasajero que dormía y se volvió hacia la puerta.

—Ah, camarero...

Repantigado en una de las butacas había otro hombre con esmoquin.

Emmett sólo se había fijado en el pasajero dormido y había pasado junto a aquel otro sin verlo, lo que era aún más sorprendente dado su tamaño. Debía de medir un metro ochenta y pesar noventa kilos. No llevaba pinturas de guerra, pero una loncha de jamón asomaba del bolsillo de su chaqueta como si fuese un pañuelo.

Con los ojos entreabiertos, el juerguista levantó una mano y, despacio, desplegó un dedo para señalar algo del suelo.

—Si fuera tan amable...

Emmett miró hacia donde el hombre le indicaba y vio una botella mediada de ginebra tirada en el suelo. Dejó la funda de almohada, cogió la botella y se la dio al juerguista, que la recibió con un suspiro.

—Llevo casi una hora sin quitarle la vista de encima a esta botella, analizando las diversas estratagemas que podían ayudarme a hacerme con ella. Las he acabado descartando todas, una por una, por descabelladas, por imprudentes o

porque desafiaban las leyes de la gravedad. Al final he recurrido al último recurso que le queda a un hombre cuando quiere conseguir algo y ha agotado todas las posibilidades de conseguirlo por sí mismo, es decir: he rezado. He rezado a san Bartolomé y san Fernando, los santos patronos de los vagones *pullman* y las botellas caídas. Y un ángel celestial ha descendido sobre mí.

Miró a Emmett con una sonrisa de agradecimiento, pero de pronto puso cara de sorpresa.

—¡Usted no es el camarero!

—No, soy un guardafrenos —mintió Emmett.

—Le estoy agradecido de todas formas.

El juerguista se volvió hacia la izquierda, cogió una copa de martini de una mesita redonda y, con mucho cuidado, empezó a llenarla de ginebra. Mientras lo hacía, Emmett se fijó en que la aceituna del fondo de la copa tenía clavado el minutero del reloj.

Tras llenar la copa, el borracho miró a Emmett.

—¿Puedo invitarlo a...?

—No, gracias.

—De servicio, supongo.

Alzó un instante la copa hacia Emmett, la vació de un trago y luego la miró con remordimiento.

—Ha hecho bien en rechazarla. Esta ginebra está insoportablemente tibia. Criminalmente, diría yo. Aun así...

Rellenó la copa y volvió a llevársela a los labios, pero esta vez no llegó a beber y miró a Emmett con gesto de preocupación.

—No sabrá dónde estamos, por casualidad.

—En las afueras de Cedar Rapids.

—¿Iowa?

—Sí.

—¿Y la hora?

—Las ocho y media.

—¿De la mañana?

—Sí, de la mañana —confirmó Emmett.

El borracho empezó a inclinar la copa, pero se detuvo de nuevo.

—No será jueves por la mañana, ¿verdad?

—No, es martes —dijo Emmett, tratando de controlar su impaciencia.

El borracho suspiró aliviado y se inclinó hacia el hombre que dormía en el diván.

—¿Ha oído usted eso, señor Packer?

Como Packer no respondía, el juerguista dejó la copa, se sacó un panecillo de un bolsillo de la chaqueta y se lo lanzó apuntándolo a la cabeza.

—Le pregunto si ha oído usted eso.

—¿Si he oído qué, señor Parker?

—Que todavía no es jueves.

Packer rodó sobre sí mismo y se puso mirando hacia la pared.

—El niño que nazca un miércoles padecerá percances, pero al que nazca un jueves no habrá quien lo alcance.

Parker se quedó mirando a su acompañante con gesto pensativo y luego se inclinó hacia Emmett.

—Entre nosotros: el señor Packer también es insoportablemente tibio.

—Lo he oído —le dijo Packer a la pared.

Parker lo ignoró y siguió haciéndole confidencias a Emmett.

—En general no me preocupo mucho por cosas como los días de la semana, pero el señor Packer y yo compartimos un deber sagrado. Porque, profundamente dormido en la cabina de al lado, está ni más ni menos que Alexander Cunningham III, el amado nieto del propietario de este lujoso vagón. Y hemos jurado que devolveremos al señor Cunningham a Chicago, en

concreto ante las puertas del Racquet Club (*racquet* con una *q*, fíjate bien), el jueves no más tarde de las seis, para poder entregárselo sano y salvo...

—... a sus captores —dijo Packer.

—A su prometida —lo corrigió Parker—. Y no es un deber que deba tomarse a la ligera, señor guardafrenos. Porque el abuelo del señor Cunningham es el propietario de furgones refrigerados más importante de Estados Unidos y el abuelo de la novia es el productor más importante de salchichas. Supongo que comprenderá la importancia de que llevemos a tiempo al señor Cunningham a Chicago.

—El futuro del desayuno estadounidense depende de ello —dijo Packer.

—Ya lo creo —coincidió Parker—, ya lo creo.

A Emmett lo habían educado para no menospreciar a nadie. Si menospreciabas a alguien, afirmaba su padre, estabas dando por hecho que sabías tanto sobre su suerte, sus intenciones y su comportamiento público y privado que podías comparar su carácter con el tuyo sin temor a errar tu juicio. Pero mientras observaba al que se llamaba Parker vaciar otra copa de ginebra tibia y a continuación arrancar la aceituna del minutero con los dientes, Emmett no pudo evitar evaluar a aquel hombre y hallarlo deficiente.

En Salina, una de las historias que a Duchess más le gustaba contar —cuando trabajaban en los campos o pasaban el rato en los barracones— era la del profesor Heinrich Schweitzer, un artista que se hacía llamar Maestro de Telequinesis.

Cuando se abría el telón, el profesor aparecía en medio del escenario sentado ante una mesita con un mantel blanco, un servicio completo para uno y una vela apagada. Entonces salía un camarero de entre las bambalinas, le servía un bistec al profesor, le llenaba la copa de vino y encendía la vela. Cuando el camarero se marchaba, el profesor, con parsimonia, comía

un poco de bistec, bebía un poco de vino y clavaba el tenedor en la carne, y todo eso sin decir una palabra. Después de limpiarse los labios con una servilleta, levantaba la mano con el pulgar y el índice separados. Cuando juntaba poco a poco los dedos, la llama de la vela chisporroteaba y se apagaba dejando una fina voluta de humo. A continuación el profesor miraba fijamente su vino hasta que éste hervía y se desbordaba de la copa. Cuando miraba su plato, la mitad superior del tenedor se doblaba hasta formar un ángulo de noventa grados. Llegados a este punto el público, al que habían advertido que debía permanecer en silencio absoluto, empezaba a murmurar con asombro e incredulidad. El profesor alzaba una mano y los acallaba. Luego cerraba los ojos, se concentraba y orientaba las palmas de las manos hacia la mesa. Al cabo de unos instantes, la mesa comenzaba a temblar de tal modo que se oía el golpeteo de las patas contra el suelo del escenario. Entonces el profesor abría los ojos y, con un movimiento seco, desplazaba las manos hacia la derecha y el mantel salía volando por los aires, dejando intactos el plato, la copa de vino y la vela.

Toda la actuación era un engaño, por supuesto: una elaborada ilusión conseguida mediante cables invisibles, electricidad y chorros de aire. ¿Y el profesor Schweitzer? Según Duchess, era un polaco de Poughkeepsie cuyos conocimientos de telequinesis no llegaban ni para que dejase caer un martillo en su propio pie.

No, pensó Emmett con cierta amargura, los Schweitzer de este mundo no podían desplazar objetos con una mirada ni con un ademán. Ese poder les estaba reservado a los Parker.

Con toda probabilidad, a Parker nunca le habían dicho que tenía el poder de la telequinesis, pero no hacía falta. La había aprendido a base de practicar desde niño, cuando pedía un juguete que había visto en el escaparate de una tienda o un helado del carrito del parque. La experiencia le había enseñado

que, si deseaba algo con suficiente empeño, tarde o temprano aparecería en sus manos, aunque se desafiaran las leyes de la gravedad. ¿Con qué, sino con desdén, puede uno mirar a un hombre que, en posesión de ese extraordinario poder, lo utiliza para recuperar los restos de una botella de ginebra del otro extremo de una habitación sin necesidad de levantarse de la silla?

Eso estaba pensando Emmett cuando se oyó un débil zumbido y el reloj sin manecillas empezó a dar la hora. Emmett miró el reloj de Billy y, al ver que ya eran las nueve, sintió que lo invadía la ansiedad. No había calculado bien el tiempo transcurrido. El tren podía arrancar en cualquier momento.

Cuando cogió la funda de almohada del suelo, Parker desvió la mirada hacia él.

—No se marcha, ¿verdad?

—Tengo que volver a la locomotora.

—¡Pero si acabamos de empezar a conocernos! Seguro que no hay tanta prisa. Venga, siéntese.

Parker estiró un brazo y acercó una butaca vacía a la suya, bloqueándole el camino hacia la puerta.

Emmett oyó un silbido de vapor a lo lejos; se soltaron los frenos y el tren empezó a moverse. Apartó la butaca vacía de un empujón y dio un paso hacia la puerta.

—¡Espere! —gritó Parker. Apoyó las manos en los brazos de la butaca y se impulsó hacia arriba. En cuanto Parker estuvo de pie, Emmett pudo apreciar que era aún más corpulento de lo que parecía. Su cabeza casi tocaba el techo del vagón; se quedó quieto un momento, oscilando, y luego se lanzó hacia delante con los brazos extendidos, como si pretendiera agarrar a Emmett por la camisa.

Emmett notó una descarga de adrenalina y tuvo la desagradable sensación de que el tiempo se repetía, y para mal. Detrás de Parker, a apenas unos palmos, estaba la mesita con

las copas vacías y la botella de champán volcada. Dada la inestabilidad de Parker, Emmett supo en el acto que podía tumbarlo como el tronco de un árbol recién talado con sólo darle un empujoncito en el esternón. El azar volvía a presentarle otra oportunidad para frustrar todos sus planes de futuro en un instante.

Pero con una agilidad sorprendente de pronto Parker le metió un billete de cinco dólares doblado en el bolsillo de la camisa, antes de retroceder y dejarse caer en su butaca.

—Con mi más sincero agradecimiento —dijo Parker mientras Emmett salía por la puerta.

Con la funda de almohada fuertemente agarrada en una mano, Emmett trepó por la escalerilla, recorrió todo el techo del furgón y saltó al furgón siguiente, tal como había hecho aquella misma mañana.

Sólo que el tren se había puesto en marcha y se zarandeaba un poco de derecha a izquierda. Y estaba ganando velocidad. Calculó que no iba a más de treinta kilómetros por hora, pero al saltar de un furgón a otro había notado la fuerza del aire que le venía de cara. Si el tren alcanzaba los cincuenta kilómetros por hora, tendría que correr mucho para salvar el hueco entre los dos furgones, y si alcanzaba los setenta no estaba seguro de poder saltarlo.

Empezó a correr.

No recordaba cuántos furgones había recorrido aquella mañana antes de llegar al vagón *pullman*. Cada vez más angustiado, miró hacia delante para ver si podía identificar el que tenía la trampilla abierta. En lugar de eso vio que un kilómetro más allá el tren comenzaba a curvarse siguiendo el trazado de las vías.

Aunque los que estaban fijos eran los raíles y lo que se movía era el tren, desde el punto de vista de Emmett era la curva lo que parecía desplazarse, lo que avanzaba rápidamente hacia el

tren de mercancías, lo que se dirigía hacia él de manera inexorable, como se desplaza la distensión a lo largo de una cuerda cuando se ha sacudido uno de sus extremos.

Emmett corrió tan aprisa como pudo con la esperanza de alcanzar el siguiente furgón antes de que llegase la curva, pero la curva corría más de lo que él había calculado, y pasó por debajo de sus pies justo cuando él dio el salto. Como el furgón se zarandeaba, él cayó mal y salió despedido hacia delante, y al instante se encontró atravesado en el techo, con un pie colgando por el borde.

Decidido a no soltar la funda de almohada, estiró la mano libre para asir algo, lo que fuese. A tientas, se agarró a un relieve metálico y se arrastró hacia el centro del techo.

Sin incorporarse, fue retrocediendo muy despacio hacia el espacio entre los dos furgones que acababa de saltar. Buscó la escalerilla exterior tanteando con los pies, se deslizó un poco más hacia atrás, bajó del techo del furgón y se derrumbó en la estrecha plataforma, con la respiración entrecortada a causa del agotamiento y sintiéndose culpable.

¿En qué estaría pensando? ¿Cómo se le ocurría saltar de un furgón a otro? Habría podido caerse del tren. Y entonces, ¿qué habría sido de Billy?

El tren ya circulaba como mínimo a ochenta kilómetros por hora. En algún momento, durante la próxima hora, reduciría la velocidad, y entonces Emmett podría volver a su furgón sin jugarse la vida. Miró el reloj de su hermano, pero vio que el cristal de la esfera se había roto y el segundero no se movía.

Pastor John

Al ver que había alguien dormido en el furgón, el pastor John estuvo a punto de pasar de largo. Cuando uno tiene mucho camino por delante, la compañía es un bien muy valioso. En un furgón de mercancías, las horas son largas y las comodidades escasas, y todos, hasta los vagabundos, tienen alguna historia para instruirte o entretenerte. No obstante, desde que Adán salió del Edén, el pecado se esconde en el corazón de los hombres e incluso los predispuestos a ser mansos y bondadosos pueden de pronto tornarse codiciosos y crueles. Así que, cuando un viajero precavido lleva consigo media pinta de whisky y dieciocho dólares ganados con el sudor de su frente, la prudencia le aconseja descartar los beneficios de la camaradería y pasar las horas dedicándose atención a sí mismo.

Eso estaba pensando el pastor John cuando vio que el desconocido se incorporaba, encendía una linterna y dirigía su estrecho haz de luz hacia las páginas de un grueso libro, revelando que no era más que un crío.

Un niño que se ha escapado de su casa, pensó el pastor John, sonriendo para sí.

Seguro que se había peleado con sus padres y se había largado con la bolsa al hombro imitando a Tom Sawyer, pues por algo era un pequeño lector. Para cuando llegase a Nueva York, el crío estaría deseando que lo descubrieran y que las autoridades lo devolviesen a su casa, donde lo recibirían los severos reproches de su padre y el cálido abrazo de su madre.

Pero Nueva York todavía estaba a un día de viaje, y aunque los niños pueden ser impetuosos, inexpertos e ingenuos, poseen

cierta inteligencia práctica. Porque, mientras que un adulto que se marcha tras una discusión acalorada suele hacerlo con lo puesto, un niño que se escapa de su casa siempre tiene la previsión de llevarse un bocadillo. O incluso un poco del pollo frito que sobró de la cena y que su madre guardó. Y luego estaba la linterna. ¿Cuántas veces, sólo en el año pasado, le habría parecido al pastor John providencial tener una linterna a mano? Más de las que podía contar.

—Vaya, vaya, ¿a quién tenemos aquí?

Sin esperar respuesta, el pastor John bajó por la escalerilla y se sacudió el polvo de las rodillas. El niño había mirado hacia arriba sorprendido, pero tuvo la delicadeza de no dirigir el haz de su linterna hacia la cara del recién llegado.

—Para los peones del Señor, las horas son largas y las comodidades escasas. Yo, al menos, agradecería un poco de compañía. ¿Te importa que me acerque a tu fuego?

—¿A mi fuego? —preguntó el niño.

El pastor John señaló la linterna.

—Perdóname. Hablaba en sentido figurado. Es uno de los gajes del oficio de los clérigos. Pastor John, a tu servicio.

Cuando John le ofreció la mano, el niño se levantó y se la estrechó como un caballerito.

—Me llamo Billy Watson.

—Es un placer conocerte, William.

Aunque la desconfianza es tan antigua como el pecado, Billy la disimuló muy bien, pero sí mostró una curiosidad razonable.

—¿Es usted un pastor de verdad?

El pastor John sonrió.

—No acatan mis órdenes las campanas de ningún campanario, amigo mío. Igual que mi tocayo Juan el Bautista, mi iglesia es la carretera, y mi congregación, el común de los mortales. Pero sí, dudo que conozcas a ningún pastor más real que yo.

—Es usted el segundo religioso que conozco en dos días —declaró el niño.

—No me digas.

—Ayer, en Lewis, conocí a la hermana Agnes de St. Nicholas. ¿Usted la conoce?

—He conocido a muchas hermanas en mi vida, pero creo que no tengo el placer de conocer a ninguna llamada Agnes —dijo el pastor saboreando él solo su agudeza.

Sonrió al niño y, a continuación, se tomó la libertad de sentarse. Cuando Billy se sentó también, él le expresó su admiración por la linterna y le preguntó si le dejaba verla. Sin dudarlo ni un segundo, el niño se la entregó.

—Es una linterna de excedente militar. De la Segunda Guerra Mundial —explicó.

Fingiendo que se maravillaba del haz de la linterna, el pastor John aprovechó para examinar el resto del furgón y se llevó una grata sorpresa al comprobar que la bolsa del niño era más grande de lo que le había parecido al principio.

—La primera creación del Señor —le comentó satisfecho, mientras devolvía la linterna a su dueño.

Una vez más, el crío lo miró con curiosidad. A modo de explicación, el pastor John citó el versículo.

—*Y dijo el Señor: Hágase la luz, y la luz se hizo*.

—Pero antes que nada Dios creo los cielos y la tierra. ¿No sería la luz su tercera creación?

El pastor John carraspeó.

—Tienes toda la razón, William. Al menos, técnicamente hablando. Sea como sea, creo que podemos afirmar que al Señor le satisface enormemente que, después de ver que su tercera creación se había empleado para beneficio de los hombres en la guerra, el artilugio haya encontrado una segunda vida al servicio de la educación de un niño.

Esa satisfactoria observación hizo callar al chiquillo, y el

pastor John se quedó mirando su bolsa con considerable anhelo.

El día anterior, en las afueras de Cedar Rapids, el pastor John había estado predicando la palabra del Señor entre los asistentes a una reunión itinerante de revitalización de la fe. Si bien el pastor no participaba oficialmente en la reunión, el público quedó tan prendado de su vehemente retórica que predicó desde el amanecer hasta el ocaso sin siquiera descansar para tomarse un refrigerio. Al anochecer, cuando la gente empezó a recoger las tiendas, el pastor John había planeado retirarse a una taberna cercana donde una joven y adorable miembro del coro metodista había accedido a reunirse con él para cenar y tomarse, quizá, una copa de vino. Pero resultó que el director del coro de la chica era también su padre, y una cosa condujo a la otra, y el pastor John se vio obligado a partir antes de lo previsto. Por eso, desde que se había sentado con el niño, estaba impaciente por que llegara el momento de compartir el pan.

Aun así, en un furgón vacío la etiqueta es tan importante como en la mesa de un obispo. Y la etiqueta de la carretera exigía que un viajero conociese un poco a otro antes de compartir su comida con él. Con esa intención, el pastor John tomó la iniciativa.

—Dime, joven: ¿qué es eso que estás leyendo?

—El *Compendio de héroes, aventureros y otros viajeros intrépidos del profesor Abacus Abernathe*.

—¡Qué interesante! ¿Me permites?

El niño le entregó de nuevo una de sus posesiones sin la más leve vacilación. Un cristiano de pies a cabeza, pensó el pastor John mientras abría el libro. Buscó el índice y vio que, en efecto, era más o menos un compendio de héroes.

—No cabe duda de que has emprendido tu propia aventura —dijo John.

El niño asintió con brío por toda respuesta.

—No me lo digas. Deja que lo adivine.

El pastor John miró hacia abajo y pasó un dedo por la lista.

—Mmm... Veamos... Sí, sí. —Sonrió y dio unos golpecitos en la hoja, antes de mirar otra vez al niño—. Sospecho que vas a circunnavegar la tierra en ochenta días, ¡como Phileas Fogg!

—No. No voy a circunnavegar la tierra —dijo el niño.

El pastor John volvió a examinar el índice.

—¿Planeas surcar los siete mares como Simbad?

El niño volvió a decir que no.

Durante el grave silencio que se produjo a continuación, el pastor John se acordó de lo rápido que se aburre uno con los juegos infantiles.

—Tú ganas, William. Me rindo. ¿Por qué no me dices cuál es el destino de tu aventura?

—California.

El pastor John arqueó las cejas. ¿Debía revelarle al crío que, de todas las direcciones en las que podía haber elegido viajar, había escogido la que tenía menos probabilidades de llevarlo hasta California? Con toda seguridad, esa información sería valiosa para el niño, pero tal vez también lo desconcertara. ¿Y qué beneficio podía aportar eso?

—¿California, dices? Un destino excelente. Me imagino que te diriges allí con la esperanza de encontrar oro. —El pastor sonrió de modo alentador.

—No, no me dirijo a California con la esperanza de encontrar oro —replicó el niño repitiendo como un loro las palabras del pastor John.

Esperó a que el niño le diera más detalles, pero, por lo visto, no era aficionado a darlos. De todos modos, pensó el pastor John, ya habían conversado bastante.

—Sea cual sea el destino al que viajamos y sean cuales sean las razones, me considero afortunado por hallarme en

compañía de un joven con conocimiento de las Escrituras y espíritu aventurero. Lo único que faltaría para que nuestro viaje fuera perfecto...

El pastor hizo una pausa y el niño se quedó mirándolo con expectación.

—... sería algo que mordisquear mientras pasamos el rato conversando.

El pastor John sonrió con anhelo. Ahora le tocaba a él poner cara de expectación.

Pero el niño no pestañeó.

Mmm, pensó el pastor John. ¿Estaría andándose con reservas el joven William?

No, no era uno de ésos. Cándido como era, habría compartido un sándwich de haberlo tenido. Por desgracia, seguramente ya se había comido ese sándwich que había tenido la sensatez de meter en su bolsa. Porque los niños que se escapaban de casa, así como tenían la inusual previsión de llevarse algo de comida, carecían de la autodisciplina necesaria para racionarla.

El pastor John frunció el entrecejo.

A los presuntuosos, el Señor les brinda la caridad en forma de decepción. Ésa era una lección que John había enseñado muchas veces, bajo muchas carpas, ante numerosas almas y causando un gran efecto. Sin embargo, cada vez que tropezaba con esas enseñanzas en el curso de sus propias interacciones, siempre se llevaba una desagradable sorpresa.

—Creo que deberías apagar la linterna, para que no se gasten las pilas —dijo el pastor John con cierto resentimiento.

El niño consideró que aquélla era una sugerencia sensata, así que cogió su linterna y la apagó. Pero al agarrar su bolsa para guardarla emanó de ella un delicado sonido.

Al oírlo, el pastor John se enderezó un poco y dejó de fruncir el ceño.

¿Que si reconoció aquel sonido? Pues sí: era un sonido tan familiar, tan inesperado y tan bienvenido que estimuló todas las fibras de su ser, igual que el susurro de un ratón de campo entre las hojas de otoño estimula los sentidos de un gato. Porque lo que había emanado de la bolsa era un inconfundible tintineo de monedas.

Mientras el niño guardaba la linterna, el pastor John vio la tapa de una lata de tabaco y oyó los musicales movimientos de las monedas de dentro. Y no eran centavos y níqueles, cuidado, que se anuncian con un sonido adecuadamente pobre. Aquello eran, casi con toda seguridad, monedas de plata de un dólar o de cincuenta centavos.

Dadas las circunstancias, el pastor John sintió el impulso de sonreír, de reír, hasta de cantar. Pero él era, por encima de todo, un hombre con experiencia. De modo que le ofreció al niño la seductora sonrisa de un viejo conocido.

—¿Qué es eso que tienes ahí, joven William? ¿Una lata de tabaco? No me irás a decir que te das el gusto de fumar cigarrillos, ¿verdad?

—No, pastor. No fumo cigarrillos.

—Gracias a Dios. Pero entonces, dime, ¿por qué cargas con esa lata tan grande?

—Es donde guardo mi colección.

—¡Vaya, una colección! ¡Con lo que a mí me gustan las colecciones! ¿Me la enseñas?

El niño sacó la lata de su bolsa, pero, si bien no había tenido ningún reparo en compartir su linterna ni su libro, se mostró claramente reacio a exhibir su colección.

El pastor volvió a preguntarse si el joven William no sería menos inocente de lo que aparentaba. Pero entonces siguió la dirección de la mirada del niño hacia el suelo basto y polvoriento del furgón y comprendió que, si dudaba, era porque no creía que aquella superficie fuese la adecuada.

Era completamente lógico, concedió John, que un coleccionista de porcelana fina o manuscritos antiguos fuese escrupuloso con las superficies sobre las que se posaban sus valiosas posesiones. Sin embargo, cuando se trata de monedas de metal, cualquier superficie es válida. Al fin y al cabo, a lo largo de su vida una moneda viaja del cofre de un magnate a la palma de un mendigo y de nuevo al cofre infinidad de veces. Se encuentra en mesas de póquer y en cepillos de iglesia. Viaja hasta el frente en la bota de un patriota y se pierde entre los cojines aterciopelados del dormitorio de una joven. Así es: una moneda normal y corriente ha circunnavegado la tierra y ha surcado los siete mares.

Aquellos escrúpulos no estaban justificados. Las monedas serían tan aptas para cumplir su cometido después de haberlas esparcido por el suelo de un furgón de carga como el día que las acuñaron en la casa de la moneda. Lo único que necesitaba el niño era un poco de estímulo.

—Déjame ayudarte —dijo John.

Cuando el pastor alargó el brazo, el niño, todavía con la lata en las manos y la mirada en el suelo, se echó hacia atrás.

Y como los reflejos son como son, el brusco movimiento hacia atrás del chiquillo hizo que el pastor se impulsara hacia delante.

Ahora los dos tenían las manos en la lata.

El pequeño mostró una determinación casi admirable cuando abrazó la lata contra el pecho, pero la fuerza de un crío no puede rivalizar con la de un adulto, y al cabo de un momento el pastor se había hecho con la lata. John la apartó hacia un lado con la mano derecha mientras con la izquierda empujaba el pecho del niño para mantenerlo a raya.

—Ten cuidado, William —le advirtió.

Pero resultó que no habría hecho falta que dijese nada. Porque el niño ya no intentaba reclamar la lata ni su contenido;

ahora, como quien ha sido poseído por el espíritu del Señor, sacudía la cabeza y articulaba frases incoherentes, en apariencia ajeno a su entorno. Sujetaba la bolsa en el regazo y, pese a estar claramente agitado, trataba de contenerse.

—Vamos a ver qué hay aquí dentro —dijo satisfecho el pastor John.

Abrió la tapa y volcó el contenido de la lata; y así como, mientras había estado dentro del recipiente, su movimiento había producido un agradable tintineo, el ruido que hizo al derramarse por el duro suelo de madera recordó el sonido de una tragaperras Liberty Bell ofreciendo las ganancias. Con la yema de los dedos y con sumo cuidado, el pastor John esparció las monedas por el suelo. Había por lo menos cuarenta y todas eran dólares de plata.

—¡Alabado sea el Señor! —exclamó.

Pues no cabía duda de que había sido la divina providencia la que había puesto aquel regalo en sus manos.

Le echó un vistazo rápido a William y se alegró de encontrarlo todavía sumido en ese estado de autocontención. Eso permitía a John centrarse en aquel dinero caído del cielo. Cogió uno de los dólares y lo inclinó hacia la luz matutina que empezaba a entrar por la trampilla.

—1886 —susurró.

Se apresuró a coger otra moneda del montón. Y luego otra, y otra. 1898. 1905. 1909. 1912. ¡1882!

El pastor John miró al niño con renovada admiración, pues el pequeño no había hablado con frivolidad al afirmar que el contenido de la lata era una colección. Aquello no eran simplemente los ahorros de un niño de pueblo. Era una muestra reunida con tesón de dólares de plata estadounidenses acuñados en diferentes años, algunos de los cuales probablemente valdrían más de un dólar. Quizá mucho más que un dólar.

¿Quién sabía cuánto podía valer aquel montoncito de monedas?

El pastor John no, desde luego. Pero en Nueva York no le costaría mucho averiguarlo. Los judíos de la calle 47 sí sabrían su valor, y seguramente les interesaría comprarlas. Tal vez hubiera información en algún sitio sobre el valor de aquellas monedas. Sí, eso era. Siempre había información sobre el valor de los artículos que a los coleccionistas les gustaba coleccionar. Y se daba la afortunada circunstancia de que la Biblioteca Pública de Nueva York se encontraba justo en la esquina de la calle donde los judíos ejercían su profesión.

El niño, que llevaba un buen rato repitiendo una y otra vez la misma palabra en voz baja, estaba empezando a subir la voz.

—Tranquilo —le advirtió el pastor John.

Sin embargo, cuando miró al niño —meciéndose con la bolsa en el regazo, lejos de casa, hambriento y viajando en la dirección equivocada—, el pastor John sintió una punzada de compasión cristiana. En un momento de euforia, había imaginado que Dios le había enviado a aquel niño. Pero ¿y si era al revés? ¿Y si Dios lo había enviado a él al niño? No el Dios de Abraham, que prefiere fulminar a un pecador antes que llamarlo a su lado, sino el Dios de Jesucristo. O el propio Jesucristo, quien nos aseguró que, por muchas veces que nos extraviáramos, siempre encontraríamos el perdón e incluso la redención si redirigíamos nuestros pasos hacia la senda de la virtud.

Quizá su misión fuese ayudar al niño a vender su colección. Acompañarlo hasta la ciudad y negociar con los judíos en su nombre para asegurarse de que no se aprovechaban de él. Luego lo llevaría a Pennsylvania Station y lo dejaría en el tren a California. A cambio, John tan sólo pediría una ofrenda simbólica. Un diezmo, podríamos decir. Pero bajo el alto techo de la estación, rodeado de otros viajeros, ¡el niño se empeñaría

en que se repartiesen aquel dinero a partes iguales!

El pastor John sonrió mientras imaginaba todo eso.

Pero ¿y si el niño cambiaba de idea?

¿Y si en una de las tiendas de la calle 47 de pronto se negaba a vender su colección? ¿Y si abrazaba la lata contra el pecho con la misma fuerza con la que ahora abrazaba su bolsa y proclamaba que las monedas eran suyas? ¡Ay, cómo les gustaría eso a los judíos! ¡Cómo disfrutarían con la oportunidad de llamar a la policía, señalar al pastor con el dedo y hacer que se lo llevaran detenido!

No. Si el Señor había intervenido, era para enviarle a aquel niño a él, y no al revés.

Miró a William y negó con la cabeza casi con compasión.

Pero acto seguido el pastor John no pudo evitar fijarse en lo fuerte que el niño agarraba su bolsa. La tenía pegada al pecho y la rodeaba con ambos brazos, con las rodillas dobladas y la barbilla hacia abajo, como si pretendiera volverse invisible.

—Dime, William, ¿qué más llevas en esa bolsa?

Sin levantarse ni aflojar su presa, el niño empezó a deslizarse hacia atrás por el rugoso y polvoriento suelo del furgón.

Sí, se dijo el pastor. Mira cómo se la lleva, bien apretada contra el pecho. En esa bolsa hay algo más, y yo descubriré qué es, cueste lo que cueste.

El pastor John se levantó y, justo entonces, se oyó el chirrido de las ruedas metálicas del tren, que empezaban a moverse.

Perfecto, pensó. Primero le quitaría la bolsa y luego lo quitaría a él de en medio tirándolo del furgón. Entonces podría viajar hasta Nueva York dedicándose atención a sí mismo y con aquellos cien dólares o más en el bolsillo.

Con los brazos extendidos, el pastor John dio un pasito adelante a la vez que el niño chocaba contra la pared. Cuando el pastor dio otro paso más, el niño empezó a deslizarse hacia la derecha, hasta que se encontró encajado en el rincón y sin

escapatoria.

El pastor John suavizó el tono, que pasó de la acusación a la explicación.

—Ya veo que no quieres que mire en tu bolsa, William. Pero tengo que hacerlo porque es la voluntad del Señor.

El niño, que continuaba negando con la cabeza, cerró los ojos como aquel que admite que se aproxima algo inevitable pero no quiere presenciar su llegada.

Despacio, John se agachó, cogió la bolsa y empezó a tirar de ella. Pero el niño la tenía bien sujeta. Tan bien sujeta que al levantarla se dio cuenta de que estaba levantando también al niño.

El pastor John soltó una risita; aquella situación le parecía cómica. Bien podría ser una escena de una película de Buster Keaton.

Cuanto más fuerte tiraba el pastor John de la bolsa, con más fuerza la sujetaba el niño; y cuanto más fuerte la sujetaba el niño, menos dudas tenía el pastor John de que dentro se escondía algo de valor.

—Venga —dijo John, y su tono reveló que se le estaba agotando la paciencia.

Pero el niño, sacudiendo la cabeza y con los ojos cerrados con fuerza, se limitó a repetir su conjuro en voz más alta y clara.

—Emmett, Emmett, Emmett.

—Aquí no hay ningún Emmett —dijo John con voz tranquilizadora, pero el niño no daba señales de soltar su bolsa.

El pastor John no tuvo más remedio que pegarle.

Sí, pegó al niño. Pero lo hizo como una institutriz habría pegado a su pupilo para corregir su comportamiento y asegurarse de que prestaba atención.

Las lágrimas empezaron a resbalar por las mejillas del niño, pero él seguía sin abrir los ojos y sin aflojar las manos.

El pastor John soltó una especie de suspiro, sujetó fuertemente la bolsa con la mano derecha y llevó la izquierda hacia atrás. Esta vez pegaría al niño como su padre le pegaba a él: fuerte, en la cara y con el dorso de la mano. A veces, como a su padre le gustaba decir, para impresionar a un niño hay que dejarle una buena impresión. Pero antes de que el pastor John pudiese conferirle movimiento a la mano, oyó un golpazo a su espalda.

Sin soltar al niño, John giró la cabeza.

Plantado en el otro extremo del furgón, tras haber caído por la trampilla, había un negro de más de metro ochenta de estatura.

—¡Ulysses! —exclamó el pastor.

Ulysses se quedó un momento quieto y callado. La repentina transición de la luz a la oscuridad tal vez le hubiese impedido ver la escena que tenía ante él. Pero sus ojos se adaptaron rápido.

—Suelta al niño —dijo pausadamente.

Pero el pastor John no tenía las manos sobre el niño, sino sobre la bolsa. Sin soltarla, trató de explicar la situación tan deprisa como pudo.

—Este ladronzuelo se ha colado en el furgón mientras yo dormía como un tronco. Por suerte, me he despertado y entonces lo he visto hurgando en mi bolsa. Luego hemos forcejeado y mis ahorros se han caído al suelo.

—Suelta al niño, pastor. No voy a repetírtelo.

El pastor John miró a Ulysses y, poco a poco, soltó la bolsa.

—Tienes toda la razón. No hay razón para seguir regañándolo. Estoy seguro de que ya ha aprendido la lección. Sólo voy a recoger mis dólares y a guardarlos en mi bolsa.

Curiosamente, el niño no puso ninguna objeción.

Y no fue por miedo, aunque al pastor John le sorprendiese. Más bien al contrario: el niño, que había dejado de sacudir la

cabeza con los ojos cerrados, miraba atónito a Ulysses.

Vaya, es la primera vez que ve a un negro, pensó el pastor John.

Eso le venía de perlas. Porque antes de que el niño recobrara los sentidos, el pastor John ya habría recogido la colección del suelo. Con ese fin, se arrodilló y empezó a juntar las monedas.

—Déjalas donde están —dijo Ulysses.

Con las manos suspendidas sobre el montón de dólares, el pastor John miró a Ulysses y dijo con aire indignado:

—Sólo iba a recuperar lo que es legítimamente...

—Ni se te ocurra tocarlas —lo cortó Ulysses.

Entonces el pastor cambió de tono y se lanzó a argumentar:

—No soy un hombre avaricioso, Ulysses. A pesar de que estos dólares los he ganado con el sudor de mi frente, ¿puedo proponerte que sigamos el consejo de Salomón y nos repartamos el dinero a medias?

Nada más hacer esa propuesta, el pastor John comprendió, consternado, que Ulysses había entendido la lección al revés. Y por eso mismo quiso insistir.

—Si lo prefieres, podemos dividirlo en tres partes. Tres partes iguales: una para ti, otra para mí y otra para el niño.

Pero mientras el pastor John planteaba su propuesta, Ulysses se había acercado a la puerta del furgón, había retirado el pestillo y la había abierto deslizándola ruidosamente por el riel.

—Tú te apeas aquí —dijo Ulysses.

Cuando el pastor John había echado mano a la bolsa del niño por primera vez, el tren apenas se movía, pero en el ínterin había cogido una velocidad considerable. Fuera, las ramas de los árboles pasaban a toda velocidad hasta desdibujarse por completo.

—¿Aquí? —preguntó conmocionado—. ¿Ahora?

—Yo viajo solo, pastor. Ya lo sabes.

—Sí, recuerdo tus preferencias. Pero en un furgón de

mercancías las horas son largas y las comodidades escasas; estoy seguro de que un poco de compañía cristiana...

—Llevo más de ocho años viajando solo, sin el alivio de la compañía cristiana. Y si de repente, por alguna razón, creyera que la necesito, puedes estar seguro de que no buscaría la tuya.

El pastor John miró al niño apelando a su sentido de la caridad y con la esperanza de que saliera en su defensa, pero el niño seguía mirando atónito al negro.

—De acuerdo, de acuerdo. Cada cual tiene derecho a forjar las amistades que crea oportunas, y yo no quiero imponerte mi compañía. Voy a subir por la escalerilla, voy a salir por la trampilla y me voy a ir a otro furgón.

—No —dijo Ulysses—. Vas a salir por aquí.

El pastor John vaciló un momento, pero decidió aproximarse a la puerta en cuanto Ulysses dio un primer paso hacia él.

Fuera, el terreno no era nada acogedor. A lo largo de las vías había un terraplén cubierto de una mezcla de grava y maleza y más allá se extendía un bosque viejo y tupido. Nada indicaba la cercanía de una carretera o una población.

Al percibir a Ulysses detrás de él, el pastor John giró la cabeza y lo miró con gesto suplicante, pero el negro esquivó su mirada. Él también veía pasar los árboles a toda velocidad, y los observaba sin atisbo de remordimiento.

—Ulysses... —suplicó una vez más.

—Con mi ayuda o sin ella, pastor.

El pastor adoptó un tono de justificada indignación para decir:

—De acuerdo, de acuerdo. Saltaré. Pero antes de que salte, lo mínimo que puedes hacer es permitirme un momento de oración.

Ulysses se encogió de hombros de forma casi imperceptible.

—El salmo 23 servirá. Sí, creo que el salmo 23 es el más apropiado —dijo el pastor John con tono cortante.

Juntó las manos, cerró los ojos y empezó:

—*Jehová es mi pastor; nada me faltará. En lugares de delicados pastos me hará yacer: junto a aguas de reposo me pastoreará. Confortará mi alma; me guiará por sendas de justicia por amor de su nombre*.

El pastor recitaba el salmo despacio y en voz baja, con humildad. Pero al llegar al versículo cuarto empezó a subir la voz y a hablar con una fuerza interior que sólo poseen los soldados del Señor. Levantó una mano como si enarbolara las Escrituras sobre las cabezas de sus congregantes y prosiguió:

—*¡Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno; porque Tú estarás conmigo: tu vara y tu cayado me infundirán aliento*!

Sólo quedaban dos versículos en el salmo, pero no podían ser más idóneos. Ahora que el pastor estaba en pleno apogeo y su oratoria había alcanzado el tono óptimo, creía que la frase *Aderezarás mesa delante de mí, en presencia de mis angustiadores* le dolería a Ulysses en lo más profundo del alma. Y que con toda seguridad temblaría cuando el pastor John concluyera: *Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida: ¡y en la casa de Jehová moraré por largos días*!

Pero el pastor John nunca tuvo ocasión de entonar aquellas frases en particular, porque justo cuando se disponía a recitar esos dos últimos versículos, Ulysses le dio un empujón que lo hizo saltar por los aires.

Ulysses

Cuando Ulysses se dio la vuelta, vio que el niño blanco lo miraba abrazado con fuerza a su morral.

Ulysses señaló los dólares.

—Recoge tus cosas, hijo.

Pero el niño no se movió ni un ápice. Se quedó mirando fijamente al desconocido sin dar muestras de turbación.

Tendrá ocho o nueve años, pensó Ulysses. Algo menos de los que debe de tener ya mi hijo.

Entonces, con un tono de voz más amable, añadió:

—Ya has oído lo que le he dicho al pastor. Viajo solo. Así ha sido siempre y así seguirá siendo. En media hora el tren remontará una pendiente y reducirá la velocidad. Cuando lleguemos allí, te bajaré al suelo y no te harás daño. ¿Me has entendido?

El niño seguía mirándolo sin parpadear, como si no hubiese oído una sola palabra, y Ulysses se preguntó si sería retrasado. Pero entonces habló:

—¿Fuiste a la guerra?

A Ulysses le sorprendió la pregunta.

—Sí, fui a la guerra —dijo al cabo de un momento.

El niño dio un paso adelante.

—¿Y cruzaste un mar?

—Todos nosotros cruzamos el mar —replicó Ulysses poniéndose un poco a la defensiva.

El niño reflexionó un instante y luego dio otro paso al frente.

—¿Y dejaste atrás a una esposa y un hijo?

Ulysses, que no retrocedía ante nadie, retrocedió ante aquel

chiquillo. Retrocedió tan bruscamente que, si alguien lo hubiese visto, habría pensado que el niño lo había tocado con un cable pelado.

—¿Nos conocemos de algo? —preguntó sobresaltado.

—No. No nos conocemos. Pero me parece que sé por quién te llamas así.

—Todo el mundo sabe por quién me llamo así: por Ulysses S. Grant, comandante del ejército de la Unión, la espada inquebrantable del señor Lincoln.

—No. No es por ese Ulysses —dijo el niño negando con la cabeza.

—Me parece que lo sé mejor que tú.

El niño siguió negando, pero no con terquedad. Negaba con paciencia y bondad.

—No —insistió él—. Seguro que te llamas así por el gran Ulises.

Ulysses miró al niño con creciente incertidumbre, como quien de pronto se halla ante algo sobrenatural.

El pequeño desvió brevemente la mirada hacia el techo del furgón. Cuando volvió a mirar a Ulysses, tenía los ojos muy abiertos, como si acabara de ocurrírsele una idea.

—Puedo enseñártelo —dijo.

Se sentó en el suelo, abrió la solapa de su morral y sacó un gran libro rojo. Buscó una página cerca de final y leyó:

Cántame, oh, musa, sobre el gran y astuto viajero
Odiseo, también llamado Ulises,
el de gran estatura y mente ágil
que habiendo demostrado su valor en el campo de batalla
fue condenado a viajar de aquí para allá
de una tierra extraña a otra…

Entonces fue Ulysses quien dio un paso adelante.

Sin levantar la vista del libro, el niño dijo:

—Está todo aquí. En la antigüedad, muy a su pesar, el gran Ulises dejó a su esposa y a su hijo y cruzó el mar para luchar en la guerra de Troya. Cuando los griegos se hicieron con la victoria, Ulises zarpó rumbo a casa en compañía de sus camaradas, sólo que el viento desviaba una y otra vez el barco de su rumbo.

El niño miró hacia arriba.

—Debe de ser por él por quien te llamas Ulysses.

Y aunque Ulysses había oído pronunciar su nombre infinidad de veces, en ese momento, al oírselo pronunciar a ese niño —en aquel furgón, en algún punto más al oeste de su destino y más al este del lugar de donde había partido—, fue como si lo oyera por primera vez.

El niño inclinó el libro para que Ulysses pudiese verlo mejor. Entonces se desplazó un poco hacia la derecha, como cuando le dejas sitio a otro en un banco. Y Ulysses se encontró sentado al lado del niño y escuchándolo leer, como si el niño fuese el viajero experto y curtido por la guerra, y él, Ulysses, fuera el niño.

Durante los minutos que siguieron, el niño —Billy Watson— leyó cómo el gran Ulises, después de orientar las velas y apuntar la caña del timón hacia su casa, enfureció al dios Poseidón al cegar a su hijo de un solo ojo, el cíclope, y fue condenado a vagar por los mares implacables. Leyó cómo Eolo, el guardián de los vientos, le regaló a Ulises una bolsa para que acelerara su avance, pero que sus tripulantes la abrieron, al sospechar que Ulises escondía oro en aquella bolsa, liberando así los vientos y desviando su barco mil leguas de su rumbo justo cuando la costa de su anhelada tierra natal acababa de asomar en el horizonte.

Y mientras escuchaba, Ulysses lloró por primera vez desde que tenía memoria. Lloró por aquel cuyo nombre llevaba y por

su tripulación. Lloró por Penélope y por Telémaco. Lloró por sus compañeros de armas asesinados en el campo de batalla, y por su esposa y su hijo, a quienes había dejado atrás. Pero sobre todo lloró por él mismo.

• • •

Cuando Ulysses conoció a Macie, el verano de 1939, los dos estaban solos en el mundo. En lo más crudo de la Gran Depresión, ambos habían enterrado a sus padres, habían abandonado el estado donde habían nacido —ella, Alabama; él, Tennessee— y se habían marchado a San Luis. Una vez allí, ambos habían ido pasando de una pensión a otra y de un empleo a otro y se las habían apañado sin familiares ni amigos. Tanto fue así que cuando, casualmente, se encontraron uno al lado del otro en la barra del fondo del salón de baile Starlight —pues ambos preferían escuchar que bailar—, los dos creían que esa vida solitaria era lo único que la providencia tenía reservado para ellos.

¡Cómo se alegraron al descubrir que estaban equivocados! ¡Cuánto se rieron aquella noche que pasaron hablando! Como si además de conocer las rarezas del otro, lo hubieran visto modelarlas a sabiendas, a partir de sus sueños, vanidades e imprudentes costumbres. Y una vez que él reunió el valor para sacarla a bailar, y ella aceptó y fue con él a la pista de baile, ya no hubo vuelta atrás. Tres meses más tarde, cuando a él lo contrataron para trabajar de operario en la compañía telefónica con un sueldo de veinte dólares semanales, se casaron y se fueron a vivir a un piso de dos habitaciones en la calle 14, donde continuaron su infatigable danza del amanecer hasta el ocaso y unas cuantas horas más.

Pero entonces empezaron los problemas en ultramar.

Ulysses siempre había imaginado que, si llegaba el momento,

acudiría a la llamada de su país, como había hecho su padre en 1917. Pero en diciembre de 1941, cuando los japoneses bombardearon Pearl Harbor y los jóvenes empezaron a acudir al centro de reclutamiento, Macie —que había pasado tantos años esperando en soledad— lo miró con los ojos entornados y negó lentamente con la cabeza, como diciendo: *Ni se te ocurra, Ulysses Dixon*.

Como si la mirada inequívoca de Macie hubiese persuadido al propio gobierno de Estados Unidos, a principios de 1942 éste declaró que todos los operarios de la compañía telefónica con dos años de experiencia eran trabajadores esenciales y que, por tanto, no podían alistarse. Así que, mientras crecía el esfuerzo de guerra, Macie y él siguieron despertándose en la misma cama, desayunando a la misma mesa y marchándose al trabajo con la misma fiambrera en la mano. Pero cada día que pasaba, la disposición a eludir el conflicto de Ulysses se ponía duramente a prueba.

La ponían a prueba los discursos de Franklin Delano Roosevelt que retransmitían por la radio, en los que se aseguraba a la nación que, gracias a nuestra compartida resolución, triunfaríamos sobre las fuerzas del mal. La ponían a prueba los titulares de los periódicos. La ponían a prueba los niños del vecindario que mentían respecto a su edad para poder ir al frente. Y sobre todo la ponían a prueba los hombres mayores de sesenta años que lo miraban de reojo cuando iba al trabajo, y que se preguntaban qué demonios hacía un hombre sano sentado en un tranvía a las ocho de la mañana mientras el resto del mundo estaba en guerra. Pero cada vez que pasaba al lado de un recluta que estrenaba uniforme, allí estaba Macie con sus ojos entornados para recordarle cuánto tiempo había esperado ella. Así que Ulysses se tragaba el orgullo, viajaba cabizbajo en el tranvía y consumía sus horas libres entre las paredes de su apartamento, y así transcurrían los meses.

Entonces, en julio de 1943, Macie se enteró de que estaba embarazada. A medida que pasaban las semanas, y sin importar qué dijeran las noticias de un frente y del otro, Macie comenzó a irradiar una luz interior que no pasaba desapercibida. Esperaba a Ulysses en la parada del tranvía con un vestido de tirantes y un gran sombrero amarillo de ala ancha; cuando él llegaba, entrelazaban un brazo y volvían juntos al apartamento, saludando con la cabeza a amigos y desconocidos por el camino. Luego, hacia finales de noviembre, cuando el embarazo ya empezaba a notarse, convenció a su marido para que, en contra de lo que a él le dictaba el buen juicio, se pusiera el traje de los domingos y la llevara al baile de Acción de Gracias del Hallelujah Hall.

Nada más entrar por la puerta, Ulysses supo que había cometido un terrible error. Porque, allá donde mirara, veía a una madre que había perdido a un hijo, a una esposa que había perdido a un marido, o a un niño que había perdido a un padre; y las miradas que le devolvían estaban aún más cargadas de resentimiento por el estado de buena esperanza de Macie. Pero peor era que su mirada se encontrara con la de otros hombres de su edad. Porque cuando lo veían allí de pie, cohibido al borde de la pista de baile, se le acercaban y le estrechaban la mano, con la sonrisa atenuada por la cobardía y el espíritu aliviado al encontrar a otro hombre sano con quien compartir la vergüenza de los de su hermandad.

Aquella noche, cuando Macie y él volvieron al piso, antes incluso de haberse quitado los abrigos, Ulysses anunció su decisión de alistarse. Como se había preparado para el probable escenario de que Macie se enfadase o rompiera a llorar, expuso sus intenciones como un hecho consumado, como una decisión indiscutible. Sin embargo, cuando terminó de hablar, ella no tembló ni derramó una sola lágrima. Y cuando le contestó, no levantó la voz.

—Si tienes que ir a la guerra, ve a la guerra. Por mí, puedes enfrentarte tú solo a Hitler y a Tojo. Pero no esperes encontrarnos aquí cuando regreses.

Al día siguiente, Ulysses entró en el centro de reclutamiento con temor de que lo rechazaran por haber cumplido ya cuarenta y dos años, pero diez días más tarde estaba en Camp Funston, y diez meses más tarde ya iba de camino a Italia para servir con la 92.ª división de infantería del Quinto Ejército. Durante todos aquellos crueles días, pese a que no recibió ni una sola carta de su esposa, jamás imaginó o, mejor dicho, jamás se permitió imaginar que Macie y su hijo no estarían esperándolo al volver a casa.

Pero cuando su tren se detuvo en San Luis el 20 de diciembre de 1945, ellos no estaban en la estación. Cuando fue a la calle 14, no estaban en el piso. Y cuando habló con el casero, los vecinos y sus amigos del trabajo, todos le dijeron lo mismo: que dos semanas después de dar a luz a un hermoso varón, Macie Dixon había hecho las maletas y se había marchado de la ciudad sin dejar recado a nadie de adónde se dirigía.

Aún no habían transcurrido veinticuatro horas desde su regreso a San Luis cuando Ulysses se colgó la bolsa al hombro y fue andando hasta Union Station. Una vez allí se subió al primer tren que encontró, sin preocuparse por su destino. Viajó en aquel tren hasta la última estación —hasta Atlanta, Georgia —, y luego, sin salir de la estación, se subió al siguiente tren con destino a otro lugar y en aquél viajó hasta Santa Fe. De eso hacía más de ocho años. Llevaba todo ese tiempo viajando de punta a punta de la nación —en los vagones de pasajeros mientras tuvo dinero y en los furgones de carga cuando se le acabó—, y nunca se quedaba dos noches en el mismo sitio, siempre subía al siguiente tren sin importarle el destino.

Mientras el niño seguía leyendo y el gran Ulises iba de recalada en recalada y de dificultad en dificultad, Ulysses escuchaba en silencio, sin disimular las lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Escuchó mientras su tocayo se enfrentaba a los hechizos metamórficos de Circe, a la despiadada seducción de las sirenas y a los terribles peligros de Escila y Caribdis. Sin embargo, cuando el niño leyó el pasaje donde la hambrienta tripulación de Ulises hacía caso omiso de las advertencias del adivino Tiresias y mataba las reses sagradas de Helios, el dios del sol, provocando que Zeus castigara de nuevo al héroe con truenos y oleajes, Ulysses puso una mano sobre las páginas del libro.

—Basta —dijo.

El niño lo miró sorprendido.

—¿No quieres oír el final?

Ulysses guardó silencio un momento.

—No hay ningún final, Billy. Las penurias nunca acaban para aquellos que han enfurecido al Todopoderoso.

Pero Billy volvió a negar con la cabeza, paciente y bondadoso.

—No es verdad. El gran Ulises enfureció a Poseidón y a Helios, y no siguió vagando eternamente. ¿Cuándo zarpaste tú de tu guerra para regresar a Estados Unidos? —preguntó.

Aunque no entendía qué importancia podía tener ese detalle, Ulysses contestó:

—El 14 de noviembre de 1945.

El niño apartó con suavidad la mano de Ulysses, pasó la página y señaló un párrafo.

—El profesor Abernathe nos cuenta que el gran Ulises regresó a Ítaca y se reunió con su esposa y su hijo *tras diez largos años* —dijo, y levantó la mirada—. Eso significa que casi has llegado al final de tus andanzas y te reunirás con tu familia en menos de dos años.

Ulysses negó con la cabeza.

—Ni siquiera sé dónde están, Billy.

—No pasa nada. Si supieras dónde están, no tendrías que encontrarlos —replicó el niño.

Acto seguido bajó de nuevo la vista hacia su libro y asintió con la cabeza satisfecho y convencido de que así sería.

¿Y si tenía razón?, se preguntó Ulysses.

Era cierto que en el campo de batalla había atentado contra las enseñanzas de Jesucristo de todas las formas posibles; había atentado contra ellas hasta tal punto que le costaba imaginar que pudiese volver a cruzar el umbral de una iglesia con la conciencia tranquila. Pero todos los hombres junto a los que había luchado, y también aquellos contra los que había luchado, habían atentado contra las mismas enseñanzas, incumplido los mismos pactos e ignorado las mismas órdenes. Así que Ulysses, de algún modo, había hecho las paces con los pecados cometidos en el frente, admitiéndolos como los pecados de una generación. Con lo que Ulysses no había hecho las paces, y por tanto seguía pesando sobre su conciencia, era con haber traicionado a su esposa. Lo suyo también era un pacto, y ése lo había incumplido él solo.

Plantado en el recibidor escasamente iluminado de su antiguo piso, aún vestido con el uniforme completo, se sintió como un idiota en lugar de como un héroe, y comprendió que las consecuencias de lo que había hecho debían ser irrevocables. Eso fue lo que lo hizo volver a Union Station y adoptar una vida de vagabundo, una vida destinada a ser vivida sin compañía y sin propósito.

Pero tal vez el niño tuviese razón.

Tal vez al colocar sus propios remordimientos por encima de la santidad del matrimonio, al condenarse a sí mismo sin dudarlo a una vida de soledad, había traicionado a su esposa por segunda vez. Había traicionado a su esposa y a su hijo.

Mientras Ulysses pensaba todo eso, el niño había cerrado su libro y empezado a recoger los dólares de plata, a limpiarles el polvo con el puño de la manga y a guardarlos en la lata.

—Déjame ayudarte —dijo Ulysses.

Él también se puso a recoger monedas, a limpiarlas con la manga y meterlas en la lata.

Sin embargo, a punto de guardar la última moneda, el niño miró más allá del hombro de Ulysses como si hubiese oído algo. Se apresuró a guardar la lata y el gran libro rojo, abrochó las correas de su morral y se lo colgó a la espalda.

—¿Qué pasa? —preguntó Ulysses, un poco sorprendido por los repentinos movimientos del niño.

—El tren está reduciendo la velocidad. Debemos de haber llegado a la pendiente —explicó el niño, y se levantó.

Ulysses tardó un momento en entender a qué se refería, pero entonces lo siguió hasta la puerta.

—No, Billy. No tienes por qué irte. Es mejor que te quedes conmigo.

—¿Estás seguro, Ulysses?

—Lo estoy.

Billy asintió mientras veía pasar la maleza por el hueco de la puerta. Entonces Ulysses se dio cuenta de que había algo más que lo preocupaba.

—¿Qué pasa, hijo?

—¿Crees que el pastor John se hizo daño cuando saltó del tren?

—No más del que merecía.

Billy miró a Ulysses.

—Pero era un predicador.

—En el corazón de ese hombre hay más perfidia que prédica.

Deslizó la puerta para cerrarla y volvieron al otro lado del furgón con la intención de sentarse, pero en ese momento Ulysses oyó un roce a su espalda, como si alguien hubiese

bajado sin hacer ruido por la escalerilla.

Se dio la vuelta sin dilación y extendió los brazos, y al hacerlo, sin querer tiró a Billy al suelo.

Al oír aquel roce, lo primero que había pensado Ulysses era que el pastor John había conseguido volver a subir al tren dispuesto a vengarse. Pero no era el pastor John. Era un joven blanco con contusiones en la cara y la mirada decidida. En la mano derecha llevaba bien sujeta la bolsa de un ladrón. El chico soltó la bolsa, dio un paso adelante y se preparó para pelear extendiendo los brazos ante el cuerpo.

—No quiero pelear contigo —dijo el joven.

—Nadie quiere pelear conmigo —dijo Ulysses.

Ambos dieron un paso adelante.

Ulysses lamentó haber cerrado la puerta del furgón. Si hubiese estado abierta, habría podido liquidar aquel asunto más deprisa. Habría podido agarrar al chico por los brazos y tirarlo del tren, sin más. Con la puerta cerrada, tendría que dejar inconsciente al chico o sujetarlo bien mientras Billy abría la puerta. Pero no quería que el niño se acercase al joven. Así que elegiría bien el momento. Se mantendría entre Billy y el joven, se acercaría un poco más y entonces lo golpearía en el lado de la cara que tenía magullado, donde seguro que le dolería más.

Entonces oyó, detrás de él, que el niño se levantaba del suelo.

—No te muevas, Billy —dijeron Ulysses y el joven a la vez.

Se miraron desconcertados, pero ninguno de los dos bajó los brazos.

Ulysses oyó que Billy daba un paso a un lado, como si tratara de asomarse por detrás de él.

—Hola, Emmett.

Con los brazos todavía en alto y sin quitarle los ojos de encima a Ulysses, el joven dio un paso a la izquierda.

—¿Estás bien, Billy?

—Sí, estoy bien.

—¿Lo conoces? —preguntó Ulysses.

—Sí, es mi hermano. Emmett, éste es Ulysses. Luchó en la guerra, como el gran Ulises, y ahora debe vagar diez años antes de reunirse con su mujer y su hijo. Pero no te preocupes: todavía no somos amigos. Sólo nos estamos conociendo.

Duchess

—Mira cuántas casas. ¿Alguna vez habías visto tantas casas? —dijo Woolly maravillado.

—Son un montón de casas —coincidí.

Unas horas antes, mi taxi había doblado una esquina justo en el momento en que Woolly salía de un parque. En la misma calle estaba aparcado el Studebaker: delante de una boca de incendios, con la puerta del pasajero abierta y el motor encendido. También vi a un policía junto a la parte trasera del coche; tenía su taco de multas en la mano y estaba anotando el número de la matrícula.

—Pare aquí —le dije al taxista.

No sé qué explicación le daría Woolly, pero para cuando terminé de pagar al taxista, el policía estaba guardándose el taco y cogiendo las esposas.

Me acerqué a él con la mejor versión de sonrisa pueblerina que pude componer.

—¿Ha pasado algo, agente?

(Les encanta que los llames *agente*.)

—¿Vais juntos?

—Más o menos. Trabajo para sus padres.

El policía y yo miramos a Woolly, que se había alejado un poco para examinar la boca de incendios.

Cuando el policía me enumeró las infracciones de Woolly, entre las que figuraba no llevar encima el carnet de conducir, negué con la cabeza.

—Le está usted hablando a Noé de lluvias, agente. No hago más que decirles que, si pretenden que no se meta en líos, más

vale que contraten a alguien para que lo vigile. Pero ¿qué voy a saber yo, si sólo soy el jardinero?

El policía volvió a echarle un vistazo a Woolly.

—¿Insinúas que no está del todo bien?

—Digamos que su receptor está sintonizado en una frecuencia distinta a la suya y la mía. Tiene la mala costumbre de alejarse y perderse; por eso esta mañana, cuando su madre se ha levantado y ha visto que otra vez no estaba el coche, me ha pedido que saliera a buscarlo.

—¿Y cómo sabías dónde encontrarlo?

—Le apasiona Abraham Lincoln.

El agente me miró con una pizca de escepticismo, así que se lo demostré:

—Señor Martin, ¿a qué ha venido al parque? —le pregunté a Woolly.

Woolly se lo pensó un momento y sonrió.

—A ver la estatua del presidente Lincoln.

Esta vez el agente me miró con una pizca de incertidumbre. Por una parte estaban su lista de infracciones y el juramento por el que se había comprometido a mantener la ley y el orden en el estado de Illinois. Pero ¿qué es lo que se suponía que tenía que hacer? ¿Detener a un chico con problemas que se había escapado de su casa para presentarle sus respetos a Abe el Honesto?

El policía miró a Woolly y luego volvió a mirarme a mí. Entonces cuadró los hombros y tiró del cinturón de su pantalón hacia arriba como tienen la costumbre de hacer los policías.

—Está bien. ¿Por qué no lo acompañas a su casa? —dijo.

—Eso mismo tenía intención de hacer, agente.

—Pero un joven de su *frecuencia* no debería conducir. Quizá sería mejor que su familia pusiera las llaves del coche en un estante más alto.

—Así se lo diré.

Cuando el policía se marchó y volvimos a meternos en el Studebaker, le di a Woolly un pequeño sermón sobre lo que significaba todos para uno y uno para todos.

—¿Qué pasaría si te detuvieran, Woolly? ¿Qué pasaría si te ficharan? Nos meterían en un autobús y nos mandarían a Salina en menos de lo que canta un gallo. Entonces no podríamos ir al refugio, y Billy no podría construir su casa en California.

—Lo siento —dijo Woolly. Parecía sinceramente arrepentido y tenía las pupilas del tamaño de un platillo volante.

—¿Cuántas gotas de medicina te has tomado esta mañana?

…

—¿Cuatro?

—¿Y cuántas botellas te quedan?

…

—¿Una?

—¡Una! Caray, Woolly. Eso que tomas no es Coca-Cola. Y no sabemos cuándo podremos conseguir más. Será mejor que, de momento, te guarde yo la última botella.

Obediente, Woolly abrió la guantera y me entregó la botellita azul. A cambio, yo le entregué el mapa de Indiana que le había comprado al taxista. Frunció el ceño al verlo.

—Ya lo sé. No es un mapa Phillips 66, pero es lo mejor que he encontrado. Necesito que, mientras yo conduzco, me guíes hasta el número 132 de Rhododendron Road, en South Bend.

—¿Qué hay en el número 132 de Rhododendron Road?

—La casa de un viejo amigo mío.

Hacia la una y media habíamos llegado a South Bend y nos encontrábamos en medio de una zona residencial muy nueva de casas idénticas en parcelas idénticas, presuntamente habitadas por personas idénticas. Aquel barrio casi me hizo

añorar las carreteras de Nebraska.

—Parece el laberinto del libro de Billy. El que diseñó el ingenioso Dédalo y del que nadie salía con vida —observó Woolly impresionado.

—Razón de más para que te fijes bien en los letreros de las calles —repliqué con seriedad.

—De acuerdo, de acuerdo. Prestaré atención, prestaré atención.

Le echó una ojeada al mapa y se inclinó hacia el parabrisas para fijarse un poco más en las calles por las que circulábamos.

—A la izquierda por Tiger Lily Lane. A la derecha por Amaryllis Avenue... Espera, espera... ¡Ahí está!

Doblé la esquina y entré en Rhododendron Road. Todos los jardines estaban verdes y muy cuidados, pero de momento lo de los rododendros no era más que una aspiración. Quién sabe. Quizá nunca pasara de eso.

Reduje la velocidad para que Woolly pudiese ver los números de las casas.

—124... 126... 128... 130... ¡132!

La dejé atrás.

—Era ésa —aseguró Woolly, mirándola por encima del hombro.

En el siguiente cruce, doblé la esquina y detuve el coche junto al bordillo. En la otra acera, un sobrealimentado pensionista en camiseta regaba la hierba de su jardín con una manguera. Cualquiera diría que a él también le habría venido bien remojarse un poco.

—¿No has dicho que tu amigo vive en el número 132?

—Sí, pero quiero darle una sorpresa.

Estaba escarmentado, así que al salir del coche me llevé las llaves en lugar de dejarlas en la visera.

—Sólo tardaré unos minutos. No te muevas de aquí —dije.

—Tranquilo, tranquilo. Pero, Duchess...

—¿Qué pasa?

—Ya sé que queremos devolverle el Studebaker a Emmett en cuanto sea posible, pero ¿crees que podríamos acercarnos a Hastings-on-Hudson para visitar a mi hermana Sarah antes de ir a las Adirondack?

Mucha gente tiene por costumbre pedir cosas. En cuanto te descuidas, te piden fuego, o la hora. Te piden que los lleves en coche a algún sitio, o que les prestes dinero. Que les eches una mano, o que les des una limosna. Algunos hasta te piden que los perdones. Pero Woolly Martin rara vez pedía nada. Así que, cuando te pedía algo, sabías que para él era muy importante.

—Mira, Woolly: si consigues sacarnos con vida de este laberinto, podemos ir a visitar a quien tú quieras —le dije.

Diez minutos más tarde me hallaba en una cocina con un rodillo de amasar en la mano y preguntándome si serviría. Dada su forma y su peso, desde luego me parecía mejor que un tablón de madera. Sin embargo, pensé que era un objeto más adecuado para conseguir un efecto cómico y que le vendría muy bien, por ejemplo, a un ama de casa que persiguiera a su desventurado marido alrededor de la mesa de la cocina.

Dejé el rodillo en su cajón y abrí otro, que escondía un batiburrillo de herramientas más pequeñas, como peladores de verduras y cucharas de medir. En el siguiente estaban las herramientas más grandes y ligeras, como espátulas y varillas de batir. Debajo de un cucharón encontré un ablandador de carne: lo saqué del cajón procurando que los otros objetos no hiciesen ruido y vi que tenía su buen mango de madera y su buena superficie rugosa para golpear, pero me pareció un poco endeble, más adecuado para aplanar una costilla de cordero que para golpear un chuletón de ternera.

En la encimera, junto al fregadero, estaban los otros artículos

modernos de rigor: un abrelatas, una tostadora, una batidora de tres botones, todo perfectamente fabricado si lo que querías era abrir, tostar o batir a alguien. En los armarios de arriba de la encimera encontré suficientes alimentos enlatados para llenar un refugio antiaéreo. En el centro, y en la parte delantera, había como mínimo diez latas de sopa Campbell's, pero también había latas de estofado de carne, de chiles y de salchichas con judías. Todo parecía indicar que el único artilugio que de verdad necesitaban los Ackerly era el abrelatas.

Era inevitable reparar en el parecido entre la comida de los armarios de Ackerly y los menús de Salina. Siempre habíamos atribuido el predominio de aquel tipo de viandas a la comodidad, por las características de la institución de que se trataba, pero tal vez fuese un reflejo de los gustos personales del alcaide. Por un momento estuve tentado de utilizar la lata de salchichas con judías por una cuestión de justicia poética, aunque luego pensé que, si golpeas a alguien con una lata, te haces el mismo daño en los dedos que al otro en el cráneo.

Cerré el armario y puse los brazos en jarras, como habría hecho Sally. Pensé que ella sí habría sabido dónde buscar. Intenté ver la situación con sus ojos y revisé la cocina de arriba abajo. Y allí mismo, encima de los fogones, había una sartén más negra que la capa de Batman. La cogí, la sopesé y admiré su diseño y durabilidad. El mango, de bordes redondeados y con un suave estrechamiento, se adaptaba tan bien a la palma de tu mano que a buen seguro podías imprimirle cien kilogramos de fuerza sin que se te resbalara ni un milímetro. Y la base tenía un punto óptimo tan plano y tan ancho que podías arrearle a cualquiera con ella con los ojos cerrados.

Sí, aquella sartén de hierro era perfecta en todos los sentidos, pese a que no tenía nada de moderno ni de práctico. De hecho, aquella sartén habría podido tener cien años. Habría podido

utilizarla la bisabuela de Ackerly en la caravana de carretas y habría podido ir heredándose hasta haber frito chuletas de cerdo a cuatro generaciones de varones Ackerly. Tras hacerles un breve gesto de respeto a los pioneros del Oeste, cogí la sartén y me la llevé al salón.

Se trataba de una salita acogedora con un televisor en el lugar donde debería haber estado la chimenea. La butaca y el sofá estaban tapizados con la misma tela de estampado de flores que las cortinas. Con toda probabilidad, la señora Ackerly llevaba un vestido confeccionado con la misma tela, de modo que, si se sentaba en el sofá y permanecía quieta, su marido ni se enteraría de que estaba allí.

Ackerly seguía donde yo lo había encontrado: tumbado en su sillón reclinable BarcaLounger y profundamente dormido.

Su sonrisa revelaba que adoraba aquel sillón. Cuando era alcaide de Salina, mientras repartía golpes de vara, Ackerly debía de soñar con el día en que podría comprarse un sillón reclinable como aquél, donde quedarse dormido a las dos de la tarde. De hecho, después de tantos años soñando con él, seguramente todavía soñaba con dormir en un BarcaLounger, aunque eso fuera justo lo que estaba haciendo.

—*Dormir, soñar acaso* —cité en voz baja mientras levantaba la sartén por encima de su cabeza.

Pero entonces me distrajo una cosa que vi encima de la mesilla auxiliar. Era una fotografía reciente de Ackerly en la que aparecía de pie entre dos niños con su napia y su frente. Los chicos vestían el uniforme de la liga infantil de béisbol y Ackerly llevaba una gorra a juego, lo que parecía indicar que había ido a ver un partido para animar a sus nietos. Como es lógico, Ackerly sonreía de oreja a oreja, pero los niños también sonreían, felices de saber que el abuelo había estado en las gradas. Sentí una oleada de compasión por el viejo que hizo que me sudaran las manos. Pero si la Biblia nos enseña que los

hijos no tienen por qué cargar con la iniquidad de sus padres, es lógico que los padres no tengan que cargar con la inocencia de sus hijos.

Así que le arreé.

La sartén impactó contra su cabeza y su cuerpo dio una sacudida, como si lo hubiera recorrido una descarga eléctrica. Entonces Ackerly resbaló un poco más en el sillón y sus pantalones caqui se oscurecieron a la altura de la entrepierna cuando se le vació la vejiga.

Miré la sartén e hice un gesto de aprobación, y pensé que aquél era un objeto que había sido cuidadosamente diseñado para cumplir una función y que, sin embargo, servía perfectamente para otra. Otra ventaja de haber utilizado la sartén —en lugar del ablandador de carne, o la tostadora, o la lata de salchichas con judías— fue el armonioso *clong* que había emitido al chocar. Fue como el tañido de la campana de una iglesia que llama a los devotos a la oración. Es más, el sonido fue tan agradable que estuve tentado de golpearlo otra vez.

Pero me había molestado en hacer los cálculos con total precisión y estaba convencido de que la deuda de Ackerly conmigo quedaba satisfecha con un solo porrazo en su coronilla. Si lo golpeaba por segunda vez, estaría yo en deuda con él. Así que devolví la sartén a los fogones y salí de la cocina pensando: uno menos; faltan dos.

Emmett

Al ver que había malgastado no sólo la fortuna que le había dejado su padre, sino también otro tesoro más valioso: el tiempo, el joven árabe vendió las escasas posesiones que le quedaban, se enroló en un barco mercante y zarpó rumbo a lo desconocido…

Allá vamos otra vez, pensó Emmett.

Esa tarde, mientras él sacaba el pan, el jamón y el queso que se había llevado del vagón *pullman*, Billy le había preguntado a Ulysses si quería oír alguna historia de otro personaje que hubiese viajado por mar. Ulysses contestó que sí, así que Billy sacó su gran libro rojo, se sentó al lado del hombre negro y empezó a leer la de Jasón y los argonautas.

En esa historia, el usurpador Pelias le dice a su sobrino Jasón, el monarca legítimo de Tesalia, que para reclamar el trono debe viajar hasta el reino de la Cólquide y regresar con el vellocino de oro.

Acompañado por cincuenta aventureros —entre ellos Teseo y Hércules, que todavía no se han hecho famosos—, Jasón parte rumbo a la Cólquide con el viento a favor. En los inefables días posteriores, él y su grupo superan una dificultad tras otra, y entre otras cosas se enfrentan a un coloso de bronce, a las arpías aladas y a los *spartoi*, un batallón de guerreros que brotan del suelo armados de pies a cabeza después de que se sembraran unos dientes de dragón. Con ayuda de la hechicera Medea, Jasón y los argonautas consiguen superar a sus adversarios, hacerse con el vellocino y regresar sanos y salvos a Tesalia.

Billy estaba tan absorto contando aquella historia y Ulysses

escuchándola que, cuando Emmett les dio los sándwiches que había preparado, casi no se dieron cuenta de que se los estaban comiendo.

Emmett se sentó al otro lado del furgón con su sándwich mientras pensaba en el libro de Billy.

Por muchas vueltas que le diera, no lograba entender por qué aquel presunto profesor había decidido mezclar a Galileo Galilei, Leonardo da Vinci y Thomas Alva Edison —tres de las mentes más brillantes de la ciencia— con personajes como Hércules, Teseo y Jasón. Galileo, Da Vinci y Edison no eran héroes de leyenda. Eran hombres de carne y hueso dotados de la inusual habilidad de poder observar los fenómenos naturales sin el filtro de las supersticiones y los prejuicios. Eran hombres industriosos que estudiaron el funcionamiento interno del mundo con paciencia y precisión y después emplearon el conocimiento que habían obtenido ellos solos para hacer descubrimientos prácticos útiles para toda la humanidad.

¿Qué sentido tenía mezclar la vida de aquellos hombres con historias de héroes mitológicos que surcaban mares de leyenda para enfrentarse a bestias fantásticas? Emmett creía que, al unirlos, Abernathe animaba a los niños a creer que los grandes descubridores científicos no eran del todo reales y que los héroes legendarios no eran del todo imaginarios. Que viajaban hombro con hombro por los reinos de lo conocido y lo ignoto sacando el máximo partido a su valor e inteligencia, sí, pero también a la magia, los encantamientos y, de vez en cuando, a la intervención de los dioses.

¿Acaso no era ya bastante difícil, en el curso de la vida, distinguir entre realidad y fantasía, entre lo que uno presenciaba y lo que deseaba? ¿Acaso no era el desafío de hacer precisamente esa distinción lo que había dejado a su padre arruinado y destrozado tras veinte años de duro esfuerzo?

Y ahora que el día llegaba a su fin, Billy y Ulysses se habían puesto a leer la historia de Simbad, un héroe que se embarcó siete veces y vivió siete aventuras diferentes.

—Me voy a dormir —anunció Emmett.

—Vale —respondieron los otros dos a la vez.

Luego, para no molestar a su hermano, Billy bajó la voz, y Ulysses bajó la cabeza. Más que dos desconocidos, parecían dos conspiradores.

Emmett se tumbó y trató de no escuchar a Billy murmurando la saga del marino árabe. Era muy consciente de que había sido un golpe de suerte extraordinario que Ulysses hubiera aparecido en su furgón; sin embargo, también había sido una cura de humildad.

Tras las presentaciones pertinentes, Billy, emocionado, le había relatado a su hermano todo cuanto había sucedido desde la irrupción del pastor John hasta su rápida marcha del tren. Cuando Emmett le había dado las gracias a Ulysses, el desconocido le había asegurado que no tenía nada que agradecerle; no obstante, en cuanto tuvo ocasión —mientras Billy estaba ocupado sacando el libro de su mochila—, Ulysses lo había llevado a un lado y le había echado un buen rapapolvo. *¿Cómo podía ser tan tonto y haber dejado solo a su hermano? Que un furgón tuviese cuatro paredes y un techo no significaba que fuese seguro ni mucho menos. Y que no se confundiera: el pastor no se habría contentado con pegar a Billy. Su intención era arrojarlo del tren.*

Dicho esto, Ulysses se había dado la vuelta y había ido a sentarse al lado de Billy, preparado para oír la historia de Jasón, y Emmett, dolido por la reprimenda, se había quedado con las mejillas ardiendo. También se sentía indignado: lo indignaba que un hombre al que acababa de conocer se hubiese

tomado la libertad de regañarlo como un padre regañaría a su hijo. Pero, al mismo tiempo, Emmett comprendía que ofenderse porque lo trataran como a un niño era en sí mismo infantil. Y también sabía que era infantil estar resentido porque Billy y Ulysses no hubieran apreciado sus bocadillos, o sentir celos de su repentina alianza.

Para tratar de calmar las agitadas aguas de su temperamento, Emmett dejó de pensar en los sucesos de aquel día y se concentró en los retos por llegar.

En Morgen, con todos sentados a la mesa de la cocina, Duchess había dicho que, antes de ir a las Adirondack, Woolly y él pasarían por Manhattan para ver a su padre.

Por las historias que les había contado Duchess, parecía evidente que el señor Hewett no tenía domicilio fijo. Pero el día que Townhouse se marchó de Salina, Duchess le pidió que preguntara por su padre en una de las agencias de representación de artistas de la ciudad. *Una vieja gloria, aunque huya de sus acreedores, le persiga la policía y esté viviendo con un nombre falso*, le había explicado Duchess guiñándole un ojo, *siempre dejará el recado en las agencias de dónde se la puede encontrar. Y en la ciudad de Nueva York, todos los agentes artísticos importantes tienen sus oficinas en el mismo edificio de Times Square*.

El único problema era que Emmett no recordaba el nombre del edificio.

Estaba casi convencido de que empezaba por S. Tumbado en el suelo del furgón, intentó rescatar aquel nombre de su memoria repasando el alfabeto y probando metódicamente todas las combinaciones posibles de las tres primeras letras del nombre del edificio. Empezó por la combinación Sa y recitó en voz baja: sab, sac, sad, saf, sag, etcétera. Luego pasó a las combinaciones Sc, Se y Sh.

Tal vez fuera el sonido de los susurros de Billy, o su propia

voz murmurando combinaciones de tres letras por orden alfabético. O tal vez fuera el cálido olor a madera del furgón después de estar todo el día al sol. Fuera cual fuese el motivo, en lugar de recordar el nombre de un edificio de Times Square, Emmett tenía de pronto nueve años y se encontraba en el desván de su casa con la trampilla abierta, construyendo un fuerte con los baúles viejos de sus padres —aquellos baúles que en otros tiempos habían viajado a París y a Venecia y a Roma, y que después ya no habían viajado a ningún otro lugar—, lo que a su vez le trajo recuerdos de su madre preguntándose en voz alta dónde se había podido meter y del sonido de su voz pronunciando su nombre mientras iba de habitación en habitación en habitación.

SEIS

Duchess

Cuando llamé a la puerta de la habitación 42, oí un quejido y un movimiento trabajoso sobre el somier, como si mis golpes lo hubiesen despertado de un sueño muy profundo. Era casi mediodía, de modo que todo encajaba. Al cabo de un momento, lo oí poner los pies en el suelo. Lo oí mirar a su alrededor, resacoso, mientras intentaba ubicarse observando con una pizca de desconcierto la pintura agrietada del techo y el papel pintado de la pared, desenganchado en varios sitios, como si no acabara de explicarse qué hacía en una habitación como aquélla, como si ni siquiera después de tantos años pudiese dar crédito.

Ah, sí, casi lo oí decir.

Volví a llamar muy educadamente.

Otro quejido, esta vez de esfuerzo, y a continuación el ruido de los muelles al extenderse cuando se levantó y empezó a caminar despacio hacia la puerta.

—Voy —dijo una voz amortiguada.

Mientras esperaba, sentí verdadera curiosidad por saber qué aspecto tendría. Apenas habían transcurrido dos años, pero a su edad y con su estilo de vida, dos años podían hacer mucho daño.

Sin embargo, se abrió la puerta y vi que no era mi viejo.

—¿Sí?

El ocupante de la habitación 42 tenía alrededor de setenta años, modales refinados y un acento acorde con ellos. Tanto habría podido ser el dueño de una finca como el empleado que trabajaba para él.

—¿En qué puedo ayudarlo, joven? —me preguntó mientras yo miraba más allá de su hombro.

—Busco a una persona que vivía aquí. A mi padre, concretamente.

—Ah, entiendo...

Sus pobladas cejas languidecieron un poco, como si de verdad lamentara haber sido motivo de decepción para un desconocido. Al instante volvieron a arquearse.

—A lo mejor dejó recado de su nueva dirección abajo.

—Lo más probable es que dejara una factura sin pagar, pero de todas formas preguntaré al salir. Gracias.

El hombre asintió comprensivo, pero al darme la vuelta para irme me llamó.

—Un segundo, joven. ¿Su padre no sería actor, por casualidad?

—Se hacía llamar así.

—Entonces no se vaya todavía. Si no me equivoco, se dejó algo aquí.

Mientras el anciano caballero arrastraba los pies hasta la cómoda, le eché una ojeada a la habitación, curioso por descubrir la debilidad de aquel hombre. En el Sunshine Hotel, cada habitación tenía su debilidad, y cada debilidad tenía su objeto que la delataba. Como una botella vacía que había rodado debajo de la cama, o una baraja de cartas gastada sobre la mesilla de noche, o un kimono rosa intenso colgado de un gancho. Alguna prueba de aquel único deseo tan arrollador, tan insaciable que restaba importancia a todos los demás, eclipsando incluso el deseo de un hogar, una familia o de su propia dignidad.

Como el hombre se movía muy despacio, tuve un buen rato para mirar, y además la habitación no medía más de tres metros de ancho por tres de largo, pero si había alguna prueba de su debilidad no supe verla.

—Aquí está —anunció.

Vino hasta mí y me entregó lo que había sacado del último cajón de la cómoda.

Era un estuche de cuero negro de unos tres palmos de ancho y cuatro dedos de alto con un pequeño cierre de latón. Parecía una versión algo más grande del estuche de un collar de perlas de dos vueltas. Y supongo que el parecido no era una simple coincidencia, porque en la cumbre de su modesta fama, como actor principal de una pequeña compañía shakespeariana que actuaba en teatros medio llenos, mi padre tenía seis estuches como aquél y eran su posesión más preciada.

Pese a que las letras repujadas en éste estaban gastadas y melladas, aún se distinguía la O de *Otelo*. Abrí el cierre y levanté la tapa. Dentro había cuatro objetos encajados en su correspondiente hueco forrado de terciopelo: una perilla, un pendiente de oro, un tarrito de maquillaje teatral y una daga.

Era una daga a medida, igual que el estuche. La empuñadura dorada, que se adaptaba a la perfección a la mano de mi padre, estaba adornada con tres grandes piedras preciosas puestas en fila: un rubí, un zafiro y una esmeralda. La hoja de acero inoxidable la había forjado, templado y bruñido un maestro artesano de Pittsburgh, y permitía que, en el tercer acto, mi padre cortase un trozo de manzana y clavara la daga en el tablero de una mesa, donde permanecía, amenazadora, mientras él alimentaba sus sospechas de la infidelidad de Desdémona.

Pero, si bien el acero de la hoja era auténtico, la empuñadura era de latón dorado y las piedras preciosas, falsas. Y si apretabas el zafiro con la yema del pulgar, se abría una trampa, de modo que cuando mi viejo se clavaba la daga en el vientre al final del quinto acto, la hoja se retractaba y quedaba alojada en el interior de la empuñadura. Mientras las damas del palco ahogaban un grito, él se tomaba su tiempo tambaleándose

hacia delante y hacia atrás frente a las candilejas antes de exhalar, por fin, el último aliento. Es decir, que la daga era tan falsa como él.

Cuando el juego de seis estuches aún estaba completo, cada uno tenía su etiqueta repujada en letras doradas: *Otelo*, *Hamlet*, *Enrique*, *Lear*, *Macbeth* y —no es broma— *Romeo*. Cada estuche tenía sus propios huecos forrados de terciopelo para encajar en ellos sus propios accesorios dramáticos. En el caso de Macbeth, éstos incluían una botella de sangre falsa con la que mancharse las manos; en el caso de Lear, una larga barba gris; en el de Romeo, un frasco de veneno y un tarrito de colorete que ya no podía disimular los estragos del tiempo en el rostro de mi padre, del mismo modo que la corona ya no podía disimular las deformidades de Ricardo III.

Con los años, la colección de los estuches de mi padre había ido reduciéndose poco a poco. Uno se lo habían robado, otro lo había perdido, otro lo había vendido. Hamlet lo perdió en Cincinnati, en una partida de póquer (contra una pareja de reyes, para ser exactos). Que el último de los seis fuese el de Otelo no era ninguna coincidencia, pues era el que mi padre más valoraba. Y no se debía sólo a que había recibido algunas de sus mejores críticas por su interpretación del moro, sino porque en varias ocasiones el tarro de maquillaje le había asegurado una huida rápida. Con el uniforme de un botones y la cara pintada como si fuera Al Jolson, sacaba su equipaje del ascensor y cruzaba el vestíbulo, pasando por delante de acreedores, maridos furiosos o quienquiera que estuviese esperándolo escondido detrás de los tiestos de las palmeras. Si se había dejado allí su Otelo, mi viejo debía de haber tenido mucha prisa.

Cerré la tapa del estuche y dije:

—Sí, es de mi padre. ¿Cuánto tiempo lleva usted en la habitación, si no le importa que se lo pregunte?

—Ah, no mucho.

—Si pudiese recordarlo con un poco más de precisión, se lo agradecería.

—Veamos. Miércoles, martes, lunes... Creo que desde el lunes. Sí. Fue el lunes.

Dicho de otro modo, mi padre se había largado el día después de que nosotros nos marcháramos de Salina, tras recibir, sin duda, una llamada preocupante de un alcaide preocupado.

—Espero que lo encuentre.

—Puede estar usted seguro. En fin. Perdone las molestias.

—No ha sido ninguna molestia. Sólo estaba leyendo —dijo el anciano caballero, señalando la cama.

Ah, pensé al ver la esquina de un libro que asomaba entre los pliegues de las sábanas, ¿cómo no me habré dado cuenta? El pobre hombre padece la adicción más peligrosa que existe.

Me dirigía a la escalera cuando vi una ranura de luz en el suelo del pasillo que indicaba que la puerta de la habitación 49 estaba entreabierta.

Titubeé un momento, pero decidí continuar por el pasillo. Cuando llegué delante de la puerta, me paré y escuché. Dentro no se oía nada, así que empujé un poco la hoja con un nudillo. A través de la rendija, se veía la cama deshecha y vacía; pensé que el ocupante debía de estar en el cuarto de baño del fondo del pasillo, y abrí la puerta del todo.

La primera vez que mi padre y yo nos alojamos en el Sunshine Hotel, en 1948, la 49 era la mejor habitación del establecimiento. Además de tener dos ventanas que daban a la parte de atrás del edificio, donde no había ruido, del centro del techo colgaba una lámpara victoriana con ventilador, la única de esa clase en todo el hotel. Ahora lo único que colgaba del

techo era una bombilla desnuda.

La mesita de madera seguía en un rincón. Aquél era otro de los elementos que le daban más valor a la habitación a ojos de los huéspedes, a pesar de que hacía treinta años que nadie había escrito ninguna carta en el Sunshine Hotel. La silla a juego con aquella mesa también seguía allí, vieja y erguida como el caballero del final del pasillo.

Creo que nunca había visto una habitación tan triste.

Una vez en el vestíbulo, me aseguré de que Woolly seguía esperando en uno de los sillones que había junto a la ventana antes de dirigirme hacia el mostrador de recepción, donde un individuo grueso con bigote fino escuchaba un partido de béisbol por la radio.

—¿Hay habitaciones libres?

—¿Por noches o por horas? —me preguntó después de echarle un vistazo a Woolly, como si quisiera darme a entender que lo sabía todo.

Nunca dejará de sorprenderme que alguien que trabaja en un lugar como ése pueda siquiera imaginar que sabe algo. Tuvo suerte de que en ese momento yo no tuviera ninguna sartén a mano.

—Dos habitaciones. Para una noche —dije.

—Cuatro dólares por adelantado. Y veinticinco céntimos por cabeza si queréis toallas.

—Sí, queremos toallas.

Me saqué el sobre de Emmett del bolsillo y, con parsimonia, empecé a contar billetes de veinte. Eso le borró la sonrisita más deprisa de lo que habría hecho la sartén. Busqué el cambio que me habían devuelto en el HoJo's, cogí un billete de cinco y lo puse encima del mostrador.

De repente el recepcionista se mostró muy servicial:

—Tenemos dos bonitas habitaciones en la tercera planta. Yo me llamo Bernie. Si necesitan algo durante su estancia (licores, chicas, desayuno), no duden en pedírmelo.

—No creo que necesitemos nada de eso, pero quizá pueda ayudarme de otra manera.

Saqué otros dos dólares del sobre.

—Claro. —El tipo se pasó la lengua por los labios.

—Estoy buscando a una persona que se alojaba aquí hasta hace poco.

—¿Qué persona?

—La persona de la habitación número cuarenta y dos.

—¿Se refiere a Harry Hewett?

—El mismo.

—Se marchó a principios de esta semana.

—Eso tengo entendido. ¿Dijo adónde iba?

Bernie se devanó los sesos —los exprimió a conciencia—, pero sin éxito. Empecé a guardar los billetes en el mismo sitio de donde habían salido.

—Espere un segundo. Un segundo. No sé adónde fue Harry, sin embargo teníamos un cliente que vivía aquí que era muy amigo suyo. Si alguien sabe dónde está Harry, es él, sin duda alguna.

—¿Cómo se llama?

—FitzWilliams.

—¿Fitzy FitzWilliams?

—Eso es.

—Bernie, si me dice dónde puedo encontrar a Fitzy FitzWilliams, le daré un billete de cinco. Y si me presta su radio esta noche, le daré dos.

En los años treinta, cuando mi padre se hizo amigo de Patrick «Fitzy» FitzWilliams, Fitzy era un actor de tercera del circuito

secundario del vodevil. Recitaba poesía, y generalmente lo sacaban al escenario entre un acto y otro para mantener al público en sus asientos con una selección de estrofas de carácter patriótico o pornográfico, y a veces una combinación de ambas cosas.

No obstante, Fitzy era un auténtico hombre de letras y su primer amor era la poesía de Walt Whitman. En 1941, al darse cuenta de que el cincuenta aniversario de la muerte del poeta estaba a la vuelta de la esquina, decidió dejarse barba y comprarse un sombrero de ala ancha con la esperanza de convencer a los directores de escena para que le dejaran celebrar el aniversario dando vida a las palabras del poeta.

Pues bien, hay muchas clases de barbas. Están la de Errol Flynn y la de Fu Manchú, la de Sigmund Freud y la sotabarba de los amish. Pero quiso la suerte que a Fitzy le creciera una barba tan blanca y poblada como la de Whitman, así que, con el sombrero de ala ancha en la cabeza y sus ojos azul claro, era la viva imagen de sí mismo. Y cuando estrenó su interpretación en un teatro de bajo presupuesto de Brooklyn Heights —donde cantaba a las oleadas de inmigrantes que desembarcaban en suelo estadounidense, a los esforzados labriegos, a los valerosos mineros, a los mecánicos que trabajaban sin descanso en las innumerables fábricas—, ese público de clase trabajadora le dio la primera ovación de pie de su vida.

En cuestión de semanas todas las instituciones, desde Washington D. C. hasta Portland, Maine, que habían planeado conmemorar el aniversario de la muerte de Whitman, querían contratar a Fitzy. Ahora Fitzy viajaba por el corredor noreste en vagones de primera clase y recitaba en centros sociales, salones, bibliotecas y sociedades históricas. En seis meses ganó más dinero que Whitman en toda su vida.

Entonces, en noviembre de 1942, cuando regresó a Manhattan para hacer un bis en la New-York Historical Society,

resultó que estaba presente una tal Florence Skinner. La señora Skinner era una dama de la alta sociedad que se jactaba de dar las fiestas más sonadas de la ciudad. Aquel año tenía previsto inaugurar la temporada navideña con un acto lleno de glamour el primer jueves de diciembre. Nada más ver a Fitzy, se iluminó: con aquella gran barba blanca y aquellos dulces ojos azules, sería un Papá Noel perfecto.

Y así fue: unas semanas más tarde, cuando Fitzy se presentó en la fiesta de la señora Skinner con su enorme barriga y recitó de un tirón *Érase una vez la Navidad*, el espíritu navideño de los asistentes se desbordó. Fitzy, de sangre irlandesa, tendía a necesitar una copita para mantenerse en pie, lo que a veces era una desventaja en el mundo del teatro. Sin embargo, aquella misma sangre irlandesa hacía que se le colorearan las mejillas cuando bebía, lo que resultó ser una ventaja en la velada de la señora Skinner, porque le daba un toque muy realista al viejo San Nicolás.

Al día siguiente, el teléfono de la mesa de Ned Mosely, el representante de Fitzy, no paró de sonar desde el amanecer hasta el ocaso. Los señores de Nosequé, de Nosecuántos y de Nosedónde estaban organizando fiestas navideñas y todos necesitaban que Fitzy actuase en ellas. Mosely tal vez fuera un representante de tercera, pero sabía reconocer a una gallina de los huevos de oro cuando se le plantaba delante. Como sólo faltaban tres semanas para Navidad, puso una tarifa progresiva a la contratación de Fitzy. Contratarlo el 10 de diciembre costaba trescientos dólares y su caché aumentaba cincuenta dólares cada día que pasaba. Así que si querías que bajase por tu chimenea en Nochebuena, te costaba mil dólares. Y si añadías cincuenta dólares más los niños podían tirarle de la barba para descartar sus molestas sospechas.

Ni que decir tiene que, en aquel círculo, el dinero no era ningún obstáculo cuando se trataba de celebrar el nacimiento

de Jesús. Era frecuente que lo contrataran para actuar tres veces en una misma noche. Así que mandaron a Walt Whitman al banquillo y Fitzy se encaminó al banco entonando su jo, jo, jo.

La fama de Fitzy como Papá Noel del *uptown* de Manhattan fue creciendo año tras año; tanto es así que poco antes de terminar la guerra, pese a haber trabajado únicamente el mes de diciembre, ya vivía en un piso de la Quinta Avenida, vestía trajes de tres piezas y usaba un bastón cuyo puño de plata representaba una cabeza de reno. Es más, resultó que había toda una generación de jóvenes de la alta sociedad a la que se le aceleraba el pulso nada más ver a San Nicolás. Por eso a Fitzy no le sorprendió en exceso que, tras actuar en una fiesta de Park Avenue, la curvilínea hija de un industrial le preguntara si podía hacerle una visita unas noches más tarde.

La joven se presentó en el piso de Fitzy con un vestido provocativo a la par que elegante. Sin embargo, resultó que no era un romance lo que tenía en mente. Tras rechazar una copa, le explicó que pertenecía a la Greenwich Village Progressive Society y que estaban planeando un gran acto para el 1 de mayo. Al ver la actuación de Fitzy, se le había ocurrido que, con su gran barba blanca, sería la persona idónea para inaugurar la reunión recitando algunos pasajes de las obras de Karl Marx.

Como es lógico, Fitzy quedó cautivado por el encanto de la joven, turbado por sus halagos e ilusionado por la promesa de unos honorarios considerables. Además, también era un artista de pies a cabeza, y lo atraía aceptar el reto de dar vida al viejo filósofo.

Llegó el 1 de mayo y Fitzy esperó entre bastidores, como hacía todas las noches antes de actuar. Sin embargo, aquélla dejó de ser una noche como otra cualquiera en cuanto miró por la rendija del telón, porque la sala no sólo estaba llena hasta

arriba, sino que el público lo componían hombres y mujeres de clase obrera. Allí estaban los fontaneros, soldadores, estibadores, costureras y doncellas que años atrás, en aquel sórdido local de Brooklyn Heights, le habían dado a Fitzy su primera ovación de pie.

Su monólogo estaba extraído de *El manifiesto comunista*, y el público se mostró profundamente conmovido mientras lo recitaba. Hasta tal punto que, cuando Fitzy llegó al apasionado final, todos se habrían puesto en pie y le habrían dedicado un aplauso atronador si no fuera porque de pronto todas las puertas del auditorio se abrieron de par en par y por ellas entró un pequeño batallón de policías tocando el silbato y enarbolando la porra con la excusa de que había habido una infracción del protocolo contra incendios.

A la mañana siguiente, el titular del *Daily News* rezaba:

EL PAPÁ NOEL DE PARK AVENUE
HA RESULTADO SER UN AGITADOR COMUNISTA

Y así acabó la buena vida para Fitzy FitzWilliams.

Tras tropezar con su propia barba, Fitzy cayó rodando por la escalera de la buena fortuna. El whisky irlandés que antaño daba un rubor jovial a sus navideñas mejillas acabó con su bienestar al vaciarle los cofres y cortar su relación con la ropa limpia y la alta sociedad. En 1949 Fitzy recitaba quintillas jocosas y obscenas en el metro mientras sostenía el sombrero en la mano, y vivía en la habitación 43 del Sunshine Hotel, en el mismo pasillo que mi viejo y yo.

Estaba impaciente por volver a verlo.

Emmett

A última hora de la tarde, cuando el tren empezó a reducir la velocidad, Ulysses subió a asomar la cabeza por la trampilla y volvió a bajar rápidamente.

—Aquí es donde nosotros nos apeamos —dijo.

Tras ayudar a Billy a cargarse la mochila, Emmett dio un paso hacia la puerta por la que habían entrado su hermano y él, pero Ulysses señaló el otro lado del furgón.

—Por ahí.

Emmett creía que se apearían en una inmensa estación de mercancías como la de Lewis, o más grande aún, situada en las afueras de la ciudad, cuyo perfil se dibujaría en el horizonte. Había imaginado que tendrían que salir del furgón con precaución para que no los descubrieran los ferroviarios ni los vigilantes. Pero Ulysses abrió la puerta corredera y no se encontró con ninguna estación de mercancías; tampoco había otros trenes, ni gente. Lo que se veía era la ciudad. Por lo visto se hallaban sobre un tramo estrecho de vía suspendido a la altura de un tercer piso por encima de la calle; a su alrededor se alzaban unos edificios comerciales, y a lo lejos se divisaban otros todavía más altos.

—¿Dónde estamos? —preguntó Emmett cuando Ulysses saltó al suelo.

—En la West Side Elevated. Es una vía de mercancías.

Ulysses levantó una mano para ayudar a Billy y dejó que Emmett bajara solo.

—¿Y el campamento que mencionaste?

—No está lejos.

Ulysses echó a andar por el estrecho espacio entre el tren y la valla que había a lo largo de la vía elevada.

—Cuidado con las traviesas —les advirtió sin darse la vuelta.

Pese a lo mucho que se había celebrado la silueta de la ciudad de Nueva York en la poesía y las canciones, Emmett apenas le prestó atención mientras caminaba. Era muy joven y nunca había soñado con ir a Manhattan. No había leído libros ni visto películas con mirada anhelante. Él iba a Nueva York por una única razón: para recuperar su coche. Una vez allí podría concentrarse en buscar a Duchess a través de su padre.

Esa mañana la primera palabra que había acudido a sus labios al abrir los ojos había sido *Statler*, como si su cerebro hubiese seguido probando combinaciones de letras mientras dormía. Allí era donde Duchess había dicho que estaban las agencias de artistas: en el edificio Statler. En cuanto llegasen al centro, pensó, Billy y él se dirigirían a Times Square para averiguar la dirección del señor Hewett.

Tras hacer partícipe a Ulysses de sus intenciones, éste había fruncido el entrecejo y había señalado que no llegarían a Nueva York hasta las cinco, de modo que las agencias ya estarían cerradas cuando Emmett llegase a Times Square; por tanto, era mejor esperar. Ulysses dijo que llevaría a los dos hermanos a un campamento donde podrían pasar la noche a resguardo; y al día siguiente él vigilaría a Billy mientras Emmett iba al centro.

El hombre tenía la costumbre de decir lo que creía que debías hacer como si fuera una obviedad, lo que había irritado a Emmett en el acto. Sin embargo, no podía rebatir aquel razonamiento. Si llegaban a las cinco, sería demasiado tarde para ir a buscar la oficina. Y cuando fuese a Times Square por la mañana, todo resultaría mucho más fácil si iba solo.

• • •

Ulysses caminaba dando largas y firmes zancadas por la vía elevada, como si fuera él quien tuviese asuntos urgentes que resolver en el centro.

Mientras intentaba no quedarse rezagado, Emmett trató de ver hacia dónde iban. Aunque aquella tarde el tren se había desprendido de dos terceras partes de los furgones, aún había setenta entre el de Emmett y la locomotora. Si miraba al frente, lo único que veía era aquel estrecho espacio que quedaba entre los furgones y la valla.

—¿Cómo vamos a bajar de aquí? —le preguntó a Ulysses.

—No vamos a bajar.

—¿Cómo? ¿El campamento está aquí arriba, en las vías?

—Así es.

—Pero ¿dónde?

Ulysses se detuvo y se dio la vuelta.

—¿He dicho que iba a llevaros allí?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué no me dejas que os lleve?

Ulysses no apartó enseguida la mirada, como si quisiera asegurarse de que Emmett lo había entendido bien. Luego miró más allá del hombro del chico y preguntó:

—¿Dónde está tu hermano?

Emmett se dio la vuelta y vio que Billy no estaba detrás de él. Iba tan distraído pensando en sus cosas y, al mismo tiempo, tan concentrado en no separarse demasiado de Ulysses, que no había advertido que su hermano ya no lo seguía.

Al ver la expresión de Emmett, la de Ulysses reflejó consternación. Masculló algo, apartó a Emmett de su camino y echó a andar por donde habían llegado mientras el joven, con las mejillas coloradas, trataba de seguirlo.

Encontraron a Billy justo donde lo habían dejado: junto al furgón en el que habían viajado. Porque si bien Emmett no se había quedado embelesado por la silueta de Nueva York, no

podía decirse lo mismo de Billy. Tras apearse, el pequeño había dado un par de pasos hacia la valla, se había subido a una caja de madera y había contemplado el paisaje urbano, fascinado por sus dimensiones y su verticalidad.

—Billy... —dijo Emmett.

Billy miró a su hermano. Era obvio que hasta ese instante él tampoco había sido consciente de que se habían separado.

—¿No es tal como tú te la imaginabas, Emmett?

—Tenemos que darnos prisa, Billy.

Billy miró a Ulysses.

—¿Cuál es el Empire State, Ulysses?

—¿El Empire State?

Ulysses habló con una impaciencia más fruto de la costumbre que de las prisas, aunque después de oír su propia voz, suavizó el tono y señaló hacia el centro.

—Es ése de la aguja. Pero tu hermano tiene razón: tenemos que irnos. Y no puedes separarte tanto de nosotros. Si en algún momento no llegas a tocarnos cuando extiendes un brazo, es que no vas lo bastante cerca. ¿Entendido?

—Entendido.

—Muy bien. En marcha.

Empezaron a andar los tres por el terreno irregular y Emmett se fijó en que, por tercera vez, el tren avanzaba unos segundos y luego se detenía. Estaba preguntándose por qué haría eso cuando Billy le dio la mano y lo miró con una sonrisa.

—Ésa era la respuesta —dijo.

—¿Qué respuesta, Billy?

—El Empire State Building. Es el edificio más alto del mundo.

Ya habían dejado atrás la mitad de los furgones cuando Emmett vio que, unos cincuenta metros más allá, la vía elevada

describía una curva hacia la izquierda. Debido a un efecto de la perspectiva, un edificio de ocho plantas parecía alzarse sobre las mismas vías justo detrás de la curva. Pero al aproximarse vio que no era un efecto de la perspectiva: el edificio se alzaba sobre las mismas vías, porque las vías, de hecho, lo atravesaban. En la fachada, sobre el arco de la entrada, había un gran letrero amarillo que rezaba:

PROPIEDAD PRIVADA
PROHIBIDO EL PASO

Cinco metros antes de llegar a él, Ulysses les hizo una señal para que se detuvieran.

Desde donde se encontraban, alcanzaban a oír ruidos que revelaban actividad al otro lado del tren: puertas correderas de los furgones que se abrían, chirridos de carretillas y gritos de operarios.

—Vamos a pasar por ahí —dijo Ulysses en voz baja.

—¿A través del edificio? —susurró Emmett.

—Es la única forma de llegar a donde vamos.

Ulysses le explicó que en ese momento había cinco furgones en la zona de carga. Cuando los operarios terminasen de descargarlos, el tren avanzaría un poco para que pudieran descargar los cinco siguientes. Sería entonces cuando ellos se pondrían en marcha. Y si se quedaban detrás del furgón y avanzaban a la misma velocidad que el tren, nadie los vería.

A Emmett no le pareció buena idea. Quiso expresarle su preocupación a Ulysses y explorar por si había alguna ruta alternativa, pero en ese instante la locomotora soltó vapor y el tren empezó a moverse.

—Vamos allá —dijo Ulysses.

Los precedió hasta el interior del edificio andando por el estrecho hueco entre el furgón y la pared a la misma velocidad

exacta a la que avanzaba el tren. De repente, a medio camino, el tren se detuvo y ellos también. Ahora se oía mucho más ruido dentro del almacén y Emmett adivinaba los rápidos movimientos de los operarios observando las sombras que pasaban fugazmente entre los furgones. Billy miró hacia arriba como si quisiera preguntarle algo, pero Emmett se llevó un dedo a los labios. Entonces oyeron que la locomotora volvía a liberar vapor y el tren arrancó de nuevo. Poniendo mucha atención en moverse a la misma velocidad a la que avanzaba el furgón, los tres salieron al otro lado del edificio sin que nadie los viera.

Una vez fuera, Ulysses apretó el paso para alejarse cuanto antes del almacén. Siguieron caminando por el estrecho hueco entre los furgones y la valla, hasta que por fin dejaron atrás la locomotora y a su derecha se abrió un paisaje espectacular.

Anticipándose al embeleso de Billy, esta vez Ulysses se detuvo.

—El Hudson —dijo, y señaló el río.

Dejó que Billy observara los transatlánticos, los remolcadores y las barcazas antes de intercambiar una mirada con Emmett para ponerse otra vez en marcha. Emmett captó el mensaje y le dio la mano a su hermano.

—Mira cuántos barcos hay —dijo Billy.

—Vamos. Puedes mirarlos mientras caminamos —dijo Emmett.

Billy lo siguió, y Emmett lo oyó contar las embarcaciones por lo bajo.

Cuando llevaban un rato andando, encontraron el camino cortado por una alta alambrada que atravesaba la vía elevada de lado a lado. Ulysses se puso en medio de las vías, tiró de una parte de la alambrada que estaba cortada y dejó pasar a Emmett y a Billy. Al otro lado, las vías seguían alejándose hacia el sur, pero estaban cubiertas de malas hierbas y maleza.

—¿Qué ha pasado con este tramo de la línea? —preguntó Emmett.

—Ya no lo utilizan.

—¿Por qué?

—Porque las cosas se usan y se dejan de usar —dijo Ulysses con su impaciencia característica.

Al cabo de unos minutos, Emmett vio por fin adónde se dirigían. En un apartadero colindante con las vías abandonadas había varias tiendas de campaña y cobertizos que formaban un campamento improvisado. Cuando se acercaron un poco más, Emmett vio el humo que ascendía de dos hogueras y la silueta de unos hombres altos y delgados.

Ulysses los condujo hasta la hoguera más cercana, donde dos vagabundos blancos comían de unos platos de estaño sentados en una traviesa, y un negro muy bien afeitado removía el contenido de un cazo de hierro. El hombre negro sonrió al ver a Ulysses.

—Vaya, vaya. Mira quién está aquí.

—Hola, Stew —dijo Ulysses.

La expresión alegre del cocinero se transformó en sorpresa cuando Emmett y Billy asomaron por detrás.

—Vienen conmigo —explicó Ulysses.

—¿Que viajan contigo? —preguntó Stew.

—¿No te lo acabo de decir?

—Bueno, supongo que sí...

—¿Queda sitio junto a tu cabaña?

—Eso creo.

—Voy a ver. Mientras tanto, ¿por qué no nos preparas algo de comer?

—¿A los chicos también?

—A los chicos también.

A Emmett le pareció que Stew iba a mostrarse sorprendido otra vez y que se lo pensaba mejor. Los vagabundos habían

parado de comer y miraban con interés a Ulysses, que había sacado un monedero del bolsillo y lo estaba abriendo. Emmett tardó un momento en darse cuenta de que Ulysses quería pagar su comida y la de su hermano.

—Espera. Déjanos pagarte la comida, Ulysses —dijo Emmett.

Sacó el billete de cinco dólares que Parker le había metido en el bolsillo de la camisa, dio unos pasos y se lo entregó a Stew. Sólo entonces se dio cuenta de que el billete no era de cinco dólares. Era de cincuenta.

Stew y Ulysses se quedaron mirando el billete; entonces Stew miró a Ulysses, que a su vez miró a Emmett.

—Guárdate eso —le dijo con seriedad.

Emmett notó que volvía a ponerse colorado y se guardó el dinero en el bolsillo. Hasta que no lo hizo, Ulysses no se dio la vuelta y le pagó las tres comidas a Stew. A continuación se dirigió a los dos hermanos con su tono autoritario característico:

—Voy a buscarnos sitio. Vosotros sentaos y comed algo. Enseguida vuelvo.

Emmett vio alejarse a Ulysses; no tenía ganas de sentarse a comer. Billy, en cambio, ya tenía un plato de chile con carne y un trozo de pan de maíz en el regazo, y Stew estaba preparando otro plato.

—Está tan bueno como el de Sally —dijo Billy.

Emmett decidió aceptar el plato por educación.

Con el primer bocado se dio cuenta del hambre que tenía. Ya hacía unas horas que se habían comido lo último que les quedaba del vagón *pullman*. Y Billy tenía razón: el chile estaba tan rico como el de Sally. Puede que incluso mejor. El regusto ahumado revelaba que Stew echaba mucho beicon, y para su sorpresa la carne de ternera parecía de muy buena calidad. Cuando Stew le preguntó si quería repetir, Emmett no se hizo de rogar.

Mientras esperaba a que le devolviera el plato, Emmett observó discretamente a los dos vagabundos sentados al otro lado de la hoguera. La ropa vieja y gastada y sus caras sin afeitar hacían que fuese difícil calcular su edad, aunque Emmett sospechó que eran más jóvenes de lo que aparentaban.

El alto y delgado de la izquierda no les prestaba ninguna atención, quizá adrede. Pero el de la derecha, que lo miraba sonriendo, de pronto lo saludó con la mano.

Billy le devolvió el saludo.

—Bienvenidos, viajeros cansados. ¿De dónde venís? —dijo desde el otro lado del fuego.

—De Nebraska —le contestó Billy.

—¡De Nebraska! Hace mucho que no piso Nebraska. ¿Y qué os ha traído a la Gran Manzana? —dijo el vagabundo.

—Hemos venido a buscar el coche de Emmett. Para poder ir a California —contestó Billy.

De repente, al oírlo mencionar lo del coche, el vagabundo alto que los había estado ignorando levantó la cabeza con interés.

Emmett le puso una mano en la rodilla a su hermano.

—Sólo estamos de paso —dijo.

—Entonces habéis venido al sitio adecuado. No hay mejor sitio en el mundo para estar de paso —dijo el que sonreía.

—Entonces, ¿por qué tú nunca te vas? —dijo el alto.

El que sonreía se volvió hacia su vecino y arrugó el ceño, pero antes de que pudiese responder, el alto miró a Billy:

—¿Y dices que habéis venido a buscar un coche?

Emmett fue a intervenir, pero de pronto Ulysses estaba de pie junto a la hoguera mirando el plato del vagabundo más alto.

—Veo que ya has terminado de cenar —dijo.

Los dos vagabundos miraron a Ulysses.

—Habré terminado cuando yo lo diga —dijo el alto antes de tirar el plato al suelo—. Ahora he terminado.

Cuando el alto se levantó, el que sonreía le guiñó un ojo a Billy y se levantó también.

Ulysses esperó a que los dos vagabundos se marcharan. Entonces se sentó en la traviesa que habían dejado libre y miró fijamente a Emmett desde el otro lado del fuego.

—Lo sé, lo sé —dijo Emmett.

Woolly

Si por Woolly fuese, no se habrían quedado a dormir en Manhattan. Ni siquiera la habrían atravesado en coche. Habrían ido directamente a casa de su hermana, a Hastings-on-Hudson, y de allí a las Adirondack.

Lo malo de Manhattan, desde el punto de vista de Woolly, lo malo de Manhattan era que era terriblemente permanente. Tantas torres de granito y tantos kilómetros de asfalto extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista. Todos los días del año, millones de personas recorrían las aceras y cruzaban los vestíbulos con suelo de mármol sin dejar huella alguna en ellos. Por si fuera poco, Manhattan estaba absumamente llena de expectativas. Había tantas expectativas que se construían edificios de ochenta plantas porque no había espacio suficiente y tenían que amontonarlas unas encima de otras.

Pero Duchess quería ver a su padre, así que cogieron la autopista Lincoln hasta el túnel Lincoln y atravesaron el río Hudson, y ahora estaban allí.

Ya que tenían que quedarse en Manhattan, pensó Woolly mientras se colocaba bien la almohada, al menos que fuera así. Porque al salir del túnel Lincoln Duchess no había torcido hacia la izquierda y se había dirigido al *uptown* de la ciudad, sino que había torcido a la derecha y había ido hasta el Bowery, que Woolly no había pisado nunca, para visitar a su padre, que vivía en un hotelito cuyo nombre Woolly no había oído nunca. Y entonces Woolly, que esperaba sentado en el vestíbulo mirando la bulliciosa calle por la ventana, vio pasar a un individuo con un montón de periódicos: un individuo con un

abrigo holgado y un sombrero de ala ancha.

—¡El pajarero! —exclamó.

¡Qué casualidad tan extraordinaria! Se levantó de un brinco del sillón y dio unos golpes en el vidrio de la ventana. Pero entonces el individuo se dio la vuelta y Woolly vio que no era quien él pensaba. Sin embargo, como lo habían llamado, el hombre de los periódicos entró en el vestíbulo del hotel y fue derecho hacia el sillón de Woolly.

Así como Duchess era alérgico a los libros, o eso le gustaba decir, Woolly sufría una aflicción similar: tenía alergia a las noticias. En Nueva York pasaban cosas continuamente. Cosas sobre las que no sólo se esperaba que estuvieras informado, sino sobre las que se esperaba que tuvieses una opinión formada que pudieras exponer en cualquier momento. De hecho, sucedían tantas cosas y a tal velocidad que era imposible meterlas todas en un único periódico. Nueva York tenía el *Times*, por supuesto, el periódico serio; pero además tenía el *Post*, el *Daily News*, el *Herald Tribune*, el *Journal-American*, el *World-Telegram* y el *Mirror*. Y ésos sólo eran los primeros que le venían a la cabeza.

Cada una de esas empresas tenía un batallón de empleados que cubría turnos, cuestionaba fuentes, perseguía pistas y redactaba contenidos hasta pasada la hora de la cena. Todas ponían a trabajar sus imprentas de madrugada y despachaban camiones de reparto en todas las direcciones posibles para que las noticias de cada día llegaran a tu puerta al amanecer, cuando te despertabas para coger el tren de las 6.42 h.

A Woolly le entraban escalofríos sólo de pensarlo. Así que, al ver que se le acercaba el tipo del abrigo holgado con su montón de periódicos, Woolly se preparó para evitarlo.

Pero resultó que el tipo del abrigo holgado no vendía los periódicos del día, sino los del día anterior. Y los del anterior al anterior. ¡Y también los del anterior a ése!

—El *Times* de ayer cuesta tres centavos; el de hace dos días, dos centavos; y el de hace tres días, un centavo. O un níquel por los tres.

Bueno, eso es harina de otro costal, pensó Woolly. Las noticias de uno, dos y tres días de antigüedad no llegaban cargadas con la misma sensación de urgencia que las noticias del día. De hecho, ni siquiera merecían llamarse noticias. Y no necesitabas tener un sobresaliente en las clases de matemáticas del señor Kehlenbeck para saber que pagar un níquel por tres periódicos era una ganga. Pero, ¡ay!, Woolly no tenía dinero.

¿O sí lo tenía?

Por primera vez desde que se había puesto los pantalones del señor Watson, Woolly metió las manos en los bolsillos. ¿Y os lo vais a creer? ¿Os vais a creer que del bolsillo derecho sacó unos cuantos billetes arrugados?

—Me quedo los tres —dijo Woolly con entusiasmo.

Cuando el tipo le entregó los periódicos, Woolly le dio un dólar y añadió, magnánimo, que podía quedarse el cambio. Y a pesar de que el tipo se alegró mucho, Woolly estaba convencido de haber salido ganando.

Baste decir que, cuando anocheció y mientras Duchess seguía recorriendo Manhattan en busca de su padre, Woolly, tumbado en su cama, recostado en las almohadas y con la radio encendida, después de haberse tomado dos gotas extras de medicina de la botella extra que había metido en el bolsón de Emmett, abrió el periódico de hacía tres días.

¡Y cómo cambiaban las cosas en tres días! Las noticias no sólo parecían mucho menos apremiantes, sino que, si escogías bien los titulares, muchas veces las historias tenían un toque de fantasía. Como ésta de la primera plana del periódico del domingo:

PROTOTIPO DE SUBMARINO ATÓMICO
SIMULA VIAJE A EUROPA

El artículo explicaba que el primer submarino atómico había completado el equivalente a una travesía del Atlántico ¡pese a estar en medio del desierto de Idaho! A Woolly toda aquella premisa se le antojó tan increíble como las historias del gran libro rojo de Billy.

Y luego estaba este otro artículo de la primera plana de dos días atrás:

LA PRUEBA DE DEFENSA CIVIL
SERÁ HOY A LAS 10.00 H

Normalmente, *defensa* y *prueba* eran de esas palabras que ponían nervioso a Woolly y le hacían saltarse la noticia. Pero en ese *Times* de hacía dos días el artículo explicaba que, durante aquella prueba, una flota de aviones enemigos imaginarios lanzaría bombas atómicas imaginarias sobre cincuenta y cuatro ciudades, causando una gran devastación imaginaria por todo Estados Unidos. Sólo en la ciudad de Nueva York caerían tres bombas imaginarias, una de las cuales impactaría imaginariamente en el cruce de la 57 con la Quinta Avenida, justo delante de Tiffany's, nada más y nada menos. Como parte de la prueba, cuando sonara la sirena de alarma se suspenderían todas las actividades normales durante diez minutos en las cincuenta y cuatro ciudades.

—Todas las actividades normales suspendidas durante diez minutos. ¿Te imaginas? —dijo Woolly en voz alta.

Con cierta ansiedad, cogió el periódico del día anterior para ver qué había pasado. Y allí, en portada —o en la primera plana, como suele decirse—, había una fotografía de Times Square con dos policías vigilando Broadway y ni una sola alma en la calle. Nadie mirando el escaparate del estanco. Nadie

saliendo del teatro Criterion ni entrando en el Astor Hotel. Nadie haciendo sonar una caja registradora ni marcando un número de teléfono. Ni una sola persona apresurándose, afanándose ni parando un taxi.

Qué imagen tan extraña y hermosa, pensó Woolly. La ciudad de Nueva York silenciosa, inmóvil y prácticamente deshabitada, completamente quieta, sin siquiera el murmullo de una expectativa por primera vez desde el día de su fundación.

Duchess

Después de dejar a Woolly instalado en su habitación con unas gotas de medicina y la radio emitiendo anuncios, me fui a un local llamado Te Anchor en la 45 Oeste, en el barrio de Hell's Kitchen. Era el típico sitio que le gustaba a mi viejo, con iluminación tenue y una clientela indiferente, donde una vieja gloria podía sentarse a la barra y despotricar contra las iniquidades de la vida sin temor a que la interrumpieran.

Según Bernie, Fitzy y mi viejo tenían la costumbre de quedar allí todas las noches alrededor de las ocho y beber hasta que se les acababa el dinero. Y en efecto, a las 19.59 h se abrió la puerta y entró Fitzy arrastrando los pies, puntual como un reloj.

Se notaba que era un cliente fijo porque todos lo ignoraron. A pesar de todo, no había envejecido tan mal. Tenía el pelo un poco más escaso y la nariz un poco más roja, pero si te fijabas bien todavía adivinabas al viejo San Nicolás escondido bajo la superficie.

Pasó por delante de mí, se deslizó entre dos taburetes, dejó unas monedas de cinco centavos encima de la barra y pidió un trago de whisky servido en vaso de tubo.

Un trago queda muy triste servido en vaso de tubo; me pareció extraño que Fitzy lo pidiera así, pero vi que le temblaban un poco los dedos cuando levantó el vaso de la barra. Debía de haber aprendido por las malas que si te sirven un trago en vaso pequeño es mucho más fácil derramarlo.

Con el whisky asegurado en la mano, Fitzy se retiró a una mesa del rincón donde había dos asientos. Saltaba a la vista

que era aquel sitio donde solían beber mi padre y él, porque, después de ponerse cómodo, Fitzy alzó su vaso como si hubiese alguien sentado en la otra silla. Pensé que Fitzy debía de ser la única alma de la tierra dispuesta a brindar con Harry Hewett. Justo cuando iba a llevarse el whisky a los labios me acerqué a él.

—Hola, Fitzy.

Fitzy se quedó petrificado y me miró por encima del borde del vaso. Acto seguido, quizá por primera vez en su vida, dejó el vaso en la mesa sin haber dado el primer trago.

—Hola, Duchess. Casi no te he reconocido. Has crecido mucho.

—Es lo que tiene el trabajo manual. Deberías probarlo.

Fitzy miró su vaso, al barman y, por último, la puerta de la calle. Cuando ya no le quedaron sitios que mirar, volvió a mirarme a mí.

—Vaya, me alegro de verte, Duchess. ¿Qué te trae por la ciudad?

—Bueno, varias cosillas. Mañana necesito ver a un amigo mío de Harlem, pero también estoy buscando a mi viejo. Tenemos algún asunto pendiente, por así decirlo. Lo malo es que salió del Sunshine Hotel tan deprisa que se olvidó de dejar recado de adónde iba. Pero yo pensé que si había alguien en Nueva York capaz de decirme dónde está Harry ése tenía que ser su buen amigo Fitzy.

Ya estaba negando con la cabeza antes de que yo terminara la frase.

—No. No sé dónde está tu padre, Duchess. Hace semanas que no lo veo —dijo.

Miró compungido el whisky que todavía no había probado.

—Qué modales los míos. Déjame invitarte a una copa —dije.

—Tranquilo, ya tengo ésta.

—¿Esa miseria? No te hace justicia.

Me levanté, fui hasta la barra y le pedí al barman una botella de eso que estaba bebiendo Fitzy. Cuando volví a la mesa, la destapé y le llené el vaso hasta el borde.

—Eso está mucho mejor —dije cuando él, sin sonreír, bajó la vista hacia el whisky.

Qué paradoja tan cruel, pensé. Fitzy tenía delante lo que llevaba media vida soñando. Por lo que llevaba media vida rezando, podríamos decir. Un vaso de tubo lleno hasta arriba de whisky, y encima no lo había pagado él. Pero ahora que lo tenía delante, ya no estaba tan seguro de quererlo.

—Adelante. No seas tan ceremonioso —lo animé.

Casi a regañadientes, levantó el vaso y lo inclinó un poco hacia mí. El gesto no fue tan sincero como el que le había hecho a la silla vacía de mi padre, pero aun así le expresé mi gratitud.

Esta vez se llevó el vaso a los labios y dio un gran sorbo, como si tuviese que resarcirse por la espera. Luego dejó el vaso en la mesa, me miró y esperó. Porque eso es lo que hacen las viejas glorias: esperar.

Cuando se trata de esperar, las viejas glorias tenían mucha práctica. Primero esperaban a que llegara su golpe de suerte, o a que su número triunfara. Cuando quedaba claro que eso nunca sucedería, empezaban a esperar otras cosas. A que abrieran los bares, o a que llegara el dinero de los servicios sociales. Al cabo de poco tiempo empezaban a esperar a ver qué tal sería dormir en un parque o darle las dos últimas caladas a una colilla recogida del suelo. Esperaban a ver a qué nueva humillación eran capaces de acostumbrarse mientras esperaban a que los olvidaran quienes antaño los habían querido. Pero por encima de todo esperaban a que llegara el final.

—¿Dónde está, Fitzy?

Fitzy negó con la cabeza, menos para mí que para sí mismo.

—Ya te lo he dicho, Duchess. Hace semanas que no lo veo. Te lo juro.

—En circunstancias normales, me inclinaría a creer cualquier palabra que saliera por tu boca. Sobre todo si jurabas que era cierta.

Aquello le arrancó una mueca de dolor.

—Pero resulta que no te has sorprendido mucho de verme cuando me he sentado aquí. Y me pregunto, ¿por qué será?

—No lo sé, Duchess. A lo mejor me he sorprendido por dentro.

Solté una carcajada.

—Sí, puede ser. Aunque ¿sabes qué pienso? Pienso que no te has sorprendido porque mi viejo ya te avisó de que era posible que me dejara caer por aquí. Pero para avisarte tiene que haber hablado contigo estos últimos días. Es más, seguramente te lo dijo cuando estabais los dos sentados aquí mismo. —Di unos golpecitos en la mesa con un dedo—. Y si te dijo que salía pitando de la ciudad, seguro que te dijo adónde iba. Al fin y al cabo, sois como uña y mugre. No es que yo pretenda robarte tu tiempo...

Al oír la palabra *robar,* Fitzy volvió a hacer una mueca. Entonces se mostró aún más alicaído, por asombroso que pueda parecer.

—Lo siento —dijo en voz baja.

—¿Cómo dices?

Me incliné un poco hacia delante, como si no hubiese oído bien, y él me miró con un gesto que parecía de sincero arrepentimiento.

—Lo siento mucho, Duchess. Siento mucho haber puesto aquellas cosas sobre ti en mi declaración. Siento mucho haberla firmado.

Para ser alguien que no quería hablar, de repente se le había soltado la lengua.

—La noche anterior había bebido. Y la policía me pone muy nervioso, sobre todo si empieza a hacerme preguntas. Preguntas sobre lo que podía haber visto u oído, a pesar de que mi vista y mi oído ya no son lo que eran. Y mi memoria. Así que, cuando los agentes empezaron a mostrarse molestos, tu padre me llevó a un lado e intentó refrescarme la memoria...

Mientras Fitzy seguía hablando, cogí la botella de whisky y le eché un vistazo. En medio de la etiqueta había un gran trébol verde que me arrancó una sonrisa: ¿qué suerte le puede traer a alguien un vaso de whisky? Y encima whisky irlandés.

Mientras sopesaba aquella botella, pensé que era otro buen ejemplo de objeto cuidadosamente diseñado para cumplir una determinada función y que, sin embargo, servía perfectamente para otra. Siglos atrás, se había diseñado la botella de whisky con un cuerpo lo bastante grande para cogerla y un cuello lo bastante estrecho para verter el líquido. Pero si invertías la botella y la cogías por el cuello, de pronto parecía que la hubiesen diseñado para golpear a alguien en la cabeza. De alguna manera, la botella de whisky era como un lápiz con goma: tenía un extremo para decir cosas y otro para callárselas.

Fitzy debía de estar leyéndome la mente, porque se quedó muy callado. A juzgar por su expresión, estaba asustado. Había palidecido y el temblor de sus dedos había empeorado de forma considerable.

Quizá fuese la primera vez en mi vida que alguien me tenía miedo. Hasta cierto punto me costaba creerlo, porque yo no tenía intención de hacer daño a Fitzy. ¿Qué sentido tendría? Si se trataba de hacer daño a Fitzy, él tenía el monopolio completo.

Pero, dadas las circunstancias, pensé que tal vez pudiera sacarle partido a su desasosiego. Así que cuando me preguntó si podíamos considerarlo agua pasada, dejé la botella en la mesa con mucha parsimonia.

—Ojalá pudiera. Ojalá pudiera retroceder en el tiempo y dejarte remediar lo que hiciste, Patrick FitzWilliams. Pero, ¡ay, amigo mío!, no es agua pasada. Ni agua estancada, ya que estamos. Más bien estamos rodeados de agua. De hecho, está aquí mismo, en esta habitación.

Me miró con una aflicción tan profunda que casi sentí lástima por él.

—Sean cuales sean las razones por las que hiciste lo que hiciste, Fitzy, creo que estarás de acuerdo conmigo en que me debes una. Si me dices dónde está mi viejo, estaremos en paz. Pero si no, tendré que usar la imaginación para pensar en alguna otra forma de arreglar cuentas contigo.

Sally

Encontré a mi padre en el extremo norte, arreglando un tramo de la cerca con Bobby y Miguel; no muy lejos estaban sus caballos y, un poco más allá, pacían varios centenares de cabezas de ganado.

Salí de la carretera y me detuve en el arcén, justo donde estaban trabajando ellos; me bajé de la cabina y ellos se protegieron los ojos del polvo con la mano.

Bobby, comediante como siempre, se puso a toser aparatosamente mientras mi padre negaba con la cabeza.

—Sally, si sigues conduciendo esa ranchera así por estas carreteras, la vas a destrozar.

—Me parece que a estas alturas ya sé lo que *Betty* aguanta y lo que no.

—Yo sólo digo que, cuando se rompa la transmisión, no esperes que te la cambie.

—Por eso no te preocupes. Sé lo que puedo esperar de mi camioneta, pero aún sé mejor lo que puedo esperar de ti.

Él se quedó callado durante un instante, y sospecho que estaba intentando decidir si tenía que decirles a los chicos que se fueran.

—Muy bien —dijo al fin, como si hubiese llegado a un acuerdo consigo mismo—. Has venido disparada hasta aquí por algún motivo. Eso salta a la vista. ¿Me vas a explicar de qué se trata?

Abrí la portezuela del lado del pasajero, saqué el letrero de en venta que llevaba en el asiento y lo levanté para que mi padre pudiese verlo bien.

—He encontrado esto en la basura.

Él asintió.

—Lo he tirado yo.

—¿Y de dónde ha salido, si no te molesta que te lo pregunte?

—De la casa de los Watson.

—¿Y por qué has tirado el letrero de EN VENTA de la casa de los Watson?

—Porque ya no está en venta.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Porque la he comprado.

Lo dijo con un tono seco y tajante, para dejar claro que hasta ese momento había tenido paciencia, pero que no estaba de humor para conversaciones como aquélla, que los chicos y él estaban trabajando y que ya iba siendo hora de que me metiera en la camioneta y volviera a casa a preparar la cena. Sin embargo, mi padre se equivocaba si creía que sabía algo sobre la paciencia que yo no supiera.

Me tomé mi tiempo. Sin dar ni un paso, miré a lo lejos con aire pensativo y luego volví a mirar a mi padre.

—Has tardado muy poco en comprar la finca. Me pregunto cuánto tiempo llevarías al acecho esperando para hacerlo.

Bobby barrió el polvo del suelo con la punta de la bota y Miguel volvió la cabeza y se quedó mirando el ganado mientras mi padre se rascaba la nuca.

—Chicos —dijo al cabo de unos segundos—, me parece que tenéis cosas que hacer.

—Sí, señor Ransom.

Los peones montaron en sus caballos y se dirigieron hacia el rebaño con el paso lento y pausado de quien está trabajando. Mi padre no se dio la vuelta para verlos marchar, pero esperó a que hubiesen dejado de oírse los cascos de sus monturas antes de retomar la palabra empleando aquel tono de voz que quería decir: *te lo voy a explicar una vez y no lo voy a repetir*.

—Sally, no ha habido ni acechos ni esperas. Charlie había dejado de pagar la hipoteca, el banco la ejecutó, pusieron la casa a la venta y yo la he comprado. Eso es todo. En el banco nadie se sorprendió, en el condado nadie se sorprenderá y tú tampoco deberías sorprenderte. Porque es lo que hacemos los rancheros. Cuando se presenta una oportunidad y el precio es razonable, cualquier ranchero amplía sus tierras colindantemente.

—Colindantemente —dije impresionada.

—Sí, colindantemente —repitió él.

Nos miramos a los ojos.

—Así que todos estos años, mientras el señor Watson luchaba por sacar adelante la finca, tú estabas demasiado ocupado para echar una mano. Pero, en cuanto se presentó la oportunidad, tú ya tenías la agenda despejada, ¿no? Me parece que eso sí es estar al acecho.

Mi padre alzó la voz por primera vez.

—Maldita sea, Sally. ¿Qué esperabas que hiciera? ¿Que me presentara allí y cogiera su arado? ¿Que le plantara las semillas y le recogiera la cosecha? No puedes solucionarle la vida a otro hombre. Cualquiera que tenga un poco de orgullo no te lo permite. Y quizá Charlie Watson no fuese muy buen agricultor, pero era un hombre orgulloso. Más orgulloso que la mayoría.

Miré a lo lejos con aire pensativo.

—No me negarás que no es curioso que, mientras el banco se preparaba para poner la finca en venta, tú estuvieras sentado en el porche diciéndole al hijo del propietario que a lo mejor había llegado la hora de que recogiera sus cosas y empezara de cero en otro lugar.

Mi padre se quedó mirándome.

—¿Es eso lo que pasa? ¿Tú y Emmett?

—No intentes cambiar de tema.

Negó con la cabeza, como había hecho a mi llegada.

—Emmett no se habría quedado aquí, Sally. Igual que su madre. Ya lo viste. En cuanto pudo, buscó un trabajo en el pueblo. ¿Y qué hizo con sus primeros ahorros? Se compró un coche. No se compró un camión, ni un tractor, Sally. Se compró un coche. No tengo ninguna duda de que perder a su padre ha sido un duro golpe para él, pero en cambio sospecho que perder la finca ha supuesto un alivio.

—No me hables de Emmett Watson como si lo conocieras mejor que nadie. No tienes ni idea de lo que pasa por su cabeza.

—Es posible. Pero después de vivir cincuenta y cinco años en Nebraska, me parece que sé distinguir a los que se quedan de los que se van.

—¿Ah, sí? Pues dígame, señor Ransom: ¿a qué clase pertenezco yo?

Tendríais que haber visto la cara que puso cuando dije eso. Palideció de golpe y luego se puso colorado igual de rápido.

—Ya sé que no es fácil para una niña perder a su madre. En muchos aspectos es más duro para ella que para el marido que pierde a su mujer. Porque un padre no está preparado para criar a una niña como es debido. Y en especial si la niña en cuestión es terca por naturaleza. —Hizo una pausa y me miró, por si no estaba absolutamente claro que se refería a mí—. No podría contar las noches que me he arrodillado junto a mi cama y le he rezado a tu madre pidiéndole consejo sobre cómo reaccionar ante tu terquedad. Y en todos estos años, tu madre, que en paz descanse, no me ha contestado ni una sola vez. De modo que he tenido que recordar cómo te cuidaba ella. Aunque sólo tenías doce años cuando falleció, ya eras muy testaruda. Y cuando yo me mostraba preocupado por eso, tu madre me decía que tuviese paciencia. Ed, me decía, nuestra hija tiene mucho carácter, y eso le vendrá muy bien cuando sea una mujer. Lo que tenemos que hacer es dejarle un poco de tiempo

y un poco de espacio.

Entonces fue él quien miró a lo lejos un instante.

—Pues bien, confié en tu madre entonces y confío ahora. Y por eso he sido indulgente contigo. He sido indulgente con tus modales y tus costumbres; he sido indulgente con tu temperamento y tu lenguaje. Pero que Dios me ayude, Sally, porque veo que te he hecho un flaco favor. Al darte tanta libertad he dejado que te conviertas en una joven caprichosa, una joven acostumbrada a dar rienda suelta a su rabia y a decir lo que piensa, y que, con toda probabilidad, no está preparada para el matrimonio.

¡Cómo disfrutó pronunciando su pequeño discurso! Con las piernas separadas y los pies firmemente plantados en el suelo, parecía que sacara la fuerza directamente de la tierra porque le pertenecía.

Luego su gesto se suavizó, y me miró con lástima, con lo que sólo consiguió enfurecerme.

Le tiré el letrero a los pies, me di la vuelta y subí a la cabina de la ranchera. Puse en marcha el motor, aceleré y salí de allí a cien kilómetros por hora, levantando grava y metiendo las ruedas en los baches, haciendo que temblaran el chasis, las puertas y las ventanas. Me metí por el camino de entrada del rancho, llegué a la casa y derrapé, hasta detenerme a un metro y medio de la puerta principal.

Cuando el polvo se hubo disipado, vi que había un hombre con sombrero sentado en nuestro porche. Y sólo cuando se levantó y salió a la luz, vi que se trataba del sheriff.

Ulysses

Mientras Ulysses miraba cómo los hermanos Watson se retiraban de la hoguera y se preparaban para dormir, Stew apareció a su lado.

—¿Se marchan mañana?

—No. El mayor tiene unos asuntos que atender en la ciudad. Debería haber vuelto por la tarde, y se quedarán a pasar la noche —respondió Ulysses.

—Muy bien. Entonces les guardaré las camas.

—Puedes guardarme la mía también.

Stew se volvió de golpe y miró a Ulysses.

—¿Vas a quedarte otra noche?

Ulysses miró a Stew.

—¿Qué te acabo de decir?

—Ya lo sé, me lo acabas de decir.

—¿Hay algún problema?

—No, no. Ningún problema. Sólo que creo recordar que un día alguien me dijo que nunca pasaba dos noches seguidas en el mismo sitio —dijo Stew.

—Pues el viernes las habrá pasado —dijo Ulysses.

Stew asintió con la cabeza.

—He dejado el café en el fuego. Voy a vigilarlo —indicó al cabo de un momento.

—Me parece muy buena idea —dijo Ulysses.

Stew regresó junto a la hoguera y Ulysses se encontró oteando las luces de la ciudad desde Battery Park hasta el puente de George Washington, unas luces que para él no tenían ningún atractivo y que no prometían consuelo alguno.

Pero Billy le había hablado del acuerdo al que había llegado con su hermano, y a Ulysses le había parecido razonable. Se quedaría dos noches en la isla de Manhattan. Al día siguiente, el niño y él pasarían el día juntos como dos conocidos, y un día más tarde podrían separarse como amigos.

CINCO

Woolly

Nada más entrar en el camino de la casa de su hermana, Woolly supo que no había nadie.

Le bastaba con mirar las ventanas para saber si una casa estaba vacía. A veces, cuando miraba las ventanas, oía toda la actividad de dentro de la casa, como el ruido de pasos subiendo y bajando la escalera o el del cuchillo cortando tallos de apio en la cocina. A veces oía el silencio de dos personas sentadas solas en diferentes habitaciones. Y a veces, como ahora, por cómo las ventanas lo miraban a él, sabía que dentro no había nadie.

Woolly apagó el motor y Duchess dio un silbido.

—¿Cuántas personas dices que viven aquí?

—Sólo mi hermana y su marido. Aunque mi hermana está embarazada —contestó Woolly.

—¿Y qué espera? ¿Quintillizos?

Woolly y Duchess salieron del Studebaker.

—¿Llamamos a la puerta? —preguntó Duchess.

—No están en casa.

—¿Podrás entrar?

—Les gusta dejar la puerta principal cerrada con llave, pero suelen dejar la del garaje abierta.

Woolly siguió a Duchess hasta una de las puertas del garaje y lo vio levantarla. La puerta se abrió con un traqueteo.

Dentro, las dos primeras plazas de aparcamiento estaban vacías. Woolly pensó que en la primera debía de aparcar su hermana, porque la mancha de aceite que había en el suelo tenía la forma de un gran globo idéntico al del libro de Billy.

En cambio, la mancha de aceite de la segunda plaza parecía una de aquellas nubecillas de tormenta que tienen sobre la cabeza los personajes de los tebeos cuando están de mal humor.

Duchess volvió a silbar.

—¿Qué es eso? —preguntó señalando la cuarta plaza.

—Un Cadillac descapotable.

—¿Es de tu cuñado?

—No. Es mío —dijo Woolly un poco avergonzado.

—¡¿Tuyo?!

Duchess se dio rápidamente la vuelta y lo miró con un gesto de sorpresa tan exagerado que Woolly no tuvo más remedio que sonreír. Duchess no se sorprendía a menudo, y por eso aquél siempre sonreía cuando sucedía. Woolly siguió a Duchess, que cruzó el garaje para examinar el coche.

—¿De dónde lo has sacado?

—Creo que lo heredé. De mi padre.

Duchess miró a Woolly y asintió con aire solemne. Luego dio unos pasos para recorrer toda la longitud del coche, pasando la mano por el capó largo y negro y admirando los neumáticos de banda blanca.

Woolly se alegró de que Duchess no hubiese rodeado el coche por completo, porque en la puerta del otro lado estaban las abolladuras que había hecho al chocar contra una farola.

«Dennis» se había enfadado muchísimo aquel sábado por la noche cuando Woolly volvió con las abolladuras. Woolly sabía que «Dennis» se había enfadado muchísimo porque así se lo había dicho.

Mira lo que has hecho, le dijo mientras miraba furioso los desperfectos.

Dennis, el coche no es tuyo. Es de Woolly, intercedió su hermana.

Seguramente eso era lo que debería haber dicho Woolly: *El*

coche no es tuyo, «Dennis». Es mío. Pero no se le había ocurrido decirlo. Al menos no se le había ocurrido decirlo hasta después de que Sarah ya lo hubiese dicho. Sarah siempre sabía lo que había que decir antes de que Woolly lo dijera. Cuando Woolly estaba en medio de una conversación en el internado, o en una fiesta en Nueva York, solía pensar que la conversación habría sido mucho más fácil si Sarah hubiese estado allí con él para decir lo que había que decir en su lugar.

Pero la noche que llegó con las abolladuras en la puerta y Sarah le dijo a «Dennis» que el coche no era suyo, que era de Woolly, aquel comentario no había hecho sino enfadar aún más a «Dennis».

Lo digo precisamente por eso, porque es su coche. (El cuñado de Woolly siempre se expresaba precisamente. Aunque estuviera enfadadísimo, siempre era sumamente preciso.) *Cuando un joven tiene la suerte de recibir algo de tanto valor de su propio padre, debería tratarlo con respeto. Y si no sabe tratarlo con respeto, significa que no se lo merece en absoluto*.

Ay, Dennis, dijo Sarah. *No es un Manet, por el amor de Dios. Es una máquina*.

Las máquinas son los cimientos de todo lo que tiene esta familia, dijo «Dennis».

Y de todo lo que no tiene, dijo Sarah.

¿Lo ves? Ya lo ha hecho otra vez, pensó Woolly, y sonrió.

—¿Puedo? —preguntó Duchess, señalando el coche.

—¿Cómo? Ah, sí. Claro, claro.

Duchess fue a tocar la manecilla de la portezuela del conductor, vaciló, dio un paso hacia la derecha y abrió la del asiento trasero.

—Después de ti —dijo con una floritura.

Woolly se sentó en el asiento trasero y Duchess se sentó a su lado. Después de cerrar la portezuela, Duchess dio un suspiro de aprobación.

—Olvidémonos del Studebaker. Emmett debería llegar a Hollywood en este coche —dijo.

—Billy y Emmett van a ir a San Francisco —lo corrigió Woolly.

—A donde sea. Deberían viajar a California en este coche.

—Si Billy y Emmett quieren viajar a California en el Cadillac, no hay ningún inconveniente.

—¿Estás seguro?

—Nada me haría más feliz. El único problema es que el Cadillac es mucho más viejo que el Studebaker, y seguramente tardarían mucho más en llegar a California.

—Puede ser. Pero cuando vas en un coche como éste, ¿qué prisa tienes?

Resultó que la puerta de dentro del garaje estaba cerrada con llave, así que Woolly y Duchess volvieron a salir, y Woolly se sentó en los escalones del porche, junto a los tiestos, mientras Duchess sacaba las bolsas del maletero.

—Podría tardar algunas horas. ¿Estás seguro de que estarás bien? —dijo Duchess.

—Por supuestísimo. Esperaré aquí hasta que vuelva mi hermana. No tardará, ya lo verás —dijo Woolly.

Woolly vio a Duchess meterse en el Studebaker y saludarlo con la mano al salir por el camino que conducía hasta la calle. Una vez solo, sacó la botellita de medicina extra del bolsón, desenroscó el cuentagotas y dejó caer unas cuantas gotas extras en la punta de la lengua. Luego dedicó un momento a admirar el entusiasmo de la luz del sol.

—No hay nada más entusiasta que la luz del sol. Y nadie más fiable que la hierba —se dijo.

Al pronunciar la palabra *fiable*, de pronto Woolly pensó en su hermana Sarah, otro dechado de fiabilidad. Se guardó la

botellita en el bolsillo, se levantó más animado y miró. Y en efecto: esperando pacientemente bajo el tiesto estaba la llave de la casa de su hermana. Todas las llaves se parecen, por supuesto, pero Woolly supo que aquélla era la llave de la casa de su hermana porque giró cuando la introdujo en la cerradura.

Abrió la puerta, entró y se detuvo.

—¿Hola? ¿Hola, hola?

Para asegurarse, Woolly gritó *hola* de nuevo en el pasillo que conducía a la cocina, y otra vez al pie de la escalera. Luego esperó para ver si le contestaba alguien.

Mientras esperaba y escuchaba, se fijó en una mesita que había al pie de la escalera, donde estaba el teléfono. Reluciente, liso y negro, parecía un primo joven del Cadillac. Lo único que no era reluciente, liso y negro era un pequeño rectángulo de papel en el centro del dial donde habían escrito el número de teléfono de la casa con una caligrafía muy pulcra. Para que el teléfono supiese exactamente quién era, pensó Woolly.

Como nadie le contestó los saludos, Woolly entró en una habitación grande y luminosa a su izquierda.

—Esto es el salón —dijo como si se hiciera una visita guiada a sí mismo.

No había cambiado gran cosa en el salón desde la última vez que él estuvo allí. El reloj de pie de su abuelo seguía junto a la ventana, sin cuerda. El piano seguía en el rincón, sin tocar. Y los libros seguían en los estantes, sin leer.

La única diferencia era que ahora había un gigantesco abanico oriental delante de la chimenea, como si ésta se avergonzara de su aspecto. Woolly se preguntó si siempre estaba allí, o si su hermana lo quitaba en invierno para poder encender el fuego. Pero si lo quitaba, ¿dónde lo ponía? Porque parecía muy delicado y aparatoso. A lo mejor podía plegarse como un abanico normal, pensó Woolly, y guardarse en un

cajón.

Satisfecho con esa idea, se tomó la molestia de darle cuerda al reloj antes de salir del salón y continuar con la visita.

—Esto es el comedor, donde se come los días festivos y se celebran los cumpleaños... Ésta es la única puerta de la casa que no tiene picaporte y que oscila hacia delante y hacia atrás... Y ésta es la cocina... Y esto es el pasillo trasero... Y aquí está el despacho de «Dennis», donde nadie tiene permiso para entrar.

Fue recorriendo las habitaciones hasta completar un circuito que lo llevó de nuevo al pie de la escalera.

—Y ésta es la escalera.

Empezó a subir y continuó una vez arriba:

—Esto es el pasillo. Ésta es la habitación de mi hermana y de «Dennis». Esto es el cuarto de baño. Y aquí...

Se detuvo ante una puerta entreabierta. La empujó y entró en una habitación que era y al mismo tiempo no era lo que él esperaba.

Porque, aunque allí estaba su cama, la habían colocado en el centro de la habitación tapada con una gran lona. Cientos de gotitas azules y grises salpicaban la lona, blanca y deslucida, como uno de aquellos cuadros del museo de arte moderno. El armario, donde antes se guardaban las camisas y chaquetas de Woolly, estaba completamente vacío. No quedaba ni una sola percha, ni la caja de bolas de naftalina que siempre estaba escondida en lo más oscuro de la balda superior.

Tres de las cuatro paredes de la habitación todavía eran blancas, pero una, en la que ahora había una escalera de mano, era azul. De un azul brillante y agradable, como el azul del coche de Emmett.

Woolly no podía quejarse de que su armario estuviese vacío ni de que una lona cubriese su cama, porque la habitación era y a la vez no era suya. Cuando su madre se casó y se fue a vivir

a Palm Beach, Sarah le había permitido utilizar esa habitación. Le había permitido utilizarla para pasar las vacaciones de Acción de Gracias y de Pascua, y las semanas que tenía libres cuando dejaba un internado y todavía no se había ido al siguiente. Aunque Sarah siempre insistía en que podía considerar suya aquella habitación, él sabía que no era una habitación para siempre, al menos no para él. Era una habitación para siempre para alguien más.

Por la forma de la lona, que se veía muy abultada, Woolly dedujo que habían amontonado unas cajas encima de la cama antes de taparla, y ahora parecía un barquito minúsculo.

Tras asegurarse de que las gotas de la lona no eran recientes, Woolly la retiró. Encima de la cama había cuatro cajas de cartón con su nombre.

Se detuvo un momento y admiró la caligrafía. A pesar de que habían escrito su nombre con letras de cinco centímetros de alto con un rotulador negro muy grueso, se notaba que era la caligrafía de su hermana, la misma con la que estaban escritos los números diminutos del rectángulo diminuto del dial del teléfono. Qué interesante, pensó Woolly, que la letra de una persona siga siendo la misma con independencia del tamaño.

Fue a abrir la caja que tenía más cerca, pero titubeó. De pronto se acordó de la inquietante teoría del gato de Schrödinger que el profesor Freely les había explicado en clase de física. Según esa teoría, un físico llamado Schrödinger había postulado (ésa había sido la palabra que había empleado el profesor Freely: *postulado*) que dentro de una caja con veneno había también un gato en estado de benigna incertidumbre. Pero si abrías la caja, el gato podía estar ronroneando o envenenado. De modo que, si alguien se aventuraba a abrir una caja, debía hacerlo con cierta precaución, aunque la caja llevase escrito su nombre. O quizá con más razón si llevaba escrito su nombre.

Woolly se armó de valor, abrió la tapa y dio un suspiro de alivio. Dentro vio toda la ropa que antes estaba en la cómoda que era y no era suya. En la caja de debajo encontró todas las cosas que antes estaban encima de la cómoda. Como la vieja caja de puros, la botella de loción de afeitar que le habían regalado por Navidad y nunca había utilizado y el trofeo del segundo premio del club de tenis, con el hombrecito dorado que estaría sacando una bola de tenis toda la eternidad. Y en el fondo de la caja estaba el diccionario azul marino que la madre de Woolly le había regalado la primera vez que lo enviaron a un internado.

Sacó el diccionario y notó su tranquilizador peso. Siempre le había encantado aquel diccionario, porque su propósito era decirte qué significaba exactamente una palabra. Escoge una palabra, ve a la página indicada y he ahí su significado. Y si en la definición había una palabra que no entendías, podías buscarla también para averiguar qué significaba.

Cuando su madre le regaló el diccionario, éste formaba parte de un juego: iba en un estuche junto con un tesauro. Y así como le encantaba el diccionario, Woolly odiaba el tesauro. Sólo de pensar en él se le ponían los pelos de punta, porque su propósito parecía todo lo contrario que el del diccionario. En lugar de decirte exactamente qué significaba una palabra, cogía una palabra y te daba diez palabras más que podían usarse en su lugar.

¿Cómo iba alguien a comunicarle una idea a otra persona si, cuando tenía algo que decir, podía elegir entre diez palabras para cada palabra de una frase? El número de posibles combinaciones le empantanaba la mente. Hasta tal punto que, poco después de llegar a St. Paul, Woolly había ido a hablar con su profesor de matemáticas, el señor Kehlenbeck, y le había planteado esta pregunta: si tenías una frase de diez palabras y podías sustituir cada palabra por otras diez palabras, ¿cuántas

frases podía haber? Sin vacilar ni un instante, el señor Kehlenbeck se había acercado a la pizarra, había escrito una fórmula y hecho unos cálculos rápidos para demostrar de manera incontrovertible que la respuesta a la pregunta de Woolly era diez mil millones. Y claro, ante semejante revelación, ¿cómo podía siquiera empezar a escribir la respuesta a una pregunta de examen cuando llegaran los finales?

Aun así, cuando Woolly salió de St. Paul para ingresar en St. Mark, fue responsable: se llevó el tesauro y lo puso encima de su mesa, donde permaneció bien guardado en su estuche, sonriéndole con suficiencia, con sus decenas de miles de palabras que podían ser sustituidas unas por otras. Durante todo un año se mofó y se burló de él, hasta que una noche, poco antes de las vacaciones de Acción de Gracias, Woolly sacó el tesauro del estuche, se lo llevó al campo de fútbol, lo roció con la gasolina que había encontrado en la lancha del entrenador del equipo de remo y le prendió fuego a aquel objeto vil.

Visto en retrospectiva, seguramente todo habría salido a las mil maravillas si a Woolly se le hubiera ocurrido prenderle fuego al tesauro en la línea de cincuenta yardas. Pero por alguna razón que no alcanzaba a recordar Woolly había puesto el libro en la zona de anotación, y al arrojar la cerilla las llamas habían seguido rápidamente un rastro de gasolina que había caído en la hierba, envuelto el bidón de gasolina y provocado una explosión que había hecho arder la portería.

Woolly había retrocedido hasta la línea de veinte yardas y había observado, primero conmocionado y después maravillado, cómo el fuego ascendía por el poste principal para luego extenderse por el horizontal y seguir a su vez por el otro poste vertical hasta quedar toda la portería envuelta en llamas. De pronto ya no parecía un poste de gol. Parecía un espíritu

fogoso que alzaba exultante los brazos al cielo. Y era muy pero que muy bonito.

Woolly se presentó ante el comité disciplinario con la intención de explicar que sólo pretendía liberarse de la tiranía del tesauro para obtener mejores resultados en los exámenes. Pero todavía no había tenido ocasión de hablar cuando el decano de estudiantes, que presidía la vista, dijo que Woolly estaba allí para responder por el *fuego* que había provocado en el campo de fútbol. Al cabo de un momento, el señor Harrington, el representante del profesorado, se refirió al incidente como un *incendio*. Luego Dunkie Dunkle, el presidente de la asociación de estudiantes (que casualmente también era el capitán del equipo de fútbol), lo llamó *conflagración*. Y Woolly enseguida comprendió que, dijera lo que dijese, todos iban a ponerse de parte del tesauro.

Mientras volvía a meter el diccionario en la caja, oyó el tímido rechinar de una pisada en el pasillo; se dio la vuelta y vio a su hermana plantada en el umbral con un bate de béisbol en las manos.

—Siento lo de la habitación —dijo Sarah.

Woolly y su hermana estaban sentados a la mesita del rincón de la cocina, en el lado opuesto del fregadero. Sarah ya se había disculpado por haber recibido a Woolly con un bate de béisbol después de encontrar la puerta de la calle abierta de par en par. Ahora estaba disculpándose por haberle quitado la habitación que era y no era suya. Sarah era la única persona de la familia de Woolly que decía que lo sentía y lo decía de verdad. El único problema, creía Woolly, era que muchas veces decía que lo sentía cuando no tenía ningún motivo para decirlo. Como en esa ocasión.

—No, no —dijo él—. No tienes que pedirme disculpas. Me

parece estupendo que vaya a ser la habitación del bebé.

—Nos pareció que podíamos llevar tus cosas a la habitación que hay al lado de la escalera trasera. Así tendrías mucha más intimidad y te sería mucho más fácil ir y venir a tu antojo.

—Sí. Junto a la escalera de atrás estaría genial —coincidió Woolly. Asintió dos veces con la cabeza a la vez que sonreía, y luego se quedó mirando la mesa.

Arriba, después de abrazar a Woolly, Sarah le había preguntado si tenía hambre y se había ofrecido a prepararle un sándwich. Y eso tenía ahora Woolly delante: un sándwich de queso caliente cortado en dos triángulos, uno señalando hacia arriba y otro señalando hacia abajo. Mientras contemplaba los triángulos, Woolly se dio cuenta de que su hermana lo observaba.

—Woolly —dijo ella al cabo de un momento—, ¿qué haces aquí?

Él levantó la cabeza.

—Pues no lo sé —dijo con una sonrisa—. Ir de aquí para allá, supongo. Callejear un poco. Verás, a mi amigo Duchess y a mí nos dieron un permiso en Salina y decidimos dar una vuelta y visitar a algunos amigos y familiares.

—Woolly... —Sarah dio un suspiro tan delicado que Woolly apenas lo oyó—. El lunes me llamó mamá, después de que la llamara el alcaide. Así que sé que no te han dado ningún permiso.

Woolly volvió a mirar su sándwich.

—Pero llamé por teléfono al alcaide para hablar con él personalmente, y me dijo que has sido un miembro ejemplar de la comunidad. Y que, como sólo te quedan por cumplir cinco meses de sentencia, si vuelves a Salina de forma voluntaria, él hará todo lo posible para que las repercusiones sean las mínimas. ¿Me dejas llamarlo, Woolly? ¿Me dejas llamarlo y decirle que vas a volver?

Woolly hizo girar el plato de modo que el triángulo de sándwich de queso caliente que antes señalaba hacia arriba señalara hacia abajo y el triángulo de sándwich de queso caliente que señalaba hacia abajo señalara hacia arriba. El alcaide había llamado a su madre, que había llamado a Sarah, que había llamado al alcaide, pensó Woolly. Sonrió.

—¿Te acuerdas? —preguntó—. ¿Te acuerdas de cuando jugábamos al teléfono escacharrado? ¿Todos juntos en el gran salón del refugio?

De pronto Sarah miró a Woolly con una expresión de profunda tristeza. Pero fue sólo durante un instante. Luego ella también sonrió.

—Me acuerdo.

Woolly se retrepó en la silla y se dispuso a recordar por los dos. Porque quizá no se le daba nada bien rememorizar, pero se le daba muy bien recordar.

—Como era el más pequeño, a mí siempre me tocaba empezar —dijo—. Me acercaba a tu oreja, me tapaba la boca con una mano para que no me oyeran los demás y te susurraba: *Los cadetes jugaban al bridge en la cocina*. Entonces tú te inclinabas hacia Kaitlin y le susurrabas, y Kaitlin le susurraba a papá, y papá le susurraba a la prima Penelope, y la prima Penelope le susurraba a la tía Ruthie, y así sucesivamente, a lo largo de todo el corro hasta llegar a mamá. Y entonces mamá decía: *Los Carter se comían el ceviche en la piscina*.

Al recordar la inevitable confusión de su madre, los dos hermanos se echaron a reír, y sus carcajadas resonaron casi con tanta fuerza como cuando se reían años atrás.

Luego se quedaron callados.

—¿Cómo está? —preguntó Woolly mirando su sándwich—. ¿Cómo está mamá?

—Bien. Cuando me llamó iba camino de Italia —le dijo Sarah.

—Con Richard.

—Es su marido, Woolly.

—Sí, sí —concedió él—. Claro, claro, claro. En la riqueza y en la pobreza. En la salud y en la enfermedad. Y hasta que la muerte los separe, pero ni un minuto más.

—No fue un minuto, Woolly...

—Lo sé, lo sé.

—Fue cuatro años después de morir papá. Tú estabas en el internado, Kaitlin y yo nos habíamos casado y mamá se había quedado sola.

—Lo sé —repitió él.

—Richard no tiene que caerte bien, Woolly, pero no puedes negarle a tu madre el consuelo de la compañía.

Woolly miró a su hermana y pensó: no puedes negarle a tu madre el consuelo de la compañía. Si le hubiese susurrado esa frase a Sarah, y ella se la hubiese susurrado a Kaitlin, y Kaitlin se la hubiese susurrado a su padre, y así sucesivamente a lo largo de todo el corro, cuando por fin hubiese llegado a su madre, ¿en qué se habría convertido la frase?

Duchess

Con el vaquero del juzgado y con Antiguo Testamento Ackerly, el ajuste de cuentas había sido bastante claro. La cosa quedaba en uno menos uno, o cinco menos cinco. Sin embargo, en el caso de Townhouse el cálculo era un poco más complicado.

Era evidente que yo estaba en deuda con él por el fiasco de *Hondo*. Yo no hice llover aquella noche, y os aseguro que no tenía ninguna intención de volver a casa en un coche de policía, pero eso no cambiaba la realidad: que si yo hubiese regresado a pie por los campos de patatas, Townhouse se habría comido sus palomitas, visto la película y vuelto a los barracones sin que nadie lo hubiese descubierto.

Hay que reconocer que Townhouse no hizo ningún drama, ni siquiera cuando Ackerly sacó la vara. Y cuando quise pedirle disculpas, le quitó importancia, como si diera por hecho que de vez en cuando iba a recibir una paliza tanto si se la merecía como si no. No obstante, era obvio que el desarrollo de los acontecimientos no le entusiasmaba, como me habría pasado a mí de haber estado en su lugar. Así que yo sabía que le debía algo por haber recibido aquella paliza.

Lo que complicaba los cálculos era el asunto Tommy Ladue. Hijo de un oklahomense que, a diferencia de tantos de sus paisanos, no había tenido el buen juicio de marcharse de Oklahoma en los años treinta, Tommy Ladue era el típico chico que parecía que llevara pantalón de peto aunque no lo llevase.

Cuando Townhouse vino a instalarse al barracón número cuatro, donde compartiría litera con Emmett, a Tommy no le hizo ninguna gracia. Como oklahomense, dijo, opinaba que los

negros debían alojarse en barracones aparte y comer en mesas aparte en compañía de otros negros. Si te imaginabas a la familia de Tommy delante de su casa, te preguntabas qué podía ser eso de lo que los Ladue de Oklahoma trataban por todos los medios de alejar a los negros, pero creo que a Tommy nunca se le ocurrió pensarlo.

Aquella primera noche, mientras Townhouse guardaba en su taquilla la ropa que acababan de entregarle, Tommy se le acercó para dejarle las cosas claras. Le explicó que podía entrar y salir para acostarse en su cama, pero que no podía pasearse por el resto del barracón. En el cuarto de baño, donde había cuatro lavamanos, sólo podía utilizar el que quedaba más alejado de la puerta. Y en cuanto al contacto visual, más valía que lo redujera al mínimo.

Townhouse parecía un chico capaz de resolver él solo sus problemas, pero Emmett no tenía paciencia con aquellos discursos. Le dijo a Tommy que todos los reclusos eran iguales, que todos los lavamanos eran iguales y que Townhouse podía moverse a su antojo por los barracones como el resto de nosotros. Si Tommy hubiese sido dos dedos más alto, diez kilos más pesado y el doble de valiente, seguramente le había pegado un puñetazo a Emmett. Pero se limitó a volver a su mitad del barracón a alimentar su agravio.

La vida en un correccional está pensada para atontarte. Te despiertan al amanecer, te obligan a trabajar hasta el ocaso, te dan media hora para comer, media hora para descansar y luego apagan las luces. Se supone que no debes ver más allá del sendero que tienes por delante, como los caballos con anteojeras de Central Park. Pero si has crecido rodeado de artistas itinerantes, es decir, entre ladrones y estafadores de poca monta, nunca llegas a atontarte del todo.

Por ejemplo: me había fijado en que Tommy se había hecho amigo de Bo Finlay, un vigilante de Macon, Georgia, con el que

tenía muchas cosas en común —les había oído lanzar calumnias contra las personas de color, así como contra los blancos que las defendían—, y una noche, al fondo de la cocina, había visto cómo Bo le daba dos estrechas cajitas azules a Tommy, y a las dos de la madrugada había visto a Tommy recorrer el barracón de puntillas para meter aquellas cajas en la taquilla de Townhouse.

Por eso no me sorprendió demasiado que, en el pase de lista de la mañana, Antiguo Testamento Ackerly, acompañado de Bo y dos vigilantes más, anunciara que alguien había estado robando de la despensa; no me sorprendió que se dirigiese directamente hacia Townhouse y le ordenara que vaciase su taquilla y lo pusiera todo encima de la cama recién hecha; y no me sorprendió en absoluto que lo único que saliera de la taquilla de Townhouse fuese su ropa.

Los que sí se sorprendieron fueron Bo y Tommy. De hecho, se sorprendieron tanto que no tuvieron la precaución de no mirarse el uno al otro.

En un delirante alarde de pésimo autocontrol, Bo incluso apartó a Townhouse y le dio la vuelta a su colchón para ver qué había escondido debajo.

—Basta —dijo el alcaide, que no parecía muy contento.

Entonces fue cuando interviene yo.

—¿Me permite un comentario, alcaide Ackerly? —pregunté —. Si ha habido un hurto en la cocina y algún bergante ha puesto en duda nuestro honor afirmando que el culpable reside en el barracón número cuatro, opino que debería usted registrar cada una de nuestras taquillas. Porque ésa será la única manera de resarcir nuestro buen nombre.

—Ya decidiremos nosotros lo que hay que hacer —dijo Bo.

—Yo decidiré lo que hay que hacer —dijo Ackerly—. Abrid todas las taquillas.

Siguiendo la orden de Ackerly, los vigilantes fueron de litera

en litera vaciando todas las taquillas. Y hete aquí que en el fondo de la de Tommy Ladue encontraron nada más y nada menos que una caja enterita de galletas Oreo.

—¿Cómo explica usted esto? —le dijo Ackerly a Tommy mientras sostenía las condenatorias galletas.

Un joven sensato se habría mantenido firme y habría declarado que nunca había visto aquella caja de color azul claro. Uno astuto quizá incluso hubiese afirmado con la seguridad en sí mismo de quienes técnicamente son sinceros: *Yo no he puesto esas galletas en mi taquilla*. Porque, al fin y al cabo, no las había puesto él. Pero, sin vacilar ni un instante, Tommy miró a Bo y balbuceó:

—Si he sido yo el que ha cogido las Oreo, ¿dónde está la otra caja?

Por el amor de Dios.

Aquella noche, pasadas unas horas, mientras Tommy sudaba la gota gorda en la caseta de castigo y Bo mascullaba frente al espejo, todos los chicos del barracón número cuatro vinieron a preguntarme qué demonios había pasado. Y yo se lo conté. Les conté que había visto a Tommy haciéndose amigo de Bo, y el sospechoso intercambio al fondo de la cocina, y la colocación fraudulenta de las pruebas de madrugada.

—Pero ¿cómo han pasado las galletas de la taquilla de Townhouse a la de Tommy? —me preguntó un memo en el momento oportuno.

A modo de respuesta, me miré las uñas.

—Digamos simplemente que no se metieron allí ellas solas.

Todos se echaron a reír a carcajadas.

Entonces Woolly Martin, a quien nunca había que subestimar, hizo la pregunta pertinente:

—Si Bo le dio a Tommy dos cajas de galletas y una de las cajas acabó en la taquilla de Tommy, ¿qué fue de la otra caja?

En la pared del medio del barracón había un gran tablero

verde donde estaban pintadas las normas y reglas que debíamos cumplir. Metí una mano por detrás, cogí la estrecha cajita azul y la saqué con una floritura.

—*Voilà*!

Y a partir de ahí lo pasamos todos en grande. Nos repartimos las galletas y nos reímos de los balbuceos de Tommy y de la cara de Bo al darle la vuelta al colchón.

Sin embargo, cuando se apagaron las risas, Townhouse negó con la cabeza y comentó que me había arriesgado mucho. Al oír eso, todos me miraron con curiosidad. ¿Por qué lo había hecho?, se preguntaban de pronto. ¿Por qué había corrido el riesgo de hacer enfadar a Tommy y a Bo por un compañero de barracón al que apenas conocía? Y encima, negro.

En el silencio que siguió a aquellas palabras, apoyé la mano en el puño de mi espada y miré uno a uno el rostro de los espectadores.

—¿Que me he arriesgado? —les dije—. Aquí hoy nadie ha arriesgado nada, amigos míos. Lo que he hecho ha sido aprovechar una oportunidad que se me ha ofrecido. Todos hemos venido aquí desde diferentes lugares a cumplir diferentes condenas por haber cometido diferentes delitos. Pero ante una tribulación compartida, se nos ofrece una oportunidad, una oportunidad única y preciosa, de estar unidos. No nos zafemos de lo que la providencia ha dejado a nuestros pies. Levantémoslo como una bandera y desfilemos hacia la batalla, y dentro de muchos años, cuando volvamos la vista atrás, podremos decir que, pese a estar condenados a días de duro trabajo, los afrontamos impertérritos y hombro con hombro. Nosotros, nuestro feliz y pequeño ejército, nuestra banda de hermanos.

¡Tendríais que haberlos visto!

Estaban embelesados, os lo aseguro, pendientes de cada sílaba que pronunciaban mis labios. Y cuando los golpeé con lo

de la banda de hermanos, me dedicaron una ovación entusiasta. Si mi padre hubiese estado allí, y si no fuera tan envidioso, habría estado orgulloso de mí.

Después de las palmaditas en la espalda, cuando los chicos regresaron a sus literas con una sonrisa en la cara y galletas en el estómago, se me acercó Townhouse.

—Te debo una —me dijo.

Y tenía razón: estaba en deuda conmigo.

Aunque fuésemos una banda de hermanos.

Pero meses después la pregunta seguía en el aire: ¿cuánto me debía? Si Ackerly hubiese encontrado aquellas galletas en la taquilla de Townhouse, habría sido Townhouse quien habría estado sudándola en la caseta de castigo en lugar de Tommy, y habría permanecido allí cuatro noches en lugar de dos. Aquello, desde luego, equilibraba mi cuenta, pero yo sabía muy bien que no bastaba para compensar los ocho golpes de vara que Townhouse había recibido en la espalda.

Sobre eso estaba cavilando cuando dejé a Woolly en la casa de su hermana, en Hastings-on-Hudson, y sobre eso seguí cavilando hasta llegar a Harlem.

En algún momento, Townhouse me había dicho que vivía en la calle 126, lo que parecía bastante sencillo. Pero para encontrarlo tuve que recorrerla seis veces.

Estaba sentado en el último escalón de la entrada de una casa de piedra rojiza, rodeado de sus amigos. Paré el coche junto al bordillo en la acera de enfrente y miré por el parabrisas. En el primer escalón, sentado debajo del de Townhouse, había un tipo grueso que sonreía; luego había un negro de piel clara con pecas; y en el escalón inferior, dos adolescentes. Supongo que estaban distribuidos como un pequeño pelotón, con el capitán en lo alto, y a continuación su

primer teniente, su segundo teniente y dos soldados rasos. De todos modos, aunque hubiesen invertido el orden y Townhouse se hubiese sentado en el escalón inferior, él habría seguido descollando sobre los demás. Eso hizo que me preguntara qué habrían hecho aquellos chicos con su vida mientras Townhouse estaba en Kansas. Seguramente se habían limitado a comerse las uñas y contar los días que faltaban para que lo liberasen. Ahora que Townhouse llevaba de nuevo las riendas, podían exhibir una ensayada indiferencia, dándole a entender a cualquiera que pasara por allí que su futuro les importaba un comino.

Cuando crucé la calle y me acerqué, los dos adolescentes se levantaron y dieron un paso hacia mí, como si fuesen a pedirme una contraseña.

Miré por encima de sus cabezas y, sonriente, me dirigí a Townhouse.

—Vaya, ¿qué tenemos aquí? ¿Una de esas peligrosas bandas callejeras de las que tanto se habla?

Cuando Townhouse se dio cuenta de que era yo, se mostró casi tan sorprendido como Emmett.

—¡Joder! —exclamó.

—¿Conoces a este pelagatos? —preguntó el de las pecas.

Ni Townhouse ni yo le hicimos caso.

—¿Qué haces aquí, Duchess?

—He venido a verte.

—¿Para qué?

—Baja y te lo explicaré.

—Townhouse no baja del escalón para hablar con un don nadie —dijo el pecas.

—Cierra el pico, Maurice —dijo Townhouse.

Miré a Maurice con indulgencia. Él sólo pretendía ser un buen soldado. Lo que no entendía era que, si él decía algo como *Townhouse no baja del escalón para hablar con un don*

nadie, Townhouse no tenía más remedio que hacer exactamente eso. Porque, así como no aceptaba órdenes de alguien como yo, tampoco las aceptaba de su segundo lugarteniente.

Townhouse se puso en pie y los chicos se apartaron para dejarlo pasar como hicieron las aguas del mar Rojo para dejar pasar a Moisés. Cuando llegó a la acera, le dije que me alegraba mucho de verlo, pero él negó con la cabeza.

—¿Has salido sin autorización?

—Más o menos. Woolly y yo estamos de paso, de camino a la casa que su familia tiene al norte del estado.

—¿Woolly está contigo?

—Sí. Y sé que le encantaría verte. Mañana por la noche iremos al Circo, a la sesión de las seis. ¿Por qué no vienes con nosotros?

—El Circo no me entusiasma, Duchess, pero dale recuerdos a Woolly de mi parte.

—Se los daré.

—Muy bien —dijo Townhouse unos segundos después—. ¿Y qué es eso tan importante que te ha hecho venir a Harlem sólo para verme?

Me encogí de hombros con gesto de arrepentimiento.

—Es por lo del fiasco de *Hondo*.

Él se quedó mirándome como si no supiera de qué le estaba hablando.

—Ya sabes. La película de John Wayne que fuimos a ver aquella noche de lluvia cuando estábamos en Salina. Me siento mal por la paliza que te dieron.

Al oír la palabra *paliza*, los chicos de Townhouse dejaron de aparentar indiferencia. Fue como si una descarga eléctrica hubiese subido por los escalones. El más gordo debía de estar demasiado bien aislado para notar toda la fuerza de la descarga, porque sólo se removió un poco en el sitio, pero Maurice se levantó.

—¿Una paliza? —preguntó el grandote esbozando una sonrisa.

Me di cuenta de que Townhouse también quería decirle a su amigo que cerrara el pico, pero no dejó de mirarme.

—A lo mejor me dieron una paliza y a lo mejor no me la dieron, Duchess. Sea como sea, no veo por qué eso tiene que preocuparte.

—Tú te vales por ti mismo, Townhouse. Eso no lo voy a negar. Pero seamos sinceros: si yo no hubiese aceptado que el poli me llevara en su coche, a ti no te habrían dado esa paliza que te dieron o no te dieron.

Mis palabras lanzaron otra descarga eléctrica por los peldaños.

Townhouse respiró hondo y miró hacia el final de la calle casi con melancolía, como si recordara tiempos más fáciles. Pero no me contradijo. Porque no había nada que contradecir. Yo era el que preparaba la lasaña y él el que recogía la cocina. Así de sencillo.

—¿Y ahora qué? —me preguntó al cabo de un momento—. No me digas que has venido hasta aquí sólo para pedirme disculpas.

Me reí.

—No, no tengo mucha fe en las disculpas. Me da la impresión de que siempre llegan tarde y siempre se quedan cortas. Lo que yo tenía en mente es algo más concreto. Como un ajuste de cuentas.

—Un ajuste de cuentas.

—Exactamente.

—¿Y en qué consiste eso, si se puede saber?

—Si se tratara sólo de lo de la película, habríamos podido arreglarlo con una vara. Ocho menos ocho y listos. El problema es que tú todavía estás en deuda conmigo por el incidente de las Oreo.

—¿El incidente de las Oreo? —dijo el chico grandote sonriendo aún más abiertamente.

—Quizá no pueda compararse a unos golpes de vara —continué—, pero debería tener algún valor. En lugar de una situación de ocho menos ocho, quizá lo que tenemos aquí es una situación de ocho menos cinco. Así que si me pegas tres veces estaremos en paz.

Los chicos de los escalones me miraban con diversos grados de incredulidad. Los actos de honor suelen tener ese efecto sobre las personas normales y corrientes.

—Quieres que nos peleemos —dijo Townhouse.

—No. —Descarté su suposición con un ademán—. No quiero una pelea. Una pelea implicaría que yo intentaría devolverte los golpes. Pero lo que haré es quedarme quieto y dejar que me pegues, sin defenderme.

—Vas a dejar que te pegue.

—Tres veces —puntualicé.

—¿Qué coño dice? —preguntó Maurice, cuya incredulidad se había transformado en hostilidad.

Al grandote le temblaba todo el cuerpo: se reía sin hacer ruido. Al cabo de un momento, Townhouse se volvió hacia él.

—¿Tú qué opinas, Otis?

Otis se enjugó las lágrimas y negó con la cabeza.

—No lo sé, T. Por una parte parece una locura. Pero, por otra, si un blanco viene desde Kansas para pedirte que le des una paliza, creo que se la tienes que dar.

Otis volvió a reír sin hacer ruido mientras Townhouse se limitaba a negar con la cabeza. Me di cuenta de que no tenía muchas ganas de satisfacerme. Y si hubiésemos estado los dos solos, seguramente me habría echado de allí. Pero Maurice me miraba fijamente con la indignación que le faltaba a Townhouse.

—Si tú no le pegas, le pego yo —dijo.

Ya está otra vez, pensé. Por lo visto, Maurice no entendía la cadena de mando. Por si fuera poco, cuando se ofreció voluntario para pegarme, lo hizo con sobrada bravuconería, como si insinuara que Townhouse vacilaba porque no estaba a la altura de la tarea.

Townhouse se volvió muy despacio hacia él.

—Maurice —dijo—, que seas mi primo no significa que no esté deseando cerrarte la puta boca.

Maurice se ruborizó de tal manera que casi dejaron de vérsele las pecas. Y entonces fue él quien se quedó mirando hacia el final de la calle añorando tiempos más fáciles.

Me dio un poco de pena ver cómo lo humillaban delante de los demás, pero también me di cuenta de que, con su insensatez, había alterado a Townhouse, y eso jugaba a mi favor.

Levanté la barbilla y me la señalé con un dedo.

—Dame un puñetazo, T. ¿Qué tienes que perder?

Cuando lo llamé T, Townhouse hizo una mueca, tal como yo esperaba.

Lo último que yo quería era faltarle al respeto, pero sentía la presión del desafío de conseguir que me diera el primer puñetazo. Yo sabía que una vez que me hubiese pegado el primero los otros serían mucho más fáciles. Porque, aunque nunca se había quejado de aquellos golpes de vara, estoy seguro de que todavía me guardaba una pizca de resentimiento.

—Venga —lo provoqué dispuesto a volver a llamarlo T.

No hizo falta, porque Townhouse se me adelantó. El puñetazo me dio justo donde debía, pero sólo me hizo retroceder unos pasos, como si no me hubiese pegado muy en serio.

—Así me gusta —lo animé—. No ha estado nada mal. Pero esta vez, ¿por qué no me arreas un puñetazo digno del viejo Joe Louis?

Y eso fue lo que hizo. Bueno, ni siquiera lo vi venir. Yo estaba allí plantado, provocándolo, y al cabo de un segundo estaba tumbado en la acera y notaba ese aroma extraño que sólo hueles cuando te han machacado el cráneo.

Apoyé las manos en el suelo, me di impulso, me levanté y volví a colocarme donde estaba antes, como había visto hacer a Emmett.

Los dos adolescentes no paraban de saltar sin moverse del sitio.

—¡Arréale fuerte, Townhouse! —gritaron.

—Te lo está pidiendo —masculló Maurice.

—Virgen santa —murmuró Otis sin dar crédito a lo que veía.

Aunque hablaron todos a la vez, yo los oí con claridad a los cuatro, como si hubiesen hablado por separado. Pero Townhouse no. Él no podía oírlos por separado porque no estaba en la calle 126. Estaba otra vez en Salina, justo en el momento que había jurado borrar para siempre de su memoria: recibiendo los golpes de vara de Ackerly mientras todos los demás mirábamos. Ahora lo que ardía dentro de Townhouse era el fuego de la justicia. El fuego de la justicia que calma el espíritu herido y ajusta las cuentas.

El tercer golpe fue un gancho que me dejó tendido en la acera.

Fue una preciosidad, creedme.

Townhouse retrocedió dos pasos; jadeaba un poco por el esfuerzo y le corría el sudor por la frente. Luego dio un paso más hacia atrás, como si lo necesitase, como si temiera mi cercanía, porque entonces quizá volviera a pegarme, un golpe tras otro, y tal vez no fuera capaz de parar.

Le hice la señal de que me daba por vencido. Luego, tomándome mi tiempo para que no me bajara la sangre de golpe de la cabeza, me levanté.

—Así se hace —dije con una sonrisa tras escupir un poco de

sangre en la acera.

—Ahora estamos en paz —dijo Townhouse.

—Ahora estamos en paz —concedí, y le tendí la mano.

Townhouse se quedó mirándola fijamente un instante. Acto seguido me dio un fuerte apretón y me miró a los ojos; parecíamos los presidentes de dos naciones que acabasen de firmar un armisticio tras varias generaciones de discordia.

En ese momento ambos nos habíamos convertido en dos titanes ante los chicos, y ellos lo sabían. Se notaba por el gesto de respeto de Otis y los adolescentes, y por la expresión de abatimiento de Maurice.

Sentí lástima por él. No era lo bastante hombre para ser un hombre, ni lo bastante niño para ser un niño, ni lo bastante negro para ser negro, ni lo bastante blanco para ser blanco: Maurice no encontraba su lugar en el mundo. Me dieron ganas de alborotarle el pelo y decirle que algún día todo se arreglaría. Pero tenía que marcharme.

Solté la mano a Townhouse e hice como si lo saludara quitándome el sombrero.

—Hasta otra, forastero —dije.

—Claro —repuso él.

Después de saldar las deudas con el vaquero y con Ackerly me había sentido muy bien: había tenido la sensación de que participaba, aunque fuera modestamente, en el ajuste de la balanza de la justicia. Sin embargo, aquellos sentimientos no podían compararse con la satisfacción que sentí después de dejar que Townhouse ajustara cuentas conmigo.

La hermana Agnes siempre decía que las buenas acciones podían convertirse en un hábito. Y supongo que tenía razón porque, aunque ya había regalado la mermelada de Sally a los niños de St. Nick, a punto de marcharme de los escalones de Townhouse me di la vuelta y dije:

—Eh, Maurice.

Él me miró con la misma cara de abatimiento, pero también con una pizca de incertidumbre.

—¿Ves ese Studebaker azul que está allí aparcado?

—Sí. ¿Por qué?

—Es todo tuyo.

Y le lancé las llaves.

Me habría encantado verle la cara cuando las cazó al vuelo, pero ya me había dado la vuelta y caminaba a grandes zancadas por el centro de la calle 126 con el sol en la espalda, pensando: Allá voy, Harrison Hewett.

Emmett

A las ocho menos cuarto de la noche, Emmett estaba sentado a la barra de un bar destartalado de los límites de Manhattan, con un vaso de cerveza y una fotografía de Harrison Hewett delante.

Bebió un sorbo y examinó la fotografía con interés. Mostraba el perfil de un hombre atractivo de unos cuarenta años que miraba a lo lejos. Duchess nunca le había dicho exactamente qué edad tenía su padre, pero, por las historias que le había contado, Emmett había deducido que la carrera del señor Hewett se remontaba a principios de los años veinte. ¿Y no había insinuado la hermana Agnes que tenía casi cincuenta años en 1944, cuando había llevado a Duchess al orfanato? De modo que ahora el señor Hewett debía de tener unos sesenta y aquella fotografía tendría unas dos décadas. Por tanto era muy posible que la hubieran tomado antes de nacer Duchess.

Como la fotografía era tan antigua y el actor tan joven, Emmett no tuvo ningún problema para apreciar el parecido familiar. Según palabras de Duchess, su padre tenía la nariz, la barbilla y el buen saque de John Barrymore. Quizá él no había heredado el buen saque de su padre, pero sí la nariz y la barbilla. Duchess tenía la piel más clara, aunque quizá eso lo hubiese heredado de su madre, quienquiera que fuese.

Pese a lo apuesto que había sido el señor Hewett, Emmett no podía evitar sentir cierto desprecio por ese hombre de cincuenta años que se había largado en un descapotable con una joven encantadora en el asiento del pasajero después de abandonar a su hijo de ocho años.

La hermana Agnes no se había equivocado al afirmar que Emmett estaba enfadado con Duchess por haberse llevado su coche. Y Emmett sabía que también tenía razón al afirmar que Duchess necesitaba por encima de todo a un amigo que de vez en cuando pudiera salvarlo de sus desatinadas intenciones. Aún estaba por ver si Emmett estaría a la altura de semejante misión. Fuera como fuese, antes tendría que encontrar a Duchess.

Esa mañana Emmett se despertó a las siete. Stew ya se había levantado.

Al ver a Emmett, señaló una caja puesta del revés donde había un cuenco, un cazo de agua caliente, jabón, una navaja y una toalla. Emmett se desnudó hasta la cintura, se lavó la parte superior del cuerpo y se afeitó. Después de desayunar huevos con jamón (que pagó él mismo) y de que Ulysses le asegurara que Billy estaría vigilado, siguió las indicaciones de Stew para pasar por el hueco de una alambrada y bajar por una escalera metálica con jaula de seguridad que llevaba desde la vía elevada hasta la calle 13. Poco después de las ocho, se hallaba en la esquina de la Décima Avenida mirando hacia el este y con la sensación de que tenía tiempo de sobra.

No obstante, subestimaba todo lo que estaba por llegar. Subestimaba cuánto tardaría en llegar andando hasta la Séptima Avenida. Subestimaba lo difícil que sería encontrar la entrada del metro, pese a haber pasado dos veces por delante. Subestimaba cómo se desorientaría dentro de la estación, con su red de pasillos y escaleras y con su masa de pasajeros decididos y atareados.

Después de dar vueltas en medio de una corriente de gente que se desplazaba para ir al trabajo, Emmett encontró la taquilla, consiguió un mapa del metro, identificó la línea de la

Séptima Avenida y comprobó que había cinco paradas hasta la calle 42, y que cada fase del proceso presentaba sus propios retos, sus propias frustraciones y sus propias razones para ser humilde.

Tras bajar la escalera que conducía al andén, vio que había un tren al que comenzaba a subir gente. Se apresuró a sumarse a la multitud que se apretujaba para entrar en el vagón. Cuando se cerraron las puertas y se encontró hombro con hombro con unos y cara a cara con otros, tuvo la desconcertante sensación de estar siendo observado e ignorado al mismo tiempo. Todos los pasajeros parecían haber escogido algún punto en el que fijar la mirada con precisión y desinterés. Emmett los imitó: se concentró en un anuncio de cigarrillos Lucky Strike y empezó a contar paradas.

En las dos primeras le pareció que subía y bajaba la misma cantidad de gente, pero en la tercera bajó mucha más gente de la que subió, y en la cuarta se bajó tanta gente que Emmett se encontró en un vagón casi vacío. Se inclinó hacia la estrecha ventanilla para mirar el andén y vio, con una pizca de inquietud, que se encontraba en la estación de Wall Street. Al estudiar el plano en la calle 14, no había prestado mucha atención a los nombres de las paradas intermedias, pues no le había parecido necesario, pero estaba casi seguro de que Wall Street no figuraba entre ellas.

¿Y no estaba Wall Street al sur de Manhattan?

Sin perder tiempo, se acercó a un mapa pegado en la pared del vagón y recorrió con un dedo toda la línea de la Séptima Avenida. Cuando localizó la parada de Wall Street comprobó que, con las prisas, se había subido a una línea de metro rápida que iba hacia el sur en lugar de a una más lenta que se dirigía al norte. Cuando se dio cuenta de lo que estaba pasando, las puertas ya se habían cerrado. Volvió a examinar el mapa y descubrió que en un minuto el tren estaría pasando por debajo

del East River camino de Brooklyn.

Emmett se sentó en uno de los asientos que habían quedado vacíos y cerró los ojos. Una vez más, iba en la dirección equivocada con un factor de error de ciento ochenta grados, sólo que esta vez no tenía a nadie a quien culpar salvo a sí mismo. En todo momento había habido alguien que habría podido ayudarlo, alguien que habría podido ponerle las cosas más fáciles indicándole la escalera correcta, el andén correcto, el tren correcto. Sin embargo, él no había querido preguntar nada a nadie. Con tristeza, y consciente de su error, Emmett recordó lo crítico que había sido con su padre por haberse negado a pedir consejo a otros campesinos más experimentados de la región, como si hacerlo cuestionase su virilidad. La confianza en uno mismo era un sinsentido, había pensado Emmett entonces.

En el camino de vuelta de Brooklyn a Manhattan, Emmett estaba decidido a no cometer dos veces el mismo error. Cuando llegó a la estación de Times Square, le preguntó al empleado de la taquilla por qué salida se iba al *downtown*; en la esquina de la calle 42 le preguntó a un vendedor de periódicos dónde estaba el edificio Statler; y cuando llegó al edificio Statler le preguntó al hombre uniformado de la recepción cuál era la agencia más grande del edificio.

Cuando llegó a la agencia Tristar Talent, situada en la planta 13, ya había ocho personas en la salita de espera: cuatro hombres con perros, dos con gatos, una mujer con un mono atado con una correa y un hombre con traje de tres piezas y bombín que llevaba un pájaro exótico posado en el hombro. El del pájaro estaba hablando con la recepcionista, una mujer de mediana edad. Cuando terminó, Emmett se acercó al mostrador.

—¿Sí? —preguntó la recepcionista como si ya la estuviese aburriendo lo que Emmett tuviese que decirle.

—He venido a ver al señor Lehmberg.

Ella cogió un lápiz de un cubilete y lo sostuvo sobre un bloc de notas.

—¿Nombre?

—Emmett Watson.

El lápiz arañó el papel.

—¿Animal?

—¿Perdón?

La mujer levantó la cabeza y, dejando claro que hacía gala de toda su paciencia, preguntó:

—¿Qué animal tienes?

—No tengo ningún animal.

—Si en tu espectáculo no hay ningún animal, te has equivocado de sitio.

—No tengo ningún espectáculo —explicó Emmett—. Necesito hablar con el señor Lehmberg de otro asunto.

—En esta oficina vamos por partes, hijo. Si lo que quieres es hablar con el señor Lehmberg de otro asunto, tendrás que venir otro día.

—Será sólo un minuto...

—¿Por qué no te sientas, *Mac*? —dijo un hombre con un bulldog a sus pies.

—A lo mejor ni siquiera hace falta que vea al señor Lehmberg —insistió Emmett—. A lo mejor usted puede ayudarme.

La recepcionista miró a Emmett dando a entender que lo dudaba mucho.

—Estoy buscando a una persona que quizá haya sido cliente del señor Lehmberg. Un actor. Sólo necesito su dirección.

Cuando Emmett terminó su explicación, el rostro de la recepcionista se ensombreció.

—¿Tengo yo cara de listín?

—No, señora.

Varios de los actores que estaban detrás de Emmett rieron, y él notó que se sonrojaba.

La recepcionista volvió a poner el lápiz en el cubilete, descolgó el auricular del teléfono y marcó un número.

Convencido de que, a pesar de todo, ella estaba llamando al señor Lehmberg, Emmett se quedó junto al mostrador, pero instantes después la recepcionista empezó a hablar con una mujer llamada Gladys sobre lo que había pasado en un programa de televisión la noche anterior. Evitando el contacto visual con los actores de la sala de espera, Emmett se dio la vuelta y se dirigió al pasillo, y justo entonces vio que se cerraban las puertas del ascensor.

Sin embargo, antes de que se cerrasen por completo, asomó la punta de un paraguas por la rendija. A continuación las puertas volvieron a abrirse y revelaron al hombre del bombín y el pájaro exótico en el hombro.

—Gracias —dijo Emmett.

—De nada.

Esa mañana no parecía que fuese a llover, de modo que Emmett pensó que el paraguas formaba parte del espectáculo. Cuando alzó la vista, se dio cuenta de que el caballero lo miraba fijamente con gesto expectante.

—¿Vestíbulo? —preguntó.

—Ah, no. Perdón.

Con cierta torpeza, Emmett se sacó del bolsillo la lista que le había dado el conserje del edificio.

—Quinta planta, por favor.

—Ah.

El caballero pulsó el botón correspondiente, antes de hundir una mano en el bolsillo, sacar un cacahuete y dárselo al pájaro que llevaba en el hombro. El pájaro se sostuvo sobre una sola

pata y cogió el cacahuete con la otra.

—Gracias, señor Morton —graznó.

—De nada, *Señor Winslow*.

Emmett observó cómo el pájaro pelaba el cacahuete con una facilidad pasmosa, y el señor Morton reparó en su interés.

—Es un loro gris africano —dijo con una sonrisa—. Uno de los más inteligentes de nuestros amigos alados. El *Señor Winslow*, por ejemplo, tiene un vocabulario de ciento sesenta y dos palabras.

—Ciento sesenta y dos —graznó el pájaro.

—A que sí, *Señor Winslow*. ¿Y cuál era la palabra número ciento sesenta y tres?

—ASPCA.

El caballero tosió abochornado.

—Eso no es ninguna palabra, *Señor Winslow*. Es un acrónimo. De la asociación para la prevención de la crueldad contra los animales, para ser exactos.

—Acrónimo —graznó el pájaro—. ¡Ciento sesenta y cuatro!

Entonces el caballero miró con una sonrisa tristona a Emmett, y éste comprendió que aquel breve diálogo también formaba parte del espectáculo.

Cuando llegó a la quinta planta, el ascensor se detuvo y se abrieron las puertas. Emmett dio las gracias, salió de la cabina y las puertas empezaron a cerrarse. Pero el señor Morton de nuevo metió la punta de su paraguas por la rendija. Esta vez, cuando volvieron a abrirse las puertas, salió del ascensor y se quedó en el rellano con Emmett.

—No quiero entrometerme, joven, pero no he podido evitar oírle en la oficina del señor Lehmberg. ¿No se dirigirá usted por casualidad a McGinley & Co.?

—Pues sí. —Emmett se sorprendió.

—¿Puedo darle un consejo amistoso?

—Sus consejos son buenos y valiosos.

El señor Morton miró avergonzado a su loro y Emmett soltó una carcajada. Era la primera vez que reía así desde hacía mucho tiempo.

—Le agradeceré cualquier consejo que usted quiera darme, señor Morton.

El caballero sonrió y apuntó con el paraguas hacia el final del pasillo, que estaba flanqueado por puertas idénticas.

—Cuando entre en la oficina del señor McGinley, comprobará que su recepcionista, la señorita Cravitts, no es mucho más amable que la señora Burk. Todas las mujeres que atienden en los mostradores de recepción de este edificio se muestran reticentes, reacias diría yo incluso, a ofrecer ayuda. Quizá eso le parezca a usted mezquino, pero debe tener en cuenta que de la mañana a la noche sufren el acoso de artistas de toda índole que intentan conseguir una entrevista como sea. En el edificio Statler, las Cravitts y las Burk son lo único que se interpone entre algo parecido al orden y el Coliseo. Pero si esas damas deben ser razonablemente severas con los actores, han de serlo aún más con los que vienen en busca de nombres y direcciones.

El señor Morton dejó la contera de su paraguas en el suelo y se apoyó en la empuñadura.

—En este edificio, por cada artista representado por un agente hay como mínimo cinco acreedores que lo persiguen. Hay miembros del público ofendidos, ex mujeres y restauradores estafados. Sólo existe una persona con quien las guardianas muestran una mínima cortesía: con el hombre que administra el dinero, tanto si su intención es contratar a alguien para una obra de teatro de Broadway como si es para un *bar mitzvah*. Así que, si tiene intención de presentarse en la oficina del señor McGinley, le sugiero que lo haga como productor.

Mientras Emmett valoraba aquel consejo, el caballero lo

examinó discretamente.

—A juzgar por su expresión, veo que la idea de mentir respecto a su identidad va en contra de sus principios. Pero debería usted tener en cuenta, joven, que, dentro de las paredes del edificio Statler, quien mejor falsee la realidad mejor parado sale.

—Gracias —dijo Emmett.

El señor Morton hizo un gesto afirmativo con la cabeza antes de alzar un dedo: había tenido otra idea.

—Ese artista al que busca... ¿Conoce usted su especialidad?

—Es actor de teatro.

—Mmm.

—¿Hay algún problema?

El señor Morton hizo un ademán vago.

—Se trata de su aspecto. Su edad y su atuendo. Digamos que su imagen choca con la imagen que se suele tener de un productor teatral.

Lo miró de arriba abajo y sonrió.

—Yo le aconsejaría que se presentara como el hijo del propietario de un rodeo.

—El hombre al que busco es un actor shakespeariano...

El señor Morton rió.

—Mejor aún.

Y cuando empezó a reírse otra vez, el loro también rió.

• • •

Emmett entró en las oficinas de McGinley & Co., se esforzó en seguir al pie de la letra y en todo momento los consejos que el señor Morton le había dado, y no salió de allí decepcionado. Cuando entró en la sala de espera, llena de madres jóvenes y niños pelirrojos, la recepcionista lo recibió con la misma expresión de impaciencia que le habían dedicado en Tristar

Talent, pero su rostro se iluminó en cuanto le explicó que era hijo del propietario de un rodeo itinerante interesado en contratar a un actor.

La recepcionista se levantó, se arregló la falda y acompañó a Emmett a otra sala de espera más pequeña pero con mejores sillas y un dispensador de agua, y donde no había nadie más. Al cabo de diez minutos, hizo pasar a Emmett al despacho del señor McGinley, donde éste lo recibió con cordialidad, como si fuese un viejo conocido, y le ofreció una copa.

—Bueno —dijo el señor McGinley mientras volvía a sentarse a su mesa—. ¡Me ha dicho Alice que buscas a un hombre para vuestro rodeo!

Emmett tenía sus dudas respecto al comentario del señor Morton de que buscar a un actor shakespeariano para actuar en un rodeo era *aún mejor*. Cuando se explicó delante del señor McGinley, lo hizo con cierta vacilación. Pero terminó de hablar y el señor McGinley dio una palmada de satisfacción.

—¡Qué giro tan conveniente! Vamos sobrados de artistas que se quejan de que los han encasillado como esto o como lo otro. Pero una y otra vez el error que cometen los productores no es encasillar a sus actores, sino encasillar a su público. Este grupo sólo quiere esto, te dicen, y este otro grupo sólo quiere aquello. Cuando, con toda probabilidad, a los aficionados al teatro les gustaría ver más payasadas, ¡y a los amantes del rodeo un poco más de *savoir faire*!

El señor McGinley sonrió de oreja a oreja. Luego apoyó una mano en un montón de carpetas que tenía encima de la mesa y se puso muy serio.

—Tengo la certeza, señor Watson, de que todos sus problemas han quedado atrás. Porque no sólo tengo a mi disposición un ejército de excelentes actores shakespearianos, ¡sino que cuatro de ellos saben montar a caballo y dos saben disparar!

—Gracias, señor McGinley. Pero yo busco a un actor shakespeariano en concreto.

El señor McGinley se inclinó hacia delante entusiasmado.

—¿Particular en qué sentido? ¿Británico? ¿Con educación clásica? ¿Actor trágico?

—Busco a un monologuista al que mi padre vio actuar hace unos años y del que no se ha olvidado. Un monologuista llamado Harrison Hewett.

El señor McGinley dio tres golpecitos en la mesa.

—¿Hewett?

—Eso es.

Con un último golpecito, el señor McGinley pulsó el botón de su intercomunicador.

—¿Alice? Tráigame el dosier de... Harrison Hewett.

Al momento entró Alice y le entregó al señor McGinley una carpeta que no contenía más que una hoja de papel. Tras echarle un vistazo rápido a su interior, él la dejó encima de su mesa.

—Harrison Hewett es un candidato excelente, señor Watson. Comprendo que su padre no se haya olvidado de él. Y es un hombre al que le entusiasman los desafíos artísticos, de modo que estoy seguro de que aceptará encantado actuar en su espectáculo. Pero debo aclararle que nosotros representamos al señor Hewett de manera cooperativa...

Según los cálculos del señor Morton, la probabilidad de que el señor McGinley dijera exactamente eso superaba el cincuenta por ciento.

—Si un agente declara que representa a un actor de manera cooperativa —había explicado el señor Morton—, eso significa que no representa al actor en absoluto. Pero no se preocupe. Todos los agentes del edificio Statler coinciden en que un dedo no hace mano, pero sí con sus hermanos. Por tanto, todos tienen listas actualizadas de los actores que trabajan para la

competencia, y así, a cambio de una comisión apropiada, pueden enviar al interesado una planta más arriba o una planta más abajo.

En el caso de Emmett, se trató de subir a la undécima planta, donde se encontraba el señor Cohen. Como el señor McGinley había llamado para avisar, recibieron a Emmett en la puerta y lo condujeron directamente a otra sala de espera interior. Diez minutos más tarde, lo hicieron pasar al despacho del señor Cohen, donde le dieron una cálida bienvenida y le ofrecieron otra copa. Una vez más, los presentes aplaudieron su original idea de introducir a un actor shakespeariano en un rodeo. Pero esta vez, cuando pulsaron el botón del intercomunicador y apareció la carpeta, ésta tenía casi cinco centímetros de grosor: estaba llena de recortes de periódico amarillentos, carteles publicitarios y retratos antiguos.

Tras entregarle uno de aquellos retratos y asegurarle que al señor Hewett (que era amigo íntimo de Will Rogers, por cierto) le entusiasmaría aquella oportunidad, el señor Cohen le preguntó a Emmett cómo podía ponerse en contacto con él.

Siguiendo las instrucciones del señor Morton, Emmett le explicó que, dado que se marcharía de la ciudad a la mañana siguiente, necesitaba cerrar el trato allí mismo. Eso provocó en la oficina una oleada de actividad, pues había condiciones que acordar y contratos que redactar.

—Si me ofrecen algún contrato, ¿debo firmarlo? —le había preguntado Emmett al señor Morton.

—¡Firme todo lo que le pongan delante, amigo mío! Y asegúrese de que el agente también lo firma. Luego insista en que le entreguen dos copias firmadas para sus archivos. Porque un agente que ya tiene su firma sería capaz de entregarle a usted las llaves de la casa de su propia madre.

La dirección de Harrison Hewett que el señor Cohen le dio a Emmett correspondía a un hotel sórdido de una calle sórdida del *downtown* de Manhattan. Por su parte, el amable y educado caballero que le abrió la puerta de la habitación 42 le dio la mala noticia de que el señor Hewett ya no residía allí, pero también lo informó de que el hijo del señor Hewett había ido al hotel el día anterior y, por lo visto, se había quedado a pasar la noche.

—Es posible que todavía siga aquí —dijo el caballero.

En el vestíbulo, el conserje de bigote fino dijo que sí, sí, sabía a quién se refería Emmett. Al hijo de Harry Hewett. Había aparecido, había preguntado por el paradero de su viejo y había reservado dos habitaciones para aquella noche. Pero ya no estaba allí. Su ensimismado amigo y él se habían marchado alrededor del mediodía.

—Con mi maldita radio —añadió el conserje.

—¿Y no dijo adónde iba, por casualidad?

—Puede que sí.

—¿Puede que sí? —preguntó Emmett.

El conserje se reclinó en la silla.

—Cuando ayudé a tu amigo a encontrar a su padre, él me dio diez dólares.

Según el conserje, para encontrar al padre de Duchess, Emmett tenía que hablar con un amigo suyo que iba a un bar del West Side todas las noches a partir de las ocho. Como le sobraba tiempo, Emmett se paseó por Broadway hasta dar con una cafetería concurrida, limpia y bien iluminada. Se sentó a la barra, pidió el plato del día y un trozo de tarta. Remató la comida con tres tazas de café y un cigarrillo que le pidió a la camarera, una irlandesa llamada Maureen que, pese a estar diez veces más atareada que la señora Burk, era diez veces más

amable que ella.

La información que había obtenido del conserje del hotel llevó a Emmett de nuevo a Times Square, donde una hora antes del anochecer ya brillaban infinidad de letreros luminosos que anunciaban cigarrillos, coches, electrodomésticos, hoteles y teatros. Tanta magnitud y estridencia le quitaron las ganas de comprar ni un solo artículo de los que allí se anunciaban.

Emmett regresó al quiosco de la esquina de la calle 42, donde encontró al mismo vendedor de periódicos con el que había hablado ese mismo día. Esta vez el vendedor de periódicos señaló el extremo norte de la plaza, donde un letrero gigantesco de whisky Canadian Club brillaba a una altura de diez plantas sobre la calle.

—¿Ves ese letrero? Justo después, gira a la izquierda por la 45 y sigue andando hasta que se acabe Manhattan.

A lo largo del día, Emmett se había acostumbrado a que lo ignoraran. Lo habían ignorado los pasajeros del vagón del metro, los peatones en las aceras y los artistas en las salas de espera, y él lo había atribuido a la hostilidad de la vida en la gran ciudad. Por eso le sorprendió un poco descubrir que, tras cruzar la Octava Avenida, la gente ya no lo ignoraba.

En la esquina de la Novena Avenida, lo miró un policía de barrio que hacía su ronda. En la Décima Avenida se le acercó un joven que le ofreció drogas y otro que le ofreció su compañía a cambio de dinero. Cuando estaba llegando a la Undécima, le hizo señas un viejo vagabundo negro al que Emmett evitó apretando el paso, sólo para toparse al cabo de un momento con un viejo vagabundo blanco.

Aunque el anonimato de aquella mañana le había resultado un tanto desalentador, ahora Emmett lo echaba de menos. Creyó entender por qué los habitantes de Nueva York caminaban con tanta prisa: debía de ser una estrategia disuasoria para vagos, maleantes y vagabundos.

Justo antes de llegar al río, encontró el The Anchor, el bar del que le había hablado el conserje. Dados su nombre y ubicación, Emmett había imaginado que sería un local frecuentado por marineros o miembros de la marina mercante. Quizá había sido así en su día, pero esa asociación de ideas debía de haber dejado de funcionar hacía mucho tiempo, porque dentro no había un solo hombre en condiciones de navegar. A ojos de Emmett todos eran del estilo, parecidos a los viejos mendigos que había esquivado por la calle.

Como ya sabía, gracias al señor Morton, lo reacios que eran los agentes a compartir la dirección de nadie, a Emmett le preocupaba que el barman también fuese muy reservado, o que pretendiese recibir una generosa bonificación, como el conserje del Sunshine Hotel. Sin embargo, cuando Emmett le contó que buscaba a un tal FitzWilliams, el barman le dijo que estaba en el lugar adecuado. Así que Emmett se sentó a la barra y pidió una cerveza.

Poco después de las ocho, cuando se abrió la puerta del Te Anchor y entró un hombre de sesenta y tantos, el barman le hizo una seña con la cabeza a Emmett. Desde su taburete, el chico vio a un anciano que avanzó despacio hasta la barra, cogió un vaso y una botella de whisky mediada y se retiró a una mesa del rincón.

Mientras FitzWilliams se servía un trago, Emmett recordó las historias que Duchess le había contado sobre su ascenso y caída. Costaba imaginar que tiempo atrás aquel hombre flaco de gesto triste que caminaba arrastrando los pies había recibido un sueldo generoso por interpretar a Papá Noel. Emmett dejó unas monedas en la barra y se acercó a la mesa del actor retirado.

—Disculpe, ¿es usted el señor FitzWilliams?

Al oír la palabra *señor*, FitzWilliams levantó la cabeza con gesto sorprendido.

—Sí, soy el señor FitzWilliams —admitió al cabo de unos segundos.

Emmett se sentó en la silla vacía y le explicó que era amigo de Duchess.

—Creo que anoche vino aquí a hablar con usted.

FitzWilliams asintió con la cabeza dando a entender que ahora caía en la cuenta y que debería haber caído antes.

—Sí. Estuvo aquí. Vino buscando a su padre para hablar con él de una cuenta pendiente entre ellos dos, pero Harry ya se había marchado de la ciudad y Duchess no sabía adónde había ido, así que vino a ver a Fitzy —dijo en un tono que rayaba la confesión.

FitzWilliams miró a Emmett y le sonrió de manera poco entusiasta.

—Verás, yo soy un viejo amigo de la familia.

Emmett le devolvió la sonrisa y le preguntó si le había dicho a Duchess adónde había ido el señor Hewett.

—Sí. —Primero el viejo actor asintió y acto seguido negó con la cabeza—. Le dije adónde había ido Harry. Al Olympic Hotel de Syracuse. Y supongo que será allí adonde irá Duchess. Después de ver a su amigo.

—¿A qué amigo?

—Bueno, no me lo dijo. Pero dijo que estaba... en Harlem.

—¿En Harlem?

—Sí. Qué raro, ¿verdad?

—No, no tiene nada de raro. Gracias, señor FitzWilliams. Ha sido usted de gran ayuda.

Cuando Emmett retiró la silla, FitzWilliams alzó la vista sorprendido.

—No irás a marcharte, ¿verdad? Dos viejos amigos de los Hewett deberían tomarse una copa en su honor, ¿no?

Emmett ya había conseguido la información que había ido a buscar, y no tenía ninguna intención de quedarse más tiempo en el The Anchor, consciente además de que Billy estaría preguntándose por qué tardaba tanto.

Sin embargo, el viejo actor, que al principio había parecido que no quería que lo molestaran, ahora daba la impresión de que no quería estar solo. Así que Emmett le pidió otro vaso al barman y volvió a la mesa.

Después de servir los whiskies, FitzWilliams alzó su vaso.

—Por Harry y Duchess.

—Por Harry y Duchess —repitió Emmett.

Cuando ambos hubieron bebido y tras dejar los vasos en la mesa, FitzWilliams compuso una sonrisa tristona, como si lo hubiese emocionado un recuerdo agridulce.

—¿Sabes por qué lo llaman así, *duquesa*?

—Creo que me contó que era porque había nacido en el condado de Dutchess.

—No —dijo FitzWilliams con aquella sonrisa desvaída—. No es por eso. Nació en Manhattan. Aún me acuerdo de aquella noche.

Antes de seguir, FitzWilliams tomó otro trago, casi como si fuese necesario.

—Su madre, Delphine, era una hermosa y joven parisina que cantaba canciones de amor al estilo de Édith Piaf. Años antes de nacer Duchess, Delphine actuaba en los *supper clubs* más lujosos de la ciudad. En El Morocco, el Stork Club y el Rainbow Room. Estoy seguro de que se habría hecho muy famosa, al menos en Nueva York, si no hubiese acabado tan enferma. Creo que era tuberculosis, pero no me acuerdo muy bien. ¿Verdad que es terrible? Una mujer tan hermosa, una amiga, muere en la flor de la vida y ni siquiera me acuerdo de qué.

Negando con la cabeza en señal de autorreproche, FitzWilliams alzó su vaso, pero lo dejó otra vez en la mesa sin

llegar a beber, como si pensara que hacerlo hubiera sido un insulto a la memoria de la joven.

La historia de la muerte de la señora Hewett pilló a Emmett un tanto desprevenido. Porque las pocas veces que Duchess había mencionado a su madre siempre había dado a entender que los había abandonado.

—Sea como sea —continuó FitzWilliams—, Delphine adoraba a su hijito. Cuando entraba dinero, ella siempre escondía un poco sin que lo supiera Harry para poder comprarle ropa nueva al niño. Prendas refinadas, como aquellos... ¿cómo se llaman? ¡*Lederhosen*! Lo vestía con sus mejores galas y le dejaba el pelo por los hombros. Pero cuando cayó enferma y quedó postrada en cama y tenía que enviar al niño a las tabernas a buscar a su padre, Harry...

FitzWilliams volvió a negar con la cabeza.

—Bueno, ya conoces a Harry. Cuando lleva unas cuantas copas entre pecho y espalda, es difícil saber dónde acaba Shakespeare y dónde empieza él. Así que, cuando el niño entraba por la puerta, Harry se levantaba del taburete, hacía una florida reverencia y decía: *Damas y caballeros, les presento a la duquesa de Alba*. Y la vez siguiente era la duquesa de Kent, o la duquesa de Trípoli. Y poco después, los demás también empezaron a llamar *duquesa* al niño. Al final todos lo llamábamos así. Absolutamente todos. Hasta tal punto que ya nadie recordaba su verdadero nombre.

Volvió a alzar su vaso y esta vez sí dio un largo trago. Cuando dejó el vaso en la mesa, Emmett se sorprendió al ver que el viejo actor estaba llorando. Dejaba que las lágrimas resbalaran por sus mejillas sin molestarse en enjugarlas.

FitzWilliams señaló la botella.

—Esto me lo regaló él. Me lo regaló Duchess. A pesar de todo. A pesar de todo, anoche vino aquí y me compró una botella de mi whisky favorito. Así, sin más.

Inspiró hondo.

—Lo enviaron a un correccional de Kansas. Cuando tenía dieciséis años.

—Sí, fue allí donde nos conocimos —dijo Emmett.

—Ah, entiendo. Pero, en todo el tiempo que pasasteis juntos, ¿alguna vez te contó...? ¿Alguna vez te contó por qué acabó allí?

—No —dijo Emmett—, nunca lo hizo.

Entonces, tras tomarse la libertad de servir un poco más del whisky del anciano en los dos vasos, Emmett esperó.

Ulysses

Aunque el chiquillo ya le había leído la historia de principio a fin, Ulysses le pidió que se la volviera a leer.

Poco después de las diez, cuando el sol ya se había puesto, la luna todavía tenía que salir y los otros se habían retirado a sus tiendas, Billy había sacado su libro y le había preguntado a Ulysses si quería escuchar la historia de Ismael, un joven marinero que había acompañado a un capitán con una sola pierna en pos de una gran ballena blanca. Ulysses nunca había oído la historia de Ismael, pero no tenía ninguna duda de que sería buena. Todas las que le había contado el niño habían sido buenas. No obstante, cuando Billy se ofreció a leerle esa nueva aventura, Ulysses le preguntó, no sin cierta turbación, si le importaría repetir la historia de su tocayo.

El niño no vaciló. A la luz menguante de la hoguera de Stew, buscó entre los últimos capítulos del libro y alumbró la página con el haz de su linterna: un círculo de luz dentro de otro círculo de luz en medio de un mar de oscuridad.

Cuando Billy empezó a leer, por un momento Ulysses temió que, como ya le había leído aquella historia una vez, el niño parafraseara o se saltara algunos pasajes, pero Billy pareció entender que, si valía la pena volver a leer aquella historia, valía la pena leerla palabra por palabra.

Sí, el niño leyó la historia tal como la había leído en el furgón, pero Ulysses no la oyó de la misma manera. Porque esta vez sabía lo que iba a suceder. Sabía que no debía anhelar ciertas partes ni temer otras; no debía impacientarse hasta que Ulises venciese al cíclope escondiendo a sus hombres bajo

pieles de oveja, ni temer el momento en que la codiciosa tripulación liberase los vientos de Eolo desviando el barco de su capitán de su rumbo justo cuando la costa de su tierra natal asomaba en el horizonte.

Cuando Billy terminó de leer la historia, cerró el libro y apagó la linterna, Ulysses cogió la pala de Stew para echar tierra sobre las brasas, y entonces fue el pequeño quien le pidió que le contara alguna historia.

Ulysses bajó la mirada y sonrió.

—Yo no tengo ningún libro de cuentos, Billy.

—No hace falta que sea de un libro —replicó Billy—. Puedes contarme una historia tuya. Una de la guerra de ultramar, por ejemplo. ¿No tienes ninguna historia de ésas?

Ulysses hizo girar la pala que tenía en la mano.

¿Tenía alguna historia de la guerra? Sí, claro que sí. Más historias de las que le habría gustado recordar. Porque sus historias no las suavizaba la bruma del tiempo ni las iluminaban los tropos de ningún poeta. Eran historias vívidas y crueles. Tan vívidas y crueles que cada vez que una afloraba a la superficie de su mente Ulysses la enterraba como se disponía a hacer con las brasas de la hoguera. Si no soportaba compartir aquellos recuerdos consigo mismo, menos aún con un niño de ocho años.

Aun así, la petición de Billy era justa. Él había sido generoso: le había abierto las páginas de su libro y le había contado las historias de Simbad, Jasón y Aquiles, y la de su tocayo no una sino dos veces. El niño se merecía que le contasen una historia a cambio. Así que Ulysses dejó la pala a un lado, echó otro leño al fuego y volvió a sentarse en la traviesa.

—Voy a contarte una historia. Una historia sobre mi propio encuentro con el rey de los vientos —dijo.

—¿De cuando surcabas el ponto violáceo?

—No. De cuando caminaba por una tierra seca y polvorienta.

• • •

La historia comenzaba en un camino rural de Iowa en el verano de 1952.

Unos días antes, Ulysses había subido a un tren en Utah con la intención de viajar hasta más allá de las montañas Rocosas, cruzar las llanuras y llegar a Chicago. Pero todavía no había salido de Iowa cuando desviaron el furgón en el que viajaba a un apartadero, y allí se quedó, esperando otra locomotora que llegaría quién sabía cuándo. A sesenta kilómetros de allí estaba el empalme de Des Moines, donde fácilmente podría coger otro tren en dirección al este, o uno en dirección al norte, hacia los lagos, o en dirección al sur, hacia Nueva Orleans. Con esa idea en mente, Ulysses se apeó y echó a andar campo a través.

Había recorrido unos quince kilómetros por un viejo camino de tierra cuando notó que algo no iba bien.

La primera señal fueron los pájaros. O mejor dicho, la ausencia de ellos. Cuando viajas de un lado a otro del país, explicó Ulysses, la mayor constante es la compañía de los pájaros. Si vas de Miami a Seattle o de Boston a San Diego, el paisaje cambia continuamente. Pero adondequiera que vas hay pájaros. Palomas o gavilanes, cóndores o cardenales, arrendajos o mirlos. Cuando vives en la carretera, te despiertas oyendo su canto al alba y te acuestas con su parloteo al caer la noche.

Sin embargo...

Mientras Ulysses andaba por aquel camino rural, no veía pájaros describiendo círculos sobre los campos ni posados en los cables del tendido telefónico. Ni uno solo.

La segunda señal fue la caravana de coches. Por la mañana, Ulysses había visto pasar de vez en cuando alguna ranchera o algún sedán a sesenta kilómetros por hora, pero de pronto vio unos quince coches de todo tipo, entre ellos una limusina negra, que se dirigían a toda velocidad hacia él. Los vehículos

iban tan deprisa que Ulysses tuvo que apartarse del arcén para protegerse de la grava que levantaban los neumáticos.

Tras verlos alejarse, se dio la vuelta y miró hacia el sitio de donde habían llegado. Y entonces vio que, por el este, el cielo estaba pasando de azul a verde. En aquella región del país, como Billy sabía muy bien, eso únicamente podía significar una cosa.

Detrás de Ulysses sólo había plantas de maíz que le llegaban por la rodilla hasta donde alcanzaba la vista, pero un kilómetro más adelante se veía una granja. El cielo se oscurecía por momentos, así que echó a correr.

Conforme se acercaba, vio que ya habían protegido la granja: las puertas y los porticones estaban cerrados. Vio al dueño asegurando el granero y luego lo vio correr hacia la trampilla de su refugio antitornados, donde lo esperaban su mujer y sus hijos. Y cuando el granjero llegó junto a su familia, Ulysses vio que el niño más pequeño lo señalaba.

Entonces los cuatro lo miraron, y Ulysses dejó de correr y siguió andando con las manos colgando a lo largo del cuerpo.

El granjero ordenó a su mujer y sus hijos que se metieran en el refugio. Primero entró la mujer para poder ayudar a los niños, luego la hija y por último el hijo pequeño, que siguió mirando a Ulysses hasta que se perdió de vista.

Ulysses pensó que el padre bajaría por la escalerilla para reunirse con su familia, pero el granjero se inclinó para decir algo más, cerró la trampilla, se volvió hacia él y esperó a que se acercara. Quizá la trampilla del refugio no tuviese candado, pensó, y quizá el granjero creyese que, si iba a haber una confrontación, mejor tenerla ahora, cuando todavía no estaba bajo tierra. O quizá pensase que cuando un hombre se propone negarle cobijo a otro, debe hacerlo cara a cara.

En señal de respeto, Ulysses se detuvo a unos seis pasos del granjero, lo bastante cerca para que éste lo oyera, pero lo

bastante lejos para no representar una amenaza.

Los dos se miraron mientras el viento empezaba a levantar polvo alrededor de sus pies.

—No soy de por aquí —dijo Ulysses al momento—. Sólo soy un cristiano que se dirige a Des Moines para coger un tren.

El granjero asintió con la cabeza. Asintió dando a entender que se creía que Ulysses era cristiano y que iba a coger un tren, pero que en aquellas circunstancias ninguna de las dos cosas importaba.

—No te conozco —se limitó a decir.

—No, usted no me conoce —concedió Ulysses.

En un primer momento, Ulysses se planteó ayudar a aquel hombre a conocerlo diciéndole su nombre y contándole que había crecido en Tennessee, que era veterano de guerra y que él también había tenido una mujer y un hijo. Pero, al tiempo que le pasaba esa idea por la cabeza, se daba cuenta de que no cambiaría nada que se lo explicara. Y a pesar de saberlo no sintió rencor.

Porque de haber estado invertidos los papeles, de haber estado Ulysses a punto de meterse en un refugio, un espacio sin ventanas bajo tierra que él hubiese excavado con sus propias manos para garantizar la seguridad de su familia, si de pronto hubiese aparecido un blanco de metro ochenta de estatura, él tampoco lo habría recibido bien. Le habría dicho que se marchara.

Al fin al cabo, ¿qué hacía un hombre en la flor de la vida cruzando el país a pie sin nada más que una bolsa de lona colgada al hombro? Un hombre así debía de haber tomado ciertas decisiones. Debía de haber decidido abandonar a su familia, su pueblo y su iglesia en busca de algo diferente. En busca de una vida sin ataduras, sin estorbos y en soledad. Y si eso era por lo que tanto había luchado, ¿por qué en un momento como aquél debía esperar que lo trataran de forma

diferente?

—Lo entiendo —dijo Ulysses, aunque el hombre no se había explicado.

El granjero miró un instante a Ulysses y luego, volviéndose hacia la derecha, señaló un estilizado campanario blanco que sobresalía en un bosquecillo.

—La iglesia unitaria está a menos de un kilómetro. Tiene un sótano. Y si te das prisa, tienes muchas posibilidades de llegar.

—Gracias —dijo Ulysses.

Se quedaron frente a frente, mirándose el uno al otro; Ulysses sabía que el granjero tenía razón. Cualquier posibilidad de llegar a tiempo a la iglesia dependía de que se diera toda la prisa que pudiese. Pero Ulysses no tenía ninguna intención de echar a correr delante de otro hombre, por muy bueno que fuese su consejo. Era una cuestión de dignidad.

Tras unos segundos, el granjero debió de comprenderlo, pues negó con la cabeza sin culpar a nadie, ni siquiera a sí mismo; abrió la trampilla y bajó a reunirse con su familia.

Ulysses le echó un vistazo al campanario de la iglesia y calculó que llegaría antes campo a través que por la carretera, así que se dirigió hacia allí en línea recta. No tardó mucho en darse cuenta de que había cometido un error. Pese a que el maíz sólo había crecido medio metro y las hileras de plantas estaban separadas y el espacio entre ellas despejado, el terreno era blando e irregular, lo que ralentizaba su avance. Debería haberlo sabido, después de todos los campos que había atravesado en Italia, pero creyó que era demasiado tarde para volver a la carretera, de modo que siguió avanzando como pudo sin perder de vista el campanario de la iglesia.

Cuando estaba a mitad de camino, el tornado apareció a lo lejos, a las dos: un dedo negro que descendía del cielo, lo contrario del campanario tanto en color como en intención.

Ahora Ulysses cada vez avanzaba más despacio. Se

levantaban tantos escombros del suelo que tenía que caminar poniéndose una mano delante de la cara para protegerse los ojos. Al poco rato andaba con ambas manos frente a la cara y desviando la mirada, dirigiéndose a trompicones hacia las dos agujas, la ascendente del campanario y la descendente del tornado.

Por los resquicios entre sus dedos y a través del velo de polvo que lo envolvía, Ulysses distinguió unas sombras rectangulares que se alzaban del suelo a su alrededor, ordenadas y al mismo tiempo caóticas. Bajó las manos un instante y vio que había entrado en un cementerio, y entonces oyó que la campana del campanario empezaba a tañer, como si la hiciese sonar una mano invisible. No podía estar a más de cincuenta metros de la iglesia.

Pero por lo visto cincuenta metros era una distancia excesiva.

El tornado giraba en sentido contrario a las agujas del reloj y sus vientos empujaban a Ulysses lejos de su meta en lugar de hacia ella. Cuando empezó a caer granizo, se preparó para hacer un último esfuerzo. Lo conseguiré, se dijo. Corrió con todas sus fuerzas; la distancia que lo separaba de la iglesia empezó a reducirse, pero entonces tropezó con una lápida baja y cayó al suelo con la amarga resignación de los abandonados.

—¿Abandonados por quién? —preguntó Billy con el libro en el regazo y los ojos muy abiertos.

Ulysses sonrió.

—No lo sé, Billy. Por la suerte, por el destino, por mi buen juicio. Pero sobre todo por Dios.

El niño empezó a negar con la cabeza.

—Eso no lo puedes decir en serio, Ulysses. No puedes decir en serio que Dios te había abandonado.

—Pues lo he dicho muy en serio, Billy. Si algo aprendí en la guerra es que el momento de abandono absoluto (ese momento

en el que comprendes que nadie acudirá en tu ayuda, ni siquiera el Creador) es el mismo momento en que quizá descubras la fuerza que necesitas para continuar. El Señor no te pide que te levantes con un coro de querubines entonando himnos ni con el arcángel Gabriel haciendo sonar su trompeta. Te pide que te levantes haciendo que te sientas solo y olvidado. Porque sólo cuando hayas visto que estás verdaderamente desamparado admitirás que lo que suceda a continuación depende de ti y de nadie más.

Tirado en el suelo de aquel cementerio, sintiendo aquel abandono y consciente de lo que significaba, Ulysses alzó un brazo y se sujetó a la lápida que tenía más cerca. Al darse impulso para levantarse, se dio cuenta de que la lápida no estaba vieja ni gastada. A pesar del torbellino de polvo y escombros, vio que tenía el brillo gris oscuro de la piedra recién plantada. Y al erguirse del todo se encontró ante una tumba recién excavada en cuyo fondo se distinguía la tapa negra y reluciente de un ataúd.

Dedujo que la caravana de coches había salido de allí. Los asistentes debían de estar justo en medio del entierro cuando recibieron el aviso de que se acercaba un tornado. El reverendo debía de haber recitado a toda prisa los versículos necesarios para abrirle las puertas del cielo al alma del fallecido, y luego todos debían de haber corrido hacia sus coches.

A juzgar por el ataúd, el difunto era un hombre de cierta fortuna. Porque no se trataba de un ataúd de madera de pino: era de caoba pulida, con asas de latón. En la tapa del ataúd había una placa también de latón donde estaba escrito un nombre: Noah Benjamin Elias.

Tras resbalar hasta el estrecho espacio que quedaba entre el ataúd y la pared de la tumba, Ulysses se inclinó, desenroscó los cierres y abrió la tapa del ataúd. Dentro yacía el señor Elias, con su traje de tres piezas y las manos cruzadas sobre el pecho.

Llevaba puestos unos zapatos tan negros y relucientes como el ataúd, y sobre el chaleco destacaba la curva de la fina cadena de oro de un reloj. Pese a medir algo más de un metro sesenta de estatura, el señor Elias debía de pesar más de noventa kilos; parecía obvio que había comido acorde con su categoría.

¿De qué clase habría sido el éxito terrenal del señor Elias? ¿Habría sido el propietario de un banco o de un aserradero? ¿Habría sido un hombre honrado y decidido, o falso y codicioso? Fuera como fuese, ya no lo era. Y lo único que le importaba a Ulysses era que aquel hombre que no alcanzaba el metro setenta de estatura había tenido la precaución de hacerse enterrar en un ataúd de un metro ochenta de largo.

Agarró a Elias por las solapas como quien se propone zarandear a alguien para hacerlo entrar en razón. Lo sacó del ataúd y lo dejó de pie, apoyado en la pared de la tumba, de modo que quedaron casi cara a cara. Ulysses se percató de que el empleado de la funeraria le había aplicado colorete en las mejillas y lo había perfumado con gardenias, imprimiéndole al difunto un inquietante parecido con una ramera. Dobló las rodillas para cargar con el peso del cadáver, lo sacó del lugar de su descanso y lo dejó tirado junto a la tumba.

Ulysses le echó un último vistazo al gran dedo negro que oscilaba de derecha a izquierda a medida que se cernía sobre él, se tumbó en el forro de seda blanca plisada del ataúd vacío, levantó una mano y...

Pastor John

Cuando la venganza del Señor nos castiga, ésta no cae del cielo como una lluvia de meteoritos que dejan un rastro de fuego. No nos golpea como un rayo acompañado de truenos. No forma un maremoto en alta mar que de pronto se estrella contra la costa. No. Cuando la venganza del Señor nos castiga, ésta comienza con un suave aliento en el desierto.

Suave y discreta, esa leve espiración gira tres veces sobre el suelo endurecido, removiendo silenciosamente el polvo y el olor a artemisa. Sin embargo, cuando gira tres veces más, y luego tres más, ese pequeño remolino crece hasta alcanzar la talla de un hombre y empieza a desplazarse. Avanza formando una espiral y va ganando velocidad y volumen, se convierte en un coloso, se balancea y barre hacia su vórtice todo cuanto encuentra en su camino: primero la arena y las piedras, luego los matorrales y las alimañas, y por último las obras de los hombres. Hasta que por fin, cuando ya mide treinta metros de alto y corre a más de ciento cincuenta kilómetros por hora, girando y arremolinándose, retorciéndose y enroscándose, va, inexorable, en busca del pecador.

Así concluyeron los pensamientos del pastor John cuando salió de la oscuridad y enarboló su cayado de roble para golpear al negro llamado Ulysses en la coronilla.

• • •

El pastor John se había dado por muerto. Con los tendones de la rodilla derecha rotos, las mejillas despellejadas, el ojo derecho hinchado y completamente cerrado, tumbado entre los

matorrales y las zarzas se preparó para darse a sí mismo la absolución de sus pecados. Pero, justo en el momento de su deceso, el Señor lo había encontrado junto a las vías y había insuflado nueva vida a sus miembros. Lo había levantado del suelo de grava y maleza y lo había llevado hasta la orilla de un arroyo de agua fresca, donde sació su sed, lavó sus heridas y le puso en las manos la rama de un roble centenario que le serviría de cayado.

En las horas siguientes, el pastor John no se preguntó ni una sola vez adónde iba, cómo llegaría allí ni con qué fin, pues sentía el espíritu del Señor actuando a través de él, convirtiéndolo en su instrumento. Desde la orilla del arroyo, el Señor lo guió por el bosque hasta un apartadero donde habían dejado diez furgones sin vigilancia. Una vez que el pastor John estuvo a salvo dentro de uno de aquellos furgones, el Señor llevó una locomotora que enganchó los furgones y lo condujo hacia el este, hasta la ciudad de Nueva York.

Cuando el pastor John se apeó en la gran estación de carga situada entre Pennsylvania Station y el río Hudson, el Eterno lo protegió de las miradas de los vigilantes del ferrocarril y no lo llevó por las calles abarrotadas, sino a una vía elevada. Apoyándose en el cayado para no cargar la rodilla, el pastor John echó a andar por la vía, proyectando su sombra sobre las avenidas. Se puso el sol y el Eterno siguió guiándolo: a través de un almacén vacío, a través de una valla, a través de la hierba crecida y descuidada, a través de la oscuridad misma, hasta que atisbó a lo lejos una hoguera que brillaba como una estrella.

El pastor John se acercó a aquella luz y vio que el Señor, en su infinita sabiduría, había encendido aquel fuego no sólo para guiarlo, sino para iluminar los rostros del negro y el niño, al mismo tiempo que tornaba la presencia del pastor John invisible para ellos. En las sombras que dominaban más allá del

círculo luminoso de la hoguera, el pastor John se detuvo y escuchó mientras el niño terminaba de contar una historia y le pedía al negro que le contara él alguna.

¡Cómo llegó a reírse John oyendo a Ulysses hablar de su temible tornado! Porque aquel pequeño torbellino no era nada comparado con el huracán de la venganza del Señor. ¿De verdad creyó que podría arrojar a un pastor de un tren en marcha sin miedo a recibir su merecido? ¿Que sus actos lograrían escapar a los ojos del Todopoderoso y del castigo divino?

El Señor todo lo ve y todo lo sabe. Ha sido testigo de tus fechorías, Ulysses. Ha sido testigo de tu arrogancia y de tu pecado. ¡Y él me ha traído aquí para que te haga llegar su represalia!, se dijo el pastor John.

El espíritu del Señor infundió tal furia a los miembros del pastor John que, cuando éste hizo descender su cayado de roble sobre la cabeza del negro, la fuerza del golpe partió el bastón en dos.

Cuando Ulysses se desplomó y la luz de la hoguera iluminó al pastor John, el niño, cómplice del negro en todo momento, extendió las manos, mudo y horrorizado.

—¿Te importa que me acerque a tu fuego? —le preguntó el pastor, y soltó una ruidosa carcajada.

Como se le había roto el cayado, el pastor John tuvo que ir cojeando hasta el niño, pero eso no le preocupó, porque sabía que el niño no se movería ni diría nada. El niño se retraería como el caracol en su concha. Y así fue: cuando el pastor John lo levantó por el cuello de la camisa, vio que el niño tenía los párpados muy apretados y había empezado a recitar su conjuro.

—Aquí no hay ningún Emmett. Nadie va a venir a ayudarte, William Watson.

Entonces, sujetando fuertemente al niño por el cuello de la

camisa, el pastor John levantó el cayado roto y se dispuso a darle la lección que Ulysses había interrumpido dos días atrás. ¡Y pensaba dársela con propina!

Pero justo cuando el cayado comenzaba su descenso el niño abrió los ojos.

—Estoy verdaderamente desamparado —dijo con misteriosa fruición.

Y dicho esto le arreó una patada al pastor en la rodilla lesionada.

El pastor John aulló como un animal, soltó la camisa del niño y dejó caer su cayado. Se puso a dar saltos sin moverse del sitio, con lágrimas de dolor brotando de su único ojo bueno, y más decidido que nunca a darle al niño una lección que tardaría en olvidar. Sin embargo, cuando estiró los brazos para agarrarlo, vio, a través de sus lágrimas, que el niño había desaparecido.

Dispuesto a perseguirlo, el pastor John miró a su alrededor, frenético, en busca de algo con que sustituir su cayado roto.

—¡Ajá! —gritó.

Porque en el suelo había una pala. La cogió, hincó la punta en la tierra, se apoyó en el mango y empezó a moverse lentamente hacia la zona oscura en la que el niño había desaparecido.

Tras dar unos pocos pasos, distinguió la silueta de un campamento: un montoncito de leña cubierto con una lona, un lavamanos improvisado, tres sacos de dormir vacíos y una tienda de campaña.

—William —llamó en voz baja—. ¿Dónde estás, William?

—¿Qué pasa ahí fuera? —preguntó una voz que provenía del interior de la tienda.

El pastor John contuvo la respiración, dio un paso a un lado y esperó hasta ver aparecer a un negro corpulento. Al no ver al pastor, el negro dio unos pasos y se detuvo.

—¿Ulysses? —preguntó.

Cuando el pastor John lo golpeó con la parte plana de la pala, cayó al suelo con un gruñido.

Entonces el pastor John oyó otras voces a su izquierda. Las voces de dos hombres que quizá hubiesen oído el altercado.

—Olvídate del niño —se dijo.

Usando la pala como muleta, fue renqueando tan deprisa como pudo hasta la hoguera, donde antes estaba sentado el crío. Allí, en el suelo, estaban el libro y la linterna. Pero ¿dónde estaba aquella maldita bolsa?

El pastor John volvió la cabeza y miró hacia el sitio de donde venía. ¿Estaría junto a los sacos de dormir? No. La bolsa tenía que estar donde estaban el libro y la linterna. Se inclinó con cuidado, soltó la pala, cogió la linterna y la encendió. Saltando a la pata coja, dirigió el haz de luz a la parte trasera de las traviesas de la vía y empezó a moverlo de derecha a izquierda.

¡Ahí está!

El pastor John se sentó en una traviesa con la pierna lesionada estirada ante él, cogió la bolsa y se la puso en el regazo. Y en cuanto lo hizo oyó la música de su interior.

Con creciente entusiasmo, desabrochó las correas y empezó a sacar objetos y dejarlos a un lado. Dos camisas. Unos pantalones. Una manopla. En el fondo encontró la lata. La sacó de la bolsa y la sacudió con júbilo.

A la mañana siguiente iría a visitar a los judíos de la calle 47. Por la tarde iría a unos grandes almacenes y se compraría ropa nueva. Y por la noche iría a un buen hotel, donde se daría un largo baño caliente y encargaría ostras, una botella de vino y tal vez compañía femenina. Pero ahora tenía que marcharse. Metió la linterna y la lata en la bolsa, abrochó las correas y se la colgó al hombro. Por fin listo para partir, el pastor John se inclinó hacia la izquierda para recoger la pala, pero descubrió que ya no estaba donde la...

[redacted]

Ulysses

Primero percibió la oscuridad, pero sin reconocerla. Luego, poco a poco, tomó conciencia de esa oscuridad. Comprendió que no era la oscuridad de un espacio extenso, frío y remoto. Era una oscuridad cercana y cálida, una oscuridad que lo cubría, que lo abrazaba como una mortaja de terciopelo.

De los rincones de su memoria fue filtrándose el dato de que todavía estaba en el ataúd de aquel hombre grueso. Notaba junto a los hombros la seda suave y plisada del forro y debajo la solidez de la madera de caoba.

Quería levantar la tapa, pero ¿cuánto tiempo había transcurrido? ¿Habría pasado ya el tornado? Contuvo el aliento y aguzó el oído. Escuchó a través de la seda plisada y la caoba pulida y no oyó nada. Ni el silbido del viento, ni el ruido del granizo cayendo sobre la tapa del ataúd, ni el sonido de la campana que tañía libre de amarres. Para asegurarse, decidió abrir un poco la tapa del ataúd. Puso la palma de las manos hacia arriba y empujó la tapa, pero ésta no se movió.

¿Lo habrían debilitado el hambre y la fatiga? Bueno, no había pasado mucho tiempo. ¿O sí? De pronto se le ocurrió pensar, horrorizado, que, después de la tormenta, mientras él estaba inconsciente, alguien podía haber visto la tumba abierta y echado el montón de tierra sobre el ataúd, finalizando el trabajo.

Tenía que volver a intentarlo. Hizo rodar los hombros y flexionó los dedos para activar el riego sanguíneo; inspiró, volvió a apoyar las palmas en la cara interna de la tapa y empujó con todas sus fuerzas mientras las gotas de sudor que

perlaban su frente resbalaban hasta metérsele en los ojos. Poco a poco, la tapa empezó a abrirse y entró un aire más fresco en el ataúd. Aliviado, Ulysses empujó con todas sus fuerzas y levantó la tapa del todo, esperando encontrar el cielo del atardecer.

Pero no encontró el atardecer.

Parecía noche cerrada.

Despacio, alzó una mano y vio que en su piel se reflejaba una luz parpadeante. Escuchó y oyó la larga y hueca sirena de un barco y la risa de una gaviota, como si estuviese cerca del mar. Pero entonces oyó una voz a escasa distancia. La voz de un niño que declaraba su desamparo. La voz de Billy Watson.

Y Ulysses supo dónde estaba.

Al cabo de un instante oyó a un adulto que gritaba de rabia o de dolor. Y aunque Ulysses aún no entendía qué le había pasado, supo qué tenía que hacer.

Primero se colocó de lado y luego, haciendo un gran esfuerzo, se puso de rodillas. Se enjugó el sudor de los ojos. La luz de la hoguera le permitió ver que era sangre, no sudor. Alguien lo había golpeado en la cabeza.

Se levantó y buscó alrededor de la hoguera al niño y al hombre que había gritado, pero no vio a nadie. Quiso llamar a Billy, aunque se dio cuenta de que, si lo hacía, le revelaría a su misterioso enemigo que había recobrado el conocimiento.

Necesitaba alejarse del fuego, salir del círculo de luz. Bajo el velo de la oscuridad, podría recobrar los sentidos y las fuerzas, buscar a Billy y salir a perseguir a su adversario.

Se subió a una traviesa, avanzó cinco pasos hacia la oscuridad y trató de orientarse. Allí estaba el río, pensó mientras giraba sobre sí mismo, y allí el Empire State, y allí el campamento. Miró hacia la tienda de campaña de Stew y le pareció detectar movimiento. Oyó una débil voz de hombre, casi imperceptible, que llamaba a Billy por su nombre. Era una

voz tan floja que apenas se oía, pero no lo bastante floja para que Ulysses no la identificara.

Sin salir de la oscuridad, Ulysses rodeó la hoguera moviéndose hacia el predicador con sigilo y cautela, pero indefectiblemente.

Se detuvo en seco al oír que Stew lo llamaba. Al cabo de un momento oyó un golpe metálico y el ruido de un cuerpo al caer al suelo. Rabioso consigo mismo por haber sido demasiado precavido, Ulysses se preparó para irrumpir en el campamento, y entonces vio salir de la oscuridad una silueta que se movía renqueante.

Era el predicador, que utilizaba la pala de Stew como muleta. Tiró la pala al suelo, cogió la linterna del niño, la encendió y empezó a buscar algo.

Sin perder de vista al predicador, Ulysses se acercó sigiloso al borde de la hoguera, tendió un brazo por encima de una traviesa y cogió la pala. Cuando el predicador profirió una exclamación al localizar algo, Ulysses se retiró de nuevo a la oscuridad y lo vio coger el morral de Billy y sentarse con él en el regazo.

Con un tono de voz que delataba su emoción, el predicador empezó a hablar solo sobre hoteles y ostras y compañía femenina mientras iba sacando los objetos personales de Billy y los esparcía por el suelo, hasta que encontró la lata de monedas. Al mismo tiempo, Ulysses empezó a avanzar y se colocó justo detrás del predicador. Y cuando el predicador, que se había colgado el morral al hombro, se inclinó hacia la izquierda, Ulysses hizo descender la pala.

Ahora el predicador yacía a los pies de Ulysses, que respiraba entrecortadamente. Como él también estaba herido, el esfuerzo que había hecho para derribar al pastor había consumido todas sus fuerzas. Temiendo incluso desmayarse, Ulysses clavó la pala en el suelo y se apoyó en el mango mientras miraba hacia abajo

para asegurarse de que no se movía.

—¿Está muerto?

Era Billy. Estaba de pie a su lado y también miraba al predicador.

—No —dijo Ulysses.

Por asombroso que parezca, el niño pareció aliviado.

—¿Estás bien? —preguntó Billy.

—Sí. ¿Y tú? —dijo Ulysses.

Billy asintió con la cabeza.

—He hecho lo que tú me has dicho, Ulysses. Cuando el pastor John me ha dicho que estaba solo, me he imaginado que me habían abandonado todos, incluido el Creador. Entonces le he dado una patada y me he escondido debajo de la lona de la leña.

Ulysses sonrió.

—Lo has hecho muy bien, Billy.

—¿Qué demonios pasa aquí?

Al volverse, Billy y Ulysses vieron a Stew detrás de ellos con un cuchillo de carnicero en la mano.

—Tú también estás sangrando —observó Billy preocupado.

Stew había recibido el golpe en un lado de la cabeza, y la sangre había resbalado desde su oreja hasta el hombro de su camiseta.

Ulysses ya se encontraba mejor: más lúcido y firme.

—Billy —dijo—, ¿por qué no vas hasta allí y nos traes la palangana de agua y unas toallas?

Stew se guardó el cuchillo en el cinturón, se acercó a Ulysses y miró hacia abajo.

—¿Quién es éste?

—Un hombre con malas intenciones —respondió Ulysses.

Entonces Stew le miró la cabeza.

—Será mejor que me dejes echarte un vistazo a eso.

—Me he hecho heridas peores.

—Todos nos hemos hecho heridas peores.

—Estoy bien.

—Lo sé, lo sé. —Stew sacudió la cabeza—. Eres un tipo muy grandullón.

Billy llegó con la palangana y las toallas. Los dos adultos se lavaron la cara y se secaron las heridas con cuidado. Cuando hubieron terminado, Ulysses sentó a Billy a su lado en una traviesa.

—Billy, esta noche han pasado muchas cosas muy emocionantes —empezó.

Billy asintió para expresar su conformidad.

—Es verdad, Ulysses. Emmett no se lo va a creer.

—Bueno, de eso precisamente quería hablar contigo. Como tu hermano todavía tiene que encontrar su coche y llevarte a California antes de las celebraciones del Cuatro de Julio, debe de tener muchas cosas en que pensar. Quizá sería mejor que lo que ha pasado aquí esta noche quedase entre nosotros. Al menos por ahora.

Billy volvió a asentir y dijo:

—Creo que será lo mejor. Emmett debe de tener muchas cosas en que pensar.

Ulysses le dio una palmada en la rodilla a Billy.

—Algún día se lo contarás —dijo—. Se lo contarás a él y también a tus hijos. Les contarás la historia de cómo venciste al predicador, como los héroes de tu libro.

Cuando Ulysses vio que Billy lo había entendido, se levantó y fue a hablar con Stew.

—¿Puedes llevarte al niño a tu tienda? ¿Y quizá darle algo de comer?

—Sí, claro. Pero ¿qué vas a hacer tú?

—Voy a ocuparme del predicador.

Billy, que estaba escuchando detrás de Ulysses, se asomó con cara de preocupación.

—¿Qué significa eso, Ulysses? ¿Qué significa que vas a ocuparte del predicador?

Ulysses y Stew miraron al niño, se miraron el uno al otro y volvieron a mirar al niño.

—No podemos dejarlo aquí —explicó Ulysses—. Recobrará el conocimiento, igual que yo. Y cualquiera que fuese la infamia que pensaba cometer antes de que yo le diera en la cabeza seguirá en su pensamiento. Y seguramente con más fuerza.

Billy miraba a Ulysses con el ceño fruncido.

—Así que lo voy a bajar por la escalera y lo voy a dejar... —continuó Ulysses.

—¿En la comisaría de policía?

—Eso es, Billy. Lo voy a dejar en la comisaría de policía.

Billy asintió para indicar que había que hacer eso precisamente. Entonces Stew miró a Ulysses.

—¿Sabes la escalera que baja hasta Gansevoort?

—Sí.

—Alguien ha roto la alambrada. Es el camino más fácil, teniendo en cuenta el peso que llevarás.

Tras darle las gracias a Stew, Ulysses esperó a que Billy recogiera sus cosas, a que Stew apagase el fuego y a que los dos volvieran a la tienda de campaña de Stew, y entonces se concentró en el predicador.

Lo cogió por debajo de los brazos, lo levantó y se lo cargó a la espalda. El predicador no pesaba más de lo que Ulysses había calculado, pero era larguirucho, y eso lo convertía en una carga incómoda. Desplazó el cuerpo hacia aquí y hacia allá tratando de repartir bien su peso antes de empezar a andar con pasos cortos y seguros.

Si se hubiese detenido un momento a pensar al llegar a la escalera, Ulysses habría podido tirar al predicador escalones abajo para no malgastar sus fuerzas. Pero ya estaba en marcha y llevaba el peso del predicador bien distribuido sobre los

hombros; y no quería perder el equilibrio ni el impulso, pues necesitaba ambas cosas. Porque desde el pie de la escalera había sus buenos doscientos metros hasta el río.

Duchess

La hermana de Woolly entró en la cocina como un fantasma. Apareció en el umbral con una larga bata blanca y atravesó la habitación a oscuras sin hacer ningún ruido; daba la impresión de que sus pies no tocaran el suelo. Pero si era un fantasma, no era uno espeluznante, de esos que aúllan y gimen y te provocan escalofríos. Era un fantasma de los tristes. De esos que deambulan por los pasillos de una casa vacía durante generaciones en busca de algo o alguien que nadie más recuerda siquiera. Creo que lo llaman una aparición.

Sí, eso es.

Una aparición.

Sin encender la luz, llenó el hervidor de agua y encendió el fogón. Sacó una taza y una bolsita de té de un armario y las dejó en la encimera. Del bolsillo de la bata sacó un tarrito marrón y lo puso junto a la taza. Luego volvió al fregadero y se quedó allí de pie mirando por la ventana.

Cualquiera habría dicho que se le daba muy bien mirar por la ventana, que tenía mucha práctica. No estaba inquieta, ni daba golpecitos con el pie. De hecho, se le daba tan bien quedarse absorta en sus pensamientos que, cuando silbó el hervidor, se sobresaltó como si no recordase haberlo encendido. Despacio, casi a regañadientes, se apartó de la ventana, vertió el agua, cogió la taza con una mano y el tarrito marrón con la otra y se volvió hacia la mesa.

—¿Problemas para dormir? —le pregunté.

La pillé desprevenida, pero no gritó ni soltó la taza de té. Sólo puso la misma cara de sorpresa que cuando había silbado

el hervidor.

—No te había visto —dijo mientras deslizaba el tarrito marrón en el bolsillo de la bata.

No había contestado mi pregunta de si tenía problemas para dormir, pero no hacía falta. Su forma de moverse por la oscuridad —cruzar la habitación, llenar el hervidor, encender el fogón— sugería que todo aquello era muy rutinario. No me habría sorprendido lo más mínimo saber que bajaba casi todas las noches a la cocina a las dos de la madrugada mientras su marido dormía a pierna suelta, ajeno a todo.

Señaló la cocina y me preguntó si me apetecía un té. Señalé el vaso que tenía delante.

—He encontrado un poco de whisky en el salón. Espero que no te importe.

Ella esbozó una sonrisa.

—Claro que no.

Se sentó enfrente de mí y entonces clavó la vista en mi ojo izquierdo.

—¿Cómo está tu ojo?

—Mucho mejor, gracias.

Había salido de Harlem tan animado que, al llegar a casa de la hermana de Woolly, me había olvidado por completo de la paliza. Cuando ella abrió la puerta y dio un grito ahogado, casi me pongo a gritar yo también.

Cuando Woolly nos presentó y yo les expliqué la caída que había sufrido en la estación, ella sacó un pequeño botiquín del armario de las medicinas, me hizo sentarme a la mesa de la cocina, me limpió la sangre del labio y me dio una bolsa de guisantes congelados para que me la aplicara en el ojo. Yo habría preferido un filete crudo, como los campeones de los pesos pesados, pero a buen hambre no hay pan duro.

—¿Quieres otra aspirina? —me preguntó.

—No, estoy bien.

Nos quedamos los dos callados un momento mientras yo tomaba un sorbo del whisky de su marido y ella tomaba un sorbo de su té.

—¿Tú eres el compañero de litera de Woolly?

—Así es.

—Entonces, ¿tu padre es el actor de teatro?

—Actor, bufón, farsante... —dije con una sonrisa—. Pero sí, ése es mi viejo. Empezó interpretando papeles shakespearianos y acabó haciendo vodevil.

Ella sonrió al oírme decir *vodevil*.

—En sus cartas, Woolly me ha hablado de algunos artistas con los que trabajaba tu padre. Los escapistas, los magos... Le impresionaban mucho.

—A tu hermano le encantan los cuentos antes de dormir.

—Sí, es verdad.

Me miró como si quisiera preguntarme algo más, pero entonces desvió la mirada hacia su taza.

—¿Qué? —la animé.

—Era una pregunta personal.

—Ésas son las mejores.

Se quedó mirándome como si tratara de discernir si estaba siendo sincero. Y debió de decidir que sí.

—¿Por qué acabaste en Salina, Duchess?

—Bueno, es una larga historia.

—Acabo de empezar a tomarme el té...

Así que me serví otro dedo de whisky y le conté mi pequeña comedia, pensando que quizá a todos los miembros de la familia de Woolly les gustaba que les contaran un cuento antes de dormir.

Era la primavera de 1952, pocas semanas después de mi decimosexto cumpleaños, y vivíamos en la habitación 42 del

Sunshine Hotel. Papá dormía en el somier y yo en el suelo.

Por entonces, mi viejo estaba *entre una cosa y otra*, como a él le gustaba decir, lo que significaba, ni más ni menos, que lo habían despedido de un empleo y todavía tenía que encontrar otro del que lo despidieran. Se pasaba el día con su viejo amigo Fitzy, que vivía en el mismo pasillo. A primera hora de la tarde salían de mala gana a rebuscar alrededor de los bancos del parque, los carros de fruta, los quioscos y cualquier otro sitio donde a alguien hubiese podido caérsele un níquel que no se hubiera molestado en recoger. Luego se metían en el metro y cantaban canciones sentimentales con el sombrero en la mano. Como conocían bien a su público, cantaban *Danny Boy* para los irlandeses de la línea de la Tercera Avenida y *Ave María* para los italianos de la estación de Spring Street, y lloraban a lágrima viva como si la letra de las canciones los emocionara de verdad. Hasta tenían un número yidis sobre los días en el *shtetl* que interpretaban en el andén de la parada de Canal Street. Luego, por la noche —después de darme un par de monedas y mandarme a ver una sesión doble—, se llevaban el dinero ganado con el sudor de su frente a un local de Elizabeth Street y se bebían hasta el último penique.

Como ninguno de los dos se levantaba hasta el mediodía, cuando me despertaba por la mañana salía a pasearme por el hotel en busca de algo que comer o alguien con quien hablar. A esas horas no había mucho donde elegir, pero en el hotel se hospedaban unos cuantos madrugadores, y el mejor de todos ellos era sin ninguna duda Marceline Maupassant.

En los años veinte, Marceline había sido uno de los payasos más famosos de Europa; llenaba hasta la bandera los teatros de París y Berlín, donde el público se ponía en pie para ovacionarlo y había colas de mujeres esperándolo en la puerta trasera. Desde luego, Marceline no era un payaso como otro cualquiera. No se pintaba la cara ni iba por ahí dando

tropezones con unos zapatos enormes y haciendo sonar una bocina. Era poeta, bailarín... un genuino artista. Un hombre con una sensibilidad especial que observaba atentamente cuanto lo rodeaba, como Chaplin o Keaton.

Uno de sus mejores números era el de un mendigo en una calle bulliciosa. Cuando se levantaba el telón, lo veías abriéndose paso entre una multitud de ciudadanos. Con un pequeño gesto de la cabeza, intentaba llamar la atención de dos hombres que discutían sobre unos titulares en el quiosco; se quitaba el sombrero, torcido, e intentaba dirigirse a una niñera que sólo pensaba en el bebé con cólico que tenía a su cargo. Pero saludara con la cabeza o se quitara el sombrero, las personas con las que intentaba hablar seguían ocupándose de sus asuntos como si él no existiese. Entonces, cuando Marceline se disponía a acercarse a una tímida joven que parecía desconsolada, un estudiante miope tropezaba con él y hacía que se le cayera el sombrero de la cabeza.

Marceline echaba a correr detrás del sombrero. Pero cada vez que estaba a punto de agarrarlo, algún peatón distraído lo lanzaba despedido en otra dirección. Tras varios intentos de recuperarlo, Marceline se daba cuenta, con gran consternación, de que un rollizo agente de policía estaba a punto de pisar el sombrero sin querer. Marceline no tenía más remedio que levantar una mano y chasquear los dedos, y todos se quedaban paralizados. Es decir, todos excepto él.

Y entonces se producía la magia.

Durante unos minutos Marceline se paseaba por el escenario, deslizándose entre los peatones inmóviles con una sonrisa amable en la cara, como si no tuviese la más mínima preocupación. Cogía una rosa de tallo largo del puesto de flores y se la ofrecía tímidamente a la joven de gesto abatido. Les hacía un par de comentarios a los dos hombres que discutían junto al quiosco. Le hacía carantoñas al bebé del cochecito.

Reía, comentaba y aconsejaba, y todo sin emitir ni un solo sonido.

Sin embargo, cuando se disponía a dar otra vuelta entre la multitud, Marceline oía un delicado tintineo. Se detenía en medio del escenario, metía la mano en el bolsillo de su andrajoso chaleco y sacaba un reloj de bolsillo de oro macizo que, obviamente, era un vestigio de otra etapa de su vida. Abría la tapa, miraba la hora y se percataba, cabizbajo, de que su pequeño juego ya se había prolongado demasiado tiempo. Guardaba el reloj y sacaba con cuidado su sombrero torcido de debajo del pie del policía rollizo, que llevaba todo ese rato suspendido en el aire, una auténtica hazaña gimnástica. Maurice sacudía el sombrero, se lo ponía en la cabeza, miraba al público, chasqueaba los dedos y todos sus acompañantes reanudaban sus actividades.

Era un número que valía la pena ver más de una vez. Porque la primera vez que veías el espectáculo, al final, cuando Marceline chasqueaba los dedos, parecía que el mundo hubiese vuelto a la normalidad y todo fuera como antes. Pero la segunda o la tercera vez que lo veías quizá empezabas a darte cuenta de que no todo era exactamente como antes. Cuando la joven tímida se alejaba, sonreía al descubrir la rosa de tallo largo que tenía en las manos. Los dos hombres que discutían junto al quiosco interrumpían su debate, de pronto menos seguros de sus respectivos puntos de vista. La niñera que intentaba con toda su pericia apaciguar al bebé lloroso se sorprendía al verlo reír. Si ibas a ver la actuación de Marceline más de una vez, quizá apreciaras todo eso unos segundos antes de que cayera el telón.

En otoño de 1929, cuando estaba en la cumbre de la fama en Europa, Marceline viajó a Nueva York atraído por la promesa de un contrato de seis cifras para una temporada de seis meses en el Hippodrome. Con el entusiasmo propio de los artistas,

hizo el equipaje para una estancia prolongada en la tierra de la libertad, pero resultó que, justo cuando subía a bordo del barco de vapor en Bremen, la bolsa de Wall Street iniciaba su caída en picado.

Para cuando desembarcó en los muelles del West Side, sus productores estadounidenses se habían arruinado, había cerrado el Hippodrome y su contrato se había cancelado. En el hotel lo esperaba un telegrama de su banco de París informándolo de que él también lo había perdido todo en el crac, y que en su cuenta ni siquiera quedaba dinero para comprar un pasaje de regreso a casa. Y cuando llamó a la puerta de otros productores, descubrió que, pese a la fama de que gozaba en Europa, en Estados Unidos no lo conocía casi nadie.

Lo que ahora le habían quitado de la cabeza a Marceline era su autoestima. Y cada vez que se inclinaba para recogerla, el peatón que pasaba a su lado le daba una patada y la alejaba un poco más. Él no dejó de perseguirla, llevándose una decepción tras otra, hasta que por fin se encontró haciendo pantomimas en las esquinas y viviendo en el Sunshine Hotel, al final del pasillo, en la habitación 49.

Como era de esperar, Marceline se dio a la bebida. Pero no como Fitzy y mi viejo. Él no iba a beber a un local donde podía recordar viejas glorias y airear viejas quejas. Por la noche se compraba una botella de vino tinto barato y se la bebía él solo en su habitación, con la puerta cerrada, llenando su copa una y otra vez con un movimiento fluido y elaborado, como si aquello formara parte de su actuación.

Pero por la mañana dejaba su puerta entreabierta. Y cuando yo llamaba con los nudillos, me recibía quitándose el sombrero que ya no llevaba puesto. A veces, cuando tenía algo de dinero a mano, me enviaba a comprar leche, harina y huevos y preparaba unas pequeñas crepes en la base de una plancha

eléctrica. Mientras nos las comíamos sentados en el suelo, en lugar de hablarme de su pasado me preguntaba por mi futuro, por todos los sitios adonde yo iría, y por todas las cosas que haría. Era una manera fabulosa de iniciar el día.

Una mañana llegué al final del pasillo y vi que su puerta no estaba entreabierta. Llamé con los nudillos, pero no me contestó. Acerqué una oreja a la madera y oí un levísimo crujido, como si alguien se diese la vuelta en el somier. Preocupado por si había enfermado, abrí un poco la puerta.

—¿Señor Marceline?

Al no obtener respuesta, abrí la puerta del todo y vi que la cama estaba hecha, la silla del escritorio volcada en medio de la habitación y Marceline colgando del ventilador de techo.

El crujido no era de los muelles del somier. Era el ruido que hacía el peso de su cuerpo al girar lentamente.

Cuando desperté a mi padre y lo llevé a la habitación de Marceline, él se limitó a asentir con la cabeza como si llevase tiempo esperando aquello. Acto seguido me mandó a la recepción para pedir que llamaran a la policía.

Media hora más tarde había tres policías en ese cuarto: dos agentes y un detective. Nos tomaron declaración a mi padre, a mí y a los otros huéspedes que se habían asomado por la puerta para ver qué pasaba.

—¿Le han robado? —preguntó un curioso.

Por toda respuesta, uno de los agentes señaló el escritorio de Marceline, donde habían vaciado el contenido de sus bolsillos, que incluía un billete de cinco dólares y un poco de calderilla.

—¿Y dónde está el reloj?

—¿Qué reloj? —preguntó el detective.

Todos se pusieron a hablar a la vez y explicaron que aquel reloj de bolsillo de oro macizo había sido una pieza tan fundamental en el espectáculo del payaso que nunca había querido separarse de él, ni siquiera cuando se arruinó.

Después de mirar a los agentes, que negaron con la cabeza, el detective miró a mi padre. Y en ese momento mi padre me miró a mí.

—Escucha, Duchess —dijo, poniéndome un brazo sobre los hombros—, esto es muy importante. Voy a hacerte una pregunta y quiero que me digas la verdad. Cuando has encontrado a Marceline, ¿has visto su reloj?

Dije que no con la cabeza.

—A lo mejor lo has encontrado en el suelo —insinuó mi padre—. Y lo has cogido para que no se rompiera.

—No —dije, y volví a negar con la cabeza—. No he visto su reloj.

Mi padre me dio unas palmaditas en la espalda como compadeciéndose de mí, luego miró al detective y se encogió de hombros dando a entender que él ya había hecho todo lo que había podido.

—Regístrenlos —ordenó el detective.

Imaginaos mi sorpresa cuando el agente me pidió que vaciara mis bolsillos y allí, entre los envoltorios de chicle, apareció un reloj de oro con una larga cadena también de oro.

Digo que os imaginéis mi sorpresa porque yo me quedé sorprendido. Atónito. Incluso estupefacto. Durante dos segundos.

Enseguida entendí lo que había pasado: mi viejo me había enviado abajo, a la recepción, para poder registrar el cadáver, y cuando el vecino entrometido había mencionado el reloj, mi padre me había puesto un brazo sobre los hombros y había pronunciado su pequeño discurso para poder metérmelo en el bolsillo antes de que lo registraran a él.

—Ay, Duchess —dijo con profunda decepción.

Al cabo de una hora yo estaba en la comisaría. Como era un menor de edad que cometía su primer delito, lo más lógico habría sido que me hubiesen dejado al cuidado de mi padre.

Pero, dado el valor del reloj del payaso, el delito no era un hurto menor, sino un robo. Por si fuera poco, ya se habían denunciado otros en el Sunshine Hotel, y Fitzy afirmó en una declaración jurada que me había visto salir de un par de habitaciones que no eran la mía. Para colmo, los servicios de protección a la infancia descubrieron, para gran sorpresa de mi padre, que llevaba cinco años sin pisar un colegio. Cuando me presenté ante el juez del tribunal de menores, mi padre se vio obligado a admitir que, como viudo y esforzado trabajador, no estaba en condiciones de protegerme de la nociva influencia del Bowery. Todos coincidieron en que, por mi propio bien, ingresaría en un reformatorio hasta cumplir los dieciocho años.

Cuando el juez reveló su decisión, mi padre preguntó si podía ofrecerle unos consejos a su descarriado hijo antes de que se lo llevaran. El juez consintió su petición, seguramente creyendo que mi padre me llevaría a un rincón y sería breve. Pero mi viejo enganchó los pulgares en los tirantes, sacó pecho y se dirigió al juez, al alguacil, al gallinero y a la taquígrafa. ¡Sobre todo a la taquígrafa!

—Ve con mi bendición, hijo —dijo dirigiéndose al público en general—, pero en mi ausencia lleva contigo estos preceptos: sé natural, mas nunca vulgar. Ofrece tu oído a todos, mas a pocos tu opinión. Escucha las censuras, mas resérvate el juicio. Y por encima de todo, esto: sé veraz contigo mismo. Pues de ello se sigue, como la noche al día, que no podrás ser falso con nadie. Adiós, hijo mío —concluyó—, adiós.

Y mientras me sacaban de la sala, el viejo zorro hasta derramó una lágrima.

—Qué horror —dijo Sarah.

Y su cara me reveló que lo decía sinceramente. Su gesto sugería compasión, indignación e instinto protector. Era obvio que, tanto si lograba ser feliz como si no, estaba destinada a ser una madre maravillosa.

—Bueno, Salina tampoco estaba tan mal —dije para aliviar su zozobra—. Me daban tres comidas al día y tenía un colchón. Y si no me hubiesen llevado allí, no habría conocido a tu hermano.

Cuando seguí a Sarah hasta el fregadero para limpiar mi vaso vacío, ella me dio las gracias y sonrió con su generosidad característica. Luego me deseó buenas noches y se dio la vuelta para irse.

—Hermana Sarah —dije.

Ella se volvió y arqueó las cejas en un gesto interrogante. Entonces, con aquel mismo gesto de muda sorpresa, me vio meter una mano en el bolsillo de su bata y sacar el tarrito marrón.

—Créeme. Esto no te hará ningún bien —dije.

Y cuando salió de la cocina, escondí el tarro en el fondo del especiero y tuve la sensación de que había hecho mi segunda buena obra del día.

CUATRO

Woolly

El viernes a la una y media, Woolly se encontraba plantado delante de su sitio favorito de la tienda. ¡Y allí no era nada fácil tener un sitio favorito! Porque en la juguetería fao Schwarz había infinidad de sitios maravillosos donde quedarse plantado. De hecho, para llegar hasta allí tuvo que pasar por una colección de animales de peluche gigantes que incluía un tigre de ojos hipnotizadores y una jirafa de tamaño natural cuya cabeza casi tocaba el techo. Tuvo que pasar por el departamento de coches de juguete, donde dos niños hacían carreras con pequeños Ferraris alrededor de una pista con forma de ocho. Y al final de la escalera mecánica tuvo que atravesar la zona de juegos de magia, donde un mago estaba haciendo desaparecer la jota de diamantes. Pero, pese a todo cuanto había por ver, no había en toda la tienda ningún sitio que hiciera a Woolly tan feliz como la gran vitrina con los muebles de casa de muñecas.

Con seis metros de largo y ocho estantes de vidrio, era todavía más grande que el armario de los trofeos del gimnasio de St. George, y estaba llena de arriba abajo de réplicas pequeñas y perfectas. En el lado izquierdo de la vitrina había toda una sección dedicada a los muebles Chippendale, con chifonieres Chippendale, escritorios Chippendale y un comedor con doce sillas Chippendale dispuestas alrededor de una mesa Chippendale. La mesa era como la que tenía su familia en el comedor de su casa de piedra rojiza de la calle 86. No comían en la mesa Chippendale todos los días, obviamente. Se reservaba para las ocasiones especiales, como cumpleaños y

fiestas de guardar, cuando ponían la mesa con la mejor vajilla y encendían todas las velas del candelabro. Es decir, al menos hasta que falleció el padre de Woolly; entonces su madre volvió a casarse, se fue a vivir a Palm Beach y donó aquella mesa a la sociedad benéfica Women's Exchange.

¡Su hermana Kaitlin se puso hecha una furia por aquello!

¿Cómo has podido? ¡Esos muebles eran de la abuela!, le dijo a su madre (o mejor dicho, se lo gritó) cuando llegaron los empleados de las mudanzas para llevarse las mesas y las sillas.

Ay, Kaitlin, ¿para qué vas a querer una mesa como ésa? Un trasto tan anticuado para doce personas. ¡Pero si ya nadie organiza cenas para tanta gente! ¿No es cierto, Woolly?, replicó su madre.

Por ese entonces Woolly no sabía si la gente organizaba cenas o no. Todavía no lo sabía. Y por eso no dijo nada. Pero su hermana sí dijo algo. Se lo dijo a él mientras los hombres de las mudanzas se llevaban la mesa Chippendale por la puerta.

Fíjate bien en ella, Woolly. Porque nunca volverás a ver una mesa igual.

Así que Woolly se fijó bien en ella.

Pero resultó que Kaitlin se había equivocado, porque Woolly había vuelto a ver una mesa igual. La había visto allí, en la vitrina de la juguetería fao Schwarz.

Los muebles de la vitrina seguían un orden cronológico. A medida que avanzabas de izquierda a derecha, viajabas desde la corte de Versalles hasta el salón de un piso moderno, con su fonógrafo, su mesa de centro y un par de sillas Mies van der Rohe.

Woolly entendía que al señor Chippendale y al señor Van der Rohe se los tuviera en la más alta estima por el diseño de aquellos muebles. Pero consideraba que los hombres que hacían aquellas réplicas pequeñas y perfectas merecían como mínimo la misma estima, o incluso más. Seguro que hacer una silla Chippendale o una butaca Van der Rohe de dimensiones

tan reducidas tenía que ser más difícil que hacer una en la que pudieras sentarte.

Sin embargo, la parte de la vitrina que más le gustaba a Woolly estaba en el otro extremo, a la derecha, donde había una serie de cocinas. En la parte superior estaba la llamada Cocina de la Pradera, con una sencilla mesa de madera, una mantequera y una sartén de hierro sobre un hornillo de hierro. A continuación había una Cocina Victoriana. Sabías que se trataba de esas cocinas donde una cocinera se encargaba de preparar la comida porque no había mesa ni sillas en las que sentarse para comer. Lo que sí había era una isla de madera alargada sobre la que colgaban seis cazos de cobre puestos en orden de tamaño decreciente. Y por último estaba la Cocina Actual con todas las maravillas de la era moderna. Además de una cocina blanca y reluciente y una nevera blanca y reluciente, había una mesa para cuatro con tablero de formica rojo y cuatro sillas cromadas con el asiento de vinilo rojo. Y una batidora KitchenAid y una tostadora con una palanquita negra y dos tostaditas. Y el armario que había sobre la encimera estaba lleno de cajitas de cereales y latitas de sopa.

—Sabía que te encontraría aquí.

Woolly se dio la vuelta y vio a su hermana.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó sorprendido.

—¿Que cómo lo sabía? —Sarah rió.

Y Woolly también se rió. Porque claro, claro, él sabía exactamente cómo ella lo sabía.

Cuando eran pequeños, todos los años, en diciembre, la abuela Wolcott los llevaba a fao Schwarz para que cada uno eligiera su regalo de Navidad. Un año, mientras se estaban preparando para salir de la tienda, con todos los abrigos bien abrochados y todas esas enormes bolsas rojas llenas hasta arriba, se dieron cuenta, en medio del bullicio navideño, de que el pequeño Woolly había desaparecido. Los miembros de la

familia se repartieron por las diferentes plantas y lo buscaron y lo llamaron por toda la tienda hasta que por fin Sarah lo encontró allí.

—¿Cuántos años teníamos?

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé. Fue un año antes de morir la abuela, así que supongo que yo tenía catorce y tú, siete.

Woolly también negó con la cabeza.

—Era muy difícil, ¿verdad?

—¿Qué era muy difícil?

—Elegir un regalo de Navidad ¡en un sitio como éste! —Woolly abrió los brazos para abarcar todas las jirafas, los Ferraris y los juegos de magia del edificio.

—Sí —dijo ella—. Era muy difícil elegir. Pero sobre todo para ti.

Woolly asintió.

—Y después —dijo él—, después de elegir nuestros regalos y de que la abuela enviara las bolsas a casa con el chófer, nos llevaba a tomar el té al Plaza. ¿Te acuerdas?

—Me acuerdo.

—Nos sentábamos en aquel salón enorme con palmeras. Y nos traían aquellas torres con pequeños sándwiches de berros, pepino y salmón en las bandejas más bajas, y tartaletas de limón y *eclairs* de chocolate en las bandejas de arriba. Y la abuela nos hacía comernos los sándwiches antes que los pasteles.

—*Tenéis que trepar hasta el cielo*.

Woolly rió.

—Sí, eso es. Eso es lo que decía la abuela.

Woolly y Sarah se apearon de la escalera mecánica en la planta baja mientras Woolly iba explicándole a su hermana aquella

nueva idea de que los fabricantes de muebles para casas de muñecas merecían tanto o más reconocimiento que el señor Chippendale y el señor Van der Rohe. Cuando ya estaban cerca de la puerta, oyeron que alguien gritaba insistentemente detrás de ellos.

—¡Perdone! ¡Perdone, señor!

Woolly y su hermana se dieron la vuelta para ver dónde estaba el origen del tumulto y vieron a un hombre con aspecto de empresario que los seguía agitando una mano en el aire.

—Un momento, señor —dijo el hombre sin dejar de avanzar hacia Woolly.

Woolly miró a su hermana tratando de adoptar una expresión de sorpresa y comicidad. Pero ella seguía mirando a aquel hombre con una pizca de temor. Una pizca mínima pero dolorosa.

Cuando los alcanzó, el hombre se detuvo para recobrar el aliento, y le dijo a Woolly:

—Le pido mis más sinceras disculpas por los gritos. Pero se ha olvidado usted el oso.

Woolly abrió mucho los ojos.

—¡El oso!

Se volvió hacia su hermana, que parecía a la vez desconcertada y aliviada.

—Me había olvidado el oso —dijo Woolly con una sonrisa.

Entonces apareció una joven que había seguido al encargado y que llevaba en los brazos un panda casi tan grande como ella.

—Muchas gracias a los dos —dijo Woolly tomando el oso—. Muchísimas, muchísimas gracias.

Los dos empleados volvieron a sus puestos. Sarah miró a Woolly.

—¿Te has comprado un oso panda gigante?

—¡Es para el bebé!

—Woolly —dijo ella sonriente al tiempo que negaba con la

cabeza.

—He estado viendo los osos pardos y los osos polares —le explicó Woolly—, pero los dos me han parecido demasiado feroces.

Para ilustrar su explicación, a Woolly le habría gustado levantar las manos imitando unas garras y enseñar los dientes, pero tenía los brazos ocupados sujetando el oso panda.

Tenía los brazos tan ocupados sujetando el oso panda que no pudo pasar por la puerta giratoria, así que el hombre del uniforme rojo que siempre monta guardia junto a la puerta de fao Schwarz entró en acción.

—Permítame —dijo con caballerosidad.

Y abrió la puerta que no era la puerta giratoria para dejar salir al hermano, la hermana y el oso a la terracita que separaba la tienda de la Quinta Avenida.

Hacía un día precioso, y el sol arrancaba destellos de los carruajes y los carros de perritos calientes que formaban filas a lo largo del perímetro de Central Park.

—Siéntate conmigo un momento —dijo Sarah con un tono que indicaba que quería mantener una conversación seria.

Un poco a regañadientes, Woolly siguió a su hermana hasta un banco, se sentó y puso el oso panda entre ellos. Pero Sarah levantó el peluche y lo dejó a su lado para que no hubiese nada entre ellos.

—Woolly, quiero preguntarte algo.

Cuando lo miró, Woolly vio en su cara una expresión de preocupación, pero también de incertidumbre, como si no estuviese del todo segura de querer preguntarle eso que quería preguntarle.

Él le puso una mano en el antebrazo.

—No tienes que preguntarme algo, Sarah. No tienes que preguntarme nada.

La miró y comprobó que la preocupación seguía batallando

con la incertidumbre. Así que hizo todo lo que pudo para tranquilizarla.

—Las preguntas pueden ser muy traicioneras —le dijo—, como las bifurcaciones de la carretera. Puedes estar manteniendo una conversación muy agradable y alguien hace una pregunta, y de pronto ves que has tomado otra dirección. Con toda probabilidad, esa nueva carretera te llevará a sitios igual de correctos, pero a veces lo que tú quieres es seguir por la dirección por la que ibas antes.

Guardaron silencio durante un segundo. Luego Woolly le apretó el brazo a su hermana, emocionado ante la nueva idea que se le había ocurrido.

—¿Alguna vez te has fijado, alguna vez te has fijado en que muchas preguntas empiezan por la letra W en inglés?

Fue contándolas con los dedos:

—*Who. What. Why. When. Where. Which*.

Woolly vio que la preocupación y la incertidumbre de su hermana desaparecían momentáneamente cuando sonrió ante aquel dato banal pero fascinante.

—¿Verdad que es interesante? —continuó Woolly—. O sea, ¿tú cómo crees que pasó? Hace siglos, cuando las palabras se estaban acuñando, ¿qué sería lo que tanto atrajo de la letra W a los acuñadores de palabras para que la usaran para empezar tantas preguntas? En lugar de la T o la P, por ejemplo. ¿No te da pena la letra W? O sea, tiene que llevar una carga muy grande. Sobre todo porque la mitad de las veces que alguien te hace una pregunta que empieza por la letra W en realidad no te está haciendo una pregunta. Está haciendo una afirmación camuflada. Como... Como...

Woolly adoptó la postura y el tono de voz de su madre.

—*¡Cuándo vas a madurar*! o ¡*Cómo se te ocurre hacer una cosa así*! o ¡*En qué demonios estabas pensando*!

Sarah se rió, y a su hermano le gustó verla reír. Porque su

hermana era una reidora estupenda. Era absumamente la mejor reidora que Woolly había conocido nunca.

—De acuerdo, Woolly. No te haré ninguna pregunta.

Esta vez fue ella la que le puso la mano en el antebrazo.

—Pero quiero que me hagas una promesa. Quiero que me prometas que, después de tu visita, volverás.

Woolly quiso bajar la vista y mirarse los pies, pero notó los dedos de su hermana en el brazo. Y en su cara vio que, aunque la preocupación permanecía, la expresión de incertidumbre había desaparecido.

—Te lo prometo —dijo—. Te prometo... que volveré.

Entonces ella le apretó el brazo, como él se lo había apretado a ella; mudó la expresión, como si se hubiera quitado un gran peso de encima, y se recostó en el banco, así que él la imitó. Y allí los dos sentados al lado del oso panda, contemplando la Quinta Avenida, se dieron cuenta de que estaban justo delante del Plaza.

Sonriendo de oreja a oreja, Woolly se levantó y se volvió hacia su hermana.

—Deberíamos ir a tomar el té. Por los viejos tiempos —dijo.

—Woolly —dijo Sarah con los hombros caídos—, son más de las dos. Todavía tengo que pasar por Bergdorf's a recoger mi vestido, ir a la peluquería y volver al piso para cambiarme a tiempo de reunirme con Dennis en Le Pavillon.

—Bla, bla, bla —dijo Woolly.

Sarah fue a decir algo para reafirmarse, pero Woolly cogió el oso panda y lo sacudió delante de su hermana.

—Bla, bla, bla —dijo como si imitara la voz del oso.

—De acuerdo —cedió Sarah risueña—. Vamos a tomar el té al Plaza, por los viejos tiempos.

Duchess

El viernes a la una y media me encontraba de pie delante del aparador del comedor de la hermana de Woolly admirando las piezas pulcramente ordenadas de su vajilla. Como los Watson, Sarah tenía unos servicios de mesa dignos de pasar de generación en generación, lo que quizá ya hubiese ocurrido. Pero allí no había torres inclinadas de tazas de café ni finas películas de polvo. La vajilla de la hermana Sarah estaba colocada formando pilas verticales alineadas a la perfección, y cada plato tenía encima un circulito de fieltro para proteger la superficie del plato que tenía encima. En otro estante, debajo de la vajilla, había una caja negra y alargada que contenía la cubertería de la familia, también pulcramente ordenada.

Cerré el armario inferior del aparador y puse la llave donde la había encontrado: en la sopera expuesta en el centro del estante del medio. Saltaba a la vista que la señora de la casa tenía un excelente sentido de la simetría, lo que no era menos meritorio por el hecho de ser fácil de descifrar.

Recorrí el pasillo desde el comedor, satisfecho por haber visitado todas las habitaciones de la planta baja, y luego subí a la planta de arriba.

• • •

En el desayuno, Sarah había explicado que Dennis y ella pasarían el fin de semana en su piso de la ciudad porque tenían compromisos para cenar las dos noches. Cuando añadió que necesitaba marcharse antes de mediodía para hacer algunos

encargos y Woolly le propuso ir con ella para hacerle compañía, Sarah me miró.

—¿No te importa que Woolly me acompañe a la ciudad unas horas? —me preguntó.

—Claro que no.

Y eso fue lo que acordamos. Woolly acompañaría a Sarah, y yo iría a recogerlo más tarde con el Caddy para ir al Circo. Cuando le pregunté a Woolly dónde quería quedar, él propuso la estatua de Abraham Lincoln de Union Square, evidentemente. Poco después de las once, salieron por el camino de entrada y se dirigieron a la ciudad, dejándome a mí a cargo de la casa.

Para empezar, fui al salón. Me serví un dedo de whisky escocés, puse un disco de Sinatra en el fonógrafo y me repantigué con los pies en alto. Era un disco que nunca había oído, pero Ojos Azules estaba en buena forma y cantaba una selección de canciones de amor ligeramente cadenciosas acompañado de orquesta; entre ellas *I Get a Kick Out of You* y *They Can't Take That Away from Me*.

En la portada del disco, dos parejas de enamorados paseaban por la calle mientras Sinatra estaba apoyado en una farola. Ataviado con traje gris oscuro y sombrero de fieltro ladeado, Sinatra sostenía un cigarrillo con dos dedos, tan lánguidamente que parecía a punto de caérsele en cualquier momento. Aquella fotografía te daba ganas de fumar, de llevar sombrero y de estar solo y apoyarte en las farolas.

Por un momento me pregunté si habría sido el cuñado de Woolly quien había comprado aquel disco. Pero sólo por un momento. Porque era obvio que debía de haber sido Sarah.

Preparé el disco para que sonara por segunda vez, me serví un segundo whisky y salí al pasillo. Según Woolly, su cuñado era un prodigio de Wall Street, aunque nadie lo diría por su despacho. Allí no había cinta de cotización, o como se llamara

lo que usaban hoy en día para decirles lo que tenían que comprar y vender. Tampoco había libros de contabilidad, calculadoras ni reglas de cálculo. En cambio había muchos elementos relacionados con el deporte.

En un estante, justo enfrente del escritorio —donde Dennis lo tenía siempre a la vista—, había un pez disecado montado en un soporte cuya boca estaría eternamente torcida hacia el anzuelo. En el estante de encima del pez había una fotografía reciente de cuatro hombres que acababan de terminar un partido de golf. Por suerte, era una fotografía en color, de modo que podías tomar nota de cómo no debías vestirte nunca. Escudriñé las caras de los golfistas, me fijé en el que parecía más engreído y deduje que ése era Dennis. A la izquierda de los estantes había otra fotografía que colgaba de dos ganchos vacíos clavados en la pared; en ella aparecía un equipo de béisbol universitario que posaba en la hierba con un trofeo de más de medio metro.

Sin embargo, no había ninguna fotografía de la hermana de Woolly. Ni en la pared, ni en un estante, ni en el escritorio del prodigio.

Después de enjuagar mi vaso de whisky en la cocina, encontré lo que supongo que podríamos llamar una despensa. Pero no era como la que había en St. Nick, llena hasta arriba de bolsas de harina y latas de tomate. En ésa había un pequeño fregadero de cobre y una encimera de cobre, y jarrones de todos los tamaños y colores imaginables, para que Sarah pudiese arreglar a gusto todos los ramos de flores que Dennis nunca le regalaría. La parte positiva era que Dennis se había encargado de que en la despensa hubiese un armario especialmente diseñado para guardar varios cientos de botellas de vino.

De la cocina pasé al comedor, donde examiné la vajilla y la cubertería, de las que ya he hablado antes; me detuve en el

salón para tapar la botella de whisky y apagar el fonógrafo, y subí a la planta de arriba.

Pasé de largo la habitación donde habíamos dormido Woolly y yo y me asomé a otra habitación de invitados, luego a lo que parecía un cuarto de costura, y por último llegué a un dormitorio a medio pintar.

En medio de la habitación alguien había dejado tirada la lona protectora que cubría las cajas amontonadas de encima de la cama, que quedaban expuestas a mancharse de pintura azul celeste. Aquello no me pareció propio de la hermana de Woolly, así que me tomé la libertad de colocar bien la lona. ¿Y qué descubrí apoyado en el armazón de la cama? Ni más ni menos que un bate Louisville Slugger.

Debía de ser eso lo que antes colgaba de aquellos ganchos del despacho de Dennis, me dije. Seguramente había hecho un *home run* quince años atrás y había colgado el bate en la pared para acordarse del dato cuando no estuviera contemplando su pez. Pero alguien lo había llevado allí por alguna extraña razón.

Lo cogí y lo sopesé sin dar crédito a lo que tenía en mis manos. ¿Por qué no se me había ocurrido antes?

Ni la forma ni la función de un Louisville Slugger pueden diferir mucho de los bastones que utilizaron nuestros antepasados para domesticar lobos y gatos salvajes. Sin embargo, parece moderno y aerodinámico como un Maserati. El suave estrechamiento del mango, que asegura una distribución perfecta del peso... El borde de la base, que agarra el pulpejo de la mano para maximizar la fuerza del golpe e impedir que el bate resbale... Tallado, lijado y pulido con la misma devoción que se requiere para la fabricación de violines y barcos, un Louisville Slugger es un objeto bello y a la par funcional.

De hecho, os desafío a nombrar otro ejemplo en que la forma

sigue a la función que sea más perfecto que el momento en que Joe DiMaggio, tras apoyar el extremo del bate en su hombro, se pone en movimiento para recibir el proyectil que le lanzan a ciento cuarenta kilómetros por hora y golpearlo de modo que salga despedido en la dirección opuesta produciendo ese sonido tan satisfactorio.

Sí, me dije. Puedes olvidarte de tus tablones de madera, tus sartenes y tus botellas de whisky. Cuando se trata de administrar justicia, lo único que necesitas es un buen bate de béisbol americano.

Me fui silbando por el pasillo y abrí la puerta del dormitorio principal empujándola con la punta del bate.

Era una habitación muy acogedora y luminosa en la que no sólo había una cama, sino también un diván, una butaca con reposapiés y un par de cómodas a juego, una para ella y otra para él. También había dos armarios a juego, uno para ella y otro para él. El de la izquierda albergaba una larga hilera de vestidos. La mayoría eran alegres y elegantes como su dueña, aunque en un rincón asomaban unos cuantos muy cortos que casi me dio vergüenza contemplar y que sin duda ella era demasiado tímida para ponerse.

En el segundo armario había varias baldas con camisas Oxford pulcramente dobladas y una barra con una colección de trajes de tres piezas ordenados por colores: habano, gris, azul y negro. En la balda de encima de los trajes había varios sombreros de fieltro que seguían el mismo orden cromático.

Paños dan honores, o eso dice el refrán. Pero basta con mirar una hilera de sombreros de fieltro para saber lo estúpido que es eso. Si reúnes a un grupo de hombres de la más diversa condición —desde el más poderoso hasta el más bobo— y les pides que tiren su sombrero al mismo montón, podrías pasarte toda una vida tratando de averiguar cuál era de quién. Porque es el monje el que hace el hábito, y no al revés. ¿Acaso no

preferiríais llevar un sombrero de Frank Sinatra antes que el del sargento Joe Friday? Yo creo que sí.

En total, calculé que Dennis tenía diez sombreros de fieltro, veinticinco trajes y cuarenta camisas para combinar a su gusto. No me molesté en calcular todas las posibles combinaciones. Saltaba a la vista que nadie notaría si faltaba alguna.

Emmett

El viernes a la una y media, Emmett se acercó a una casa de piedra rojiza de la calle 126.

—Allá vamos otra vez —dijo el chico negro de piel clara apoyado en la barandilla, en la parte más alta de los escalones.

Cuando habló el de piel clara, el corpulento sentado en el primer escalón levantó la cabeza y miró a Emmett con cara de estar gratamente sorprendido.

—¿Tú también has venido a que te casquen? —preguntó.

Empezó a reír sin hacer ruido, sacudiendo todo el cuerpo, y entonces se abrió la puerta del edificio y salió Townhouse.

—Vaya, vaya —dijo sonriente—. Que me aspen si no es Emmett Watson.

—Hola, Townhouse.

Townhouse se interrumpió y miró fijamente al chico de tez clara, que le cerraba el paso. Cuando el chico se apartó de mala gana, Townhouse bajó los escalones y le estrechó la mano a Emmett.

—Me alegro de verte.

—Yo también me alegro de verte.

—Veo que te han soltado unos meses antes de lo que creías.

—Sí, por lo de mi padre.

Townhouse asintió en señal de condolencia.

El chico de tez clara observaba la conversación con gesto malhumorado.

—¿Y éste quién es? —preguntó.

—Un amigo —contestó Townhouse sin mirarlo.

—Salina debía de ser un sitio muy entretenido.

Esta vez Townhouse sí se dio la vuelta.

—Cierra el pico, Maurice.

Maurice le sostuvo brevemente la mirada y luego se volvió hacia el final de la calle con gesto amargo mientras el otro, el risueño, negaba con la cabeza.

—Vamos a dar un paseo —le dijo Townhouse a Emmett.

Echaron a andar calle abajo los dos. Townhouse no dijo nada, y Emmett comprendió que quería alejarse un poco de los otros. Así que él tampoco dijo nada hasta que hubieron doblado la esquina.

—No pareces muy sorprendido de verme.

—Es que no estoy sorprendido. Ayer vino Duchess.

Emmett asintió.

—Cuando me enteré de que había ido a Harlem, me imaginé que había venido a verte. ¿Qué quería?

—Quería que le pegara.

Emmett se detuvo y se volvió hacia Townhouse, así que éste también se detuvo y se volvió. Por un momento se quedaron mirándose a los ojos sin decir nada: dos jóvenes de diferente raza y educación, pero de mentalidad parecida.

—¿Quería que le pegaras?

Townhouse respondió en voz baja, como si le hiciera una confidencia, a pesar de que no había nadie cerca que pudiese oírlos.

—Eso es, Emmett. Se le había metido en la cabeza que estaba en deuda conmigo, por la tunda que me dio Ackerly, así que le di un par de meneos para quedar en paz.

—¿Que hiciste qué?

—Le pegué.

Emmett miró a su amigo con cierta sorpresa.

—No me dejó alternativa. Me dijo que había venido hasta aquí para saldar su deuda y dejó muy claro que no pensaba marcharse hasta que la hubiera saldado. Así que le pegué, y él

insistió en que le pegara otra vez. Dos veces. Encajó los tres golpes en la cara sin levantar siquiera los puños, al pie de esos escalones de donde venimos, delante de los chicos.

Emmett desvió la mirada y reflexionó. No se le escapaba que, cinco días atrás, él había recibido una paliza parecida para saldar la suya. Emmett no era aficionado a las supersticiones. No buscaba tréboles de cuatro hojas ni le asustaban los gatos negros. Pero la idea de que Duchess hubiese encajado tres puñetazos ante un grupo de testigos le producía una extraña aprensión. ¿No era demasiada casualidad? Aun así, no dejó que eso influyera en lo que él necesitaba hacer.

Volvió a mirar a Townhouse.

—¿Te dijo dónde se alojaba?

—No.

—¿Te dijo adónde iba?

Townhouse lo pensó unos segundos antes de negar con la cabeza.

—No. Pero escúchame, Emmett, si estás decidido a encontrar a Duchess, deberías saber que no eres el único que lo busca.

—¿Qué quieres decir?

—Anoche vinieron dos polis.

—¿Porque Woolly y él se han escapado?

—Puede ser. No me lo dijeron. Lo que sí sé es que les interesaba más Duchess que Woolly. Y me dio la impresión de que no se trataba sólo de perseguir a un par de chicos que habían saltado una valla.

—Gracias por contármelo.

—De nada. Pero antes de que te vayas, quiero enseñarte una cosa.

Townhouse llevó a Emmett ocho manzanas más allá, hasta una calle que parecía más hispana que negra, con una bodega y tres

hombres que jugaban al dominó en la acera mientras sonaba una canción de baile latina en la radio. Al final de la manzana, Townhouse se detuvo enfrente de un taller de chapa y pintura.

Emmett se volvió hacia él:

—¿Es ése el taller?

—Sí.

El taller en cuestión lo regentaba un hombre llamado González que después de la guerra se había mudado del sur de California a Nueva York con su mujer y sus dos hijos, unos gemelos conocidos en el barrio como Paco y Pico. Desde que los niños tenían catorce años, González los había hecho trabajar en el taller después de la escuela —limpiaban herramientas, barrían suelos, sacaban la basura— para que entendieran lo que costaba ganarse el pan honradamente. Paco y Pico lo entendieron muy bien. Y a los diecisiete años, época en que se encargaban de cerrar el local los fines de semana, montaron su propio negocio.

La mayoría de los coches que había en el taller estaban allí por un parachoques suelto o una abolladura en una puerta, pero por lo demás funcionaban en perfectas condiciones. Así que los sábados por la noche los hermanos les alquilaban los coches del taller a los chicos del barrio cobrándoles unos dólares por hora. Cuando Townhouse tenía dieciséis años, le pidió una cita a una chica llamada Clarise, que por lo visto era la chica más guapa del colegio. Ella dijo que sí, así que Townhouse le pidió prestados cinco dólares a su hermano y les alquiló un coche a los gemelos.

Su plan consistía en preparar un pícnic y llevar a Clarise a la tumba del general Grant, donde podrían aparcar bajo los olmos y contemplar el río Hudson. Pero casualmente el único coche que los gemelos tenían disponible aquella noche era un Buick Skylark descapotable con acabados cromados. El coche era tan bonito que habría sido un crimen sentar a una chica como

Clarise en el asiento delantero y pasarse la noche viendo cómo remolcaban barcazas por el río. Así que Townhouse bajó la capota, encendió la radio y llevó a su chica arriba y abajo de la calle 125.

—Tendrías que habernos visto —le había dicho Townhouse una noche en Salina, acostados a oscuras en sus literas—. Yo llevaba mi traje de domingo de Pascua, que era casi tan azul como el coche, y ella, un vestido amarillo con la espalda tan escotada que se le veía media columna vertebral. Aquel Skylark habría podido pasar de cero a cien en cuatro segundos, pero yo conducía a treinta kilómetros por hora para poder saludar a los que eran conocidos y a la mitad de los que no. Bajábamos por la 125 y pasábamos muy despacio por delante de toda la gente elegante que había junto a la entrada del hotel Theresa, el Apollo y el Showman's Jazz Club; y cuando llegábamos a Broadway, dábamos media vuelta y volvíamos a subir. Cada vez que completábamos el recorrido, Clarise se acercaba un poco más a mí, hasta que ya no quedó espacio entre los dos.

Al final fue Clarise quien propuso ir a la tumba del general Grant para aparcar bajo los olmos, y allí estaban, sacándole el máximo partido a la oscuridad, cuando dos policías alumbraron el interior del coche con sus linternas.

Resultó que el propietario del Skylark era una de aquellas personas elegantemente vestidas que había delante del teatro Apollo. Como Townhouse y Clarise se habían dedicado a saludar a todo el que pasaba, los policías no tardaron mucho en encontrarlos en el parque. Después de despegar a la joven pareja, uno de los agentes llevó a Clarise a su casa en el Skylark mientras el otro llevaba a Townhouse a la comisaría en el asiento trasero del coche patrulla.

Por tratarse de un menor de edad sin antecedentes, Townhouse se habría librado con una buena reprimenda si hubiese delatado a los gemelos. Pero Townhouse no era ningún

chivato. Cuando los agentes le pidieron que les explicara por qué iba al volante de un coche que no era suyo, él dijo que se había colado en el despacho del señor González, había cogido la llave de un gancho y se había llevado el coche del aparcamiento cuando no había nadie mirando. Así que, en lugar de una buena reprimenda, a Townhouse le cayeron doce meses en Salina.

—Vamos —dijo.

Cruzaron la calle, pasaron por delante del despacho donde el señor González hablaba por teléfono y entraron en el taller. En la primera zona de estacionamiento había un Chevy con la parte de atrás abollada y en la segunda había un Roadmaster con el capó deformado, como si aquellos dos coches hubiesen estado cada uno en un extremo de la misma colisión. No lejos de allí, en una radio que no se veía, sonaba una canción de baile latina; a Emmett le pareció que era la misma que había oído al pasar por delante de los jugadores de dominó, aunque sabía que seguramente no lo era.

—¡Paco! ¡Pico! —gritó Townhouse para hacerse oír por encima de la música.

Los hermanos salieron de detrás del Chevy vestidos con sendos monos sucios y limpiándose las manos con un trapo.

Paco y Pico quizá fuesen gemelos, pero nadie lo habría adivinado a simple vista: el primero era alto, delgado y greñudo; el segundo, robusto y con el pelo cortado al rape. Hasta que no sonrieron los dos abiertamente y exhibieron unos dientes blanquísimos, no se apreció el parecido familiar.

—Éste es el amigo del que os he hablado —dijo Townhouse.

Los hermanos se volvieron hacia Emmett y de nuevo sonrieron de oreja a oreja. Entonces Paco señaló con la cabeza en dirección al fondo del taller.

—Está allí.

Emmett y Townhouse siguieron a los hermanos; dejaron atrás

el Roadmaster y fueron hasta la última plaza, donde había un coche tapado con una lona. Los mecánicos tiraron de la lona y revelaron un Studebaker de color azul celeste.

—Pero si es mi coche. —Emmett se sorprendió.

—No me digas —dijo Townhouse.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí?

—Lo trajo Duchess.

—Pero ¿funciona?

—Más o menos —dijo Paco.

Emmett negó con la cabeza. Era imposible entender por qué, cuándo ni dónde decidía Duchess hacer lo que hacía. Pero mientras él hubiese recuperado el coche y éste funcionara, no necesitaba entender las decisiones de Duchess.

Dio una vuelta rápida alrededor del coche y comprobó, aliviado, que no tenía más abolladuras que cuando él lo había comprado. Pero al abrir el maletero descubrió que el macuto no estaba allí. Peor aún: cuando retiró el trozo de fieltro que cubría la rueda de recambio, descubrió que el sobre tampoco estaba.

—¿Todo bien? —preguntó Townhouse.

—Sí.

Emmett cerró el maletero, que produjo un discreto chasquido. Luego fue a la parte delantera del coche, miró a través del cristal de la ventanilla del conductor y le preguntó a Paco:

—¿Tienes las llaves?

Paco miró a Townhouse.

—Las tenemos nosotros —dijo Townhouse—. Pero debo decirte otra cosa.

Antes de que pudiese explicarse, se oyó un fuerte grito que provenía del otro lado del taller.

—¡Qué coño es esto!

Emmett pensó que debía de ser el señor González, enfadado

porque sus hijos no estaban trabajando, pero al darse la vuelta vio que el tal Maurice se dirigía a grandes zancadas hacia ellos.

—Qué coño es esto —repitió Maurice, aunque más despacio y enfatizando cada palabra.

Townhouse le dijo en voz baja a Emmett que Maurice era su primo, y después esperó a que éste llegase a su lado antes de dignarse replicar:

—¿Qué coño es qué, Maurice?

—Me ha dicho Otis que ibas a entregarle las llaves, y no podía creérmelo.

—Pues ahora ya puedes.

—¡Pero si es mi coche!

—De eso nada, Maurice.

Maurice se quedó mirando a Townhouse con gesto de asombro.

—Tú estabas delante cuando ese chiflado me dio las llaves.

—Maurice —dijo Townhouse—, llevas toda la semana buscándome las cosquillas y ya estoy harto. Así que hazme el favor de ocuparte de tus asuntos antes de que lo haga yo por ti.

Maurice apretó la mandíbula y se quedó un momento mirando fijamente a Townhouse, antes de darse la vuelta y largarse de allí.

Townhouse negó con la cabeza. Como último desprecio a su primo, adoptó la expresión de quien intenta recordar eso tan importante que estaba diciendo antes de que lo interrumpieran por una minucia.

—Ibas a explicarle lo del coche —lo ayudó Paco.

Townhouse asintió y se volvió hacia Emmett.

—Anoche, cuando les dije a los agentes que no había visto a Duchess, no debieron de creerme, porque esta mañana han vuelto y han estado haciendo preguntas por toda la manzana. Querían saber si alguien había visto a una pareja de chicos blancos en mi escalera, o conduciendo por el barrio... en un

Studebaker azul celeste.

Emmett cerró los ojos.

—Sí —confirmó Townhouse—. No sé en qué lío se habrá metido Duchess, pero parece que cuando lo hizo iba en tu coche. Y si tu coche tuvo algo que ver, la policía acabará pensando que tú también estás implicado. Ésa es una de las razones por las que lo guardé aquí en lugar de dejarlo en la calle. Pero la otra razón es que, cuando se trata de pintar, los hermanos González son unos verdaderos artistas, ¿verdad que sí, chicos?

—Los Picassos —replicó Pico, que hablaba por primera vez.

—Cuando hayamos acabado con él, no lo reconocería ni su propia madre —añadió Paco.

Los dos hermanos se echaron a reír, pero pararon al ver que ni Emmett ni Townhouse los imitaban.

—¿Cuánto tardaréis? —preguntó Emmett.

Los hermanos se miraron; Paco se encogió de hombros.

—Si empezamos mañana y nos damos prisa, podríamos tenerlo acabado... ¿el lunes por la mañana?

—Sí —dijo Pico, asintiendo con la cabeza—. El lunes.

Otro retraso, pensó Emmett. Aunque, de todas formas, como había desaparecido el sobre, no podía marcharse de Nueva York hasta localizar a Duchess. Y Townhouse tenía razón respecto al coche: si la policía estaba buscando un Studebaker azul celeste, no tenía ningún sentido circular con uno.

—Vale, el lunes por la mañana. Y muchas gracias a los dos.

Salieron del taller y Townhouse se ofreció para acompañar a Emmett hasta la estación de metro, pero Emmett primero quería saber una cosa.

—Antes, en la escalera, cuando te he preguntado si sabías adónde iba Duchess, has titubeado, como quien sabe algo que no quiere admitir que sabe. Si Duchess te dijo adónde iba, necesito que me lo digas.

Townhouse resopló.

—Mira, sé que Duchess te cae bien, Emmett. A mí también. A su manera desquiciada es un amigo leal, y uno de los chiflados más graciosos que he tenido el gusto de conocer. Pero también es de esas personas que nacen sin visión periférica. Ve todo lo que tiene delante, lo ve más claramente que la mayoría, pero en cuanto desplazas algo un centímetro a la derecha o a la izquierda no lo registra. Y eso puede ocasionar muchos problemas. A él y a cualquiera que esté cerca. Lo que quiero decir, Emmett, es que, ahora que has recuperado tu coche, quizá deberías alejarte de Duchess.

—Nada me haría más feliz que alejarme de Duchess —replicó Emmett—, pero no es tan sencillo. Hace cuatro días, cuando Billy y yo estábamos a punto de salir para California, se largó con Woolly en el Studebaker, lo que ya suponía un problema considerable. El caso es que, antes de morir, mi padre metió un sobre con tres mil dólares en el maletero del coche. El sobre estaba allí cuando Duchess se largó, y ahora ya no está.

—Mierda —dijo Townhouse.

Emmett asintió.

—No me malinterpretes: me alegro de haber recuperado el coche, pero necesito ese dinero.

—De acuerdo. —Townhouse asintió, dándole la razón a Emmett—. No sé dónde se aloja Duchess, pero ayer, antes de marcharse, intentó convencerme para que fuera con Woolly y con él al Circo.

—¿Al circo?

—Sí. Está en el barrio de Red Hook. En Conover Street, muy cerca del río. Duchess dijo que iría esta noche a la sesión de las seis.

Fueron andando desde el taller hasta la estación de metro, y

Townhouse tomó el camino más largo para ir mostrándole algunos lugares destacados a su amigo. No los lugares destacados de Harlem, sino los lugares destacados de sus conversaciones. Los lugares que le había mencionado durante el tiempo que habían pasado juntos en Salina, mientras trabajaban codo con codo en los campos o descansaban tumbados en su litera por la noche. Como el edificio de viviendas de Lenox Avenue donde su abuelo tenía palomas en la azotea, la misma azotea donde a su hermano y a él les dejaban subir a dormir las noches más calurosas de verano. Y el instituto, donde Townhouse había sido un famoso campocorto. Y en la 125 Emmett vio el animado tramo de la calle por la que Townhouse y Clarise se habían paseado aquella fatídica noche de sábado.

Emmett no se arrepentía de haberse marchado de Nebraska. No se arrepentía de haber dejado atrás ni su casa ni sus posesiones. No se arrepentía de haber dejado atrás ni los sueños ni la tumba de su padre. Y al recorrer los primeros kilómetros de la autopista Lincoln, había disfrutado de la sensación de alejarse de su pueblo natal, pese a conducir en la dirección contraria.

Pero caminando por Harlem, mientras Townhouse le iba señalando los lugares destacados de su juventud, Emmett soñó con poder regresar a Morgen con su amigo aunque sólo fuese por un día, para mostrarle los lugares destacados de su vida, los lugares destacados de las historias que le había contado para pasar el rato. Como los aviones que había montado y todavía colgaban sobre la cama de Billy; y la casa de dos plantas de Madison, la primera que había ayudado a construir como aprendiz del señor Schulte; y las extensas e implacables tierras que habían acabado con su padre pero que para él nunca habían perdido su belleza. Y sí, también le habría enseñado a Townhouse el recinto de la feria, igual que Townhouse le había

enseñado a él, sin vacilar ni avergonzarse, ese animado tramo de calle que había significado su perdición.

Cuando llegaron a la estación de metro, Townhouse siguió a Emmett al interior y lo acompañó hasta los torniquetes. Antes de separarse, casi como si acabara de ocurrírsele, le preguntó a Emmett si quería que lo acompañase esa noche cuando fuera a buscar a Duchess.

—No hace falta, gracias. No creo que me dé problemas.

—No, yo tampoco —coincidió Townhouse—. Al menos no intencionadamente.

Al cabo de un momento, Townhouse negó con la cabeza y sonrió.

—A Duchess se le meten ideas muy raras en la cabeza, pero tenía razón en una cosa.

—¿En qué? —preguntó Emmett.

—Me sentí mucho mejor después de pegarle.

Sally

La mitad de las veces, cuando necesitas la ayuda de un hombre, no lo encuentras por ninguna parte. Está ocupándose de algo de lo que podría ocuparse tranquilamente mañana en lugar de hoy y que, vaya casualidad, lo obliga a estar a una distancia de ti que le impide oírte. En cambio, cuando necesitas que esté en otro sitio, no hay manera de librarse de él.

Como mi padre ahora mismo.

Son las doce y media del viernes y está cortando su filete de pollo frito como si fuese una especie de cirujano y la vida de su paciente dependiera de cada pequeño movimiento del cuchillo. Y cuando por fin se termina el plato y se toma dos tazas de café, me pide una tercera, lo que sucede de uvas a peras.

—Voy a tener que hacer otra cafetera —le advierto.

—No tengo prisa —me contesta.

Así que tiro los posos a la basura, enjuago la cafetera, la vuelvo a llenar, la pongo encima del fogón y espero a que hierva mientras pienso en lo bonito que debe de ser, en este mundo implacable, disponer de tanto tiempo libre.

Desde que tengo uso de razón, el viernes por la tarde mi padre siempre va al pueblo a hacer sus encargos. En cuanto se termina la comida, se mete en la camioneta con mirada decidida y pasa por la ferretería, la tienda de piensos y la farmacia. Luego, alrededor de las siete, justo a tiempo para la cena, sube por el camino con un tubo de pasta de dientes, diez fanegas de avena y unos alicates nuevos.

¿Cómo demonios se explica, os preguntaréis, que un hombre convierta veinte minutos de encargos en una excursión de cinco horas? Pues bien, la respuesta es sencilla: cotorreando. Evidentemente, mi padre cotorrea con el señor Wurtele en la ferretería, con el señor Horchow en la tienda de piensos y con el señor Danziger en la farmacia. Pero no se limita a cotorrear con los dependientes. Los viernes por la tarde, en cada uno de estos establecimientos se reúne una asamblea de veteranos recaderos que se encarga de predecir el tiempo, la cosecha y el resultado de las elecciones nacionales.

Según mis cálculos, mi padre se pasa una hora de reloj haciendo pronósticos en cada una de las tiendas, pero por lo visto tres horas no bastan. Porque, después de predecir el resultado de todas las incógnitas del día, esta asamblea de veteranos se retira a la taberna de McCafferty, donde puede seguir opinando durante otras dos horas en compañía de varias botellas de cerveza.

Mi padre es, ante todo, una persona de costumbres, así que, como ya digo, esto venía sucediendo desde que yo tengo uso de razón. Hasta que un buen día, hará unos seis meses, mi padre acabó de comer, retiró la silla y, en lugar de salir por la puerta y meterse en su camioneta, subió a cambiarse y se puso una camisa blanca limpia.

No tardé mucho en deducir que una mujer había encontrado la forma de colarse en la rutina de mi padre. Sobre todo porque, por lo visto, a ella le gustaba la colonia, y yo soy la que le lava la ropa a mi padre. Pero había varios interrogantes: ¿quién era esa mujer? ¿Y dónde demonios la había conocido?

No era nadie de la parroquia, de eso estaba bastante segura. Porque los domingos por la mañana, cuando salíamos en fila del oficio al jardincito que había delante de la capilla, no había ninguna mujer, ni casada ni soltera, que lo saludara con recato o le dirigiera una mirada turbada. Y tampoco era Esther, la

contable de la tienda de piensos, porque ella no habría reconocido una botella de colonia aunque hubiese caído del cielo y la hubiese golpeado en la cabeza. Podría haber pensado que era alguna de aquellas mujeres que de vez en cuando entraban en la taberna de McCafferty, pero tan pronto como mi padre empezó a cambiarse la camisa dejó de volver a casa con el aliento oliendo a cerveza.

Pues bien: si no la había conocido en la iglesia, las tiendas ni en el bar, no tenía idea de dónde podía haber sido. Así que no tuve más remedio que seguirlo.

El primer viernes de marzo preparé una cazuela de chile con carne para no tener que preocuparme de hacer la cena. Después de servirle la comida a mi padre, con el rabillo del ojo lo vi salir por la puerta con su camisa blanca limpia, meterse en la camioneta y marcharse por el camino. Esperé a que hubiese recorrido medio kilómetro, cogí un sombrero de ala ancha del armario, me subí a *Betty* y me marché yo también.

Como hacía siempre, mi padre se detuvo primero en la ferretería, donde hizo algunas compras y se entretuvo una hora en compañía de otros hombres con costumbres parecidas a las suyas. Después fue a la tienda de piensos y por último a la farmacia, donde hizo algunas compras más y volvió a entretenerse con otros hombres. En cada una de esas paradas, aparecieron varias mujeres que también hicieron pequeñas compras, aunque si mi padre intercambió más de una palabra con alguna de ellas, lo hizo muy disimuladamente.

Pero luego, a las cinco en punto, cuando salió de la farmacia y se subió a su camioneta, no bajó por Jefferson camino de la taberna de McCafferty. Tras dejar atrás la biblioteca, torció a la derecha por Ciprés, a la izquierda por Adams y se detuvo enfrente de una casita blanca con porticones azules. Se quedó un minuto sentado al volante, bajó de la camioneta, cruzó la calle y llamó golpeando la puerta mosquitera.

No tuvo que esperar mucho. Al cabo de un minuto, Alice Thompson apareció en el umbral.

Según mis cálculos, Alice no podía tener más de veintiocho años. Iba tres cursos por delante de mi hermana en el colegio y era metodista, y por eso yo no la conocía muy bien. Pero sabía lo que sabía todo el mundo: que se había graduado en la Universidad Estatal de Kansas y se había casado con un chico de Topeka que se había matado en Corea. Viuda y sin hijos, Alice había regresado a Morgen en el otoño de 1953 y había encontrado trabajo de cajera en el banco.

Debió de ser allí. Aunque ir al banco no formaba parte de la rutina de los viernes de mi padre, sí iba allí un jueves sí y otro no para recoger la nómina de los empleados. Un día debió de acabar por casualidad ante la ventanilla de Alice y debió de conmoverlo su aire melancólico. Me lo imaginé la siguiente semana escogiendo minuciosamente su lugar en la cola para acabar en la ventanilla de Alice y no en la de Ed Fowler, y haciendo lo imposible para entablar una breve conversación mientras ella intentaba contar el dinero.

Quizá os imaginéis que, sentada al volante de *Betty* sin quitar ojo a aquella casa, yo estaba disgustada, o enfadada, o indignada porque mi padre se hubiera desprendido de los recuerdos de mi madre para conquistar a una mujer a la que doblaba la edad. Pues bien, imaginad lo que queráis. A vosotros no os costará nada y a mí menos. Pero aquel día, por la noche, después de servir el chile con carne, limpiar la cocina y apagar las luces, me arrodillé junto a mi cama, junté las manos y recé. *Señor, te pido que le des a mi padre la sabiduría para ser elegante, el corazón para ser generoso y el valor para ofrecerle santo matrimonio a esa mujer, porque así será ella la que cocinará y limpiará para él y yo podré descansar*.

Durante las cuatro semanas siguientes, todas las noches recitaba una oración parecida.

Pero entonces, el primer viernes de abril, mi padre no volvió a casa a las siete, a la hora de la cena. No volvió a casa mientras yo limpiaba la cocina ni subía a acostarme. Ya era casi medianoche cuando lo oí avanzar por el camino. Separé las cortinas y vi la camioneta atravesada con los faros todavía encendidos, y a mi padre haciendo eses hasta la puerta. Lo oí pasar de largo sin tocar la cena que le había dejado preparada y subir la escalera tambaleándose.

Dicen que el Señor contesta todas las oraciones, sólo que a veces contesta que no. Y supongo que a mí me contestó que no. Porque a la mañana siguiente, cuando cogí la camisa de mi padre del cesto de la ropa sucia, no olía a colonia, sino a whisky.

Por fin, a las dos menos cuarto, mi padre se terminó la taza de café y se levantó de la silla.

—Bueno, creo que será mejor que me vaya —dijo, y yo no se lo discutí.

En cuanto se subió a la camioneta y salió por el camino de la casa, miré la hora y vi que sólo tenía cuarenta y cinco minutos. Así que lavé los platos, recogí la cocina y puse la mesa. Cuando terminé ya eran las dos y veinte. Me quité el delantal, me enjugué la frente y me senté en el primer peldaño de la escalera, donde por la tarde siempre circulaba una agradable corriente de aire y no tendría ningún problema para oír el teléfono cuando sonara en el despacho de mi padre.

Y allí me quedé media hora.

Entonces me levanté, me alisé la falda y volví a la cocina. Puse los brazos en jarras y miré a mi alrededor. Estaba como una patena: las sillas recogidas, la encimera limpia, los platos ordenados en los armarios. Y entonces decidí preparar una empanada de pollo. Cuando terminé, volví a limpiar la cocina.

Luego, a pesar de que no era sábado, saqué el aspirador del armario y aspiré las alfombras del salón y el despacho de mi padre. Me disponía a llevarme el aspirador a los dormitorios cuando se me ocurrió que, con el ruido del aspirador, quizá no oiría el teléfono desde arriba. Así que guardé el aspirador en el armario.

Me quedé allí un momento mirándolo, hecho un ovillo en el suelo del armario, y me pregunté quién de los dos estaba diseñado para servir al otro. Cerré de un portazo, fui al despacho de mi padre, me senté en su silla, saqué su agenda telefónica y busqué el teléfono del padre Colmore.

Emmett

Cuando salieron de la estación en Carroll Street, Emmett se dio cuenta de que se había equivocado al llevarse a su hermano.

La intuición ya lo había avisado de que era mejor no hacerlo. Townhouse no había conseguido recordar la dirección exacta del circo, de modo que seguramente iban a tener que caminar más de lo previsto para encontrarlo. Una vez dentro, Emmett tendría que buscar a Duchess entre la multitud. Y una vez que lo hubiese localizado, cabía la posibilidad, aunque fuese remota, de que no le entregara el sobre por las buenas. En fin, habría sido más prudente dejar a Billy al cuidado de Ulysses, así habría estado protegido. Pero ¿cómo le dices a un niño de ocho años que lleva toda la vida queriendo ir al circo que vas a ir a uno sin él? Así que a las cinco en punto bajaron juntos la escalera metálica de la vía elevada y se dirigieron al metro.

Al principio a Emmett lo reconfortó saber a qué estación debía ir, qué anden debía buscar y qué tren debía coger, puesto que ya había estado en Brooklyn, aunque hubiese sido por error. Pero el día anterior, cuando se había apeado del tren a Brooklyn y subido al que iba a Manhattan, no había llegado a salir de la estación. Por eso hasta que no salieron de la parada de Carroll Street Emmett no se percató de lo peligrosa que era aquella parte de Brooklyn. Y a medida que avanzaban por Gowanus y se adentraban en Red Hook la cosa no hacía sino empeorar. El paisaje pronto estuvo dominado por largos almacenes sin ventanas que a menudo colindaban con algún bar o pensión de mala muerte. No parecía un barrio muy adecuado para instalar un circo, a menos que hubiesen

levantado la carpa en el muelle. Sin embargo, en cuanto empezó a verse el río, Emmett comprobó que allí no había carpa, ni banderas, ni carromatos.

Estaba a punto de dar media vuelta cuando Billy señaló la acera de enfrente, donde había un edificio anodino con una pequeña ventana iluminada.

Aquella ventana resultó ser una ventanilla ocupada por un septuagenario.

—¿Es esto el circo? —le preguntó Emmett.

—La primera sesión ya ha empezado —respondió el hombre —, pero de todos modos hay que pagar entrada. Son dos dólares.

Así que pagó y el hombre deslizó las dos entradas por el mostrador con la indiferencia de quien lleva toda la vida deslizando entradas por el mostrador.

Emmett sintió alivio cuando vio que el vestíbulo encajaba más con sus expectativas. El suelo estaba cubierto de moqueta rojo oscuro y las paredes pintadas con figuras de acróbatas y elefantes y un león mostrando las fauces. También había un puesto donde vendían palomitas y cerveza, y un gran caballete donde se anunciaba el espectáculo principal: ¡las asombrosas hermanas sutter de san antonio, texxxas!

Emmett le entregó las entradas a la acomodadora de uniforme azul y le preguntó dónde tenían que sentarse.

—Donde queráis.

Tras guiñarle un ojo a Billy, la mujer abrió la puerta y les dijo que disfrutaran del espectáculo.

Dentro había lo que parecía una pequeña pista de rodeo con suelo de tierra, cercada por un parapeto ovalado y veinte filas de gradas. Emmett calculó que la sala estaba a sólo un cuarto de su capacidad, pero era difícil distinguir las caras del público porque los focos estaban orientados hacia el óvalo central.

Los hermanos se sentaron en uno de los bancos, las luces se

atenuaron y un foco iluminó al maestro de ceremonias. Como marcaba la tradición, iba vestido como un jefe de cacería, con botas de montar de piel, una chaqueta roja y un sombrero de copa. Pero empezó a hablar y Emmett se dio cuenta de que en realidad era una mujer con bigote postizo.

—¡Y ahora, recién llegada de Oriente, donde cautivó al rajá de la India y bailó para el rey de Siam, el Circo tiene el honor de presentarles a la única, la incomparable Delilah! —anunció por un megáfono rojo.

Dicho esto, la maestra de ceremonias extendió un brazo y el foco cruzó la pista para iluminar el parapeto, por el que salió una mujer enorme con un tutú rosa montada en un triciclo de niño.

El público rompió a reír y a proferir vítores obscenos mientras dos focas con sendos cascos de policía antiguos atados a la cabeza irrumpían en escena y empezaban a ladrar. Delilah pedaleaba frenéticamente alrededor de la pista mientras las focas la perseguían y el público las azuzaba. Al final las focas consiguieron hacer salir a Delilah por la puerta por la que había entrado; entonces se dieron la vuelta y agradecieron los aplausos del público cabeceando y dando palmadas con las aletas.

A continuación aparecieron dos vaqueras en la pista: una llevaba un traje de cuero blanco con un sombrero blanco y montaba un caballo blanco, y la otra iba toda de negro.

—¡Las asombrosas hermanas Sutter! —anunció la maestra de ceremonias con su megáfono mientras ellas trotaban alrededor de la pista, agitando el sombrero para devolver los aplausos del público.

Después de dar una vuelta completa, las hermanas realizaron una serie de ejercicios acrobáticos. Cabalgaban a velocidad considerable balanceándose de un lado a otro de la silla de montar en perfecta sincronía. Luego, cabalgando un poco más

deprisa, la Sutter de negro saltaba de su caballo al de su hermana y luego volvía al suyo.

Billy señaló la pista y miró a su hermano con gesto de perplejidad.

—¿Has visto eso?

—Sí. —Emmett sonrió.

Sin embargo, mientras Billy volvía a sumergirse en el número de las amazonas, Emmett se centró en el público. Para el número de las hermanas, habían intensificado las luces de la pista, y ahora le resultaba más fácil ver las caras de los espectadores. Tras completar una pasada sin éxito, miró hacia la izquierda y trató de escudriñar las gradas de forma más sistemática, fijándose en una fila tras otra y pasando de pasillo en pasillo. Seguía sin encontrar a Duchess, pero se percató, con cierta sorpresa, de que la mayoría de los presentes eran hombres.

—¡Mira! —exclamó Billy, y señaló de nuevo a las hermanas, que ahora estaban de pie en sus respectivos caballos y cabalgaban una al lado de la otra.

—Sí, lo hacen muy bien —dijo Emmett.

—No, las amazonas no. Allí, entre el público. Es Woolly —dijo Billy.

Emmett miró hacia donde señalaba el dedo de Billy, al otro lado de la pista, y allí, en la fila ocho, estaba Woolly. Emmett se había concentrado tanto en encontrar a Duchess que no se le había ocurrido buscar a Woolly.

—Buen trabajo, Billy. Vamos.

Juntos recorrieron el amplio pasillo central y rodearon la pista hasta donde estaba Woolly sentado con una bolsa de palomitas en el regazo y una sonrisa en los labios.

—¡Woolly! —lo llamó Billy corriendo hacia él.

Al oír su nombre, Woolly levantó la cabeza.

—*Mirabile dictu*! Emmett y Billy Watson aparecen de la nada.

¡Qué carambola! ¡Qué casualidad! Sentaos, sentaos.

Aunque había espacio de sobra para que los dos hermanos se sentaran, Woolly se apartó un poco en el banco para dejarles más sitio.

—¿Verdad que es un espectáculo muy bueno? —preguntó Billy mientras se descolgaba la mochila.

—Sí —coincidió Woolly—. Definitiva y rotundamente sí.

—Mira —dijo Billy, y señaló el centro de la pista, adonde habían llegado cuatro payasos al volante de cuatro cochecitos.

Emmett pasó por detrás de su hermano y se sentó en el asiento vacío que había a la derecha de Woolly.

—¿Dónde está Duchess?

—¿Cómo dices? —preguntó Woolly sin dejar de mirar a las hermanas, que ahora saltaban por encima de los coches obligando a los payasos a dispersarse.

Emmett se inclinó un poco más.

—¿Dónde está Duchess, Woolly?

Woolly lo miró como si no tuviese ni la más remota idea. Entonces se acordó.

—¡Está en el salón! Se ha ido al salón a ver a unas amigas suyas.

—¿Dónde está eso?

Woolly señaló hacia el fondo de la pista.

—Al final de la escalera, detrás de la puerta azul.

—Voy a buscarlo. Mientras tanto, ¿puedes vigilar a Billy?

—Claro —dijo Woolly.

Emmett le sostuvo un momento la mirada para recalcar la importancia del encargo que acababa de hacerle. Woolly miró a Billy.

—Emmett va a ir a buscar a Duchess, Billy. Así que tú y yo tenemos que vigilarnos el uno al otro. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Woolly.

Woolly volvió a mirar a Emmett.

—¿Lo ves?

—Vale. —Emmett sonrió—. Pero no os mováis de aquí.

Woolly señaló la pista.

—¿Por qué íbamos a marcharnos?

Emmett pasó por detrás de Woolly, salió al pasillo central y lo recorrió hasta la escalera que había al fondo de la pista.

A Emmett no le gustaban los circos. No le gustaban los espectáculos de magia ni los rodeos. En el instituto ni siquiera le gustaba ir a los partidos de fútbol americano, a los que iba casi todo el pueblo. Sencillamente nunca le había atraído la idea de sentarse en medio de una multitud para ver a alguien haciendo algo más interesante de lo que uno mismo estaba haciendo. Así que, cuando empezó a subir los escalones y oyó los disparos de unas pistolas de juguete y los vítores del público, ni se molestó en volver la cabeza. Y cuando abrió la puerta azul que había al final de los escalones y oyó otros dos disparos de aquella pistola y más risas y vítores, tampoco la volvió.

Si hubiese mirado atrás, Emmett habría visto a las hermanas Sutter cabalgando en direcciones opuestas, cada una con su revólver en la mano. Las habría visto cruzarse, apuntar y dispararse cada una al sombrero de la otra, y habría visto volar los sombreros. Cuando se cruzaron otra vez, las habría visto volver a disparar y quitarse la camisa, revelando el abdomen y el sujetador de encaje, uno blanco y otro negro. Y si hubiese esperado unos minutos antes de atravesar la puerta, habría visto a las hermanas Sutter disparar sucesivas ráfagas hasta que ambas galopaban tan desnudas como Lady Godiva.

Cuando la puerta que había en lo alto de los escalones se cerró, Emmett se vio al final de un pasillo largo y estrecho flanqueado por seis puertas, todas cerradas. Conforme lo recorría, y los

vítores amortiguados del público empezaban a desvanecerse, llegó a sus oídos una pieza de música clásica que alguien tocaba al piano. El sonido provenía de detrás de la puerta del fondo del pasillo, una puerta ilustrada con la gran insignia de una campana igual que la de la compañía telefónica. Cuando puso la mano en el picaporte, la pieza musical redujo el ritmo y, con fluidez, se transformó en un ragtime de taberna.

Emmett abrió la puerta y se encontró en el umbral de un salón amplio y suntuoso. La estancia la componían al menos cuatro zonas diferenciadas donde sentarse y tenía sofás y sillones tapizados con telas oscuras y lujosas. En las mesitas auxiliares había lámparas con pantallas con borlas, y en las paredes, cuadros de barcos pintados al óleo. Tumbadas en sendos sofás, uno enfrente del otro, sin más ropa que una combinación de tela fina, había una joven pelirroja y otra morena que fumaban unos cigarrillos de olor acre. Al fondo de la estancia, cerca de una barra minuciosamente tallada, una mujer rubia con un chal de seda marcaba el compás con los dedos apoyada en el piano.

Casi todos los elementos que componían la escena pillaron desprevenido a Emmett: los muebles lujosos, los cuadros al óleo, las mujeres ligeras de ropa. Sin embargo, nada lo sorprendió tanto como descubrir que la persona al piano era Duchess. Llevaba una camisa blanca impecable y un sombrero de fieltro ladeado hacia atrás.

Cuando la rubia que estaba junto al piano se dio la vuelta para ver quién había entrado por la puerta, Duchess miró también en esa dirección. Al ver a Emmett, deslizó los dedos a lo largo de todo el teclado, acabó pulsando la última tecla y se puso en pie de un brinco y con una gran sonrisa.

—¡Emmett!

Las tres mujeres miraron a Duchess.

—¿Lo conoces? —preguntó la rubia con una voz casi infantil.

—¡Es el chico del que os hablaba!

Las tres mujeres miraron a Emmett.

—¿El de Dakota del Norte?

—Nebraska —corrigió la morena.

Con ademán lánguido, la pelirroja apuntó a Emmett con su cigarrillo y pareció atar cabos.

—El que te prestó el coche.

—Exactamente —confirmó Duchess.

Todas las mujeres sonrieron a Emmett agradecidas por su generosidad.

Duchess cruzó la habitación a grandes zancadas y sujetó a Emmett por los brazos.

—No me puedo creer que estés aquí. Precisamente esta mañana Woolly y yo hablábamos de lo mucho que lamentábamos vuestra ausencia y contábamos los días que faltaban para volver a veros. ¡Pero espera! ¿Dónde me he dejado los modales?

Le rodeó los hombros con un brazo y lo condujo hacia las mujeres.

—Déjame presentarte a mis tres hadas madrinas. Aquí, a mi izquierda, tenemos a Helen. La segunda Helena de la historia capaz de lanzar mil naves.

—Encantada —dijo la pelirroja, y le tendió la mano a Emmett.

Cuando Emmett tendió la suya para estrechársela, se dio cuenta de que la combinación de la chica era de una tela tan fina que se le transparentaban las areolas oscuras de los pezones. Notó que se le encendían las mejillas y desvió la mirada.

—Junto al piano está Charity. Creo que no hará falta que te explique de dónde le viene el nombre. Y aquí, a mi derecha, está Bernadette.

Emmett se alegró de que Bernadette, que iba vestida

exactamente igual que Helen, no se molestara en tenderle la mano.

—Bonita hebilla de cinturón —dijo ella sonriendo.

—Encantado de conocerlas —dijo Emmett con cierta turbación.

Duchess lo miró sonriente:

—¡Esto es fabuloso!

—Sí —afirmó Emmett sin tanto entusiasmo—. Mira, Duchess, me gustaría hablar contigo. A solas...

—Faltaría más.

Duchess llevó a Emmett lejos de las mujeres, pero en lugar de salir con él al pasillo, donde habrían tenido intimidad, se lo llevó a un rincón del salón, a unos cinco metros de donde estaban ellas.

Duchess dedicó un momento a escudriñar el rostro de Emmett.

—Estás enfadado. Se te nota —dijo.

Emmett no sabía por dónde empezar.

—Duchess, yo no te presté mi coche —se oyó decir.

—Tienes razón. —Duchess levantó ambas manos en señal de rendición—. Tienes toda la razón. Habría sido mucho más acertado por mi parte decir que lo tomé prestado. Pero como le dije a Billy en St. Nick, sólo lo queríamos para ir a hacer aquel recado al norte. Pensábamos volver a Morgen y devolvértelo antes de que lo hubieras echado de menos.

—Que te lo llevaras un año o un día no cambia el hecho de que es mi coche. Ni de que dentro estaba mi dinero.

Duchess miró a Emmett como si no lo entendiera.

—Ah, te refieres al sobre que había en el maletero. Por eso no has de preocuparte, Emmett.

—Entonces, ¿lo tienes tú?

—Claro. Pero no lo llevo encima. Al fin y al cabo, ésta es una gran ciudad. Lo dejé en casa de la hermana de Woolly junto

con tu macuto, donde ambos estarán a salvo.

—Pues vamos a buscarlos. Y por el camino me cuentas lo de los polis.

—¿Qué polis?

—He visto a Townhouse, y dice que esta mañana han pasado por allí unos polis preguntando por mi coche.

—Pues no tengo ni idea de por qué —dijo Duchess, que parecía sinceramente estupefacto—. Es decir, a menos que...

Duchess asintió con la cabeza.

—Cuando veníamos hacia aquí, me despisté un momento y Woolly aparcó delante de una boca de incendios. De pronto se presentó un agente para pedirle a Woolly un carnet de conducir que él no tiene. Como él es como es, convencí al poli para que no le pusiera la multa. Pero quizá haya introducido una descripción del coche en el sistema.

—Genial —dijo Emmett.

Duchess asintió muy serio, sin embargo luego chasqueó los dedos.

—¿Sabes qué, Emmett? No importa.

—¿Por qué?

—Porque ayer hice el trueque del siglo. Tal vez no fuese tan bueno como el de Manhattan por un collar de cuentas, pero casi. Cambié tu Studebaker rayado de capota dura por un Cadillac 1941 descapotable sin un solo rasguño. No tiene mucho más de mil kilómetros, y la procedencia es impecable.

—No necesito tu Cadillac, Duchess, provenga de donde provenga. Townhouse me ha devuelto el Studebaker. Lo van a pintar de otro color y lo recogeré el lunes.

—¿Sabes qué? —Duchess levantó un dedo—. Eso es aún mejor. Porque ahora tendremos el Studebaker y el Caddy. Cuando volvamos de las Adirondack, podremos ir en caravana hasta California.

—¡Oh! ¡Una caravana! —exclamó Charity desde la otra

punta de la habitación.

Antes de que Emmett pudiese descartar cualquier idea sobre ir en caravana a California, se abrió una puerta de detrás del piano y entró con andares pesados la mujer del triciclo de la pista de circo, ataviada ahora con un gigantesco albornoz.

—Vaya, vaya. ¿A quién tenemos aquí? —dijo con voz rasposa.

—Es Emmett, el chico del que te hablé —dijo Duchess.

La mujer miró a Emmett y entornó los ojos.

—¿El del fideicomiso?

—No. El del coche que tomé prestado.

—Tenías razón, se parece a Gary Cooper —dijo ella sin disimular una pizca de decepción.

—Pues a mí me parece que está súper —opinó Charity.

Todos rieron salvo Emmett, y nadie rió más fuerte que la mujer corpulenta que acababa de entrar.

Emmett volvió a ponerse colorado y Duchess le puso una mano en el hombro.

—Emmett Watson, déjame presentarte a la mujer más divertida y simpática de Nueva York: Ma Belle.

Ma Belle volvió a reír.

—Eres aún peor que tu padre.

Cuando todos volvieron a guardar silencio, Emmett cogió a Duchess por el codo.

—Ha sido un placer conocerlas, pero Duchess y yo tenemos que irnos —dijo.

—¿Tan pronto? —protestó Charity con un puchero.

—Me temo que nos están esperando —explicó Emmett e hincó los dedos en el hueco de la articulación del codo de Duchess.

—¡Ay! —se quejó éste y apartó el codo—. Si tanta prisa tenías, ¿por qué no lo has dicho antes? Déjame hablar un minuto con Ma Belle y con Charity. Y luego nos vamos.

Duchess le dio unas palmadas en la espalda a Emmett y fue a hablar con las dos mujeres.

—Bueno, así que te vas a la meca del cine —dijo la pelirroja.

—¿Adónde? —preguntó Emmett.

—Duchess nos ha contado que os vais todos a Hollywood.

Antes de que Emmett pudiese procesar esa información, Duchess se dio la vuelta y dio una palmada.

—Bueno, señoritas, ha sido estupendo. Pero Emmett y yo tenemos que ponernos en marcha.

—Si no hay más remedio... Pero no podéis iros sin tomar una copa —dijo Ma Belle.

Duchess miró a Emmett y luego a Ma Belle.

—Me parece que no tenemos tiempo, Ma.

—No digas majaderías —dijo ella—. Todo el mundo tiene tiempo para tomarse una copa. Además, no puedes irte a California sin brindar con nosotras por tu buena suerte. Es imposible. ¿No es así, señoritas?

—¡Sí, hay que brindar! —coincidieron las demás.

Duchess miró a Emmett con cara de resignación, fue a la barra, descorchó una botella de champán que estaba esperando en una cubitera de hielo, llenó seis copas y las repartió.

—Yo no quiero champán —le dijo Emmett en voz baja a Duchess cuando se le acercó.

—Es de muy mala educación no unirse a un brindis, sobre todo si encima es por ti, Emmett. Y además, da mala suerte.

Emmett cerró los ojos un momento y luego cogió la copa.

—En primer lugar me gustaría darle las gracias a nuestro amigo Duchess por habernos traído estas botellas de delicioso champán —dijo Ma Belle.

—¡Eso, eso! —exclamaron las mujeres, y Duchess hizo una reverencia hacia los cuatro puntos cardinales.

—El momento de separarse de los buenos amigos siempre es agridulce —continuó Ma Belle—. Pero nos anima pensar que

nuestra pérdida es una ganancia para Hollywood. Por último, me gustaría ofreceros unos versos del gran poeta irlandés William Butler Yeats: Arriba, abajo, al centro y adentro.

Y Ma Belle vació su copa de un trago.

Las otras mujeres rieron y también vaciaron sus copas. Emmett no tuvo más remedio que imitarlas.

—¿Lo ves? ¿A que no ha sido tan grave? —dijo Duchess con una sonrisa.

Mientras Charity se disculpaba y salía de la habitación, Duchess empezó a despedirse una a una de sus amigas de forma previsiblemente prolija.

Dado el espíritu del momento, Emmett trató por todos los medios de mantener la compostura, pero se le estaba agotando la paciencia. Por si fuera poco, con todos aquellos cuerpos y cojines y borlas, la habitación estaba cada vez más caldeada, y el olor dulzón de los cigarrillos de aquellas mujeres le resultaba desagradable.

—Duchess —dijo.

—Sí, sí, Emmett. Sólo me estoy despidiendo. ¿Por qué no me esperas en el pasillo? Enseguida voy.

Emmett dejó su copa y se alegró de salir al pasillo a esperar.

El aire, más fresco, lo alivió un poco, pero de pronto el pasillo parecía más largo y más estrecho que antes. Y también parecía que hubiese más puertas. Más puertas a su izquierda y más puertas a su derecha. Y aunque él miraba al frente, la disposición de aquellas puertas empezó a producirle sensación de vértigo, como si el eje del edificio estuviera inclinándose y él pudiese caer en cualquier momento y chocar contra la puerta que tenía enfrente.

Debe de ser el champán, pensó.

Sacudió la cabeza, se dio la vuelta y volvió a mirar hacia el salón, donde vio a Duchess sentado en el borde del sofá de la pelirroja y volviéndole a llenar la copa.

—Por Dios —dijo por lo bajo.

Emmett empezó a andar hacia el salón, dispuesto a agarrar a Duchess por el cogote si fuese necesario. Pero sólo había dado dos pasos cuando Ma Belle apareció en el umbral y empezó a andar hacia él. Dado su contorno, apenas había espacio para que aquella mujer cupiese en el pasillo, y desde luego era imposible que pudiese pasar al lado de Emmett.

—Vamos —dijo ella con un ademán de impaciencia—. Despeja el camino.

La mujer no se detuvo, y Emmett, que había comenzado a retroceder, se dio cuenta de que la puerta de una de las habitaciones estaba abierta, así que se metió dentro para dejarla pasar.

Pero al llegar a la altura de Emmett, Ma Belle, en lugar de seguir por el pasillo, se detuvo y lo empujó con una mano regordeta. Él se tambaleó hacia atrás y ella cerró la puerta; entonces Emmett oyó el sonido inconfundible de una llave girando en la cerradura. Se abalanzó hacia delante, agarró el picaporte e intentó abrir la puerta. Como no se abría, empezó a golpearla.

—¡Abra la puerta! —gritó.

Mientras repetía aquella exigencia, lo asaltó el recuerdo de una mujer que gritaba lo mismo a través de una puerta cerrada en algún otro sitio. Entonces oyó la voz de otra mujer detrás de él. Una voz más suave y más tentadora.

—¿A qué viene tanta prisa, Nebraska?

Se dio la vuelta y descubrió a la mujer que se llamaba Charity tumbada de lado en una cama suntuosa, dando palmaditas en la colcha con una mano delicada. Emmett miró a su alrededor y vio que en aquella habitación no había ventanas, sólo más cuadros de barcos, entre ellos uno muy grande sobre el escritorio que representaba una goleta navegando a toda vela gracias a un fuerte viento. El chal de

seda que Charity llevaba antes sobre los hombros colgaba ahora del respaldo de una butaca, y ella lucía un negligé color melocotón con ribete marfil.

—Duchess ha pensado que a lo mejor te ponías un poco nervioso —dijo ella con una voz que ya no sonaba tan infantil —. Pero no tienes por qué ponerte nervioso. En esta habitación, no. Conmigo, no.

Emmett empezó a volverse hacia la puerta, pero ella dijo: *Por ahí no, por aquí*, así que él se volvió de nuevo.

—Ven aquí y túmbate a mi lado. Porque quiero preguntarte cosas. O también puedo contarte cosas. O podemos no hablar de nada.

Emmett notó que daba un paso hacia la chica, un paso difícil; su pie se apoyó en la madera del suelo con una pisada lenta y pesada. Entonces se encontró de pie al borde de la cama, cubierta con una colcha rojo oscuro, y notó que la chica le había cogido una mano. Miró hacia abajo y vio que se la estaba sujetando con la palma hacia arriba, como habría hecho una gitana. Se preguntó brevemente, con cierta fascinación, si la mujer estaría a punto de leerle el futuro. Pero entonces ella puso la mano de Emmett sobre su pecho.

Despacio, él la retiró de la seda lisa y fría.

—Tengo que salir de aquí. Tienes que ayudarme a salir de aquí —dijo.

Ella hizo pucheros, como si Emmett hubiese herido sus sentimientos. Y él se sintió culpable por haber herido sus sentimientos. Se sintió tan mal que quiso tenderle una mano y tranquilizarla. Pero se volvió una vez más hacia la puerta. Sólo que esta vez, cuando se dio la vuelta, giró y giró y giró sin parar.

Duchess

Estaba pletórico. Es mi única excusa.

Me había pasado el día saltando de una agradable sorpresa a otra. Primero me habían dejado al mando de la casa de la hermana de Woolly y había acabado con un montón de ideas; les había hecho una visita deliciosa a Ma Belle y a las chicas; contra todo pronóstico, había aparecido Emmett y me había ofrecido la oportunidad (con la ayuda de Charity) de realizar mi tercera buena obra en tres días; y ahora allí estaba, sentado al volante de un Cadillac 1941, conduciendo hacia Manhattan con la capota bajada. El único inconveniente era que Woolly y yo habíamos tenido que llevarnos a Billy.

Cuando Emmett había aparecido en casa de Ma Belle, ni por un segundo se me había pasado por la cabeza que hubiera ido con su hermano, de modo que me sorprendió un poco encontrarlo sentado junto a Woolly. No me malinterpretéis. Billy era un crío encantador dentro de lo que cabe. Pero también era un poco sabelotodo. Y si los sabelotodo suelen ponerte nervioso, no hay ningún sabelotodo que te ponga más nervioso que un sabelotodo de la edad de Billy.

No llevábamos juntos ni una hora y ya me había corregido tres veces. Primero para señalar que las hermanas Sutter no se habían disparado la una a la otra con pistolas de verdad, ¡como si yo necesitara explicaciones sobre los artefactos teatrales! Después para señalar que una foca es un mamífero, y no un pez, porque tiene sangre caliente y espina dorsal y bla, bla, bla. Más tarde, cuando circulábamos por el puente de Brooklyn —con la silueta de la ciudad extendiéndose ante nosotros en todo

su esplendor— y se me ocurrió preguntar, llevado por mi estado de exultación, si alguien conocía algún ejemplo, en toda la historia de la humanidad, del paso de un río que resultara más transformador que aquél, en lugar de apreciar discretamente la poesía del momento y la profundidad de mi observación, el crío, que iba sentado en el asiento de atrás como un pequeño millonario, no pudo evitar meter baza.

—A mí se me ocurre un ejemplo —dijo.

—Era una pregunta retórica —dije yo.

Pero ya había conseguido intrigar a Woolly.

—¿Cuál es ese ejemplo, Billy?

—La travesía del Delaware de George Washington. La Nochebuena del año 1776, el general Washington cruzó las heladas aguas del río para atacar por sorpresa a los hessianos. El ejército de Washington pilló desprevenido al enemigo y capturó a mil prisioneros. Ese episodio está inmortalizado en un famoso cuadro de Emanuel Leutze.

—¡Me parece que yo he visto ese cuadro! —exclamó Woolly —. ¿No es uno en el que Washington va de pie en la proa de un bote de remos?

—Nadie va de pie en la proa de un bote de remos —dije yo.

—En el cuadro de Emanuel Leutze, Washington va de pie en la proa de un bote de remos —dijo Billy—. Si quieres te puedo enseñar una fotografía. Sale en el libro del profesor Abernathe.

—Ya, cómo no.

—Qué interesante —dijo Woolly, siempre fascinado por los datos históricos.

Como era viernes por la noche, había algo de tráfico y acabamos deteniéndonos en la parte más alta del puente, lo que nos brindó la oportunidad perfecta de apreciar el paisaje en silencio.

—Y sé otro —dijo Billy.

Woolly se volvió hacia el asiento trasero con una sonrisa en

la cara.

—¿Cuál, Billy?

—Cuando César cruzó el Rubicón.

—¿Qué pasó esa vez?

No necesité verlo para saber que el niño se enderezaba en el asiento.

—En el año 49 antes de Cristo, cuando César era el gobernador de la Galia, el Senado, que desconfiaba de sus ambiciones, le pidió que acudiera a la capital y le ordenó que dejara sus tropas en las orillas del Rubicón. En lugar de eso, César cruzó el río con sus soldados, entró en Italia y los llevó directamente a Roma, donde pronto se hizo con el poder y dio comienzo la era imperial. De ahí procede la expresión *cruzar el Rubicón*. Significa pasar un punto sin vuelta atrás.

—Muy interesante también —dijo Woolly.

—Luego está Ulises, que atravesó el río Estigia...

—Creo que ya nos hacemos una idea —dije yo.

Pero Woolly no había terminado.

—¿Y Moisés? —preguntó—. ¿No cruzó un río?

—Eso fue el mar Rojo —dijo Billy—. Fue cuando Moisés...

Era evidente que el niño se había propuesto explicarnos con pelos y señales la vida de Moisés, pero por una vez se interrumpió él solo.

—¡Mirad! —exclamó, y señaló a lo lejos—. ¡El Empire State!

Los tres miramos hacia el rascacielos en cuestión, y fue entonces cuando se me ocurrió la idea. Fue como si un rayo pequeñito me cayera en la cabeza y luego un cosquilleo me recorriera toda la columna.

—¿Es allí donde está el despacho? —pregunté mirando a Billy por el espejo retrovisor.

—¿Qué despacho? —preguntó Woolly.

—El del profesor Abercrombie.

—¿Te refieres al profesor Abernathe?

—Exactamente. ¿Cómo era, Billy? *Te escribo desde el cruce de la calle 34 y la Quinta Avenida de la isla de Manhattan*…

—Sí, así es —dijo Billy con los ojos muy abiertos.

—Entonces, ¿por qué no le hacemos una visita?

Con el rabillo del ojo vi que a Woolly lo desconcertaba mi proposición. Pero a Billy no.

—¿Podemos hacerle una visita? —preguntó el muchacho.

—No veo por qué no.

—Duchess… —dijo Woolly.

No le hice caso.

—¿Cómo te llama en la introducción, Billy? ¿Querido lector? ¿A qué autor no le gustaría recibir la visita de uno de sus queridos lectores? Porque los escritores trabajan el doble que los actores, ¿no? Y sin embargo a ellos nunca los aplauden, ni les piden una ovación final, ni los esperan junto a la puerta trasera del teatro. Además, si el profesor Abernathe no quisiera recibir visitas de sus lectores, ¿por qué motivo iba a poner su dirección en la primera página del libro?

—Seguramente no estará en el despacho a estas horas —intervino Woolly.

—A lo mejor trabaja hasta tarde —repliqué yo.

Cuando los coches volvieron a arrancar, me situé en el carril de la derecha para tomar la siguiente salida hacia el *uptown*, pensando que, si el vestíbulo no estaba abierto, tendríamos que trepar aquel edificio como King Kong.

Me dirigí hacia el oeste por la calle 35, giré a la izquierda por la Quinta Avenida y me detuve justo delante de la entrada del edificio. Al cabo de un segundo se me acercó uno de los porteros.

—No puedes aparcar aquí, amigo.

—Sólo será un minuto —le dije al tiempo que le ponía un

billete de cinco en la mano—. Mientras tanto, a lo mejor el presidente Lincoln y usted pueden hacerse amigos.

Ahora, en lugar de decirme dónde no podía aparcar, el portero le abrió la portezuela a Woolly, nos acompañó al edificio y nos saludó tocándose el ala del sombrero. Eso se llama capitalismo.

Cuando entramos en el vestíbulo, Billy estaba nervioso y entusiasmado. No podía creer que estuviéramos allí, ni lo que estábamos a punto de hacer. No habría podido imaginárselo ni en sueños. Woolly, en cambio, me miró con el ceño fruncido, cosa muy poco habitual en él.

—¿Qué? —le dije.

Pero Billy me tiró de la manga antes de que Woolly me pudiera contestar.

—¿Cómo vamos a encontrarlo, Duchess?

—Tú sabes dónde encontrarlo, Billy.

—¿Ah, sí?

—Tú mismo me lo has leído.

Billy abrió mucho los ojos.

—¡En la planta cincuenta y cinco!

—Exactamente.

Sonreí y señalé los ascensores.

—¿Vamos a subir en ascensor?

—Yo no pienso subir por la escalera, eso te lo aseguro.

Así que entramos en la cabina de uno de los ascensores rápidos.

—Es la primera vez que monto en un ascensor —le dijo Billy al ascensorista.

—Pues disfruta del viaje —le respondió el ascensorista.

Dicho esto, tiró de la palanca y nos lanzó hacia arriba.

Normalmente habría sido Woolly quien habría ido tarareando una cantinela en un trayecto así, pero esa noche era yo el que tarareaba. Y Billy contaba las plantas en silencio

conforme subíamos. Se notaba porque movía los labios.

—Cincuenta y uno, cincuenta y dos, cincuenta y tres, cincuenta y cuatro...

En la planta 55, el ascensorista abrió las puertas y desembarcamos. Cuando pasamos del rellano de los ascensores al pasillo, vimos que a nuestra izquierda y a nuestra derecha se extendían sendas hileras de puertas.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Billy.

Señalé la puerta que estaba más cerca.

—Empezaremos por ésa y recorreremos toda la planta hasta que demos con él.

—¿En el sentido de las agujas del reloj? —preguntó Billy.

—En el sentido que tú quieras.

Así que fuimos pasando de puerta en puerta en el sentido de las agujas del reloj mientras Billy leía el nombre grabado en cada plaquita de latón del mismo modo que había ido nombrando las plantas en el ascensor, sólo que esta vez lo hacía en voz más alta. Había una buena colección de burócratas. Además de abogados y contables, había agentes inmobiliarios, de seguros y de bolsa. No de empresas importantes, ya me entendéis. En aquellos despachos trabajaban quienes no conseguían trabajar en las grandes empresas. Tipos que se sobresolaban los zapatos y que leían las páginas de tiras cómicas del periódico mientras esperaban a que sonara el teléfono.

Billy leyó las veinte primeras placas con decisión y optimismo, como si cada una fuese una pequeña y agradable sorpresa. Las veinte siguientes las leyó con un poco menos de entusiasmo. Después, su tono empezó a decaer. Casi me parecía oír cómo el pulgar de la realidad presionaba aquel punto del alma donde surge el entusiasmo juvenil. Todo parecía indicar que esa noche la realidad dejaría su huella en Billy Watson. Y seguramente esa huella permanecería en él para el resto de su

vida como un útil recordatorio de que, así como los héroes de los cuentos suelen ser producto de la imaginación, la mayoría de los hombres que escriben sobre ellos también son producto de la imaginación.

Doblamos la cuarta esquina y vimos un último tramo de pasillo flanqueado por puertas que conducía hasta el sitio donde habíamos iniciado nuestro periplo. Billy avanzaba cada vez más despacio, hablaba cada vez más bajo, hasta que por fin, al llegar ante la penúltima puerta, se detuvo y no dijo nada. Ya debía de haber leído unas cincuenta plaquitas y, aunque me encontraba detrás de él, me di cuenta por su postura de que ya se había hartado.

Al cabo de un momento Billy miró a Woolly y debió de poner cara de decepción, porque el rostro de Woolly adoptó un gesto compasivo. Entonces Billy me miró a mí. Sólo que su expresión no era de decepción, sino de asombro absoluto.

Se volvió hacia la plaquita de latón, la señaló con un dedo y leyó la inscripción en voz alta:

—Despacho del profesor Abacus Abernathe, mla, PhD.

Miré a Woolly, también yo con cara de asombro, y me di cuenta de que su cara de compasión no iba dirigida a Billy sino a mí. Porque me había salido el tiro por la culata una vez más. Llevaba varios días con aquel niño, de modo que podría haberlo sabido. Pero como ya he dicho, lo atribuyo a que estaba pletórico.

En fin, cuando las circunstancias conspiran para estropear con un revés inesperado los planes que has tramado minuciosamente, lo mejor que puedes hacer es colgarte la medalla cuanto antes.

—¿No te lo decía yo, chico?

Billy me sonrió, pero luego miró el picaporte con cierta aprensión, como si no estuviese seguro de tener suficientes agallas para hacerlo girar.

—¡Permítame! —intervino Woolly.

Woolly dio un paso adelante, hizo girar el picaporte y abrió la puerta. Entramos y nos encontramos en una pequeña recepción con un mostrador, una mesita de café y unas cuantas sillas. La habitación habría estado completamente a oscuras de no ser por la tenue luz que se colaba por el montante de abanico de una puerta interior.

—Creo que tenías razón, Woolly —dije dando un hondo suspiro—. Por lo visto no hay nadie.

Pero Woolly se llevó un dedo a los labios.

—Chist. ¿Habéis oído eso?

Todos miramos hacia arriba cuando Woolly señaló el montante.

—Ahí está otra vez —susurró.

—Ahí está ¿qué? —susurré yo también.

—El roce de una pluma —dijo Billy.

—El roce de una pluma —dijo Woolly sonriente.

Billy y yo seguimos a Woolly, que atravesó la zona de recepción de puntillas e hizo girar con cuidado el segundo picaporte. Detrás de esa puerta había otra habitación mucho más grande. Era rectangular, con las paredes forradas de libros y decorada con un globo terráqueo con trípode, un sofá, dos butacas y un gran escritorio de madera detrás del cual había sentado un ancianito que escribía en un viejo diario a la luz de una lámpara con la pantalla verde. Llevaba un arrugado traje de milrayas, tenía el pelo blanco y escaso y unas gafas de leer en la punta de la nariz. Dicho de otro modo, interpretaba tan bien el papel de profesor que no podías por menos de pensar que todos aquellos libros que había en los estantes eran de adorno.

Al oírnos entrar, el anciano levantó la vista del papel sin el más leve gesto de sorpresa ni consternación.

—¿Puedo ayudaros en algo?

Los tres avanzamos unos pasos, y Woolly le dio con el codo a Billy para que diera un paso más.

—Pregúntaselo —lo animó.

Billy carraspeó.

—¿Es usted el profesor Abacus Abernathe?

El anciano se colocó las gafas encima de la cabeza e inclinó la pantalla de su lámpara para vernos mejor. Pero sobre todo se fijó en Billy, pues había comprendido de inmediato que el niño era la razón por la que estábamos allí.

—Soy Abacus Abernathe —confirmó—. ¿En qué puedo ayudarte?

Si bien parecía que Billy sabía infinidad de cosas, por lo visto no sabía en qué podía ayudarlo Abacus Abernathe. Porque en lugar de darle una respuesta, Billy miró a Woolly con gesto de incertidumbre. Así que Woolly habló por él.

—Sentimos interrumpirlo, profesor, pero éste es Billy Watson, de Morgen, Nebraska, y acaba de llegar a la ciudad de Nueva York por primera vez. Sólo tiene ocho años, pero se ha leído su *Compendio* de aventureros veinticuatro veces.

Tras escuchar con interés a Woolly, el profesor desvió la mirada hacia Billy.

—¿Es eso cierto, joven?

—Así es —respondió Billy—. Sólo que lo he leído veinticinco veces.

—Bueno, si has leído mi libro veinticinco veces y has venido desde Nebraska hasta la ciudad de Nueva York para decírmelo, lo mínimo que puedo hacer es ofrecerte asiento —dijo el profesor.

Con la mano abierta, invitó a Billy a sentarse en una de las butacas frente a su escritorio. A Woolly y a mí nos señaló un sofá junto a la estantería.

Permitidme decir, de entrada, que se trataba de un sofá muy bonito. Estaba tapizado con cuero marrón oscuro y brillantes

remaches de latón, y era casi tan grande como un coche. Pero si tres personas que entran en una habitación aceptan el asiento que les ofrece una cuarta, eso significa que nadie va a ir a ningún sitio hasta pasado un buen rato. Así es la naturaleza humana. Tras ponerse cómodas, esas personas sentirán la necesidad de darle a la lengua durante al menos media hora. De hecho, si pasados veinte minutos se quedan sin cosas que decir, empezarán a inventárselas sólo por educación. Así que, cuando el profesor nos ofreció asiento, abrí la boca decidido a comentar que se estaba haciendo muy tarde y habíamos dejado nuestro coche mal aparcado. Pero, antes de que pudiese decir nada, Billy ya estaba trepando a la butaca y Woolly estaba instalándose en el sofá.

—Y ahora cuéntame, Billy —dijo el profesor una vez que todos estuvimos irreparablemente acomodados—, ¿qué te trae a Nueva York?

Era la clásica apertura para iniciar una conversación. Era la clase de pregunta que cualquier neoyorquino le haría a un visitante con la razonable expectativa de recibir una respuesta compuesta por una o dos frases. Como *He venido a ver a mi tía* o *Tenemos entradas para un espectáculo*. Pero estamos hablando de Billy Watson, de modo que, en lugar de un par de frases, el profesor recibió la historia entera pormenorizada.

Billy se remontó a 1946, a la noche de verano en que su madre los abandonó. Explicó que Emmett había cumplido su sentencia en Salina; que su padre había muerto de cáncer; y el plan de los dos hermanos de seguir el rastro de unas cuantas postales e ir al encuentro de su madre durante el espectáculo de fuegos artificiales que se celebra el Cuatro de Julio en San Francisco. También explicó lo de la expedición y que, dado que Woolly y yo habíamos tomado prestado el Studebaker, Emmett y él habían tenido que viajar sin billete hasta Nueva York en el *Sunset East*.

—Vaya, vaya, vaya —dijo el profesor, que no se había perdido ni una sola palabra—. ¿Y dices que has venido a la ciudad en un tren de mercancías?

—Sí, y allí fue donde empecé a leer su libro por vigesimoquinta vez —dijo Billy.

—¿En el furgón?

—Sí. No había ventanas, pero yo llevaba encima mi linterna de excedente militar.

—¡Qué afortunado!

—Cuando decidimos ir a California y empezar de cero, Emmett estuvo de acuerdo con usted en que sólo debíamos llevarnos lo que cupiera en un macuto. Así que puse todo lo que necesitaba en mi mochila.

El profesor, que se había recostado en la silla esbozando una sonrisa, de pronto volvió a inclinarse hacia delante.

—No me digas que, por casualidad, llevas el *Compendio* en esa mochila.

—Sí. Ahí es justo donde lo llevo —dijo Billy.

—Entonces, quizá quieras que te lo dedique.

—¡Eso sería estupendo! —exclamó Woolly.

Animado por el profesor, Billy bajó de la butaca, se descolgó la mochila, desabrochó las correas y sacó el gran libro rojo.

—Trae el libro —le dijo el profesor haciendo una seña con la mano—. Tráelo aquí.

Cuando Billy rodeó el escritorio, el profesor cogió el libro y lo puso bajo la luz de la lámpara para apreciar su desgaste.

—Para un autor hay pocas cosas más bonitas —le confesó a Billy— que un ejemplar de su libro deteriorado por el uso.

A continuación puso el libro encima de la mesa, cogió su pluma y lo abrió por la portadilla del título.

—Veo que fue un regalo.

—De la señorita Matthiessen. Es la bibliotecaria de la biblioteca pública de Morgen —dijo Billy.

—Un regalo de una bibliotecaria, nada menos —dijo el profesor aún más satisfecho.

Tras escribir un rato en el libro de Billy, el profesor firmó con un floreo muy teatral, pues, en la ciudad de Nueva York, hasta los ancianos que escriben compendios actúan de cara a la galería. Antes de devolverle el libro al niño, el profesor hojeó las páginas, como si quisiera asegurarse de que estaban todas. Entonces puso cara de sorpresa y miró a Billy.

—Veo que no has escrito nada en el capítulo *Yo*. ¿Cómo es eso?

—Porque quiero empezar *in medias res* —explicó Billy—. Y todavía no tengo claro dónde está la mitad.

A mí me pareció una respuesta de majara, pero el profesor sonrió abiertamente.

—Billy Watson —dijo—, como historiador veterano y narrador profesional, creo poder afirmar sin temor a equivocarme que ya has vivido suficientes aventuras para empezar a redactar tu capítulo. Sin embargo...

Abernathe abrió un cajón de su escritorio del que extrajo un diario negro idéntico a aquel en el que estaba trabajando cuando habíamos llegado.

—Si las ocho páginas en blanco de tu *Compendio* resultan insuficientes para registrar tu historia en su totalidad, de lo cual estoy casi completamente convencido, puedes continuar en las páginas de este diario. Y si vuelves a quedarte sin páginas, escríbeme y será un placer enviarte otro.

Tras entregarle los dos libros a Billy, el profesor le estrechó la mano y dijo que había sido un gran honor conocerlo. Y así debería haber acabado todo.

Pero, después de guardar cuidadosamente sus libros, abrochar las correas de la mochila y dar los primeros pasos hacia la salida, Billy se detuvo, se dio la vuelta y miró al profesor con el ceño fruncido, lo que tratándose de Billy

Watson sólo podía significar una cosa: más preguntas.

—Creo que ya le hemos robado mucho tiempo al profesor —dije, y le puse una mano en el hombro a Billy.

—No pasa nada —me dijo Abernathe—. ¿De qué se trata, Billy?

Billy miró al suelo y luego miró al profesor.

—¿Usted cree que los héroes regresan?

—¿Te refieres a si Napoleón regresó a París y Marco Polo a Venecia...?

—No. —Billy negó con la cabeza—. No me refiero a regresar a un sitio. Me refiero a regresar en el tiempo.

El profesor guardó silencio un instante.

—¿Por qué me preguntas eso, Billy?

Esta vez el niño superó todas las expectativas del anciano escribiente. Porque sin siquiera sentarse, Billy se lanzó a contar una historia más larga y descabellada que la primera. Cuando estaba en el *Sunset East*, explicó, mientras Emmett andaba buscando comida, un pastor subió a su furgón sin que nadie lo hubiera invitado e intentó quitarle la colección de dólares de plata y arrojar a Billy del tren, pero justo en ese momento un hombre negro saltó por la trampilla del furgón y fue el pastor quien acabó llevándose la patada.

Pero, por lo visto, el pastor, los dólares de plata y el rescate a tiempo no eran lo más importante de la historia. Lo más importante era que aquel negro, cuyo nombre era Ulysses, había dejado atrás una esposa y un hijo cuando había cruzado el Atlántico para luchar en la guerra, y desde entonces no había parado de recorrer el país en trenes de mercancías.

Veamos. Cuando un niño de ocho años se pone a contar una historia como ésa, con negros que caen del techo y pastores a los que tiran de un tren en marcha, podríais pensar que se pone a prueba la capacidad de suspensión de la incredulidad de quien lo escucha. Y en especial la de un profesor. Pero la de

Abernathe no llegó a su límite, ni mucho menos.

Mientras Billy contaba su historia, el buen profesor volvió a sentarse lentamente, descendiendo con cuidado sobre su silla; y luego se recostó en el respaldo, dando a entender que no quería que ningún sonido o movimiento súbito interrumpiera la historia del niño ni perturbara su atención.

—Él creía que se llamaba Ulysses por Ulysses S. Grant —prosiguió Billy—, pero yo le expliqué que debía de llamarse así por el gran Ulises. Y que, como ya llevaba más de ocho años viajando sin su mujer y su hijo, seguro que se reuniría con ellos cuando se hubieran cumplido diez años de viaje. Pero si los héroes no regresan en el tiempo —concluyó con cierta preocupación—, entonces quizá no debería haberle dicho eso.

Cuando Billy dejó de hablar, el profesor cerró los ojos. No como hace Emmett cuando intenta contener su exasperación, sino como un amante de la música que acaba de escuchar el final de su concierto favorito. Cuando los abrió de nuevo, miró a Billy, miró los libros que cubrían las paredes de su despacho y volvió a mirar a Billy.

—No tengo ninguna duda de que los héroes regresan a tiempo —dijo—. Y creo que hiciste muy bien en decirle lo que le dijiste. Pero yo...

Entonces fue el profesor quien miró a Billy con vacilación, y Billy quien lo animó a continuar.

—¿Sabes si ese hombre llamado Ulysses todavía está en Nueva York?

—Sí —contestó Billy—. Está aquí, en Nueva York.

El profesor hizo una pausa, como si reuniese el valor necesario para hacerle una segunda pregunta a aquel niño de ocho años.

—Ya sé que es tarde —dijo por fin—, y que tus amigos y tú tenéis otras cosas que hacer, y yo no soy nadie para pedirte que me hagas este favor, pero ¿crees que podrías llevarme hasta él?

Woolly

A los pies del Partenón, durante un viaje a Grecia con su madre en 1946, Woolly tuvo su primera percepción de la Lista: el desglose de todos los lugares que se suponía que debía ver una persona. *Aquí está, el Partenón en todo su esplendor*, había dicho ella mientras se abanicaba con el mapa cuando llegaron a lo alto de la polvorienta colina desde donde se contemplaba toda Atenas. Además del Partenón, como Woolly pronto descubriría, estaban la plaza San Marco de Venecia, el Louvre de París y la Galería de los Uffizi de Florencia. Estaban la Capilla Sixtina y Notre Dame y la abadía de Westminster.

Ignoraba los orígenes de la Lista. Por lo visto la habían recopilado diversos eruditos e historiadores eminentes mucho antes de que él naciese. Nadie le había explicado a Woolly por qué necesitabas ver todos los lugares que figuraban en la Lista, pero no había ninguna duda de que era importante hacerlo. Porque sus mayores siempre lo elogiaban cada vez que veía uno, lo miraban con el ceño fruncido si mostraba desinterés por otro y lo reprendían sin piedad si por casualidad se encontraba cerca de alguno y no iba a visitarlo.

Baste decir que, cuando se trataba de ver los lugares de la Lista, Woolly Wolcott Martin siempre estaba disponible. Siempre que viajaba, se preocupaba por conseguir las guías turísticas apropiadas y contratar los servicios de los chóferes apropiados para llevarlo a los monumentos apropiados en el momento apropiado. ¡*Al Coliseo,* signore, *y dese prisa*!, decía, y recorrían las tortuosas calles de Roma con la urgencia de unos policías persiguiendo a una banda de ladrones.

Cada vez que Woolly llegaba a uno de los lugares de la Lista, siempre tenía la misma triple reacción. Lo primero que sentía era sobrecogimiento. Porque aquéllos no eran sitios normales y corrientes. Eran enormes, ornamentados y construidos con materiales impresionantes, como el mármol, la caoba y el lapislázuli. Lo segundo era gratitud hacia sus antepasados por haberse tomado tantas molestias para transmitir aquel listado de generación en generación. Pero lo tercero y más importante era alivio: porque, después de dejar sus maletas en el hotel y recorrer la ciudad en el asiento trasero de un taxi, Woolly podría tachar otro elemento de la Lista.

Aun así, a pesar de considerarse un diligente tachador desde los doce años, esa tarde, cuando iban camino del Circo, Woolly tuvo algo parecido a una revelación. Si bien la Lista se había transmitido con regularidad y cuidado a lo largo de cinco generaciones de Wolcott —es decir, de manhattanitas—, por alguna extraña razón no incluía ni un solo monumento de la ciudad de Nueva York. Y aunque Woolly había visitado obedientemente el palacio de Buckingham, La Scala y la torre Eiffel, nunca, ni una sola vez, había recorrido el puente de Brooklyn.

Como había crecido en el Upper East Side, nunca había tenido necesidad de cruzarlo. Para ir a las Adirondack, o a Long Island, o a cualquiera de sus selectos internados de Nueva Inglaterra, tenías que pasar por el puente de Queensborough o el Triborough. Así que, cuando Duchess bajó por Broadway y rodeó el ayuntamiento, Woolly no pudo disimular su emoción al darse cuenta de que se dirigían al puente de Brooklyn con la intención de cruzarlo.

Qué majestuosa arquitectura, pensó Woolly. Qué evocadores le resultaban esos pilares como contrafuertes de catedral y los cables colgados en lo alto. Qué hazaña de ingeniería, sobre todo teniendo en cuenta que lo habían construido en mil

ochocientos algo y que desde entonces soportaba a las multitudes moviéndose de un lado a otro del río y viceversa todos los días de la semana. Sin duda el puente de Brooklyn merecía figurar en la Lista. Era evidente que le correspondía estar allí tanto como a la torre Eiffel, construida con materiales parecidos y en la misma época, pero que no te llevaba a ningún sitio.

Seguro que había habido alguna destracción, decidió Woolly.

Como lo de su hermana Kaitlin y los cuadros al óleo.

Cuando su familia visitó el Louvre y la Galería de los Uffizi, Kaitlin manifestó su enorme admiración por todos aquellos cuadros alineados en las paredes en sus marcos dorados. Mientras pasaban de una galería a otra, ella siempre hacía callar a Woolly y le señalaba con insistencia algún retrato o paisaje que se suponía que él debía admirar en silencio. Pero lo más gracioso era que su casa de piedra rojiza de la calle 86 estaba abarrotada de retratos y paisajes con marcos dorados. Igual que la casa de su abuela. Sin embargo, a lo largo de toda su infancia, Woolly jamás había visto a su hermana pararse delante de uno de aquellos cuadros para contemplar su esplendor. Por eso Woolly lo llamaba una *destracción*. Porque Kaitlin no se fijaba en aquellos cuadros a pesar de tenerlos delante de las narices. Y por la misma razón los manhattanitas que se habían pasado la Lista de generación en generación no habían incluido en ella los monumentos de Nueva York. Lo que hizo que Woolly se preguntara qué más podían haber olvidado.

Y entonces...

¡Y entonces!

Sólo dos horas más tarde, mientras recorrían el puente de Brooklyn por segunda vez en una noche, Billy se interrumpió a media frase y señaló a lo lejos.

—¡Mirad! ¡El Empire State! —exclamó.

Éste definitivamente merece figurar en la Lista, pensó

Woolly. Era el edificio más alto del mundo. De hecho, era tan alto que incluso un avión se había estrellado contra la cúspide. Sin embargo, pese a estar en medio de Manhattan, Woolly jamás de los jamases había puesto un pie dentro.

Por tanto, cuando Duchess propuso hacerle una visita al profesor Abernathe, cualquiera habría pensado que Woolly sentiría el mismo entusiasmo que al darse cuenta de que estaban cruzando el puente de Brooklyn. Pero en realidad sintió una punzada de ansiedad; y no por la perspectiva de subir en un ascensor diminuto hasta la estratosfera, sino por el tono de voz de Duchess. Porque Woolly ya había oído ese tono otras veces. Se lo había oído a tres directores de colegio y a dos sacerdotes episcopalianos y a un cuñado llamado «Dennis». Era el tono de voz que utilizaban las personas cuando se disponían a corregirte.

Woolly tenía la impresión de que a lo largo de la vida de vez en cuando se te ocurren ideas luminosas. Pongamos, por ejemplo, que en pleno agosto estás en tu bote de remos a la deriva en medio de un lago, con las libélulas acariciando el agua, cuando de pronto se te ocurre pensar: ¿por qué las vacaciones de verano no duran hasta el 21 de septiembre? Al fin y al cabo, la estación no termina el domingo anterior al primer lunes de septiembre, el Día del Trabajo. El verano dura hasta el equinoccio de otoño, y la primavera hasta el solsticio de verano. Y mira lo relajados que están todos durante las vacaciones de verano. No sólo los niños, sino también los adultos, encantados de jugar un partido de tenis a las diez, de ir a nadar a mediodía y de tomarse un *gin-tonic* a las seis en punto clavadas. Por tanto es lógico pensar que el mundo sería un lugar mucho más feliz si todos acordásemos prolongar las vacaciones de verano hasta el equinoccio.

Pues bien, cuando tienes una idea así, debes ser muy prudente a la hora de elegir con quién la compartes. Porque si

ciertas personas descubren tu idea —personas como tu director o tu sacerdote o tu cuñado «Dennis»—, es probable que consideren que es su responsabilidad moral sentarte y corregirte. Tras pedirte por señas que te sientes en la butaca de delante de su escritorio, te explicarán no sólo lo errónea que es tu idea, sino que serás mucho mejor persona cuando admitas eso por ti mismo. Y ése era el tono de voz que Duchess estaba utilizando con Billy: el tono de voz que precedía al desvanecimiento de una ilusión.

Imaginaos, pues, la satisfacción que sintió Woolly, el júbilo incluso, cuando, tras subir en ascensor hasta la planta 55, recorrer todos los pasillos y leer todas las plaquitas de las puertas, cuando ya sólo faltaban dos plaquitas más, encontraron la que rezaba: Profesor Abacus Abernathe, ABC, PHD, LMNOP.

Pobre Duchess, pensó Woolly, y esbozó una sonrisa compasiva. A lo mejor esta noche va a ser él quien aprenda una lección.

En cuanto entraron en el santuario del profesor, Woolly se dio cuenta de que era un hombre sensible, un hombre afable. Y aunque había una butaca delante de su gran escritorio de roble, Woolly intuyó que él no era de esas personas que te hacían sentarte para corregirte. Es más, tampoco era de esas personas que te meten prisa porque el tiempo es oro, o cada segundo cuenta, o más vale prevenir que curar, o qué sé yo.

Cuando te hacen una pregunta —aunque sea una en apariencia sencilla y directa—, es posible que debas retroceder bastante con el fin de aportar todos los detalles necesarios para que el otro comprenda tu respuesta. Sin embargo, hay muchos interrogadores que, en cuanto te dispones a aportar esos detalles esenciales, empiezan a poner mala cara. Se revuelven en la silla. Luego hacen todo lo posible para que te des prisa, obligándote a pasar del punto A al punto Z saltándote todas las

letras de en medio. Pero el profesor Abernathe no. Cuando le planteó a Billy una pregunta en apariencia sencilla y Billy retrocedió un montón de años para darle una respuesta cabal, el profesor se reclinó en su butaca y escuchó prestando toda su atención, igual que Salomón.

Así que cuando Woolly, Billy y Duchess se levantaron por fin para marcharse, después de haber visitado dos de los monumentos más famosos de la ciudad en una sola noche (¡Tachado! ¡Tachado!) y demostrado la irrefutable existencia del profesor Abacus Abernathe, quizá habríais pensado que la noche ya no podía ir a mejor.

Pero os hubierais equivocado.

• • •

Media hora más tarde estaban todos en el Cadillac —el profesor incluido— y circulaban por la Novena Avenida hacia la West Side Elevated, otro sitio del que Woolly nunca había oído hablar.

—Toma la siguiente a la derecha —dijo Billy.

Duchess obedeció y giró a la derecha para entrar en una calle adoquinada y flanqueada por camiones y almacenes de empaquetado de carne. Woolly se dio cuenta de que eran almacenes de empaquetado de carne porque, en un muelle de carga, dos hombres vestidos con largas batas blancas transportaban ijadas de ternera que habían bajado de un camión, mientras que en otro había un gran letrero de neón con forma de vaca.

Al cabo de un momento, Billy le dijo a Duchess que girara otra vez a la derecha y luego a la izquierda, y entonces señaló una escalera protegida por una jaula de seguridad que subía desde la calle.

—Es allí —dijo.

Duchess paró el coche, pero no apagó el motor. En aquel tramo de la calle no había empaquetadores de carne ni letreros de neón. Sólo había un solar vacío donde estaba aparcado un coche sin ruedas. Al final de la manzana, una silueta solitaria, robusta y de escasa estatura pasó por debajo de una farola y se perdió entre las sombras.

—¿Estás seguro de que es aquí? —preguntó Duchess.

—Sí, estoy seguro —dijo Billy, y se colgó la mochila a la espalda.

Sin decir nada más, salió del coche y echó a andar hacia la escalera.

Woolly se volvió hacia el profesor Abernathe con la intención de arquear las cejas y mirarlo con cara de sorpresa, pero el profesor Abernathe ya estaba saliendo del coche para seguir a Billy. Así que Woolly salió también del coche para alcanzar al profesor, dejando que Duchess lo alcanzase a él.

Dentro de la jaula había una escalera de aluminio cuyo final no se podía ver. Entonces fue el profesor quien miró a Woolly arqueando las cejas, aunque su cara denotaba más emoción que sorpresa.

Billy sujetó un trozo de la valla y empezó a tirar de ella.

—Espera —dijo Woolly—. Permítanme, permítanme.

Woolly pasó los dedos por la alambrada y tiró de ella para que todos pudiesen pasar. Y allá que fueron, dando vueltas y vueltas, sus ocho pies haciendo resonar los viejos peldaños metálicos. Cuando llegaron arriba, Woolly tiró otra vez de la alambrada para que todos pudiesen salir.

Woolly se quedó atónito cuando salieron de la jaula a cielo abierto. Hacia el sur se veían los edificios de Wall Street y hacia al norte los del *midtown*. Y si mirabas atentamente hacia el sudsudoeste, alcanzabas a distinguir la Estatua de la Libertad, otro monumento de la ciudad de Nueva York que sin duda alguna merecía figurar en la Lista y que Woolly nunca

había visitado.

—¡Y no lo he visitado todavía! —exclamó Woolly, desafiante, sin dirigirse a nadie más que a sí mismo.

Pero lo más asombroso de la vía elevada no eran las vistas de Wall Street ni del *midtown*, ni siquiera aquel gran sol de verano que empezaba a ponerse más allá del río Hudson. Lo más asombroso era la vegetación.

Cuando estaban en el despacho del profesor Abernathe, Billy les había explicado que iban a ir a un tramo de la vía elevada que había dejado de utilizarse tres años atrás. Sin embargo, a Woolly le pareció que llevaba abandonada décadas. Allá donde mirases veías flores silvestres y matorrales, y la hierba que crecía entre las traviesas de las vías estaba tan alta que les llegaba casi por las rodillas.

En sólo tres años, pensó Woolly. Eso es menos tiempo del que pasas en un internado, o del que tardas en conseguir un título universitario. Es menos de lo que dura un mandato presidencial, o del tiempo que transcurre entre una olimpiada y otra.

Sólo dos días atrás, Woolly había pensado que Manhattan permanecía terriblemente inalterable a pesar de que por ella desfilaban millones de personas todos los días. Pero por lo visto no era el desfile de millones de personas lo que iba a acabar con la ciudad. Era la ausencia de personas. Pues allí podías ver lo que era Nueva York cuando la dejaban sola. En cuanto la gente había dado la espalda a aquella parte de la ciudad, entre la grava habían surgido matorrales, enredaderas y hierba. Y si eso era lo que había pasado después de sólo unos años de desuso, pensó Woolly, imagínate lo que podía pasar después de unas cuantas décadas.

Levantó la vista de aquella vegetación para compartir su observación con sus amigos, pero vio que ellos habían seguido adelante sin él y se dirigían hacia una hoguera que se veía a lo

lejos.

—¡Esperadme! ¡Esperadme! —gritó.

Cuando alcanzó a sus amigos, Billy estaba junto al profesor presentándole a un negro muy alto, el Ulysses en cuestión. Aunque los dos adultos no se conocían, ambos sabían algo el uno del otro a través de Billy, y cuando se estrecharon la mano, a Woolly le impresionó que lo hiciesen con solemnidad, una gran y envidiable solemnidad.

—Por favor —dijo Ulysses, y señaló las traviesas dispuestas alrededor de la hoguera de forma muy parecida a como el profesor había señalado el sofá y la butaca de su despacho.

Después de sentarse, todos guardaron silencio un momento mientras el fuego crepitaba y chisporroteaba. Woolly tenía la sensación de que Billy, Duchess y él eran jóvenes guerreros a quienes les habían concedido el privilegio de presenciar la reunión entre dos jefes tribales. Pero al final fue Billy quien habló primero, y animó a Ulysses a explicar su historia.

Tras mirar a Billy y asentir, Ulysses se volvió hacia el profesor y comenzó su relato. En primer lugar explicó que él y una mujer llamada Macie, ambos solos en el mundo, se habían conocido en un salón de baile de San Luis, se habían enamorado y se habían unido en santo matrimonio. Explicó que, al estallar la guerra, Macie lo había retenido a su lado mientras sus vecinos sanos se alistaban en el ejército; y que lo había retenido aún con más motivo al quedarse embarazada. Explicó que, pese a las advertencias de su mujer, finalmente él se había alistado y había luchado en Europa, pero que había regresado unos años más tarde y se había encontrado con que, fiel a su palabra, su mujer había desaparecido con el niño sin dejar rastro. Por último, refirió que aquel mismo día había vuelto a Union Station, se había subido al primer tren y que desde entonces no había parado de viajar. Y fue una de las historias más tristes que Woolly jamás había oído.

Se quedaron todos callados. Incluso Duchess, que siempre estaba impaciente por contar alguna historia cuando el otro terminara la suya, guardó silencio, quizá percibiendo, como Woolly, que estaba siendo testigo de algo de gran importancia.

Al cabo de unos minutos, como si hubiese necesitado aquel momento de silencio para recomponerse, Ulysses continuó:

—Soy de la opinión, profesor, de que en esta vida todo lo que tiene valor hay que ganárselo. Que debería costar ganárselo. Porque quienes obtienen algo de valor sin hacer nada para ganárselo están condenados a derrocharlo. Creo que uno debe ganarse el respeto. Uno debe ganarse la confianza. Uno debe ganarse el amor de una mujer y el derecho a llamarse hombre a sí mismo. Y uno debería también ganarse el derecho a la esperanza. Hubo un tiempo en que yo tenía un manantial de esperanza, un manantial que no me había ganado. Y como no sabía cuál era su valor, el día que abandoné a mi mujer y a mi hijo lo derroché. Y en estos ocho años y medio he aprendido a vivir sin esperanza, del mismo modo que Caín debió de vivir sin ella en cuanto entró en la tierra de Nod.

Vivir sin esperanza, se dijo Woolly mientras asentía con la cabeza y se enjugaba las lágrimas. Vivir sin esperanza en la tierra de Nod.

—Es decir, hasta que conocí a este niño —dijo Ulysses.

Sin dejar de mirar al profesor, Ulysses le puso una mano en el hombro a Billy.

—Cuando Billy me dijo que, como me llamaba Ulysses, quizá estuviese destinado a volver a ver a mi mujer y a mi hijo, sentí un leve estremecimiento. Y cuando me leyó su libro, el estremecimiento fue más intenso. Tan intenso que me atreví a preguntarme si, después de todos estos años de viajar solo por el país, quizá me había ganado por fin el derecho a volver a abrigar esperanzas.

Cuando Ulysses dijo eso, Woolly se enderezó. Hacía unas

horas, había intentado explicarle a su hermana Sarah que una afirmación disfrazada de pregunta podía resultar desagradable. Pero junto a la hoguera, cuando Ulysses le dijo al profesor Abernathe, *quizá me había ganado por fin el derecho a volver a abrigar esperanzas*, Woolly comprendió que aquello era una pregunta disfrazada de afirmación. Y le pareció hermosa.

El profesor Abernathe también pareció comprenderlo porque, tras un momento de silencio, le dio su respuesta. Y cuando habló el profesor, Ulysses escuchó con la misma deferencia con que el profesor lo había escuchado a él.

—Por lo que parece, señor Ulysses, mi vida ha sido todo lo contrario de la suya en muchos aspectos. No he luchado en ninguna guerra. No he viajado por el país. De hecho, la mayor parte de los últimos treinta años los he pasado en la isla de Manhattan. Y la mayor parte de los diez últimos no he salido de allí.

El profesor se dio la vuelta y señaló el Empire State Building.

—Sentado en una habitación, rodeado de mis libros, aislado del sonido de los grillos y las gaviotas y lejos del alcance de la violencia y la compasión. Si tiene usted razón, y sospecho que la tiene, y lo que tiene algún valor hay que ganárselo o está condenado a ser derrochado, entonces, sin ninguna duda, yo soy uno de los derrochadores. Uno que ha vivido la vida en tercera persona y en pasado. De modo que permítame empezar reconociendo que todo lo que le diga se lo diré con absoluta humildad.

El profesor le dedicó a Ulysses una ceremoniosa inclinación de cabeza.

—Pero después de haber confesado que he vivido mi vida a través de los libros, al menos puedo afirmar que lo he hecho con convicción. Es decir, señor Ulysses, que he leído mucho. He leído miles de libros, muchos de ellos más de una vez. He leído historias y novelas, tratados científicos y volúmenes de poesía.

Y de todas esas páginas y más páginas he aprendido que la experiencia humana es tan variada que permite que cada habitante de una ciudad del tamaño de Nueva York tenga la convicción de que su experiencia es única. Y eso me parece maravilloso. Porque para ambicionar, para enamorarnos, para tropezar tanto y sin embargo seguir adelante, de alguna forma debemos creer que eso que estamos viviendo nunca lo ha experimentado nadie tal como nosotros lo estamos experimentando.

El profesor dejó de mirar a Ulysses para poder mirar al resto de las personas que formaban el círculo, incluido Woolly. Pero luego volvió a mirar a Ulysses y levantó un dedo.

—No obstante —continuó—, tras haber observado que existe suficiente variedad de la experiencia humana para sustentar nuestro sentido de la individualidad en una ubicación tan extensa como Nueva York, tengo firmes sospechas de que solamente existe la variedad justa para sustentarlo. Porque si estuviese en nuestras manos reunir todas las historias personales que se han experimentado en diferentes ciudades y pueblos de todo el mundo a lo largo de la historia, no tengo la más mínima duda de que abundarían los dobles. Hombres cuya vida (aunque con pequeñas variaciones) fue como la nuestra en todos los aspectos. Hombres que han amado cuando nosotros hemos amado, llorado cuando nosotros hemos llorado, logrado lo que nosotros hemos logrado y fracasado igual que nosotros hemos fracasado; hombres que han discutido y razonado y reído exactamente igual que nosotros.

El profesor volvió a mirar a su alrededor.

—¿Imposible, decís?

Aunque nadie había dicho ni una palabra.

—Uno de los principios más básicos del infinito es que, por definición, debe comprender no sólo un ejemplar de todo, sino un duplicado de todo, así como su triplicado. De hecho,

imaginar que hay versiones de nosotros esparcidas por la historia de la humanidad es considerablemente menos descabellado que imaginar que no hay ninguna.

El profesor volvió a mirar a Ulysses.

—Así pues, ¿si creo que es posible que su vida sea un eco de la vida del gran Ulises, y que después de diez años podría usted reencontrarse con su mujer y su hijo? Sí, estoy convencido.

Ulysses había escuchado las palabras del profesor con suma gravedad. Se puso en pie, y el profesor también, y se estrecharon la mano; ambos parecían haber hallado un consuelo inesperado en el otro. Pero cuando se soltaron la mano y Ulysses se dio la vuelta, el profesor lo cogió por el brazo y tiró de él.

—Sin embargo, hay una cosa que necesita usted saber, señor Ulysses. Una cosa que no puse en el libro de Billy. En medio de sus viajes, cuando el gran Ulises visitó el inframundo y se encontró al fantasma de Tiresias, el anciano adivino le dijo que su destino era surcar los mares hasta haber apaciguado a los dioses mediante un sacrificio.

Si Woolly hubiese estado en el lugar de Ulysses, al oír esa información adicional se habría sumido en una profunda sensación de derrota. Pero no fue lo que le sucedió a Ulysses: él miró al profesor y asintió con la cabeza, como si eso le pareciese lo correcto.

—¿Qué sacrificio?

—Lo que Tiresias le dijo a Ulises era que debía coger un remo y cargarlo tierra adentro hasta llegar a una región tan poco familiarizada con las costumbres del mar que un hombre que se cruzara con él en el camino lo parase y le preguntara: *¿Qué es eso que llevas sobre el hombro*? Y entonces el gran Ulises tendría que plantar el remo en el suelo en honor a Poseidón y a partir de ese momento sería libre.

—Un remo… —dijo Ulysses.

—Sí —dijo el profesor, emocionado—, en el caso del gran Ulises, un remo. Pero en su caso sería algo diferente. Algo relevante para su propia historia, para sus años de vida errante. Algo... —Miró a su alrededor—. ¡Algo como eso!

Ulysses se agachó y cogió del suelo la pesada pieza de hierro que señalaba el profesor.

—Un perno —dijo.

—Eso es —dijo el profesor—, un perno. Debe llevarlo hasta un lugar donde alguien esté tan poco familiarizado con el ferrocarril que le pregunte qué es, y entonces tiene que clavarlo en el suelo.

• • •

Cuando Woolly, Billy y Duchess ya iban a marcharse, el profesor Abernathe decidió quedarse para seguir hablando con Ulysses. Minutos después de haberse montado los tres en el Cadillac, Billy y Duchess se quedaron dormidos. Así que Woolly, que conducía por la autopista de West Side hacia la casa de su hermana, tuvo un momento para estar consigo mismo.

Si tenía que ser totalmente sincero, la mayor parte del tiempo prefería no tener momentos para estar consigo mismo. Le parecía que los momentos compartidos con otras personas se llenaban muchas más veces de risas y sorpresas que los momentos consigo mismo. Y los momentos consigo mismo muchas veces entraban en bucle hacia algún pensamiento que no le interesaba para nada. Pero en esa ocasión, en esa ocasión en la que se encontraba en un momento consigo mismo, Woolly lo agradeció.

Porque le brindó la oportunidad de repasar todo lo sucedido aquel día. Había empezado en la juguetería fao Schwarz, cuando él estaba en su sitio favorito, y de pronto había

aparecido su hermana. Luego los dos habían cruzado la calle y habían ido al Plaza por los viejos tiempos y habían tomado el té con el oso panda y habían recordado viejas historias. Al separarse de su hermana, y como hacía un día precioso, Woolly había ido a pie hasta Union Square a presentarle sus respetos a Abraham Lincoln. A continuación había ido al Circo, había cruzado el puente de Brooklyn y había subido al Empire State, donde el profesor Abernathe le había regalado a Billy un libro con todas las hojas en blanco para que escribiera sus aventuras. Entonces Billy los había llevado a todos a aquella vía elevada cubierta de vegetación, donde se habían sentado alrededor de la hoguera y escuchado la extraordinaria conversación entre Ulysses y el profesor.

Pero después de aquello, después de todo aquello, cuando por fin llegó el momento de irse y Ulysses le estrechó la mano a Billy y le dio las gracias por su amistad, y Billy le deseó suerte para encontrar a su familia, Billy se había quitado un colgante que llevaba al cuello.

—Ésta es la medalla de san Cristóbal —le dijo a Ulysses—, el patrono de los viajeros. A mí me la dio la hermana Agnes antes de nuestro viaje a Nueva York, pero creo que ahora deberías tenerla tú.

Y entonces, para que Billy pudiese colgarle la medalla del cuello, Ulysses se había arrodillado ante él, como se arrodillaban los miembros de la Mesa Redonda ante el rey Arturo para que los nombrara caballeros.

—Cuando lo pones todo —dijo Woolly en voz alta pese a estar solo, enjugándose una lágrima de la comisura del ojo—, cuando lo pones todo así, junto, con el principio en el principio, el medio en el medio y el final al final, no se puede negar que hoy ha sido un día sin igual.

TRES

Woolly

¡Cilantro!, pensó Woolly entusiasmado.

Porque mientras Duchess enseñaba a Billy a remover una salsa correctamente, Woolly se había puesto a alfabetizar el especiero. Y no tardó en descubrir que había muchas especias que empezaban por la letra C. En todo el especiero sólo había una que comenzase por la letra A: alcaravea, fuera lo que fuese eso. Y a la alcaravea la seguían dos especias con la letra B: la badiana y la borraja. Pero en cuanto Woolly pasó a las especias que empezaban por la letra C, ¡bueno, parecía que no fuesen a acabarse nunca! Por ahora ya había encontrado cardamomo, cayena, chile en polvo, cebollino, canela, clavo y comino, y ahora cilantro.

Era de lo más asombroso.

A lo mejor, pensó Woolly, a lo mejor era como lo de la W del inglés al principio de las preguntas. En algún momento de la antigüedad, la letra C debía de haber parecido especialmente adecuada para nombrar las especias.

O quizá eso sucediera en algún lugar de la antigüedad. Algún lugar donde la letra C tenía más influencia en el alfabeto. De pronto Woolly creyó recordar que en una clase de historia le habían contado que, hacía muchas lunas, había existido una cosa llamada la Ruta de las Especias, un largo y arduo camino que los mercaderes recorrían para llevar las especias del este a las cocinas del oeste. Incluso recordaba un mapa con una flecha que formaba un arco sobre el desierto de Gobi y el Himalaya y que aterrizaba intacta en Venecia o en algún sitio parecido.

A Woolly le pareció muy probable que las especias que

empezaban por la letra C tuviesen su origen en el otro extremo del planeta, puesto que él ni siquiera sabía qué sabor tenía la mitad de ellas. Conocía la canela, por supuesto. De hecho, era uno de sus sabores favoritos. No sólo se utilizaba para preparar la tarta de manzana y la tarta de calabaza, sino que además era el *sine qua non* del rollo de canela. Pero ¿cardamomo, comino, cilantro? Para Woolly, aquellas misteriosas palabras tenían un claro acento oriental.

—¡Ajá! —dijo cuando descubrió el bote de curry escondido detrás del romero, en la penúltima fila del especiero.

Porque el curry era definitiva y rotundamente un sabor oriental.

Woolly hizo un poco de espacio y puso el curry al lado del comino. Luego se concentró en la última hilera y fue pasando los dedos por las etiquetas del orégano y la salvia y...

—¿Se puede saber qué haces tú aquí? —preguntó en voz alta.

Pero antes de que pudiese contestar su propia pregunta, Duchess estaba formulando otra:

—¿Adónde ha ido?

Woolly se volvió y vio a Duchess en el umbral con los brazos en jarras; no había ni rastro de Billy.

—Le doy la espalda un momento y abandona su puesto.

Era verdad, pensó Woolly. Billy se había marchado de la cocina pese a que le habían encargado que removiera la salsa.

—No habrá ido otra vez a mirar ese maldito reloj, ¿verdad? —preguntó Duchess.

—Déjame investigar.

Woolly recorrió sigilosamente el pasillo y se asomó al salón, donde, en efecto, Billy había ido otra vez a mirar el reloj de pie.

Esa mañana, cuando Billy había preguntado a qué hora llegaría Emmett, Duchess le había contestado muy convencido que a la hora de cenar, y que la cena se serviría a las ocho en

punto clavadas. En otras circunstancias eso habría hecho que Billy mirara la hora en su reloj de excedente militar, pero Emmett había roto el reloj en el tren de mercancías. Así que en realidad no tenía más alternativa que, de vez en cuando, acercarse al salón, donde las agujas del reloj de pie ahora indicaban, inequívocamente, las 19.42 h.

Woolly volvía caminando de puntillas hacia la cocina para explicárselo a Duchess cuando sonó el teléfono.

—¡El teléfono! ¡A lo mejor es Emmett! —exclamó Woolly.

Se desvió rápidamente para entrar en el despacho de su cuñado, rodeó la mesa a toda velocidad y descolgó el auricular al tercer timbrazo.

—¡Hola, hola! —dijo sonriente.

Al principio, el alegre saludo de Woolly fue recibido con silencio, pero luego una voz que sólo podía describirse como sumamente punzante formuló una pregunta:

—¿Quién es? —quiso saber la mujer al otro lado de la línea —. ¿Eres tú, Wallace?

Woolly colgó.

Se quedó mirando fijamente el teléfono. Entonces levantó el auricular de la horquilla y lo dejó tirado en la mesa.

Lo que a Woolly le encantaba del juego del teléfono escacharrado era que la frase que llegaba al final de la línea podía ser completamente diferente de la frase con la que había empezado la ronda. Podía ser más misteriosa. O sorprendente. O divertida. Pero cuando alguien como su hermana Kaitlin hablaba por un teléfono de verdad, lo que llegaba al otro extremo no tenía nada de misterioso, sorprendente ni divertido. Seguía sonando tan sumamente punzante como al principio.

Encima de la mesa, el auricular empezó a zumbar como mosquitos en un dormitorio en plena noche. Woolly metió el teléfono en un cajón y lo cerró lo mejor que pudo, a pesar de que el cable sobresalía.

—¿Quién era? —preguntó Duchess cuando Woolly volvió a la cocina.

—Se han equivocado de número.

Billy, que también debía de haber abrigado esperanzas de que fuese Emmett, miró a Duchess con gesto de preocupación.

—Son casi las ocho en punto —dijo.

—¿Ah, sí? —dijo Duchess como dando a entender que tanto daba que fuese una hora como la siguiente.

—¿Cómo está quedando la salsa? —preguntó Woolly con la intención de cambiar de tema.

Duchess le pasó la cuchara de remover a Billy.

—¿Por qué no la pruebas?

Billy cogió la cuchara y la sumergió en el cazo.

—Debe de estar muy caliente —lo previno Woolly.

Billy asintió y sopló con cuidado. Cuando se llevó la cuchara a la boca, Woolly y Duchess se inclinaron hacia delante los dos a la vez, impacientes por oír el veredicto. Pero lo que oyeron fue el timbre de la puerta.

Se miraron los tres. Duchess y Billy salieron disparados: el primero corrió por el pasillo y el segundo por la puerta del comedor.

Al verlos, Woolly sonrió. Pero entonces lo asaltó una idea preocupante: ¿y si aquél era otro ejemplo del gato de Schrödinger? ¿Y si el timbrazo había desencadenado dos posibilidades diferentes, a saber: que si Billy abría la puerta estaría Emmett en el umbral, mientras que si la abría Duchess sería un vendedor puerta a puerta? En un estado de incertidumbre científica y gran ansiedad, Woolly corrió por el pasillo.

Duchess

En St. Nick, cuando llegaban niños nuevos, la hermana Agnes los ponía enseguida a trabajar.

Cuando nos ocupamos de las tareas que tenemos por hacer, es menos probable que nos preocupemos por lo que nos falta, decía. Así que nada más aparecer en el vano de la puerta, un poco aturdidos, un poco tímidos y por lo general al borde de las lágrimas, ella los enviaba al comedor y les encargaba colocar los cubiertos. Una vez puestas las mesas, los mandaba a repartir los cantorales por los bancos de la capilla. Una vez repartidos los cantorales, los enviaba a recoger toallas, doblar sábanas y rastrillar hojas hasta que aquellos niños dejaban de ser los nuevos.

Y eso hice yo con el crío.

¿Por qué? Porque ni siquiera habíamos terminado de desayunar y él ya me estaba preguntando cuándo llegaría su hermano.

La verdad es que yo no esperaba que Emmett apareciese antes del mediodía. Conociendo a Charity, supuse que mi amigo habría estado ocupado hasta las dos de la madrugada. Suponiendo que hubiese dormido hasta las once y se hubiese entretenido un poco bajo las sábanas, como muy pronto llegaría a Hastings-on-Hudson hacia las dos de la tarde. Por si las moscas, le dije a Billy que llegaría a la hora de cenar.

—¿Y qué hora es la hora de cenar?

—Las ocho en punto.

—¿Las ocho en punto clavadas? —preguntó Woolly.

—En punto clavadas —confirmé.

Billy asintió con la cabeza, se disculpó educadamente, fue a ver el reloj del salón y regresó con la noticia de que eran las 10.02 h.

Estaba claro lo que aquello significaba. Entre ese momento y la prometida llegada de su hermano mediaban 598 minutos, y Billy estaba dispuesto a contarlos todos. Por tanto, en cuanto Woolly empezó a recoger los platos del desayuno, le pregunté a Billy si quería ayudarme.

Primero lo llevé al armario de la ropa blanca, de donde cogimos un bonito mantel que extendimos sobre la mesa del comedor asegurándonos de que colgaba por todos los lados de forma simétrica. Pusimos una servilleta de lino junto a cada uno de los cuatro servicios, cada una con una flor distinta bordada. Cuando fuimos a la alacena y Billy comprobó que estaba cerrada con llave, yo comenté que las llaves no solían estar lejos de sus cerraduras y metí una mano en la sopera.

—*Voilà*.

Abrimos las puertas de la alacena y sacamos los platos de porcelana para el entrante, el plato principal y el postre. Sacamos la cristalería para el agua y el vino. Sacamos los dos candelabros y el estuche negro donde se guardaba la cubertería de plata de la familia.

Aunque le había explicado a Billy cómo tenía que colocar los cubiertos, imaginé que me tocaría corregir su trabajo cuando hubiese terminado. Sin embargo, resultó que Billy tenía un gran talento para poner la mesa. Se diría que había colocado cada cuchillo, tenedor y cuchara con su regla y su compás.

Nos retiramos un poco para admirar nuestra obra, y entonces Billy me preguntó si la de esa noche iba a ser una cena especial.

—Exactamente.

—¿Por qué es una cena especial, Duchess?

—Porque es un reencuentro, Billy. Un reencuentro de los

cuatro mosqueteros.

Al oír eso, el crío compuso una gran sonrisa, pero acto seguido frunció el ceño. Con Billy Watson nunca pasaba más de un minuto entre la sonrisa y el ceño fruncido.

—Y si es una cena especial, ¿qué vamos a comer?

—Una pregunta excelente. A petición de un tal Woolly Martin, vamos a degustar un plato conocido como *Fettuccine Mio Amore*. Y, amigo mío, no hay nada más especial.

Billy se encargó de redactar la lista de la compra con todos los ingredientes que íbamos a necesitar, y nos fuimos a Arthur Avenue, conduciendo a una velocidad de trescientas preguntas por hora.

—¿Qué es Arthur Avenue, Duchess?

—Es la avenida principal del sector italiano del Bronx, Billy.

—¿Qué es un sector italiano?

—Es donde viven todos los italianos.

—¿Por qué todos los italianos viven en el mismo sitio?

—Porque así pueden ocuparse todos de sus asuntos.

¿Qué es una *trattoria*, Duchess?

¿Qué es un paisano?

¿Qué es una alcachofa, una panceta, un tiramisú?

Cuando regresamos, al cabo de unas horas, era demasiado pronto para empezar a cocinar; así que, tras haber confirmado que las matemáticas de Billy eran satisfactorias, me lo llevé al despacho del cuñado de Woolly para hacer un poco de contabilidad.

Lo senté a la mesa con un bloc de notas y un lápiz, me tumbé en la alfombra y fui enumerando todos los gastos que Woolly y yo habíamos acumulado desde que habíamos salido de St. Nick.

Los seis depósitos de gasolina; la pensión completa en los dos Howard Johnson's; las camas y las toallas en el Sunshine Hotel; y las dos comidas en el restaurante de la Segunda Avenida. Por si acaso, le hice añadir veinte dólares para futuros gastos, y por último le pedí que contabilizara la lista bajo el epígrafe de Gastos Operativos. Cuando recuperásemos el fideicomiso de Woolly de las Adirondack, tendríamos que reembolsarle esos gastos a Emmett antes de dividirnos ni un solo dólar.

En otra columna, bajo el epígrafe de Gastos Personales, hice que Billy incluyera la llamada telefónica de larga distancia a Salina; los diez pavos que le había dado a Bernie en el Sunshine Hotel; la botella de whisky para Fitzy; el champán y la compañía en casa de Ma Belle; y la propina para el portero del Empire State Building. Dado que ninguno de aquellos gastos era esencial para nuestro objetivo común, pensé que lo correcto era que eso saliera de mi parte.

En el último momento me acordé del dinero que habíamos desembolsado en Arthur Avenue. Se podría argumentar que pertenecía a la lista de Gastos Operativos porque íbamos a comer todos juntos, pero qué demonios: le dije a Billy que los pusiera en mi columna. Esa noche invitaba yo a cenar.

A continuación Billy y yo sumamos todos los números y él repasó las sumas; luego le pedí que transcribiese las dos cuentas en otra hoja de papel. Ante una sugerencia así, cualquier otro niño habría querido saber por qué después de haber hecho el trabajo una vez, tenía que hacerlo otra más. Pero Billy no. Con su habitual inclinación por la limpieza y el orden, cogió otra hoja de papel y empezó a duplicar su trabajo con la misma precisión con la que había colocado los cuchillos y los tenedores.

Cuando hubo terminado, asintió tres veces con la cabeza, con lo que les daba a las cuentas su sello de aprobación. Pero frunció el ceño.

—¿No deberíamos ponerle un título, Duchess?

—¿Se te ocurre algo?

Billy se lo pensó mientras mordisqueaba el extremo del lápiz. Entonces, después de escribirlo con letras mayúsculas, leyó:

—La Expedición.

¿Qué os parece?

• • •

Cuando el informe de gastos estuvo terminado, ya eran más de las seis, hora de empezar a cocinar. Tras disponer los ingredientes, le enseñé a Billy todo lo que Lou, el chef de Leonello's, me había enseñado. En primer lugar, cómo preparar una salsa de tomate básica con tomates de lata y hacer un sofrito (¿*Qué es un sofrito, Duchess*?). Con la salsa ya en el fuego, le enseñé a cortar el beicon en dados correctamente y a cortar la cebolla en juliana correctamente. Saqué una sartén y le enseñé a saltear las dos cosas juntas con las hojas de laurel y a cocerlas a fuego lento con vino blanco, orégano y escamas de guindilla. Y por último a añadirle una taza de la salsa de tomate y ni una sola cucharada más.

—Ahora lo más importante es vigilarlo, Billy —expliqué—. Tengo que ir al cuarto de baño, así que quiero que te quedes donde estás y que de vez en cuando remuevas la salsa. ¿Entendido?

—Entendido, Duchess.

Le di la cuchara a Billy, me disculpé y me fui al despacho de Dennis.

Yo había dicho que no creía que Emmett llegase antes de las dos, pero estaba seguro de que llegaría antes de las seis. Después de cerrar la puerta con cuidado, marqué el número de teléfono de Ma Belle. Tardó veinte timbrazos en contestar, pero después de darme un sermón sobre etiqueta y llamadas

telefónicas mientras alguien está en pleno baño de espuma, me puso al día de lo ocurrido.

—¡Vaya! —dije al colgar el teléfono.

Ya había hecho unas cuentas con Billy, pero me puse a hacer otras yo solo: como Emmett se molestó un poco conmigo por lo del Studebaker, se me había ocurrido ofrecerle como compensación una noche con Charity, pero era evidente que las cosas no habían salido como yo las había planeado. ¿Cómo iba yo a saber que la medicina de Woolly era tan potente? Y luego, para colmo, me había olvidado de dejarle una dirección. Sí, me dije, hay muchas probabilidades de que Emmett llegue de mal humor. Suponiendo, claro está, que consiga encontrarnos.

Volví a la cocina, donde descubrí a Woolly mirando fijamente el especiero y a nadie vigilando la salsa. Fue entonces cuando las cosas empezaron a acelerarse.

Primero, Woolly salió de exploración.

Luego sonó el teléfono y reapareció Billy.

Luego volvió Woolly y dijo que se habían equivocado de número, Billy anunció que eran casi las ocho y sonó el timbre de la puerta.

Ay, por favor, por favor, me dije mientras corría por el pasillo. Con el corazón en un puño y Billy pisándome los talones, abrí la puerta de par en par. Y allí estaba Emmett, vestido con ropa limpia y sólo ligeramente desmejorado.

Antes de que nadie pudiese decir nada, el reloj del salón empezó a dar las ocho.

Me volví hacia Billy y extendí los brazos:

—¿No te lo decía yo, chico?

Emmett

Al comienzo del penúltimo año de instituto de Emmett, el nuevo profesor de matemáticas, el señor Nickerson, había explicado la paradoja de Zenón. En la antigua Grecia, les contó a sus alumnos, un filósofo llamado Zenón planteó que para llegar desde un punto A hasta un punto B primero tenías que recorrer la mitad del camino. Pero para llegar desde la mitad del camino hasta el punto B, tenías que recorrer la mitad de esa distancia, y luego la mitad de la siguiente, y así sucesivamente. Y cuando acumulabas todas las mitades de las mitades que tendrías que recorrer para llegar desde un punto hasta otro, la única conclusión que podías extraer era que resultaba imposible hacerlo.

El señor Nickerson había dicho que aquello era un ejemplo perfecto de razonamiento paradójico. A Emmett le había parecido un ejemplo perfecto de por qué ir al colegio podía ser una pérdida de tiempo.

Imagínate, pensaba Emmett, toda la energía mental que se había gastado no sólo para formular aquella paradoja, sino para transmitirla a lo largo de los tiempos, traduciéndola de una lengua a otra para que en 1952 la pudiesen escribir en una pizarra de un colegio de Estados Unidos de América, cinco años después de que Chuck Yeager superase la barrera del sonido sobre el desierto de Mojave.

El señor Nickerson debió de fijarse en el semblante de Emmett, sentado al fondo del aula, porque cuando sonó el timbre le pidió que se quedara un minuto.

—Sólo quiero asegurarme de que has entendido la

explicación de esta mañana.

—Sí, la he entendido —dijo Emmett.

—¿Y qué te ha parecido?

Emmett miró por la ventana un momento, sin saber si debía compartir su punto de vista.

—Adelante. Me interesa oír tu opinión —lo animó el señor Nickerson.

De acuerdo, pensó Emmett.

—Me ha parecido una forma larga y complicada de demostrar algo que mi hermano de seis años podría refutar en cuestión de segundos con los pies.

Cuando Emmett dijo eso, el señor Nickerson no pareció en absoluto ofendido. Es más, asintió con entusiasmo, como si Emmett estuviese a punto de hacer un descubrimiento tan importante como el de Zenón.

—Si lo he entendido bien, Emmett, lo que tú dices es que parece que Zenón quiso demostrar su argumento con el único fin de discutir, y no por una cuestión práctica. Y no eres el único que ha hecho esa observación. De hecho, esa actitud tiene un nombre casi tan antiguo como Zenón: se llama *sofistería*. Viene de los sofistas griegos, los maestros de filosofía y retórica que daban a sus alumnos las herramientas para elaborar argumentos que podían ser ingeniosos o persuasivos, pero no necesariamente estar basados en la realidad.

El señor Nickerson incluso escribió la palabra en la pizarra debajo de su diagrama del viaje infinita y simétricamente cortado entre A y B.

Es absolutamente maravilloso, pensó Emmett. Además de legarnos las enseñanzas de Zenón, los sabios nos han legado una palabra específica cuyo único propósito consiste en identificar la práctica de enseñar disparates sin sentido como si lo tuvieran.

Al menos eso pensó Emmett aquel día en el aula del señor

Nickerson. Lo que iba pensando mientras caminaba por una sinuosa calle flanqueada por árboles de la localidad de Hastings-on-Hudson era que a lo mejor Zenón no estaba tan loco a fin de cuentas.

Esa mañana, al recobrar el conocimiento, Emmett se había sentido como si flotara, como si lo llevara la corriente de un ancho río en un cálido día de verano. Al abrir los ojos se encontró bajo las sábanas de una cama que no reconoció. En la mesilla de noche, una lámpara con la pantalla roja que proyectaba una luz rosada por la habitación. Sin embargo, ni la cama ni el reflejo de aquella lámpara eran lo bastante suaves para calmar su dolor de cabeza.

Soltó un gruñido e intentó incorporarse, pero oyó pasos de pies descalzos al fondo de la habitación y, en el acto, notó que una mano se posaba suavemente en su pecho.

—Túmbate y no te muevas.

Aunque ahora llevaba una sencilla blusa blanca y el pelo recogido, Emmett reconoció a su enfermera: era la joven del negligé que por la noche había encontrado acostada donde estaba él ahora.

Charity se asomó al pasillo y dijo *Está despierto*, y en cuestión de segundos Ma Belle, ataviada con una gigantesca bata de estar por casa con estampado de flores, apareció en el umbral.

—Ya lo veo —dijo.

Emmett volvió a incorporarse, esta vez con más éxito, aunque le resbalaron las sábanas del pecho y se sobresaltó al darse cuenta de que estaba desnudo.

—Mi ropa —dijo.

—No irás a pensar que te dejaría acostarte en una de mis camas vestido con esos harapos —dijo Ma Belle.

—¿Dónde está?

—Esperándote ahí mismo, encima de la cómoda. Mira, ¿por qué no te levantas de la cama y vienes a comer algo? —Ma Belle se volvió hacia Charity—: Ven, tesoro. Tu vigilia ha terminado.

Cuando las dos mujeres cerraron la puerta, Emmett apartó las sábanas y se levantó con cuidado, pues se sentía un poco inseguro. Fue hasta la cómoda y le sorprendió encontrar su ropa recién lavada y pulcramente doblada y apilada, con el cinturón enrollado encima. Mientras se abrochaba la camisa, Emmett se descubrió mirando fijamente el cuadro en el que ya se había fijado la noche anterior. Sólo que ahora vio que el mástil no estaba inclinado porque el barco navegara a toda vela impulsado por un fuerte viento, sino porque se había estrellado contra unas rocas; unos cuantos marineros colgaban de las jarcias, otros intentaban subir a un bote, y la cabeza de otro asomaba entre la espuma de la gran estela blanca, a punto de chocar contra las rocas o de que se lo tragara el mar.

Como Duchess nunca se cansaba de decir: *Exactamente*.

Emmett salió del dormitorio y se concentró en girar hacia la izquierda sin mirar hacia el fondo de aquella vertiginosa sucesión de puertas. En el salón encontró a Ma Belle sentada en una butaca y a Charity de pie a su lado. En la mesilla auxiliar había café y bizcocho.

Se dejó caer en el sofá y se pasó una mano por los ojos.

Ma Belle señaló una bolsa de goma rosa que estaba en un plato junto a la cafetera.

—Ahí tienes hielo, si quieres.

—No, gracias.

Ma Belle asintió.

—A mí tampoco me ha gustado nunca. Después de una noche de juerga, lo último que quiero ver es una bolsa de hielo.

Una noche de juerga, pensó Emmett, y negó con la cabeza.

—¿Qué pasó?

—Alguien te dio una copa con unas gotitas de algo más —dijo Charity con una sonrisa traviesa.

Ma Belle frunció el ceño.

—No fueron unas gotitas de algo más, Charity. Y no fue alguien. Fue Duchess, como siempre.

—¿Duchess? —dijo Emmett.

Ma Belle señaló a Charity.

—Quería hacerte un regalo. Para celebrar que habíais cumplido vuestra sentencia en esa granja de trabajo. Pero le daba miedo que te entrara el tembleque. Por eso de ser cristiano y virgen.

—No hay nada de malo en ser cristiano y virgen —dijo Charity comprensiva.

—Bueno, yo no estoy tan segura —terció Ma Belle—. En fin, para que te ambientaras, yo tenía que proponer un brindis y Duchess iba a ponerte un poco de algo en la bebida que te ayudara a relajarte. Pero ese poco de algo debía de ser más fuerte de lo que él creía, porque en cuanto te llevamos a la habitación de Charity, giraste sobre ti mismo y te caíste en redondo. ¿No es así, tesoro?

—Menos mal que aterrizaste en mi falda —dijo ella y le guiñó un ojo.

Por lo visto, a las dos mujeres aquello les parecía muy divertido. Emmett, en cambio, sólo apretaba los dientes.

—Ahora no vayas a enfadarte con nosotras —dijo Ma Belle.

—Si me enfado, no será con ustedes.

—Bueno, tampoco te enfades con Duchess.

—Él no quería hacerte daño. Solamente quería que pasaras un buen rato —añadió Charity.

—Eso es así. Y todo a su costa.

Emmett no se molestó en puntualizar que aquel presunto

buen rato, igual que el champán de la noche anterior, Duchess lo había pagado con su dinero.

—Ya cuando era un crío, Duchess siempre intentaba que todo el mundo se lo pasara bien —dijo Charity.

—En fin —continuó Ma Belle—, se supone que nosotras tenemos que decirte que Duchess, tu hermano y ese otro amigo vuestro...

—Woolly —dijo Charity.

—Eso —dijo Ma Belle—, Woolly. Están esperándote todos en casa de su hermana. Pero antes de ir tienes que comer algo.

Emmett volvió a pasarse una mano por los ojos.

—Me parece que no tengo hambre —dijo.

Ma Belle puso mala cara.

Charity se inclinó hacia delante y, bajando la voz, dijo:

—Normalmente Ma Belle no sirve desayunos.

—Así es, no sirvo desayunos.

Después de aceptar una taza de café y un trozo de bizcocho para no quedar como un maleducado, Emmett recordó que, la mitad de las veces, los buenos modales siempre juegan a tu favor. Porque resultó que el café y el bizcocho eran justo lo que necesitaba. Hasta el punto de que, cuando le ofrecieron repetir, aceptó sin vacilar.

Mientras comía, les preguntó a las mujeres cómo habían conocido a Duchess de niño.

—Su padre trabajaba aquí —dijo Charity.

—Yo creía que era actor.

—Sí, era actor —dijo Ma Belle—. Y cuando no conseguía trabajo en ningún teatro, hacía de camarero o de maître. Pero, después de la guerra, durante unos meses hizo de maestro de ceremonias de nuestro circo. Supongo que Harry podría hacer de lo que hiciese falta, aunque la mayoría de las veces representa a su peor enemigo.

—¿En qué sentido?

—Harry es un conquistador con debilidad por los licores. Gracias a su labia, era capaz de conseguir un empleo en cuestión de minutos, pero gracias a su afición al alcohol podía perderlo igual de rápido.

—Cuando trabajaba en el Circo —intervino Charity—, dejaba a Duchess con nosotras.

—¿Que traía aquí a Duchess? —les preguntó Emmett asombrado.

—Sí —confirmó Ma Belle—. Entonces Duchess tenía unos once años y mientras su padre estaba abajo, él trabajaba aquí arriba, en el salón. Cogía los sombreros y servía las bebidas a los clientes. Se sacaba un buen dinero, aunque su padre no le dejaba quedárselo.

Emmett miró a su alrededor y trató de imaginarse a Duchess con once años recogiendo sombreros y sirviendo bebidas en una casa de mala reputación.

Ma Belle le adivinó el pensamiento.

—No era como ahora —dijo—. Por entonces, los sábados por la noche no cabía ni un alfiler en el Circo y aquí arriba trabajaban diez chicas. Y no sólo venían los chicos del astillero naval. Venía gente de la alta sociedad.

—Venía hasta el alcalde —añadió Charity.

—¿Y qué pasó?

Ma Belle se encogió de hombros.

—Cambiaron los tiempos. Cambió el vecindario. Cambiaron los gustos.

Paseó la mirada por la habitación con cierta nostalgia.

—Yo creía que sería la guerra lo que acabaría con nuestro negocio, pero al final fueron los barrios residenciales.

Poco antes del mediodía, Emmett estaba listo para marcharse. Charity le dio un beso en la mejilla y Ma Belle le estrechó la

mano; y él les dio las gracias por la ropa limpia, el desayuno y su amabilidad.

—Si me dan la dirección, me marcharé.

Ma Belle se quedó mirándolo.

—¿Qué dirección?

—La de la hermana de Woolly.

—¿Y qué te hace pensar que yo tengo la dirección de la hermana de Woolly?

—¿Duchess no se la dejó?

—A mí no. ¿Y a ti, tesoro?

Cuando Charity negó con la cabeza, Emmett cerró los ojos.

—¿Por qué no la buscamos en el listín telefónico? —propuso Charity con una sonrisa.

Charity y Ma Belle miraron a Emmett.

—No sé su apellido de casada.

—Vaya, pues me temo que ahora estás jodido.

—¡Ma! —dijo Charity.

—Vale, vale. Déjame pensar.

Ma Belle miró a lo lejos un momento.

—Ese amigo vuestro, Woolly, ¿de dónde ha salido?

—Es de Nueva York.

—Ya me lo imagino, pero ¿de qué distrito?

Emmett se quedó mirándola sin comprender.

—De qué barrio. ¿Brooklyn? ¿Queens? ¿Manhattan?

—Manhattan.

—Bueno, eso ya es algo. ¿Y sabes a qué colegio iba?

—Fue a varios internados. St. George, St. Paul, St. Mark...

—¡Es católico! —dijo Charity.

Ma Belle puso los ojos en blanco.

—Ésos no son colegios católicos, tesoro. Son colegios para blancos protestantes. Y muy elitistas. He conocido a unos cuantos ex alumnos de esos colegios y me juego una americana azul a que vuestro amigo Woolly es del Upper East Side. Pero

¿a cuál iba? ¿A St. George, a St. Paul o a St. Mark?

—A todos.

—¿A todos?

Cuando Emmett les explicó que a Woolly lo habían expulsado de dos, Ma Belle se echó a reír.

—Caray, chico —dijo por fin—. Si te expulsan de uno de esos colegios, para entrar en otro necesitas provenir de una familia con mucho abolengo. Pero ¿que te echen de dos y entrar en un tercero? ¡Para eso necesitas haber llegado en el *Mayflower*! Dime, ¿cuál es el verdadero nombre de ese personaje?

—Wallace Wolcott Martin.

—Cómo no. Charity, ¿por qué no vas a mi despacho y me traes un libro negro del cajón de mi escritorio?

Cuando Charity volvió de la habitación de detrás del piano, Emmett esperaba verla llegar con una pequeña agenda de direcciones. Pero lo que llevaba Charity era un gran tomo negro con el título escrito en letras rojas.

—Esto es el Registro Social —explicó Ma Belle—. Aquí aparece todo el mundo.

—¿Todo el mundo? —preguntó Emmett.

—Bueno, no todo. Yo, por ejemplo, he estado encima, debajo, detrás y delante de todo el Registro Social, pero nunca he estado dentro. Aquí es donde aparece todo el otro mundo. Hazme sitio, Gary Cooper.

Cuando Ma Belle se dejó caer en el sofá a su lado, Emmett notó que los cojines se hundían unos centímetros hacia el suelo. Miró la cubierta del libro y enseguida vio que era la edición de 1951.

—Es una edición antigua —dijo.

Ma Belle lo miró y frunció el ceño.

—¿Te crees que es fácil hacerse con uno de éstos?

—Él no lo sabe —dijo Charity.

—No, supongo que no. Mira, si estuvieras buscando a un

amigo tuyo polaco o italiano cuyos abuelos hubiesen desembarcado en la isla de Ellis, de entrada no habría ningún libro donde buscarlos. Pero aunque hubiese un libro, el problema sería que esas personas suelen cambiar de nombre y de dirección como cambian de ropa. Por eso vinieron a Estados Unidos: para salir de la rutina en la que los habían atrapado sus antepasados.

Con solemnidad, Ma Belle puso una mano encima del libro que tenía en el regazo.

—En cambio, éstos nunca cambian nada. Ni el nombre, ni la dirección, ni el más mínimo detalle. Y precisamente por eso son quienes son.

Ma Belle tardó cinco minutos en encontrar lo que buscaba. Siendo tan joven, Woolly no tenía su propia entrada en el registro, pero sí aparecía como uno de los tres hijos de la señora de Richard Cobb, apellidada Wolcott de soltera; viuda de Thomas Martin; miembro del Colony Club y de las Hijas de la Revolución Estadounidense; antaño residente en Manhattan, hoy día en Palm Beach. Sus dos hijas, Kaitlin y Sarah, estaban casadas y figuraban en la entrada de sus respectivos maridos: el señor y la señora Lewis Wilcox de Morristown, Nueva Jersey, y el señor y la señora Dennis Whitney de Hastings-on-Hudson, Nueva York.

Duchess no había mencionado en casa de qué hermana estaban.

—Sea como sea, debes volver a Manhattan a coger el tren —dijo Ma Belle—. Yo, en tu lugar, empezaría por Sarah, porque Hastings-on-Hudson está más cerca y tiene el beneficio añadido de no estar en Nueva Jersey.

Cuando Emmett se marchó de casa de Ma Belle, ya eran casi las doce y media. Para ahorrar tiempo, paró un taxi, pero cuando

le pidió al taxista que lo llevara a la estación de ferrocarril de Manhattan, el taxista le preguntó a cuál de ellas.

—¿En Manhattan hay más de una estación de ferrocarril?

—Hay dos, amigo: Penn Station y Grand Central. ¿A cuál quieres ir?

—¿Cuál es la más grande?

—Las dos son una más grande que la otra.

Emmett nunca había oído hablar de Grand Central, pero recordaba haberle oído decir al mendigo de Lewis que la de Pennsylvania era la más grande del país.

—Penn Station —dijo.

Al llegar, dedujo que había acertado, porque la fachada de la estación tenía unas columnas de mármol de cuatro pisos de altura, y el interior era una vasta extensión bajo un altísimo techo de cristal por la que se movía una legión de viajeros. Cuando encontró el mostrador de información, Emmett se enteró de que no salía ningún tren hacia Hastings-on-Hudson desde Penn Station. Esos trenes eran los de la línea del río Hudson y salían de Grand Central. Así que, en lugar de ir a casa de Sarah, Emmett cogió el tren de las 13.55 h que iba a Morristown, Nueva Jersey.

Cuando llegó a la dirección que le había dado Ma Belle, le pidió al taxista que esperara mientras él iba a llamar a la puerta. La mujer que salió a abrir le dijo que sí, que era Kaitlin Wilcox, en un tono relativamente cordial. Pero en cuanto Emmett le preguntó si por casualidad estaba allí su hermano Woolly, ella casi se enfadó.

—De repente todo el mundo quiere saber si mi hermano está aquí. Pero ¿por qué iba a estar aquí? ¿Qué significa todo esto? ¿Estás compinchado con esa chica? ¿Qué estáis tramando? ¿Quién eres?

Mientras Emmett volvía al taxi a toda prisa, la oía gritar desde la puerta exigiendo saber quién era.

Así que regresó a la estación de Morristown, donde cogió el tren de las 16.20 h a Penn Station; allí paró otro taxi que lo llevó a Grand Central, que resultó tener también sus columnas de mármol, su techo altísimo y sus legiones de viajeros. Esperó media hora y cogió el tren de las 18.15 h que iba a Hastings-on-Hudson.

Cuando llegó, poco después de las siete, tomó el cuarto taxi del día. A los diez minutos de estar circulando, se fijó en que el taxímetro subía un níquel y marcaba un dólar con noventa y cinco centavos, y pensó que quizá no tendría suficiente dinero para pagar la carrera. Abrió su cartera y comprobó que todos aquellos trenes y taxis lo habían dejado con sólo dos dólares.

—¿Puede parar aquí? —preguntó.

El taxista le lanzó una mirada inquisitiva por el espejo retrovisor y detuvo el vehículo en el arcén de una vía de tres carriles. Emmett le mostró su cartera y le explicó que justo el dinero que le quedaba era lo que marcaba el taxímetro.

—Pues si no hay dinero, no hay taxi.

Emmett asintió, le entregó los dos dólares al taxista, le dio las gracias por el trayecto y salió del coche. Por suerte, antes de arrancar, el taxista tuvo el detalle de bajar la ventanilla del lado del pasajero y darle estas indicaciones: *Dentro de unos tres kilómetros, gira a la derecha por Forest; luego, después de un kilómetro y medio, gira a la izquierda por Steeplechase Road*. Cuando el taxi se marchó, Emmett empezó a caminar, mentalmente exhausto por aquella serie interminable de viajes infinita y simétricamente cortados.

Estados Unidos tiene cuatro mil ochocientos kilómetros de ancho, pensó. Cinco días atrás, Billy y él se habían puesto en marcha con la intención de recorrer dos mil cuatrocientos kilómetros hacia el oeste, hasta California. En lugar de eso, habían recorrido dos mil cuatrocientos kilómetros hacia el este, hasta Nueva York. Al llegar, Emmett había bajado desde Times

Square hasta el sur de Manhattan y había vuelto a subir. Había ido a Brooklyn y a Harlem. Y cuando por fin parecía que su destino estaba al alcance, Emmett había cogido tres trenes y cuatro taxis, y ahora continuaba a pie.

Se imaginaba claramente el esquema que habría dibujado el señor Nickerson: San Francisco en el lado izquierdo de la pizarra, el trayecto zigzagueante de Emmett en el lado derecho, y cada tramo de su viaje un poco más corto que el anterior. Sólo que la paradoja con la que Emmett tenía que lidiar no era la de Zenón. Era otra paradoja charlatana, caradura y desbaratadora llamada Duchess.

Sin embargo, pese a lo exasperante de la situación, Emmett admitía que, a buen seguro, pasarse la tarde yendo de un sitio a otro era lo mejor que podía ocurrirle. Porque si unas horas atrás, cuando había salido del salón de Ma Belle hirviendo de frustración, Duchess hubiese estado abajo, en la calle, Emmett lo habría derribado de un puñetazo.

En cambio, los viajes en tren, los viajes en taxi y el trayecto de casi cinco kilómetros a pie le habían dado tiempo no sólo para repasar las razones que tenía para estar furioso —el Studebaker, el sobre, la bebida narcotizada—, sino también las razones para mantener la templanza. Como las promesas que les había hecho a Billy y a la hermana Agnes, o la intercesión de Ma Belle y Charity. Pero, por encima de todo, lo que daba que pensar a Emmett y le aconsejaba cierta moderación era la historia que le había contado Fitzy FitzWilliams mientras bebían whisky en aquel bar de mala muerte.

Durante casi una década, Emmett había alimentado en silencio la repulsa hacia los caprichos de su padre: su obsesivo compromiso con un sueño agrícola, la negativa a pedir ayuda y el idealismo ingenuo que guiaba sus pasos aunque eso le hubiera llevado a perder la finca y a su esposa. Sin embargo, a pesar de todos sus defectos, Charlie Watson nunca había

traicionado a Emmett como Harry Hewett había traicionado a Duchess.

¿Y por qué?

Por una baratija.

Una fruslería que colgaba del cadáver de un payaso.

Emmett era muy consciente de la paradoja que encerraba la historia que le había contado el viejo actor. Era fuerte y clara como una reprimenda. Porque, de todos los chicos a los que había conocido en Salina, Emmett habría colocado a Duchess a la cabeza de la lista de los más susceptibles de saltarse las normas o mentir con el fin de obtener su propia conveniencia. Pero, a la hora de la verdad, el inocente era Duchess. Era a él a quien habían enviado a Salina sin que hubiese hecho nada para merecerlo. Townhouse y Woolly habían robado un coche. Y él, Emmett Watson, había puesto fin a la vida de otro hombre.

¿Qué derecho tenía a exigirle a Duchess que expiara sus pecados? ¿Qué derecho tenía a exigírselo ni a él ni a nadie?

Segundos después de tocar el timbre de los Whitney, oyó correr a alguien dentro. Y entonces la puerta se abrió de par en par.

En el fondo, Emmett debía de esperar que Duchess se mostrara arrepentido, porque le molestó mucho verlo allí plantado, sonriente, casi triunfante al volverse hacia Billy y extender los brazos —como había hecho en la puerta del granero de los Watson— para decir:

—¿No te lo decía yo, chico?

Con una sonrisa de oreja a oreja, Billy rodeó a Duchess para abrazar a su hermano. Y empezó a hablar con entusiasmo.

—¡No te vas a creer lo que ha pasado, Emmett! Cuando salimos del circo, mientras tú estabas con tus amigas, Duchess nos llevó al Empire State a buscar el despacho del profesor Abernathe. Subimos en ascensor hasta la planta cincuenta y

cinco y no sólo encontramos su despacho, ¡también encontramos al profesor Abernathe! Y me regaló uno de sus cuadernos por si se me acaban las páginas en blanco. Y cuando le hablé de Ulysses...

—Espera, espera —dijo Emmett, sonriendo a su pesar—. Quiero que me lo cuentes todo, Billy. De verdad. Pero antes necesito hablar a solas con Duchess un momento, ¿vale?

—Vale, Emmett —dijo Billy, aunque no parecía demasiado conforme con la idea.

—¿Por qué no vienes conmigo? —le dijo Woolly a Billy—. ¡De todas formas quería enseñarte una cosa!

Emmett vio subir a Billy y a Woolly por la escalera. Hasta que no hubieron desaparecido por el pasillo, no se dio la vuelta hacia Duchess.

Saltaba a la vista que Duchess quería decirle algo. Estaban presentes todos los indicios: se había puesto de puntillas, se disponía a gesticular con las manos y su semblante denotaba voluntad y seriedad. Pero era obvio que no estaba preparándose simplemente para hablar. Iba a entregarse en cuerpo y alma a otra explicación.

Así que, antes de que pudiese pronunciar ni una sola palabra, Emmett lo agarró por el cuello de la camisa y llevó un puño hacia atrás.

Woolly

Es cierto que Woolly sabía por experiencia que, cuando alguien decía que quería hablar con otra persona en privado, era difícil encontrar un lugar donde meterte. No obstante, cuando Emmett dijo que quería hablar en privado con Duchess, Woolly supo exactamente lo que tenía que hacer. De hecho, llevaba pensando en ello desde las 19.42 h.

—¿Por qué no vienes conmigo? —le dijo a Billy—. ¡De todas formas quería enseñarte una cosa!

Subió la escalera con el chiquillo y se lo llevó al dormitorio que era y no era suyo.

—Pasa, pasa —dijo.

Cuando Billy entró en la habitación, Woolly cerró la puerta; sólo la dejó entreabierta unos centímetros para que no pudiesen oír lo que Emmett iba a decirle a Duchess, pero sí pudiesen oír a Emmett cuando los llamara y les dijera que ya podían volver.

—¿De quién es esta habitación?

—Hace mucho tiempo era mía —dijo Woolly con una sonrisa —, pero la he cedido para que el bebé pueda estar más cerca de mi hermana.

—Y ahora tienes la habitación de la escalera de atrás.

—Sí, y es lo más razonable —dijo Woolly—, porque así puedo ir y venir a mi antojo.

—Me gusta el azul. Es el mismo color que el del coche de Emmett —dijo Billy.

—¡Yo pensé lo mismo!

Cuando terminaron de admirar aquel tono de azul, Woolly se

dirigió al bulto tapado con una lona que había en medio de la habitación. Retiró la lona, localizó la caja que buscaba, levantó la tapa, apartó el trofeo de tenis y sacó la caja de puros.

—Aquí está —dijo.

La cama estaba cubierta de las cosas de Woolly, así que se sentaron los dos en el suelo.

—¿Es una colección? —preguntó Billy.

—Sí. Aunque no es como tu colección de dólares de plata, ni la colección de tapones de botella que tenías en Nebraska. Porque no es una colección de versiones diferentes de la misma cosa. Es una colección de la misma versión de diferentes cosas.

Woolly levantó la tapa e inclinó la caja hacia Billy.

—¿Lo ves? Esto son cosas que casi nunca utilizas, pero que conviene guardar bien para saber exactamente dónde encontrarlas cuando de repente las necesitas. Por ejemplo, aquí es donde guardo los gemelos y las mancuernillas de mi padre por si algún día necesito ponerme un esmoquin. Y eso son francos franceses, por si tengo que ir a Francia. Y eso es el trozo de vidrio marino más grande que jamás he encontrado. Pero aquí...

Woolly apartó con cuidado la vieja cartera de su padre, sacó un reloj de pulsera del fondo de la caja y se lo entregó a Billy.

—La esfera es negra —dijo el niño, sorprendido.

Woolly asintió con la cabeza.

—Y los números son blancos. Al revés de como debería ser. Se llama un reloj de oficial. Los hacían así para que los francotiradores enemigos no pudiesen apuntar a la esfera blanca de su reloj cuando un oficial tuviera que mirar la hora en el campo de batalla.

—¿Era de tu padre?

—No —dijo Woolly al tiempo que negaba con ganas con la cabeza—. Era de mi abuelo. Lo llevaba en Francia, durante la Primera Guerra Mundial, pero luego se lo dio al hermano de mi

madre, mi tío Wallace. Y luego tío Wallace me lo regaló por Navidad cuando yo era más pequeño que tú. Me llamo Wallace por él.

—¿Te llamas Wallace, Woolly?

—Ah, sí. Ya lo creo.

—¿Y por eso te llaman Woolly? ¿Para que la gente no os confunda a tu tío y a ti cuando estáis juntos?

—No —dijo Woolly—. Tío Wallace murió hace años. En una guerra, igual que mi padre. Pero él no murió en una guerra mundial. Murió en la guerra civil española.

—¿Y por qué fue tu tío a luchar en la guerra civil española?

Woolly se enjugó rápidamente una lágrima y negó con la cabeza.

—No estoy seguro, Billy. Dice mi hermana que había hecho tantas cosas que todos esperaban que hiciese que quería hacer algo que nadie esperara.

Se quedaron los dos mirando el reloj que Billy sostenía con cuidado en la mano.

—¿Has visto? —dijo Woolly—. Tiene un segundero. Sólo que en lugar de ser un segundero grande que da la vuelta a la esfera grande, como el de tu reloj, es un segundero muy pequeño que da la vuelta a su propia esfera. Supongo que en una guerra es muy importante contar los segundos.

—Sí, supongo que sí —coincidió Billy.

Tendió la mano para devolverle el reloj a Woolly.

—No, no —dijo Woolly—. Es para ti. Lo he sacado de la caja porque quiero regalártelo.

Billy negó con la cabeza y dijo que un reloj como aquél era demasiado valioso para regalarlo.

—Nada de eso —dijo Woolly con vehemencia—. No es un reloj demasiado valioso para regalarlo. Es un reloj demasiado valioso para guardarlo. Mi abuelo se lo pasó a mi tío, y mi tío me lo pasó a mí. Ahora yo te lo paso a ti. Y algún día, dentro

de muchos años, tú se lo pasarás a alguien más.

Es posible que Woolly no se explicara a la perfección, pero Billy pareció entenderlo. De modo que ¡no se hable más!, decidió Woolly, aunque antes le explicó el único inconveniente de aquel reloj: que una vez al día había que darle cuerda exactamente catorce veces.

—Si sólo le das cuerda doce veces —dijo—, al final del día se habrá atrasado cinco minutos. Mientras que si le das cuerda dieciséis veces, irá cinco minutos adelantado. Pero si le das cuerda exactamente catorce veces, estará exactamente en hora.

Tras asimilar esa información, Billy empezó a contar en silencio y le dio cuerda al reloj exactamente catorce veces.

Lo que Woolly no le contó a Billy fue que a veces, como la primera vez que puso un pie en St. Paul, él le daba cuerda al reloj dieciséis veces seis días seguidos a propósito, para ir media hora adelantado respecto a todos los demás. Mientras que otras le daba cuerda doce veces seis días seguidos para poder ir media hora atrasado. Tanto de una forma como de la otra, tanto si le daba cuerda dieciséis veces como si se daba doce, tenía una sensación parecida a cuando Alicia pasaba a través del espejo o los Pevensie a través del armario y se encontraban en un mundo que era y no era el suyo.

—Vamos, póntelo —dijo Woolly.

—¿Qué quieres decir? ¿Que me lo ponga ahora?

—Claro —dijo Woolly—. Claro, claro, claro. ¡De eso se trata!

Así que, sin ayuda de nadie, Billy se lo abrochó en la muñeca.

—Bonito, ¿que no? —dijo Woolly.

Y tras decir eso, habría repetido la frase para enfatizarla, pero no lo hizo. Porque de pronto, de algún lugar de la planta de abajo, llegó un sonido muy parecido a un disparo de escopeta. Woolly y Billy se miraron con los ojos como platos, se levantaron de un brinco y salieron corriendo por la puerta.

Duchess

Emmett estaba de mal humor, por supuesto. Intentaba disimularlo, porque él es como es, pero yo me di cuenta. Sobre todo cuando interrumpió a Billy, que le estaba contando su historia, y dijo que quería hablar conmigo a solas.

Hombre, en su lugar yo también habría querido hablar conmigo a solas.

Otro de los dichos favoritos de la hermana Agnes era: *El hombre sabio se delata a sí mismo*. Lo que quería decir, claro está, es que si hacías algo indebido, ya fuese detrás de la caseta de las herramientas o en plena noche, ella se enteraría. Juntaría las pistas y, luego, cómodamente sentada en su butaca como Sherlock Holmes, lo deduciría. O lo percibiría por tu actitud. O lo oiría pronunciado por el mismísimo Dios. Fuera cual fuese la fuente, acabaría descubriendo tus transgresiones, de eso no cabía duda. De modo que, con objeto de ahorrar tiempo, lo más sensato era delatarse uno mismo. Admitir que te habías pasado de la raya, expresar arrepentimiento y prometer que repararías el daño causado, a ser posible antes de que alguien más tuviese la oportunidad de hablar. Así que, en cuanto nos quedamos a solas, Emmett me encontró preparado.

Pero resultó que él había pensado otra cosa. Una cosa aún mejor. Y antes de que yo hubiese pronunciado ni una sola palabra me agarró por el cuello de la camisa para arrearme un puñetazo. Cerré los ojos y me dispuse a recibir mi redención.

Sólo que no pasó nada.

Entreabrí el ojo derecho y vi que Emmett apretaba los dientes y luchaba contra su propio instinto.

—¡Venga! —lo apremié—. Te sentirás mejor. ¡Yo me sentiré mejor!

Pero mientras intentaba animarlo noté que aflojaba la mano. Me empujó y di un par de pasos hacia atrás. Así que al final acabé teniendo que disculparme.

—Lo siento —dije.

Sin tomar aire, enumeré todas mis faltas contándolas con los dedos.

—Tomé prestado el Studebaker sin pedirte permiso; te dejé tirado en Lewis; calculé mal tu interés por el Caddy; y para colmo, te estropeé la noche en casa de Ma Belle. ¿Qué puedo decirte? He demostrado tener muy mal criterio. Pero te compensaré.

Emmett levantó ambas manos.

—Yo no necesito que me compenses por nada, Duchess. Acepto tus disculpas. Lo único que quiero es no volver a hablar de esto.

—De acuerdo —dije yo—. Te agradezco que estés dispuesto a pasar página. Pero lo primero es lo primero...

Me saqué el sobre del bolsillo trasero y se lo devolví con cierta ceremonia. Cuando lo cogió, se mostró visiblemente aliviado —es posible que incluso lanzara un suspiro—, aunque me di cuenta de que sopesaba el contenido.

—No está todo —admití—. Pero tengo otra cosa para ti.

Del otro bolsillo saqué las cuentas.

Emmett se quedó un poco perplejo al coger el papel, pero aún más después de echarle un vistazo.

—¿Es la letra de Billy?

—Ya lo creo. Te diré una cosa, Emmett: a ese chico se le dan muy bien los números.

Me puse al lado de Emmett y señalé las columnas.

—Está todo ahí. Los gastos imprescindibles, como la gasolina y los hoteles, que te serán reembolsados inmediatamente.

Luego hay otros gastos más arbitrarios que correrán de mi cuenta y que te pagaré en cuanto lleguemos a las Adirondack.

Emmett levantó la vista de la hoja con gesto de incredulidad.

—Duchess, ¿cuántas veces tengo que repetirte que no voy a ir a las Adirondack? En cuanto esté listo el Studebaker, Billy y yo nos iremos a California.

—Ya te entiendo. Como Billy quiere estar allí antes del Cuatro de Julio, tiene sentido que os pongáis en marcha cuanto antes. Pero dices que tu coche no estará listo hasta el lunes, ¿no? Y debes de estar muerto de hambre. Así que vamos a cenar juntos los cuatro esta noche. Y mañana, Woolly y yo cogeremos el Caddy e iremos al refugio a recoger la pasta. Tendremos que hacer una breve parada en Syracuse para ver a mi viejo, pero luego seguiremos adelante. Sólo iremos unos días detrás de vosotros.

—Duchess... —Emmett negó con la cabeza con gesto afligido.

Incluso parecía un poco derrotado, lo que no era propio de un chico tan voluntarioso. Era obvio que el plan tenía algo que no acababa de convencerlo. O quizá hubiese surgido alguna nueva complicación de la que yo no estaba al corriente. Quise preguntárselo, pero justo entonces oímos una pequeña explosión en la calle. Emmett se dio la vuelta despacio y se quedó mirando la puerta un instante. Entonces cerró los ojos.

Sally

Si algún día fuese bendecida con mis propios hijos, no preferiría educarlos como episcopalianos antes que como católicos. Puede que los episcopalianos pertenezcan a la categoría de los protestantes, pero por sus oficios nadie lo diría, con todas esas vestiduras y esos himnos ingleses. Supongo que a ellos les gusta llamarlo Iglesia alta. Yo lo llamo petulancia.

Pero una cosa que sabe hacer muy bien la Iglesia episcopal es llevar los registros al día. Casi son tan minuciosos con ellos como los mormones. Así que, como Emmett no me llamó por teléfono el viernes a las dos y media como me había prometido, no tuve más remedio que hablar con el padre Colmore de la iglesia de San Lucas.

En cuanto se puso al teléfono, le expliqué que estaba intentando localizar a un miembro de la parroquia de una iglesia episcopal de Manhattan y le pregunté si se le ocurría alguna forma de hacerlo. Sin pensárselo dos veces, él respondió que debía ponerme en contacto con el reverendo Hamilton Speers, el rector de San Bartolomé. Hasta me dio el número de teléfono.

San Bartolomé debe de ser una iglesia importante, eso seguro. Porque cuando llamé, en lugar del reverendo Speers contestó una recepcionista que me pidió que esperara (pese a tratarse de una llamada de larga distancia); entonces me pasó con un ayudante del rector, quien a su vez quiso saber para qué necesitaba yo hablar con el reverendo. Le expliqué que era pariente lejano de una familia de su parroquia, que mi padre había muerto en plena noche, que necesitaba avisar a mis

primos de Nueva York de su fallecimiento y que no conseguía encontrar la agenda de direcciones de mi padre pese a haberla buscado por toda la casa.

Es cierto, en sentido estricto mi afirmación no fue sincera. Pero si bien la religión cristiana censura, en general, el consumo de licores, un sorbo de vino tinto no sólo lo consiente, sino que tiene un papel esencial en el sacramento. Y supongo que, si bien la Iglesia censura, en general, la falsedad, una mentira piadosa puede ser tan cristiana como el sorbo de vino del domingo si se realiza en nombre del Señor.

¿Cómo se apellidaba la familia?, quiso saber el ayudante.

Cuando respondí que se trataba de la familia de Woolly Martin, volvió a pedirme que esperase un momento. Cayeron unas monedas más, y entonces el reverendo Speers se puso al teléfono. Lo primero que hizo fue expresarme sus profundas condolencias por mi pérdida y su deseo de que mi padre descansara en paz. A continuación me explicó que la familia de Woolly, los Wolcott, habían sido miembros de la parroquia de San Bartolomé desde su fundación en 1854, y que él mismo había casado a cuatro de sus miembros y bautizado a otros diez. Seguramente había enterrado a muchos más.

En cuestión de minutos ya tenía el número de teléfono y la dirección de la madre de Woolly, que vivía en Florida, y de sus dos hermanas, ambas casadas y residentes en Nueva York. Telefoneé primero a la que se llamaba Kaitlin.

Los Wolcott quizá fuesen miembros de la parroquia de San Bartolomé desde su fundación en 1854, pero Kaitlin Wolcott Wilcox no debía de haber prestado mucha atención en las clases de catequesis, porque cuando le dije que estaba buscando a su hermano se puso a la defensiva. Y cuando le dije que me habían comentado que quizá estuviese en su casa se mostró sumamente antipática.

—Mi hermano está en Kansas. ¿Por qué iba a estar aquí?

¿Quién le ha dicho que podría estar aquí? ¿Quién es usted? —dijo.

Y así sucesivamente.

Acto seguido marqué el número de teléfono de Sarah. Esta vez el teléfono sonó y sonó y sonó.

Cuando por fin colgué, me quedé sentada, tamborileando con los dedos en la mesa de mi padre.

En el despacho de mi padre.

Bajo el techo de mi padre.

Fui a la cocina, cogí mi monedero, saqué cinco dólares y los dejé junto al teléfono para cubrir el coste de las llamadas. Luego fui a mi habitación, saqué mi maleta del fondo del armario y la llené con mis cosas.

El viaje de Morgen a Nueva York duró veinte horas repartidas a lo largo de un día y medio.

Habrá quien piense que eso son muchas horas al volante, pero creo que hasta entonces nunca había tenido veinte horas ininterrumpidas de tiempo para pensar. Y me dio por ponerme a pensar, supongo que lógicamente, en el misterio de nuestra voluntad de movernos de un sitio a otro.

Todos los indicios apuntan a que la voluntad de movernos es tan antigua como la humanidad. Pensemos en la gente del Antiguo Testamento: no paraban quietos. Los primeros fueron Adán y Eva saliendo del Edén. Luego tenemos a Caín, condenado a deambular sin descanso; a Noé, a la deriva por las aguas del Diluvio; a Moisés, guiando a los israelitas de Egipto hacia la Tierra Prometida. Algunos de esos personajes contaban con la simpatía del Señor y otros no, pero todos iban de un sitio a otro. Y por lo que respecta al Nuevo Testamento, nuestro Señor Jesucristo era lo que podríamos llamar un peripatético: alguien que siempre va de un sitio a otro, ya sea a pie, a lomos

de un burro o llevado por las alas de los ángeles.

Pero las evidencias de la voluntad de moverse de un sitio a otro no se limitan a las páginas de la Biblia, ni mucho menos. Cualquier niño de diez años sabe que levantarse y andar es el tema número uno de la historia de las hazañas humanas. Por ejemplo, ese gran libro rojo que Billy siempre lleva de un lado para otro. Contiene veintiséis historias que han ido transmitiéndose a lo largo del tiempo y casi todas tratan sobre un hombre que se dirige a algún sitio. Napoleón camino de sus conquistas, o Phileas Fogg y su vuelta al mundo en ochenta días. Algunos son personajes históricos y otros ficticios; pero, tanto si son reales como si son imaginados, casi todos acaban en un lugar diferente del que partieron.

Así pues, si el deseo de ir de un sitio a otro es tan antiguo como la humanidad y eso lo sabe cualquier crío, ¿qué pasa con un hombre como mi padre? ¿Qué interruptor se ha apagado en el vestíbulo de su mente para que el providencial deseo de movilidad se transforme en voluntad de quedarse quieto?

La causa no es la pérdida de vigor. Porque esa transformación no se produce cuando los hombres como mi padre envejecen y se debilitan, sino cuando todavía están sanos, robustos y en la plenitud de la vida. Si les preguntas qué ha producido el cambio, ellos lo envolverán con el lenguaje de la virtud. Te dirán que el sueño americano consiste en establecerse, formar una familia y ganarse la vida honradamente. Te hablarán con orgullo de los lazos que los unen a su comunidad a través de la Iglesia, el Rotary y la Cámara de Comercio, y de todo tipo de inmovilidades.

Pero tal vez, pensaba mientras cruzaba el río Hudson, tal vez el deseo de inmovilidad no surja de las virtudes de los hombres, sino de sus vicios. Al fin y al cabo, ¿acaso la gula, la pereza y la avaricia no están relacionadas con la inmovilidad? ¿No consisten en repantigarte en una butaca donde puedes

comer más, holgazanear más y codiciar más cosas? De alguna manera, el orgullo y la envidia también están relacionados con la inmovilidad. Porque así como el orgullo se basa en lo que has construido a tu alrededor, la envidia se basa en lo que tu vecino ha construido al otro lado de la calle. Quizá la casa de un hombre sea su castillo, pero, en mi opinión, el foso no sólo cumple la función de mantener a la gente fuera, sino también la de mantener a la gente dentro.

Estoy convencida de que el Señor tiene una misión para cada uno de nosotros, una misión indulgente con nuestras debilidades, a medida de nuestras fuerzas y diseñada exclusivamente para nosotros. Pero a lo mejor Dios no llama a nuestra puerta y nos la presenta glaseada como un pastel. A lo mejor, digo yo, lo que Dios nos pide, lo que Él espera de nosotros, lo que Él confía que hagamos es que, como Su único Hijo, salgamos al mundo y nos encontremos a nosotros mismos.

Nada más bajarme de *Betty* vi salir a Emmett, Woolly y Billy de la casa. Billy y Woolly tenían una gran sonrisa en la cara, mientras que Emmett, como de costumbre, se comportaba como si las sonrisas fuesen un recurso muy escaso y valioso.

Woolly, que evidentemente había recibido una buena educación, quiso saber si llevaba equipaje.

—Gracias por preguntar —contesté sin mirar a Emmett—. Mi maleta está en la trasera. Y en el asiento de atrás hay un cesto, Billy; ¿me lo puedes coger, por favor? Pero sin mirar dentro.

—Ahora te lo cogemos todo —dijo Billy.

Mientras Billy y Woolly llevaban mis cosas adentro, Emmett negó con la cabeza.

—Sally —dijo con no poca exasperación.

—Diga, señor Watson.

—¿Qué haces aquí?

—¿Que qué hago aquí? Pues no sé. No tenía nada demasiado urgente en la agenda. Y siempre había querido ver la gran ciudad. Y luego está ese otro pequeño detalle de que ayer me pasé toda la tarde esperando a que sonara el teléfono.

Eso le bajó los humos.

—Lo siento —dijo—. La verdad es que me olvidé por completo de llamarte. Desde que salimos de Morgen, hemos tenido un problema detrás de otro.

—Todos tenemos dificultades —dije yo.

—Claro. No quiero justificarme. Debería haberte llamado y no lo hice. Pero ¿era realmente necesario que vinieras hasta aquí?

—A lo mejor no. Supongo que habría podido cruzar los dedos y confiar en que Billy y tú estuvierais bien. Pero pensé que querrías saber por qué había venido a verme el sheriff.

—¿El sheriff?

Antes de que pudiera explicárselo, Billy me había rodeado la cintura con un brazo y miraba fijamente a Emmett.

—Sally ha traído más galletas y conservas.

—¿No te he dicho que no miraras? —dije yo.

Le alboroté el pelo y noté que no se lo había lavado desde la última vez que nos habíamos visto.

—Ya sé que lo has dicho, Sally. Pero no lo decías en serio, ¿verdad?

—No, no lo decía en serio.

—¿Has traído conservas de fresa? —preguntó Woolly.

—Sí. Y también de frambuesa. Hablando de conservas, ¿dónde está Duchess?

Todos se mostraron un poco sorprendidos, como si acabasen de darse cuenta de que faltaba Duchess. Pero justo entonces salió por la puerta principal con una camisa y una corbata bajo un delantal inmaculado y anunció:

—¡La cena está servida!

Woolly

¡Menuda noche estaban pasando!

Para empezar, cuando dieron las ocho Duchess abrió la puerta de la calle y allí estaba Emmett, lo que ya suponía un motivo de celebración. Todavía no había pasado un cuarto de hora —justo después de que Woolly le regalara el reloj de su tío a Billy— cuando se oyó una pequeña explosión ¡y a quién vieron sus maravillados ojos sino a Sally Ransom, que había llegado conduciendo desde Nebraska! Y antes de que pudiesen celebrar esa otra sorpresa, Duchess apareció en el umbral y anunció que la cena estaba servida.

—Por aquí —dijo cuando entraron todos en la casa.

Pero en lugar de conducirlos a la cocina, Duchess los guió hasta el comedor, donde la mesa estaba puesta con la vajilla de porcelana y la cristalería y los dos candelabros, aunque no se celebraba ninguna fiesta ni ningún cumpleaños.

—¡Santo cielo! —exclamó Sally al entrar por la puerta.

—¿Por qué no se sienta aquí, señorita Ransom? —dijo Duchess, y le retiró la silla.

Duchess sentó a Billy al lado de Sally, a Woolly al otro lado de la mesa y a Emmett a la cabecera. Duchess se reservó el otro extremo de la mesa, el que quedaba más cerca de la puerta de vaivén de la cocina, por la que desapareció en un santiamén. La puerta todavía no había dejado de oscilar, y él ya había regresado con una servilleta colgada del antebrazo y una botella de vino en la mano.

—Una buena cena italiana no se puede apreciar debidamente sin un poco de *vino rosso*.

Rodeó la mesa y fue sirviéndoles una copa a todos, incluido Billy. Luego, tras dejar la botella en la mesa, se metió por la puerta de la cocina y volvió a salir, esta vez con cuatro platos: uno en cada mano y dos más en equilibrio en la sangradura de los codos, ¡precisamente para la circunstancia, pensó Woolly, que había sido diseñada la puerta de vaivén!

Tras dar una vuelta a la mesa a toda velocidad y servirle un plato a cada uno, Duchess desapareció y volvió a aparecer para servirse el suyo. Sólo que esta vez, cuando salió por la puerta, se había quitado el delantal y llevaba un chaleco con todos los botones abrochados.

Cuando Duchess se sentó a la mesa, Sally y Emmett estaban mirando fijamente su plato.

—Pero ¿qué diantre...? —dijo Sally.

—Alcachofas rellenas —dijo Billy.

—No las he preparado yo —confesó Duchess—. Billy y yo las hemos comprado antes en Arthur Avenue.

—Ésa es la avenida principal del sector italiano del Bronx —aclaró Billy.

Emmett y Sally miraron primero a Duchess, luego a Billy y por último miraron su plato con la misma perplejidad.

—Hay que arrastrar la carne de las hojas con los incisivos inferiores —explicó Woolly.

—¿Cómo dices? —preguntó Sally.

—¡Así!

Para demostrárselo, Woolly arrancó una hoja de alcachofa, la raspó con los dientes y la dejó en el plato.

Al cabo de unos minutos, todos disfrutaban de lo lindo arrancando hojas de alcachofa, bebiendo vino y especulando con la debida admiración sobre quién debía de haber sido la primera persona de la historia de la humanidad con la osadía de comerse una alcachofa.

Cuando todos se hubieron terminado el entrante, Sally se

colocó bien la servilleta en el regazo y preguntó qué más iban a comer.

—*Fettuccine Mio Amore* —contestó Billy.

Emmett y Sally miraron a Duchess pidiéndole que elaborara aquella respuesta, pero como él estaba ocupado recogiendo los platos, le pidió a Woolly que hiciera los honores.

Así que Woolly les contó toda la historia. Les habló de Leonello's, aquel restaurante donde no se aceptaban reservas y donde no se repartían cartas. Les habló de la máquina de discos, de los mafiosos y de Marilyn Monroe. Les habló de Leonello, que iba de mesa en mesa saludando a sus clientes e invitándolos a copas. Y por último les contó que, cuando el camarero iba a tu mesa, ni siquiera mencionaba los *Fettuccine Mio Amore*, porque, si no lo conoces lo suficiente para pedirlos, no mereces comerlos.

—Yo he ayudado a prepararlos —dijo Billy—. Duchess me ha enseñado a cortar correctamente una cebolla.

Sally tenía la mirada fija en Billy, un tanto conmocionada.

—¿A cortar correctamente?

—Sí, correctamente —dijo Billy.

—¿Y en qué consiste eso, si se puede saber?

Antes de que Billy pudiera explicárselo, la puerta se abrió de par en par y Duchess apareció con los cinco platos.

Mientras les estaba describiendo Leonello's, Woolly se había dado cuenta de que Emmett y Sally eran un poco escépticos, y no podía reprochárselo. Porque, a la hora de contar historias, Duchess era un tanto exagerado: siempre había tres metros de nieve, y el río siempre era tan ancho como el mar. Pero después del primer bocado, todos los comensales descartaron sus dudas.

—Están deliciosos —dijo Sally.

—Hay que reconocerlo. —Emmett alzó su copa y añadió—: ¡Por los chefs!

A lo que Woolly respondió:

—¡Por los chefs!

Y ¡*Por los chefs*!, dijeron todos.

• • •

La cena estaba tan rica que todos quisieron repetir. Duchess sirvió más vino y a Emmett le brillaban los ojos mientras a Sally se le coloreaban las mejillas y la cera de la vela caía gota a gota, deliciosamente, por los brazos del candelabro.

Luego todos empezaron a pedirse cosas unos a otros. Primero Emmett le pidió a Billy que le contara lo de la visita al Empire State Building. Luego Sally le pidió a Emmett que le contara lo del viaje en el tren de mercancías. Luego Woolly le pidió a Duchess que le contara lo de los trucos de magia que había visto hacer en el escenario. Y por último Billy le preguntó a Duchess si él sabía hacer algún truco de magia.

—Supongo que, con los años, he aprendido algunos.

—¿Y por qué no nos haces uno?

Duchess tomó un sorbo de vino, pensó un momento y entonces dijo:

—¿Por qué no?

Tras apartar su plato, Duchess se sacó el sacacorchos del bolsillo del chaleco, le desenroscó el tapón y lo dejó encima de la mesa. A continuación cogió la botella de vino, vació los posos y metió el tapón en la botella, pero no dejándolo en el cuello, donde suele estar, sino introduciéndolo hasta el fondo para que cayera dentro de la botella, donde antes estaban los posos.

—Como veréis, he metido el tapón dentro de la botella —dijo.

Dejó que se la pasaran unos a otros para que todos pudiesen comprobar que la botella era de vidrio y que el tapón estaba

realmente dentro. Woolly incluso le dio la vuelta a la botella y la sacudió para demostrar lo que, en teoría, todos sabían: que si ya era difícil meter un tapón dentro de una botella, sacarlo sacudiéndola era imposible.

Cuando la botella hubo completado su circuito, Duchess se arremangó la camisa, levantó las manos para que todos vieran que las tenía vacías y le preguntó a Billy si por favor podía hacer una cuenta atrás.

Para gran satisfacción de Woolly, Billy no sólo aceptó la tarea, sino que utilizó el diminuto segundero de la esfera de su reloj nuevo para ejecutarla con precisión.

Diez, dijo mientras Duchess cogía la botella y se la ponía en el regazo, donde los demás no podían verla. *Nueve… Ocho…*, dijo mientras Duchess inhalaba y exhalaba. *Siete… Seis… Cinco…*, mientras Duchess hacía rodar los hombros hacia delante y hacia atrás. *Cuatro… Tres… Dos*, mientras bajaba tanto los párpados que parecía que los hubiese cerrado del todo.

¿Cuánto son diez segundos?, pensó Woolly mientras Billy hacía la cuenta atrás. Suficiente para confirmar que un boxeador de los pesos pesados ha perdido el combate. Suficiente para anunciar la llegada de otro Año Nuevo. Aun así, no parecía suficiente para extraer un tapón de corcho del fondo de una botella. Y sin embargo, sin embargo, en cuanto Billy dijo *Uno*, con una mano Duchess puso la botella vacía encima de la mesa y con la otra puso el tapón de corcho de pie a su lado.

Sally dio un grito de asombro y miró a Billy y a Emmett y a Woolly. Y Billy miró a Woolly y a Sally y a Emmett. Y Emmett miró a Billy y a Woolly y a Sally. Es decir, que todos miraron a todos. Excepto Duchess, que se quedó mirando al frente con la sonrisa inescrutable de una esfinge.

Todos se pusieron a hablar a la vez. Billy declaró que aquello

era magia. Y Sally exclamó: ¡*Increíble*! Y Woolly exclamó: ¡*Maravilloso, maravilloso, maravilloso!* Y Emmett quiso ver la botella.

Así que Duchess le pasó la botella y todos pudieron comprobar que estaba vacía. Entonces Emmett, escéptico, insinuó que debía de haber dos botellas y dos tapones, y que Duchess les había dado el cambiazo en su regazo. Así que todos miraron debajo de la mesa y Duchess se dio la vuelta con los brazos extendidos, pero no encontraron otra botella por ninguna parte.

De nuevo, todos empezaron a hablar a la vez; querían que Duchess les enseñara cómo lo había hecho, y él les contestó que un mago jamás revela sus secretos. Pero, tras la medida correcta de insistencia y súplicas, accedió a revelar el truco.

Volvió a introducir el tapón de corcho en la botella y explicó:

—Lo que haces es coger la servilleta, deslizar una esquina doblada por el cuello de la botella, así, mover el tapón hasta que cae dentro del pliegue de la servilleta, y luego estirar suavemente.

Y en efecto, cuando Duchess tiró suavemente de la servilleta, la esquina doblada envolvió el tapón, lo arrastró por el cuello de la botella y lo liberó con un satisfactorio *pop*.

—Déjame probar —dijeron Billy y Sally de inmediato.

—¡Probemos todos! —propuso Woolly.

Woolly saltó de la silla, atravesó la cocina y fue a la despensa donde «Dennis» guardaba sus vinos. Cogió tres botellas de *vino rosso* y las llevó a la cocina, donde Duchess las descorchó para que Woolly pudiese verter su contenido por el desagüe.

De nuevo en el comedor, Billy, Emmett, Sally y Woolly metieron cada uno un corcho en el fondo de su botella y plegaron minuciosamente su servilleta mientras Duchess iba alrededor de la mesa dándoles instrucciones.

—Dóblale un poco más la esquina, así... Mueve un poco más

el corcho, así... Haz que encaje un poco más en el pliegue. Ahora tira, pero suavemente.

Pop, *pop*, *pop*, hicieron al salir los corchos de Sally, Emmett y Billy.

Entonces todos miraron a Woolly, lo que normalmente hacía que a Woolly le dieran ganas de levantarse y marcharse de la habitación. Pero eso no le pasó después de cenar alcachofas y *Fettuccine Mio Amore* con cuatro de sus mejores amigos. ¡Esa noche no!

—Esperad, esperad —dijo—. Ya lo tengo, ya lo tengo.

Mordiéndose la punta de la lengua, Woolly empujaba y achuchaba, y luego empezó a tirar muy muy suavemente. Y mientras Woolly tiraba, todos los que estaban sentados alrededor de la mesa, incluso Duchess, contuvieron la respiración hasta que el tapón de Woolly hizo *pop* y todos irrumpieron en una gran ronda de vítores.

Y entonces se abrió la puerta de vaivén y entró «Dennis».

—¡Ahí va! —dijo Woolly.

—¿Se puede saber qué demonios está pasando aquí? —preguntó «Dennis», aunque en realidad no esperaba ninguna respuesta.

La puerta de vaivén se abrió de nuevo y entró Sarah con gesto de preocupación anticipada.

«Dennis» avanzó bruscamente, cogió la botella que Woolly tenía delante y paseó la mirada por la mesa.

—¡Château Margaux del 28! ¡¿Os habéis bebido cuatro botellas de Château Margaux del 28?!

—No, solamente nos hemos bebido una botella —le contestó Billy.

—Es verdad. Las otras tres las hemos vaciado en el fregadero —añadió Woolly.

Nada más decir eso, se dio cuenta de que no debería haberlo dicho, porque de repente «Dennis» se puso tan rojo como su

Château Margaux.

—¡Las habéis vaciado en el fregadero!

Sarah, que había permanecido callada detrás de su marido sujetando la puerta, entró en el comedor. Ahora Sarah diría lo que había que decir, pensó Woolly, eso mismo que más tarde él lamentaría no haber tenido la entereza necesaria para decir. Sin embargo, cuando Sarah salió de detrás de «Dennis» y tuvo ocasión de contemplar toda la escena, cogió la servilleta que estaba al lado del plato de Woolly y que, igual que todas las de la mesa, tenía unas enormes manchas de vino tinto.

—Ay, Woolly —dijo con una vocecilla.

Una vocecilla que te partía el corazón.

Todos guardaron silencio; por unos instantes nadie parecía saber dónde mirar. No se decidían a mirarse unos a otros, ni a mirar las botellas, ni las servilletas. Pero «Dennis» puso la botella vacía de Château Margaux encima de la mesa y fue como si se rompiera un hechizo: entonces todos miraron fijamente a Woolly, sobre todo «Dennis».

—Wallace Martin —dijo—, quiero hablar contigo a solas.

• • •

Cuando Woolly siguió a su cuñado hasta el despacho, se dio cuenta de que la situación, ya de por sí bastante mala, había empeorado. Porque, a pesar de que «Dennis» había dejado muy claro que no le gustaba que la gente entrara en su despacho cuando él no estaba allí, su teléfono estaba metido en el cajón del escritorio con el cable colgando.

—Siéntate —dijo «Dennis», y devolvió el teléfono a su sitio con un golpazo.

Miró a Woolly durante un largo minuto, algo que por lo visto suelen hacer las personas que se sientan detrás de un escritorio: después de insistir en que quieren hablar contigo

inmediatamente, permanecen un largo minuto allí sentadas sin decir palabra. Pero hasta un largo minuto llega a su fin.

—Supongo que te preguntarás por qué tu hermana y yo estamos aquí.

La verdad era que a Woolly no se le había ocurrido preguntarse aquello, ni mucho menos. Pero ahora que «Dennis» lo mencionaba, sí que parecía que valía la pena preguntárselo, puesto que en principio los dos iban a pasar la noche en la ciudad.

Pues bien, resultó que el viernes por la tarde Kaitlin había recibido una llamada de una joven que le había preguntado si Woolly estaba en su casa. Luego, ese mismo sábado por la mañana, un joven se había presentado en casa de Kaitlin para hacerle la misma pregunta. Kaitlin no entendía por qué tanta gente le preguntaba por Woolly, si se suponía que estaba cumpliendo su sentencia en Salina. Como era lógico, se había preocupado y había decidido llamar a su hermana. Al marcar el número de teléfono de Sarah, le había contestado Woolly, pero él no sólo le había colgado el teléfono, sino que por lo visto lo había dejado mal colgado, porque Kaitlin había vuelto a llamar varias veces y el número de Sarah comunicaba. Ese giro de los acontecimientos no le había dejado a Kaitlin más alternativa que avisar a Sarah y a «Dennis», a pesar de que en ese momento estaban cenando en casa de los Wilson.

Cuando Woolly era pequeño, la puntuación siempre le había parecido una especie de adversario, una fuerza hostil empeñada en derrotarlo, ya fuese mediante el espionaje o asaltando sus playas con fuerza arrolladora. En séptimo grado, cuando se lo contó a la amable y paciente señorita Penny, ella le había explicado que se equivocaba por completo. La puntuación, le dijo, era su aliada, no su enemiga. Todos aquellos pequeños signos —el punto, la coma, el punto y coma — estaban allí para ayudarlo a asegurarse de que la otra

persona entendiera lo que le intentaba decir. Pero, por lo visto, «Dennis» estaba tan convencido de que entenderían lo que quería decir que no necesitaba ningún signo de puntuación:

—Tras pedirles disculpas a nuestros anfitriones y volver a Hastings qué nos encontramos sino una ranchera bloqueando el camino de entrada toda la cocina patas arriba desconocidos en el comedor bebiéndose nuestro vino y las servilletas Dios mío las servilletas que tu abuela le regaló a tu hermana manchadas de vino imposible de limpiar porque tú las has tratado como lo tratas todo como tratas a todo el mundo es decir sin el más mínimo respeto

«Dennis» se quedó mirando a Woolly como si realmente estuviese intentando comprenderlo, tratando de descifrarlo.

—A los quince años tu familia te envía a uno de los mejores colegios del país y te expulsan por una razón que ni siquiera puedo recordar y entonces te mandan a St. Mark de donde vuelven a expulsarte por quemar una portería nada más y nada menos y cuando ya no hay ningún otro colegio respetable dispuesto a darte una segunda oportunidad tu madre convence a St. George para que te acepten invocando la memoria de tu tío Wallace que no sólo destacó allí como estudiante sino que acabó sirviendo en su patronato y cuando te echan de allí y te encuentras no ante un comité disciplinario sino ante un juez qué hace tu familia sino mentir respecto a tu edad para que no te juzguen como a un adulto y contratar a un abogado de Sullivan y Cromwell nada más y nada menos que convence al juez para que te envíe a un reformatorio especial de Kansas donde puedes pasarte un año cultivando hortalizas pero por lo visto ni siquiera tienes agallas para sobrellevar esa molestia hasta el final

«Dennis» se detuvo e hizo una pausa solemne.

Como Woolly sabía muy bien, la pausa solemne era un elemento esencial en una conversación a solas. Era la señal

para el que hablaba y el que escuchaba de que a continuación venía algo sumamente importante.

—Según me ha contado Sarah si vuelves a Salina te dejarán completar la sentencia en cuestión de meses de modo que podrás matricularte en la universidad y seguir con tu vida pero lo único que ha quedado absolutamente claro Wallace es que tú todavía no valoras los estudios y que la mejor forma de que alguien aprenda a valorar los estudios es pasando unos años haciendo un trabajo que no los requiera y teniendo eso en cuenta mañana voy a hablar con un amigo mío de la bolsa de valores que siempre está buscando a jóvenes para emplearlos como recaderos y a lo mejor él tiene un poco más de éxito que el resto de nosotros y te enseña qué significa ganarse el sustento

Y entonces Woolly supo con certeza lo que debería haber sabido la noche anterior —cuando estaba tan animado y rodeado de flores silvestres y de hierba que le llegaba por las rodillas—: que nunca iba a visitar la Estatua de la Libertad.

Emmett

Después de hablar con Woolly, el señor Whitney subió a su dormitorio, y al cabo de unos minutos lo siguió su mujer. Woolly dijo que quería comprobar la progresión de las estrellas y salió a la calle, y al cabo de unos minutos lo siguió Duchess, que quería asegurarse de que su amigo estaba bien. Y Sally subió a acostar a Billy. De modo que Emmett se quedó solo en la cocina con todo el desorden.

Y se alegró.

Cuando el señor Whitney había entrado por la puerta del comedor, la emoción de Emmett había pasado de la alegría a la vergüenza en un instante. ¿En qué estaban pensando todos, los cinco? Pasándolo en grande en casa de un hombre al que no conocían, bebiéndose su vino y manchando las servilletas de su mujer con un juego infantil. A su bochorno se añadió el recuerdo de Parker y Packer en el vagón *pullman*, con toda esa comida tirada a su alrededor y la botella de ginebra volcada. Emmett los había juzgado en el acto; había censurado la falta de seriedad y respeto con que habían tratado su entorno.

Así que Emmett no le reprochó al señor Whitney que se enfadara. Estaba en su derecho de enfadarse. De sentirse insultado. De sentirse ofendido. Lo que había sorprendido a Emmett había sido la reacción de la señora Whitney, lo elegante que había sido diciéndoles con amabilidad, una vez que Woolly y el señor Whitney se hubieron marchado del comedor, que no pasaba nada, que sólo eran unas servilletas y unas botellas de vino, e insistiendo, sin el menor rastro de resentimiento, en que podían dejarlo todo tal como estaba

porque ya lo recogería la muchacha de la limpieza, y diciéndoles en qué habitaciones podían dormir y en qué armarios encontrarían más mantas, almohadas y toallas. *Elegante* era la única palabra adecuada para definirlo. Una elegancia que agravaba la sensación de vergüenza de Emmett.

Por eso se alegró de encontrarse solo, de tener la oportunidad de recoger la mesa del comedor y ponerse a lavar los platos. Fue su pequeño acto de penitencia.

Acababa de lavar los platos y se disponía a seguir con las copas cuando regresó Sally.

—Ya duerme —dijo ella.

—Gracias.

Sin decir nada más, Sally cogió un trapo y empezó a secar los platos mientras él lavaba las copas; luego secó las copas mientras él lavaba las cazuelas. Y fue consolador hacerlo; hacerlo en compañía de Sally sin que ninguno de los dos sintiese la necesidad de hablar.

Se dio cuenta de que ella estaba tan avergonzada como él, y en eso también halló consuelo. No el consuelo de saber que había otra persona que sentía un bochorno similar. Más bien el consuelo de saber que había otra persona que compartía su sentido del bien y del mal, y que, por tanto, de alguna forma éste era más correcto.

DOS

Duchess

El elemento fundamental del vodevil era el golpe de efecto, y me refiero a los cómicos tanto como a los malabaristas y los magos. El público entraba en el teatro con sus propias preferencias, sus propios prejuicios y sus propias expectativas. Así que, sin que la gente se diera cuenta, el artista necesitaba eliminar todo eso y sustituirlo por otras expectativas, unas expectativas que él estaba más preparado para prever, manipular y, en definitiva, satisfacer.

Mandrake el Magnífico, por ejemplo. Manny no podía considerarse lo que se dice un gran mago. En la primera mitad de su número se sacaba un ramo de flores de la manga, o cintas de colores de las orejas, o hacía aparecer un níquel de la nada. Más o menos los mismos trucos que podías ver en la fiesta de cumpleaños de un niño de diez años. Pero igual que Kazantikis, lo que faltaba al principio de su número Manny lo compensaba en el final.

Una de las diferencias entre Mandrake y la mayoría de sus colegas era que, en lugar de tener a su lado a una rubia de piernas bonitas, tenía una gran cacatúa blanca llamada *Lucinda*. Muchos años atrás, durante un viaje por el Amazonas —le explicaba Manny al público—, había recogido un polluelo que había caído del nido en plena selva. Tras cuidar a la cacatúa hasta su recuperación, la había adoptado y desde entonces vivían juntos. A lo largo del número, *Lucinda*, posada en una barra dorada, ayudaba a Manny sujetando un juego de llaves con sus garras o golpeando tres veces con el pico una baraja de cartas.

Cuando el número estaba a punto de concluir, Manny anunciaba que iba a intentar hacer un truco que nunca había realizado en público. Un tramoyista sacaba un pedestal sobre el que había un cofre negro, esmaltado y con un gran dragón rojo dibujado. En uno de sus últimos viajes a Oriente, explicaba Manny, había encontrado aquel objeto en un mercadillo, y nada más verlo se había dado cuenta de lo que era: una Caja del Mandarín. Manny apenas sabía un poco de chino, pero el anciano que vendía aquel curioso objeto no sólo confirmó a Manny sus sospechas, sino que le enseñó las palabras mágicas necesarias para hacerlo funcionar.

Esta noche, anunciaba Manny, *por primera vez en toda América, utilizaré mi Caja del Mandarín para hacer desaparecer a mi leal cacatúa y luego hacerla reaparecer ante todos ustedes*.

Con cuidado, Manny metía a *Lucinda* en el cofre y cerraba las portezuelas. Hecho esto cerraba los ojos y, en chino inventado, recitaba un conjuro mientras golpeaba el cofre con su varita mágica. Cuando volvía a abrir las portezuelas, el pájaro había desaparecido.

Tras agradecer los aplausos del público, Manny pedía silencio y explicaba que el conjuro para hacer reaparecer al pájaro era mucho más complicado que el que lo hacía desaparecer. Inspiraba hondo e intensificaba su galimatías oriental hasta alcanzar el tono adecuado. Entonces abría los ojos y apuntaba con la varita. Una llamarada aparentemente surgida de la nada envolvía el cofre, provocando que el público gritara de asombro y que Manny retrocediera un par de pasos. Cuando se dispersaba el humo, allí estaba la Caja del Mandarín, intacta. Manny se acercaba a ella vacilante, abría las portezuelas del cofre, metía las manos dentro... y sacaba una bandeja en la que había un pájaro perfectamente asado y rodeado de toda su guarnición.

Al principio, el mago y el público compartían el silencio que

siempre acompaña a la estupefacción. Entonces, alzando la vista de la bandeja, Manny se volvía hacia la platea y decía: ¡*Vaya*!

Aquello ponía al público en pie.

• • •

En fin. Esto es lo que pasó el domingo 20 de junio...

Nos despertamos al romper el alba y, ante la insistencia de Woolly, recogimos nuestras cosas, bajamos la escalera de puntillas y salimos a la calle sin hacer ruido.

Tras poner el Caddy en punto muerto y bajarlo por el camino de la casa, encendimos el motor, arrancamos y, media hora más tarde, volábamos por la Taconic State Parkway como Alí Babá en su alfombra mágica.

Los pocos coches que había en la carretera parecían circular en la dirección opuesta, así que íbamos a buen ritmo: pasamos por Lagrangeville a las siete y por Albany a las ocho.

Después de recibir la bronca de su cuñado, Woolly se había pasado toda la noche dando vueltas en la cama y se había despertado más deprimido de lo que yo lo había visto jamás, así que cuando apareció una torre azul en el horizonte, puse el intermitente.

Me pareció que se animaba un poco al volver a sentarse en uno de esos reservados naranja. Aunque el mantel individual no le interesó demasiado, se comió casi la mitad de sus tortitas y todo mi beicon.

Poco después de dejar atrás Lake George, Woolly me hizo salir de la carretera y empezamos a serpentear por el espléndido y bucólico paisaje que constituye el noventa por ciento del territorio del estado de Nueva York y que no contribuye en absoluto a su reputación. Los pueblos cada vez estaban más alejados unos de otros, y los árboles cada vez más

cerca de la calzada; ahora Woolly casi parecía el de siempre, y tarareaba música de anuncios aunque la radio no estuviera encendida. Debían de ser más o menos las once cuando se sentó en el borde del asiento y señaló un espacio que se abría entre los árboles.

—Toma la siguiente a la derecha.

Nos metimos por un camino de tierra y empezamos a serpentear por un bosque con los árboles más altos que he visto jamás.

Si he de ser absolutamente sincero, la primera vez que Woolly me habló de los ciento cincuenta mil dólares que estaban guardados en una caja fuerte en el refugio de la familia, no me lo creí del todo. La verdad es que no me imaginaba aquel dineral abandonado en una cabaña de madera en medio del bosque. Pero nada más salir de entre los árboles se alzó ante nosotros una casa que parecía un pabellón de caza de los Rockefeller.

Cuando Woolly la vio, dio un suspiro de alivio casi más hondo que el mío, como si él también hubiese abrigado sus dudas. Como si aquel sitio pudiera haber sido producto de su imaginación.

—Bienvenido a casa —dije.

Y Woolly me sonrió por primera vez ese día.

Salimos del coche y lo seguí hasta la fachada principal de la casa, y luego por el jardín hasta una gigantesca masa de agua que relucía bajo el sol.

—El lago —dijo Woolly.

Los árboles descendían hasta la misma orilla, y no había otra edificación a la vista.

—¿Cuántas casas hay al borde de este lago? —pregunté.

—¿Una...? —me preguntó.

—Ya.

Entonces empezó a explicarme la distribución.

—El embarcadero —dijo señalando el embarcadero.

Y el cobertizo de los botes, dijo señalando el cobertizo de los botes. Y el asta de la bandera, dijo señalando el asta de la bandera.

—El guarda todavía no ha venido —observó, y dio otro suspiro de alivio.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque la balsa no está en el lago y los botes de remos no están en el embarcadero.

Nos dimos la vuelta y nos detuvimos un momento para admirar la casa, que se reflejaba en el agua como si hubiese estado allí desde los albores de América. Y quizá fuese así.

—¿Te parece bien que cojamos nuestras cosas? —sugirió Woolly.

—¡Permítame!

Me puse manos a la obra como un botones del Ritz: fui corriendo al coche y abrí el maletero. Aparté el Louisville Slugger, saqué nuestros bolsones y seguí a Woolly hacia el extremo más estrecho de la casa, donde dos hileras de piedras pintadas de blanco conducían hasta la puerta.

Al final de los escalones de la entrada había cuatro tiestos del revés. Seguro que, cuando la balsa estaba en el lago y los botes de remos en el embarcadero, en aquellos tiestos había cualesquiera que fueran las flores que los anglosajones blancos y protestantes encontraban decorativas pero no demasiado ostentosas.

Después de mirar debajo de tres de los tiestos, Woolly cogió una llave y abrió la puerta. Entonces, demostrando una claridad mental muy poco habitual en él, dejó otra vez la llave donde la había encontrado, y luego entramos.

Lo primero que encontramos fue una habitacioncita donde diferentes armarios, ganchos y cestos contenían un ordenado surtido de todo lo necesario para la vida al aire libre: chaquetas

y sombreros, cañas de pescar y carretes, arcos y flechas. Enfrente de un armario con las puertas de cristal que contenía cuatro rifles había un montón de grandes sillas blancas apiladas que debían de haber recogido de sus pintorescos rincones del jardín.

—El zaguán. Para quitarse el barro —dijo Woolly.

¡Como si alguna vez el barro hubiese ensuciado el zapato de un Wolcott!

Encima del armero había un gran letrero verde igual que el de los barracones de Salina donde estaban pintadas una serie de normas. El resto de la pared lo ocupaban, casi en su totalidad, colgadas hasta la altura del techo, unas tablas de color granate en forma de escudo con chevrones blancos.

—Los ganadores —me explicó Woolly.

—¿De qué?

—De los torneos que hacíamos el Cuatro de Julio.

Woolly los fue señalando uno a uno.

—Tiro con rifle, tiro con arco, carrera de natación, carrera de canoas, carrera de veinte metros.

Mientras yo observaba aquellas tablas, Woolly debió de pensar que estaba buscando su nombre, porque me aclaró que no aparecía en ninguna.

—No se me da muy bien ganar —confesó.

—Ganar está sobrevalorado —le aseguré.

Salimos del zaguán y Woolly me precedió por el pasillo, nombrando las habitaciones a medida que las íbamos dejando atrás.

—El salón de té... la sala de billar... el cuarto de juegos...

Al final del pasillo se abría una gran zona común.

—Esto lo llamamos el gran salón —dijo Woolly.

Y con razón lo llamaban así. Como el vestíbulo de un gran hotel, tenía seis saloncitos independientes con sofás y sillones y lámparas de pie. También había una mesa de juego cubierta

con un tapete, y una chimenea que parecía la de un castillo. Todo estaba en su sitio correspondiente, excepto las mecedoras verde oscuro apiñadas junto a las puertas cristaleras que daban al exterior.

Al verlas, Woolly se mostró compungido.

—¿Qué pasa?

—En realidad, las mecedoras tendrían que estar en el porche.

—No hay mejor momento que ahora.

Dejé nuestras bolsas en el suelo y mi sombrero en una butaca y ayudé a Woolly a trasladar las mecedoras al porche y a colocarlas en su sitio, a intervalos regulares, siguiendo sus instrucciones. Luego me preguntó si quería ver el resto de la casa.

—Absumamente —dije, con lo que su sonrisa se ensanchó aún más—. Quiero verlo todo, Woolly. Pero no podemos olvidar la razón por la que hemos venido...

Me miró intrigado unos segundos; luego levantó un dedo para dar a entender que se acordaba. Me guió por el pasillo del otro extremo del gran salón y abrió una puerta.

—El despacho de mi bisabuelo —dijo.

Cuando terminamos de recorrer toda la casa, me pareció ridículo haber dudado de que allí se guardase dinero. Dado el tamaño de las habitaciones y la calidad del mobiliario, bien podría haber cincuenta mil dólares debajo de un colchón del cuarto de la sirvienta y otros cincuenta mil perdidos entre los cojines de los sofás. Sin embargo, si el esplendor de la casa había fortalecido mi confianza, el despacho del bisabuelo la consolidó de una vez por todas. Aquélla era la habitación de un hombre que no sólo sabía cómo ganar dinero, sino también cómo conservarlo. Lo que, al fin y al cabo, son dos cosas completamente distintas.

En ciertos aspectos era una especie de versión reducida del gran salón, con las mismas butacas de madera, las mismas

alfombras rojas y otra chimenea. Pero también había un gran escritorio, librerías y unos escalones de esos que los ratones de biblioteca utilizan para llegar a los volúmenes de los estantes más altos. En una pared vi un cuadro de un grupo de colonizadores con pantalones ceñidos y peluca blanca reunidos alrededor de una mesa. Y encima de la chimenea había un retrato de un hombre de unos cincuenta y muchos años con un atractivo rostro de tez clara y aire decidido.

—¿Es tu bisabuelo? —pregunté.

—No, mi abuelo —dijo Woolly.

Su respuesta me alivió, de alguna manera. Colgar un retrato de uno mismo encima de la chimenea de su despacho no parecía una cosa muy propia de un Wolcott.

—Lo pintaron cuando mi abuelo sustituyó a mi bisabuelo en la empresa papelera. Poco después de que muriera, mi bisabuelo lo hizo trasladar aquí.

Mirando a Woolly y al personaje del retrato no me costó nada apreciar el parecido familiar. Salvo el aire decidido, por supuesto.

—¿Qué pasó con la empresa papelera? —pregunté.

—Tío Wallace se hizo cargo de ella al morir mi abuelo. Entonces sólo tenía veinticinco años y la dirigió hasta aproximadamente los treinta, porque también murió.

No quise comentar que la dirección de la empresa papelera de los Wolcott era un cargo que más valía evitar. Sospecho que Woolly ya lo sabía.

Woolly se dio la vuelta, fue hasta el cuadro de los colonizadores y extendió un brazo.

—La presentación de la Declaración de Independencia.

—No me digas.

—Sí, sí —dijo Woolly—. Ésos son John Adams, Thomas Jefferson, Ben Franklin y John Hancock. Están todos ahí.

—¿Dónde está el Wolcott? —pregunté con una sonrisita

burlona.

Pero Woolly dio otro paso adelante y señaló una cabecita de la última fila del grupo.

—Oliver —dijo—. También firmó los Artículos de la Confederación y fue gobernador de Connecticut. Aunque todo eso pasó hace siete generaciones.

Asentimos los dos con la cabeza para mostrarle nuestro respeto al viejo Ollie. Acto seguido Woolly levantó una mano, abrió el cuadro como si fuese la puerta de un armario y hete aquí que allí estaba la caja fuerte del bisabuelo. Parecía hecha con el metal de un buque de guerra. Tenía un tirador de níquel y cuatro pequeñas esferas, y debía de medir medio metro de ancho por medio metro de alto. Si también tenía medio metro de profundidad, sería lo bastante grande para contener los ahorros de setenta generaciones de Hewett. De no ser por la solemnidad del momento, habría silbado.

Desde el punto de vista del bisabuelo, seguramente el contenido de la caja fuerte era un vestigio del pasado. En aquella espectacular mansión, detrás de aquel venerable cuadro, había documentos que se habían firmado décadas atrás, joyas que habían pasado de generación en generación y dinero que se había ido acumulando a lo largo de varias vidas. Pero en unos segundos una parte del contenido de la caja fuerte se habría transformado en una representación del futuro.

El futuro de Emmett. El futuro de Woolly. Mi futuro.

—Aquí está —dijo Woolly.

—Aquí está —coincidí.

Los dos soltamos un suspiro.

—¿Quieres...? —le pregunté, y señalé los diales.

—¿Cómo? Ah, no. Hazlo tú.

—De acuerdo. —Traté de resistir a la tentación de frotarme las manos—. Dime la combinación y ya haré yo los honores.

Al cabo de un momento de silencio, Woolly me miró con

gesto de genuina sorpresa.

—¿Combinación? —me preguntó.

Me reí. Me reí hasta que me dolieron los riñones y se me saltaron las lágrimas.

Ya lo he dicho: el elemento fundamental del vodevil era el golpe de efecto.

Emmett

—Buen trabajo. No sé cómo darte las gracias —dijo la señora Whitney.

—Ha sido un placer —dijo Emmett.

Estaban en la puerta de la habitación del bebé, contemplando las paredes que Emmett acababa de pintar.

—Debes de tener hambre después de tanto trabajo. ¿Por qué no bajas y te preparo un sándwich?

—Se lo agradezco mucho, señora Whitney. Déjeme recoger un poco esto.

—Sí, claro. Pero, por favor, llámame Sarah —dijo ella.

Cuando había bajado esa mañana, Emmett había descubierto que Duchess y Woolly se habían ido. Se habían levantado de madrugada y se habían marchado en el Cadillac, dejando sólo una nota. El señor Whitney también se había ido: había regresado a su piso de la ciudad sin ni siquiera desayunar. Y la señora Whitney estaba en la cocina ataviada con un pantalón de peto y el pelo recogido con un pañuelo.

—Me prometí que acabaría de pintar la habitación del bebé de todas todas —explicó un tanto abochornada.

No hizo falta insistirle mucho para que le dejara hacer el trabajo a Emmett.

Con la aprobación de la señora Whitney, Emmett llevó las cajas con las cosas de Woolly al garaje y las apiló en el sitio donde antes estaba el Cadillac. Con unas herramientas que encontró en el sótano, desmontó la cama y guardó las piezas

junto a las cajas. Tras vaciar la habitación, terminó de aplicar cinta de carrocero en las molduras, extendió la lona en el suelo, removió la pintura y se puso a trabajar.

Una vez que tenías el trabajo correctamente preparado, con la habitación vacía, las molduras protegidas con cinta de carrocero y la lona extendida en el suelo, pintar era una tarea placentera. Tenía un ritmo que serenaba los pensamientos o incluso los acallaba. Llegaba un momento en que sólo percibías el movimiento de la brocha arriba y abajo, dándole a la pared blanca su nueva pátina azul.

Cuando Sally vio lo que estaba haciendo Emmett, asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias.

—Allí, junto a la ventana, se te ha derramado un poco de pintura en la lona.

—Es verdad.

—Vale. Sólo para que lo sepas —dijo ella.

Entonces Sally miró arriba y abajo del pasillo con el ceño ligeramente fruncido, como si la decepcionara que no hubiese ninguna habitación más para pintar. No estaba acostumbrada a estar ociosa, y menos como invitada inesperada en la casa de otra mujer.

—A lo mejor me llevo a Billy al centro. Buscaremos algún bar donde comer algo.

—Me parece buena idea —coincidió Emmett. Puso la brocha en el borde de la lata y añadió—: Espera, te doy un poco de dinero.

—Me parece que puedo permitirme invitar a tu hermano a una hamburguesa. Además, a la señora Whitney sólo le falta que dejes un rastro de pintura por toda la casa.

• • •

Cuando la señora Whitney bajó a preparar los sándwiches, Emmett se llevó todas las herramientas de trabajo por la escalera trasera (no sin antes examinar dos veces los zapatos para asegurarse de que no tenía pintura en las suelas). En el garaje, limpió las brochas y la bandeja y se lavó las manos con aguarrás. Luego se reunió con la señora Whitney en la cocina, donde lo esperaban un sándwich de jamón y un vaso de leche encima de la mesa.

Cuando Emmett se sentó, la señora Whitney ocupó la silla de enfrente con una taza de té, pero sin nada para comer.

—Tengo que ir a la ciudad a reunirme con mi marido, pero me ha dicho tu hermano que tu coche está en el taller y que no lo tendrán listo hasta mañana.

—Así es —confirmó Emmett.

—En ese caso, ¿por qué no os quedáis los tres a dormir aquí? Podéis prepararos algo para cenar con lo que hay en la nevera, y por la mañana sólo tenéis que acordaros de cerrar la puerta con llave al marcharos.

—Eres muy generosa.

Emmett dudaba que el señor Whitney estuviese de acuerdo con aquel plan. De hecho, probablemente le había dicho a su mujer que los quería a todos fuera de casa tan pronto como se despertaran. Vio confirmadas sus sospechas cuando la señora Whitney añadió, como si acabara de ocurrírsele, que si sonaba el teléfono sería mejor que no contestasen.

Mientras comía, Emmett se fijó en que en medio de la mesa había una hoja de papel doblada y metida entre el salero y el pimentero. La señora Whitney la miró también y confirmó que era la nota de Woolly.

Cuando Emmett se había despertado y había bajado y la señora Whitney le había dicho que Woolly se había ido, ella parecía casi aliviada por su partida, pero al mismo tiempo también un poco preocupada. Ahora, al mirar la nota, esas

mismas emociones se reflejaron en su rostro.

—¿Quieres leerla? —preguntó.

—No sé si debo.

—No pasa nada. Estoy segura de que a Woolly no le importaría.

En circunstancias normales, Emmett habría vuelto a poner reparos, pero intuía que la señora Whitney quería que leyera la nota. Dejó el sándwich y sacó la hoja metida entre el salero y el pimentero.

En la nota, escrita a mano y dirigida a *Hermanita*, Woolly decía que sentía mucho haber complicado las cosas. Sentía lo de las servilletas y lo del vino. Sentía lo del teléfono en el cajón. Sentía marcharse tan temprano sin despedirse como Dios manda. Pero ella no debía preocuparse. Ni un minuto. Ni un instante. Ni una milésima de segundo. Todo iría bien.

La nota terminaba con esta enigmática posdata: ¡*Los Carter se comían el ceviche en la piscina*!

—¿Es verdad? —preguntó la señora Whitney cuando Emmett dejó la nota encima de la mesa.

—¿Perdón?

—¿Irá todo bien?

—Sí —contestó Emmett—. Seguro que sí.

La señora Whitney asintió con la cabeza, pero Emmett comprendió que aquel gesto, más que una señal de que estaba de acuerdo con su respuesta, era una muestra de gratitud por intentar tranquilizarla. Ella se quedó mirando su té, que ya debía de haberse enfriado.

—Mi hermano no siempre había tenido problemas —dijo—. Era especial, desde luego, pero para él las cosas cambiaron durante la guerra. De alguna manera, cuando nuestro padre aceptó su destino en la marina, fue Woolly quien acabó perdido en alta mar.

Sonrió con tristeza ante su propia ocurrencia. Luego le

preguntó a Emmett si sabía por qué habían enviado a su hermano a Salina.

—Una vez nos dijo que se había llevado un coche.

—Sí —dijo ella, y rió un poco—. Fue eso, más o menos.

Sucedió cuando Woolly estaba en St. George, su tercer internado en tres años. La señora Whitney se lo explicó:

—Un día de primavera, en medio de las clases, decidió ir paseando hasta el centro a comprarse un cucurucho de helado, ya ves. Cuando llegó al pequeño centro comercial que había a escasos kilómetros del campus, vio que había un camión de bomberos aparcado junto a la acera. Después de mirar a su alrededor y no ver ni rastro de ningún bombero, llegó a la conclusión (una conclusión de esas a las que sólo puede llegar mi hermano) de que debían de habérselo olvidado allí. Olvidado como... no lo sé, como un paraguas colgado en el respaldo de una silla, o un libro en el asiento de un autobús.

Negó con la cabeza y una sonrisa afectuosa y acto seguido continuó:

—Decidido a devolverles el camión de bomberos a sus legítimos propietarios, Woolly se sentó al volante y salió a buscar el parque de bomberos. Se puso a dar vueltas por el pueblo ataviado con un casco de bombero en la cabeza, como nos informaron más tarde, y tocando la bocina en cada ocasión en que se cruzaba con algún niño pequeño. Después de dar vueltas durante Dios sabe cuánto tiempo, encontró el parque de bomberos, aparcó el camión y regresó al campus a pie.

La sonrisa afectuosa empezó a borrarse de los labios de la señora Whitney mientras el recuerdo tomaba la delantera a las palabras del relato.

—Resultó que el camión de bomberos estaba en el aparcamiento del centro comercial porque varios bomberos habían entrado en la tienda de alimentación. Y mientras Woolly daba vueltas por el pueblo, llegó un aviso de que había

un incendio en un establo. Cuando llegó el camión de bomberos del pueblo de al lado, el establo ya había quedado reducido a cenizas. Por suerte nadie resultó herido, pero el joven mozo de cuadra que estaba de servicio no pudo sacar él solo todos los caballos del edificio, y cuatro murieron en el incendio. La policía fue a buscar a Woolly al colegio, y eso fue todo.

Al cabo de un momento señaló el plato de Emmett para preguntarle si había terminado. Él dijo que sí, y ella se llevó el plato y su taza al fregadero.

Emmett pensó que la señora Whitney debía de estar tratando de no imaginárselo. Tratando de no imaginarse a aquellos cuatro caballos atrapados en sus cuadras, relinchando y encabritándose a medida que se acercaban las llamas. Tratando de no imaginarse lo inimaginable.

Aunque ahora le daba la espalda a Emmett, él se dio cuenta por el movimiento de su brazo de que se estaba enjugando las lágrimas y creyó que lo mejor era dejarla en paz, así que volvió a meter la nota de Woolly donde la había encontrado y retiró la silla sin hacer ruido.

—¿Sabes qué es lo que veo tan raro? —preguntó la señora Whitney, que seguía de pie frente al fregadero, de espaldas a Emmett.

Como él no contestaba, ella se dio la vuelta con una sonrisa afligida.

—Cuando somos pequeños, se dedica mucho tiempo a enseñarnos la importancia de saber controlar nuestros defectos. Nuestra ira, nuestra envidia, nuestro orgullo. Sin embargo, cuando miro a mi alrededor tengo la impresión de que lo que acaba obstaculizando nuestra vida siempre es alguna virtud. Si coges un rasgo que a simple vista es una cualidad, un rasgo elogiado por sacerdotes y poetas, un rasgo que admiramos en nuestros amigos y confiamos en saber cultivar en nuestros

hijos, y se lo das en abundancia a un alma humilde, casi con toda seguridad se convertirá en un obstáculo para su felicidad. Del mismo modo que hay personas demasiado inteligentes, también las hay demasiado pacientes o demasiado trabajadoras.

Tras negar con la cabeza, la señora Whitney miró al techo. Cuando volvió a mirar hacia abajo, Emmett vio que otra lágrima resbalaba por su mejilla.

—Demasiado confiadas... o demasiado prudentes... o demasiado buenas...

Emmett comprendió que la señora Whitney estaba compartiendo con él sus esfuerzos por entender, por explicar, por descifrar la perdición de su bondadoso hermano. Al mismo tiempo, sospechaba que, en la lista de la señora Whitney, también había implícita una disculpa para su marido, que debía de ser demasiado inteligente, demasiado seguro de sí mismo o demasiado trabajador. Quizá las tres cosas. Pero lo que de veras intrigaba a Emmett era saber qué virtud tenía la señora Whitney en abundancia. Le costaba admitirlo, pero el instinto le decía que seguramente era la indulgencia.

Woolly

—Y ésta era mi mecedora favorita —dijo Woolly en voz alta.

Estaba en el porche, solo, y hacía poco que Duchess había ido a la tienda. Empujó la mecedora y se quedó escuchando sus ruiditos al balancearse adelante y atrás, y fijándose en que los ruiditos estaban cada vez más cerca unos de otros a medida que los balanceos se hacían más cortos hasta que se interrumpieron por completo.

Volvió a dar impulso a la mecedora y miró hacia el lago. De momento estaba tan quieto que veías todas las nubes del cielo reflejadas en la superficie del agua. Pero al cabo de una hora, alrededor de las cinco, la brisa vespertina empezaría a arreciar y la superficie se rizaría y desaparecerían todos los reflejos. Entonces comenzarían a moverse las cortinas de todas las ventanas.

A veces, pensó Woolly, a veces a finales de verano, cuando los huracanes recorrían el Atlántico, la brisa vespertina arreciaba tanto que las puertas de todos los dormitorios se cerraban de golpe y las mecedoras se mecían solas.

Después de darle un último empujón a su mecedora favorita, Woolly volvió a entrar en el gran salón por el balcón.

—Y esto es el gran salón, donde jugábamos al parchís y hacíamos rompecabezas las tardes de lluvia... Y esto es el pasillo... Y ésta es la cocina, donde Dorothy hacía pollo frito y sus famosos bollos de arándanos. Y ésa es la mesa donde comíamos cuando éramos demasiado pequeños para hacerlo en el comedor —dijo.

Tras sacarse del bolsillo la nota que había escrito sentado al

escritorio de su bisabuelo, Woolly la metió entre el salero y el pimentero antes de salir de la cocina por la única puerta de vaivén de la casa.

—Y esto es el comedor —dijo y señaló la larga mesa alrededor de la cual se reunían sus primos y sus tíos—. Cuando tenías la edad suficiente para comer aquí, podías sentarte donde quisieras siempre que no fuese a la cabecera de la mesa, porque allí se sentaba el bisabuelo —explicó—. Y allí está la cabeza del alce.

Salió por la otra puerta del comedor y volvió al gran salón, donde, tras admirarlo de un rincón a otro, cogió el bolsón de Emmett y empezó a subir la escalera contando en voz alta.

—Dos, cuatro, seis, ocho: están más ricos que un bizcocho.

Al llegar arriba, el pasillo se extendía en ambas direcciones, hacia el este y hacia el oeste, y había dormitorios en ambos lados.

Mientras que en la pared que daba al sur no había nada colgado, en la que daba al norte había fotografías por todas partes. Según una leyenda familiar, la abuela de Woolly había sido la primera en colgar una fotografía en el pasillo de la planta de arriba: un retrato de sus cuatro hijos que colgó sobre la mesilla auxiliar de enfrente de la escalera. Poco después, colgaron una segunda y una tercera fotografía, una por encima y otra por debajo de la primera. A lo largo de los años, se habían añadido fotografías a la derecha y a la izquierda, arriba y abajo, hasta que se extendían en todas direcciones.

Woolly dejó el bolsón en el suelo, se acercó a la primera fotografía y a continuación empezó a mirarlas todas en el orden en que las habían colgado. Ahí estaba el retrato de tío Wallace de niño con su traje de marinerito. Y el retrato de su abuelo en el embarcadero con el tatuaje de la goleta en el brazo, listo para darse su baño de las doce en punto. Y allí el retrato de su padre mostrando su lazo azul después de ganar el concurso de

tiro con rifle durante las celebraciones del Cuatro de Julio de 1941.

—Siempre ganaba el concurso de tiro con rifle —dijo Woolly mientras se enjugaba una lágrima de la mejilla con la mano.

Y allí, un paso más allá de la mesilla auxiliar, estaba la de Woolly con su madre y su padre en la canoa.

Esa fotografía la tomaron... bueno, Woolly no lo sabía con certeza, pero él tenía alrededor de siete años. Con toda seguridad antes de Pearl Harbor y el portaaviones. Antes de Richard y de «Dennis». Antes de St. Paul, St. Mark y St. George.

Antes, antes, antes.

Lo curioso de una fotografía, pensó Woolly, lo curioso de una fotografía es que, así como sabe todo lo que ha pasado hasta que la han tomado, no sabe absumamente nada de lo que pasará después. Sin embargo, tras enmarcar y colgar una fotografía en la pared, lo que ves cuando la miras de cerca son todas las cosas que estaban a punto de suceder. Todas las no-cosas. Las cosas imprevistas. Involuntarias. Irreversibles.

Woolly se enjugó otra lágrima de la mejilla, descolgó esa fotografía de la pared y recogió el bolsón.

Como sucedía con las sillas de la mesa del comedor, había un dormitorio en el pasillo donde no te dejaban dormir porque era el del bisabuelo. Excepto el bisabuelo, todos habían dormido en diferentes dormitorios según el momento, dependiendo de la edad que tuvieran, de si estaban casados o de si llegaban pronto o tarde determinado verano. A lo largo de los años, Woolly había dormido en varios de aquellos dormitorios. Pero donde su primo Freddy y él habían dormido más tiempo, o donde parecía que habían dormido más tiempo, era en la penúltima habitación de la izquierda. Y allí se dirigía Woolly.

Entró, dejó el bolsón y puso la fotografía en la que salía con sus padres en la cómoda, detrás de la jarra de los vasos. Miró un momento la jarra, recorrió el pasillo con ella hasta el cuarto

de baño, la llenó de agua y volvió a dejarla en su sitio. Abrió la ventana para que el viento entrase en el cuarto después de las cinco y empezó a deshacer su bolsa.

Primero cogió la radio y la puso en la cómoda, junto a la jarra de agua. Luego sacó su diccionario y lo puso junto a la radio. Luego sacó la caja de puros, donde guardaba su colección de la misma versión de diferentes cosas, y la puso al lado del diccionario. Luego sacó su botella extra de medicina y el tarrito marrón que había encontrado esperándolo en el especiero y los puso en la mesilla de noche, junto al vaso de agua.

Mientras se descalzaba, Woolly oyó el ruido de un coche entrando por el camino: era Duchess, que regresaba de la tienda. Se acercó a la puerta de la habitación y oyó cómo se abría y cerraba la del zaguán. Luego oyó pasos que recorrían el gran salón. Luego, muebles arrastrados en el despacho. Y por último, unos ruidos metálicos.

No eran unos ruiditos metálicos como los de los tranvías de San Francisco, pensó Woolly. Eran unos ruidos metálicos enérgicos, como los de un herrero que golpea una herradura al rojo sobre un yunque.

O tal vez no una herradura, pensó Woolly con una punzada de dolor.

Mejor que fuese un herrero golpeando otra cosa. Algo como... algo como... algo como una espada. Sí, eso era. Los ruidos metálicos recordaban a un herrero de la antigüedad golpeando con su martillo la hoja de Excálibur.

Con esa otra imagen más feliz en mente, Woolly cerró la puerta, encendió la radio y fue a tumbarse en la cama de la izquierda.

En el cuento de *Ricitos de oro y los tres osos*, Ricitos de oro tiene que subirse a tres camas diferentes hasta que encuentra la única que es adecuada para ella. Pero Woolly no necesitó

subirse a tres camas diferentes, porque ya sabía que la de la izquierda sería la adecuada para él. Pues, igual que cuando era niño, no era ni demasiado dura ni demasiado blanda, ni demasiado larga ni demasiado corta.

Woolly colocó bien las almohadas, se ventiló la botella de medicina extra y se puso cómodo. Se quedó mirando fijamente el techo y enseguida pensó en los rompecabezas que hacían los días de lluvia.

¿No habría sido maravilloso que la vida de las personas fuese como una pieza de un rompecabezas?, pensó Woolly. Así ninguna vida sería jamás un inconveniente para la vida de otro. Porque encajaría a la perfección en el lugar especialmente diseñado para ella, y de este modo permitiría que se completara todo el intrincado dibujo.

Mientras Woolly reflexionaba sobre ese maravilloso concepto, terminó un anuncio y empezó la emisión de un programa de misterio. Se bajó de la cama y redujo el volumen de la radio a dos y medio.

Lo más importante que debías tener en cuenta para escuchar un programa de misterio por la radio, como Woolly sabía bien, era que todas las partes pensadas para ponerte nervioso, como los susurros de los asesinos, el crepitar de las hojas y el crujir de unos pasos en una escalera, fueran relativamente silenciosas. Mientras que las partes pensadas para tranquilizarte, como la repentina revelación del héroe, o el rechinar de unos neumáticos, o el disparo de una pistola, fueran relativamente ruidosas. De forma que, si reducías el volumen a dos y medio, apenas oías las partes pensadas para ponerte nervioso pero seguías oyendo las partes pensadas para tranquilizarte.

Woolly volvió a la cama y volcó todas las pastillitas de color rosa del tarrito marrón en la mesilla de noche. Con la yema del dedo fue poniéndoselas en la palma de la mano al tiempo que recitaba: *Pito, pito, gorgorito, dónde vas tú tan bonito*. Se las tragó

con un gran sorbo de agua y volvió a ponerse cómodo.

Conociendo a Woolly y sus peculiares maneras, quizá imaginéis que, con las almohadas correctamente colocadas, el volumen correctamente corregido y las pastillitas de color rosa correctamente tragadas, no sabía en qué pensar.

Pero él sabía exactamente en qué pensar. Supo que pensaría en ello casi en el mismo instante en que sucedió.

—Empezaré enfrente de la vitrina de fao Schwarz —se dijo, y sonrió—. Y vendrá mi hermana y nos iremos a tomar el té al Plaza con el oso panda. Y cuando Duchess se reúna conmigo en la estatua de Abraham Lincoln, iremos los dos al Circo, donde de pronto reaparecerán Billy y Emmett. Entonces cruzaremos el puente de Brooklyn y subiremos al Empire State Building, donde conoceremos al profesor Abernathe. Luego subiremos a esas vías de tren cubiertas de hierba y, sentados junto al fuego, oiremos la historia de los dos Ulises y del anciano adivino que les explicó cómo encontrar el camino de regreso a casa, cómo encontrar el camino de regreso después de diez largos años.

Pero no hay que correr, pensó Woolly mientras las cortinas de la ventana temblaban y la hierba empezaba a brotar en las juntas de los tablones del suelo y la hiedra trepaba por las patas de la cómoda. Porque un día sin igual merece ser recordado al ritmo más lento posible, y rememorar hasta el más nimio detalle de cada momento, de cada vuelco, de cada giro de los acontecimientos.

Abacus

Muchos años atrás Abacus había llegado a la conclusión de que las mejores historias épicas tenían forma de diamante visto de lado. La vida del héroe empieza con una punta afilada y se expande hacia fuera durante la juventud, cuando él empieza a establecer sus puntos fuertes y sus puntos débiles, sus amistades y sus enemistades. Cuando sale al mundo, realiza hazañas en magnífica compañía y acumula honores y elogios. Sin embargo, en algún momento que no se revela, las dos líneas que definen los límites exteriores de ese mundo en expansión de robustos compañeros y valiosas aventuras doblan a la par una esquina y empiezan a converger. El terreno por el que viaja nuestro héroe, el elenco de personajes a los que conoce, el propósito que siempre lo ha impulsado hacia delante... todo empieza a estrecharse, a estrecharse hacia ese punto fijo e inexorable que define su destino.

La historia de Aquiles, por ejemplo.

Con la esperanza de hacer invencible a su hijo, la nereida Tetis sujeta al recién nacido por un tobillo y lo sumerge en el río Estigia. En ese momento concreto y con ese apretón de los dedos empieza la historia de Aquiles. El centauro Quirón instruye al robusto niño en historia, literatura y filosofía. En los campos de deporte obtiene fuerza y agilidad. Y forja un estrecho vínculo con su camarada Patroclo.

De joven, Aquiles se lanza a la aventura por el mundo, donde realiza una hazaña detrás de otra, derrotando a todo tipo de adversarios hasta que su reputación lo precede allí adonde va. Entonces, en la cumbre de la fama y en plenas facultades

físicas, Aquiles zarpa hacia Troya para luchar junto a Agamenón, Menelao, Ulises y Áyax en la batalla más magnífica de todos los tiempos.

Pero en algún punto de esa travesía, en algún lugar del mar Egeo, sin que lo sepa Aquiles, las líneas de su vida, que hasta entonces estaban en expansión, doblan sus respectivas esquinas e inician su implacable trayectoria hacia dentro.

Aquiles permanecerá diez largos años en los campos de Troya. A lo largo de esa década, el área de conflicto se reducirá a medida que las líneas de combate se acercan a las murallas de la ciudad sitiada. Las antaño incontables legiones de soldados griegos y troyanos se reducirán, disminuyendo con cada nueva muerte. Y el décimo año, cuando Héctor, príncipe de Troya, mate al muy querido Patroclo, el mundo de Aquiles se volverá aún más pequeño.

A partir de ese momento, en la mente de Aquiles el enemigo, con todos sus batallones, se reduce a la única persona responsable de la muerte de su amigo. Los extensos campos de batalla se reducen a los metros cuadrados que lo separan de Héctor. Y el propósito que en otros tiempos incluía deber, honor y gloria se reduce ahora a un único y ardiente deseo de venganza.

Así que quizá no resulte tan sorprendente que, sólo unos días después de que Aquiles consiga matar a Héctor, una flecha envenenada lanzada al aire perfore el único punto desprotegido del cuerpo de Aquiles: el tobillo por el que su madre lo sujetó para sumergirlo en el Estigia. Y en ese instante, todos sus sueños y recuerdos, todas sus sensaciones y sentimientos, todas sus virtudes y sus vicios se extinguen como la llama de una vela cuando un índice y un pulgar presionan el cabo.

• • •

Es cierto, durante mucho tiempo Abacus había creído que las grandes historias épicas eran como diamantes vistos de lado. Pero lo que ocupaba sus pensamientos últimamente era la idea de que no era sólo la vida de los célebres la que se ajustaba a esa geometría. Porque la vida de los mineros y los estibadores también se ajusta a ella. La vida de las camareras y las niñeras se ajusta a ella. La vida de los subordinados y los anónimos, de los frívolos y los olvidados.

Todas las vidas.

Su vida.

Su vida también empezó en un punto, el 5 de mayo de 1890, cuando un niño llamado Sam, el único hijo de un tasador de seguros y una costurera, nació en el dormitorio de una pintoresca casita de la isla de Martha's Vineyard.

Como todos los niños, Sam pasó sus primeros años protegido en el seno de la familia, pero un día, a los siete años, después de un huracán, Sam acompañó a su padre a peritar un buque naufragado para la compañía de seguros. El barco, que había zarpado de Puerto Príncipe, había embarrancado en un banco de arena frente a la costa de West Chop, y allí seguía, con el casco agujereado, las velas hechas jirones y el cargamento de ron arrastrado por las olas hasta la orilla.

A partir de ese momento, las paredes de la vida de Sam empezaron a abrirse hacia fuera. Después de cada tormenta, el niño insistía en ir a ver los pecios con su padre: las goletas, las fragatas, los veleros. Tanto si las olas los habían estrellado contra las rocas como si una marea turbulenta los había anegado, Sam no veía simplemente un barco en apuros: él veía el mundo que el barco representaba. Veía el puerto de Ámsterdam, de Buenos Aires y de Singapur. Veía las especias, las telas y las cerámicas. Veía a los marineros que provenían de todas las naciones marítimas del planeta.

La fascinación que los naufragios despertaban en Sam lo

llevó a las historias fantásticas relacionadas con el mar, como la de Simbad o la de Jasón. Las historias fantásticas lo llevaron a las historias de los grandes exploradores, y su visión del mundo fue ampliándose con cada página que leía. Por último, su ferviente pasión por la historia y la mitología lo llevó a los edificios recubiertos de hiedra de Harvard, y de ahí a Nueva York, donde —después de cambiarse de nombre, rebautizarse Abacus y declararse escritor— conoció a músicos, arquitectos, pintores y mecenas, así como a delincuentes y vagabundos. Y por último conoció a Polly, la persona más maravillosa del mundo, que le dio felicidad, compañía, una hija y un hijo.

¡Qué travesía tan extraordinaria fueron aquellos primeros años en Manhattan! Abacus experimentó en primera persona que la vida es una expansión omnipotente, omnipresente y omnivalente.

Es decir, que la primera mitad de la vida es así.

¿Cuándo llegó el cambio? ¿Cuándo doblaron la esquina los límites externos de su mundo y comenzaron a avanzar de manera inexorable hacia su convergencia final?

Abacus no tenía ni idea.

Quizá poco después de que sus hijos se hiciesen mayores e iniciasen su propia vida. Antes de morir Polly, eso seguro. Sí, debió de ser en algún momento de aquellos años, cuando, sin que ellos lo supieran, a ella había empezado a acabársele el tiempo, mientras que él, inmerso en lo que llamamos la flor de la vida, seguía ocupándose de sus asuntos alegremente.

La convergencia te pilla desprevenido: eso es lo más cruel. Y aun así es casi inevitable. Pues tan pronto como comienza el cambio de dirección, las dos rayas opuestas de tu vida están tan alejadas la una de la otra que nunca podrías discernir su cambio de trayectoria. Y en esos primeros años, cuando las rayas empiezan a orientarse hacia dentro, el mundo sigue pareciendo tan extenso que no tienes motivo alguno para

sospechar que esté disminuyendo.

Pero un día, un día años después de que haya comenzado la convergencia, no sólo aprecias la trayectoria hacia dentro de las paredes, sino que empiezas a ver el punto final en el horizonte al tiempo que el terreno que queda ante ti empieza a encogerse a gran velocidad.

En aquellos años felices, cuando Abacus tenía veintitantos y hacía poco que había llegado a Nueva York, había hecho tres grandes amigos. Eran dos hombres y una mujer: los más fieles compañeros, aventureros de la mente y el espíritu, igual que él. Hombro con hombro habían navegado por las aguas de la vida con una diligencia razonable y la justa medida de serenidad. Pero en los cinco últimos años, al primero lo había golpeado la ceguera, al segundo el enfisema y a la tercera la demencia. Qué suerte tan variada, podríais veros tentados de observar: pérdida de visión, de capacidad pulmonar y de cognición. Cuando en realidad las tres dolencias significan lo mismo: el estrechamiento de la vida en el extremo superior del diamante. Paso a paso, el territorio de aquellos amigos se había reducido y había pasado de ser el mundo entero a ser su país, su condado, su casa y, por último, una sola habitación donde, uno ciego, otro sin aliento y otra desmemoriada están destinados a acabar sus días.

Si bien a Abacus todavía no lo afectaba ninguna dolencia, su mundo también se estaba encogiendo. Él también había visto estrecharse los límites exteriores de su vida y pasar de abarcar el mundo entero a la isla de Manhattan y a aquel despacho lleno de libros donde él aguardaba con resignación filosófica a que se juntaran el índice y el pulgar. Y entonces...

¡Esto!

Este extraordinario giro de los acontecimientos.

Un crío de Nebraska se presenta en su puerta con buenos modales y una historia fantástica. Pero, cuidado: no una

historia extraída de un libro encuadernado en cuero. Ni de un poema épico escrito en una lengua muerta. Ni de un archivo, ni de un ateneo, sino de la propia vida.

Con qué facilidad olvidamos quienes nos dedicamos a contar historias que lo importante, desde el principio, era la vida. Una madre desaparecida, un padre fracasado, un hermano decidido a ejecutar un plan. Un viaje desde las llanuras hasta la ciudad en un tren de mercancías con un vagabundo llamado Ulysses. Luego, una vía de ferrocarril suspendida sobre la ciudad, semejante al Valhalla, también suspendido en las nubes. Y allí, el niño, Ulysses y él, sentados alrededor de una hoguera tan antigua como la humanidad, empezaron...

—Ya es la hora —dijo Ulysses.

—¿Qué hora? —preguntó Abacus.

—Si todavía quiere venir.

—¡Claro que sí! ¡Por supuesto!

Abacus se puso en pie en una arboleda a treinta kilómetros al oeste de Kansas City, y a oscuras se abrió paso entre la maleza, rasgándose el bolsillo de su americana milrayas. Jadeando, siguió a Ulysses por un hueco entre los árboles, trepó por el terraplén y subió al furgón destinado a llevarlos quién sabe adónde.

Billy

Emmett estaba dormido. Billy sabía que Emmett estaba dormido porque roncaba. No roncaba tan fuerte como su padre, pero sí lo bastante fuerte para que te dieras cuenta de cuándo estaba dormido.

Sin hacer ruido, Billy salió de debajo de las sábanas y bajó los pies a la alfombra. Metió un brazo debajo de la cama y buscó su mochila, abrió la solapa superior y sacó su linterna de excedente militar. Apuntó con ella hacia la alfombra para no despertar a su hermano y la encendió. Entonces sacó el *Compendio de héroes, aventureros y otros viajeros intrépidos* del profesor Abernathe, buscó el capítulo 25 y cogió su lápiz.

Si Billy hubiese tenido intención de empezar por el principio, se habría remontado al 12 de diciembre de 1935, el día que nació Emmett. Eso fue dos años después de que sus padres se casaran en Boston y se fuesen a vivir a Nebraska. Fue durante la Gran Depresión, y Franklin Roosevelt era presidente, y Sally tenía casi un año.

Pero Billy no tenía intención de empezar por el principio. Iba a empezar *in medias res*. Como le había explicado a Emmett en la estación de ferrocarril de Lewis, lo más difícil era saber dónde estaba la mitad.

• • •

Una de las ideas que se le habían ocurrido era empezar con las celebraciones del Cuatro de Julio de 1946, cuando sus padres, Emmett y él fueron a Seward a ver el espectáculo de fuegos

artificiales.

Billy sólo era un bebé por aquel entonces, de modo que no recordaba cómo había sido el viaje a Seward, pero una tarde Emmett se lo había contado. Le había contado a Billy que a su madre le encantaban los fuegos artificiales, y lo de la cesta de pícnic del desván y lo del mantel a cuadros que extendían sobre la hierba de Plum Creek Park. Así que Billy podía utilizar lo que le había contado Emmett para describir aquel día tal como había sido.

Pero también tenía la fotografía.

Metió una mano en la mochila y extrajo el sobre guardado en el bolsillo más recóndito. Abrió la solapa, sacó la fotografía y la acercó al haz de la linterna. Era una fotografía de Emmett, Billy en un moisés, su madre y la cesta de pícnic, todo puesto en fila sobre el mantel a cuadros. Debía de haberla tomado su padre, porque era el único que no salía en ella. En la fotografía todos sonreían y, aunque su padre no salía, Billy sabía que él también debía de estar sonriendo.

Billy había encontrado esa fotografía junto con las postales de la autopista Lincoln en la caja metálica que estaba en el último cajón de la cómoda de su padre.

Sin embargo, cuando metió las postales en el sobre de papel manila para poder enseñárselas a Emmett a su regreso de Salina, la fotografía de Seward la guardó en otro sobre. La guardó en otro sobre porque sabía que los recuerdos del viaje a Seward hacían enfadar a su hermano. Lo sabía porque su hermano se había enfadado el día que le había contado a Billy lo del viaje a Seward y nunca había vuelto a sacar el tema.

Billy había conservado la fotografía porque sabía que Emmett no iba a estar siempre enfadado con su madre. Una vez que la encontrasen en San Francisco, y una vez que ella hubiese

podido explicarles todo lo que había pensado en los años que habían pasado separados, Emmett ya no estaría enfadado. Entonces Billy le daría la fotografía y su hermano se alegraría de que se la hubiera guardado.

Pero no tenía sentido empezar la historia allí, pensó Billy mientras volvía a guardar la fotografía en el sobre. Porque el Cuatro de Julio de 1946 su madre todavía no se había marchado. De modo que aquella noche estaba más cerca del principio de la historia que de la mitad.

También se le había ocurrido empezar la noche que Emmett había pegado a Jimmy Snyder.

Billy no necesitaba ninguna fotografía para recordar aquella noche porque él estaba allí con Emmett y era lo bastante mayor para recordarla él solo.

Fue el sábado 4 de octubre de 1952, la última noche de la feria. Su padre, que ya había ido con ellos a la feria la noche anterior, prefirió quedarse en casa el sábado, así que Emmett y Billy habían ido juntos en el Studebaker.

Había años en que los días de feria la temperatura parecía de principios de otoño, pero aquel año parecía de finales de verano. Billy se acordaba de eso porque de camino a la feria llevaban las ventanillas bajadas y al llegar decidieron dejar las chaquetas dentro del coche.

Salieron de casa a las cinco en punto porque así podrían comer algo, montarse en algunas atracciones y todavía tendrían tiempo para buscar asientos en las primeras filas del concurso de violín. A Emmett y a Billy les encantaba el concurso de violín, sobre todo cuando conseguían asientos en las primeras filas. Pero aquella noche, pese a que llegaron con tiempo de sobra, no pudieron ver a los violinistas.

Fue camino del tiovivo al escenario cuando Jimmy Snyder empezó a decir cosas horribles. Al principio no parecía que a Emmett le importase lo que decía Jimmy. Luego comenzó a enfadarse, y Billy intentó arrastrarlo, pero Emmett se resistió. Y cuando Jimmy soltó una última cosa horrible de su padre, Emmett le pegó un puñetazo en la nariz.

Cuando Jimmy cayó hacia atrás y se golpeó la cabeza, Billy debió de cerrar los ojos, porque no recordaba cómo habían sido los minutos siguientes. Sólo recordaba su sonido: los amigos de Jimmy lanzando exclamaciones de asombro, y luego pidiendo ayuda, y luego chillándole a Emmett mientras otras personas se acercaban dando empujones. Y entonces oyó a Emmett, que en ningún momento le había soltado la mano a Billy, tratando de explicar lo que había pasado a una persona tras otra hasta que llegó la ambulancia. Y también se oía la música del calíope del tiovivo, y los rifles de la caseta de tiro: *pum, pum, pum*.

Pero tampoco tenía sentido empezar la historia allí, pensó Billy. Porque lo de la feria pasó antes de que enviaran a Emmett a Salina para que aprendiera la lección. Así que también pertenecía al principio.

Para empezar *in medias res*, pensó Billy, debería haber la misma cantidad de cosas importantes que ya han pasado que de cosas importantes que todavía no han pasado. En el caso de Emmett, eso significaba que ya debería haber ido a ver los fuegos artificiales a Seward; y su madre ya debería haber recorrido la autopista Lincoln hasta San Francisco; y Emmett ya debería haber dejado de trabajar en la finca para hacerse carpintero; y ya debería haberse comprado el Studebaker con sus ahorros; y ya debería haberse enfadado en la feria y haber pegado a Jimmy Snyder en la nariz; y ya deberían haberlo enviado a Salina y ya debería haber aprendido la lección.

Pero la llegada de Duchess y Woolly a Nebraska, y el viaje en tren hasta Nueva York, y la búsqueda del Studebaker, y el reencuentro con Sally, y el viaje que estaban a punto de emprender desde Times Square hasta el Palacio de la Legión de Honor para encontrar a su madre en las celebraciones del Cuatro de Julio, todas esas cosas no deberían haber pasado todavía.

Por eso Billy decidió, encorvado sobre el capítulo 25 con el lápiz en la mano, que el momento perfecto donde empezar la historia de las aventuras de Emmett era cuando regresaba a casa en el asiento del pasajero del coche del alcaide después de abandonar Salina.

UNO

Emmett

A las nueve de la mañana, Emmett, que había salido de la estación de trenes de la calle 125, estaba andando solo hacia West Harlem.

Dos horas atrás, Sally había bajado a la cocina de los Whitney para informar de que Billy dormía profundamente.

—Debe de estar agotado —dijo Emmett.

—Supongo que sí —coincidió Sally.

Al principio, Emmett pensó que el comentario de Sally iba dirigido a él; que le recriminaba haber expuesto a Billy a tantas situaciones difíciles esos últimos días. Pero por la expresión de su cara comprendió que sólo estaba haciéndose eco de lo mismo que él pensaba: que Billy estaba exhausto.

Así que los dos decidieron dejarlo dormir.

—Además, necesitaré tiempo para lavar las sábanas y hacer las otras camas —dijo Sally.

Entretanto, él iría en tren a Harlem y recogería el Studebaker. Como Billy estaba empeñado en iniciar su viaje en Times Square, Emmett propuso que los tres se reunieran allí a las diez y media.

—De acuerdo. Pero ¿cómo nos encontraremos? —preguntó Sally.

—El que llegue antes que espere debajo del letrero de Canadian Club.

—¿Y dónde está eso?

—Confía en mí. No tendrás ningún problema para encontrarlo.

Cuando Emmett llegó al taller, Townhouse estaba esperándolo en la calle.

—Ya tienes el coche listo —le dijo después de estrecharle la mano—. ¿Has recuperado tu sobre?

—Sí.

—Me alegro. Ahora Billy y tú podéis ir a California. Y en muy buen momento.

Emmett se quedó mirando a su amigo.

—Anoche volvió la poli —continuó Townhouse—. Pero no eran agentes: eran dos detectives. Me hicieron las mismas preguntas sobre Duchess, pero esta vez también me preguntaron por ti. Y me dejaron muy claro que, si sabía algo de ti o de Duchess y no se lo contaba, me iba a meter en un buen lío. Porque alguien vio un coche que coincidía con la descripción de tu Studebaker cerca de la casa de Antiguo Testamento Ackerly la misma tarde que lo ingresaron en el hospital.

—¿En el hospital?

Townhouse asintió con la cabeza.

—Parece ser que una o varias personas desconocidas entraron en la casa de Ackerly, en Indiana, y lo golpearon en la cabeza con un objeto contundente. Creen que se recuperará, pero todavía no ha recobrado el conocimiento. Mientras tanto, los chicos de azul fueron a hacerle una visita al padre de Duchess en una pensión de mala muerte del *downtown*. No lo encontraron, pero Duchess había estado allí. Con otro joven blanco y un coche azul celeste.

Emmett se pasó una mano por los labios.

—Joder.

—Ya te digo. Mira, en lo que a mí respecta, cualquier fatalidad que le haya caído a ese desgraciado de Ackerly la tenía merecida. Pero creo que de momento será mejor que te alejes de la ciudad de Nueva York. Así, de paso, también te

alejas un poco de Duchess. Ven. Los gemelos están dentro.

Townhouse precedió a Emmett por el taller y lo llevó hasta donde esperaban los hermanos González y el que se llamaba Otis. El Studebaker volvía a estar cubierto con una lona; Paco y Pico sonreían mostrando sus blancas dentaduras: dos artistas impacientes por revelar su obra.

—¿Todo listo? —preguntó Townhouse.

—Todo listo —dijo Paco.

—Pues vamos allá.

Cuando los hermanos retiraron la lona, Townhouse, Emmett y Otis se quedaron callados un momento. Entonces Otis se echó a reír a carcajadas.

—¿Amarillo? —preguntó Emmett sin dar crédito.

Los dos hermanos se miraron y volvieron a mirarlo a él.

—¿Qué pasa con el amarillo? —preguntó Paco con recelo.

—Es el color de los cobardes —dijo Otis, y volvió a reír.

Pico se puso a hablar muy deprisa en español con su hermano. Cuando terminó, Paco se volvió hacia los otros.

—Dice que no es el amarillo de los cobardes. Es el amarillo de los avispones. Dice que ahora el coche no sólo parece un avispón, sino que volará como un avispón.

Paco gesticulaba señalando el coche, como un vendedor destacando las características de un nuevo modelo.

—Además de pintarlo, hemos arreglado las abolladuras, pulido los cromados y afinado la transmisión. Y también hemos aumentado la potencia del motor.

—Bueno —dijo Otis—, al menos ahora la policía no podrá reconocerte.

—Y si te reconoce, no podrá alcanzarte —añadió Paco.

Los hermanos González sonrieron satisfechos.

Arrepentido de su reacción inicial, Emmett les expresó profusamente su gratitud, sobre todo teniendo en cuenta la velocidad a la que habían hecho el trabajo. Pero los dos

hermanos negaron con la cabeza cuando Emmett se sacó el sobre de dinero del bolsillo de atrás.

—Esto corre a cuenta de Townhouse —dijo Paco—. Le debíamos una.

Emmett acompañó a Townhouse a la calle 126, y por el camino se rieron de la conversación con los hermanos González, del coche de Emmett y de cómo volaría a partir de ahora. Cuando pararon delante de la casa de piedra rojiza ya estaban callados, pero ninguno de los dos hizo ademán de abrir la portezuela.

—¿Por qué California? —preguntó Townhouse.

Emmett describió, por primera vez en voz alta, lo que tenía planeado hacer con el dinero de su padre: comprar una casa en ruinas, restaurarla y venderla para comprar dos casas más; y explicó por qué necesitaba hacerlo en un estado con una población numerosa y en aumento.

—Un plan digno de Emmett Watson. —Townhouse sonrió.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer ahora? —le preguntó Emmett.

—No lo sé.

Townhouse miró la entrada de su casa por la ventanilla del lado del pasajero.

—Mi madre quiere que vuelva a la escuela. Se le ha metido en la cabeza la fantasía de que conseguiré una beca y jugaré al béisbol en una universidad, pero eso no va a pasar. Y mi padre quiere conseguirme trabajo en la oficina de correos.

—A él le gusta trabajar allí, ¿no?

—No, no le gusta, Emmett. Le encanta.

Townhouse negó con la cabeza y esbozó una sonrisa.

—Cuando eres cartero te dan una ruta, ¿sabes? Una serie de manzanas que recorres todos los días con tu bolsa a cuestas, como una mula de carga por un sendero. Pero es como si para mi viejo eso no fuese trabajo. Porque conoce a todos los

vecinos de su ruta, y todos lo conocen a él: las abuelas, los niños, los barberos, los tenderos...

Townhouse volvió a negar con la cabeza.

—Un día, hará unos seis años, llegó a casa muy afligido. Como nunca lo habíamos visto. Cuando mi madre le preguntó qué pasaba, rompió a llorar. Pensamos que había muerto alguien, o algo así. Resultó que, después de quince años, los jefes le habían cambiado la ruta. Lo trasladaron seis manzanas al sur y cuatro manzanas al este, y casi le parten el corazón.

—¿Y cómo acabó la cosa? —preguntó Emmett.

—A la mañana siguiente se levantó y salió por la puerta a regañadientes, pero antes de terminar aquel año ya se había enamorado de aquella otra ruta.

Los dos amigos se echaron a reír. Entonces Townhouse levantó un dedo.

—Pero nunca olvidó su primera ruta. Todos los años, el Día de los Caídos, que para él es festivo, hace la antigua ruta. Saluda a todos los vecinos que lo reconocen y a la mitad de los que no. Según él, si trabajas de cartero, el gobierno de Estados Unidos te paga por hacer amigos.

—Visto así no suena tan mal.

—Puede ser —concedió Townhouse—. Puede ser. Pero a pesar de lo mucho que quiero a mi padre, no me imagino viviendo así. Recorriendo el mismo camino día tras día, semana tras semana, año tras año.

—Te entiendo. Y si no es la universidad ni la oficina de correos, entonces ¿qué?

—He estado pensando en el ejército.

—¿El ejército? — Emmett se sorprendió.

—Sí, el ejército —afirmó Townhouse como si él mismo necesitara probar cómo sonaba aquello—. ¿Por qué no? Ahora mismo no hay ninguna guerra. La paga es bastante decente y te aseguras un sueldo para toda la vida. Y, si tienes suerte, a lo

mejor te destinan al extranjero y puedes ver mundo.

—Volverías a vivir en barracones —comentó Emmett.

—A mí eso no me importaba demasiado —le dijo Townhouse.

—Formar filas, obedecer órdenes, llevar uniforme...

—Es lo que hay, Emmett. Si eres negro, vas a tener que llevar uniforme, tanto si acabas cargando con una bolsa de correo, manejando un ascensor, poniendo gasolina como en la cárcel. Se trata de elegir lo que más te convenga. Supongo que si me esfuerzo y cumplo con mis obligaciones, podré subir de rango. Llegar a oficial. Que al final sea a mí a quien saluden.

—Claro que sí —dijo Emmett.

—¿Sabes una cosa? —le dijo Townhouse—. Yo también lo creo.

Cuando Townhouse salió por fin del coche, Emmett salió también. Rodeó el coche por delante y volvió a encontrarse con su amigo en la acera, donde se estrecharon la mano con el afecto silencioso de las almas gemelas.

Una semana atrás, cuando Billy le había enseñado las postales y le había dicho que encontrarían a su madre asistiendo a una de las mayores celebraciones del Cuatro de Julio del estado de California, Emmett lo había considerado, como mínimo, fantasioso. Y sin embargo, pese a que Emmett y Townhouse eran dos jóvenes a punto de partir en direcciones diferentes sin ninguna garantía de adónde irían a parar, cuando Townhouse dijo, antes de separarse, *Nos vemos*, Emmett no tuvo ninguna duda de que así sería.

—Por el amor de Dios. ¿Qué es eso? —dijo Sally.

—Es mi coche —contestó Emmett.

—Más que un coche parece uno de esos letreros.

Estaban de pie en el extremo norte de Times Square, donde Emmett había aparcado el Studebaker justo detrás de *Betty*.

Sally tenía buenas razones para comparar el coche de Emmett con los letreros que los rodeaban, porque era igual de llamativo. Tanto es así que había empezado a atraer a un grupito de transeúntes. Emmett, que se resistía a establecer contacto visual con ellos, no sabía si se paraban para burlarse de él o para admirarlo.

—¡Es amarillo! —exclamó Billy cuando llegó de un quiosco cercano—. Amarillo como el maíz.

—En realidad es amarillo como los avispones —dijo Emmett.

—Si tú lo dices... —dijo Sally.

Impaciente por cambiar de tema, Emmett señaló la bolsa que Billy tenía en la mano.

—¿Qué llevas ahí?

Mientras Sally volvía a su ranchera, Billy, con cuidado, sacó de la bolsa lo que había comprado y se lo dio a Emmett. Era una postal de Times Square. En la parte superior de la fotografía, asomando por detrás de los edificios, había un pequeño trozo de cielo; y como en las otras postales de la colección de Billy, el cielo era de un azul impoluto.

Billy se puso al lado de Emmett; señaló la postal y luego los edificios.

—¿Has visto? Sale el teatro Criterion. Y la sastrería Bond Clothiers. Y el letrero de cigarrillos Camel. Y también el letrero de Canadian Club.

Billy miró a su alrededor en señal de aprobación.

—El quiosquero me ha dicho que por la noche los letreros están iluminados. ¡Todos! ¿Te imaginas?

—Es bonito, sí.

Billy miró a su hermano con los ojos como platos.

—¿Alguna vez has estado aquí cuando los letreros están

iluminados?

—Sí, brevemente —admitió a Emmett.

—Eh, amigo. ¿Nos llevas a dar un paseo? —dijo un marinero con un brazo sobre los hombros de una joven morena.

Emmett no le hizo caso y se puso en cuclillas para hablar con su hermano.

—Ya sé que es emocionante estar aquí, en Times Square, Billy. Pero tenemos un largo viaje por delante.

—Y estamos a punto de empezar.

—Eso es. Así que, si te parece, echas un último vistazo a tu alrededor, nos despedimos de Sally y nos ponemos en marcha.

—Vale, Emmett. Me parece buena idea. Echaré un último vistazo a mi alrededor y entonces nos pondremos en marcha. Pero no hace falta que nos despidamos de Sally.

—¿Por qué?

—Por *Betty*.

—¿Qué le pasa a *Betty*?

—Que está en las últimas —dijo Sally.

Emmett levantó la cabeza y vio a Sally de pie junto a la puerta del pasajero de su coche con la maleta en una mano y el cesto en la otra.

—Se recalentó dos veces viniendo de Morgen —le explicó Billy—. Y cuando ha llegado a Times Square estaba envuelta en una nube de vapor y ruidos metálicos. Y entonces se ha quedado como muerta.

—Supongo que le he pedido un poco más de lo que podía dar —dijo Sally—. Pero al menos nos ha traído hasta donde necesitábamos llegar, gracias a Dios.

Cuando Emmett se levantó, Sally miró el Studebaker. Luego él dio un paso adelante para abrirle la puerta trasera.

—Deberíamos sentarnos los tres delante —dijo Billy.

—Creo que iríamos un poco apretados —opinó Emmett.

—Puede ser —coincidió Sally.

Dicho esto metió su maleta y su cesto en el asiento trasero, cerró la portezuela de atrás y abrió la del pasajero.

—¿Por qué no pasas tú primero, Billy? —sugirió.

Billy entró en el coche con su mochila y después lo hizo Sally. Ella se quedó mirando al frente con las manos en el regazo.

—Muchas gracias —le dijo cuando Emmett cerró la portezuela.

Cuando Emmett se hubo sentado al volante, Billy ya había desplegado su mapa. Miró al frente y señaló por el parabrisas.

—El agente Williams, el segundo policía con el que he hablado, me ha dicho que oficialmente la autopista Lincoln empieza en la esquina de la calle 42 y Broadway. Desde allí tienes que torcer a la derecha y dirigirte hacia el río. Me ha dicho que cuando inauguraron la autopista Lincoln tenías que cruzar el Hudson en un ferri, pero que ahora puedes pasar por el túnel Lincoln.

Emmett señaló el mapa y le explicó a Sally que la autopista Lincoln era la primera vía transcontinental de Estados Unidos.

—No hace falta que me lo digas. Ya lo sé todo —dijo ella.

—Es verdad —dijo Billy—. Sally ya lo sabe todo.

Emmett encendió el motor del coche.

Cuando entraron en el túnel Lincoln, Billy explicó, para notable congoja de Sally, que estaban pasando por debajo del Hudson, un río tan profundo que había visto una flotilla de buques de guerra navegando por él hacía sólo un par de noches. Luego, por deferencia a ella, se enfrascó en una descripción de la vía elevada, de Stew y de las hogueras, y Emmett pudo pensar en sus cosas.

Ahora que se habían puesto en marcha, en lo que Emmett había imaginado que pensaría, y en lo que estaba deseando

empezar a pensar, era en la carretera que tenía por delante. Cuando los hermanos González habían dicho que le habían añadido potencia al motor no estaban bromeando. Emmett lo notaba y lo oía cada vez que pisaba el acelerador. Así que, si no encontraban demasiado tráfico entre Filadelfia y Nebraska, calculaba que podrían viajar a una velocidad media de ochenta kilómetros por hora, quizá noventa. Podrían dejar a Sally en Morgen a última hora de la tarde del día siguiente y poner rumbo al oeste, y los paisajes de Wyoming, Utah y Nevada se extenderían por fin ante ellos. Y al final del recorrido, el estado de California, con una población camino de alcanzar los dieciséis millones de habitantes.

Sin embargo, al salir del túnel Lincoln, de espaldas a la ciudad de Nueva York, en lugar de pensar en la carretera que tenía por delante Emmett se sorprendió pensando en lo que le había dicho Townhouse aquella mañana: que le convenía distanciarse un poco de Duchess.

Era un consejo sensato y que encajaba con la intuición de Emmett. El único problema era que, mientras no se hubiera aclarado el asunto de la agresión a Ackerly, la policía seguiría buscándolos a Duchess y a él. Y eso suponiendo que Ackerly se recuperase, porque si fallecía sin haber recobrado el conocimiento la policía no descansaría hasta haber detenido al menos a uno de los dos.

Emmett miró a la derecha y vio que Billy estaba concentrado en su mapa y que Sally contemplaba la carretera.

—Sally…

—Dime, Emmett.

—¿Para qué fue a verte el sheriff Petersen?

Billy levantó la vista del mapa.

—¿Fue a verte el sheriff Petersen, Sally?

—Una tontería sin importancia —les aseguró a los dos—. No merece la pena ni hablar de ello.

—Hace dos días te pareció lo bastante importante para coger tu ranchera y recorrer medio país —señaló Emmett.

—Eso fue hace dos días.

—Sally...

—Está bien, está bien. Tenía que ver con aquello que te pasó con Jake Snyder.

—¿Te refieres a cuando Jake le pegó? —preguntó Billy.

—Jake y yo teníamos que solucionar un asunto, nada más —dijo Emmett.

—Eso tengo entendido —dijo Sally—. En fin. Por lo visto, cuando Jake y tú estabais solucionando vuestro asunto, había allí otro chico, un amigo de Jake, y poco después lo golpearon en la cabeza en el callejón de detrás del Bijou. Lo golpearon tan fuerte que se lo llevaron al hospital en una ambulancia. El sheriff Petersen sabe que no fuiste tú porque en ese momento estabas con él. Pero entonces oyó hablar de un forastero que había estado en el pueblo ese día. Un chico joven. Y por eso fue a verme, para preguntarme si habías tenido visitas.

Emmett miró a Sally.

—Le dije que no, evidentemente.

—¿Le dijiste que no, Sally?

—Sí, Billy, eso hice. Dije una mentira. Pero fue una mentira piadosa. Además, es absurdo pensar que alguno de los amigos de tu hermano esté involucrado con lo que pasó detrás del Bijou. Woolly daría un rodeo de un kilómetro para evitar pisar una oruga. Y Duchess... Bueno, nadie capaz de cocinar unos *Fettuccine Comosellamen* y servirlos en una mesa perfectamente puesta golpearía a otro hombre en la cabeza con un tablón.

Y hasta aquí la lección de hoy, pensó Emmett.

Pero no, él no estaba tan seguro.

—Billy, la mañana que yo fui al pueblo, ¿estaban Duchess y Woolly contigo?

—Sí, Emmett.

—¿Estuvieron contigo todo el tiempo?

Billy hizo memoria.

—Woolly estuvo conmigo todo el tiempo. Y Duchess estuvo con nosotros la mayor parte de todo el tiempo.

—¿Cuándo no estuvo Duchess contigo?

—Cuando se fue a dar un paseo.

—¿Y cuánto duró el paseo?

Billy volvió a hacer memoria.

—Duró *El conde de Montecristo*, *Robin Hood*, *Teseo* y *El Zorro*. Es la siguiente a la izquierda, Emmett.

Al ver las indicaciones de la autopista Lincoln, Emmett cambió de carril y cogió la salida.

Mientras conducía hacia Newark, se imaginó lo que debía de haber pasado en Nebraska. Pese a que Emmett le había pedido que procurase pasar desapercibido, Duchess había ido al pueblo. (Claro que había ido.) Una vez allí, debía de haberse tropezado con el enfrentamiento de Emmett con Jake y presenciado todo aquel sórdido asunto. Pero si había sido así, ¿por qué se había tomado la molestia de golpear al amigo de Jake?

Rescató de su memoria al desconocido alto con sombrero de vaquero que estaba apoyado en el Studebaker y recordó su postura perezosa y su expresión engreída; recordó que había acicateado a Jake durante la pelea; y por último recordó las primeras palabras que había dicho el desconocido: *Parece ser que Jake tiene una cuenta pendiente contigo, Watson*.

Así lo había expresado, pensó Emmett: una cuenta pendiente. Y según el anciano actor FitzWilliams, una cuenta pendiente era justo lo que Duchess había dicho que tenía con su padre.

Emmett detuvo el coche y se quedó quieto con las manos en el volante.

Sally y Billy lo miraron con curiosidad.

—¿Qué pasa, Emmett? —preguntó Billy.

—Me parece que tenemos que ir a buscar a Duchess y a Woolly.

Sally se sorprendió.

—Pero si la señora Whitney ha dicho que se habían marchado a Salina.

—No se han marchado a Salina —dijo Emmett—. Han ido a la casa de los Wolcott en las Adirondack. El único problema es que no sé dónde está.

—Yo sí sé dónde está —dijo Billy.

—¿Ah, sí?

Billy agachó la cabeza y, lentamente, deslizó la yema de un dedo desde Newark, Nueva Jersey, siguiendo una línea que se alejaba de la autopista Lincoln y subía hacia el centro del norte de Nueva York, donde alguien había dibujado una gran estrella roja.

Sally

Cuando estábamos atravesando A-quién-se-le-ocurriría-vivir-aquí, Nueva Jersey, y Emmett paró el coche y anunció que teníamos que ir al norte del estado de Nueva York a buscar a Duchess y a Woolly, no dije nada. Cuatro horas más tarde, cuando paró en un motel de carretera que parecía un sitio más indicado para dejar donativos que para pasar la noche, no dije nada. Y en la destartalada oficinita del motel, cuando Emmett firmó en el libro como *señor Schulte*, tampoco dije nada.

Sin embargo...

Cuando encontramos nuestras habitaciones y envié a Billy al cuarto de baño a hacerse una bañera, Emmett me prestó toda su atención. Adoptó un aire de cierta gravedad y dijo que no estaba seguro de cuánto tardaría en encontrar a Duchess y a Woolly. Podía llevarle unas horas, quizá más. Pero en cuanto regresara los tres comeríamos algo y descansaríamos toda la noche; y si volvíamos a ponernos en marcha a las siete en punto de la mañana, calculaba que podrían dejarme en Morgen el miércoles por la noche sin desviarse mucho de su camino.

Y entonces fue cuando se agotó mi cupo de no decir nada.

—No te preocupes por eso de desviarte de tu camino —dije.

—No será ningún problema —me aseguró él.

—Bueno, en realidad no importa que lo sea o no. Porque no tengo ninguna intención de que me dejes en Morgen.

—Muy bien —dijo él un tanto vacilante—. Entonces, ¿dónde quieres que te dejemos?

—Ya me va bien San Francisco.

Emmett se quedó mirándome. Luego cerró los ojos.

—Que tú cierres los ojos no significa que yo no esté aquí, Emmett. Ni mucho menos. De hecho, cuando cierras los ojos no sólo estoy aquí, sino que Billy está aquí, este bonito mantel está aquí, el mundo entero está aquí, en el mismo sitio donde lo dejaste todo —le dije.

Emmett volvió a abrir los ojos.

—Sally, no sé qué expectativas te habré dado, o qué expectativas te habrás creado tú por tu cuenta...

¿Qué significa esto?, me pregunté. ¿Qué expectativas me había dado él? ¿Qué expectativas me había creado yo por mi cuenta? Me incliné más para asegurarme de que no me perdía ni una sola palabra.

—Pero para Billy y para mí éste ha sido un año muy difícil. Hemos perdido a nuestro padre, hemos perdido la finca...

—Sigue, sigue. Te escucho —dije.

Emmett carraspeó.

—Verás, es que... después de todo lo que hemos pasado mi hermano y yo... creo que lo que necesitamos ahora mismo... es empezar de cero juntos. Los dos solos.

Lo miré fijamente. Y entonces di un pequeño bufido.

—Ah, ya entiendo. Crees que te estoy obligando a llevarme a San Francisco con la intención de formar parte de vuestra familia.

Me miró un poco turbado.

—Lo único que digo, Sally...

—No, si ya sé lo que dices porque acabas de decirlo. Te he oído perfectamente, a pesar de tus carraspeos y tus tartamudeos. Así que deja que yo te conteste también muy claro. Por ahora, señor Emmett Watson, la única familia de la que tengo intención de formar parte es la mía. Una familia donde sólo cocinaré y limpiaré para mí. Prepararé mi desayuno, mi comida y mi cena. Fregaré mis platos. Lavaré mi ropa. Barreré mis suelos. Así que no temas, porque no pienso

entorpecer vuestro nuevo comienzo. Que yo sepa, está lleno de nuevos comienzos para todos.

Cuando Emmett salió por la puerta y se metió en su coche amarillo, me dije que, desde luego, en Estados Unidos hay grandes cosas. El Empire State Building y la Estatua de la Libertad son grandes. El río Misisipi y el Gran Cañón son grandes. Los cielos de las llanuras son grandes. Pero no hay nada más grande que la opinión que un hombre tiene de sí mismo.

Negué con la cabeza, cerré la puerta de la habitación y llamé a la del cuarto de baño para preguntarle a Billy cómo lo llevaba ahí dentro.

Creo que conozco a Billy Watson mejor que nadie, con la única excepción de su hermano. Sé cómo se come el pollo con guisantes y puré de patata (empieza por el pollo, sigue con los guisantes y se guarda el puré para el final). Sé cómo hace los deberes (sentado con la espalda muy recta a la mesa de la cocina y utilizando la gomita del extremo del lápiz para borrar cualquier rastro de error). Sé cómo reza sus oraciones (siempre se acuerda de incluir a su padre, a su madre, a su hermano y a mí). Y también conozco su estilo a la hora de meterse en líos.

Sucedió el primer jueves de mayo.

Me acuerdo porque estaba haciendo tartas de limón con merengue para la reunión de la parroquia cuando me llamaron por teléfono y me pidieron que bajara a la escuela.

Reconozco que ya estaba un poco molesta al entrar en el despacho del director. Cuando había sonado el teléfono, acababa de batir las claras de huevo a punto de nieve, así que había tenido que apagar el horno y tirar las claras por el desagüe del fregadero. Pero al abrir la puerta y ver a Billy sentado en una silla delante del escritorio del señor Huxley y

mirándose fijamente los zapatos, me puse de muy mal humor. Sé de sobra que Billy Watson jamás ha tenido motivos para mirarse fijamente los zapatos. Así que, si está mirándose fijamente los zapatos, es porque alguien le ha hecho sentir esa necesidad de manera injusta.

—Bueno, ya nos tiene a los dos aquí. ¿Dónde está el problema? —le dije al director.

Resultó que, poco después de la hora de comer, había habido un simulacro de emergencia. En medio de una clase, mientras los niños recibían la instrucción habitual, el timbre de la escuela había sonado cinco veces seguidas: la señal indicaba que los alumnos tenían que meterse debajo del pupitre y cubrirse la cabeza con las manos. Pero, por lo visto, cuando sonó el timbre y la señora Cooper recordó a los alumnos lo que tenían que hacer, Billy se negó a hacerlo.

No es nada habitual que Billy se niegue a hacer algo. Sin embargo, cuando decide negarse, se niega en redondo. Y pese a la insistencia, los camelos y las amenazas de la señora Cooper, Billy no se metió debajo del pupitre como el resto de sus compañeros.

—He intentado explicarle a William que el propósito de este simulacro es garantizar su seguridad —me explicó el señor Huxley—, y que negándose a participar no sólo se pone en peligro a sí mismo, sino que provoca un trastorno precisamente cuando cualquier trastorno podría perjudicar a sus compañeros.

El tiempo no había sido indulgente con el señor Huxley. Se estaba quedando sin pelo en la coronilla, y en el pueblo se rumoreaba que la señora Huxley tenía un amiguito en Kansas City. De modo que supongo que se merecía cierta compasión. Pero el señor Huxley nunca me había caído muy bien cuando yo estudiaba en la escuela de primaria de Morgen, y no tenía ningún motivo para que me cayese bien ahora.

Me volví hacia Billy.

—¿Eso es verdad?

Billy contestó que sí con la cabeza sin dejar de mirarse los zapatos.

—A lo mejor puedes explicarnos por qué te has negado a seguir las órdenes de la señora Cooper —sugirió el director.

Billy levantó la cabeza y me miró por primera vez.

—En la introducción de su *Compendio*, el profesor Abernathe dice que un héroe nunca le da la espalda al peligro. Dice que un héroe siempre se enfrenta a él cara a cara. Pero ¿cómo puede uno enfrentarse al peligro cara a cara si está debajo de su pupitre cubriéndose la cabeza con las manos?

Una observación clara, concisa y llena de sentido común. A mi entender, habría sido imposible mejorarla.

—¿Te importa esperarme fuera, Billy? —pregunté.

—De acuerdo, Sally.

El director y yo vimos a Billy salir del despacho sin dejar de mirarse los zapatos. Cuando se cerró la puerta, me volví hacia el director para que pudiésemos mirarnos cara a cara.

—Señor Huxley —dije haciendo todo lo posible para sonar afable—, ¿me está usted diciendo que, tan sólo nueve años después de que los Estados Unidos de América derrotaran a los ejércitos fascistas de todo el mundo, piensa castigar a un niño de ocho años porque se ha negado a meter la cabeza debajo de su pupitre como si fuera un avestruz que entierra la cabeza en la arena?

—Señorita Ransom...

—Yo nunca me las he dado de científica —continué—. De hecho, en el instituto aprobé física con un cinco y biología con un seis. Pero lo poco que aprendí de esas asignaturas me lleva a pensar que el tablero de un pupitre tiene tantas posibilidades de proteger a un niño de una explosión nuclear como esa cortinilla de pelo suya de proteger su cuero cabelludo del sol.

Ya lo sé. Sé que una buena cristiana nunca habría dicho una

cosa así. Pero estaba furiosa. Y sólo me quedaban dos horas para volver a calentar el horno, terminar mis tartas y llevarlas a la iglesia. De modo que no estaba para muchos melindres.

Y mira por dónde: cinco minutos más tarde, cuando salí de su despacho, el señor Huxley había accedido a que, para garantizar la seguridad de los alumnos, un valiente llamado Billy Watson sería nombrado Monitor de Simulacros. Por tanto, cuando el timbre de la escuela sonara cinco veces seguidas, en lugar de esconderse debajo del pupitre Billy iría de aula en aula con un sujetapapeles en la mano comprobando que todos cumplieran las normas.

Como ya he dicho, conozco a Billy mejor que nadie, y conozco su estilo a la hora de meterse en líos.

Por eso no tendría que haberme sorprendido cuando, después de llamar tres veces, abrí la puerta del cuarto de baño y encontré el grifo de la bañera abierto, la ventana abierta y ni rastro de Billy.

Emmett

Después de conducir dos kilómetros por el sinuoso camino de tierra, Emmett empezó a sospechar que se había equivocado en algún cruce. El empleado de la gasolinera, que conocía de oídas a los Wolcott, le había dicho que debía continuar por la ruta 28 otros trece kilómetros y medio y luego girar a la derecha y tomar el camino de tierra flanqueado por cipreses blancos. Emmett había medido la distancia con el cuentakilómetros y, pese a desconocer qué aspecto tenían los cipreses blancos, encontró un camino flanqueado por árboles perennes, así que decidió tomarlo. Pero ya había recorrido más de un kilómetro y medio y seguía sin haber rastro de ninguna vivienda. Por fortuna, el camino no era lo bastante ancho para que Emmett diese media vuelta, así que continuó adelante y, al cabo de unos minutos, encontró una gran casa de madera al borde de un lago, junto a la que estaba aparcado el coche de Woolly.

Se detuvo detrás del Cadillac, salió del Studebaker y fue caminando hacia el lago. Era ya entrada la tarde y el agua estaba tan quieta que en su superficie se reflejaban nítidamente los pinos de la orilla opuesta y las disparejas nubes del cielo, produciendo una ilusión de simetría vertical. La única señal de movimiento era la de una garza azul que, asustada por el ruido cuando Emmett cerró la portezuela del coche, había echado a volar desde la orilla y ahora se deslizaba en silencio unos dos palmos por encima del agua.

A la izquierda había un pequeño edificio que debía de ser una especie de caseta de herramientas, porque cerca, del revés sobre unos caballetes a la espera de que la repararan, había una

lancha con el casco roto.

A la derecha estaba la casa con vistas al jardín, el lago y el embarcadero. A lo largo de la fachada delantera había un gran porche con mecedoras; unos escalones anchos descendían hasta el césped. Emmett sabía que aquellos escalones debían de conducir a la puerta principal, pero al otro lado del Cadillac había un sendero bordeado de piedras pintadas que llevaba a otros escalones más estrechos y a una puerta que estaba abierta.

Emmett subió esos escalones, abrió la puerta de tela mosquitera y llamó:

—¿Woolly? ¿Duchess?

Al no oír nada, entró y dejó que la mosquitera se cerrase tras él. Se encontró en un recibidor lleno de cañas de pescar, botas de montaña, chubasqueros y patines. Todo estaba muy bien ordenado excepto las sillas Adirondack amontonadas en el centro. Sobre un armero había colgado un gran letrero pintado a mano con una lista titulada CERRAR LA CASA.

1. Quitar percutores
2. Guardar canoas
3. Vaciar congelador
4. Entrar mecedoras
5. Sacar basura
6. Hacer camas
7. Cerrar tiro chimeneas
8. Cerrar ventanas
9. Cerrar puertas con llave
10. Marcharse a casa

Emmett salió del recibidor y se metió por un pasillo; entonces se detuvo, escuchó y volvió a llamar a Woolly y a Duchess. Al no obtener respuesta, empezó a asomarse a diferentes habitaciones. Las dos primeras parecían intactas, pero en la tercera habían dejado un palo y varias bolas sobre el fieltro de la mesa de billar, como si alguien hubiese interrumpido una partida. Al final del pasillo, Emmett entró en una sala de techos altos con varios grupos de sofás y butacas, y con una escalera que conducía a la segunda planta.

Emmett negó admirado con la cabeza. Era una de las habitaciones más elegantes que jamás había visto. Casi todos los muebles eran de estilo Arts and Crafts, de madera de roble o cerezo, perfectamente conjuntados y con delicados detalles. Del techo colgaba una gran lámpara que, como las de pie y de mesa, tenía la pantalla de mica, lo que aseguraba que una luz cálida bañase la estancia después de anochecer. La chimenea, los techos, los sofás y la escalera eran más grandes de lo normal, pero guardaban la proporción unos con otros y no perdían la armonía con la escala humana, de modo que la habitación parecía a la vez acogedora y amplia.

No era difícil comprender por qué aquella casa había conservado un puesto tan privilegiado en la imaginación de Woolly. También habría conservado un puesto privilegiado en la de Emmett si él hubiese tenido la suerte de crecer allí.

Tras una puerta de doble hoja que estaba abierta, Emmett vio un comedor con una larga mesa de roble y, más allá del pasillo, más puertas que daban a más habitaciones, entre ellas la cocina, al fondo. No obstante, si Woolly y Duchess hubiesen estado en alguna de aquellas habitaciones, lo habrían oído llamarlos, así que decidió subir por la escalera.

Al llegar arriba encontró un pasillo que se extendía en ambas direcciones.

Primero revisó los dormitorios de la derecha. Aunque tenían tamaños y mobiliarios diferentes —en unos había camas de matrimonio; en otros, camas individuales; y en uno, literas—, todos compartían un estilo austero. Emmett comprendió que, en una casa como aquélla, no te entretenías mucho en el dormitorio. Bajabas a reunirte con la familia y desayunabas acompañado en aquella mesa de roble tan larga, y luego te pasabas el resto del día al aire libre. En ninguna de las habitaciones descubrió señales de que la hubiesen utilizado la noche anterior, así que dio media vuelta y fue hacia el otro

extremo del pasillo.

Mientras andaba, iba observando las fotografías colgadas en la pared, aunque trataba de fijarse en ellas sólo por encima. Y sin embargo, acabó ralentizando sus pasos hasta detenerse del todo para examinarlas con más atención.

Aunque las fotografías eran de distinto tamaño, todas eran de personas. Había retratos de grupo, de niños y de adultos, algunos en movimiento y otros inmóviles. Vistas por separado, no había nada extraño en ellas; las caras y la ropa eran bastante normales. Pero vistas todas a la vez, aquellas fotografías con sus marcos negros que ocupaban por completo la pared tenían algo profundamente envidiable. Y no tenía nada que ver con que predominaran el sol y las sonrisas despreocupadas. Era una cuestión de herencia.

El padre de Emmett había crecido en un lugar no muy distinto de aquél. Como había escrito en su última carta, lo que se había transmitido de generación en generación en su familia no eran sólo acciones y bonos, sino casas y cuadros, muebles y barcos. Y cuando a su padre le daba por contar anécdotas de su juventud, parecía que siempre hubiese innumerables primos, tíos y tías reunidos alrededor de la mesa los días de fiesta. Pero por alguna razón, por alguna razón que nunca había explicado del todo, el padre de Emmett había dejado atrás todo aquello cuando se había ido a vivir a Nebraska. Lo había dejado atrás y no había quedado ninguna huella.

O casi ninguna huella.

Estaban los baúles del desván con sus adhesivos exóticos de hoteles extranjeros, y la cesta de pícnic con sus utensilios bien ordenados, y la vajilla que no se usaba del aparador: vestigios de la vida a la que el padre de Emmett había renunciado para perseguir su sueño emersoniano. Emmett negó con la cabeza; no estaba seguro de si las decisiones de su padre debían causarle enfado o admiración.

Como suele pasar con esos dilemas del corazón, seguramente la respuesta era las dos cosas.

Siguió andando por el pasillo y se dio cuenta de que, a juzgar por la calidad de las fotografías y el estilo del vestuario, las imágenes retrocedían en el tiempo. Comenzaban en algún momento de los años cuarenta y se remontaban a los treinta, los veinte y, por último, a la primera década del siglo. Sin embargo, cuando Emmett pasó junto a la mesilla auxiliar de lo alto de la escalera, vio que las fotografías invertían esa dirección y empezaban a avanzar. Había regresado a los años cuarenta y estaba observando con curiosidad un espacio en blanco que había en la pared. Entonces oyó la música: una música débil que provenía del final del pasillo. Pasó por delante de varias habitaciones y fue acercándose a aquel sonido hasta que se detuvo ante la penúltima puerta y aguzó el oído.

Era Tony Bennett.

Tony Bennett cantando que pasaría de los harapos a la riqueza con sólo que le dedicaras atención.

Emmett llamó a la puerta.

—¿Woolly? ¿Duchess?

Como ninguno de los dos le contestó, decidió abrir.

Encontró otra habitación amueblada de forma austera, con dos camitas individuales y una cómoda. Woolly estaba tumbado en una de las camas, con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho; los pies, descalzos pero con calcetines, sobrepasaban el largo del colchón. En la mesilla de noche había una botellita y un tarrito vacíos y tres píldoras de color rosa.

Emmett tuvo un mal presentimiento y se acercó a la cama. Llamó a Woolly por su nombre; luego le sacudió ligeramente un hombro y lo notó rígido.

—Ay, Woolly —dijo mientras se sentaba en la cama de enfrente.

Sintió que le venían náuseas. Dejó de mirar el rostro inexpresivo de su amigo y fijó la vista en la mesilla de noche. Ya había reconocido la botellita azul que Woolly llamaba su medicina, pero cogió el tarrito marrón. Nunca había oído hablar del medicamento escrito en la etiqueta, pero vio que se lo habían recetado a Sarah Whitney.

Así es como la desgracia engendra más desgracia, pensó Emmett. Porque, por muy bien que a la hermana de Woolly se le diera perdonar, jamás se perdonaría a sí misma por aquello. Dejó el tarrito vacío donde lo había encontrado justo cuando en la radio empezaba a sonar un tema de jazz jovial y discordante.

Emmett se levantó de la cama y apagó la radio de encima de la cómoda. Junto a la radio había una vieja caja de puros y un diccionario que podían haber salido de cualquier sitio; sin embargo, apoyada en la pared había una fotografía enmarcada que sólo podía haber salido de un espacio vacío de la pared.

En ella aparecía Woolly, de niño, sentado en una canoa entre su padre y su madre. Los padres de Woolly —una atractiva pareja de treinta y tantos— tenían cada uno un remo apoyado en el borde de la canoa, como si se dispusieran a empezar a remar. La expresión de Woolly denotaba cierto nerviosismo, aunque al mismo tiempo se estaba riendo, como si alguien que no aparecía en el encuadre, le estuviese haciendo muecas desde el embarcadero.

Hacía sólo unos días, delante del orfanato mientras esperaban a Duchess, Billy le había contado a Woolly lo de su madre y los fuegos artificiales de San Francisco; y Woolly, por su parte, le había contado a Billy cómo celebraba su familia el Cuatro de Julio en aquel refugio. A Emmett se le ocurrió que aquella fotografía de Woolly sentado entre sus padres en la canoa quizá se había tomado el mismo día que él se había tumbado entre sus padres en la hierba para contemplar los fuegos artificiales de Seward. Y, quizá por primera vez, intuyó

por qué el viaje al oeste por la autopista Lincoln se había convertido en algo tan importante para su hermano.

Volvió a dejar la fotografía encima de la cómoda con cuidado. Luego, después de mirar una vez más a su amigo, fue a buscar un teléfono. Nada más salir al pasillo oyó ruidos que provenían de la planta de abajo.

Duchess, pensó.

Y la pena que se había acumulado en su interior se vio eclipsada por la cólera.

Bajó la escalera y se apresuró por el pasillo en dirección a la cocina guiado de nuevo por un sonido. Se metió en la primera puerta a la izquierda y entró en una habitación que parecía el despacho de un caballero, aunque estaba muy desordenada: los libros de los estantes esparcidos por el suelo, los cajones fuera del escritorio y un cuadro que formaba un ángulo de noventa grados con la pared. Y detrás de aquel cuadro estaba Duchess, golpeando con un hacha la superficie lisa y gris de una caja fuerte de forma infructuosa.

—Vamos —se animaba a sí mismo mientras volvía a golpear la caja fuerte—. ¡Vamos, vamos, pequeña!

—Duchess —dijo Emmett una vez.

Luego otra, más alto.

Duchess, sorprendido, dejó de golpear y miró hacia atrás. Al ver a Emmett compuso una sonrisa.

—¡Emmett! ¡Cómo me alegro de verte, chico!

A Emmett esa sonrisa le pareció tan discordante como el tema de jazz que sonaba en la radio de la habitación de Woolly, y sintió la misma necesidad imperiosa de eliminarla. Avanzó hacia Duchess, cuyo gesto pasó del júbilo a la preocupación.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—¿Que qué pasa? —dijo Emmett atónito, y se detuvo—. ¿No has estado arriba? ¿No has visto a Woolly?

Duchess lo entendió en el acto. Dejó el hacha encima de una butaca y negó con la cabeza con gesto solemne.

—Sí, lo he visto, Emmett. ¿Qué puedo decir? Es terrible.

—Pero ¿cómo...? ¿Cómo has podido dejarlo? —farfulló Emmett.

—¿Dejarlo? —Duchess se sorprendió—. ¿De verdad crees que si hubiera sabido lo que Woolly tenía planeado lo habría dejado solo ni un segundo? Llevo vigilando a Woolly desde el día que lo conocí. No hace ni siquiera una semana, hasta le quité la última botella de medicina que le quedaba, pero debía de tener otra escondida. Y no me preguntes de dónde ha sacado las pastillas, porque no lo sé.

La rabia y la sensación de impotencia impelían a Emmett a culpar a Duchess. Quería culparlo de todo. Sin embargo, por otra parte entendía que no era culpa suya lo que había pasado. Y de su interior se elevó, como asciende la bilis por la garganta, el recuerdo de las palabras con las que él mismo le había asegurado a la hermana de Woolly que todo iría bien.

—¿Has llamado a una ambulancia al menos? —preguntó Emmett al cabo de un momento, y oyó que se le quebraba la voz.

Duchess dijo que no con la cabeza dando a entender que no habría servido de nada.

—Cuando lo encontré ya era demasiado tarde. Ya estaba frío como el hielo.

—Vale. Voy a llamar a la policía.

—¿A la policía? ¿Para qué?

—Tenemos que avisar a alguien.

—Sí, por supuesto. Y lo haremos. Pero a Woolly ya no le importará si es ahora o más tarde. En cambio, a nosotros sí que nos importa, y mucho.

Sin hacerle caso, Emmett fue hacia el teléfono que estaba encima del escritorio. Cuando Duchess lo vio, se apresuró en

esa misma dirección, pero Emmett llegó antes.

Apartó a Duchess con una mano y descolgó el auricular con la otra, para darse cuenta de que no había línea: aún no la habían restablecido para la temporada de verano.

Al ver que el teléfono no estaba operativo, Duchess relajó la postura.

—Hablemos de esto con calma.

—Vamos. —Emmett cogió a Duchess por el codo—. Iremos a la comisaría.

Lo sacó del despacho y, sin escucharlo, lo empujó por el pasillo mientras Duchess intentaba defender la conveniencia de esperar.

—Lo que ha pasado es terrible, Emmett. Yo soy el primero que piensa que es terrible. Pero es lo que ha decidido Woolly. Por las razones que sea. Razones que a lo mejor nunca llegaremos a entender del todo y que en realidad no somos nadie para cuestionar. Ahora, lo que debemos tener presente es qué habría querido Woolly.

Cuando llegaron a la puerta mosquitera del recibidor, Duchess se dio la vuelta para mirar cara a cara a Emmett.

—Tendrías que haber estado delante cuando tu hermano se puso a hablar de la casa que quiere construir en California. Nunca había visto a Woolly tan emocionado. Él os imaginaba a los dos viviendo juntos en esa casa. Si vamos a la comisaría ahora, te aseguro que en una hora este sitio estará lleno de gente, y no podremos terminar lo que empezó Woolly.

Emmett abrió la puerta mosquitera con una mano y con la otra empujó escalones abajo a Duchess, que fue dando traspiés hacia la lancha colocada sobre los caballetes. De repente, Duchess se dio la vuelta como si acabase de tener una idea.

—¡Eh! ¿Ves el cobertizo de los botes? Dentro hay un banco de carpintería con todo tipo de cinceles, limas y taladros. A mí no me han servido para nada, pero seguro que tú sabrías abrir

una caja fuerte en cuestión de minutos. Cuando hayamos liberado el fideicomiso de Woolly, iremos juntos a buscar un teléfono. Y cuando la ambulancia esté en camino, nos marcharemos a California, como quería Woolly.

—Tú y yo no vamos a ir a ningún sitio —dijo Emmett con el rostro cada vez más encendido—. A San Francisco, Los Ángeles o Hollywood vamos a ir mi hermano y yo. A California vamos a ir mi hermano y yo. Tú te vas a ir a Salina.

Duchess miró a Emmett con incredulidad.

—¿Qué te hace pensar que voy a ir a Salina, Emmett?

Como no contestaba, Duchess negó con la cabeza y señaló el suelo.

—No pienso moverme de aquí hasta que consiga abrir esa caja fuerte. Y si no quieres quedarte para ayudarme, es asunto tuyo. Estamos en un país libre. Pero te voy a decir una cosa, Emmett, porque eres mi amigo: si te vas ahora, te arrepentirás. Porque cuando llegues a California te darás cuenta de que con dos mil dólares no vas a llegar muy lejos. Y entonces lamentarás no haberte quedado con tu parte del fideicomiso.

Emmett se acercó a Duchess y lo agarró por el cuello de la camisa como había hecho en casa de los Whitney, sólo que esta vez lo cogió con las dos manos y al girar los puños notó cómo se tensaba la tela alrededor del cuello de Duchess.

—¿Es que no lo entiendes? —murmuró entre dientes—. No hay ningún fideicomiso. No hay ninguna herencia. En esa caja fuerte no hay dinero. Todo es un cuento de hadas. Un cuento de hadas que Woolly se inventó para que lo trajeras aquí.

Emmett apartó a Duchess de un empujón, como si le diese asco.

Duchess tropezó con las piedras que bordeaban el sendero y se cayó en la hierba.

—Vas a ir a hablar con la policía aunque tenga que arrastrarte hasta la comisaría —dijo Emmett.

—Pero, Emmett, sí que hay dinero en la caja fuerte.

Emmett se dio la vuelta y vio a su hermano en el umbral del recibidor.

—¡Billy! ¿Qué haces aquí?

Antes de que Billy pudiese contestar, la expresión del niño pasó del sobresalto a la alarma, lo que hizo que Emmett se diese la vuelta otra vez en el instante en que el brazo de Duchess se ponía en movimiento.

El golpe fue lo bastante fuerte para derribarlo, pero no lo suficiente para dejarlo inconsciente. Emmett notó que le brotaba sangre de una ceja, recobró los sentidos y se puso a cuatro patas justo a tiempo de ver cómo Duchess empujaba a Billy al interior de la casa y cerraba de un portazo.

Duchess

El día anterior, después de admitir que no se le había ocurrido pensar que definitiva y rotundamente pudiese ser necesaria una combinación, Woolly me preguntó si quería dar un paseo con él hasta el embarcadero.

—Ve yendo. Yo me quedo un rato por aquí —le dije.

Cuando salió, me pasé unos minutos delante de la caja fuerte del abuelo, observándola con los brazos en jarras. Luego negué con la cabeza y me puse manos a la obra. Primero pegué una oreja a la puerta de metal y empecé a girar los diales para oír los ruiditos que hacían los seguros, como en las películas. Y el resultado fue el que cabe esperar cuando intentas hacer cualquier cosa como has visto hacer en las películas.

Cogí el estuche de Otelo de mi bolsón y saqué la daga de mi padre. Mi intención era meter la punta de la hoja en la junta entre la puerta y la caja y moverla hacia delante y hacia atrás. Pero cuando empujé, lo que cedió fue la hoja de la daga, que se separó por completo del mango.

—Forjada, templada y bruñida por un maestro artesano de Pittsburgh, y un cuerno —refunfuñé.

Después fui a buscar herramientas de verdad: tras abrir todos los cajones de la cocina y hurgar en todos los armarios, me fui al zaguán, donde revolví en todas las cajitas y en todos los cestos, sin éxito. Hubo un momento en que me planteé disparar contra la caja fuerte con uno de aquellos rifles, pero vista mi mala suerte seguramente me habría rebotado la bala.

Así que bajé al embarcadero, donde encontré a Woolly contemplando el paisaje.

—Oye, Woolly, ¿sabes si por aquí cerca hay alguna ferretería? —le pregunté desde tierra firme.

—¿Cómo? —preguntó dándose la vuelta—. ¿Una ferretería? No estoy seguro. Pero hay un almacén a unos ocho kilómetros de aquí carretera arriba.

—Perfecto. No tardaré mucho. ¿Necesitas algo?

Woolly se lo pensó un momento y dijo que no con la cabeza.

—Ya tengo todo lo que necesito —añadió con una de aquellas sonrisas suyas—. Voy a dar una vuelta por aquí y desharé el equipaje. Y luego quizá eche una siestecita.

—Me parece muy bien. Te la has ganado —repliqué.

Veinte minutos más tarde me paseaba por los pasillos del almacén pensando que debían de llamarlo así porque allí se almacenaba de todo, aunque no pudieses obtener lo que buscabas. Parecía que hubieran volcado y sacudido una casa hasta que todo lo que no estaba sujeto con clavos al suelo hubiese salido rodando por la puerta: espátulas, manoplas y huevos temporizadores; esponjas, cepillos y jabones; lápices, libretas y gomas de borrar; yoyós y pelotas de goma. En un estado de crispación consumista, al final le pregunté al encargado si tenía mazos. Lo mejor que encontró fueron un martillo de bola y un juego de destornilladores.

Cuando regresé a la casa, Woolly ya había subido, así que volví al despacho con mis herramientas. Creo que me pasé una hora golpeando aquella maldita caja y lo único que conseguí fueron una puerta metálica con algunos rasguños y una camisa empapada de sudor.

La siguiente hora la dediqué a registrar el despacho en busca de la combinación. Deduje que un astuto empresario como el señor Wolcott no habría sido tan descuidado como para dejar la combinación de su caja fuerte al albur de su memoria. Sobre

todo teniendo en cuenta que el hombre tenía más de noventa años. Seguro que la había anotado en algún sitio.

Como es lógico, empecé por su escritorio. Primero revisé los cajones en busca de un diario o una agenda en cuya última página se hubiese podido apuntar un número importante. A continuación extraje los cajones y les di la vuelta para ver si la había escrito en la parte de abajo. Miré debajo de la lámpara del escritorio y en la base del busto de bronce de Abraham Lincoln, que pesaba casi cien kilos. Luego me concentré en los libros y los hojeé en busca de un trozo de papel metido entre las páginas. Eso lo hice hasta que me di cuenta de que hojear todos los libros de aquel hombre me habría llevado el resto de la vida.

Al final decidí despertar a Woolly y preguntarle qué dormitorio era el de su bisabuelo.

Antes, cuando Woolly había dicho que echaría una siestecita, yo no le había dado importancia. Como ya he dicho, él no había dormido mucho la noche anterior, y luego me había despertado al amanecer para marcharnos cuanto antes. Por eso no me extrañó en absoluto que tuviese intención de tumbarse a descansar un rato.

Sin embargo, en cuanto abrí la puerta del dormitorio comprendí lo que estaba viendo. Al fin y al cabo, no era la primera vez que contemplaba una escena como aquélla. Reconocí aquel discreto orden, con los objetos personales de Woolly alineados sobre la cómoda y sus zapatos uno al lado del otro a los pies de la cama. Reconocí la quietud, aliviada por el delicado movimiento de las cortinas y el murmullo de un boletín de noticias en la radio. Y reconocí la expresión en la cara de Woolly, una expresión que, como la de Marceline, no transmitía felicidad ni tristeza, pero que sí desprendía cierta paz.

Se le había descolgado un brazo de la cama, pero en ese

momento Woolly ya debía de estar demasiado ido y no se había molestado en subirlo; sus dedos rozaban el suelo, igual que aquella noche en el HoJo's. E igual que entonces, le recogí el brazo, y esta vez le crucé las manos sobre el pecho.

Las casas, los coches y los Roosevelts habían caído por fin, pensé.

—*La maravilla es que haya durado tanto* —me dije, haciendo mías las palabras del rey Lear.

Antes de salir, apagué la radio. Pero de inmediato volví a encenderla, pues pensé que Woolly seguramente agradecería contar con la compañía de un anuncio de vez en cuando con las horas que tenía por delante.

Esa noche comí alubias directamente de una lata y me bebí una Pepsi-Cola caliente, lo único que encontré en la cocina. Para no molestar al fantasma de Woolly, dormí en un sofá del gran salón. Y por la mañana, cuando me desperté, me puse a trabajar sin perder ni un minuto.

En las horas siguientes debí de golpear aquella caja fuerte un millar de veces. Le di con el martillo. Le di con un mazo de croquet. Hasta intenté golpearla con el busto de Abe Lincoln, pero no conseguí sujetarlo con suficiente firmeza.

Alrededor de las cuatro de la tarde fui a echar un vistazo en el Caddy por si encontraba una llave de ruedas, pero, al salir de la casa, vi que la barca puesta del revés sobre los caballetes tenía un agujero bastante grande en la proa. Supuse que alguien la habría colocado allí para repararla y me acerqué al cobertizo de los botes a buscar alguna herramienta que pudiera serme útil. Y en efecto, detrás de los remos y las canoas había un banco de trabajo con un montón de cajones. Debí de pasarme media hora repasándolo todo, aunque sólo conseguí un nuevo surtido de herramientas de trabajo que no me

permitirían avanzar mucho más que las que había visto en la tienda. Entonces me acordé de que Woolly había mencionado que todos los años se veían fuegos artificiales en el refugio, y puse el cobertizo de los botes patas arriba buscando explosivos. Ya a punto de salir completamente derrotado, descubrí un hacha colgada de unos ganchos en la pared.

Silbando como un leñador, volví sin prisa al despacho del anciano, me coloqué frente a la caja fuerte y empecé a golpearla. No podía haberle dado más de diez veces cuando de pronto, como por arte de magia, Emmett Watson irrumpió en la habitación.

—¡Emmett! ¡Cómo me alegro de verte, chico! —exclamé.

Y lo decía en serio. Porque si había alguien en el mundo a quien yo viera capaz de abrir aquella caja fuerte, ése era él.

La conversación se desvió un poco de su curso antes de que yo tuviese la oportunidad de exponerle la situación, pero es comprensible. Porque Emmett había llegado mientras yo estaba en el cobertizo de los botes y, al no encontrar a nadie en la casa, había subido y había descubierto a Woolly.

Se notaba a la legua que eso lo había puesto muy nervioso. Lo más probable es que nunca hubiese visto un cadáver, y menos el cadáver de un amigo. De modo que yo no podía reprocharle que me echase parte de culpa. Eso es lo que suelen hacer las personas cuando están nerviosas. Señalan con el dedo. Señalan con el dedo al que tienen más cerca y, dada nuestra forma de relacionarnos, casi siempre es un amigo y no un enemigo.

Le recordé a Emmett que era yo quien llevaba un año y medio vigilando a Woolly, y vi que se tranquilizaba. Pero luego empezó a decir tonterías. A hacer tonterías.

En primer lugar, quería llamar a la policía. Cuando descubrió que el teléfono no funcionaba, quería ir a la comisaría. Y quería llevarme con él.

Intenté hacerlo entrar en razón, pero él estaba tan agitado que me empujó por el pasillo, me sacó a empujones por la puerta y me tiró al suelo. Entonces me aseguró que en la caja fuerte no había dinero y me dijo que debía presentarme en la comisaría, que me llevaría a rastras si era necesario.

Dado el estado en que se encontraba, no me cabe ninguna duda de que lo habría hecho, por mucho que más tarde lo hubiese lamentado. Dicho de otro modo, no me estaba dejando muchas opciones.

Y el destino debía de estar de acuerdo conmigo porque Emmett me derribó, pero me caí en la hierba y una de mis manos fue a parar justo sobre una de aquellas piedras pintadas. Y entonces, como por arte de magia, apareció Billy, justo a tiempo para distraerlo y hacerlo mirar en la dirección opuesta.

Tenía en la mano una piedra del tamaño de un pomelo. Pero yo no buscaba hacerle daño a Emmett. Sólo quería obligarlo a parar unos minutos para que pudiese recobrar un poco de perspectiva antes de hacer algo de lo que después se arrepentiría. Me arrastré un poco y cogí otra no más grande que una manzana.

Le di con ella en la cabeza y, sí, se cayó al suelo, pero más por la sorpresa que por la fuerza del impacto. Yo sabía que Emmett enseguida volvería en sí.

Comprendí que, si había alguien capaz de hacer entrar en razón a Emmett, ése era su hermano, así que subí los escalones a toda prisa, me llevé a Billy adentro de la casa y cerré la puerta con llave.

—¡¿Por qué has pegado a Emmett?! —me gritó Billy, que parecía aún más nervioso que su hermano—. ¿Por qué le has pegado, Duchess? ¡No deberías haberle pegado!

—Tienes toda la razón del mundo —concedí, tratando de calmarlo—. No debería haberlo hecho. Y te juro que no lo volveré a hacer.

Lo aparté unos pasos de la puerta, lo sujeté por los hombros e intenté hablar con él de hombre a hombre.

—Escúchame, Billy: las cosas se han complicado. He encontrado la caja fuerte; está aquí, tal como dijo Woolly. Y estoy completamente de acuerdo contigo en que dentro está el dinero esperando a que lo reclamen. Pero no tenemos la combinación. Así que ahora lo que necesitamos es un poco de tiempo, un poco de la inventiva y la habilidad propia de los primeros colonos yanquis y mucho trabajo en equipo.

En cuanto sujeté a Billy por los hombros, él cerró los ojos. Y todavía no había llegado a la mitad de mi discurso cuando ya se había puesto a negar con la cabeza y a repetir el nombre de su hermano en voz baja.

—¿Estás preocupado por Emmett? ¿Es eso? Te prometo que no tienes por qué preocuparte. Apenas le he hecho daño. Seguro que ya está a punto de levantarse.

Mientras decía eso, oímos girar el picaporte detrás de nosotros, y a continuación oímos a Emmett golpear la puerta y gritar nuestros nombres.

—Mira. —Conduje al crío hacia el pasillo—. ¿No te lo decía yo?

Cuando dejaron de oírse golpes en la puerta, bajé la voz para hablar en confianza.

—El caso, Billy, es que, por motivos que ahora no puedo detallar, tu hermano quiere llamar a la policía. Pero me temo que, si lo hace, no conseguiremos abrir esa caja fuerte, no nos repartiremos el dinero y esa casa vuestra, la casa en la que queréis vivir tú, Emmett y tu madre, nunca se llegará a construir.

Me pareció que estaba exponiendo muy bien la situación, pero Billy seguía negando con la cabeza, con los ojos cerrados y repitiendo el nombre de su hermano.

—Vamos a hablar con Emmett —le aseguré con una pizca de

frustración—. Lo hablaremos todo con él, Billy. Pero ahora esto es entre tú y yo.

El chico dejó de sacudir la cabeza.

Ya está, me dije. ¡Creo que lo he conseguido!

Entonces abrió los ojos y me arreó una patada en la espinilla.

¿No es para troncharse?

Y un instante después allí estaba yo saltando a la pata coja mientras él corría por el pasillo.

—¡Anda la osa! —exclamé, y salí corriendo tras él.

Cuando llegué al gran salón, Billy había desaparecido.

Os lo juro por Dios: aunque sólo le había quitado los ojos de encima treinta segundos, el niño se había esfumado, igual que la cacatúa *Lucinda*.

—¡Billy! —lo llamé, buscándolo detrás de los sofás—. ¡Billy!

Oí el ruido de otro picaporte en algún lugar de la casa.

—¡Billy! —volví a gritar, cada vez con más apremio—. ¡Ya sé que nuestra expedición no está yendo exactamente como habíamos planeado, pero lo importante es que sigamos juntos hasta el final! ¡Tú, tu hermano y yo! ¡Todos para uno y uno para todos!

Y entonces oí un ruido de cristales rotos que provenía de la cocina. Emmett no tardaría en entrar en la casa; de eso no cabía ninguna duda. Puesto que no tenía alternativa, me fui derecho al zaguán, y al encontrar el armero cerrado con llave, cogí una bola de croquet y la lancé contra el cristal.

Billy

Se registraron en la habitación 14 del White Peaks Motel de la ruta 28 y, en cuanto Billy se descolgó la mochila, Emmett dijo que se iba a buscar a Woolly y a Duchess.

—Creo que lo mejor será que, mientras tanto, tú te quedes aquí —le dijo.

—Además, ¿cuándo fue la última vez que te bañaste, jovencito? No me sorprendería que hubiese sido en Nebraska —añadió Sally.

—Es verdad. La última vez que me bañé fue en Nebraska —confirmó Billy asintiendo con la cabeza.

Mientras Emmett hablaba en voz baja con Sally, Billy volvió a colgarse la mochila y se dirigió al cuarto de baño.

—¿Seguro que necesitas llevarte la mochila? —le preguntó Sally.

—Sí, la necesito —dijo Billy, que ya tenía una mano en el picaporte—, porque es donde tengo la ropa limpia.

—De acuerdo. Pero no olvides lavarte detrás de las orejas.

—No me olvidaré.

Mientras Emmett y Sally seguían hablando, Billy entró en el cuarto de baño, cerró la puerta y abrió los grifos de la bañera. Pero no se quitó la ropa sucia. No se quitó la ropa sucia porque no pensaba darse un baño. Había dicho una mentira piadosa. Como la que le había dicho Sally al sheriff Petersen.

Tras comprobar que el desagüe estaba destapado y que la bañera no se desbordaría, Billy ciñó las correas de su mochila, se subió a la tapa del inodoro, abrió la ventana de guillotina y salió por ella sin que nadie se hubiese enterado de nada.

Billy sabía que su hermano y Sally quizá sólo estuvieran hablando unos minutos, así que tenía que correr tan aprisa como pudiera y rodear el motel hasta donde estaba aparcado el Studebaker. Corrió tan rápido que, una vez dentro del maletero y con la tapa cerrada, oía los latidos de su corazón.

Cuando Duchess le había contado que Woolly y él se habían escondido en el maletero del coche del alcaide, Billy le había preguntado cómo lo habían hecho para volver a salir. Duchess le había explicado que antes de meterse había cogido una cuchara para abrir el pestillo. Así que, antes de meterse en el maletero del Studebaker, Billy había sacado la navaja que llevaba en la mochila. Luego también había sacado la linterna, porque dentro del maletero iba a estar oscuro cuando se cerrara la tapa. A Billy no le daba miedo la oscuridad, pero Duchess le había contado que le había costado mucho abrir el pestillo porque no veía nada. *Nos ha faltado esto*, dijo Duchess enseñándole el pulgar y el índice separados por un centímetro, *para volvernos a Salina sin haber visto nada de Nebraska*.

Billy encendió la linterna y miró la hora en el reloj de Woolly. Eran las tres y media. Apagó la linterna y esperó. Al cabo de unos minutos, oyó abrirse y cerrarse la portezuela del coche y arrancar el motor, y se pusieron en marcha.

En la habitación del motel, cuando Emmett le había dicho a Billy que creía que lo mejor sería que él se quedase allí, Billy no se había sorprendido.

Muchas veces Emmett creía que lo mejor para Billy era que se quedase en un sitio mientras él iba a otro. Por ejemplo, cuando fue al juzgado de Morgen para que el juez Schomer dictara sentencia. *Creo que lo mejor será que me esperes aquí fuera con Sally*, le había dicho a Billy. O en la estación del Lewis, cuando Emmett había ido a enterarse de qué trenes de

mercancías iban a Nueva York. O cuando estaban en la West Side Elevated y su hermano había ido a buscar al padre de Duchess.

En el tercer párrafo de la introducción de su *Compendio de héroes, aventureros y otros viajeros intrépidos*, el profesor Abernathe dice que los héroes suelen dejar atrás a sus amigos y a su familia cuando emprenden sus hazañas. Dejan atrás a sus amigos y a su familia porque les preocupa ponerlos en peligro y porque tienen el valor necesario para enfrentarse solos a lo desconocido. Por eso Emmett muchas veces creía que lo mejor era que Billy se quedase atrás.

Pero Emmett no sabía lo de Xenos.

En el capítulo 24 de su compendio, el profesor Abernathe dice: *Allí donde ha habido grandes hombres que han logrado grandes proezas siempre ha habido narradores dispuestos a relatar sus hazañas. Pero tanto si se trataba de Hércules o de Teseo, de César o de Alejandro, las hazañas que esos hombres realizaron, las victorias que lograron y las adversidades que superaron nunca habrían sido posibles sin la participación de Xenos*.

Aunque Xenos parece el nombre de un personaje histórico, como Jerjes o Jenofonte, Xenos no es el nombre de ninguna persona. Xenos es una palabra del griego antiguo que significa extranjero y extraño, huésped y amigo. O simplemente el Otro. Como dice el profesor Abernathe: *Xenos es el que está en la periferia con un traje sencillo y en el que apenas te fijas. A lo largo de la historia, se ha presentado de diversas formas: como vigilante o miembro del séquito, como mensajero o paje, como comerciante, camarero o vagabundo. Aunque rara vez ha tenido nombre, casi siempre se ha sabido muy poco de él y con frecuencia cae en el olvido, Xenos siempre aparece en el momento adecuado y en el lugar adecuado para interpretar su papel fundamental en el curso de los acontecimientos*.

Por eso cuando Emmett dijo que creía que era mejor que

Billy se quedara mientras él iba a buscar a Woolly y a Duchess, Billy no tuvo más remedio que escapar por la ventana y esconderse en el maletero.

• • •

Trece minutos después de salir del motel, el Studebaker se detuvo y la puerta del conductor se abrió y volvió a cerrarse.

Billy estaba a punto de abrir el pestillo del maletero cuando le llegó el olor a gasolina. Debían de estar en una gasolinera, pensó, y Emmett debía de estar pidiendo indicaciones. Aunque Woolly había puesto una gran estrella roja en el mapa de Billy para señalar la ubicación de la casa de su familia, el mapa estaba dibujado a una escala demasiado grande para incluir las carreteras locales. Así que, pese a estar cerca de la casa de Woolly, Emmett no sabía exactamente cómo llegar.

Billy aguzó el oído y oyó que su hermano le daba las gracias a alguien. Luego la portezuela se abrió y se cerró y volvieron a ponerse en marcha. Al cabo de doce minutos, el Studebaker giró y empezó a reducir la velocidad hasta detenerse por completo. Se apagó el motor y la portezuela del conductor se abrió y se cerró de nuevo.

Esta vez Billy decidió esperar como mínimo cinco minutos antes de abrir el pestillo. Enfocó el reloj de Woolly con su linterna y vio que eran las 16.02 h. A las 16.07 h oyó a su hermano llamar a Woolly y a Duchess y, a continuación, el golpazo de una puerta de tela mosquitera. Seguramente Emmett había entrado en la casa, pensó Billy, pero decidió esperar dos minutos más. Cuando el reloj marcó las 16.09 h, abrió el pestillo y salió del maletero. Volvió a guardar la navaja y la linterna en la mochila, se colgó la mochila a la espalda y cerró el maletero sin hacer ruido.

Era la casa más grande que Billy había visto jamás. En el

extremo más cercano estaba la puerta con mosquitera por la que Emmett debía de haber entrado. Billy subió los escalones con sigilo, miró a través de la mosquitera y entró en la casa, asegurándose de que la puerta no hacía ruido al cerrarse.

La primera habitación que encontró fue un trastero lleno de cosas para utilizar al aire libre, como botas y chubasqueros, patines y rifles. En la pared estaban las diez normas para cerrar la casa. Billy comprendió que la lista estaba escrita en el orden en que debías hacer las cosas, pero lo desconcertó la última, la que decía *Marcharse a casa*. Al cabo de un momento llegó a la conclusión de que debían de haberlo puesto en broma.

Asomó la cabeza fuera del trastero y vio a su hermano al final del pasillo, contemplando el techo de un gran salón. A veces Emmett hacía eso: se quedaba quieto y contemplaba una habitación para entender cómo la habían construido. Acto seguido Emmett subió por una escalera. Cuando Billy oyó los pasos de su hermano en la planta de arriba, se escabulló por el pasillo hasta la habitación enorme.

Nada más ver la chimenea lo bastante grande para que todos pudiesen reunirse alrededor de ella, Billy supo exactamente dónde estaba. Por la ventana se veía el porche con el techo voladizo bajo el que podías sentarte en las tardes de lluvia y sobre el que podías tumbarte en las calurosas noches de verano. Arriba debía de haber suficientes habitaciones para que fuesen amigos y familiares a pasar las vacaciones. Y en el rincón estaba el sitio reservado para el árbol de Navidad.

Detrás de la escalera había una habitación con una mesa alargada y sillas. Debía de ser el comedor, pensó Billy, donde Woolly había recitado el Discurso de Gettysburg.

Cruzó la habitación enorme, se metió por el pasillo que había al otro lado y asomó la cabeza en la primera habitación que encontró. Era el despacho, y estaba justo donde Woolly lo había dibujado. Mientras que la habitación enorme estaba

limpia y ordenada, el despacho no lo estaba. Estaba muy desordenado, con libros y papeles esparcidos por todas partes y un busto de Abraham Lincoln tirado en el suelo, justo bajo un cuadro de la firma de la Declaración de Independencia. Encima de una butaca, cerca del busto, había un martillo y varios destornilladores, y la puerta de la caja fuerte estaba cubierta de arañazos.

Woolly y Duchess debían de haber intentado abrir la caja fuerte con el martillo y los destornilladores, pensó Billy, pero eso no iba a funcionar. Las cajas fuertes estaban hechas de acero y diseñadas para ser impenetrables. Si podías abrir una caja fuerte con un martillo y unos destornilladores, no era una caja fuerte.

La puerta de la caja tenía cuatro diales, y en cada dial estaban marcados los números del cero al nueve. Eso significaba que había diez mil combinaciones posibles. Duchess y Woolly habrían tenido más suerte si hubiesen empezado por el 0000 y hubiesen ido subiendo hasta el 9999, pensó Billy. Habrían tardado menos que intentando abrir la caja con martillos y destornilladores. Pero mejor aún habría sido, pensó, intentar adivinar la combinación que había escogido el bisabuelo de Woolly.

Billy necesitó seis intentos.

Una vez abierta la puerta de la caja fuerte, Billy se acordó de la caja que había en el último cajón de la cómoda de su padre, porque dentro también había papeles importantes, sólo que muchos más. Pero debajo de la balda donde estaban todos aquellos papeles importantes Billy contó quince fajos de billetes de cincuenta dólares. Se acordaba de que el bisabuelo de Woolly había puesto ciento cincuenta mil dólares en la caja fuerte. Eso significaba que cada fajo tenía diez mil dólares. Fajos de diez mil dólares, pensó, en una caja fuerte con diez mil combinaciones posibles. Cerró la puerta de la caja y se dio

la vuelta, pero entonces volvió a darse la vuelta y giró los diales.

Salió del despacho, recorrió el pasillo y entró en la cocina. Estaba limpia y ordenada, con la excepción de una botella de gaseosa vacía y una lata de alubias de la que asomaba una cuchara como el palo de una manzana de caramelo. Aparte de eso, la única señal de que hubiese pasado alguien por la cocina era el sobre metido entre el salero y el pimentero de encima de la mesa. El sobre, en el que estaba escrito *Para abrir en caso de mi ausencia*, lo había dejado allí Woolly. Billy supo que lo había dejado allí Woolly porque la letra del sobre coincidía con la letra del dibujo de la casa que había hecho Woolly.

Mientras volvía a poner el sobre entre el salero y el pimentero, oyó ruidos de metal contra metal. Salió de puntillas al pasillo, miró por la rendija de la puerta del despacho y vio a Duchess golpeando la caja fuerte con un hacha.

Iba a explicarle a Duchess lo de las diez mil combinaciones cuando oyó los pasos de su hermano, que bajaba precipitadamente por la escalera. Billy se escabulló por el pasillo y se escondió en la cocina.

Emmett entró en el despacho y Billy dejó de oír lo que decía, pero se dio cuenta de que estaba enfadado por su tono de voz. Al cabo de un momento, Billy oyó algo que parecía una pelea, y en cuestión de segundos Emmett salió del despacho sujetando a Duchess por el codo. Mientras Emmett lo empujaba por el pasillo, Duchess iba hablando muy deprisa sobre algo que Woolly había decidido voluntariamente, por las razones que sea. Y entonces Emmett se llevó a Duchess al trastero.

Billy se apresuró a seguirlos sin hacer ruido y se asomó por el umbral a tiempo de oír que Duchess le decía a Emmett por qué no debían avisar a la policía. Entonces Emmett le dio un empujón y lo echó por la puerta.

En el primer capítulo del *Compendio de héroes, aventureros y otros viajeros intrépidos*, después del pasaje donde cuenta que muchas de las mejores historias de aventuras empiezan *in medias res*, el profesor Abernathe explica los trágicos defectos de los héroes clásicos. *Todos los héroes clásicos*, dice, *por muy fuertes, sabios o valerosos que sean, tienen algún defecto en su carácter que los conduce a la perdición*. El defecto fatal de Aquiles había sido la ira. Cuando se enfurecía, Aquiles no podía contenerse. A pesar de que ya se había vaticinado que podía morir en la guerra de Troya, cuando asesinaron a su amigo Patroclo, Aquiles regresó al campo de batalla cegado por una ira incontrolable. Y fue entonces cuando lo hirieron con la flecha envenenada.

Billy sabía que su hermano tenía el mismo defecto que Aquiles. Emmett no era una persona temeraria. Casi nunca gritaba ni se impacientaba. Sin embargo, cuando algo lo enfurecía, la fuerza de su cólera podía alcanzar tanta intensidad que producía *un acto imprudente de consecuencias irreversibles*. Según el padre de Billy, de eso había dicho el juez Schomer que Emmett era culpable cuando había pegado a Jimmy Snyder: de *un acto imprudente de consecuencias irreversibles*.

Mientras veía la escena a través de la mosquitera, Billy se dio cuenta de que Emmett ya estaba a punto de explotar. Se estaba poniendo muy colorado, había agarrado a Duchess por el cuello de la camisa y estaba gritando. Gritaba que en la caja fuerte no había fideicomiso, ni herencia, ni dinero. Y entonces empujó a Duchess y lo tiró al suelo.

Creo que es éste, pensó Billy. Ha llegado el momento y el lugar donde debo interpretar mi papel fundamental en el devenir de los acontecimientos. De modo que abrió la puerta de tela mosquitera y le dijo a su hermano que en la caja fuerte sí había dinero.

Pero Emmett se dio la vuelta y Duchess lo golpeó en la cabeza con una piedra. Emmett se cayó al suelo. Se cayó al suelo igual que Jimmy Snyder.

—¡Emmett! —gritó Billy.

Y Emmett debió de oír a su hermano porque se incorporó y consiguió ponerse de rodillas. De pronto Duchess apareció en el umbral, metió a Billy dentro de la casa, cerró la puerta con llave y se puso a hablar muy deprisa.

—¡¿Por qué has pegado a Emmett?! —le preguntó Billy—. ¿Por qué le has pegado, Duchess? ¡No deberías haberle pegado!

Duchess juró que no lo volvería a hacer, pero luego siguió hablando muy deprisa. Hablaba de cosas que se habían complicado. Y luego dijo algo de la caja fuerte. Y de Woolly. Y de los yanquis.

Cuando Emmett empezó a golpear la puerta del trastero, Duchess se llevó a Billy al pasillo. Cuando dejó de golpearla, Duchess se puso a hablar otra vez, en esta ocasión de la policía y la casa de California.

Y de repente Billy tuvo la sensación de que eso ya lo había vivido. La fuerza con que lo sujetaba Duchess y la prisa con que hablaba le hicieron sentir que volvía a estar en la West Side Elevated, a oscuras, en manos del pastor John.

—Vamos a hablar con Emmett. Vamos a hablarlo todo con él, Billy. Pero ahora esto es entre tú y yo —dijo Duchess.

Entonces Billy lo entendió.

Emmett no estaba allí. Ulysses no estaba allí. Sally no estaba allí. Una vez más, estaba solo y desamparado. Abandonado por todos, incluido su Creador. Y lo que pasara a continuación dependía sólo de él.

Billy abrió los ojos y le pegó una patada a Duchess con todas sus fuerzas.

De inmediato notó que Duchess aflojaba la mano y al instante echó a correr por el pasillo. Corrió por el pasillo hacia

el escondite de debajo de la escalera. Encontró la puerta con el pestillito justo donde Woolly había dicho que estaba. La puerta tenía más o menos la mitad del tamaño de una puerta normal y la parte superior era triangular porque la habían cortado para que encajara debajo de la escalera. Pero era lo bastante alta para Billy. Se coló dentro, cerró la puerta y contuvo la respiración.

Luego oyó que Duchess lo llamaba.

Sabía que Duchess estaba muy cerca, pero también sabía que no lo encontraría. Como había dicho Woolly, a nadie se le ocurría buscar en el escondite de debajo de la escalera porque estaba a la vista de todos.

Emmett

Después de intentar abrir la puerta del recibidor y encontrarla cerrada con pestillo, Emmett corrió hasta la parte trasera de la casa e intentó abrir la puerta que conducía al comedor. Tras comprobar que también estaba cerrada, igual que la de la cocina, concluyó que ya no había más puertas que probar. Se quitó el cinturón, se lo enrolló en la mano derecha de modo que la hebilla quedara encima de los nudillos y rompió uno de los cristales de la puerta. A continuación, tiró los trozos de cristal que habían quedado enganchados al marco con la hebilla metálica del cinturón. Luego metió la mano izquierda por el hueco y abrió el pestillo de la puerta. Se dejó el cinturón enrollado en el puño, pues pensó que así tal vez sería más útil.

Nada más entrar en la cocina vio a Duchess al fondo del pasillo: doblaba una esquina corriendo y se metía en el recibidor. Billy no iba con él.

Emmett no lo persiguió. Dedujo que Billy debía de haberse librado de él, así que dejó de tener sensación de peligro. Lo que sentía ahora era inevitabilidad: por mucho que corriera Duchess, se metiera donde se metiese, era inevitable que Emmett acabase atrapándolo.

Sin embargo, cuando salió de la cocina, Emmett oyó un ruido de cristales rotos. Y no era el ruido del panelito de cristal de una ventana con parteluces. Era el ruido de un panel de cristal enorme. Al cabo de un momento, Duchess reapareció al fondo del pasillo con un rifle en las manos.

Que Duchess tuviese un rifle no cambiaba mucho las cosas para Emmett. Despacio pero sin vacilar, caminó hacia Duchess,

y Duchess hacia él. Cuando llegaron los dos a unos tres metros de la escalera, se detuvieron. Ahora los separaban seis metros. Duchess sostenía el rifle en una mano con el cañón apuntando al suelo y el dedo en el gatillo. Por cómo sujetaba el rifle, Emmett supo que no era la primera vez que manejaba uno, pero eso tampoco cambiaba las cosas.

—Suelta el rifle —dijo.

—No puedo, Emmett. Al menos hasta que te tranquilices y empieces a hablar con sensatez.

—He hablado con sensatez, Duchess. Por primera vez en toda una semana. Por las buenas o por las malas, vas a ir a la comisaría.

Duchess parecía sinceramente exasperado.

—¿Por lo de Woolly?

—No, no por lo de Woolly.

—Entonces, ¿por qué?

—Porque la policía cree que golpeaste a alguien en Morgen con un tablón de madera y que luego enviaste a Ackerly al hospital.

Duchess estaba perplejo.

—Pero ¿qué dices, Emmett? ¿Por qué iba yo a golpear a un tipo en Morgen? No he estado allí en mi vida. Y en cuanto a Ackerly, la lista de los que firmarían para mandarlo al hospital debe de tener mil páginas.

—En realidad no importa si lo hiciste o no, Duchess. Lo que importa es que la policía cree que fuiste tú y que yo participé de alguna manera. Mientras te busquen a ti, me buscarán a mí. Así que tendrás que entregarte y aclarar las cosas con ellos.

Emmett dio un paso adelante, pero esta vez Duchess levantó el rifle y le apuntó en el pecho.

En el fondo, Emmett sabía que debía tomarse en serio las amenazas de Duchess. Como Townhouse había dicho, cuando Duchess se proponía algo, cualquiera que estuviese en su

periferia corría peligro. Tanto si su intención era evitar regresar a Salina, conseguir el dinero de la caja fuerte o zanjar la cuenta pendiente con su padre, en caliente Duchess era perfectamente capaz de hacer algo tan estúpido como apretar un gatillo. Y si mataba a Emmett de un disparo, ¿qué sería de Billy?

Pero antes de que Emmett pudiese reconocer la lucidez de su razonamiento, cuando todavía no había tenido siquiera ocasión de vacilar, con el rabillo del ojo vio un sombrero de fieltro en una butaca, y el recuerdo de Duchess sentado al piano en el salón de Ma Belle con el sombrero echado hacia atrás y aquel aire arrogante le produjo una nueva oleada de ira que le devolvió la sensación de inevitabilidad. Emmett llevaría a Duchess a la comisaría; y entonces Duchess volvería a Salina, a Topeka o a donde decidieran enviarlo.

Emmett siguió andando y reduciendo la distancia que los separaba.

—No quiero dispararte, Emmett —dijo Duchess como si se arrepintiera por adelantado—. Pero lo haré si no tengo más remedio.

Cuando sólo los separaban tres pasos, Emmett se detuvo. No fue por la amenaza del rifle ni por la súplica de Duchess. Se detuvo porque Billy acababa de aparecer tres metros por detrás de Duchess.

Debía de haberse escondido en algún sitio detrás de la escalera. Había salido sigilosamente para ver qué estaba pasando. Emmett quiso indicarle por señas a su hermano, sin que Duchess se diese cuenta, que debía regresar a su escondite.

Pero era demasiado tarde. Duchess había detectado el cambio del semblante de Emmett y se volvió para ver qué tenía a su espalda. Cuando se dio cuenta de que era Billy, dio dos pasos a un lado y giró cuarenta y cinco grados para seguir viendo a Emmett mientras apuntaba a Billy con el rifle.

—No te muevas —le dijo Emmett a su hermano.

—Eso es, Billy. No te muevas. Así tu hermano no se moverá, yo no me moveré y podremos resolver esto juntos.

—No te preocupes —le dijo Billy a Emmett—. No me puede disparar.

—Billy, tú no sabes de lo que Duchess es capaz o no.

—No, no sé de lo que Duchess es capaz o no —concedió Billy —. Pero sé que no me puede disparar. Porque no sabe leer.

—¿Qué? —dijeron Emmett y Duchess a la vez, el primero perplejo y el segundo ofendido.

—¿Quién ha dicho que no sé leer? —preguntó Duchess.

—Tú —le aclaró Billy—. Primero dijiste que la letra pequeña te daba dolor de cabeza. Luego dijiste que leer en el coche te producía mareo. Y luego dijiste que eras alérgico a los libros.

Billy miró a Emmett.

—Lo dice porque le da vergüenza admitir que no sabe leer. Y también le da vergüenza admitir que no sabe nadar.

Mientras Billy hablaba, Emmett siguió observando a Duchess y vio que se estaba ruborizando. A lo mejor era de vergüenza, pensó, pero lo más probable era que fuese de rabia.

—Billy, ahora no importa si Duchess sabe leer o no —lo previno su hermano—. ¿Por qué no dejas que yo me ocupe de esto?

Pero Billy negó con la cabeza.

—Sí que importa, Emmett. Importa porque Duchess no conoce las normas para cerrar la casa.

Emmett miró un momento a su hermano. Después volvió a mirar a Duchess, al pobre, infeliz y analfabeto Duchess. Dio los tres pasos que faltaban, agarró el rifle con las dos manos y se lo arrancó.

Duchess empezó a hablar a toda velocidad y aseguró que jamás se le habría ocurrido apretar el gatillo. Jamás contra un Watson. Ni por asomo. Pero lo que Emmett oía por encima de las palabras de Duchess era a su hermano pronunciando una

sola palabra. Su nombre a modo de recordatorio.

—Emmett...

Y Emmett lo entendió. En el jardín del juzgado comarcal le había hecho una promesa a Billy. Una promesa que pensaba cumplir. Por eso, mientras Duchess seguía hablando sin parar de todas las cosas que jamás se le habría ocurrido hacer, Emmett contó hasta diez. Y mientras contaba notó que el acaloramiento se reducía, que la ira disminuía, hasta que dejó de estar enfadado. Entonces levantó la culata del rifle y golpeó a Duchess en la cara con todas sus fuerzas.

—Me parece que ahora tendrías que ver esto —insistió Billy.

Después de que Duchess se desplomara en el suelo, Billy había ido a la cocina. Cuando regresó al cabo de un momento, Emmett le dijo que se sentara en la escalera y no moviese ni un dedo. Entonces cogió a Duchess por las axilas y empezó a arrastrarlo hacia el salón. Su plan consistía en arrastrarlo hasta el recibidor, bajarlo por los escalones y cruzar el jardín hasta el Studebaker para llevarlo a la comisaría más cercana y dejarlo tirado en la puerta. Pero sólo había dado dos pasos cuando Billy dijo aquello.

Emmett levantó la cabeza y vio que su hermano tenía un sobre en la mano. Otra carta de su padre, pensó Emmett con irritación. U otra postal de su madre. U otro mapa de Estados Unidos.

—Ya lo veré luego —dijo Emmett.

—No. —Billy negó con la cabeza—. No. Me parece que tienes que verlo ahora.

Emmett soltó a Duchess y se acercó a su hermano.

—Es de Woolly. Para abrir en caso de su ausencia —dijo Billy.

Sorprendido, Emmett leyó lo que estaba escrito en el sobre.

—Está ausente, ¿no? —preguntó Billy.

Emmett todavía no había pensado cómo iba a contarle lo de Woolly a su hermano. Pero a juzgar por cómo había dicho Billy *ausente*, parecía que ya lo supiera.

—Sí —le dijo—. Está ausente.

Emmett se sentó en la escalera, al lado de Billy, y abrió el sobre. Dentro había una nota escrita a mano en una hoja de papel de carta de Wallace Wolcott. Emmett no sabía si aquel Wallace Wolcott era el bisabuelo, el abuelo o el tío de Woolly. Pero no importaba de quién fuese el papel de carta.

La carta, fechada el 20 de junio de 1954 y dirigida *A quien pueda interesar*, declaraba que el abajo firmante, en perfecto estado de salud física y mental, legaba una tercera parte de su fideicomiso de ciento cincuenta mil dólares al señor Emmett Watson, una tercera parte al señor Duchess Hewett y una tercera parte al señor William Watson para que hiciesen con ellas lo que ellos quisieran. Estaba firmada *Atentivamente, Wallace Wolcott Martin*.

Cuando dobló la hoja, Emmett se dio cuenta de que su hermano la había leído por encima de su hombro.

—¿Woolly estaba enfermo? ¿Como papá? —preguntó Billy.

—Sí, estaba enfermo.

—Ya lo pensé cuando me regaló el reloj de su tío. Porque era un reloj para dejar en herencia.

Billy se quedó pensativo.

—¿Y por eso le has dicho a Duchess que Woolly quería que lo llevaran a casa?

—Sí. Me refería a eso —dijo Emmett.

—Me parece que en eso tenías razón —dijo Billy, y asintió con la cabeza—. Pero te equivocaste respecto al dinero de la caja fuerte.

Sin esperar a que su hermano respondiera, Billy se levantó y echó a andar por el pasillo. Emmett lo siguió de mala gana

hasta el despacho del señor Wolcott y se acercó a la caja fuerte. Junto a la librería había una especie de taburete con forma de peldaños de escalera. Billy lo puso delante de la caja fuerte, subió los peldaños, giró los cuatro diales, giró el picaporte y abrió la puerta.

Emmett se quedó mudo unos instantes.

—¿Cómo sabes la combinación, Billy? ¿Te la dijo Woolly?

—No. No me la dijo Woolly. Pero me contó que la fiesta favorita de su bisabuelo era el Cuatro de Julio. Por eso la primera combinación que he probado ha sido 1776. Luego he probado 4776 porque es una forma de escribir el Cuatro de Julio. Después he probado 1732, el año en que nació George Washington, pero entonces me he acordado de que el bisabuelo de Woolly dijo que, así como Washington, Jefferson y Adams habían tenido la lucidez de fundar la República, fue el señor Lincoln quien tuvo el valor de perfeccionarla. Por eso he probado 1809, el año en que nació el presidente Lincoln, y 1865, el año en que murió. Y entonces me he dado cuenta de que tenía que ser 1911 porque el 19 de noviembre fue el día del Discurso de Gettysburg. Mira —añadió, y bajó de los escalones—. Ven a ver.

Emmett apartó los escalones y se acercó a la caja fuerte. Debajo de una balda llena de documentos había miles de billetes nuevos de cincuenta dólares pulcramente ordenados en fajos.

Emmett se pasó una mano por los labios.

Ciento cincuenta mil dólares, pensó. Ciento cincuenta mil dólares de la fortuna del anciano señor Wolcott que Woolly había recibido y que ahora les legaba a ellos. Se los había legado por medio de un testamento debidamente fechado y firmado.

No había ninguna duda de las intenciones de Woolly. En ese sentido, Duchess tenía toda la razón. Era el dinero de Woolly y

él sabía muy bien lo que quería hacer con él. Después de que lo declarasen psicológicamente incapacitado para utilizarlo él mismo, en su ausencia quería que sus amigos lo utilizaran como quisieran.

Pero ¿qué pasaría si Emmett acababa arrastrando a Duchess hasta el Studebaker y lo dejaba tirado en la puerta de la comisaría?

Por mucho que detestara reconocerlo, Duchess también tenía razón respecto a eso. En cuanto Duchess cayera en manos de la policía y quedara claro que Woolly estaba muerto, las ruedas del futuro de Emmett y Billy se detendrían en seco. La casa se llenaría de agentes y detectives, y luego llegarían los familiares y los abogados. Se analizarían circunstancias. Se harían inventarios. Se comprobarían intenciones. Se formularían infinidad de preguntas. Y cualquier golpe de suerte se contemplaría con sumo recelo.

Sólo faltaban unos instantes para que Emmett cerrase la puerta de la caja fuerte del señor Wolcott. De eso no había ninguna duda. Pero una vez que se cerrase la puerta, quedarían abiertos dos futuros distintos. En uno, el contenido de la caja fuerte permanecería intacto. En el otro, el espacio de debajo de la balda estaría vacío.

—Woolly quería lo mejor para sus amigos —observó Billy.

—Sí, es cierto.

—Para ti y para mí. Y para Duchess también.

Tras tomar la decisión, Emmett supo que tendrían que darse prisa, recogerlo todo muy bien y dejar el menor rastro posible.

Después de cerrar la puerta de la caja fuerte, le encomendó a Billy la tarea de ordenar el despacho mientras él se ocupaba del resto de la casa.

Primero, tras recoger todas las herramientas que Duchess

había utilizado —el martillo, los destornilladores y un hacha—, las llevó afuera, más allá de la lancha con el casco agujereado, a la caseta de herramientas.

Volvió a la casa y fue directo a la cocina. Convencido de que Woolly jamás habría comido alubias directamente de una lata, metió la lata y la botella de Pepsi vacías en una bolsa de papel para llevárselas. Luego limpió la cuchara y la devolvió al cajón de la cubertería.

El cristal roto de la puerta de la cocina no le preocupaba. La policía pensaría que Woolly había roto el cristal para entrar en la casa, que estaba cerrada con llave. En cambio, el armero ya era otra cosa. Eso sí podía despertar sospechas. Graves sospechas. Tras devolver el rifle al armero, Emmett cogió la bola de croquet. Luego cogió las sillas Adirondack apiladas y las colocó como si se hubieran caído y hubiesen roto el cristal del armero.

Ahora faltaba ocuparse de Duchess.

Volvió a cogerlo por las axilas, lo arrastró por el pasillo, lo sacó por el recibidor y lo bajó al césped.

Emmett y Billy habían decidido llevarse su parte del dinero y dejar atrás a Duchess con la suya, pero Billy le había hecho prometer a su hermano que no le haría más daño a Duchess. Sin embargo, cada minuto que pasaba hacía que aumentase el riesgo de que Duchess recobrara el conocimiento y volviese a plantear problemas. Emmett tenía que dejarlo en algún sitio que les asegurara un margen de unas horas. O, al menos, el suficiente para que Billy y Emmett pudiesen acabar su trabajo y marcharse de allí.

¿El maletero del Cadillac?, se preguntó.

El problema del maletero era que, cuando Duchess recobrase el conocimiento, podían pasar dos cosas: podía ingeniárselas para salir de allí deprisa, o no. Y ninguno de los dos resultados era bueno.

¿La caseta de herramientas?

No. No se podían cerrar las puertas por fuera.

Emmett se quedó mirando la caseta y se le ocurrió otra idea, una idea interesante. Pero entonces Duchess, que estaba tendido a sus pies, emitió un gruñido.

—Mierda —dijo Emmett para sí.

Miró hacia abajo y vio que Duchess movía ligeramente la cabeza a un lado y a otro. Estaba a punto de recobrar el conocimiento. Duchess emitió un gruñido y Emmett miró a su alrededor para asegurarse de que Billy no estaba allí. Acto seguido se agachó, levantó a Duchess por el cuello de la camisa con la mano izquierda y le asestó un puñetazo en la cara con la derecha.

Duchess volvió a quedar inconsciente y Emmett lo arrastró hacia la caseta.

Al cabo de veinte minutos, estaban listos para partir.

Como era de esperar, Billy había hecho un gran trabajo y había dejado el despacho impecable. Cada libro volvía a estar en su estante, cada papel en su montón y cada cajón en su ranura. Lo único que no había puesto en su sitio era el busto de Abraham Lincoln, que pesaba demasiado. Cuando Emmett lo levantó del suelo y miró la habitación preguntándose dónde tenía que colocarlo, Billy fue hasta el escritorio.

—Aquí —dijo poniendo un dedo en el sitio donde apenas se apreciaba el débil contorno de la base de la escultura.

Mientras Billy esperaba junto a la puerta de la cocina, Emmett cerró con llave la del porche delantero y la del recibidor antes de revisar la casa por última vez.

Volvió al dormitorio de la planta de arriba y se quedó mirando en el umbral. Su intención había sido dejarlo todo tal como lo había encontrado, pero al ver el tarrito marrón vacío,

decidió cogerlo y se lo metió en el bolsillo. Luego se despidió por última vez de Wallace Woolly Martin.

Emmett se disponía a cerrar la puerta cuando vio su viejo bolsón encima de una silla y cayó en la cuenta de que también debía de estar por allí el que le había prestado a Duchess. Después de buscarlo en todos los dormitorios, Emmett registró el salón y lo encontró en el suelo, junto a un sofá donde Duchess debía de haber pasado la noche. De camino a la cocina para reunirse con Billy, se acordó de recoger el sombrero de fieltro de la butaca.

Al salir de la cocina y pasar al lado del embarcadero, Emmett le enseñó a Billy que Duchess estaba sano y salvo. En el asiento delantero del Cadillac puso el bolsón de Duchess y el sombrero. En el maletero del Studebaker dejó dos bolsas de papel: una contenía la basura de la cocina; la otra, su parte del fideicomiso de Woolly. A punto de cerrar el maletero se acordó de que, sólo nueve días atrás, estaba plantado en el mismo sitio recibiendo la herencia de su padre: el dinero y esa cita de Emerson que era mitad excusa y mitad exhortación. Tras recorrer más de dos mil kilómetros en la dirección errónea, y cuando se disponía a recorrer casi cinco mil más, Emmett creía que el poder que residía en él era nuevo en la naturaleza, que nadie más que él sabía de lo que era capaz y que él sólo estaba empezando a saberlo.

Cerró el maletero, se sentó con Billy en el asiento de delante, giró la llave en el contacto y pulsó el estárter.

—Yo tenía previsto que pasáramos la noche aquí —le dijo a su hermano—. Pero ¿qué te parece si vamos a recoger a Sally y nos ponemos en marcha?

—Me parece buena idea. Vamos a recoger a Sally y nos ponemos en marcha —dijo Billy.

Cuando Emmett dio marcha atrás con el coche y describió un arco para orientarlo hacia el camino, Billy ya se había puesto a

estudiar el mapa y tenía el ceño fruncido.

—¿Qué pasa? —preguntó Emmett.

Billy negó con la cabeza.

—Éste es el camino más rápido desde donde estamos ahora.

Billy puso el dedo en la gran estrella roja de Woolly y lo deslizó por varias carreteras que partían de la casa de los Wolcott hacia el sudoeste, hacia Saratoga Springs y Scranton, y luego hacia el oeste, hacia Pittsburgh, donde por fin confluían en la autopista Lincoln.

—¿Qué hora es? —preguntó Emmett.

Billy miró el reloj de Woolly y dijo que faltaba un minuto para las cinco.

Emmett señaló otra carretera en el mapa.

—Si volvemos por donde hemos venido, podríamos empezar el viaje en Times Square. Y, si nos damos prisa, podríamos llegar allí justo a la hora en que se encienden todas las luces.

Billy lo miró con los ojos como platos.

—¿Sí, Emmett? ¿De verdad? Pero ¿eso no nos desviaría de nuestro camino?

Emmett fingió que se lo pensaba.

—Sí, supongo que nos desviaríamos un poco del camino. Pero ¿qué día es hoy?

—21 de junio.

Emmett puso la marcha.

—Entonces tenemos trece días para recorrer la ruta, si queremos llegar a San Francisco para las celebraciones del Cuatro de Julio.

Duchess

Recobré el conocimiento con la sensación de que flotaba, como quien va sentado en un bote en una tarde soleada. ¡Y resultó que allí era exactamente donde estaba: sentado en un bote en una tarde soleada! Sacudí la cabeza para despejarme, me sujeté a las bordas y me incorporé.

He de admitir que lo primero que vi fue la belleza que me rodeaba. Aunque nunca he sido una rata de campo —la naturaleza siempre me ha parecido incómoda y en ocasiones inhóspita—, contemplar ese paisaje resultaba muy placentero. Los pinos se erguían a orillas del lago, la luz del sol caía en cascada del cielo y una suave brisa rizaba la superficie del agua. Era inevitable suspirar ante tanto esplendor.

Pero gracias al dolor que notaba en el trasero volví a la realidad. Miré abajo y vi que estaba sentado encima de un montón de piedras pintadas. Cogí una para observarla de cerca y me di cuenta de que no sólo tenía sangre seca en la mano, sino en todo el pecho de la camisa.

Entonces me acordé.

¡Emmett me había golpeado con la culata del rifle!

Había irrumpido en el despacho cuando yo estaba intentando abrir la caja fuerte. Habíamos tenido una discusión, una pequeña refriega y un poco de golpe por golpe. Para darle un toque teatral a la situación, yo había empuñado un rifle y lo había blandido hacia Billy. Pero Emmett, que se había precipitado y llegado a una conclusión equivocada respecto a mis intenciones, me había arrebatado el rifle y aporreado con él.

Hasta podía ser que me hubiese roto la nariz, pensé. Lo que explicaría por qué me costaba tanto respirar.

Cuando levanté una mano para tocarme la herida con mucho cuidado, oí el acelerón de un coche, miré a la izquierda y vi que el Studebaker pintado de amarillo canario daba marcha atrás, se quedaba un momento parado y salía del camino de la casa de los Wolcott.

—¡Espera! —grité.

Cuando me incliné a un lado para llamar a Emmett, el bote se zarandeó.

Me incliné hacia el lado contrario y volví a colocarme en el centro.

Vale, me dije, Emmett me ha aporreado con el rifle. Pero en lugar de llevarme a la comisaría de policía, tal como amenazaba con hacer, me ha dejado a la deriva en un bote sin remos. ¿Por qué lo habrá hecho?

Entorné los ojos.

Porque el Señor Sabelotodo le había dicho que yo no sabía nadar. Por eso. Y al dejarme a la deriva en el lago, los hermanos Watson creían que tendrían suficiente tiempo para abrir la caja fuerte y quedarse la herencia de Woolly para ellos solos.

Pero mientras tenía aquel desagradable pensamiento —un pensamiento que nunca podré expiar por completo—, vi los fajos de billetes en el bote.

Claro: Emmett había conseguido abrir la caja fuerte del abuelo. Ya sabía yo que lo conseguiría. Pero en lugar de dejarme tirado y con las manos vacías me había dejado la parte que me correspondía.

Porque era la parte que me correspondía, ¿no?

Cincuenta mil dólares debían de abultar más o menos eso, ¿verdad?

Como es lógico sentí curiosidad, así que empecé a moverme

hacia la proa del bote para contar el dinero por encima. Pero al hacerlo mi peso hundió la proa y comenzó a entrar agua por un agujero del casco. Volví rápidamente a mi asiento, la proa se levantó y dejó de entrar agua.

Aquél no era un bote cualquiera: lo comprendí mientras el agua iba y venía alrededor de mis pies. Aquél era el bote pendiente de reparar junto al cobertizo de los botes. Y por eso Emmett había cargado las piedras en la popa: para que la proa, que estaba agujereada, se mantuviese por encima de la línea de flotación.

Muy hábil, pensé sonriente. Un bote con un agujero y sin remos en medio de un lago. Parecía un escenario especialmente diseñado para Kazantikis. Sólo faltaba que Emmett me hubiese atado las manos detrás de la espalda. O que me hubiese puesto unas esposas.

—Muy bien —dije dispuesto a afrontar el reto.

Según mis cálculos, estaba a unos cientos de metros de la orilla. Si me inclinaba hacia atrás, metía las manos en el agua y remaba con suavidad, conseguiría llegar a tierra sano y salvo.

Alcanzar el agua estirando los brazos hacia atrás resultó sorprendentemente incómodo, y el agua resultó estar sorprendentemente fría. De hecho, cada pocos minutos necesitaba dejar de remar para calentarme los dedos.

Cuando al fin comencé a avanzar un poco, se levantó una brisa vespertina, y cada vez que dejaba de remar la brisa volvía a empujarme hacia el centro del lago.

Para compensarlo, remé algo más deprisa y acorté los descansos. Aun así, como si reaccionara a propósito, la brisa empezó a soplar más fuerte. Hasta tal punto que uno de los billetes se soltó de su fajo y fue a posarse a unos seis metros en la superficie del agua. Y luego voló otro. Y otro.

Empecé a remar tan aprisa como pude y suprimí los descansos. Pero seguía soplando el viento y los billetes de

cincuenta dólares seguían desprendiéndose uno tras otro y salían revoloteando por la borda del bote.

No tenía alternativa, así que dejé de remar, me levanté y di un primer paso hacia la proa. Cuando di el segundo, la proa se hundió un poco más de la cuenta y empezó a entrar agua en el bote; di un paso hacia atrás y dejó de entrar.

Me di cuenta de que no podía hacer aquello con cautela. Iba a tener que abalanzarme sobre el dinero y retirarme rápidamente hacia la popa antes de que entrase demasiada agua en el bote.

Me coloqué de pie con los brazos extendidos hacia delante y me preparé.

Lo único que se necesitaba era destreza. Un movimiento rápido a la par que fluido. Como cuando sacas el corcho del interior de una botella.

Exactamente, me dije. Toda la operación no debería llevarme más de diez segundos. Pero no tenía a Billy para ayudarme, así que tendría que contar yo solo.

Dije *Diez*, di el primer paso hacia delante y el bote se balanceó hacia la derecha. Dije *Nueve* y compensé el movimiento dando un paso hacia la izquierda, y el bote se inclinó hacia la izquierda. Dije *Ocho* y, con tanto meneo y tanta sacudida, perdí el equilibrio y me caí hacia delante, sobre los fajos de billetes, y el agua entró a chorro por el agujero.

Me sujeté a la borda e intenté levantarme, pero tenía los dedos tan entumecidos de remar que se me resbaló la mano y volví a caerme de bruces, y por si fuera poco me golpeé la nariz, que ya tenía rota, contra la proa.

Chillé de dolor y, de forma mecánica, me levanté como pude mientras el agua helada seguía entrando a chorro y chapoteando alrededor de mis tobillos. Ahora tenía todo el peso del cuerpo en la proa del bote y la popa empezó a levantarse; las piedras empezaron a rodar hacia mis pies y la

proa volvió a hundirse, hasta que me caí de cabeza al lago.

Me puse a patalear y a golpear la superficie del agua con los brazos e intenté dar una gran bocanada de aire, pero lo que di fue una gran bocanada de agua. Tosiendo y agitándome, noté que mi cabeza se sumergía en el lago y que mi cuerpo empezaba a hundirse. Miré hacia arriba a través de la superficie moteada y vi la sombra de los billetes que flotaban en el agua como hojas de otoño. Entonces el bote me pasó por encima, proyectando una sombra mucho más grande, una sombra que se extendía en todas direcciones.

Pero justo cuando parecía que todo el lago iba a sumirse en la oscuridad, se levantó un gran telón y me encontré de pie en una calle llena de gente de una metrópoli bulliciosa, sólo que todas las personas que veía a mi alrededor eran alguien a quien yo conocía, y todas estaban inmóviles.

Sentados juntos en un banco que había cerca, estaban Woolly y Billy, sonrientes, contemplando el plano de la casa de California. Y ahí estaba Sally, inclinada sobre un cochecito para arropar con una manta al crío que llevaba dentro. Y junto al carro de la florista estaba la hermana Sarah, triste y melancólica. Y allí mismo, a menos de quince metros, junto a la puerta de su coche amarillo brillante, estaba Emmett, recto y honorable.

—Emmett —lo llamé.

Pero en ese instante oí el lejano tintineo de un reloj. Sólo que no era ningún reloj, ni estaba lejos. Era el reloj de oro que llevaba en el fondo del bolsillo del chaleco y que de pronto tenía en la mano. Miré la esfera y no supe ver qué hora era, pero sí supe que al cabo de unos pocos tintineos más el mundo volvería a ponerse en movimiento.

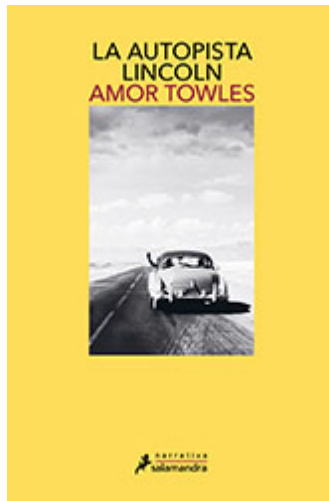
Así que me quité el sombrero que llevaba ladeado en la cabeza y saludé a Sarah y a Sally. Saludé a Woolly y a Billy. Y saludé al único e inigualable Emmett Watson.

Y con el último tintineo, me volví hacia todos ellos para decir, con mi postrer aliento, *El resto es silencio*, como Hamlet.

¿O lo dijo Yago?

Nunca había conseguido acordarme.

Una arrolladora novela de iniciación, por el autor de *Un caballero en Moscú*.
Número uno en la lista de best-sellers de *The New York Times* y libro del año en Amazon.



Tras el formidable éxito de público y crítica de sus dos primeras novelas, *Normas de cortesía* -escogida por *The Wall Street Journal* como uno de los mejores libros del año 2011 y ganadora del Premio Fitzgerald en 2012- y *Un caballero en Moscú* -que se mantuvo dos años en las listas de *The New York Times*-, Amor Towles vuelve con una historia colosal sobre el viaje iniciático de cuatro jóvenes por el corazón de Estados Unidos durante la década de los años cincuenta.
Contada desde múltiples puntos de vista y poblada por un variado elenco de personajes magnéticos, desde vagabundos que malviven entre raíles hasta aristócratas del Upper East Side, *La autopista Lincoln* es una novela arrolladora de

encuentros y desencuentros, un azaroso tránsito de la juventud a la edad adulta.

La crítica ha dicho…

«Un libro de una belleza absoluta, en el que cada personaje es una joya y todos los escenarios cobran vida. Una elaborada y conmovedora indagación de los infinitos e inesperados quiebros que puede dar cualquier viaje. Y Towles lo hace todo sin esfuerzo aparente… En cuanto lo acabé, me entraron ganas de volver a leerlo.»
Tana French

«Más absorbente que *Un caballero en Moscú*. […] Una asombrosa combinación de encanto y fatalidad, cargada de revelaciones acerca del mito estadounidense, el arte de narrar y la irresistible atracción del pasado.»
Kirkus Reviews

«Espléndida. […] Una novela única que nadie debería perderse, escrita por un grandioso narrador.»
Publishers Weekly

«Un relato muy ameno que invita a la reflexión. […] Towles hace diestros malabares con las piezas de la trama, alternando los puntos de vista, eludiendo el sentimentalismo y las rarezas con un toque de nostálgico pesar, hasta un final que sin duda provocará controversia.»
Booklist

«Una divertida aventura a campo través, llena de personajes inolvidables, vívidos escenarios y gran misterio.»
Time

Amor Towles (Boston, 1964) se graduó en la Universidad de Yale y completó estudios de posgrado en Literatura Inglesa en Stanford. Su primera novela, *Normas de cortesía* (2012), traducida a más de quince idiomas y bestseller de *The New York Times*, fue considerada por *The Wall Street Journal* como uno de los mejores libros de 2011. La acogida del público se multiplicó con la publicación de su segunda novela, Un caballero en Moscú, que escaló hasta el primer puesto en la lista de *The New York Times* y de la cual se han vendido más de un millón de ejemplares hasta la fecha. Este éxito definitivo ha permitido a Towles abandonar el mundo de las finanzas y dedicarse a escribir a tiempo completo. En la actualidad vive en Manhattan con su mujer y sus dos hijos.

Título original: *The Lincoln Highway*

Primera edición: septiembre de 2022

© 2021, Cetology, Inc.
© 2022, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2022, Gemma Rovira Ortega, por la traducción
Mapa de Alex Coulter
Fotografía del interior: Edward Hausner, *The New York Times*-Redux

Los versos del epígrafe pertenecen a un poema de *Pioneros*, de Willa Cather, trad. Gema Moral Bartolomé, Alba Editorial, Barcelona, 2001. Todas las citas de las obras de William Shakespeare se han tomado de la *Obra completa* (5 tomos), publicada por DeBolsillo, Penguin Random House, Barcelona, 2012 (*Macbeth*, trad. Agustín García Calvo; *Romeo y Julieta*, trad. Josep Maria Jaumà; *Enrique V*, trad. Elvio E. Gandolfo; *El rey Lear*, trad. Andreu Jaume; *Hamlet*, trad. Tomás Segovia). Las citas de la *Biblia* son de la edición de la Reina Valera de 1909

Ésta es una obra de ficción. Las referencias a personas, hechos, establecimientos, organizaciones o lugares reales tienen la única finalidad de proporcionar un sentido de autenticidad y están utilizadas de forma ficticia. Todos los demás personajes, incidentes y diálogos forman parte de la imaginación de la autora y no deben interpretarse como reales.

Imagen de portada: © Doreen Spooner/Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18681-36-3

Composición digital: www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: SalamandraEd
Twitter: SalamandraBlac
Instagram: SalamandraEd
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»
EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

La autopista Lincoln

Diez

- Emmett
- Duchess

Nueve

- Emmett
- Duchess
- Woolly
- Sally
- Duchess

Ocho

- Emmett
- Duchess
- Emmett
- Duchess
- Emmett

Siete

- Duchess
- Woolly

- Emmett
- Pastor john
- Ulysses
- Duchess
- Emmett

Seis

- Duchess
- Emmett
- Woolly
- Duchess
- Sally
- Ulysses

Cinco

- Woolly
- Duchess
- Emmett
- Ulysses
- Pastor john
- Ulysses
- Duchess

Cuatro

- Woolly
- Duchess
- Emmett

- Sally
- Emmett
- Duchess
- Woolly

Tres

- Woolly
- Duchess
- Emmett
- Woolly
- Duchess
- Sally
- Woolly
- Emmett

Dos

- Duchess
- Emmett
- Woolly
- Abacus
- Billy

Uno

- Emmett
- Sally
- Emmett
- Duchess

Billy

Emmett

Duchess

Sobre este libro

Sobre Amor Towles

Créditos